

Chernishevski

¿Qué hacer?

TRADUCIDO DEL RUSO
POR LUIS A. VARGAS

PRESENTACION DE S. B. TELINGATER

Chernishevski, N. G., ¿Qué hacer? Gente nueva,
Moscú, Ediciones en Lenguas Extrajeras, s/f.

I
UN IMBECIL

En la mañana del 11 de julio de 1856, la servidumbre de un hotel de Petersburgo, situado junto a la estación del ferrocarril de Moscú, estaba asombrada y, en cierto modo, inquieta. El día anterior, a las nueve de la noche, llegó un señor con una maleta, alquiló un apartamento, entregó su pasaporte para que lo registrasen, pidió albóndigas y té y ordenó que no le molestaran, pues estaba muy cansado y quería dormir, pero encargó que a las ocho de la mañana siguiente le despertasen sin falta, porque tenía que resolver asuntos urgentes. Luego cerró la puerta; se oyó dentro el ruido del cuchillo, del tenedor y del servicio de té y, por último, se hizo el silencio: el huésped debió quedarse dormido. A las ocho en punto, un mozo del hotel llamó a la puerta de la habitación del caballero llegado la víspera. Nadie respondió. El mozo golpeó con más fuerza, y tampoco obtuvo respuesta. Por lo visto, el forastero estaba muy fatigado. Esperó el mozo un cuarto de hora y volvió a llamar sin obtener otro resultado que el de la vez pasada. En vista de ello, consultó el caso con varios compañeros y con el encargado del

restaurante. “¿No le habría sucedido algo?” — “Sería cosa de descerrajar la puerta”. — “No, eso hay que hacerlo en presencia de la policía”. Acordaron volver a llamar con toda la fuerza posible, y en el caso de que no contestase, avisar a las autoridades. Realizaron la última prueba y, en vista de que el viajero no se despertaba, mandaron por la policía.

A eso de las diez se presentó un agente, llamó a la puerta y ordenó a los mozos que llamasen también. El resultado fue el mismo.

— Está visto que no hay nada que hacer. Descerrajad la puerta, muchachos —concluyó el policía.

Violentaron la cerradura. En la habitación no había nadie. “Mirad debajo de la cama” —ordenó el agente. Obedecieron los mozos y tampoco hallaron al forastero. El funcionario se acercó a la mesa. Sobre ella encontró un papel, en el que, escrito con letras grandes, se leía:

“Salgo a las once de la noche y no regresaré. Se me oirá en el puente Liteini entre las dos y las tres de la madrugada. No se culpe a nadie”.

— Ya está claro todo. Porque hasta ahora no había modo de entenderlo —dijo el policía.

— ¿Qué pasa, Iván Afanásievich? —inquirió el encargado del restaurante.

— Deme un poco de té y se lo contaré.

El relato del funcionario de policía fue durante largo tiempo objeto de animados comentarios en el hotel. La historia consistía en lo siguiente:

A las dos y media de la madrugada —en medio de la noche nublada y oscura— en el puente Liteini refulgió un fognazo y se oyó un disparo de pistola. Al ruido acudieron los guardias y los escasos transeúntes que pasaban por allí cerca. En el lugar donde sonó la detonación no había nadie ni nada. Por consiguiente, el autor del disparo no había atentado contra nadie, sino contra sí mismo. No faltaron voluntarios para lanzarse al agua y

bucar. Al cabo de un rato trajeron varios bicheros y hasta una red; volvieron a sumergirse, a tantear y escudriñar el fondo; y sacaron unas cincuenta astillas de gran tamaño, pero no pudieron encontrar lo que buscaban. ¿Cómo iban a encontrarlo? La noche era oscura, y en dos horas, la corriente se habría llevado el cadáver hasta el mar. ¡Cualquiera daba con él allí! Como no lo hallaban, salieron unos cuantos progresistas, que rechazaban la suposición anterior, arguyendo: “Puede que no se trate de ningún suicidio. A lo mejor ha sido un borracho o, sencillamente, un bromista que ha disparado para divertirse y después ha salido corriendo o tal vez esté aquí, entre nosotros, riéndose de la confusión que ha armado”.

Pero la mayoría, como en todas las ocasiones en queazona atinadamente, se declaró conservadora y defendió la vieja tesis: “¿Qué bromista, ni qué diablos! Se ha atravesado las sienas de un balazo, y nada más”. Los progresistas quedaron vencidos. Pero el partido vencedor se escindió inmediatamente después de la victoria, como ocurre siempre. Ciertamente, aquel hombre se había suicidado, pero ¿por qué? “Estaba borracho” —opinaban algunos conservadores. “Se habría arruinado” —conjeturaban otros. “No era más que un imbécil” —decidió uno. En que “no era más que un imbécil” coincidieron todos, incluso los que rechazaban la hipótesis del suicidio. Al fin y al cabo, daba igual que al suicida lo hubiese inducido la borrachera o la ruina, o que se tratase de un bromista que no se hubiera suicidado: en uno u otro caso, lo hecho por él era una imbecilidad, una estupidez.

Así quedó la cosa aquella noche. A la mañana siguiente, en el hotel cercano a la estación de Moscú, comprobóse que el imbécil no había gastado ninguna broma, sino que se había pegado un tiro. Ahora bien, de toda aquella historia se desprendía una deducción aprobada incluso por los vencidos: la de que, si bien el individuo en cuestión no había cometido una travesura, sino que

se había suicidado realmente, no por ello dejaba de ser un imbécil. Esta conclusión, tan satisfactoria para todos, era tanto más sólida cuanto que con ella triunfaban los conservadores: verdaderamente, si el sujeto se hubiera limitado a disparar por pura broma, aun podría ponerse en duda si se trataba de una imbecilidad o de una travesura. Pero ¡suicidarse en un puente! ¿A quién se le ocurre suicidarse en un puente? ¡Qué estupidez! Por lo tanto, se trataba de un imbécil. No cabía duda.

La duda, no obstante, volvió a apoderarse de algunos. Se había suicidado en un puente. Un puente no es el sitio a propósito para suicidarse. Es decir, no se había suicidado. Pero aquella tarde, la servidumbre del hotel fue llamada a la comisaría, donde se le mostró una gorra que habían sacado del agua y que estaba atravesada de un balazo. Todos reconocieron la gorra que llevaba el forastero. Así, pues, el suicidio era evidente, y el espíritu de la negación y del progreso quedó vencido sin remedio.

Todos habían coincidido en que era "un imbécil", pero de pronto comentaron todos: ¡Suicidarse en un puente! ¡Qué idea! Lo hizo para no sufrir demasiado si el tiro no lo mataba instantáneamente. Fue ingenioso: así, cualquier herida lo haría caer al agua y ahogarse al momento. Sí, aquello de suicidarse en el puente... ¡demostraba ingenio!

Ya no había modo de entenderse: era un imbécil y tenía ingenio.

II

LA PRIMERA CONSECUENCIA DEL ESTUPIDO ASUNTO

A las doce de la mañana de aquel mismo día, una señora joven, sentada en una de las tres habitaciones de una pequeña villa de Kámenni Ostrov, rusa y entonaba a media voz una canción francesa briosa y alegre.

"Aunque pobres —decía—, somos obreros y tenemos buenos brazos. Aunque atrasados, no somos tontos y bus-

camos la luz. Estudiaremos, y el saber nos liberará. Trabajaremos, y el trabajo nos enriquecerá. Esto marchará. Quien viva lo verá:

*Ça ira,
Qui vivra, verra.*

Somos toscos, pero nuestra tosquedad nos daña a nosotros mismos. Estamos llenos de prejuicios, pero nosotros mismos los sufrimos y nos damos cuenta. Buscaremos la dicha y encontraremos la humanidad. Y nos haremos buenos. Esto marchará. Quien viva lo verá.

El trabajo sin el saber es estéril. Nuestra felicidad es imposible sin la de los demás. Nos ilustraremos y nos enriqueceremos. Seremos dichosos. Seremos hermanos y hermanas. Esto marchará. Quien viva lo verá.

Estudiaremos y trabajaremos. Cantaremos y amaremos. La tierra será un paraíso. Estemos, pues, satisfechos de la vida. Esto marchará. Pronto llegará. Y todos lo veremos.

*Donc, vivons,
Ça bien vite ira,
Ça viendra,
Nous tous le verrons!"*

La canción era briosa, y su melodía, jovial. Aunque había en ella dos o tres notas tristes, eran ahogadas por la alegría general de la música y se perdían en el estridillo y en toda la estrofa final o, por lo menos, debían perderse, desaparecer. Y habrían desaparecido si la señora hubiera estado de otro humor; pero las escasas notas tristes resonaban ahora con más fuerza que las demás. La señora parecía estremecerse al percibirlo, bajaba la voz en aquellas notas y acentuaba los sonidos alegres que las sucedían, mas su imaginación volvía a abstraerse del canto para reintegrarse a sus inquietudes, y las notas tristes prevalecían de nuevo. A lo que se veía, la joven aunque no era propensa a la melancolía, pero la melancolía la abandonaba, por más que ella tratase de des-

terrarla. Ahora bien, lo mismo cuando la canción se tornaba triste que cuando recobraba su alegría, la dama continuaba cosiendo afanosamente. Cosía con gran habilidad.

Entró la criada, una jovencita.

— Fijese, Masha, ¿está bien? Tengo casi terminados los manguitos que me estoy haciendo para su boda —le dijo la señora.

— ¡Oh!, pero si tienen menos bordados que los que me hizo a mí...

— Naturalmente. ¡Dónde se ha visto que la novia no sea la más compuesta en su casamiento!

— Le he traído una carta, Vera Pávlovna.

En el rostro de Vera Pávlovna se dibujó una expresión de perplejidad: el sobre traía el matasellos de Petersburgo. “¿Cómo se explica, si él está en Moscú?” La dama desdobló el papel y palideció, dejando caer la mano que sostenía la carta. “No, imposible. No he tenido tiempo de leer nada. La carta no dice eso”. Y volvió a levantar la mano. Fue cosa de dos segundos. Pero esta vez quedó fija largo tiempo en los escasos renglones. Sus claros ojos se ensombrecieron más y más. Su mano, impotente, dejó caer el papel sobre la mesita de la costura. La señora se cubrió la cara y rompió a llorar. “¿Qué he hecho, qué he hecho?” —murmuró. Y el llanto volvió a ahogarla.

— ¿Qué te pasa, Vérochka? * ¿Eres aficionada a las lágrimas? Nunca te he visto llorar. ¿Por qué lloras?

El joven que esto preguntaba entró en la habitación con paso rápido, aunque con cuidado para no hacer ruido.

— Lee eso... que hay en la mesa...

Ella no sollozaba ya. Sentada en completa inmovilidad, apenas respiraba.

El joven tomó el papel, palideció también y, temblorosas las manos, miró largamente la carta, a pesar de que era breve: poco más de veinte palabras:

* Diminutivo de Vera.

“Como turbaba vuestra tranquilidad, desaparezo de la escena. No me tengáis lástima. Os quiero tanto a los dos, que estoy muy satisfecho de mi decisión. Adiós”.

El joven permaneció en pie mucho tiempo pasándose la mano por la frente; luego se retorció nerviosamente el bigote; miró distraído una manga de su abrigo, y por último logró concentrar sus pensamientos. Dio un paso hacia la mujer, que continuaba sentada sin moverse, respirando apenas, como aletargada, y tomó una mano de ella entre las suyas:

— ¡Vérochka!

Pero no bien sus manos se tocaron, la mujer se puso en pie de un salto como movida por una descarga eléctrica, exhaló un grito de horror, apartóse, presurosa, del joven y lo rechazó con ademanes convulsivos:

— ¡Retírate! ¡No me toques! ¡Estás ensangrentado! ¡Empapado en sangre de él! ¡No puedo verte! ¡Me separaré de ti! ¡Me iré! ¡Apártate! —Y no cesaba de agitar las manos, como tratando de apartarlo. De pronto se tambaleó, desplomóse en un sillón y se tapó la cara—: ¡También yo estoy manchada de sangre! ¡También yo! ¡Tú no tienes la culpa, la tengo yo sola... yo sola! ¿Qué he hecho, qué he hecho?

Los sollozos la sofocaban.

— Vérochka, amiga Vérochka —dijo él con voz baja e indecisa.

Ella se repuso a duras penas y pronunció dificultosamente, con voz trémula, aunque algo más serena:

— Déjame, querido. Vuelve dentro de una hora. Entonces me habré tranquilizado ya. Dame un poco de agua y márchate.

El obedeció en silencio. Regresó a su habitación, volvió a sentarse a la mesa de escritorio, ante la cual se hallaba muy ufano y tranquilo un cuarto de hora antes, y tomó de nuevo la pluma... “En momentos como éste es cuando hay que saber dominarse; tengo fuerza de voluntad, y todo pasará... Pasará” —pensó. Y la pluma, sin

que él pudiera evitarlo, puso en medio del artículo que estaba escribiendo: "¿Lo resistirá? ¡Qué horror! ¡Adiós felicidad!"

— Querido, ya estoy dispuesta. Quiero hablar contigo —se oyó en la habitación contigua. La joven señora hablaba con voz sorda, pero firme.

— Debemos separarnos. Estoy decidida. Es muy duro. Pero más penoso aún sería que siguiésemos juntos. Yo soy quien lo ha matado. Lo he matado por ti.

— Vérochka, ¿qué culpa tienes tú?

— No hables, no me justifiques si no quieres que te odie. Yo, sólo yo soy la culpable. Perdona, amado mío, que haya tomado esta decisión tan dolorosa para ti. ¡También lo es para mí, querido! Pero no puedo proceder de otro modo: tú mismo verás dentro de poco que esto es lo más prudente. Mi determinación es irrevocable, amigo mío. Escucha. Yo me voy de Petersburgo. Me sentiré más a gusto lejos de lugares que me recordarian el pasado. Venderé mis bienes. Tendré suficiente para vivir cierto tiempo. ¿Dónde? En Tver, en Nizhni Nóvgorod: no lo sé, me da igual. Buscaré lecciones de canto; probablemente las encontraré, porque pienso irme a alguna ciudad grande. Si no las encuentro, procuraré colocarme de institutriz. Creo que no pasaré estrecheces: pero si me veo apurada, me dirigiré a ti. Procura guardar algún dinero para tal caso; ya sabes que tengo muchas necesidades y gastos, aunque soy tacaña. No puedo pasar sin eso. ¿me oyes? No renuncio a tu ayuda. Ello te demostrará, amigo mío, que sigo amándote... Y ahora, ¡adiós para siempre! Vete a Petersburgo... ¡ahora, ahora mismo! Me sentiré aliviada cuando me quede sola. Mañana ya no estaré aquí. Entonces podrás regresar. Iré a Moscú y allí veré en qué ciudad de provincia será más fácil encontrar lecciones. Te prohíbo que salgas a despedirme a la estación. Adiós, amado mío. Dame la mano. La estrecharé por última vez.

El joven quiso abrazarla, pero ella se lo impidió:

— No, de ningún modo, imposible. Sería un insulto a él. Dame que te apriete la mano. ¿Ves con cuánta fuerza la aprieto? Pero, ¡adiós!

El no soltaba la mano de ella.

— Basta, vete. —Vera Pávlovna se desasió, y él no osó retenerla—. ¡Adiós!

Lo miró llena de ternura, pero salió de la habitación con paso firme, sin volver la cara.

El tardó en encontrar su sombrero. Lo cogió cuatro o cinco veces, pero no se percató de ello. Parecía ebrio. Finalmente comprendió que lo que tenía bajo la mano era el sombrero que tanto buscaba, salió al zaguán y se puso el abrigo. Ya junto a la puerta, notó ruido de pasos: "¿Quién corre a mi alcance? Será Masha... Vérochka se habrá sentido mal". Dio la vuelta y vio a Vera Pávlovna que, arrojándosele al cuello, le abrazó y le besó fuertemente:

— ¡No, no he podido resistir, querido! Ahora, ¡adiós para siempre!

Vera Pávlovna volvió corriendo a su aposento, se arrojó en el lecho y dio rienda suelta a las lágrimas tanto tiempo contenidas.

III

PROLOGO

— El tema es el amor, y el personaje principal, una mujer. Eso está bien, aunque la novela sea mala —dice una lectora.

— Cierto —respondo yo.

El lector, en cambio, no se limita a hacer conclusiones tan ligeras, pues por naturaleza, la mente del hombre es mucho más fecunda y, además, ha adquirido mucho mayor desarrollo que la de la mujer. El lector dice (y, probablemente, la lectora piensa igual, pero no cree nece-

sario declararlo, por cuya razón carezco de motivos para discutir con ella): "Yo sé que el señor que se suicidó no se suicidó". Agarrando al vuelo la palabra "sé", yo replico: No lo sabes porque todavía no te lo han dicho, y tú no sabes sino lo que se te dice. No sabes nada; no sabes ni siquiera que con mi modo de empezar la novela te he insultado y humillado. ¿A que no lo sabías? Bueno, pues entérate.

Las primeras páginas de este relato patentizan mi pésima opinión del público. Me he valido de un ardid muy corriente en los escritores: he comenzado con escenas efectistas, sacadas de la mitad o del fin de la obra, y las he envuelto en niebla. Tú, público, eres bondadoso, muy bondadoso y, por consiguiente, poco perspicaz. No cabe esperar de ti que desde las primeras páginas aciertes si valdrá la pena leer la obra: tu pobre instinto necesita estímulos, y estos estímulos son dos: el nombre del autor o la aparatosidad del procedimiento. Esta es la primera novela mía que ves; ignoras si el autor posee talento literario (¡son tantos los escritores a quienes se lo atribuyes!); mi firma no te seduce de momento, y he tenido que echarte el anzuelo del sensacionalismo. No me lo censures; la culpa es tuya; tu bondadosa candidez me ha obligado a rebajarme hasta tal ruindad. Pero ya has caído en mis manos, y puedo proseguir la narración sin trampa ni cartón, tal como me lo dicta la conciencia. De aquí en adelante, no habrá misterios; verás el desenlace de cada situación veinte páginas antes y, para comenzar, te anunciaré el fin de la obra en su conjunto: tiene un desenlace feliz, con brindis y canciones. No habrá sensacionalismos ni adornos. El autor, bondadoso público, no tiene interés en adornar nada porque no hace más que pensar en la confusión que reina en tu cabeza, en cuántos y cuántos sufrimientos superfluos acarrea a cada persona el horrible caos de tus ideas. Me da pena y risa mirarte: ¡eres tan impotente y tan maligno a causa de los excesivos absurdos que encierra tu cerebro! . . .

Estoy entadado contigo porque tienes aversión a la gente. a pesar de que la gente eres tú mismo: ¿cómo puedes profesarte aversión a ti mismo? Por eso te condeno. Pero como tu aversión es hija de tu impotencia mental, estoy obligado a ayudarte, aunque te condene. ¿Por dónde debe empezar la ayuda? Podríamos comenzar, incluso, por lo que tú piensas ahora: ¿Qué escritor es éste que me habla con tanta insolencia? Te diré qué clase de escritor soy.

No tengo ni sombra de talento literario. Hasta el idioma lo domino mal. Pero no importa: lee, público amabilísimo. Lo que leas no será inútil. La verdad es tan buena, que compensa los defectos del escritor que le sirve. Por eso te digo: si yo no te hubiese advertido, tal vez te parecería que la novela está bien escrita, que el autor posee un gran talento poético. Pero te he prevenido que carezco de él. Así sabrás que todas las virtudes de esta obra residen en su veracidad.

Dicho sea de paso, amabilísimo público, hablando contigo hay que explicarlo todo, puesto que, a pesar de tus deseos, no eres maestro en el arte de adivinar lo que se deja a medio decir. Cuando afirmo que no poseo ni sombra de talento literario y que mi novela es muy floja en cuanto a la ejecución, no se te ocurra pensar que me declaro inferior a aquellos novelistas a quienes tú consideras grandes o que mi novela es peor que las de ellos. No es eso lo que digo. Digo que, en lo concerniente a la ejecución, mi novela es muy inferior a las de personas de verdadero talento. En cambio, no te dé miedo de poner mi libro, por su ejecución, al nivel de las más famosas obras de tus ilustres escritores; ponlo, incluso, más alto, que no te equivocarás. En medio de todo, encierra más valor artístico que ellas. Puedes estar tranquilo por eso.

Dame las gracias. Eres propenso a reverenciar a quienes te desdeñan. Inclínate, pues, también ante mí.

Sin embargo, hay en ti, público, cierto número de personas —número bastante considerable ya— a las que yo

respeto. Contigo, con la inmensa mayoría, soy insolente, pero hasta ahora he hablado siempre con esta mayoría y sólo con ella. Con las personas a quienes acabo de aludir hablaría humildemente, cohibido incluso. Pero con ellas no necesitaría explicarme. Tengo en gran estima sus opiniones, mas sé de antemano que están a mi favor. Los buenos y fuertes, los honrados y capaces, comenzaisteis a surgir recientemente, pero ya no sois pocos, y vuestro número aumenta con rapidez. Si vosotros constituyerais el público, no habría ya necesidad de que yo escribiese: si no existierais todavía, yo no podría escribir aún. Pero vosotros no constituís todavía el público y ya existís dentro de éste. Por consiguiente, todavía tengo necesidad de escribir y puedo hacerlo ya.

Capítulo primero

LA VIDA DE VERA PAVLOVNA EN CASA DE SUS PADRES

I

La educación de Vera Pávlovna fue de lo más corriente. Hasta que conoció a Lopujov, estudiante de Medicina, la vida le parecía una cosa notable, aunque no representaba para ella nada de particular. Sin embargo, sus actos de entonces llevaban ya un sello especial.

Vera Pávlovna creció en una alta casa de la calle Gorójovaia, entre la Sadóvaia y el puente Semiónovski. Esta casa tiene hoy el número correspondiente, pero en 1852, cuando los edificios no habían sido numerados aún, ostentaba una inscripción: "Casa de Iván Zajárovich Storéshnikov, consejero efectivo de Estado". Eso decía el letrero; pero Iván Zajárovich Storéshnikov había muerto en 1837, y a partir de entonces, el dueño de la casa era su hijo Mijail Ivánovich, según constaba en los documentos. Sin embargo, los inquisidores sabían que

Mijaíl Ivánovich no pasaba de ser el hijo de la dueña, y que la dueña era Anna Petrovna.

Entonces, como ahora, la casa era grande, con dos portalones que daban acceso a tres patios y con cuatro entradas por la parte de la calle. En el entresuelo, subiendo por la escalera principal, vivían en 1852, como también ahora, la dueña y su hijo. Anna Petrovna sigue siendo, igual que entonces, una señora muy respetable. Mijaíl Ivánovich es hoy un oficial distinguido y entonces era un oficial distinguido y apuesto.

No sé quién vivirá ahora en el apartamento de la derecha del cuarto piso, que está en la más sucia de las numerosas escaleras del primer patio. En 1852 vivía allí el administrador de la casa, Pável Konstantínovich Rozalski, individuo robusto y respetable, con su esposa María Alexéievna, señora delgada, fuerte y alta, con su hija, una muchacha ya crecida —ella es precisamente Vera Pávlovna—, y con su hijo Fedia, de nueve años.

Pável Konstantínovich, además de administrar la casa, era jefe de negociado en un ministerio. Su empleo oficial no le producía ingresos; la administración de la casa los surtía, aunque no en gran cantidad. Otro hubiera sacado mucho más, pero Pável Konstantínovich, como decía él mismo, tenía conciencia. La dueña, en cambio, estaba muy satisfecha de él. En los catorce años que llevaba administrando la casa, Pável Konstantínovich amasó un capitalito de alrededor de diez mil rublos. Ahora bien, solamente unos tres mil procedían del bolsillo de la dueña; los restantes fueron adhiriéndose a ellos en calidad de réditos, sin detrimento para Anna Petrovna: Pável Konstantínovich prestaba dinero bajo prenda.

También María Alexéievna poseía algún dinerillo: unos cinco mil rublos, según decía ella a las comadres, aunque en realidad eran más. El capital en cuestión nació unos quince años antes y tuvo su origen en la venta de una piel de castor, de un vestido y de unos muebles here-

dados por María Alexéievna al morir su hermano, un funcionario. De todo ello sacó unos 150 rublos, que también puso en circulación, prestando dinero bajo prenda. Por arriesgarse más que su marido, sufrió más de un chasco. Un granuja le pidió cinco rublos dejándole como prenda el pasaporte; vino a aclararse que el pasaporte era robado, y María Alexéievna tuvo que desembolsar cerca de quince rublos para salir con bien del asunto. Otro pillo le empeñó por veinte rublos un reloj de oro. Resultó que el reloj era producto de un asesinato, y la prestamista hubo de pagar lo suyo para desenredarse. Pero si ella sufría pérdidas que el marido evitaba con su prudencia en la recepción de prendas, sus ingresos subían también con mayor rapidez. El matrimonio no desdeñaba los procedimientos extraordinarios para obtener dinero. Una vez, siendo pequeña Vera Pávlovna, realizó su madre un negocio que no hubiera hecho si ella hubiese sido mayor. Pero, ¿por qué no iba a realizarlo cuando su hija era una criaturita que no comprendía nada? Ciertamente, Vérochka no lo habría comprendido a no ser por que Matriona, la criada, se lo explicó de manera muy clara. Sabedora de que la niña no debía enterarse de aquello, Matriona no se lo habría explicado, pero no pudo contenerse después de una fuerte zorra que le propinó María Alexéievna por haberse ido de diversión con su amante (dicho sea de paso, Matriona llevaba siempre un ojo amoratado —no por las caricias de María Alexéievna, sino por las del amante—, cosa conveniente, porque una criada con un ojo magullado resulta más barata). Veamos en qué consistió el negocio. Una vez se presentó en casa de María Alexéievna una señora elegante, lujosa, bella. Estuvo allí una semana. Venía a visitarla un caballero apuesto que traía a Vérochka caramelos y le regaló hermosas muñecas y dos libros con láminas. En uno de los libros había dibujos muy bonitos: animales y ciudades. Apenas se marchó el huésped, María Alexéievna le quitó el libro a su hija, y por eso Vérochka no pudo ver las ifus-

traciones más que una vez, en compañía del caballero, que se las iba enseñando. Así, pues, la señora permaneció en la casa alrededor de una semana, y todo seguía su curso normal. María Alexéievna se pasó la semana entera sin aproximarse al pequeño aparador donde estaba la botella del vodka, cuya llave no confiaba a nadie. En todo este tiempo no pegó a Matriona ni a Vérochka, ni blasfemó en voz alta. Una noche, Vérochka fue despertada muchas veces por los horribles gritos de la huéspededa y por la agitación que reinaba en la casa. A la mañana siguiente, María Alexéievna se acercó al aparador y permaneció junto a él más tiempo de lo ordinario, repitiendo sin cesar: "Gracias a Dios que todo ha salido bien. Gracias a Dios". Llamó incluso a la criada y le dijo: "Toma y que te sirva de provecho, Matriona. También tú has trabajado mucho". Y después no le dio por pegar ni por blasfemar, como solía ocurrirle después de sus visitas al aparador, sino que besó a Vérochka y se acostó a dormir. Siguió otra semana de tranquilidad; la huéspededa no gritaba ni salía de su habitación; al cabo de una semana se marchó. Dos días más tarde se presentó otro caballero acompañado por la policía y riñó mucho a María Alexéievna; pero ésta no se dejó intimidar y afirmaba una y otra vez: "No sé nada de sus asuntos de usted. Mire en los libros de la administración de la casa y verá quién ha sido mi visitante: la señora Savastiánova, esposa de un comerciante de Pskov y conocida mía. Esa es toda la historia". Finalmente, el señor que había venido con la policía, después de mucho gruñir, se fue y no volvió a aparecer. Vera vio todo esto cuando tenía ocho años, y cuando cumplió los nueve, Matriona le explicó lo sucedido entonces. Aquel caso fue único. Hubo otros de diversa índole, pero no muchos.

A los diez años, yendo al mercado con su madre, al torcer la esquina de las calles Gorójovaia y Sadóvaia, recibió un inesperado pescozón y oyó la voz de María Alexéievna: "Te quedas embobada mirando a la iglesia.

y no te persignas, so tonta. ¿No-ves cómo se persigna toda la gente?"

A los doce años entró en un colegio, y comenzó a venir a su casa un profesor de piano: un alemán borracho, pero muy bondadoso y excelente maestro que, por ser bebedor, trabajaba muy poco.

Al cumplir los catorce, Vérochka cosía para toda la familia. Ciertamente, la familia no era muy grande...

Cuando Vérochka se acercaba a los dieciséis, su madre solía gritarle: "¡Lávate esos morros, que los tienes como una gitana! No conseguirás lavártelos, no. Eres un espantapájaros, no sé a quién has salido". El color cetrino de su rostro acarreó muchos sinsabores a Vérochka, la cual se acostumbró a considerarse fea. Anteriormente, la madre la llevaba vestida poco menos que de harapos, pero ahora comenzó a cuidar de ella. Y Vérochka, muy compuesta, iba con María Alexéievna camino de la iglesia y pensaba: "Esta esta ropa le iría muy bien a cualquiera otra, pero yo no dejaré de parecer una gitana y un espantapájaros. Me pongan lo que me pongan: un vestido de percal o de seda. ¿Cómo me agradaría ser guapa! ¿Cómo me gustaría!"

Cumplidos ya los dieciséis años, Vérochka dejó de aprender piano y de ir al colegio y empezó a dar clase en el mismo colegio. Después, su madre le encontró otras clases.

Medio año más tarde, María Alexéievna dejó de llamar a Vérochka gitana y espantapájaros, y comenzó a vestirla con más elegancia todavía. Y Matriona —ésta era ya la tercera Matriona; la primera tenía siempre acarfenalado el ojo izquierdo, mientras que ésta llevaba magullado el pómulo izquierdo, y no siempre— dijo a Vérochka que el jefe de Pável Konstantínovich y un importante funcionario con una Orden al cuello querían pedir su mano. En efecto, los oficinistas subalternos del ministerio afirmaban que el jefe de la sección en que prestaba servicio Pável Konstantínovich se mostraba muy

condescendiente con él y, conversando con sus iguales, decía que él necesitaba casarse con una mujer hermosa aunque no tuviera dote y que Pável Konstantínovich era un funcionario ejemplar.

Ignoramos cómo habría terminado todo esto. Pero el jefe de la sección, por prudencia, tardó en meditar el asunto y dio tiempo a que se presentase otro pretendiente.

El hijo del ama de la casa fue a ver al administrador y le pidió, en nombre de su madre, que recogiera diversos modelos de papel para empapelar de nuevo el apartamento de la dueña. Las disposiciones de este género se le daban antes por medio de un criado. Para comprender la causa de tal cambio no hacía falta ser tan sagaces como María Alexéievna y su marido. El hijo de la dueña permaneció allí más de media hora y les honró aceptando un vaso de té, barato por cierto. Al día siguiente, María Alexéievna regaló a su hija un broche que no había rescatado el que lo empeñó y le mandó hacer dos vestidos muy buenos. La tela del primero costó cuarenta rublos; la del segundo, cincuenta y dos; y con los volantes, las cintas y la hechura, vinieron a salir por ciento setenta y cuatro. Al menos, eso le dijo María Alexéievna a su marido, pero Vérochka sabía que costaron menos de cien rublos, pues las compras se hicieron en presencia suya. Con todo y con eso, por cien rublos podían hacerse dos vestidos magníficos. Vérochka estaba satisfechísima con sus vestidos y con su broche, pero lo que más júbilo le producía era que su madre, ¡por fin!, había accedido a comprarle el calzado en casa de Korolióv. En el mercado vendían una botas feísimas, mientras que las de Korolióv sentaban tan bien...

La compra de los vestidos no fue vana: el hijo de la dueña se aficionó a visitar al administrador y, ya se entiende, hablaba más con la hija que con los padres, quienes, como era de esperar, lo llevaban en palmitas. Claro está, la madre daba a la hija las instrucciones de

rigor. No hay por qué detallarlas, pues son cosa archisabida.

Una vez, después de comer, dijo María Alexéievna:

— Vérochka, vistete lo mejor que puedas. Te he preparado una sorpresa. Vamos a la ópera. He comprado entradas para un palco del entresuelo, al que van las mujeres de los generales. Todo por agradarte, tontuela. Estoy tirando hasta los últimos ahorros. Lo que hemos gastado en ti trae loco a tu padre. ¡Hay que ver lo que se llevó *madame* la del colegio! ¿Y lo que costaron las lecciones de piano? Tú ni te das cuenta, ingrata. Parece que no tienes alma ni sentimientos...

María Alexéievna no la reprendió más. Por otra parte, ¿qué reprensión era aquélla? Hacía tiempo que no le levantaba la voz. Y no le había pegado una sola vez desde el momento en que corrió el rumor acerca del jefe de la sección.

Fueron a la ópera. Terminado el primer acto, entró en el palco el hijo de la dueña con dos amigos: el primero, delgado y muy elegante; el segundo, militar, grueso y de aspecto más sencillo. Sentáronse y se pusieron a cuchichear, sobre todo el hijo de la dueña con el vestido de paisano. El militar hablaba poco. María Alexéievna aguzó el oído, pero apenas entendía porque hablaban en francés. Cinco o seis palabras de su conversación le eran conocidas: *belle, charmante, amour, bonheur**. Ahora bien, ¿qué importaba aquello? *Belle, charmante...* María Alexéievna sabía de sobra que su gitanilla era *belle* y *charmante*. *Amour...* María Alexéievna veía que el mozo estaba loco de *amour*; y habiendo *amour*, ya se sabe: habría *bonheur*. Mas ¿qué se sacaba en limpio de aquellas palabras? ¿Cuándo pediría la mano?

— Vérochka, no seas ingrata —murmuró María Alexéievna al oído de su hija—. ¿Por qué les vuelves el hocico? ¿Te ofende su presencia? Si es un honor para

*Belle, encantadora, amor, felicidad.

El pazguata. ¿Cómo se dice casamiento en francés. Vérochka? ¿No es *mariage*? ¿Y cómo se dice novio, novia y casarse?

Vérochka se lo dijo.

— Pues no, esas palabras no las han pronunciado... ¿No será que me las has dicho mal? ¿No me engañes!

— No, las he dicho bien. Sólo que eso no lo oírás usted nunca en boca de ellos. Vámonos. Yo no puedo estar aquí ni un minuto más.

— ¿Cómo? ¿Qué dices, infame? — A María Alexéievna se le inyectaron los ojos en sangre.

— Vámonos. Haga usted luego conmigo lo que quiera, pero yo no me quedo. Ya se lo explicaré después. Mamá — prosiguió en voz alta —: me duele la cabeza. No puedo seguir aquí. Haga el favor...

Vérochka se levantó. Inquietáronse los caballeros.

— Ya se te pasará, hija — repuso María Alexéievna, severa y solemne —. Date un paseo por el corredor con Mijail Ivánovich y se te pasará.

— No, no se me pasará. Me siento muy mal. Vámonos en seguida, mamá.

Los caballeros abrieron la puerta y ofrecieron a Vérochka el brazo. “¡La muy asquerosa los rechaza!” — pensó la madre. Ellos mismos les ayudaron a ponerse los abrigos y a subir al coche. María Alexéievna contempió, orgullosa, a los lacayos: “¡Mirad, bribones, qué caballeros! ¡Y éste será mi yerno! Tendré a mi servicio truhanes como vosotros. ¡Y tú hazte la melindrosa, canalla! ¡Ya te daré yo a ti melindres!” Pero, ¡un momento, un momento! ¿De qué hablaba el yerno con la descastada Vera mientras ayudaba a subir al coche a la raída orgullosa? *Santé* significaba, al parecer, salud; *savoir*, enterarse; *visite* era igual en ruso; *permettez*, permítame. Tales palabras no aminoraron la cólera de María Alexéievna, pero tampoco habría que perderlas de vista. El coche se puso en marcha.

— ¿Qué te dijo cuando te ayudaba a subir?

— Que mañana por la mañana pasará a enterarse de mi estado de salud.

— ¿Mañana? ¿No mientes?

Vérochka no contestó.

— ¡Tienes el santo de cara! — Pese a esta exclamación de júbilo, María Alexéievna no pudo reprimirse y dio, a su hija un tirón del cabello. Uno solo, y no muy fuerte—. Bueno, no te pondré un dedo encima, pero mañana tienes que estar alegre. ¡Duerme por la noche, contal No se te ocurra llorar. ¡Como mañana te vea pálida o con ojos de haber llorado, me las pagarás! Si hasta ahora te he aguantado... no va a ser siempre lo mismo. No creas que me van a dar lástima esos morros de mona. Aunque te los estropee, por lo menos demostraré quién soy.

— Ya hace tiempo que he dejado de llorar. Bien lo sabe usted.

— Sí, sí. Pero hay que ser más sociable con él.

— Está bien. Mañana hablaré con él.

— Ya va siendo hora de que tengas juicio. ¡Teme a Dios y ten piedad de tu madre, sinvergüenza!

Pasados unos diez minutos, prosiguió María Alexéievna:

— Vérochka, no te enfades conmigo. Te regaño por tu bien. Tú no te imaginas cómo quieren las madres a sus hijos. Nueve meses te llevé en las entrañas. Vérochka. Agradécemelo, sé obediente. Tú misma verás que va en beneficio tuyo. Pórtate como te digo. ¡Mañana pedirá tu mano!

— Madre, se equivoca usted. No tiene la más mínima intención de pedirla. ¡Si supiera usted lo que decían, madre!

— Lo sé. Si no hablaban de la boda, ya se sabe de lo que hablarían. Pero va equivocado. A ése nos lo metemos en el bolsillo. Lo llevo a la iglesia en un saco y le hago dar una vuelta alrededor del atril, tirándole de los pelos.

Y aun podrá darse por satisfecho. Bueno, mira: tampoco es cosa de darte demasiadas explicaciones. Con lo que te he dicho, ya me he propasado. Las muchachas no tienen por qué saber tales cosas. De eso deben ocuparse las madres. Y las hijas han de obedecer, porque no saben nada del mundo. ¿Así que mañana hablarás con él, como te he mandado?

— Sí, hablaré.

— Y usted, Pável Konstantínovich, ¿qué hace ahí como un pasmado? Diga usted que, como padre, también le ordena obedecer a su madre, que su madre no le enseña nada malo.

— María Alexéievna, tú no tienes un pelo de tonta, pero este asunto es peligroso. ¿No te parece que vas un poco aprisa?

— ¡Imbécil! ¡Lo que ha soltado por esa boca delante de Vérochka! ¿Para qué le habré preguntado? Bien dice el reírán que es peor meneallo, porque huele. ¡Qué ocurrencia! Déjate de sermones y di: ¿debe una hija obedecer a su madre?

— Naturalmente. La cosa está clara, María Alexéievna.

— Pues entonces, ordénaselo como padre.

— Vérochka, obedece en todo a tu madre. Es persona inteligente, con experiencia. Y no te enseñará nada malo. Te lo ordeno como padre.

El coche se detuvo a la puerta.

— Basta, madre. Ya le he dicho que hablaré con él. Estoy muy fatigada. Necesito descansar.

— Acuéstate y duerme. No te molestaré. Tienes que dormir bien para mañana.

Efectivamente, mientras subían por la escalera, María Alexéievna no despegó lo labios. ¡Cuánto le costó! Y cuando, una vez arriba, Vérochka se fue directamente a su dormitorio, negándose a cenar, su madre tuvo que hacer un gran esfuerzo para decirle con voz meliflua:

— Vérochka, ven aquí.

La hija se acercó.

— Quiero darte mi bendición antes de acostarte —prosiguió la madre—. Baja la cabeza.

Vérochka obedeció.

— Dios te bendecirá como te bendigo yo, Vérochka.

Le hizo tres veces la señal de la cruz y alargó la mano para que su hija la besase.

— No, madre. Hace mucho que le he dicho que no le besaré la mano. Permitame que me retire. Me siento verdaderamente mal.

¡Oh, cómo volvieron a centellear los ojos de María Alexéievna! Pero se sobrepuso y dijo resignada:

— Bueno, vete a descansar.

Vérochka, muy pensativa, tardó bastante en desnudarse y guardar el vestido. Quitóse el brazalete y permaneció mucho tiempo sentada con él en la mano; se quitó un pendiente y tornó a abstraerse, quedando así largo rato, hasta que recordó que estaba terriblemente fatigada, que ni siquiera había podido tenerse en pie ante el espejo, que tuvo que dejarse caer, casi desmayada, en una silla, que había realizado un esfuerzo impropio para llegar hasta su dormitorio y que necesitaba desnudarse y acostarse cuanto antes. Apenas se metió en el lecho, entró en la estancia María Alexéievna con una bandeja en la que traía la gran taza del padre y un montón de galletas:

— Toma, Vérochka. Que te aproveche. Yo misma te lo he traído. Para que veas que tu madre se acuerda de ti. Me atormentaba pensar: ¿Cómo es posible que Vérochka se haya acostado sin cenar? Tomando el té, estaba pensando que te piensa. Hasta que decidí traerte esto. Come, hija de mi alma.

Vérochka no reconoció la voz de su madre. Aquel acento dulce y bondadoso era inaudito en ella. La miró asombrada y vio que las mejillas de María Alexéievna tenían un color de fuego y que su mirada vagaba por la habitación.

— Quiero verte comer. Cuando termines te traeré otra taza de té.

El té, saturado de crema espesa y sabrosa, despertó el apetito de la muchacha. Vérochka se apoyó en un codo y se puso a beber. "¡Qué bueno está el té recién hecho, cargado, muy dulce y con mucha crema! ¡Qué bueno! En nada se parece al asqueroso té de resuelo con un terroncillo de azúcar, que tomamos todos los días. Cuando yo tenga dinero propio, tomaré siempre té como éste".

— Gracias, mamita.

— No te duermas; voy a traerte más. —Salió y volvió con otra taza de magnífico té—: Toma, yo esperaré aquí sentada.

Guardó silencio cosa de un minuto, y luego siguió hablando de una manera muy peculiar, tan pronto atropelladamente como alargando las palabras:

— Me has dado las gracias, Vérochka. Hacía mucho tiempo que no me decías una palabra de agradecimiento. Crees que tengo mal humor. Sí, lo tengo. ¡Pero es que no hay modo de no tenerlo! Además, estoy ahora muy débil. Vérochka. Tres porches me han dejado así, aunque ya ves, ¡no soy tan vieja! Y, por otra parte, me has dado un disgusto, me has causado una gran pesadumbre. Por eso me siento tan débil. ¡Qué vida más pesada la mía! No quiero que tú vivas así. Necesitas ser rica. ¡Cuántos tormentos he tenido que resistir, Vérochka! ¡Ay, ay, cuántos! Tú no recuerdas cómo vivíamos tu padre y yo antes de que él fuera administrador. Más pobres que las ratas, ¡ay, ay, ay! Pero yo era honrada entonces. Ahora no lo soy. No quiero pecar mintiéndote. No voy a decir que ahora soy honrada. ¡Qué va, dejé de serlo hace mucho tiempo! Tú, Vérochka, tienes instrucción, y yo no la tengo; pero sé todo lo que escriben vuestros libros. En ellos se dice que no debe hacerse lo que han hecho conmigo. "¡Eres deshonesto!" —me reprochan. Tu padre —que es padre tuyo, aunque de Nádenka no lo era— es un idiota rematado, pero también me lo echaba en cara,

— ¡me echaba en cara a cada momento. Por eso me hice mala. Si pensais que no soy honrada —dije—, no lo será Nádenka. ¿Qué tenía de particular? ¿Quién me indujo a ello? ¿Y quién te dieron el puesto? Mi falta fue menor que la de él. Y me la quitaron, la metieron en un hospicio, y no ha sido posible averiguar dónde se halla. Hasta hoy no la he visto y no sé si vivirá... Aunque, ¡cómo va a vivir! Si hubiera sido ahora, no lo habría sentido tanto, pero entonces no era tan fácil sobrellevarlo. ¡Qué rabia me daba! Y me hice mala. Desde entonces todo camió para mejor. ¿Quién lo consiguió la colocación al imbécil de tu padre? Yo se la conseguí. ¿Y quién lo hizo administrador? Yo. Desde entonces comenzamos a vivir bien. ¿Por qué? Porque yo perdí la vergüenza y me envilecí. Ya sé que vuestros libros dicen: Solamente los desvergüenzados y los malos viven bien. ¡Y es verdad, Vérochka! Ya ves, ahora tu padre tiene dinero. Se lo he ganado yo. También yo tengo, quizás más que él. Todo lo he conseguido por mi cuenta. No me faltará un pedazo de pan para la vejez. Y el tonto de tu padre ha empezado a respetarme, lo he domado y está más suave que un guante. Hasta entonces me echaba de casa y hacía burla de mí. ¿Por qué, si no había motivo? Porque yo no era mala. Vérochka. Vuestros libros dicen que no se debe vivir así, ¿te crees que no lo sé? En vuestros libros se predica que como no se puede vivir así, es necesario darle la vuelta a todo esto y que si, tal como están ahora las cosas, es imposible seguir viviendo, ¿por qué no se implanta un orden nuevo? ¡Oh, Vérochka! ¿Piensas que no sé el nuevo orden que predicán vuestros libros? Lo sé. Y es bueno. Pero ni tú ni yo lo veremos. La gente es muy estúpida. ¿Cómo se va a establecer un orden bueno con esta gente? Por eso, hay que vivir a la antigua. Así debías vivir tú. ¿Cuál es el viejo orden? Vuestros libros dicen: "El viejo orden es el robo y el engaño". Es cierto, Vérochka. Quiere decirse que mientras no exista lo

nuevo, hay que vivir con arreglo a lo viejo: roba y engaña. Te lo digo porque te quiero. Grrr...

María Alexéievna comenzó a roncar y dejó caer la cabeza.

II

María Alexéievna sabía lo que se habló en el teatro, pero ignoraba cuáles hubieran podido ser los resultados de la conversación.

Apenada por la amargura que le proporcionara su hija, se le fue la mano echando ron al ponche y ahora roncaba ya. Mientras tanto, Mijaíl Ivánovich Storéshnikov cenaba en un restaurante de moda en compañía de los caballeros que habían estado con él en el palco. Había en el grupo una cuarta persona: una francesa llegada con el oficial. La cena tocaba a su fin.

— *Monsieur* Storeshnik —Storeshnikov resplandeció: era la tercera vez que la francesa le dirigía la palabra durante la cena—, *monsieur* Storeshnik. Permítame que le llame así. Suena mejor y es más fácil de pronunciar. No pensaba que sería la única dama en esta cena. Esperaba encontrar aquí a Adele. Me hubiera agradado mucho... La veo tan de tarde en tarde...

— Adele, por desgracia, se ha enfadado conmigo.

El oficial quiso decir algo, pero se contuvo.

— No le crea, *mademoiselle* Julie —intervino el que iba vestido de paisano—. Teme descubrirle la verdad, pensando que se disgustará usted al saber que ha dejado a una francesa por una rusa.

— No sé por qué hemos venido —dijo el oficial.

— No, Serge. ¿No nos lo había pedido Jean? Además, ha sido para mí un gran placer conocer a *monsieur* Storeshnik. Pero, *monsieur* Storeshnik, ¡qué mal gusto tiene usted! No me habría sorprendido que hubiera usted dejado a Adele por aquella georgiana del palco; pero cambiar a una francesa por una rusa... Ya me la figuro: ojos

descoloridos, cabello escaso y descolorido, cara inexpresiva y descolorida... Aunque no, no descolorida, sino como dicen ustedes, cara de sangre y crema, o sea, una cosa que sólo vuestros esquimales pueden llevarse a la boca. Jean, dele usted el cenicero a este ofensor de las gracias para que se espolvoree de ceniza su pecadora cabeza.

— Has dicho una sarta de tonterías tan grande, Julie, que no es a él, sino a ti a quien habría que echarle ceniza en la cabeza —replicó el oficial—. La que tú llamas georgiana es precisamente la rusa en cuestión.

— ¿Te estás burlando de mí?

— Rusa pura —reafirmó el oficial.

— ¡Imposible!

— Te equivocas, amable Julie, si piensas que en nuestra nación hay un solo tipo de belleza como en la vuestra. Aunque incluso en Francia hay muchas rubias. Pero nosotros, Julie, somos una mezcla de razas, desde los fineses de cabello blanco ("Sí, sí, fineses" —observó para sus adentros la francesa), hasta tipos morenos, mucho más morenos que los italianos: los tártaros y los mongoles ("Sí, mongoles, ya lo sé" —volvió a pensar Julie). Todos ellos nos han transmitido gran parte de su sangre. Los rubios, a los que profesas tanto odio, no constituyen aquí sino un tipo de gente. El más extendido, pero no el preponderante.

— ¡Qué sorpresa! ¡Pero si es hermosísima! ¿Por qué no se dedica al teatro? Señores, hablo tan sólo de lo que he visto. Queda una cuestión de gran importancia: ¿Cómo tiene los pies? Me han contado que vuestro ilustre poeta Karasén afirmaba que en Rusia no había ni cinco pares de pies pequeños y bien formados.

— Julie, eso no lo dijo Karasén. Y a ver si lo pronuncias como es debido: Karamzín. Karamzín fue un historiador, y no era ruso, sino tártaro. Ahí tienes una nueva prueba de la diversidad de nuestros tipos. Lo de los pies

lo dijo Pushkin. Sus versos eran buenos para aquella época, pero ahora han perdido gran parte de su valor. A propósito, los esquimales viven en América, y nuestros salvajes, que beben sangre de reno, se llaman *samoyedos*.

— Muchas gracias, Serge. Karamzín fue historiador, Pushkin, ya lo sé; los esquimales viven en América; los rusos son *samoyedos*; sí, *samoyedos*, pero esto suena la mar de bien: sa-mo-ye-dos. No se me olvidará. Señores, ordeno a Serge que me diga todo eso cuando estemos solos o, por lo menos, no en compañía de ustedes. Será muy útil. Además, la ciencia es mi pasión. Yo he nacido para ser una *madame* de Stael, señores. Pero esto es un inciso. Volvamos a la cuestión: ¿Qué pie tiene?

— Si me permite usted que vaya a verla mañana, *mademoiselle* Julie, tendré el honor de llevarle su zapato.

— Llévelo. Me lo probaré. Esto despierta mi curiosidad.

Storéshnikov no cabía en sí de júbilo. ¿Cómo no? El se deshacía buscando la amistad de Jean; Jean se deshacía buscando la de Serge, y Julie era una de las primeras francesas que alternaban con Serge. Un honor, un gran honor.

— El pie no está mal —afirmó Jean—. Pero yo, como persona práctica, me intereso por cosas más esenciales: estuve contemplando el busto de ella.

— El busto es muy hermoso —dijo Storéshnikov alentado por los elogios que se hacían del objeto de su afición y convencido ya de que podía galantear a Julie, cosa que hasta entonces no se atrevía a hacer—. Su busto es encantador, aunque, evidentemente, elogiar aquí el busto de otra mujer es un sacrilegio.

— ¡Ja, ja, ja! Este caballero quiere alabar mi busto. No soy hipócrita ni engañadora, *monsieur* Storéshnik. No me jacto, ni me gusta que se dé por bueno lo que tengo de malo. Gracias a Dios me quedan todavía bastantes cosas de las que puedo enorgullecirme con razón. Pero mi busto... ¡Ja, ja, ja! Jean, usted ha visto mi busto.

Dígame cómo es. ¿Por qué calla usted, Jean? Deme la mano, *monsieur* Storéshnik —y le cogió la mano—. ¿Se da usted cuenta de que esto no es un cuerpo? Pruebe también aquí, y aquí. ¿Lo ve usted ahora? Llevo un busto postizo como quien lleva un vestido, una falda o una camisa, no porque me guste —estimo que sería mejor no andarse con estas hipocresías—, sino porque así se estila en sociedad. Pero una mujer que ha vivido tanto como yo (¡y cómo he vivido, *monsieur* Storéshnik! Ahora soy una santa, una monja, en comparación con lo que fui), una mujer como yo no puede conservar el busto. —La francesa rompió a llorar—. ¡Mi busto, mi busto, mi pureza! Dios mío, ¿para eso nací? ¡Mienten ustedes, señores! —gritó saltando de su asiento y descargando un puñetazo en la mesa—. ¡Son ustedes unos calumniadores, unos seres viles! ¡Aquella muchacha no es su amante! ¡El quiere comprarla! Vi cómo ella le volvía la cara y arrojaba de indignación y de odio. ¡Esto es una infamia!

— Cierto —asintió el de paisano desperezándose—. Has fanfarroneado un poco, Storéshnikov; todavía no habéis ultimado el asunto y ya dices que vives con ella y hasta has roto con Adele para convencernos. Verdaderamente, has hecho una buena descripción, pero has descrito lo que no has visto aún. Por otra parte, da igual: si no es una semana antes será una semana después. Y no te decepcionará lo que nos has descrito por imaginación. Incluso lo encontrarás mejor de lo que piensas. La he estado contemplando. Quedarás satisfecho.

Storéshnikov estaba fuera de sí:

— No, *mademoiselle* Julie. Le aseguro que se equivoca usted. Perdóneme que tenga el atrevimiento de contradecirla. Pero ella es mi amante. Lo sucedido allí fue un enfado amoroso de lo más corriente. Celos: ella vio que pasé el primer acto en el palco de *mademoiselle* Matilde. Y nada más.

— Mentira, querido, mentira —objetó Jean boste-

— No miento, no.
— Desmuéstralo. Soy hombre práctico y necesito pruebas para creer.
— ¿Cómo voy a presentar pruebas?
— Ya ves, das marcha atrás y pones al descubierto la mentira. ¿Que cómo vas a presentar pruebas? ¿Tan difícil es hallarlas? Verás: mañana volvemos a reunirnos aquí para cenar. *Mademoiselle* Julie tendrá la amabilidad de traer a Serge; yo traeré a mi encantadora Berta, y tú, a ella. Si la traes, pierdo yo y pago la cena. Si no la traes ¡serás expulsado bochornosamente de nuestro círculo!—Jean llamó al camarero—: Simón, tenga la bondad de preparar mañana una cena para seis personas como la que celebramos cuando me casé con Berta. ¿Se acuerda usted? Antes de Navidad. Y en la misma habitación.

— ¿Cómo no voy a acordarme de aquel festín, *monsieur*! Se hará como usted manda.

El camarero salió.

— ¡Canallas, infames! —estalló Julie—. Yo fui dos años mujer pública en París y viví seis meses en una guarida de ladrones, pero ni siquiera allí encontré juntos tres individuos tan viles. ¡Dios mío, con qué gente me veo obligada a alternar! ¿Por qué este oprobio, Dios de los cielos? —La francesa cayó de rodillas—. Dios mío, soy una mujer débil. Sabía resistir el hambre, pero hace tanto frío en París en invierno... ¡Era tanto el frío y tan pícaras las tentaciones!... Yo quería vivir, quería amar. No es un pecado, Dios mío: ¿por qué me castigas así? ¡Sácame de este antro, líbrame de este lodo! Dame fuerza para ser de nuevo mujer pública en París. ¡No te pido nada más, no merezco otra cosa, pero líbrame de esta gente, de estos seres repugnantes! —saltó de su asiento y se acercó al oficial—: Serge, ¿tú también eres igual? No, tú eres mejor que éstos, ¿verdad? (“Si” —pronunció ídemáticamente el militar.) ¿Verdad que da asco?

— Da asco, Julie.

— ¿Y tú callas? ¿Lo permites? ¿te conformas? ¿Eres cómplice?

— Siéntate en mis rodillas, querida Julie. —Comenzó a acariciarla y ella se calmó—. ¡Cómo me gustas cuando te pones así! Eres un sol. ¿Por qué no quieres casarte conmigo? ¡Cuántas veces te lo he pedido! Acepta.

— ¿El matrimonio? ¿El yugo? ¿Los prejuicios? ¡Jamás! Te he prohibido hablarme de semejantes tonterías. No me enojés. Pero... Serge, querido Serge, ¡prohibeselo! ¡El te tiene miedo! ¡Sálvala!

— Julie, serénate. Eso es imposible. Si no es él, será otro. Para el caso es lo mismo. Fíjate: Jean piensa ya quitársela, y tú sabes muy bien que hay miles de Jeanes como éste. No es posible preservarla de todos si su madre quiere comerciar con ella. Los rusos decimos que no hay manera de romper la pared con la cabeza. Somos un pueblo inteligente, Julie. Ya ves lo tranquilo que vivo ateniéndome a este principio ruso.

— ¡Nunca! Tú eres un esclavo, y las francesas somos libres. Una francesa lucha. ¡Cae, pero se bate! ¡No lo permitiré! ¿Quién es ella? ¿Dónde vive? ¿Tú lo sabes?

— Sí.

— Vamos a verla. Quiero prevenirla.

— ¿A las doce y pico de la noche? Mejor será que nos vayamos a dormir. Adiós. Jean. Adiós, Storéshnikov. Ni que decir tiene que no debéis esperarnos a vuestra cena de mañana. Ya veis lo irritada que está. Y, a decir verdad, a mí tampoco me gusta esta historia. Claro que a vosotros os importa poco mi opinión. Adiós.

— Vaya una francesa loca —contestó el de paisano desperezándose y bostezando una vez que salieron el oficial y Julie—. Es una mujer muy atractiva, mas esto pasa ya de la raya. Resulta agradable ver enfadada a una mujer bonita, pero con ésta no viviría yo no digo ya cuatro años, sino ni siquiera cuatro horas. Ahora bien, Storéshnikov: nuestra cena no se va a aguar por sus caprichos. En lugar de ellos traeré a Paul y a Matilde. Y

ahora habrá que irse a casa. Yo tengo que pasar todavía a ver a Berta y, luego, a la pequeña Lotchen, que es un primor.

III

— Muy bien, Vera. Se ve que no has llorado. Has comprendido que tu madre dice la verdad y ya no te encabritas como antes. —Vérochka hizo un ademán de disgusto—. Bueno, bueno, no te daré más la tabarra, no te enfades. Ayer me quedé dormida en tu alcoba. Quizás me iría de la lengua, porque no estaba en mis cabales. No creas lo que pueda escapárseme cuando estoy borracha, joyes? No me creas.

Vérochka volvió a ver a la antigua María Alexéievna. La víspera le había parecido distinguir rasgos humanos bajo su envoltura de fiera. Ahora reaparecía la fiera y nada más. La hija trató de vencer su repugnancia y no pudo. Antes no tenía por su madre otro sentimiento que odio; el día anterior pensó que dejaba de odiarla y que en adelante le tendría lástima; ahora renacía el odio, pero su lástima permanecía viva.

— Vístete, Vérochka, que puede venir pronto —dijo María Alexéievna examinando atentamente los atavíos de su hija—. Si te portas con habilidad, te regalaré unos zarcillos con grandes esmeraldas. Son de factura vieja, pero rehaciéndolos saldrá un broche magnífico. Una prenda que el amo no rescató. La empeñé por ciento cincuenta rublos, que con los réditos subían a doscientos cincuenta, pero valen más de cuatrocientos. ¿Lo oyes? Te los regalaré.

Llegó Storéshnikov. La noche anterior había estado inquieto mucho tiempo, pensando en cómo salir del atolladero en que se había metido. Hizo el camino del restaurante a su casa a pie y meditabundo. Pero al llegar a su domicilio iba ya tranquilo: había encontrado la solución, y se hallaba muy satisfecho de sí mismo.

Interesóse por la salud de Vera Pávlovna (“Estoy bien”). Aseguró que se alegraba mucho y dijo que la salud había que aprovecharla (“Claro que sí”. Y, a juicio de María Alexéievna, también había que aprovechar la juventud). El compartía plenamente este criterio y pensaba que no estaría mal aprovechar la tarde para dar un paseo por las afueras de la ciudad: el día era frío, y el camino, magnífico. ¿Con quién pensaba ir? “Los tres, y nadie más: usted, María Alexéievna, Vera Pávlovna y yo”. Siendo así, María Alexéievna aceptaba con mucho gusto, pero ahora mismo iba a preparar café y unos bocadillos, y Vérochka cantarían algo. “Vérochka, ¿verdad que sí?” —añadió en tono que no admitía objeciones—. “Bueno, cantaré”.

Vérochka se sentó al piano y cantó *La troika*³. Estos versos acababan de ser puestos en música. A María Alexéievna, apostada tras de la puerta, la canción le gustó: trataba de una muchacha que se había prendado de un oficial. (“Cuando Vera quiere es lista, la muy tuna”.) Vérochka se detuvo pronto. Todo marchaba como sobre ruedas. Así se lo había ordenado María Alexéievna: “Canta un poquito y después ponte a hablar con él”. Y Vérochka había entablado conversación, sólo que, con el consiguiente disgusto de María Alexéievna, hablaba en francés. (“¡Si seré tonta! Se me olvidó decirle que hablara en ruso”.) Pero Vera no alzaba la voz. . . , sonreía. Por consiguiente, todo iba a pedir de boca. Mas ¿por qué desencajaba él los ojos? Bah, era un tonto de remate que se asombraba de todo. (“Pues eso es lo que yo necesito”.) La muchacha acababa de tender la mano a Storéshnikov. (“Estupendo. Vera empieza a tener juicio”.)

— *Monsieur Storéshnikov* —dijo Vera—, tengo que hablarle seriamente. Ayer alquiló usted un palco para mostrarme a sus amigos como si yo fuera su querida. No perderé el tiempo diciéndole que esto es una infamia. Si usted fuera capaz de comprenderlo, no lo habría hecho. Pero le prevengo que si se atreve usted a acercarse a mí

en el teatro, en la calle o en cualquier parte, le abofetearé. Mi madre me martirizará (al llegar aquí fue cuando sonrió Vérochka), pero que haga conmigo lo que quiera. Me es indiferente. Esta tarde recibirá usted una esquila de mi madre comunicándole que nuestro paseo se suspende porque yo estoy enferma.

Storéshnikov la miraba con los ojos desorbitados y parpadeantes, según pudo observar María Alexéievna.

— Le hablo como quien habla a una persona que no tiene ni idea del honor. Sin embargo, tal vez no esté usted pervertido del todo. Si es así, le ruego que no vuelva por aquí. Entonces le perdonaré su calumnia. Si está usted de acuerdo, deme la mano. —Ella le tendió la suya y él la tomó sin comprender lo que hacía.

— Muchas gracias. Váyase. Diga que necesita apresurarse a preparar el coche para el paseo.

El volvió a poner ojos de asombro. Vérochka giró en el asiento y continuó cantando *La troika*. Lástima que no hubiera allí entendidos. Les habría gustado aquello. De seguro que no habrían oído cantar muchas veces con tanto sentimiento. Era un sentimiento incluso excesivo, imposible de encontrar entre los artistas.

Un minuto después entró María Alexéievna y la criada trajo una bandeja con café y bocadillos. En vez de sentarse a tomar café, Storéshnikov se retiró hacia la puerta.

— ¿A dónde va usted, Mijaíl Ivánovich?

— Tengo prisa, María Alexéievna. Debo ordenar que preparen el coche y los caballos.

— Tendrá usted tiempo, Mijaíl Ivánovich. —Pero Mijaíl Ivánovich había salido ya.

María Alexéievna corrió del recibidor a la sala con los puños en alto:

— ¿Qué has hecho, maldita? ¿Qué has hecho? —Pero la maldita Vera no estaba ya en la sala. La madre corrió hacia la alcoba de la hija y encontró cerrada la puerta. Arremetió contra ella con toda la fuerza de su cuerpo,

intentando romperla, pero la puerta no cedió, y la maldita Vera la previno:

— Si se empeña en derribar la puerta, romperé los cristales de la ventana y pediré auxilio. No me entregaré viva a usted.

María Alexéievna estuvo un buen rato dándose a los diablos, mas no trató de echar la puerta abajo. Por último, se cansó de vociferar, y Vera le dijo:

— Madre, antes no la quería, pero desde ayer tarde le tengo lástima. Ha sufrido usted mucho, y por eso es así. Antes no hablaba con usted, y ahora quiero hablar, pero sólo cuando se tranquilice. Entonces hablaremos amistosamente, como nunca hemos hablado.

Huelga decir que a María Alexéievna no le agradaron gran cosa estas palabras; sin embargo, los nervios cansados exigen reposo, y la madre comenzó a pensar si no sería preferible entrar en conversaciones con aquella miserable que se le iba de las manos irremediamente. Al fin y al cabo, nada podía hacerse sin su consentimiento: ¡Si la hija no quería, era imposible casarla con el imbécil de Misha!* Por otra parte, ¡quién sabía lo que ella le había dicho! Se habían estrechado las manos. ¿Qué significaría aquello?

Vencida por el cansancio, María Alexéievna estuvo un rato sentada, pensando qué camino elegir: el de la cólera o el de la astucia. De pronto sonó el timbre. Eran Julie y Serge.

IV

— Serge, ¿habla francés su madre? —fueron las primeras palabras de Julie al despertarse.

— Qué sé yo. ¿Todavía no se te ha ido esa idea de la cabeza?

No, no se le había ido. Recordando todo lo sucedido en el teatro, dedujeron que la madre de la muchacha no

* Diminutivo de Mijaíl.

hablaba francés, y Julie se llevó a Serge como intérprete. Por otra parte, el oficial hubiera tenido que ir con ella aunque la madre de Vérochka hubiera sido el cardenal Mezzofanti. Serge no se quejaba de su destino y acompañaba perennemente a Julie como la confidente de la heroína de Corneille. Julie se despertó tarde; entró, de paso, en casa de Vijman y luego, no ya de paso, sino por necesidad, en otras cuatro tiendas, de modo que Mijail Ivánovich tuvo tiempo de hablar con Vera, y María Alexéievna, de encolerizarse y de calmarse mientras Julie y Serge iban desde la calle Litéinaia hasta la Gorójoavaia.

— ¿Y qué pretexto ponemos a nuestra venida? ¡Uf, qué escalera tan sucia! Ni siquiera en París he visto algo parecido.

— Pretextaremos cualquier cosa. La madre presta dinero bajo prenda. Quítate el broche. O quizá sea mejor otra cosa: como la hija da lecciones de piano, diremos que tienes una sobrina que quiere aprender.

Por primera vez en su vida, Matriona se avergonzó de su magullado pómulo al ver el uniforme de Serge y, sobre todo, la magnificencia de Julie. Jamás había estado tan cerca de una dama tan imponente. Igual asombro y una sensación indescriptible se apoderaron de María Alexéievna cuando Matriona anunció al coronel X y a su esposa. ¡Qué admiración le produjo aquel “con su esposa”! A oídos de María Alexéievna llegaban los chismes de una esfera que no alcanzaba más que hasta los consejeros efectivos de Estado, mientras que las habladurías concernientes a los verdaderos aristócratas se diluían en el espacio, quedándose en la mitad del camino. De ahí que María Alexéievna interpretase en su legítima acepción los títulos de “esposo” y “esposa” que se daban Serge y Julie según la costumbre parisina. María Alexéievna se arregló a toda prisa y salió.

Serge dijo que estaba muy satisfecho de la visita al teatro, que su mujer tenía una sobrina, que Julie no hablaba ruso y que él venía como intérprete.

— Sí, señores. Puedo dar gracias al Creador —respondió María Alexéievna—. Vérochka es una magnífica profesora de piano, y me sentiré dichosa de que se le conceda entrada en una casa como la de ustedes. Pero la profesora está un poco indispuesta. —María Alexéievna hablaba en voz muy alta, para que Vérochka oyese sus palabras interpretándolas como una reconciliación, y quedó embelesada mirando a los recién llegados—. No sé si tendrá fuerza para salir y sentarse al piano a fin de que ustedes la oigan. Vérochka, querida, ¿podrías venir un momento?

En presencia de gente extraña no era de temer ningún desmán. ¿Por qué no salir? Vérochka abrió la puerta, vio a Serge y enrojeció de vergüenza y de ira.

Esto lo hubiera advertido incluso un ojo menos avezado, y Julie poseía una mirada tal vez más penetrante que la propia María Alexéievna. La francesa dijo sin rodeos:

— Querida niña, se asombra y se turba usted viendo a una persona ante la cual se la ofendió ayer y que quizás participara en la ofensa. Mi marido, aunque frívolo, es mejor que los demás. Hágame el favor de perdonarlo. He venido a verla con buenos propósitos. Las lecciones de mi sobrina no son sino un pretexto, pero hay que darle visos de verdad. Toque usted cualquier cosa corta y luego pasaremos a su habitación para hablar. Obedézcame, ¡ven!

¿Era aquella la Julie conocida por toda la juventud aristocrática de Petersburgo, la Julie cuyas bromas hacían ruborizarse a más de un calavera? No; era una princesa a cuyos oídos no había llegado jamás una palabra de matiz grosero.

Vérochka sentóse al piano. Julie se colocó a su lado, y Serge trabó conversación con María Alexéievna para indagar cuáles eran sus tratos con Storéshnikov. A los pocos minutos la francesa detuvo a Vérochka, la enlazó por el tallo, dio con ella una vuelta por la sala y se la

llevó a su alcoba. Serge explicó a la madre que su esposa estaba satisfecha de las cualidades de Vérochka, pero quería hablar con ella para conocer el carácter de la profesora; y después siguió orientando la conversación hacia Storéshnikov. Todo ello con suma habilidad, pero María Alexéievna era cada vez más precavida y recelosa.

— Querida niña —comenzó Julie una vez en la habitación de Vérochka—: Su madre es una mujer malísima. Mas para saber cómo orientar nuestra conversación, haga el favor de contarme por qué y para qué fueron ustedes ayer al teatro. Lo sé todo por mi marido, pero oyéndolo contar a usted me haré una idea de su carácter. No tenga miedo. —Después de oír a Vérochka, dijo—: Con usted se puede hablar. Es usted persona de carácter. —Y le refirió, en los términos más discretos y delicados, la apuesta del día anterior, a lo cual correspondió Vérochka contándole la invitación de dar un paseo en coche.

— ¿Acaso quería engañar a su madre o se habían puesto de acuerdo los dos contra usted?

Vérochka objetó con ardor que su madre no era tan malvada como para fraguar una conspiración de tal género.

— Ahora lo comprobaré —replicó Julie—. Usted quédese aquí, pues allí molestará.

Dicho esto, volvió a la sala:

— Serge, él ha invitado ya a esta mujer y a su hija a dar un paseo en coche esta tarde. Cuéntale lo de la cena de anoche.

— Su hija ha causado buena impresión a mi esposa. No queda sino convenir el precio, y en cuanto a este punto creo que no discreparemos. Pero permítame que continúe la conversación acerca de nuestro conocido. Hace usted de él grandes elogios. ¿Sabe lo que él dice de sus relaciones con la familia de usted y con qué objeto nos invitó ayer al teatro?

En los ojos de María Alexéievna, hasta entonces inquisitivos, brilló un pensamiento: “Está claro”.

— No soy una chismosa —respondió, displicente—. No me dedico a propalar habladurías y les hago muy poco caso. —Habló no sin cierto afán de zaherir, pese a su veneración por el visitante—. ¡Qué no dirá la gente joven! No hay que preocuparse por tales cosas.

— Bueno, pues a ver si esto le parece un chisme. —Y se puso a relatarle la historia de la cena. María Alexéievna no le dejó acabar: apenas el oficial pronunció la primera palabra acerca de la apuesta, saltó de su asiento y vociferó furiosa, sin reparar en los respetables visitantes:

— ¡Ah, conque ésas tenemos! ¡Qué bandolero! ¡Qué canalla! ¡De modo que para eso nos invitaba a pasear! ¡Para mandarme al otro mundo cuando estuviéramos en el campo y deshonorar a una joven indefensa! ¡Oh, infame!

Y dio las gracias a Serge por haber salvado la vida de ella y el honor de su hija—. Sí, sí, caballero: desde el primer momento adiviné que ustedes no habían venido así porque sí, que las lecciones eran un pretexto y que el propósito era otro. Ahora bien, no pensaba que fuera éste. Creía que le tenían preparada otra novia, que intentaban ustedes quitárnoslo. Pensé mal de ustedes, maldita de mí. Tengan la bondad de perdonarme. Puede decirse que me han prestado un servicio para toda la vida.

Las imprecaciones, las palabras de gratitud y de disculpa salieron de su boca en largo y desordenado torrente.

Julie no se detuvo gran cosa a escuchar aquel discurso interminable, cuyo sentido comprendía por el tono de la voz y por los gestos y ademanes. A las primeras palabras de María Alexéievna, la francesa se levantó y volvió a la habitación de Vérochka.

Su madre no era cómplice de Storéshnikov y está muy irritada contra él. Pero yo conozco muy bien a la gente como su madre: no hay en ella un sentimiento que resista mucho tiempo al afán de dinero; pronto reemprenderá la caza del novio, y sabe Dios cómo puede acabar todo eso. En uno u otro caso, usted lo pasará muy mal.

momento la dejará a usted en paz, pero le aseguro que no será para mucho tiempo. ¿Qué piensa usted hacer mañana? ¿Tiene parientes en Petersburgo?

- No.

¡Qué lástima! ¿Y amante?

Vérochka no supo qué contestar. Limitóse a abrir descomulgadamente los ojos.

Excúseme —continuó la francesa—. Ya se ve que no, pero tanto peor. Quiere decirse que no tiene usted donde refugiarse. ¿Qué hacer? Escuche: yo no soy lo que aparento. No soy la esposa de él, sino su querida. En todo Petersburgo se me conoce como a la más libertina de las mujeres. Pero soy honrada. Venirse conmigo presupone para usted perder la reputación. Ya es bastante peligroso que yo haya visitado una vez su casa, y viniendo por segunda vez le acarrearía la perdición. Sin embargo, tendremos que vernos, e incluso, quizá, más de una vez. ¿Cómo está, si usted tiene confianza en mí. ¿Verdad que la tiene? Pues dígame cuándo estará libre mañana.

A eso de las doce —dijo Vérochka. Para Julie era un poco más temprano de la cuenta, pero ella ordenaría que la despertasen y se vería con Vérochka en una nave de Gostini Dvor frente a la avenida Nevski. Por ser la noche corta de todas, resultaría más fácil encontrarse. Y, además, allí nadie conocía a Julie.

¡Ah!, se me ha ocurrido otra buena idea: deme un trozo de papel y escribiré unas líneas a ese miserable para tenerlo en mis manos.

Julie escribió: "*Monsieur* Storéshnikov: Probablemente se encuentra usted en una situación muy delicada. Si quiere salir de ella, pase por mi casa a las siete. M. Le Tellier".

Y ahora, adiós.

Tendió la mano, pero Vérochka se arrojó a su cuello, la besó, lloró y tornó a besarla. Mucho menos pudo contentar los sollozos Julie, que no era tan reacia a las lágrimas como Vérochka y que, además, estaba conmovida por

el gozo y el orgullo de quien realiza una acción generosa. En pleno éxtasis, hablaba sin cesar, entre lágrimas y besos. Y terminó exclamando:

— ¡Amiga mía, niña querida! ¡Ojalá no experimentes nunca el sentimiento que me embarga ahora, cuando, por primera vez en muchos años, unos labios puros se posan sobre los míos! ¡Prefero la muerte antes que dar un beso sin amor!

V

Storéshnikov no abrigaba intenciones tan homicidas como las que le atribuyó María Alexéievna. Esta, impulsada por su propio temperamento, dio al asunto una forma demasiado burda, pero, en el fondo, no iba tan desaminada. Storéshnikov pensaba, después del paseo, llevar a sus damas al restaurante donde había de celebrarse la cena. Era de suponer que llegarían ateridos de frío y con un apetito loco, deseando calentarse y tomar un poco de té; él echaría opio en la taza o en la copa de María Alexéievna; Vérochka se desconcertaría al ver desmayada a la madre; él se llevaría a la hija a la habitación en que se celebraba la cena, con lo cual la apuesta estaría ganada. Y después, ya se vería. Quizá Vérochka, trastornada, no caería en la cuenta de lo que pasaba y se vería a permanecer cierto tiempo en compañía de aquellos desconocidos; y si se iba en seguida, la dispensarían, interpretando su marcha como un efecto del natural pudor de una principiante. Finalmente, Storéshnikov arreglaría el asunto dando una gratificación a María Alexéievna, que no tendría más remedio que resignarse.

Pero ahora, ¿qué partido tomar? Maldiciendo su jactancia ante los compañeros y su falta de inventiva ante la imprecisa y categórica negativa de Vérochka, quería que se le tragase la tierra. En medio de tanta confusión y desordenamiento, la esquila de Julie fue un bálsamo benéfico en una herida, un rayo de esperanza en la tiniebla impe-

netrable, tierra firme bajo los pies de quien se hunde en un pantano sin fondo. ¡Aquella persona sagacísima, capaz de solucionarlo todo, le sacaría del apuro! ¡Oh, generosa mujer! Unos diez minutos antes de las siete, Storéshnikov estaba ya a la puerta de la casa de la francesa. “Le espera y ha ordenado que le haga pasar” —dijo la criada.

¡Qué majestad tenía Julie sentada, qué mirar más severo! Para corresponder a la reverencia que él le hizo, inclinó levemente la cabeza. “Encantada de verle. Tenga la bondad de sentarse” —pronunció sin que se moviera un solo músculo de su rostro. “La reprimenda va a ser buena —pensó Storéshnikov—. No importa. Ríñeme, pero sálvame”.

— *Monsieur* Storéshnikov —comenzó ella en tono frío y pausado—: Usted conoce mi opinión respecto al asunto que nos ocupa y, por consiguiente, no hay necesidad de que yo la repita. He visto a la joven de que ayer hablamos; me han informado de la visita de usted; quiere decirse que lo sé todo, y me alegro mucho de no verme en la penosa necesidad de preguntarle nada. Ambos conocemos muy bien la situación de usted. (“Señor, más valdría que me insultara” —pensó el acusado.) Creo que es incapaz de salir de ella sin que le ayuden, y no puede esperar una ayuda seria más que de mí. Si tiene alguna objeción, expóngala. —La francesa hizo una pausa y prosiguió—: Así, pues, coincide usted conmigo en que nadie puede ayudarle sino yo. Siendo así, escuche lo que puedo y quiero hacer por usted. Si el procedimiento que propongo le parece bueno, expondré las condiciones en que estoy dispuesta a prestarle mi ayuda.

Y en el mismo estilo ampuloso y oficial declaró que podía mandar a Jean una carta diciendo que, después del acaloramiento de la víspera, lo había pensado mejor y deseaba participar en la cena, pero, por tener la tarde ocupada, le rogaba que convenciese a Storéshnikov de que aplazara la cena para una noche que convendrían posteriormente Julie y Jean. La francesa leyó la carta. En

ella se daba por seguro que Storéshnikov ganaría la apuesta y que le disgustaría demorar su triunfo. “¿Será bastante esta carta?” — “Yo lo creo”. “En tal caso —continuó Julie en el estilo largo y monótono de los documentos oficiales—, la enviaré con dos condiciones. Puede usted aceptarlas o rechazarlas. Si las acepta, mando la carta; si las rechaza, la quemó”. Y prosiguió su interminable discurso, que mantenía suspendida de un hilo el alma del que iba a salvar. Por fin presentó las condiciones. “Primera. Usted cesa toda persecución de la joven a que nos referimos. Segunda. Usted deja de nombrarla en todas sus conversaciones”. “¿Nada más? —pensó el pecador—. Yo creía que iba a exigirme la luna, y el diablo sabe a lo que estaba decidido”. Storéshnikov se mostró conforme, y su semblante resplandeció de júbilo al conocer la levedad de las condiciones que se le imponían, pero Julie no se dulcificaba por nada y seguía sus largas explicaciones: “Lo primero es necesario para ella; y lo segundo también, pero lo es más para usted. Yo aplazaré la cena una semana, después otra, y el asunto se olvidará. Pero comprenderá usted que los demás lo olvidarán solamente si usted no habla jamás de la joven a que...” etcétera, etcétera. La francesa lo explicaba todo, demostrando, incluso, que Jean recibiría a tiempo la carta: “Me he enterado de que come en casa de Berta. Cuando termine de fumarse el cigarro puro, irá a casa de usted”. Julie continuó hablando de la misma manera: “Quiere decirse que se envía la carta. Me alegro mucho. Tómese el trabajo de leerla. Ni gozo de su confianza ni exijo que me la otorgue. ¿La ha leído? Tenga la bondad de cerrarla usted mismo. Ahí tiene el sobre. Voy a llamar a la doncella. Polina: haga el favor de llevar esta carta a su destino. Yo no he visto ahora a *monsieur* Storéshnikov. El no ha estado aquí, ¿me entiende?”

El torturador salvamento duró cerca de una hora. Por último, fue enviada la carta, y el salvado respiró con más facilidad, pero sudaba a mares. Julie prosiguió:

— Dentro de un cuarto de hora deberá usted irse a su casa para que Jean le encuentre allí. Pero como dispone todavía de un cuarto de hora, lo aprovecharé para decirle unas palabras. Podrá aceptar o no aceptar el consejo que en ellas se encierra, mas lo meditará usted. Voy a extenderme hablando de las obligaciones de un hombre honrado respecto a una muchacha, cuyo nombre ha puesto en entredicho. Conozco demasiado bien la juventud de la alta sociedad para esperar que el examen de este asunto sea de utilidad. Pero entiendo que convendría casarse con la joven de quien hablamos. Como mujer franca, le diré con absoluta claridad en qué fundo mi opinión, aunque algunos de los fundamentos resulten un tanto molestos para su oído. Por otra parte, bastará una sola palabra suya para que me detenga. Usted es hombre de poco carácter y corre el peligro de caer en manos de una mujer malvada, que le martirizará y se burlará de usted. Esta es bondadosa y noble, y no haría la menor ofensa. El casamiento, a pesar de la baja procedencia y de la pobreza de ella en comparación con usted, sería muy beneficioso para su carrera. Ella, con su belleza, su inteligencia y su carácter, y con los recursos de usted, ocuparía en la sociedad un puesto brillante. Cualquier marido se da cuenta de las ventajas que este otro marido obtendría con una mujer así, usted por su propia naturaleza, necesita más que nadie una ayuda; hablando con más propiedad, necesita que le dirija. He pesado todas mis palabras. Todas son productivas de un estudio de esa joven. No le exijo que me crea, pero le recomiendo que medite mi consejo. Dudo mucho que ella acepte su mano. Mas si la aceptase, sería de suma conveniencia para usted. No le detengo más. Debe darse prisa a regresar a casa.

Naturalmente, María Alexéievna dejó de insistir en que Vera accediese a ir de paseo al ver que el imbécil de Misha no era tan imbécil y que había faltado poco para que la engañara. Dejó en paz a su hija, y ésta pudo ir a la mañana siguiente a Gostini Dvor sin el menor impedimento.

— Aquí hace frío, y esto me desagrada —dijo Julie—. Tenemos que irnos a alguna parte. ¿A dónde? Espere un momento, vuelvo al instante. —Entró en una tienda, compró un tupido velo para Vérochka y regresó—. Póngaselo y puede ir a mi casa sin temor. Ahora bien, no se quite el velo hasta que nos quedemos solas. Polina es muy prudente, pero no quiero que la vea ni ella. ¡Me preocupa usted demasiado!

Efectivamente, ella misma llevaba, para no ser reconocida, la capa y el sombrero de su doncella y un velo muy tupido. Una vez que se calentó, Julie oyó las novedades que le relató Vérochka y contó a ésta su entrevista con Storéshnikov.

— Ahora, amable joven, no cabe duda de que pedirá su mano. Estos mozos se enamoran como locos apenas ven rechazados sus caprichos. ¿Sabe usted que le ha tratado como una coqueta refinada? La coquetería —me refiero a la verdadera y no a las imitaciones estúpidas y torpes, que son abominables, como toda mala imitación de una cosa buena— representa el talento y el tacto de la mujer en sus relaciones con el hombre. De ahí que muchachas absolutamente cándidas, pero dotadas de inteligencia y de tacto, procedan como auténticas coquetas. Tal vez mis razonamientos influyan, en cierto modo, sobre él, pero lo principal es la firmeza de usted. Sea como fuere, lo cierto es que pedirá su mano, y yo le aconsejo que se la conceda.

— ¿Usted, que ayer me aconsejó morir antes que dar un beso sin amor?

— Querida niña mía, eso lo dije en un arranque; en momentos de arrebató, es justo y está bien hablar así. Pero la vida es prosa y cálculo.

— ¡No, jamás, jamás! ¡Es un tipo repugnante! ¡Esta da asco! No me humillaré, prefiero que me devoren, me tiraré por la ventana, me iré a pedir limosna... pero ¡casarme con un individuo tan vil y tan mezquino!... ¡No, antes la muerte!

Julie se puso a explicarle las ventajas: "Se librará usted de las asechanzas de su madre, que amenaza con venderla. El no tiene mal fondo, le falta sólo inteligencia. Un marido de pocos alcances y buen fondo es lo mejor que puede caberle en suerte a una mujer de talento y carácter. Será usted la dueña de su casa". Le pintó con brillantes colores la situación de las actrices y bailarinas que no sólo no se someten a los hombres, sino que incluso los dominan: "Es la mejor situación a que puede aspirar una mujer, si no contamos aquellos casos en que posee la misma independencia y el mismo poder y, además, la sociedad reconoce formalmente la legitimidad de un estado de cosas en que el marido trata a su mujer como el admirador a la actriz".

Habló mucho. Vérochka también. Acaloráronse ambas y, por último, Vérochka dijo enardecida:

— ¿Me llama usted fantaseadora? ¿Me pregunta que espero de la vida? No quiero mandar ni obedecer; no quiero engañar ni fingir; no quiero atenerme a la opinión de los demás ni hacer lo que me recomienden otros si no me conviene. No estoy habituada a la riqueza ni la necesito. ¿Para qué voy a buscarla por el solo hecho de que los demás piensen que es grata a cada cual y, en consecuencia, también debe serlo para mí? No he estado en sociedad y no sé lo que significa brillar ni, de momento, me siento inclinada a ello. ¿Qué razón hay, pues, para que yo sacrifique nada en aras de una situación brillante tan sólo porque los demás la consideren deseable? Por

una cosa que no necesito yo misma no sacrificaré nada: no ya a mi persona, sino ni siquiera el más insignificante de mis caprichos. Deseo ser independiente y vivir a mi manera. Lo que me convenga estoy dispuesta a conseguirlo. Lo que no me convenga, no me importa ni lo quiero. No sé lo que necesitaré. Dice usted que soy joven e inexperta y que con el tiempo he de cambiar. Bueno, cuando cambie, cambiaré, pero, por de pronto, no quiero, no quiero, no quiero nada de lo que no quiero. ¿Y qué quiero ahora? —preguntará usted—. No lo sé. ¿Quiero amar a algún hombre? No lo sé, pues ayer por la mañana, al levantarme, no me imaginaba que desearía amarla a usted. Unas horas antes de amarla a usted ignoraba que la amaría y qué sentimientos experimentaría al amarla. Tampoco ahora sé lo que sentiré si amo a un hombre. Sé tan sólo que no quiero doblegarme ante nadie, que quiero ser libre, que no quiero deber nada a nadie para que nadie pueda decirme: "¡Tienes que hacerme esto!" Quiero hacer únicamente lo que quiera y que los demás hagan lo mismo. No quiero exigir a nadie nada, ni coartar la libertad de nadie. Y quiero ser libre yo misma.

Julie la escuchaba pensativa, ruborizándose más y más: no podía por menos de estallar teniendo fuego al lado. Saltó de su asiento y exclamó con voz entrecortada:

— ¡Muy bien, hija mía, muy bien! Lo mismo sentiría yo si no estuviese tan pervertida. Mi perversión no consiste en aquello por lo que llaman pérdida a una mujer, en lo sucedido conmigo, en lo que he atravesado y sufrido o en que mi cuerpo haya sido profanado, sino en que me he acostumbrado a la ociosidad, al lujo, en que carezco de fuerza para vivir por sí misma, en que necesito a otros, en que tengo que complacerlos y hacer lo que no quiero. ¡Esa es la perversión! ¡No hagas caso de lo que te dije antes, hija mía! Te estaba pervirtiendo, ¡oh, tormento! No puedo tocar nada puro sin mancillarlo. ¡Huye de mí, niña! Soy una mujer repugnante. No pien-

ses en el gran mundo. Allí todas son tan perversas como yo, más todavía. ¡Donde hay ocio, hay inmundicia, donde hay lujo, hay suciedad! ¡Huye, huye!

VII

Storéshnikov empezó a pensar una y otra vez: ¿Y si me casara con ella? Lo que había sucedido era un caso corriente no sólo en la vida de hombres sin voluntad propia, sino en la de personas de carácter muy independiente y hasta en la historia de los pueblos. De casos similares están llenos los tomos de Hume y de Gibbon, de Ranke y de Thierry. La gente empuja y empuja hacia un lado porque nadie le ha dicho: "Probad, hermanos, a empujar hacia el lado contrario". Cuando se lo dicen, da la vuelta y comienza a empujar en dirección opuesta. Storéshnikov había visto y oído que los señoritos convertían en sus queridas a las muchachas agraciadas y pobres, y trató de hacer lo mismo con Vérochka. Otra cosa no se le ocurría. Pero cuando le dijeron: "Puedes casarte", comenzó a pensar en "la esposa" como antes pensaba en "la querida".

Es éste un rasgo general con el que la persona de Storéshnikov reflejaba muy certeramente las nueve décimas partes de la historia del género humano. Pero los historiadores y los psicólogos afirman que en cada hecho particular el motivo general "es individualizado" (según su expresión) por los elementos locales, temporales, nacionales y personales y que precisamente ellos, estos elementos específicos, son los importantes, es decir, que aunque todas las cucharas son cucharas, cada cual come la sopa con la que tiene en la mano y que es precisamente esta cuchara la que conviene examinar. ¿Por qué no examinarla?

Lo principal ya lo había dicho Julie (no parecía sino que hubiera leído las novelas rusas, que todas hablan de ello): la resistencia excita el deseo. Storéshnikov estaba

acostumbrado a soñar en cómo "poseería" a Vérochka. Igual que Julie, soy amigo de llamar a las cosas groseras con los nombres que les da el grosero y vil lenguaje en que casi todos pensamos y hablamos casi constantemente. Storéshnikov llevaba unas cuantas semanas imaginándose a Vérochka en distintas posturas y deseando que los cuadros que le ofrecía su imaginación se convirtieran en realidad. Resultaba que Vérochka no quería realizarlos como amante. Bueno, pues que los realizara como esposa. ¿Qué importaba? Lo principal no era el nombre, sino la posesión. ¡Oh, inmundicia, inmundicia! "Poseer": ¿quién osa poseer a una persona? Se posee una taza o unos zapatos. Tontería: cada uno de nosotros, los hombres, posee a alguna de vosotras, nuestras hermanas. Otra tontería: ¿quién ha dicho que sois hermanas nuestras? Sois nuestras sirvientas. Algunas de vosotras —muchas— nos domináis. No tiene importancia: muchos lacayos dominan a sus señores.

Después del incidente del teatro, la idea de la posesión se apoderó de Storéshnikov con más fuerza que nunca. Una vez que mostró a sus amigos la amante de su fantasía, advirtió que la supuesta amante era mucho mejor de lo que él pensaba, pues la belleza, como la inteligencia y como cualquier otro mérito, sólo es apreciada debidamente por la mayoría de los humanos cuando se ajusta a un criterio general. Cualquiera ve que un rostro bello es bello, pero ¿hasta qué punto lo es? ¿Cómo determinar el rango si no está respaldado por un diploma? En el paraíso o en las últimas filas de butacas, Vérochka pasaba desapercibida. Naturalmente. Pero cuando apareció en un palco del entresuelo, la enfocaron numerosos gemelos. ¡Y cuántos elogios a ella oyó Storéshnikov cuando, después de despedirla, regresó al foyer! ¿Y Serge? ¡Oh, Serge era un hombre de gusto depuradísimo! ¿Y Julie? La cosa estaba clara: cuando se presenta una felicidad así, no hay que fijarse en el nombre con el cual se la ha de "poseer".

Con la voluptuosidad, a Storéshnikov se le había excitado el amor propio. Pero también había sido afectado desde otro punto de vista: "Dudo mucho que ella acepte su mano". ¿Cómo? ¿Que no la aceptaría con aquel uniforme y aquella casa? ¡Mientes, francesa, aceptará! ¡Vaya si aceptará!

Concurría otra circunstancia del mismo género: la madre de Storéshnikov, ni que decir tiene, se opondría a la boda (en este caso obraría como representante de la sociedad). Storéshnikov siempre había tenido miedo a su madre, y esta dependencia le agobiaba. Para los pusilánimes es muy seductora la idea de "No temo, tengo carácter".

También le animaba el deseo de prosperar en sociedad por medio de su mujer.

Y a todo venía a sumarse que no osaba presentarse a Vérochka en el papel de antes, pero tenía un vivo deseo de verla.

Dicho en pocas palabras, cada día arraigaba más en él la idea del casamiento. Y una semana después, al regresar María Alexéievna de la última misa dominical, mientras pensaba en cómo cazar a Storéshnikov, se presentó él mismo a pedir la mano de Vérochka. La joven no salió de su alcoba, y el pretendiente tuvo que hablar sólo con María Alexéievna, quien, naturalmente, respondió que por su parte lo consideraba un gran honor pero, como madre amorosa, tenía que conocer la opinión de su hija. Y le rogó que viniese por la respuesta a la mañana siguiente.

— ¡Qué talento el de mi Vérochka! —dijo a su marido admiraba por el rápido giro del asunto—. ¡Fíjate cómo ha sabido pescar al mozo! Y yo, piensa que te piensa, sin saber cómo arreglármelas. Creía que me costaría mucho trabajo engatusarlo de nuevo, que el asunto estaba perdido. Y resulta que mi paloma, en lugar de echarlo a perder, lo llevaba por el buen camino, sabía lo que se hacía. Es astuta: hay que reconocerlo.

— El señor ilumina a los niños —sentenció Pável Konstantínovich.

Rara vez desempeñaba aquel hombre algún papel en la vida familiar. Pero María Alexéievna observaba rigurosamente las buenas tradiciones, y en un caso tan trascendental como el de comunicarle a la hija la petición de mano, quiso encomendar a su marido el honroso papel que por derecho corresponde al cabeza y señor de la familia. Pável Konstantínovich y María Alexéievna tomaron asiento en el diván, como sitio de honor, y mandaron a Matriona que avisara a la señorita.

— Vera —comenzó el padre—: Mijaíl Ivánovich nos ha hecho el honor de pedirnos tu mano. Como padres amantes, hemos contestado que no te obligaremos a aceptar, pero que, por nuestra parte, lo vemos con buenos ojos. Tú, hija obediente y bondadosa, como has sido siempre, confiarás en nuestra experiencia. Ni siquiera nos atrevíamos a pedir a Dios un yerno como él. ¿Estás conforme, Vera?

— No.

— ¿Qué dices? —gritó Pável Konstantínovich. La situación estaba tan clara, que se aventuró a alzar la voz sin permiso de su mujer.

— ¿Te has vuelto loca, imbécil? ¡Atrévete a repetirlo, miserable, desobediente! —vociferó María Alexéievna, levantándose y avanzando hacia su hija con los puños en alto.

— Cuidado, madre —dijo Vera levantándose—. Si me toca usted, me voy de casa; y si me encierra, me arrojaré por la ventana. Sabía el efecto que le produciría mi negativa y he pensado todo lo que he de hacer. Siéntese y estése quieta, o me voy.

María Alexéievna volvió a sentarse. "¡Qué descuido más estúpido! ¡No he echado la llave a la puerta del piso! El cerrojo lo puede descorrer en un segundo. Si no la aguantamos, se nos va esta loca" —pensó.

— No me casaré con él —prosiguió la hija—. Sin mi consentimiento no pueden casarnos.

— Vera, tú te has vuelto loca —murmuró María Alexéievna con voz sofocada.

— ¿Cómo es posible? ¿Qué le diremos mañana? —preguntó el padre.

— Ustedes no tienen la culpa de mi negativa.

La escena duró alrededor de dos horas. María Alexéievna, enfurecida, comenzó a gritar unas veinte veces apretando los puños, pero Vérochka la atajaba: “Si se levanta, me voy”. Por más que trataron de persuadirla no lograron nada. Finalmente entró Matriona y preguntó si podía servir la comida, pues el pastel iba a pasarse.

— Piensa hasta la tarde, Vera. ¡Piénsalo bien, tonta! —dijo la madre, y cuchicheó algo a la criada.

— Madre, usted trama algo contra mí: encerrarme en mi alcoba o algo por el estilo. Le advierto que será peor.

María Alexéievna dijo a Matriona: “No lo hagas”, y pensó: “¡Maldita sea esta ladina de Vera! Le estropearía la jeta si no fuera ella la que le gusta al novio. De buena gana la despellejaría; pero ahora, ¡cualquiera le pega! ¡Es capaz de hacer una barbaridad consigo misma la condenada!”

Se fueron a comer. Mientras estuvieron sentados a la mesa guardaron silencio. Después, Vérochka se retiró a su habitación. Pável Konstantínovich se tumbó con ánimo de echar la siesta según su costumbre. Pero no consiguió dormirse. Comenzaba a conciliar el sueño, cuando se presentó Matriona anunciando que había venido un criado de la dueña: ésta pedía a Pável Konstantínovich que fuese a verla al instante. Matriona temblaba como azogada. ¿Qué razón tenía para temblar?

VIII

¿Cómo no iba a temblar si de toda aquella desgracia tenía la culpa ella? Apenas llamó a Vérochka para que compareciese ante el padre y la madre, corrió a dar la noticia a la mujer del cocinero del ama: “Vuestro *barin* ha pedido la mano de mi señorita”. Llamaron a la doncella menor del ama y le afearon su falta de confianza: ¿por qué no las había informado del asunto? La doncella no acertó a comprender qué clase de secreto se le censuraba, pues ella no tenía ninguno. Se lo dijeron y respondió: “Yo no sé nada del asunto”. Disculpáronse las dos por haberle imputado tal desconfianza. Y ella voló a contar la novedad a la doncella mayor. Esta dedujo: “Quiere decirse que lo ha hecho a escondidas de su madre, pues yo no tengo la menor noticia y conozco todos los secretos de Anna Petrovna”. Y corrió a informar a la señora. ¡Todo aquel lío era obra de Matriona! “¡Esta maldita lengua me ha buscado más de un disgusto! —pensó la criada—. María Alexéievna terminará por enterarse”. Pero las cosas sucedieron de tal manera, que María Alexéievna no se enteró.

Anna Petrovna, entre ayes y gemidos, se desmayó un par de veces a solas con su doncella —tanta era su amargura— y mandó por su hijo.

— Michel —le preguntó—: ¿Es verdad lo que me han dicho? —Su tono era de sufrimiento y cólera.

— ¿Qué le han dicho, *maman*?

— Que has pedido la mano de esa... de esa... de la hija de nuestro administrador.

— Es cierto, *maman*.

— ¿Sin interesarte la opinión de tu madre?

— Quería pedírsela cuando tuviera el consentimiento de ella.

— Supongo que estarías más seguro del suyo que del mio.

— *Maman*, así se estila ahora: primero se pide el consentimiento de la novia y después se habla con los padres.

— ¿Que así se estila dices? Entonces también se estilará que los hijos de buenas familias se casen con unas cualesquiera y que las madres se resignen.

— Ella, *maman*, no es una cualquiera. Cuando la conozca usted aprobará mi elección.

— ¿Cuándo yo la conozca? ¡Yo no la conoceré jamás! ¿Que aprobaré tu elección? Te prohíbo hasta pensar en semejante elección. ¿Me oyes? ¡Te lo prohíbo!

— *Maman*, eso está pasado de moda. No soy ningún chiquillo para que tenga usted que llevarme de la mano. Sé muy bien adónde voy.

— ¡Oh! —Anna Petrovna cerró los ojos.

Mijaíl Ivánovich había cedido ante María Alexéievna, Julie y Vérochka, pero aquéllas eran mujeres de talento y carácter. Ahora, en cambio, el combate era igual en cuanto al talento; y si bien la madre le llevaba una pequeña ventaja en el carácter, él pisaba terreno firme. Hasta entonces había temido a su madre por la fuerza de la costumbre; mas los dos recordaban que, en rigor, la dueña no era la dueña, sino tan sólo la madre del dueño, y que el hijo de la dueña no era el hijo de la dueña, sino el dueño. Por eso, la dueña tardó tanto en pronunciar el inapelable “¡Te lo prohíbo!” y dio largas a la conversación con la esperanza de desconcertar y cansar a su hijo antes de la batalla decisiva. Pero el hijo había llegado tan lejos, que no tenía vuelta y había de resistir necesariamente.

— *Maman*, le aseguro que no encontrará usted una hija mejor.

— ¡Monstruo! ¡Asesino de tu madre!

— *Maman*, examinemos las cosas friamente. Tarde o temprano tendré que casarme, y un hombre casado gasta más que un soltero. Podría casarme con una mujer de tales condiciones, que todas las rentas de la casa las

necesitase para su hacienda. Ella, en cambio, será una hija obediente, y usted y yo podríamos vivir como hasta ahora.

— ¡Monstruo! ¡Asesino! ¡Vete de mi presencia!

— *Maman*, no se enoje. Yo no tengo la culpa.

— Casarse con ese pingajo, y no tiene la culpa.

— Bueno, *maman*. Ahora me voy yo mismo. No quiero que le dé semejante nombre delante de mí.

— ¡Asesino! —Anna Petrovna se desvaneció. Y Michel se marchó muy satisfecho de haber aguantado bien la primera escena: la más importante.

Al verlo salir, Anna Petrovna suspendió su desmayo. ¡Estaba visto que el hijo se le iba de las manos! ¡Como respuesta al “¡Te lo prohíbo!”; acababa de declarar que la casa le pertenecía! Anna Petrovna pensó y requete-pensó, comunicó sus pesares a la doncella mayor, que en este caso compartía los sentimientos del ama por desprecio a la hija del administrador, y después de consultar con ella, mandó por Pável Konstantínovich:

— Hasta ahora he estado muy contenta de usted. Pero ciertas intrigas, en las que quizá usted no haya participado, pueden indisponernos.

— Excelentísima señora, Dios es testigo de que no tengo en esto arte ni parte.

— Sabía hace tiempo que Michel andaba detrás de su hija. No me oponía porque un joven no puede vivir sin ciertos entretenimientos. Soy condescendiente con las travesuras de la juventud. Pero no permitiré la humillación de mi nombre. ¿Cómo se ha atrevido su hija a intentar tal cosa?

— Respetabilísima señora, mi hija no se ha atrevido a intentar nada. Es una joven comedido. Así la hemos educado.

— ¿Qué significa eso?

— Significa, excelentísima señora, que jamás tendrá ese atrevimiento en contra de la voluntad de usted.

Anna Petrovna no daba crédito a sus oídos. ¿Sería posible tanta ventura?

— Mi voluntad debería usted conocerla... No puedo tolerar un casamiento tan extraño; yo diría tan indecente.

— Lo notamos, señora. También Vérochka lo nota. Así lo ha dicho: “No quiero provocar la ira de tan respetable señora”.

— ¿Cómo fue eso?

— Mijaíl Ivánovich, señora, expresó su deseo a mi esposa, y mi esposa le dijo que le daría la contestación a la mañana siguiente. Mi esposa y yo teníamos la intención de visitar a usted para informarla de todo. Si no lo hicimos fue porque era tarde y no nos atrevimos a molestarla. Cuando Mijaíl Ivánovich se marchó, se lo dijimos a Vérochka, y ella respondió: “Estoy en todo de acuerdo con ustedes. No debemos pensar en eso”.

— ¿Tan discreta y honrada es?

— ¡Claro, excelencia, es una muchacha respetuosa!

— Bueno, pues me alegro infinito de quedar amiga de ustedes. Ya les recompensaré. Ahora mismo verá la recompensa. ¿Está desocupado el apartamento del segundo piso de la escalera principal, en la que vive el sastre?

— Dentro de tres días lo estará, excelencia.

— Ocúpelo usted. Puede gastar cien rublos en arreglarlo. Le subo el sueldo en doscientos cuarenta rublos al año.

— ¡Permitame su excelencia que le bese la mano!

— Está bien, está bien. ¡Tatiana!

Entró la doncella.

— Busca mi abrigo de terciopelo azul. Lléveselo de regalo a su esposa —dijo al administrador—. Vale ciento cincuenta rublos (léase ochenta y cinco) y no me lo he puesto más que dos veces (léase mucho más de veinte). Y esto se lo regalo a su hija. —Anna Petrovna entregó a Pável Konstantínovich un diminuto reloj de señora—. Trescientos rublos me costó (ciento veinte). Yo sé apre-

ciar los favores, y tampoco en adelante los olvidaré. Soy condescendiente con las travesuras de la juventud.

Después de despedir al administrador, Anna Petrovna tornó a llamar a Tatiana:

— Ve a buscar a Mijaíl Ivánovich. No, no: yo misma iré a verlo. —Temía que su emisaria comunicase al criado del hijo (y el criado al hijo) lo que había dicho el administrador, lo cual daría al traste con su intención: sus palabras no anonadarían al rebelde hijo.

Mijaíl Ivánovich estaba acostado, atusándose el bigote no sin cierto deleite. “¿Qué la traerá por aquí si no tengo sales contra los desmayos?” —pensó incorporándose al ver a su madre. Pero en el rostro de ella advirtió una expresión de triunfo y desprecio.

Sentóse la madre y dijo:

— Siéntese, Mijaíl Ivánovich, que quiero hablar con usted. —Lo miró largo rato con una sonrisa y pronunció finalmente—: Estoy muy satisfecha, Mijaíl Ivánovich. ¿Adivina usted por qué?

— No sé qué pensar, *maman*. Es tan extraño...

— Ya se convencerá usted de que no tiene nada de extraño. Piense y tal vez acertará.

Siguió otro largo silencio. El hijo se perdía en un mar de cábalas; la madre se deleitaba con su triunfo.

— Ya que no puede adivinarlo, se lo diré. Es muy sencillo y natural. Si tuviera usted un poco de nobleza lo habría adivinado. Su amante —en la conversación anterior Anna Petrovna anduvo con rodeos, pero ahora no valía ya la pena: había quitado al adversario el arma con que pudiera vencerla—, su amante (no me contradiga, Mijaíl Ivánovich, usted mismo ha propalado por todas partes que es su amante), ese ser bajo, mal educado y de perversa conducta, ese ser despreciable...

— *Maman*, no permito que se den tales nombres a una joven que será mi esposa.

— Yo no se los daría si supiera que iba a serlo. Pero he comenzado así para explicarle a usted que no lo será

y por qué. Déjeme terminar. Entonces podrá censurar libremente las expresiones que le parezcan inoportunas, pero ahora déjeme terminar. Quiero decirle que incluso su amante, esa criatura sin nombre, sin educación, sin honradez ni sentimientos, le da a usted una lección de decoro, pues hasta ella ha comprendido lo indecente de sus propósitos...

— ¿Qué, qué dice usted, *maman?* ¡Hable!

— Usted mismo me lo impide. Quería decirle que incluso ella, ¿entiende usted?, incluso ella ha sabido comprender y apreciar mis sentimientos; al conocer por su madre la propuesta de usted, ha enviado a su padre para decirme que no quiere oponerse a mi voluntad ni deshonrar nuestro nombre con un nombre mancillado como el suyo.

— ¿No me engaña usted, *maman?*

— Por fortuna para mí y para usted, no le engaño. Ella dice que...

Pero Mijaíl Ivánovich no estaba ya en el aposento. Estaba poniéndose el abrigo.

— ¡Deténlo, Piotr, deténlo! —gritó Anna Petrovna. Ante tan inusitada orden, Piotr se quedó boquiabierto, Mijaíl Ivánovich corría ya escaleras abajo.

IX

— ¿Qué tal? —preguntó María Alexéievna a su marido cuando lo vio entrar.

— Magnífico. Lo sabía ya y me dijo: “¿Cómo tienen ustedes tanta osadía?” Yo le respondí: “No tenemos ninguna osadía, excelencia; Vérochka le ha negado su mano”.

— ¿Cómo, cómo? ¿Así se lo soltaste, so animal, borrico?

— María Alexéievna...

— ¡Burro! ¡Canalla! ¡Me has matado! ¡Me has asesinado! ¡Toma! —el marido recibió una bofetada—

¡Toma! —y le largó otra—. ¡Así hay que enseñarte a ti, idiota! —Lo asió de los pelos y comenzó a zarandearle. La lección duró un buen rato, porque Storéshnikov, que llegó a casa del administrador después de las largas pausas y amonestaciones de su madre, encontró a María Alexéievna en el apogeo de su labor docente.

— ¡El muy bestia ni siquiera ha cerrado la puerta! ¡Para que nos vean así gentes extrañas! ¡Debiera darte vergüenza, cochino! —fue lo único que se le ocurrió decir a la enfurecida esposa.

— ¿Dónde está Vera Pávlovna? ¡Necesito verla inmediatamente! ¿Será posible que no acepte?

Las circunstancias eran tan complejas, que María Alexéievna agitó la mano como desentendiéndose. Lo mismo sucedió a Napoleón después de la batalla de Waterloo, cuando el mariscal Grouchy resultó ser tan estúpido como Pável Ivánovich y La Fayette tan rebelde como Vérochka. También Napoleón se debatió, realizó milagros de arte y se quedó sin nada, teniendo que limitarse a decir: “Renuncio a todo; que cada cual haga lo que quiera consigo y conmigo”.

-- Vera Pávlovna: ¿es cierto que me rechaza usted?

— Juzgue usted mismo: ¿puedo no rechazarle?

— Vera Pávlovna: yo la ofendí cruelmente. Soy culpable ante usted, merezco la muerte, pero no puedo resistir su negativa...

Etcétera, etcétera.

Vérochka le escuchó unos cuantos minutos y, a la postre, creyó necesario suspender aquel martirio.

— No, Mijaíl Ivánovich, basta. Déjese de ruegos. No puedo aceptar.

— Si es así, tenga clemencia, se lo suplico. Aún está muy fresca la herida de la ofensa que le he inferido... No me responda ahora. Deme tiempo para merecer su perdón. Le parezco ruin y miserable. Pero puedo corregirme, haré todo lo posible por enmendarme. Ayúdeme, no me rechace ahora, deme algo de tiempo, la obedeceré en

todo. Ya verá lo sumiso que soy. Quizá advierta usted en mí alguna buena cualidad. Concédame un plazo.

— Me da usted pena. Veo que su amor es sincero (Vérochka: eso no es amor aún, ni mucho menos. Es una mezcla de inmundicias. El amor no es eso. No ama todo aquél a quien le disgusta ser desdeñado. El amor está lejos de ser eso. Vérochka no lo sabe aún y se conmueve). Quiere usted que aplace la respuesta. Bueno. Mas le prevengo que el aplazamiento no dará resultado alguno. Nunca le responderé otra cosa que lo que le respondo ahora.

— Yo me haré digno, me haré digno de otra respuesta. ¡Usted me salvará! —Storéshnikov tomó una mano de ella y se puso a besarla.

María Alexéievna entró en aquel instante y, en un arranque sentimental, quiso dar la bendición a sus queridos hijos sin la debida ceremonia, es decir, en ausencia de Pável Konstantínovich, y después llamar al marido y bendecirlos con todas las formalidades. Pero Storéshnikov echó por tierra la mitad de su felicidad, declarándole, entre besos y abrazos, que Vera Pávlovna, aunque no aceptaba su proposición, tampoco la rechazaba, aplazando la respuesta. Sin estar bien, no estaba mal en comparación con las perspectivas anteriores.

Storéshnikov regresó triunfante a su domicilio. Volvió a salir a colación la casa, y Anna Petrovna no tuvo más remedio que desmayarse otra vez.

María Alexéievna no sabía qué pensar de Vérochka. Parecía que la hija hablaba y obraba expresamente contra la voluntad de la madre. Pero lo cierto era que había vencido todas las dificultades que no pudo superar María Alexéievna. Tal como marchaban las cosas, el cuadro era el siguiente: Vérochka perseguía los mismos fines que ella, sólo que, diestra y hábil, empleaba otro procedimiento. Ahora bien, ¿por qué no le decía: "Madre, yo quiero lo mismo que usted, pierda cuidado"? ¿O estaba tan irritada contra su madre que rechazaba la ayuda

de ésta incluso en una empresa en que ambas debían obrar de acuerdo? María Alexéievna comprendía el motivo de que Vérochka retrasase la contestación: quería aleccionar al novio de modo que no diese un paso sin ella y doblegar a Anna Petrovna. Por lo visto era más astuta que su propia madre. Las reflexiones de María Alexéievna la llevaban precisamente a tal deducción. Pero sus ojos y sus oídos eran perennes testigos de lo contrario. ¿Qué hacer en el caso de que la deducción fuese falsa y de que, verdaderamente, su hija no quisiera casarse con Storéshnikov? Era una fiera, y no se sabía con qué domarla. Probablemente, la muy maldita no quería casarse; que no quería era indudable: María Alexéievna tenía demasiado sentido común para seducirse a sí misma con sus malignos pensamientos, que atribuían a Vérochka sutiles dotes de intrigante. Pero la moza lo iba urdiendo todo de tal manera, que si le saliese bien (y el diablo sabía si no era aquello lo que tramaba) se convertiría en dueña y señora de su marido, de la madre de su marido y de la casa. ¿Qué quedaba por hacer? Esperar, observar y nada más. De momento, Vera rechazaba al pretendiente, mas cuando se acostumbrase lo aceptaría sin esfuerzo. Tampoco vendría mal amenazarla alguna vez... ¡pero a tiempo! Y por de pronto no había más solución que esperar el momento oportuno. María Alexéievna esperaba. La seducía la idea, rechazada por su sentido común, de que Vera buscaba el matrimonio. Excepto las palabras y los actos externos de su hija, todo confirmaba esta idea. El presunto novio se mostraba suave como la seda. La madre de éste se defendió unas tres semanas, pero el hijo la atacaba poniendo en juego sus derechos sobre la casa, y ella comenzó a ceder. Expresó el deseo de conocer a Vérochka, y Vérochka no fue a verla. En el primer instante, María Alexéievna pensó que, de estar ella en el lugar de su hija, hubiera procedido con más inteligencia y no se habría negado a visitar a la madre del novio; pero después de meditarlo bien cayó en la cuenta de que

era mucho más inteligente no ir. ¡Oh, qué sagacidad! Efectivamente: al cabo de dos semanas, se presentó la propia Anna Petrovna so pretexto de ver el empapelado del nuevo apartamento. Se mostró fría, con una amabilidad punzante. Apenas pronunció dos o tres frases zahirientes, Vérochka se retiró a su alcoba. Hasta entonces, María Alexéievna no había pensado en la conveniencia de semejante acto y creía que hubiera sido necesario contestar con punzadas a los alfilerazos; pero cuando Vérochka se marchó, María Alexéievna comprendió al punto que aquello era lo más oportuno: ¡que el hijo se las entendiese con la madre! Pasadas otras dos semanas aproximadamente, Anna Petrovna volvió y, sin buscar pretextos a su visita, dijo que había venido a verlas y en presencia de Vérochka habló sin la menor reticencia.

Corría el tiempo. El pretendiente enviaba regalos a Vérochka por intermedio de María Alexéievna y, como es de suponer, los regalos no llegaban hasta ella, como no llegó el reloj de Anna Petrovna. Había algunas excepciones: María Alexéievna entregaba a Vérochka los regalos menos valiosos, diciéndole que eran prendas no rescatadas; convenía que el novio viese a la novia lucir algunos de sus presentes. Y Storéshnikov se convencía de que la muchacha estaba decidida a dar el sí, pues de otro modo no los habría aceptado. ¿Por qué, pues, tardaba tanto? El comprendía el motivo, y María Alexéievna se encargaba de explicárselo: Vérochka esperaba hasta que Anna Petrovna estuviese totalmente domada... Y Storéshnikov, con redoblado ahinco, tiraba del cabestro a su progenitora, ejercicio que le producía no poco placer.

Todos dejaron de importunar a Vérochka, deshaciéndose en cumplidos con ella. Aquella obsequiosidad canina le repugnaba, y la joven procuraba estar con su madre lo menos posible. María Alexéievna no osaba ya penetrar en la habitación de su hija, y cuando ésta se encontraba allí, o sea, casi todo el día, nadie la molestaba. A Mijail Ivánovich se le permitía de vez en cuando la entrada en

el cuarto de Vérochka. Era obediente como un niño. Si ella le ordenaba que leyese, él leía como un colegial que se prepara a examinarse. Sacaba de la lectura bien poco provecho, pero, no obstante, algo sacaba. Vérochka trataba de ayudarle con explicaciones verbales, que él comprendía mejor que los libros, y Storéshnikov adelantaba algo, poco, muy poco, pero adelantaba. Comenzó a tratar mejor a su madre, y en vez de hacerla dar vueltas tirándole del ronzal, prefería sencillamente tenerla sujeta.

Así transcurrieron tres o cuatro meses. Hecho el armisticio, reinaba la calma, pero en cualquier momento podía estallar la tormenta, y a Vérochka se le encogía el corazón en aquella inquietante espera, pues Mijail Ivánovich o María Alexéievna podían venirle cualquier día con la exigencia de que aceptase el matrimonio. No iban a esperar un siglo. Si yo pretendiera inventar colisiones efectistas, daría a esta situación un desenlace aparatoso, que, en realidad, no se produjo. Y si tratase de interesar al lector por medio del enigma, no diría de antemano que no sucedió nada semejante. Pero escribo sin trampas, y por eso digo: No habrá desenlace espectacular; la situación se resolverá sin tormentas, rayos ni centellas.

Capítulo segundo

EL PRIMER AMOR

Y

EL MATRIMONIO

I

Es sabido cómo terminaban semejantes situaciones en otros tiempos. Una excelente muchacha vivía con una familia abominable; el novio, impuesto por la fuerza, era un sujeto mezquino, aborrecido por ella, un individuo despreciable que, abandonado a sí mismo, sería más despreciable cada día; pero, mantenido a la fuerza junto a ella, iba sometiéndose, y poco a poco se convertía en una persona aceptable, ni muy buena ni muy mala. La muchacha comenzaba por negarle su mano; sin embargo, iba acostumbrándose paulatinamente a tenerlo bajo su mando y, persuadida de que entre los dos males —su marido y su familia— el primero era el menor, hacía feliz a su admirador. Al principio sentía repugnancia viendo lo que significaba hacer feliz sin amar. Pero el marido era dócil. Si lograba sobrellevarlo, le amaría. Y ella se trans-

formaba en una señora bondadosa y corriente, es decir, en una de esas damas que, aunque buenas de por sí, han transigido con la ruindad y si bien viven en la tierra no hacen en ella más que sombra. Así solía ocurrir antes con las muchachas excelentes y con los muchachos magníficos: todos se convertían en gente buena, que sólo vive en la tierra para hacer sombra. Sucedió así porque las personas de bien eran demasiado pocas: por lo visto, crecían en tan escaso número, que “las espigas estaban muy salteadas”. Y como no hay quien se pase la vida solo y se mantenga lozano, ellas se marchitaban o transigían con la vileza.

Pero ahora van siendo cada vez más frecuentes los casos de hombres de bien que se encuentran entre sí. ¿Cómo no van a serlo si el número de personas decentes crece de día en día? Andando el tiempo, estos casos serán de lo más corriente; y cuando pase más tiempo todavía, dejarán de producirse, porque todas las personas se habrán convertido en gente de bien. La vida será entonces una delicia.

También ahora, Vérochka se siente a gusto. Cuento su historia (con su venia) porque, a lo que yo sé, es una de las primeras mujeres que ha organizado bien su vida. Los primeros casos revisten interés histórico. La primera golondrina interesa particularmente a los habitantes del Norte.

A la buena organización de su vida contribuyó una circunstancia casual. Había que preparar a Fedia, el hermanito de Vérochka, para el ingreso en el liceo; su padre preguntó a los compañeros de oficina si conocían a alguien que diese lecciones a precio módico; y uno de ellos le recomendó a Lopujov, estudiante de medicina.

Lopujov visitó la casa cinco o seis veces antes de que Vérochka y él se vieran. El estudiante tenía sus lecciones con Fedia en un extremo del apartamento, y ella solía estar en el otro extremo, en su alcoba. Pero se aproxi-

maban los exámenes en la academia; Lopujov decidió dar las lecciones por la tarde, ya que tenía ocupada la mañana. Y cuando se presentó la primera tarde, encontró a toda la familia tomando el té.

Sentadas en el diván había dos personas conocidas: el padre y la madre de Fedia; éste se encontraba junto a María Alexéievna. Y un poco más allá vio Lopujov a una muchacha desconocida, alta, esbelta, morena, de cabellera negra (“abundante y hermosa”), ojos del mismo color (“unos ojos bonitos, muy bonitos incluso”) y rostro de tipo meridional (“parecido a los de las ucranianas; hasta podría decirse que es un rostro caucásico. No está mal: una cara muy agradable, aunque demasiado fría; en esto difiere de las meridionales. Una salud enviable. Arreglados estaríamos los médicos si todo el mundo fuera así. Tiene colores sanos y un tórax ancho, que nunca conocerá el estetoscopio. Cuando sea presentada en sociedad, causará efecto. Bueno, me tiene sin cuidado”).

También ella miró al estudiante. Lopujov no era ya un adolescente. De estatura mediana, o incluso un poco más que mediana, tenía el cabello castaño oscuro y las facciones correctas y hasta hermosas, con una expresión de dignidad y audacia. (“Es guapo y, probablemente, bueno, aunque un poco más serio de la cuenta”).

Ella no añadió mentalmente “Bueno, me tiene sin cuidado”, porque descartaba en absoluto que él pudiera interesarla. Fedia le había contado tantas cosas, que le resultaba aburrido:

— Sabes, Vérochka, es bueno pero habla muy poco. Le dije que eras muy guapa, y respondió: “Bueno, ¿y qué?” Le dije que las guapas gustan a todo el mundo, y me contestó: “Gustan a todos los tontos”. “¿Es que a usted no le gustan?” —le pregunté yo, y me dijo: “No tengo tiempo para esas cosas”. “¿Así que usted no quiere conocer a Vérochka?” —volvía a decirle. Y él contestó: “Tengo demasiados conocidos”.

Esto se lo contó Fedia después de la primera lección. Posteriormente, siguió refiriéndole cosas por el estilo:

— Esta mañana le dije que todo el mundo te mira cuando sales a alguna parte, y él dijo: “Bueno, pues bien”. “¿Y no quiere usted verla?” —le pregunté yo. Entonces me respondió: “Ya la veré”.

O bien:

— Le dije que tienes unas manos muy pequeñas, y me riñó: “Si tiene usted ganas de charlar, podría encontrar algo de más interés”.

El estudiante, a su vez, supo por Fedia todo lo concerniente a Vérochka. Cierto que atajaba a su alumno cuando comenzaba a hablar de asuntos familiares. Pero ¿quién es capaz de cerrarle la boca a un chiquillo de nueve años sin asustarle? A la quinta palabra consigue uno atajarlo, pero es ya tarde, pues los niños van al grano, sin preámbulos. Y entre otros comienzos de relato de los asuntos familiares, el estudiante oía éstos: “Mi hermana tiene un novio rico. Y mi madre dice que es un idiota”. “¿Qué fiestas le hace mi madre al novio de mi hermana!” “Mi madre dice que mi hermana ha sabido echarle el anzuelo al novio”. “Mi madre dice que ella es muy pillá, pero Vérochka es más todavía”. “Mi madre dice que habrá que echar de su casa a la madre del novio”. Etcétera, etcétera.

Era natural que los dos jóvenes, sabiendo el uno del otro tales antecedentes, tuvieran poco deseo de conocerse. Aunque, de momento, sólo sabemos que esto era natural por parte de Vérochka, la cual carecía de la suficiente experiencia para tratar de “vencer salvajes” o “amaestrar a este oso” y no tenía gana de dedicarse a tales menesteres. Le satisfacía que la dejaran en paz; se hallaba en la situación de un ser maltrecho y atormentado que ha conseguido tenderse de modo que el brazo roto no le moleste y apenas nota el dolor de las costillas, por cuyo motivo teme moverse no sea que se le reproduzcan los dolores en todas las articulaciones. ¿Para qué iba a enta-

blar nuevos conocimientos, tanto más tratándose de jóvenes?

Eso, por lo que concierne a Vérochka. Pero ¿y él? A juzgar por las palabras de Fedia, era muy arisco, y tenía la cabeza llena de libros y de preparados anatómicos, el supremo deleite y el más dulce alimento espiritual para un buen estudiante de medicina. ¿O habría mentido Fedia?

II

No. Fedia no había mentido. Lopujov era, en efecto, uno de esos estudiantes que tienen la cabeza atiborrada de libros —de la calidad de éstos nos enteraremos por las investigaciones bibliográficas de María Alexéievna— y de preparados anatómicos: sin rellenarse la cabeza de recetas era imposible llegar a profesor, grado al que aspiraba Lopujov. Ya hemos visto que los datos facilitados por Fedia no habían sido suficientes para que el estudiante se hiciera una idea completa de Vérochka. Por la misma razón es inexcusable completar las noticias que Fedia nos ha proporcionado acerca de su maestro, si queremos conocerle mejor.

Por su situación pecuniaria, Lopujov formaba parte de esa ínfima minoría de estudiantes que, sin estar pensionados, no pasan hambre ni frío. Cómo vive la enorme mayoría de ellos, eso lo sabrá Dios, pero está fuera del alcance del entendimiento humano. Sin embargo, nuestra narración no tiende a ocuparse de la gente que necesita llenar el estómago; nos limitaremos a recordar en dos o tres palabras la época en que Lopujov se encontraba en tan indecorosa situación.

Fue una época breve: alrededor de tres años, o quizá menos. Antes de ingresar en la Academia de Medicina, se alimentaba bien. Su padre, un pequeño burgués de Riazán, vivía con bastante desahogo para un hombre de su clase. La familia comía sopa con carne no sólo los

domingos, y hasta tomaba té a diario. A trancas y barrancas pudo mantener al hijo en el liceo; pero, a los quince años, el muchacho alivió la situación dando algunas lecciones. Para costear los gastos del estudio en Petersburgo, los recursos del padre no bastaban. En los primeros dos años, Lopujov recibió de su casa unos treinta y cinco rublos anuales y ganó casi otro tanto haciendo de amanuense en Viborgskaia Storóná. Únicamente por aquel entonces fue cuando pasó estrecheces. La culpa la tuvo él: ya estaba admitido en la pensión de la academia cuando se enzarzó en una disputa que le costó pasar a alimentarse con rancho propio. Ya en el tercer curso, comenzó a prosperar: el subcomisario de policía del distrito le pidió que diese clases particulares a su hijo; luego se le ofrecieron otras clases; y llevaba ya dos años a cubierto de necesidades y más de uno viviendo en dos habitaciones —es decir, no muy pobremente— con otro compañero tan feliz como él, llamado Kirsánov. Eran muy buenos amigos. Ambos se habían acostumbrado desde jóvenes a abrirse paso por sí mismos, sin ayuda de nadie; y se asemejaban tanto, que vistos por separado, habrían parecido personas de un mismo carácter. Mas al verlos juntos se advertía que, aun siendo los dos muy respetables y francos, Lopujov era un poco más circunspecto, y su amigo, un tanto más expansivo. De momento nos ocuparemos tan sólo de Lopujov. Kirsánov aparecerá mucho más tarde. Pero lo que digamos del primero habría que repetirlo al hablar del segundo. Por ejemplo, lo que más preocupaba entonces a Lopujov era organizar su vida después de graduarse, para lo cual le quedaban, como a Kirsánov, unos meses; y los planes de ambos para el porvenir eran idénticos.

Lopujov sabía positivamente que sería médico de un hospital militar de Petersburgo —cosa que se consideraba una verdadera dicha— y pronto lograría una cátedra en la academia. No quería dedicarse a curar enfermos. Curioso detalle: en los últimos diez años ha comenzado a

manifestarse entre algunos de los mejores estudiantes de medicina la tendencia a no ejercer la profesión, que proporciona recursos para vivir holgadamente, y a abandonar en la primera ocasión la medicina para consagrarse a una de sus ciencias auxiliares: la fisiología, la química o algo parecido. Y eso que todos saben que, dedicándose a visitar enfermos, tendrían a los treinta años la vida asegurada, y a los cuarenta y cinco serían ricos. Pero ellos razonan de manera distinta: La medicina se encuentra en pañales, hasta el punto de que todavía no es posible ponerse a curar, y lo que urge es prepararles a los futuros médicos las condiciones para que aprendan a hacerlo. Y en aras de la ciencia predilecta —tanto como abominan de ella y, sin embargo, le ofrendan todas sus energías— renuncian a la riqueza e incluso a la comodidad, entregándose a observaciones de interés científico: abren ranas, hacen cientos de autopsias anuales y a la primera oportunidad montan sus propios laboratorios químicos. La rigurosidad con que llevan a cabo su decisión depende, evidentemente, de cómo esté organizada su vida. Si sus familiares no padecen gran penuria, ellos no comienzan a practicar la profesión, es decir, quedan casi en la miseria; pero si los obligan las necesidades de la familia, ejercen la medicina práctica en el grado indispensable para cubrirlas, o sea, en escala ínfima, tratando a personas verdaderamente enfermas y susceptibles de ser curadas pese a la deplorable situación de la ciencia médica, es decir, a enfermos nada rentables. A este género de hombres pertenecían Lopujov y Kirsánov. Terminaban sus estudios aquel año y habían declarado que se presentarían a examen (o, como se decía en la academia, a “dar los exámenes”) para obtener inmediatamente el título de doctor en medicina. Los dos preparaban su tesis doctoral y aniquilaban infinitas ranas. Ambos habían elegido como especialidad el sistema nervioso y trabajaban juntos, pero se habían distribuido la labor: el primero recogía

para su tesis los hechos observados por los dos sobre un tema concreto, y el segundo sobre otro.

Mas ya va siendo hora de que hablemos de Lopujov por separado. Hubo un tiempo en que llevó una vida un tanto disipada. Sucedió esto durante la época en que no tenía qué llevarse a la boca e incluso carecía a veces de calzado. Tales circunstancias son muy propicias para beber, no ya sólo por lo que respecta al deseo, sino a las posibilidades: beber cuesta menos que comer y vestirse. Sin embargo, la bebida era un reflejo de la tristeza que le causaba su agobiadora miseria. Pero hacía ya tiempo que no se conocía hombre más austero que él, y no sólo en lo concerniente al vino. Lopujov había tenido no pocas aventuras amorosas. Una vez se enamoró de una bailarina. Después de mucho pensarlo, fue a verla a su domicilio. “¿Qué desea?” — “Traigo una carta del conde de tal”. El criado tomó fácilmente el uniforme de estudiante por el de oficinista o recadero. “Démela. ¿Esperará usted la respuesta?” — “El conde me ha ordenado que espere”. Ante el asombro de Lopujov, el criado regresó, diciendo: “Me ha ordenado que le haga pasar”. — “¡Ah, conque es usted! Grita usted tanto en el teatro, que hasta desde mi camerino distingo su voz. ¿Cuántas veces le han llevado a la comisaría por alborotar aplaudiéndome?” — “Dos veces”. — “No es mucho. Bueno, ¿qué le trae por aquí?” — “El deseo de verla”. — “Magnífico. ¿Y luego?” — “No lo sé. Lo que usted quiera”. — “Pues lo que yo quiero es desayunar. Ya ve la mesa puesta. Siéntese”. Pusieron otro cubierto. Ella se rio de él y él se rio de sí mismo. Era joven, apuesto, listo y, además, la cosa resultaba original. ¿Por qué, pues, no entretenerse un poco con él? Ella se entretuvo dos semanas, al cabo de las cuales le dijo: “Márchese”. — “Yo mismo quería irme, pero me daba cierto reparo”. — “¿De modo que seguiremos siendo amigos?” Se abrazaron por última vez, y tan campantes. Pero esto fue hacía tiempo, unos tres

años atrás, y ahora Lopujov llevaba dos sin cometer locuras.

Salvo sus compañeros y dos o tres profesores que intuían en él una futura lumbrera científica, Lopujov frecuentaba tan sólo las familias en cuyas casas daba lecciones. Pero con estas familias no hacía más que verse. Temía a la intimidad más que al fuego y se mostraba muy seco y frío con todos menos con sus pequeños alumnos y alumnas.

III

Como íbamos diciendo, Lopujov entró en la habitación y vio sentada a la mesa a toda la familia, Vérochka inclusive. Naturalmente, la familia y Vérochka vieron también que el estudiante acababa de entrar.

— Tenga la bondad de sentarse —le dijo María Alexéievna—. Matriona, trae otro vaso.

— Si es para mí, se lo agradezco. No pienso tomar nada.

— Matriona, no hace falta el vaso. (¡Qué joven tan educado!) ¿Por qué no? Podría tomar un poquito de té.

Lopujov miró a la madre y luego, como a propósito, echó una mirada furtiva a Vérochka. ¿Sería, verdaderamente a propósito? ¿Habría advertido el leve estremecimiento de ella? (“Es seguro que ha visto lo roja que me he puesto”).

— Muchas gracias. No acostumbro a tomarlo más que en casa.

“Pues no es tan huraño. Al entrar hizo una reverencia ligera y desembarazada” —consignó Vérochka para sus adentros sentada en un extremo de la mesa. “Aunque esté algo echada a perder, por lo menos se avergüenza de las ruindades de la madre” —pensó Lopujov desde el otro extremo.

Pero Fedia terminó pronto de tomar el té y se fueron a la lección maestro y alumno. Por consiguiente, el resul-

tado principal de la velada consistió en que María Alexéievna se formó una opinión favorable sobre el estudiante al convencerse de que su azucarera no sufriría gran merma a causa del traslado de las lecciones de la mañana a la tarde.

Dos días después, el estudiante encontró nuevamente a la familia sentada a la mesa y volvió a negarse a tomar té, con lo cual tranquilizó por completo a María Alexéievna. Mas esta vez vio allí a un nuevo personaje: un oficial con el que María Alexéievna se deshacía en obsesiones. (“¡Ah, éste es el novio!”)

Y el novio, muy pagado de su uniforme y de su casa, estimó necesario no limitarse a ver al estudiante, sino mirarlo de la cabeza a los pies con una de esas miradas lentas y desdeñosas que se estilan en la buena sociedad. Pero apenas comenzó a tomarle medida, notó que Lopujov no sólo se la tomaba también a él, sino algo peor: le miraba directamente a los ojos, con tanta fijeza, que en lugar de seguir tomando medida, el novio dijo:

— Difícil tarea la suya, *monsieur* Lopujov. Me refiero a la carrera de doctor.

— Cierto, es difícil. —Y continuó mirándole a los ojos.

Storéshnikov sintió que su mano izquierda, por no se sabe qué razón, iba y venía del segundo al tercer botón de la parte superior de su guerrera. Evidentemente, no quedaba más salida que apurar cuanto antes el vaso para pedir otro a María Alexéievna.

— Si no me equivoco, su uniforme es el del regimiento X —inquirió Lopujov.

— Sí, sirvo en ese regimiento —respondió Mijaíl Ivánovich.

— ¿Hace mucho?

— Nueve años.

— ¿Ingresó directamente en él?

— Directamente.

— ¿Manda usted ya compañía?

— No, todavía no. (Me está interrogando como si yo fuera su ordenanza.)

— ¿Espera que le den pronto el mando?

— No.

— Ehem... —El estudiante debió considerarse satisfecho y suspendió el interrogatorio, volviendo a quedarse fijo en los ojos de su presunto ordenanza.

“¡Vaya, vaya! —pensó Vérochka, sin darse cuenta exacta de lo que aquel “vaya” quería decir. Por último, prosiguió su pensamiento—: Se conduce como se habría conducido Serge, el que vino con la bondadosa Julie. No tiene nada de arisco. Pero ¿por qué dice cosas tan extrañas de las muchachas? ¿Por qué dice que las hermosas gustan solamente a los tontos y?... —quedó indecisa, pero pronto halló la continuación—: ¿Por qué no quiso oír nada de mí y dijo que yo no le interesaba?”

— Vérochka, podrías tocar algo al piano. Mijaíl Ivánovich y los demás te escucharíamos de buena gana —propuso María Alexéievna cuando Vérochka sirvió la segunda taza de té.

— Está bien.

— ¿Y si cantara usted algo, Vera Pávlovna? —añadió en tono obsequioso Mijaíl Ivánovich.

— Bueno.

— Este “bueno” parece decir: “Lo hago para que me dejéis en paz” —pensó el estudiante. Llevaba allí unos cinco minutos y, aunque no ponía los ojos en Vérochka, sabía que ella no había mirado al novio más que cuando se vio en la necesidad de contestarle y aun entonces lo hizo con la misma frialdad e indiferencia con que solía mirar a la madre y al padre. Allí había algo distinto de lo que contaba Fedia. De fijo que era una muchacha altiva y fría, deseosa de entrar en el gran mundo para mandar y brillar; le desagradaba no haber encontrado un novio más a propósito pero, aun despreciándolo, aceptaba su mano porque no había otra que la condujera al lugar de sus sueños. La cosa tenía cierto interés.

— Fedia, tómate pronto el té —ordenó la madre.

— No le meta prisa, María Alexéievna. Si Vera Pávlovna me lo permite, desearía escucharla.

Vérochka tomó la primera partitura que encontró a mano. Sin mirar cuál era, la abrió al azar y comenzó a tocar maquinalmente: con tal de salir del paso, le daba igual. Pero la composición era buena, de una ópera seria, y la joven se animó. Al terminar quiso levantarse.

— Pero usted había prometido cantar, Vera Pávlovna. Me atrevería a pedirle que nos cantase algo de *Rigoletto* (aquel invierno, *La donna è mobile* era el aria de moda).

— Con mucho gusto. —Vérochka cantó *La donna è mobile*, levantóse y se retiró a su habitación.

“Pues no, no es una muchacha fría y sin alma. Esto tiene interés”.

— Magnífico, ¿verdad? —dijo Mijaíl Ivánovich al estudiante. Esta vez habló con voz natural, sin mirarlo de arriba abajo, pues siempre conviene estar a buenas con quienes se permiten interrogar a los ordenanzas. ¿Por qué no hablar sin pretensiones con el estudiante para evitar su enfado?

— Sí. Magnífico.

— ¿Conoce usted la música?

— Un poco.

— ¿Y sabe tocar?

— No mucho.

A María Alexéievna, que oía la conversación, se le ocurrió una idea feliz.

— ¿Qué toca usted, Dmitri Serguéievich? —preguntó.

— El piano.

— ¿Tendrá la bondad de proporcionarnos el placer de escucharle?

— Con mil amores.

Tocó una pieza. Aunque no era un artista, tocaba bien.

Al terminar la lección, María Alexéievna se le acercó y le dijo que al día siguiente celebrarían una pequeña

velada con motivo del cumpleaños de su hija, a la que quedaba invitado.

Estaba claro: faltaban hombres, como suele suceder en tales fiestas. Pero no importaba: iría para ver más de cerca a la muchacha. En ella o con ella sucedía algo interesante. "Agradecidísimo. No faltaré".

Sin embargo, el estudiante se equivocaba: la invitación que le había hecho María Alexéievna tenía mucho más interés para ella que para las muchachas amantes del baile.

Tú, lector, no puedes por menos de adivinar que en esta fiesta Lopujov se declarará a Vérochka y que se enamorarán el uno del otro. Por supuesto, has acertado.

IV

María Alexéievna deseaba dar una gran fiesta el día del cumpleaños de Vérochka, y Vérochka le suplicaba que no invitase a nadie. La madre quería mostrar ante los convidados al futuro yerno, y esto era un motivo de angustia para la hija. Acordaron organizar una velada modesta, invitando al menor número posible de personas, a los conocidos más íntimos. Invitaron a compañeros de servicio de Pável Konstantínovich (ni que decir tiene que de mayor rango y superiores jerárquicos), a dos amigas de María Alexéievna y a las tres muchachas con quienes Vérochka tenía más confianza.

Contemplando a los presentes, Lopujov comprobó que no faltaban caballeros: junto a cada muchacha había un joven, novio o candidato a tal. En consecuencia, él no había sido invitado como galán. ¿Por qué lo habían invitado, pues? Tras de pensarlo un poco, recordó que antes de invitarlo habían probado sus habilidades en el piano. Por consiguiente, le habían traído para no pagar pianista. "No está mal —dijo para sí—. Usted dispense, María Alexéievna". Y se acercó al padre de Vérochka:

— Pável Konstantínovich, ¿no le parece que es hora de empezar el *wist*? Fíjese, los viejos se aburren.

— ¿Y usted cómo juega?

— Como sea.

Inmediatamente se organizó una partida, y Lopujov se sentó a jugar. La academia de Viborgskaia Storóná es un centro clásico en lo que atañe a los naipes. Allí no es raro que en cualquier número (así se llaman las habitaciones de los estudiantes pensionados) se juegue un día y medio sin interrupción. Debe reconocerse que las sumas que circulan en la mesa no llegan, ni con mucho, a las del Club Inglés, pero el arte de los jugadores es muy superior. Allá en sus tiempos —es decir, cuando no tenía dinero— jugaba mucho el propio Lopujov.

— ¿Cómo nos arreglaremos, *mesdames*? Podemos tocar por turno, pero quedamos solamente siete. Faltaría un caballero o una dama para bailar la cuadrilla.

Finalizaba el primer *robber*, cuando la más vivaracha de las chicas se acercó a Lopujov.

— *Monsieur* Lopujov, usted debe bailar.

— Con una condición —repuso él levantándose y haciendo una reverencia.

— ¿Con cuál?

— Con la de que baile usted conmigo la primera cuadrilla.

— ¡Oh, Dios mío! La primera la tengo prometida. La segunda.

Lopujov volvió a hacer una profunda reverencia. Dos de los caballeros se turnaban al piano. A la tercera cuadrilla, Lopujov sacó a Vérochka (la primera la había bailado ella con Mijail Ivánovich; y él en la segunda había sido la pareja de la joven vivaracha).

Observando a Vérochka, el estudiante se convenció definitivamente de su equivocación al haberla considerado una muchacha sin alma que, inducida por el cálculo frío, se casaba con un hombre al que despreciaba. Vio ante él a una muchachita corriente que bailaba y reía jubilosa.

Sí. Para vergüenza de Vérochka hemos de confesar que era una muchacha corriente, aficionada al baile. Había pedido que no se celebrase la velada; pero como se trataba de una fiesta íntima, sin la proyectada exposición del novio, no se le hacía angustiosa. Y ella, contrariamente a lo que esperaba, se colvidó de todas las penas. A su edad es tan intenso el deseo de desterrar los pesares, de correr, de reír y de divertirse, que a la menor oportunidad se olvidan temporalmente las penas. Lopujov se inclinaba ya a favor de ella, pero seguía sin comprender muchas cosas. Le interesaba la extraña situación de la joven.

— *Monsieur* Lopujov, no esperaba verlo a usted bailar —comenzó diciendo Vérochka.

— ¿Por qué? ¿Acaso es tan difícil?

— Claro que no. Mas para usted lo es.

— ¿Por qué lo es para mí?

— Porque conozco su secreto, el secreto de usted y de Fedia: usted desprecia a las mujeres.

— Fedia no ha comprendido bien mi secreto. Yo no desprecio a las mujeres, sino que las rehuyo, ¿Y sabe usted por qué? Tengo una novia muy celosa que, para hacerme que las rehuya, me ha contado el secreto de ellas.

— ¿Tiene usted novia?

— Sí.

— ¡Qué sorpresa! ¡Estudiante y comprometido ya! ¿Es guapa? ¿Está usted enamorado de ella?

— Es una belleza y la quiero mucho.

— ¿Morena o rubia?

— No puedo decirselo. Es un secreto.

— Bueno, pues guárdese. Pero ¿cuál es el secreto de las mujeres que ella le descubrió para obligarle a rehuir las?

— Observó que no me gusta estar de mal humor y me dijo tales cosas de ellas, que no puedo ver una mujer sin enfadarme. Por eso las rehuyo.

— ¿No puede usted ver a una mujer sin enfadarse? No es usted maestro en el arte de los cumplidos.

— ¿Cómo decirlo de otra manera? Tenerles lástima equivale a enfadarse.

— ¿Acaso somos tan dignas de lástima?

— ¿No es usted una mujer? Bastará que le mencione su deseo más íntimo, para que esté de acuerdo conmigo. Es un deseo general de las mujeres.

— Dígamelo, dígamelo.

— Pues oiga: “¡Oh, de qué buena gana sería hombre!” No he conocido una sola mujer en la que no pudiera descubrirse este recóndito deseo. Y en la mayoría de los casos no hace falta descubrirlo. Se manifiesta de por sí a la menor alteración: “¡Pobres de nosotras, las mujeres!”; “El hombre es cosa muy distinta que la mujer”; “¡Oh, por qué no seré hombre!”

Vérochka sonrió. Ciertamente, aquello lo decían todas las mujeres.

— Fíjese si las mujeres son dignas de lástima, que si se cumpliese la más cara aspiración de todas ellas, no quedaría ni una sola en el mundo.

— En efecto —asintió Vérochka.

— Como tampoco quedaría un solo pobre si se realizara el más íntimo deseo de cada uno de ellos. Para que vea usted hasta qué punto son dignas de lástima las mujeres. Tanto como los pobres. ¿A quién agrada ver pobres? Por la misma razón me desagrada ver a las mujeres desde que conocí su secreto. Me lo descubrió mi celosa novia el día de las amonestaciones. Hasta entonces me gustaba la compañía de las mujeres; desde entonces les he perdido la afición como por ensalmo. Mi novia me ha curado.

— Debe ser una mujer bondadosa y discreta. Verdaderamente, las mujeres somos dignas de lástima, ¡pobres de nosotras! —suspiró Vérochka—. Pero ¿quién es su novia? Habla usted de manera tan enigmática...

— Es un secreto que Fedia no podrá descubrirle. Comparto plenamente el deseo de los pobres de desaparecer como tales, y algún día se cumplirá este deseo, pues tarde o temprano conseguiremos estructurar la vida de modo que no haya pobres. Pero...

— ¿Que no haya? —le interrumpió Vérochka—. Yo misma he pensado que no los habrá; lo que no he llegado a imaginarme es cómo se logrará eso. ¿Puede decírmelo?

— Yo solo soy incapaz. Mi novia es la única que puede. Estando solo no puedo decirle más que una cosa: ella se preocupa de lograrlo, y es muy fuerte, más fuerte que nadie en el mundo. Sin embargo, no hablábamos de ella, sino de las mujeres. Estoy en un todo de acuerdo con el deseo de los pobres de desaparecer como tales porque mi novia lo hará realidad. Mas no comparto el deseo de las mujeres de desaparecer del mundo porque tal deseo no puede realizarse, y yo no acepto lo irrealizable. Pero tengo otro deseo: el de que las mujeres se hagan amigas de mi novia. Mi novia se preocupa de ellas igual que se preocupa de muchas otras cosas, de todo. Si las mujeres hicieran amistad con ella, no habría motivo para que yo les tuviese lástima, y dejarían de pensar: “¡Hay, por qué no habré nacido hombre!” Conocer a mi novia sería tan útil para las mujeres como para los hombres.

— *Monsieur* Lopujov, bailemos otra cuadrilla.

— Se lo agradezco. —Le apretó la mano, pero lo hizo con tanta calma y seriedad como si se tratase de una hermana o de un camarada—. ¿Qué baile será éste?

— El último.

— Bueno.

Mientras duró el baile, María Alexéievna pasó varias veces junto a ellos.

¿Qué pensaría de semejante coloquio si lo hubiera oído? Nosotros, que lo hemos oído del principio al fin, decimos que es harto extraña una conversación de este género durante una cuadrilla.

Comenzaron a bailar la última danza.

— No hemos hablado más que de mí —dijo Lopujov—, y esto es una desconsideración por mi parte. Ahora quiero ser atento y hablar de usted, Vera Pávlovna. Sabe, yo tenía de usted mucha peor opinión que usted de mí. Ahora, en cambio... Pero de eso hablaremos en otra ocasión. Hay, sin embargo, una cosa que me interesa: ¿cuándo se casa usted?

— Nunca.

— Eso he creído yo las tres últimas horas, desde el momento en que me levanté de la mesa de juego. Pero, siendo así, ¿por qué se le considera su novio?

— ¿Por qué se le considera? No se lo puedo decir, me es muy violento. Lo que sí puedo decirle es una cosa: me da pena de él. Me quiere tanto... Usted dirá que debería declararle sin rodeos lo que pienso de nuestra boda. Se lo he declarado y responde siempre: “¡Cállese, sus palabras me matan, no hable así!”

— Ese es el segundo motivo. Y el primero, el que no puede usted decirme, se lo diré yo: su situación en la familia es horrible.

— Ahora es llevadera. Nadie me martiriza. Esperan y me dejan sola o casi sola.

— Pero eso no será eterno. Alguna vez comenzarán a importunarla. ¿Qué hará usted entonces?

— Nada. Lo he pensado y estoy decidida. No me quedaré aquí. Puedo meterme a actriz. ¡Qué vida tan envidiable! ¡Ser independiente, independiente!

— Y, además, aplaudida.

— Cierto. También eso gusta. Pero lo principal es la independencia. Hacer lo que una quiera y como quiera, sin pedir permiso a nadie, sin exigir nada a nadie, sin necesitar nada ni a nadie. ¡Así quisiera yo vivir!

— Muy bien, muy bien. Ahora permítame un ruego: procuraré indagar cómo conseguirlo y a quién dirigirse. ¿Qué le parece?

— Muchas gracias. —Vérochka le apretó la mano—. Hágalo cuanto antes. ¡Tengo tal deseo de acabar lo más

pronto posible con esta situación repulsiva, insoportable y humillante! . . . Le he dicho que estoy tranquila y que la cosa es llevadera. Pero ¿caso es así? ¿Es que no veo lo que se está haciendo conmigo? ¿No sé lo que piensan de mí todas las personas aquí presentes? Que soy una intrigante astuta; que quiero ser rica, entrar en el gran mundo, brillar; que me dispongo a hacer de mi marido un pelele, a jugar con él, a engañarlo. ¿Quizá no sé que eso es lo que piensan de mí? ¡No quiero vivir así, no quiero! —Verochka se puso súbitamente pensativa—: No se ría de lo que digo; tenga en cuenta que él me da lástima: ¡me quiere tanto! . . .

— ¿La quiere? ¿De manera que la mira a usted igual que yo? ¿Su mirada es como la mía?

— Usted mira a la cara, sencillamente. No, la mirada de usted no me ofende.

— ¿Ve usted, Vera Pávlovna? Eso se debe a que. . . Pero no importa. ¿El mira así?

Vérochka enrojeció y permaneció callada.

— Por tanto, no la ama a usted. Eso no es amor, Vera Pávlovna.

— Pero . . . —Vérochka se detuvo sin terminar la frase.

— Quería usted decir: “Pero ¿qué es eso si no es amor?” Sea lo que fuere, usted misma dirá que no lo es. ¿Quién es la persona más querida de usted? No me refiero a este amor, sino a los parientes y a las amigas.

— Creo que nadie. A nadie tengo un amor profundo. Aunque no: hace poco tiempo conocí a una mujer muy extraña. Me habló muy mal de sí misma, me prohibió continuar las relaciones con ella —nos vimos con motivo de un asunto muy particular— y me dijo que me dirigiese a ella en caso de extrema necesidad, pero sólo cuando no quedase otra solución que la muerte. Le he tomado un gran amor.

— ¿Desearía que esa persona hiciera por usted algo que fuese desagradable o perjudicial para ella?

Vérochka sonrió:

— ¿Cómo podría ocurrírseme tal cosa?
— Figúrese que usted necesita un favor de ella y que ella le dice: “Si lo hago, será un tormento para mí”. ¿Repetiría usted su ruego, insistiría usted en él?

— Preferiría la muerte.

— Usted dice que eso es amor. Pero ese amor es sólo afecto y no pasión. ¿Y qué es el amor, la pasión? ¿En qué se diferencia la pasión del simple afecto? En la fuerza. Si el afecto —tan débil, comparado con la pasión— le hace a usted decir: “Antes morir que ocasionar un tormento a esa persona”, ¿qué no le haría decir la pasión, mil veces más fuerte? Le haría decir: “Antes morir que, no ya exigir o pedir, sino incluso permitir que esta persona se violente por mí lo más mínimo. Prefiero la muerte antes que tolerar que por culpa mía tenga que hacer el menor esfuerzo penoso para sí”. Una pasión de tal naturaleza, una pasión que habla de tal manera, es amor. Pero si la pasión no reúne esas características, será pasión, que no amor. Me marchó. No tengo más que decir, Vera Pávlovna.

Vérochka le apretó la mano.

— Adiós, ¿por qué no me felicita usted si hoy es el día de mi cumpleaños?

Lopujov la miró fijamente.

— Quizá. . . Quizá. . . Si no se ha equivocado usted, tanto mejor para mí.

V

“¡Qué rápido y qué inesperado! —pensaba Vérochka, sola en su cuarto al terminar la fiesta—. ¡Hablar la primera vez y haber intimado tanto! No conocerse media hora antes y ser tan amigos una hora después. . . ¡Qué extraño!”

No, no es extraño, ni mucho menos, Vérochka. Los hombres como Lopujov poseen palabras mágicas que atraen a todos los seres pesarosos y ofendidos. Su novia

le sugiere estas palabras. Pero lo verdaderamente extraño, Vérochka (aunque no para ti ni para mí), es que tú sigas tan tranquila. Se piensa que el amor es un sentimiento inquietante. Mas tú te dormirás con la placidez de un niño, sin que te turbe o inquiete ningún sueño; quizá sueñes con distracciones infantiles, con prendas, con juegos o tal vez con bailes, pero también serán bailes alegres y despreocupados. Esto extrañará a otros; mas tú no sabes que es extraño y yo sé que no lo es. La inquietud del amor —no el propio amor— es algo distinto a como debe ser, pero el amor en sí es alegre y descuidado.

“¡Qué raro es esto! —reflexiona Vérochka—. Yo había pensado y sentido lo que él dice de los pobres, de las mujeres y del amor. ¿De dónde lo había sacado yo? ¿No sería de los libros? No, allí no lo decía así: en ellos, esto iba mezclado con dudas y reservas; parecía algo extraordinario, inverosímil, como dulces sueños irrealizables. Yo, en cambio, creía que era una cosa simple, la más simple de todas, la más corriente, sin la cual es imposible vivir, que todo se realizaría sin duda alguna. ¡Tenía estos libros por los mejores, y resulta que en Jorge Sand, tan bondadosa y moralista, todo se reduce a sueños! Y lo mismo en los nuestros... Aunque no: los nuestros no hablan de esto para nada. ¿Y Dickens? Dickens habla de ello, mas no parece tener esperanza de alcanzarlo; se limita a desearlo como se desea una cosa buena, pero cree que no puede realizarse. ¿Cómo ignoran que sin esto es imposible seguir, que es necesario realizarlo, que se realizará sin falta, para que nadie sea pobre ni desdichado? ¿Acaso ellos no lo dicen? No, se limitan a lamentar la situación, pero piensan que todo seguirá como hasta ahora, tal vez un poco mejor, pero como hasta ahora. En cambio, lo que yo pensaba no lo dicen. Si dijeran *esto* sabría yo que así piensan personas inteligentes y bondadosas; mas siempre me ha parecido que era yo sola quien pensaba así por ser una muchacha ingenua y que, excepto yo, nadie pen-

saba ni tenía esperanzas en esto. Sin embargo, él dice que su novia ha explicado a todos los que la aman que será precisamente como yo me figuraba y que se lo ha explicado de manera tan comprensible, que todos procuran acelerar su realización. ¡Qué novia tan inteligente! ¿Quién será? Tengo que enterarme a toda costa. ¡Qué felicidad cuando no haya pobres, cuando a nadie se le haga violencia, cuando todos sean alegres, buenos y dichosos!...”

Con estos pensamientos se durmió Vérochka. Durmió profundamente y no soñó nada.

No, Vérochka, no es extraño que hayas recapacitado y se haya compenetrado con todo esto una muchacha sencilla como tú, que jamás oíste ni siquiera los nombres de las personas que lo predicán y que han demostrado que debe ser así, que así será irremisiblemente, que esto no puede por menos de realizarse; no es extraño que hayas comprendido unas ideas que tus libros no podían presentarte con entera claridad: tus libros han sido escritos por personas que aprendían estas ideas cuando todavía no pasaban de tales, cuando parecían sorprendentes, admirables, y nada más. Ahora, Vérochka, se divisa ya claramente su realización, y han sido escritos nuevos libros por otras personas que encuentran buenas dichas ideas, pero no ven en ellas nada de asombroso; y las ideas en cuestión flotan en el ambiente como el aroma de los campos en época de floración; penetran por doquier; tú las has oído incluso en labios de tu madre ebria cuando te decía que era necesario vivir y te explicaba la necesidad de recurrir al engaño y al robo; ella quería combatir tus ideas y lo único que lograba era fomentarlas; se las has oído a la cínica y pervertida francesa que arrastra tras de sí a su amante como si fuera un lacayo, haciendo de él lo que quiere y, a pesar de todo, en cuanto recapacita, advierte que no es dueña de su voluntad, que está obligada a ser obsequiosa y a violentar su deseo, que todo eso representa una carga pesada. ¿Acaso vive mal con su

Serge, bonachón, delicado y tierno? Y, pese a todo, dice: "Incluso a mí, que soy tan mala, me parecen mal tales relaciones". En nuestra época, Vérochka, no es difícil contagiarse de ideas como las tuyas. Sin embargo, otros no les dan cabida en su corazón, y tú se la has dado. Está muy bien, pero tampoco es extraño: ¡qué tiene de extraño que quieras ser una persona libre y feliz! Este deseo no constituye un descubrimiento magno ni una proeza heroica.

Lo extraño consiste, Vérochka, en que haya personas que no abriguen este deseo, que tengan aspiraciones muy distintas; y a ellas tal vez les parezca raro, amiga mía, que en la primera noche de tu amor concilies el sueño pensando en tales cosas; que de pensar en ti, en tu amado y en tu amor, hayas pasado a pensar que todos los seres humanos deben ser felices y que es preciso contribuir a que lo sean cuanto antes. Tú no sabes que esto es extraño, pero yo sé que no lo es, que es lo único natural, lo único humano, sencillamente humano. "Siento alegría y felicidad"; por consiguiente, "quiero que todos vivan alegres y felices". Desde el punto de vista humano, Vérochka, estas dos ideas forman una sola. Tú eres buena e inteligente; pero dispénsame: no encuentro en ti nada extraordinario. Quizás la mitad de las muchachas a quienes he conocido y conozco, o tal vez más de la mitad —no las he contado y, como son tantas, es difícil contarlas—, no sean peores que tú. Y algunas son mejores. Perdóname la franqueza.

Lopujov cree que eres una muchacha admirable. Cierto. Pero esto no tiene nada de raro, pues se ha enamorado de ti. Eres digna de ser amada. Y si te ama, debe creer eso.

VI

María Alexéievna estuvo junto a su hija y al estudiante mientras duró la primera cuadrilla. Sin embargo; durante la segunda no se les acercó, enfrascándose en la preparación de una cena frugal. Efectuados los preparati-

vos, preguntó por el estudiante, y el estudiante ya no estaba allí.

Dos días después se presentó a dar su lección, que siempre coincidía con la hora del té. María Alexéievna entró en la habitación donde hacían sus ejercicios Lopujov y su alumno (hasta entonces siempre era Matriona la que venía por Fedia). Lopujov quiso quedarse allí, porque él no tomaba té, y dijo que, mientras tanto, repasaría el cuaderno de Fedia, pero la madre le rogó que se sentase a la mesa con la familia, pues tenía que hablarle, ante lo cual, él aceptó.

Comenzó ella interesándose por las facultades de Fedia para el estudio y le preguntó cuál era el mejor liceo y si no sería lo más conveniente llevar al niño a una academia particular. Preguntas hartamente naturales. Pero ¿no era un poco temprano para hacerlas? Conforme hablaban, María Alexéievna le invitó a té con tanto celo y amabilidad, que Lopujov, alterando su costumbre, tomó un vaso. Vérochka tardó en llegar, pero llegó al fin. Ella y el estudiante intercambiaron una reverencia como si nada hubiese entre ambos, y María Alexéievna siguió hablando de Fedia. De pronto dio un nuevo giro a la conversación y comenzó a interesarse por la persona del estudiante: quién y qué era, quiénes eran sus padres, si poseían muchos bienes, qué vida hacía y cómo pensaba organizar su porvenir. Lopujov respondió breve e imprecisamente, diciendo que sus padres vivían en provincia, que no eran ricos, que él se mantenía con las lecciones y que pensaba quedarse como médico en Petersburgo. En total, nada. Al verlo tan reacio, María Alexéievna fue más derecha al grano.

— Dice usted que quiere quedarse aquí de doctor. Los médicos, gracias a Dios, viven holgadamente. ¿No piensa usted casarse, o tiene ya novia?

¿Qué significaba aquello? El estudiante se había olvidado ya de su novia imaginaria y estuvo a punto de decir: "No, no tengo", pero cayó en la cuenta: "¡Ah, ella estuvo

escuchando!" Le pareció ridículo haber inventado semejante tontería. "¿Cómo se me ocurrió una alegoría tan innecesaria? Para que vean ustedes: se dice que la propaganda es dañina; pues fíjense cómo influyó sobre esta mujer cuando tenía el corazón limpio y no inclinado a la maldad; oyó la conversación y la entendió así. ¿Qué me importa a mí?"

— Claro que sí, tengo novia —respondió Lopujov.

— ¿Y están prometidos?

— Sí, señora.

— ¿Oficialmente o de palabra?

— Oficialmente.

¡Pobre María Alexéievna! Había oído decir "mi novia", "su novia", "la quiero mucho", "es una belleza", etc., y se había tranquilizado respecto a probables juguetas del estudiante. He ahí por qué durante la segunda cuadrilla pudo entregarse por completo a preparar la cena. Pero tenía interés en conocer con más detalle y precisión aquella historia tranquilizadora. Y prosiguió su interrogatorio: siempre son gratas las conversaciones que contribuyen a calmar; o, al menos, resultan curiosas, pues todo es curioso en este mundo. El estudiante iba respondiendo con precisión, aunque de manera concisa, según su costumbre: — ¿Es hermosa su novia? — Extraordinariamente. — ¿Tiene dote? — Ahora no, pero recibirá una gran herencia. — ¿Muy grande? — Muy grande. — ¿Cuánto, más o menos? — Mucho. — ¿Llegará a cien mil rublos? — Mucho más. — ¿Cuánto? — ¿Para qué precisarlo? Creo que basta con decir que es mucho. — ¿En dinero? — Hay también dinero. — ¿O quizás en fincas? — También hay fincas. — ¿Heredará pronto? — Sí, pronto. — ¿Y la boda, será pronto también? — Sí, señora. — Cásese pronto, Dmitri Serguéievich. Cásese antes de que herede, porque después le caerán los novios como moscas. — Lleva usted razón. — Pero ¿cómo le ha mandado Dios tal felicidad y cómo no se le han adelantado otros? — Pues porque casi nadie sabe todavía que ella debe

heredar. — ¿Y usted se ha enterado? — Sí, señora. — ¿Cómo? — A decir verdad, lo sabía tiempo atrás. Fue un hallazgo. — ¿Y está seguro de ello? — ¡Qué duda cabe! Yo mismo he comprobado los documentos. — ¿Usted mismo? — Yo mismo. Por ahí comencé. — ¿Por ahí comencé? — Naturalmente. Nadie que esté en su sano juicio da un paso sin mirar los documentos. — Es cierto, Dmitri Serguéievich. ¡Qué felicidad! De seguro que se lo debe usted a las plegarias de sus padres. — Probablemente.

Ya antes, Lopujov gustaba a María Alexéievna porque no tomaba té. Todo daba a entender que era hombre serio y comedido. Hablaba poco: tanto mejor, no era un charlatán; y en lo que decía, razonaba bien, sobre todo tratándose de dinero. Pero desde la tarde del tercer día vio ella que el estudiante representaba, incluso, un feliz hallazgo porque no constituía ningún peligro para las muchachas de las familias en que daba clases. Era difícil encontrar un joven de tales condiciones. María Alexéievna quedó encantada de él. ¡Qué persona tan recta! Y no presumía de tener una novia rica: cada palabra hubo que sacársela con cucharón. ¿Cómo habría husmeado el dinero? De fijo que habría pasado tiempo buscando una ricachona. ¡Sería cosa de ver cómo la agasajaba! ¡De él sí que podía decirse que sabía dónde le apretaba el zapato! ¡Comenzó por comprobar los papeles! Y había que ver cómo hablaba: "Nadie que esté en su sano juicio da un paso sin mirar los documentos". Era un joven de raras virtudes.

Al principio, Vérochka se reprimía a duras penas para no sonreír de manera demasiado ostensible, pero pronto empezó a parecerle —¿cómo?, no era verdad; sí, era verdad— que, aunque Lopujov contestaba a María Alexéievna, no hablaba con ésta, sino con Vérochka, que estaba bromeando con su madre y que con la única que hablaba en serio era con ella.

¿Eran figuraciones de Vérochka o era verdad? ¡Cualquiera lo adivina! El lo sabía y ella lo acertó. Y a nosotros tal vez ni nos haga falta enterarnos. Lo que nece-

sitamos son los hechos. Y el hecho es que Vérochka, oyendo a Lopujov, pensó, primero con una sonrisa y luego en serio, que el estudiante no estaba hablando con María Alexéievna, sino con ella, y que no hablaba en broma, sino en serio. María Alexéievna, que desde el comienzo de la conversación escuchaba seriamente a Lopujov, se dirigió a su hija diciéndole: “Vérochka, ¿qué haces ahí sentada, más seria que el coco? ¿No conoces ya a Dmitri Serguéievich? Bien podías pedirle que te acompañase al piano para cantar algo”. Estas palabras debían ser interpretadas así: “Le tenemos en gran estima, Dmitri Serguéievich, y quisiéramos que fuese usted íntimo de la familia. Y tú, Vérochka, no seas huraña con él; ya advertiré yo a Mijaíl Ivánovich que Dmitri Serguéievich tiene novia, para que no se lo coman los celos”. Eso era lo que debían comprender Vérochka y Lopujov (quien, en la mente de María Alexéievna, había dejado de ser “el maestro” para convertirse en “Dmitri Serguéievich”). Y para la propia María Alexéievna, aquellas palabras tenían un tercer significado, el más natural y verdadero: “Hay que ser amable con él; su amistad puede servirnos cuando sea rico, el muy raído”. Ese era el sentido general de las palabras de María Alexéievna para sí misma; pero, aparte del sentido general, encerraban un sentido particular: “Una vez ganado a fuerza de amabilidades, le diré que no somos ricos y que se nos hace cuesta arriba pagarle a rublo por lección”. Vean ustedes cuántas significaciones tenían las palabras de María Alexéievna. Dmitri Serguéievich dijo que al terminar la lección tocaría el piano con mucho gusto.

VII

Muchos sentidos tenían las palabras de María Alexéievna, y sus resultados no fueron menos. En lo tocante al sentido particular de ella, es decir, en cuanto a la rebaja del precio de las lecciones, María Alexéievna ob-

tuvo un éxito superior a sus propios cálculos: cuando, al cabo de dos lecciones, insinuó que la familia no era rica, Dmitri Serguéievich resistió largamente, manteniéndose mucho tiempo en un *triojrubliovi* por lección (entonces existía aún el *triojrubliovi*, moneda que, según recordarán ustedes, valía setenta y cinco kopeks); la propia María Alexéievna no esperaba que cediese más, pero, rebasando sus esperanzas, logró que le pusiese a sesenta kopeks la lección. Al parecer, el sentido particular de sus palabras —la esperanza de un abaratamiento de las lecciones— contradecía su propia opinión de que Dmitri Serguéievich era un pillo codicioso: ¿a santo de qué un individuo avariento iba a ceder su dinero para aliviar la pobreza del prójimo? En buena ley, cuando Dmitri Serguéievich cedió, ella hubiera debido desilusionarse al descubrir en él un ser ligero de cascos y, por tanto, negativo. Evidentemente, así habría razonado ella en un caso que no la interesase de manera directa, pero la naturaleza del hombre es de tal índole, que no puede aplicarse a sí mismo el rasero general y siempre está dispuesto a hacer excepciones en su favor. Cuando el secretario colegial Ivanov asegura al consejero colegial Iván Ivánovich que le es fiel en cuerpo y alma, Iván Ivánovich conoce por experiencia propia que de nadie cabe esperar semejante fidelidad, mucho menos teniendo en cuenta que Ivanov ha vendido a su padre cinco veces por un precio sobremanera módico, superando con ello al propio Iván Ivánovich, quien no ha tenido tiempo de vender al suyo más que tres veces. No obstante, Iván Ivánovich cree que Ivanov le es fiel, o sea, no le cree, pero esto le hace ser condescendiente con él, y, aunque no le cree, deja que le tome por tonto, con lo que viene a resultar que le cree, aunque no le cree. ¿Qué remedio tiene esta propiedad del corazón humano? Es una propiedad morbosa y nociva; pero, por desgracia, María Alexéievna no carecía de este defecto, común a casi todos los avariciosos, pillos y perversos. El tal defecto sólo tiene enmienda en dos casos extremos: cuando el hombre es ya

un miserable sobrenatural, la octava maravilla de la granjería como Alí Bajá de Janina, Zhezzar Bajá de Siria y Mehemet-Alí de Egipto, quienes engañaban a los diplomáticos europeos y (Zhezzar) al propio Napoleón el Grande con la misma facilidad que si fueran chiquillos; cuando la picardía ha envuelto al hombre en una coraza tan sólida, que no deja penetrar la menor flaqueza humana: ni la ambición, ni el egoísmo, ni el ansia de poder, ni el amor propio, ni nada. Pero estos héroes de la truhanería son ya muy escasos y apenas se dan en tierras de Europa, donde la maestría de la infamia va decayendo ya bajo el influjo de muchas flaquezas del hombre. Por eso, si le muestran a usted un bribón y le dicen: "A éste no hay quien lo engañe", apueste sin vacilar diez rublos contra uno a que usted, pese a no ser tan astuto, puede pegársela al pillo en cuestión apenas se lo proponga; y apueste con menos temor todavía cien rublos contra uno a que él mismo se engaña en algunas cosas, pues ése constituye un rasgo extendidísimo, un rasgo común del carácter de los pícaros. Luis Felipe y Metternich eran a cual más habilidoso, pero ¡con qué destreza se sacaron a sí mismos de París y de Viena⁵ tirándose de la nariz y se fueron a tierras fértiles y tranquilas para deleitarse bucólicamente a buen salvo! Pues, ¿y Napoleón I? Era mucho más astuto que ellos dos; además, a lo que se dice, poseía una inteligencia genial. ¡Y con cuánta maestría se llevó a sí mismo de la nariz hasta el Elba y, pareciéndole poco, siguió tirándose hasta que fue a parar a la isla de Santa Elena! Con lo difícil que era —casi imposible—, supo vencer todos los obstáculos hasta meterse en la isla. Lean la *Historia de la campaña de 1815*, de Charras: es encantador el tesón y el arte con que se lleva a sí mismo de la nariz. María Alexéievna, ¡ay!, no estaba exenta de tan perniciosa inclinación.

La pericia en engañar al prójimo sirve a poca gente de coraza contra la tentación. En cambio son muchos los que se preservan de ella gracias a la simple honradez.

Según testimonio de todos los Vidocq* y de los Caín, no hay cosa tan difícil como engañar a un hombre honrado e ingenuo que tenga un poco de juicio y de experiencia. Las personas honradas y juiciosas no se dejan seducir por separado. Pero padecen otro linaje de flaqueza, también nocivo: son susceptibles a la tentación general. Un pícaro no puede agarrar de la nariz a ninguno de ellos; pero las narices de todos, en conjunto, están siempre dispuestas para cualquier servicio. Y los pícaros, que, por separado, son vulnerables en cuanto a la inmunidad de sus narices, no lo son en colectividad. En esto radica todo el secreto de la historia universal.

Pero no vale la pena que nos adentremos en la historia del mundo. ¿Estás haciendo una narración? Pues prosíguela.

El primer resultado de las palabras de María Alexéievna consistió en el abaratamiento de las lecciones. Otro resultado fue que con la rebaja del precio concedida por el estudiante (es decir, ya no era el estudiante, sino Dmitri Serguéievich), María Alexéievna se reafirmó en la opinión de que Lopujov era persona respetable y hasta llegó a convencerse de que hablar con él sería útil para Vérochka y de que esas conversaciones la inclinarían a casarse con Mijaíl Ivánovich. Esta conclusión era ya demasiado profunda, y María Alexéievna no hubiera llegado a ella por su propio raciocinio, pero halló una demostración tan evidente, que resultaba imposible no advertir la utilidad que reportaría a Vérochka la influencia de Dmitri Serguéievich. Ahora veremos cómo se produjo la demostración.

El tercer resultado de las palabras de María Alexéievna fue que, con su permiso y estímulo, Vérochka y Dmitri Serguéievich comenzaron a pasar bastante tiempo juntos. Lopujov terminaba las lecciones a las ocho y permanecía en el domicilio de los Rozalski dos o tres horas:

* Vidocq (1775-1857): Polizonte y aventurero francés.

jugaba a las cartas con la madre, con el padre y con el novio; charlaba con ellos; tocaba el piano para que Vera cantase o bien oía a Vera tocar; a veces conversaba con ella, y María Alexéievna no les estorbaba ni veía sus coloquios con malos ojos, aunque, naturalmente, tampoco les perdía de vista.

Ni que decir tiene que no les perdía de vista porque, aunque Dmitri Serguéievich era un joven modelo, por algo se dice que no se debe dejar la puerta abierta ni tentar al ladrón. Y que Dmitri Serguéievich era un ladrón —no en el mal sentido, sino en el bueno—, estaba a la vista. De no ser así, ¿por qué iban a tenerle respeto y a granjearse su intimidad? ¿Quién busca la amistad de un tonto? Evidentemente, vale la pena buscarla cuando puede esperarse algún provecho. Pero, de momento, Dmitri Serguéievich no tenía más que lo puesto; por tanto, podía trabarse amistad con él tan sólo por sus cualidades, es decir, por su talento, por su rectitud, su prudencia y su tacto para los negocios. Y si cada cual lleva en su cerebro el diablo sabe qué ideas, tanto más cabe esperar que las lleve un individuo inteligente. En consecuencia, a Dmitri Serguéievich no había que quitarle el ojo de encima. María Alexéievna lo vigilaba celosamente. Mas todas sus observaciones no hacían otra cosa que confirmar la seriedad y la buena intención de Lopujov. ¿En qué se manifestaban los manejos de Cupido? En las miradas al corsé. Allí estaba Vérochka tocando. Dmitri Serguéievich escuchaba de pie; y María Alexéievna observaba si él torcía o no torcía los ojos hacia el corsé de la muchacha. No, ni pensarlo. A menudo ni siquiera miraba a Vérochka, sino a cualquier parte; y si alguna vez ponía los ojos en ella, la miraba a la cara, con visible indiferencia, por puro respeto, y pensaba seguramente en la dote de la novia: sus ojos no relucían como los de Mijaíl Ivánovich. ¿En qué más se notaba la inquietud amorosa? En las palabras de amor. Entre Vérochka y Dmitri Serguéievich no se cruzaban tales palabras. In-

cluso hablaban poco. Con quien más conversaba él era con María Alexéievna.

Otro hecho significativo: Dmitri Serguéievich comenzó a traer libros a Vérochka. En cierta ocasión, la muchacha fue a ver a una amiga, y Storéshnikov quedó en casa. María Alexéievna tomó varios libros y se los mostró:

— Vea usted esto, Mijaíl Ivánovich. El francés casi lo he entendido. ¿No se trata de la *Gostinaia*, ese libro de urbanidad? Pero del alemán no tengo ni idea.

— No, María Alexéievna, no se trata de la *Gostinaia*, sino de *El destino*.

— ¿Qué destino es ése? ¿Una novela o un oráculo que interpreta los sueños?

— Ahora lo veremos, María Alexéievna, por el propio libro. —Mijaíl Ivánovich repasó unas cuantas páginas—. Aquí se habla de no sé qué series. Es una obra científica*.

— ¿Series? Pues mire qué bien. ¿No será de las series de billetes y de cómo hacerse con ellos?

— Sí, todo lo que dice es por el estilo.

— Bueno, ¿y el otro libro, escrito en alemán?

Mijaíl Ivánovich leyó lentamente: *Ludwig. De la religión**. Es una obra de Luis XIV, María Alexéievna. Fue un rey francés, el padre del rey en cuyo lugar está el Napoleón de ahora.

— ¿De manera que es de cosas divinas?

— De cosas divinas, María Alexéievna.

— Magnífico, Mijaíl Ivánovich. Por algo digo yo que Dmitri Serguéievich es un joven serio. Pero, sin embargo, hay que andarse con ojo con todo el mundo.

— Ciertamente, no tiene malas intenciones; y, a pesar

* Se refiere al libro *Conferencias sobre la esencia de la religión* (1851) del filósofo materialista alemán Ludwig Feuerbach. La censura zarista prohibía entonces mencionar en la prensa el apellido de Feuerbach. La confusión entre Ludwig y Luis obedece a que "Luis" en ruso se dice Ludóvik.

de todo, le agradezco a usted mucho su vigilancia, María Alexéievna.

— Vigilo, vigilo, Mijaíl Ivánovich. Velar por la honra de las hijas es obligación de las madres. En cuanto a Vérochka, puedo responder. Ahora bien, Mijaíl Ivánovich: ¿de qué religión era ese rey de Francia?

— Católico, naturalmente.

— ¿Y no trata de convertir al lector a la fe del Papa?

— No lo creo, María Alexéievna. Si fuera un obispo católico, lo intentaría seguramente. Pero un rey no se dedica a tales cosas. Como sabio gobernante y político, se limitará a predicar la piedad.

¿Qué más se necesitaba? María Alexéievna no podía por menos de apreciar que Mijaíl Ivánovich, aun con su limitada inteligencia, razonaba muy discretamente. No obstante, decidió hablar con franqueza. Dos o tres días más tarde, jugando a las cartas con Mijaíl Ivánovich y Lopujov, dijo a éste:

— Dmitri Serguéievich, quisiera preguntarle una cosa: ¿el padre del antiguo rey de Francia, del que estaba antes del actual Napoleón, ordenó que la gente se pasara a la religión del Papa?

— No, María Alexéievna.

— ¿Y es buena la religión del Papa, Dmitri Serguéievich?

— No, señora. Hago siete bazas de carre.

— Lo pregunto por mera curiosidad, Dmitri Serguéievich. Soy poco instruída, pero me interesan estas cosas. ¡Muchas bazas se ha apuntado usted, Dmitri Serguéievich!

— María Alexéievna, no en vano he pasado por la academia. Es imposible que un médico no sepa jugar.

Para Lopujov sigue siendo un enigma el interés de María Alexéievna por saber si *Felipe Egalité* dio orden de adoptar la religión papal.

Después de todo esto, ¿cómo no iba a ser perdonable que María Alexéievna dejara de fatigarse con una vi-

gilancia permanente? Lopujov no miraba al corsé de Vérochka, ponía cara de indiferencia y daba a leer libros divinos. ¿No era bastante garantía? Pues no: María Alexéievna no se consideró satisfecha con la vigilancia y organizó incluso una prueba. Diríase que había estudiado la misma "lógica" que yo aprendí de memoria y que dice: "La observación de los fenómenos que se producen de por sí debe efectuarse por medio de experimentos según un plan meditado, a fin de penetrar lo más profundamente posible en los secretos de tales fenómenos". Y organizó la prueba como si hubiera leído a Saxo Grammático, que relata las tentaciones a que sometieron a Hamlet en el bosque con una muchacha⁷.

VIII

LA PRUEBA DE HAMLET

Una vez, tomando el té, María Alexéievna declaró que le dolía la cabeza. Después de servir el té y de guardar el azucarero, se retiró y se acostó. Vera y Lopujov quedaron en la habitación contigua al dormitorio de la madre. Al cabo de unos minutos, la enferma gritó a Fedia: "Dile a tu hermana que con su plática no me dejan dormir, que se vayan un poco más lejos para que no me molesten. Pero díselo de buenas maneras, no vaya a enfadarse Dmitri Serguéievich; ya ves lo que se preocupa de ti". Fedia les dio el recado. "Vámonos a mi alcoba, Dmitri Serguéievich —propuso Vérochka—. Está lejos, y allí no la molestaremos". Esto era lo que esperaba María Alexéievna. Un cuarto de hora después, se acercó, descalza, a la puerta entornada de la habitación de Vérochka, miró por el resquicio y aguzó el oído.

A su vista se ofreció el siguiente cuadro:

La habitación de Vérochka tenía dos ventanas, entre las cuales había una mesa de escritorio. Junto a una ventana, a un extremo de la mesa, estaba sentada Vérochka.

haciendo una pechera de punto para su padre, encargo de María Alexéievna. Al lado de la otra ventana estaba sentado Lopujov. Apoyando el brazo en la mesa, tenía en una mano un cigarro puro, y la otra, metida en el bolsillo. Entre los dos jóvenes mediaba una distancia de cerca de dos varas, si no más. Vera miraba, ante todo, su labor, y Lopujov, el cigarro. La posición de ambos infundía tranquilidad.

— ¿... necesario enjuiciar la vida así? — Estas fueron las primeras palabras que llegaron a oídos de María Alexéievna.

— Sí, Vera Pávlovna, así hay que enjuiciarla.

— ¿De modo que lleva razón esa gente fría y práctica que afirma que el hombre no se guía más que por la conveniencia?⁸

— Lleva razón. Lo que se ha dado en llamar sentimientos sublimes y afanes idealistas constituye en la vida una insignificancia en comparación con el egoísmo y, substancialmente, representa este egoísmo.

— Pero usted, por ejemplo, ¿es también así?

— ¿Cómo quiere que sea, Vera Pávlovna? Escuche en qué consiste el móvil esencial de toda mi vida. La esencia de mi vida residía hasta ahora en estudiar y en prepararme para médico. Magnífico. ¿Para qué me mandó mi padre al liceo? El me repetía: "Estudia, Mitia*. Cuando termines tus estudios serás funcionario, nos mantendrás a tu madre y a mí, y tú mismo vivirás bien". Esa es la razón de que yo estudiara. De no haber existido este cálculo, mi padre no me habría mandado a estudiar, pues la familia necesitaba alguien que trabajase. Y yo mismo, aunque luego tomé cariño a los libros, ¿habría perdido el tiempo en ellos si no hubiera pensado que el esfuerzo sería recompensado con creces? Cuando el curso en el liceo tocaba a su fin, convencí a mi padre de que me enviase a la Academia de Medicina y no me hiciera

* Diminutivo de Dmitri.

funcionario. ¿A qué se debió todo esto? Mi padre y yo advertimos que los médicos viven mucho mejor que los empleados de oficina y que los jefes de negociado, por encima de los cuales jamás llegaría yo a estar. Ahí tiene usted el motivo que me trajo a estudiar aquí: el mendrugo de pan. Sin este aliciente, no habría ingresado en la academia ni me habría quedado en ella.

— Pero a usted le gustaban los estudios en el liceo y, posteriormente, le tomó cariño a las ciencias médicas.

— Sí, son un adorno útil para el éxito de una empresa; pero, de ordinario, la empresa existe sin necesidad de adornos; como no existe es sin cálculo. El amor a la ciencia constituía únicamente el resultado de la empresa, no la causa. La causa era la conveniencia.

— Admitamos que lleva usted razón. Sí, la lleva. Todos los actos de que yo puedo juzgar obedecen a la conveniencia. Pero esta teoría es muy fría.

— La teoría debe ser fría de por sí. La razón tiene que juzgar friamente las cosas.

— Pero es implacable.

— Para con las fantasías vanas y dañinas.

— Además, es prosaica.

— La forma poética no sirve para la ciencia.

— Quiere decirse que esta teoría, que no puedo por menos de admitir, condena a los hombres a una vida fría, despiadada, prosaica...

— No, Vera Pávlovna. Esta teoría es fría, pero enseña al hombre a buscar el calor. Frío es el fósforo; fría es la pared de la caja en que se frota, y fría es la leña, pero de ellos sale el fuego en que se hace la comida del hombre y que calienta al hombre mismo. Esta teoría es implacable, pero, guiándose por ella, los hombres no serán el triste objeto de una conmiseración ociosa. La lanceta no debe doblarse, pues si se dobla habrá que compadecer al paciente, sin que nuestra compasión le reporte provecho alguno. Esta teoría es prosaica, pero revela los verdaderos motivos de la existencia, y la poesía

reside en la verdad de la vida. ¿Por qué Shakespeare es el más grande de los poetas? Porque en él hay más verdad vital y menos ilusiones que en los demás.

— Pues también yo seré implacable, Dmitri Serguéievich —dijo Vérochka sonriendo—. No se enorgullezca pensando que tenía en mí una tenaz adversaria de su teoría de las conveniencias y que le ha conquistado una nueva adepta. Yo misma hacía tiempo que pensaba lo que leí en su libro y lo que oí de sus labios. Pero creía que eran pensamientos míos y que las personas inteligentes y doctas pensaban de otro modo. Por eso dudaba. Todo cuanto leía estaba saturado de un espíritu opuesto, lleno de censuras y de sarcasmos contra lo que observamos en nosotros y en los demás. La naturaleza, la vida y la razón te llevan en una dirección, y los libros te empujan hacia otra, diciéndote: “Eso es pernicioso y ruin”. ¿Sabe?, a mí misma me resultaban algo ridículas mis objeciones contra lo que usted decía.

— Y es que lo son, Vera Pávlovna.

— Nos tratamos con una cortesía irreprochable —exclamó ella riendo—. Yo le digo que no presuma demasiado; y usted me dice que soy ridícula con mis dudas.

— ¿Qué hay de particular en ello? —sonrió Lopujov—. No tenemos por qué andarnos con finuras, y por eso las despreciamos.

— Está bien, Dmitri Serguéievich. La gente es egoísta, ¿verdad? Usted ha hablado de sí mismo, y yo quiero hablar de mí.

— Es lo natural. Cada cual piensa ante todo en sí mismo.

— Bueno, ya veremos si no cae usted en la red cuando hablemos de mí.

— Veremos.

— Yo tengo un pretendiente rico, que no me gusta. ¿Debo aceptar su propuesta de casamiento?

— Calcule lo más conveniente para usted.

— ¡Lo más conveniente para mí! Usted sabe que

soy pobre. De un lado, indiferencia hacia una persona; de otro, dominio sobre ella, una situación envidiable en la sociedad, dinero, admiradores a puñados.

— Péselo todo y elija lo que más le convenga.

— ¿Y si escojo la riqueza del marido y la multitud de admiradores?

— Diré que habrá elegido usted lo que le pareció más en consonancia con sus intereses.

— ¿Y qué habrá que decir de mí?

— Si obra usted con sangre fría después de pensarlo larga y profundamente, habrá obrado a conciencia, y, por lo visto, no se arrepentirá.

— Pero ¿merecerá censura mi elección?

— La gente acostumbrada a soltar banalidades podrá decir lo que le parezca; las personas que tienen una idea correcta de la vida dirán que ha procedido usted como debía; si ha procedido así, será porque no podía hacerlo de otro modo en tales circunstancias. Estas personas dirán que obró usted por la necesidad de las cosas y que, en rigor, no tenía otra alternativa.

— ¿Y no censurarán mi conducta?

— ¿Quién tiene derecho a censurar los efectos de un hecho cuando existe el hecho mismo? Su personalidad en la situación dada es un hecho; sus actos constituyen los efectos fatales de este hecho, determinados por la índole de las cosas. Usted no responde de ellos, y censurarlos resultaría estúpido.

— Ya veo que no desiste de su teoría. ¿De manera que no mereceré su censura si acepto la propuesta de mi pretendiente?

— Sería yo tonto si la censurase.

— ¿Así, pues, me permite, o incluso aprueba, o hasta me aconseja que haga lo que he dicho?

— Mi consejo es siempre el mismo: calcule lo que más le convenga. Siguiendo este consejo, tendrá mi aprobación.

— Gracias. Mi asunto personal está ya resuelto. Vol-

vamos al primer problema, al problema general. Hemos comenzado por formular el principio de que el hombre actúa por necesidad y de que sus actos son determinados por las influencias bajo las cuales transcurren; las influencias más fuertes se sobreponen a las demás; aquí afirmamos que cuando el acto reviste importancia para la vida, sus móviles se llaman conveniencias, que el juego de éstas en el hombre se llama consideraciones de conveniencias y que, debido a ello, la gente obra siempre guiándose por el cálculo. ¿No es así?

— Exacto.

— Para que vea usted si soy buena discípula. El problema personal respecto a los actos de importancia para la vida está ya aclarado. Pero en el problema general quedan aún dificultades. Su libro dice que el hombre obra por necesidad. Sin embargo, hay casos en que me parece que el proceder de tal o cual modo depende de mi voluntad. Por ejemplo: estoy tocando y paso las hojas de la partitura; unas veces las paso con la mano derecha y otras con la izquierda. Supongamos que ahora he pasado una con la derecha. ¿No podía haberlo hecho con la izquierda? ¿No depende esto de mi voluntad?

— No, Vera Pávlovna. Si la pasa usted sin pensar con qué mano debe hacerlo, la pasará con la que le resulte más fácil. En esto no hay libre albedrío. Si ha pensado usted: “La pasaré con la derecha”, obrará bajo la influencia de este pensamiento, mas el pensamiento no provendrá de su voluntad, sino de otros...

Pero aquí cesó de escuchar María Alexéievna: “Se han puesto a hablar de cosas científicas, y ni las entiendo ni me interesan. ¡Qué joven tan inteligente, serio y hasta generoso! ¡Qué reglas tan sensatas enseña a Vérochka! Además, hay que ver lo que significa la instrucción: yo le digo lo mismo, y no me escucha, se enfada; no puedo convencerla porque no sé hablar a lo científico. En cambio a él lo escucha, ve que sus palabras son verdaderas y está de acuerdo. Por algo dicen que el saber es la luz, y la

ignorancia las tinieblas. De haber tenido yo instrucción, ¿íbamos a vernos como nos vemos? Habría hecho a mi marido general: le habría buscado un puesto en intendencia o en algún otro servicio. Ni que decir tiene que sería yo la que me entendería con los contratistas. El no es hombre para tales cosas. Yo construiría una casa mucho mejor que ésta. Compraría miles de siervos. Pero no puedo. Lo primero que se necesita es ser respetada entre las familias de los generales. ¿Cómo voy a serlo yo si no sé francés ni ninguno de los idiomas que allí se hablan? Dirán que no tengo educación y que sólo sirvo para vociferar como una verdulera en la plaza Sennaia. Está claro que no saber es como no ver. No hay mayor verdad: el saber es la luz, y la ignorancia las tinieblas”.

La conversación oída reafirmó a María Alexéievna en el convencimiento de que el trato de Dmitri Serguéievich no sólo no era peligroso para su hija, sino que incluso le reportaría provecho y contribuiría a que Vérochka olvidase sus ingenuos pensamientos de muchacha inexperta y se casara cuanto antes con Mijail Ivánovich.

IX

La actitud de María Alexéievna hacia Lopujov parece una farsa y la pone en ridículo, todo ello contra mi voluntad. Si yo me preocupase por lo que solemos llamar aspecto artístico de la obra, ocultaría dicha actitud, que da cierto carácter de sainete a esta parte de la novela. Ocultarla sería fácil, pues la narración no sufriría con ello. ¿Qué habría de particular en que el estudiante, aun sin ser amigo de María Alexéievna, tuviera ocasión, aunque sólo fuese de vez en cuando, de cambiar unas palabras con una muchacha en cuya casa daba lecciones? ¿Tanto hay que hablar para que nazca el amor? La colaboración de María Alexéievna no era necesaria en absoluto para el desenlace que tuvo el encuentro de Vérochka con Lopujov. Pero yo describo los acontecimientos como fueron

y no como haría falta que fuesen para granjearme una reputación literaria. Como novelista, siento en el alma haber escrito varias páginas que descienden hasta el nivel de un sainete.

Mi intención de presentar las cosas como sucedieron y no como convendría a mi relato aparece otro sinsabor: me disgusta sobremanera que María Alexéievna resulte tan ridícula divagando acerca de la novia que inventó para Lopujov, haciendo fantásticas conjeturas respecto a los libros que Lopujov prestó a Vérochka y preguntando si *Felipe Egalité* convertía a la gente a la religión papal o qué obras escribió Luis XIV. Todo el mundo está expuesto a equivocarse, y los errores pueden llegar al absurdo si el hombre se mete a juzgar de cosas que no entiende. Pero de los absurdos yerros de María Alexéievna sería injusto deducir que su indulgencia para con Lopujov se basaba tan sólo en estas minucias. Ninguna fantasía acerca de la novia rica o de la piedad de *Felipe Egalité* hubiera bastado para enturbiar un solo instante su sentido común si en los actos y palabras de Lopujov hubiese notado el menor detalle sospechoso. Pero el comportamiento del estudiante causaba extrañeza a María Alexéievna: a su juicio, sólo una persona de la categoría de ella podría conducirse igual. Aquel muchacho tan vivo no se fijaba en el corsé de una chica tan linda como Vérochka ni le seguía los pasos como su sombra; jugaba a las cartas con María Alexéievna sin rechistar ni decir: "Prefiero sentarme un ratito con Vera Pávlovna"; hablaba de las cosas con un criterio que a María Alexéievna se le antojaba el suyo propio; igual que ella, decía que en este mundo todo persigue el interés, que si un granuja hace de las suyas, no hay por qué indignarse ni invocar los principios del honor infringidos por él; que el granuja no es un granuja por su gusto, sino porque, en virtud de las circunstancias, no puede ser de otra manera, ya que esto, a más de ser imposible,

constituiría un absurdo, una estupidez por parte suya. María Alexéievna llevaba razón al encontrar en Lopujov un gran parecido con ella.

Comprendo hasta qué punto la simpatía de María Alexéievna por las ideas de Lopujov compromete a éste ante el público ilustrado. Pero no quiero hacer favores a nadie y no ocultaré este detalle tan perjudicial para la reputación del estudiante, aunque he demostrado que podría silenciar este feo aspecto de sus relaciones con la familia de los Rozalski. Es más: diré que fue él mismo quien buscó granjearse la condescendencia de María Alexéievna.

Efectivamente, de la conversación de Vérochka y Lopujov se infiere que el modo de pensar del estudiante podría agrandar a personas como María Alexéievna más que a los elocuentes partidarios de tantas y tantas ideas magníficas⁹. Lopujov veía las cosas tal como las ve todo el género humano, excepto los paladines de las ideas magníficas. Si María Alexéievna podía repetir en su propio nombre, y llena de satisfacción, los consejos de Lopujov a Vérochka respecto a la propuesta de casamiento, también él certificaría de buena gana la veracidad de la ebria confesión de María Alexéievna a su hija. La similitud de sus concepciones era tan grande, que los ilustrados y nobles novelistas, periodistas y demás preceptores de nuestro público hace tiempo que han proclamado: "La gente como Lopujov no se diferencia en nada de la gente como María Alexéievna". Y si escritores tan ilustrados y tan nobles han comprendido de esa manera a personas como nuestro estudiante, ¿qué derecho tenemos a condenar a María Alexéievna por no haber advertido en Lopujov nada más que lo que advierten nuestros mejores literatos, pensadores y preceptores en hombres como él?

Evidentemente, si María Alexéievna hubiera sabido aunque sólo fuese la mitad de lo que saben estos escritores, habría tenido suficientes elementos de juicio para comprender que Lopujov era mala compañía para ella. Pero, ade-

más de ser una mujer ignorante, su error tenía otra justificación: Lopujov no le había descubierto totalmente sus cartas. Aun siendo un propagandista, no era como los amantes de las ideas magníficas, siempre atareados en inculcar a las Marías Alexéievnas los generosos conceptos que tanto admiran en sí mismos. Lopujov era lo bastante discreto como para no ponerse a enderezar un árbol de cincuenta años. Ambos comprendían los hechos de manera idéntica y hablaban de ellos. El, como hombre teóricamente preparado, podía extraer de los hechos conclusiones que no eran capaces de hacer personas del tipo de María Alexéievna, las cuales no conocen otra cosa que los quehaceres diarios y los aforismos habituales de la sabiduría humana y popular: proverbios, refranes y adagios viejos, antiguos y antiquísimos. Pero nunca habían llegado hasta las conclusiones. Si Lopujov hubiese explicado lo que significaba la "conveniencia" a que se referían él y Vérochka, tal vez María Alexéievna hubiera arrugado el ceño al ver que la conveniencia de tal conveniencia no concordaba con la conveniencia suya; pero Lopujov no le había dado esta explicación ni ella la había oído en la plática de los dos jóvenes: Vérochka conocía el significado que se atribuía a la palabra "conveniencia" en los libros a que aludían. Tampoco deja de ser cierto que al certificar la veracidad de los conceptos de la ebria confesión de María Alexéievna, Lopujov hubiese añadido: "Y como, según declara usted misma, María Alexéievna, el nuevo orden es mejor que el viejo, no me opongo a que procuren implantarlo quienes encuentren un placer en ello. Por lo que atañe a la estupidez de la gente, que usted considera un obstáculo para la implantación del orden nuevo, constituye, en efecto, un obstáculo. Pero no negará usted que la gente se despabila bastante pronto cuando ve que le conviene despabilarse, cosa que antes no le parecía necesaria. También reconocerá usted que antes la gente no tenía ni siquiera posibilidad de aprender, pero que si se le proporciona la posibilidad, la apro-

vechará". Sin embargo, Lopujov no había hablado de tales cosas con María Alexéievna. Y si no lo hizo no fue por precaución —aunque era precavido—, sino sencillamente por las mismas consideraciones de sentido común y de decoro por las que no hablaba con ella en latín ni le atosigaba el oído con explicaciones acerca de los últimos progresos de la medicina, interesantísimos para él. Lopujov tenía suficiente discreción y delicadeza para no atormentar a una persona con peroratas incomprensibles.

Digo todo esto con el único fin de explicar el descuido de María Alexéievna, que no logró advertir a tiempo qué clase de individuo era Lopujov, y no para justificarle. Justificar a Lopujov no será correcto, y más abajo verás el motivo. Quienes, sin justificarlo, quisieran disculparlo por filantropía, no podrían hacerlo. Dirían, por ejemplo, en su descargo, que es médico, que se dedica a las ciencias naturales y que todo esto inclina hacia el materialismo. Tal disculpa es peor que mala. ¿Cuántas ciencias lo empujan a uno hacia esta misma concepción? Las matemáticas, la historia, las ciencias sociales y muchas más. Pero ¿acaso todos los geómetras, astrónomos, historiadores, economistas, jurisconsultos, publicistas y tantos otros científicos son materialistas? Ni mucho menos. Por consiguiente, la culpa de Lopujov no queda lavada. Gente compasiva, que no lo justifica, podría disculparlo también diciendo que no carece en absoluto de ciertas cualidades encomiables, pues ha renunciado decidida y conscientemente a todos los bienes y honores de la vida para laborar en pro de los demás, considerando el placer de este trabajo como el máximo bien, y mira a una muchacha hermosísima, de la que está enamorado, con tanta pureza como no todos los hermanos miran a sus hermanas; mas contra esta disculpa de su materialismo, hay que objetar que no hay en el mundo una sola persona sin alguna buena cualidad y que los materialistas, sean como fueren, no dejan de ser materialistas, con lo cual queda sentado y demostrado que son gente baja e inmoral a la que no

se debe disculpar, porque ello equivaldría a estimular el materialismo. Por tanto, es imposible disculpar a Lopujov sin justificarlo. Y justificarlo tampoco es recomendable, porque los adeptos de las ideas magníficas y los defensores de los anhelos sublimes, que han declarado a los materialistas gente baja e inmoral, han dado últimamente tan estupendas pruebas de inteligencia y de carácter¹⁰ ante todas las personas correctas, materialistas y no materialistas, que defender a alguien de su crítica es hoy superfluo, y hacer caso a sus palabras, indecoroso.

X

Por supuesto, el tema principal de que trataban Vérochka y Lopujov no era lo acertado de tal o cual modo de pensar; hablaban bastante poco, y sus escasas conversaciones largas giraban en torno a problemas abstractos como la manera de pensar y otras materias por el estilo, pues se sabían vigilados por dos ojos penetrantes. De ahí que sólo cruzaran algunas palabras sobre el tema principal, aprovechando para ello los momentos en que elegían papeles de música para tocar y cantar. Y el tema principal, que ocupaba tan poco lugar en sus conversaciones largas, poco frecuentes, e incluso en las breves, no era el sentimiento que se profesaban el uno al otro. De sus sentimientos no habían vuelto a hablar después de las imprecisas palabras de su primera conversación durante la velada del cumpleaños de Vérochka. No tenían tiempo para charlar de tales cosas; en los dos o tres minutos de que disponían para intercambiar ideas sin miedo a ser oídos, trataban tan sólo un tema, el cual no les dejaba ni tiempo ni deseo para manifestar sus sentimientos: hablaban de cómo y cuándo conseguiría Vérochka salir de su horrible situación.

A la mañana siguiente de su primera conversación con ella, Lopujov indagó cuáles eran los trámites neces-

rios para que la muchacha se hiciera actriz. No ignoraba que Vérochka tropezaría con muchos peligros desagradables en su camino hacia la escena, pero confiaba en que, con su firme carácter, podría superarlos. Sin embargo, no fue así. Dos días después, cuando Lopujov se presentó a la lección, tuvo que decir a Vérochka: "Le aconsejo que deje de pensar en hacerse actriz". — "¿Por qué?" — "Porque sería mejor que se casase con su pretendiente". Aquí cesó la conversación, sostenida mientras escogían partituras: él para tocar y ella para cantar. Vérochka, apesadumbrada, se equivocó varias veces, aunque la canción era muy conocida. Cuando terminaron y empezaron a buscar otra pieza, la joven murmuró: "Pues yo creía que eso era lo mejor. ¡Qué pesar me ha causado saber que es imposible! Habrá que resignarse a vivir peor, pero aguantaremos. Buscaré colocación de institutriz".

A los dos días regresó Lopujov, y Vérochka le dijo:

— No he podido encontrar a nadie que me gestione la plaza de institutriz. Encárguese de ello, Dmitri Serguéievich. Sólo usted puede hacerlo.

— Lamento tener pocos conocidos que pudieran ser útiles. Las casas en que he dado o doy lecciones son de familias pobres, relacionadas con gente casi igual que ellas. Sin embargo, probaremos.

— Le robo su tiempo, amigo mío, pero ¿qué hacer?

— Vera Pávlovna, mi tiempo no cuenta. ¿No soy su amigo?

Vérochka sonrió ruborizándose: sin advertirlo ella misma, le había llamado "amigo" y no "Dmitri Serguéievich".

Lopujov sonrió también.

— Lo ha dicho usted involuntariamente, Vera Pávlovna. Quíteme ese nombre si se arrepiente de haberme lo dado.

Vérochka tornó a sonreír:

— Es tarde —repuso, enrojeciéndose—. Y no me arrepiento —agregó, poniéndose más colorada aún.

— Cuando llegue la ocasión, se convencerá de que soy un amigo fiel.

Y se estrecharon las manos.

Esas fueron las dos primeras conversaciones después de la velada del cumpleaños.

Al cabo de un par de días, *Politseiskie Vedomosti* publicó un anuncio diciendo que una joven de buena familia, que hablaba francés y alemán, reunía tales y tales condiciones, se ofrecía como institutriz y que de ella podía dar razón el funcionario Fulano de Tal, que vivía en Kolomna, en la calle tal, número tantos.

A partir de entonces, Lopujov tuvo que dedicar mucho tiempo al asunto de Vérochka. Todas las mañanas iba, en la mayoría de los casos a pie, desde Viborgskaia Storóná hasta Kolomna para ver a la persona cuya dirección figuraba en el anuncio. El camino era largo, pero no había encontrado un conocido que viviera más cerca de Viborgskaia Storóná y reuniese las numerosas condiciones que el caso requería: casa bien puesta, familia seria y aspecto respetable. Una casa pobre traería como consecuencia que a la institutriz se le ofrecieran condiciones poco halagüeñas; si el recomendante no era persona respetable ni observaba una actitud ejemplar en la vida de familia, esto redundaría en perjuicio de la reputación de la joven recomendada; y Lopujov no podía dar su propia dirección de ningún modo: ¡qué pensarían de una muchacha cuyo único protector era un estudiante! Así, pues, Lopujov se daba largas caminatas. Después de recoger en casa del funcionario las direcciones de las familias que se habían presentado solicitando institutriz, proseguía su recorrido. El recomendante declaraba que él era pariente lejano de la muchacha y simple intermediario, y que al día siguiente un sobrino de ella iría para tratar del asunto con más detenimiento. Llegaba el sobrino, veía a la familia y, como es de suponer, la mayor parte de las veces quedaba descontento: aquí eran demasiado orgullosos; allí, la madre era buena, y el padre un

imbécil; más allá sucedía lo contrario, etc., etc. Algunas familias causaban buena impresión, pero ofrecían condiciones inaceptables o exigían que la institutriz supiese inglés, lengua que Vérochka desconocía, o lo que necesitaban no era una institutriz, sino una aya; o bien era gente buena desde todos los puntos de vista, pero demasiado pobre, y no tenía para la institutriz otro alojamiento que la habitación de los niños, donde habría de convivir con dos muchachos ya mayorcitos, dos más pequeños, la niñera y el ama de cría. Sin embargo, *Politseiskie Vedomosti* continuaba publicando el anuncio, y Lopujov no perdía la esperanza, porque también seguían presentándose personas que necesitaban institutriz.

Transcurrieron dos semanas en medio de incesantes búsquedas. El quinto día, estando Lopujov tendido en su cama, de vuelta de su peregrinación por Petersburgo, Kir-sánov le dijo:

— Dmitri, te has hecho un mal compañero de trabajo. Desapareces todas las mañanas y la mitad de las tardes. ¿Tantas lecciones tienes y no has encontrado época más oportuna para acapararlas? Ya ves, yo quiero dejar las mías. Dispongo de unos cuarenta rublos, que me bastarán para tres meses, hasta que termine el curso. Y al parecer tú tenías más, alrededor de cien ¿no es verdad?

— Cerca de ciento cincuenta. Pero lo que me quita el tiempo no son las lecciones. Las he dejado todas menos una. Tengo entre manos un asunto. Cuando lo resuelva, no te quejarás de que voy a la zaga en el trabajo.

— ¿De qué se trata?

— Pues verás: en la única casa donde doy lecciones, la familia es mala, pero hay en ella una buena muchacha que quiere colocarse de institutriz para separarse de sus parientes. Y yo le estoy buscando colocación.

— ¿Es buena chica?

— Muy buena.

— Magnífico. Sigue buscando.

Así terminó la conversación.

¡Ay, señores Kirsánov y Lopujov! ¡Con tanta instrucción, y no se dan ustedes cuenta de lo que es verdaderamente magnífico! Supongamos que está bien lo que han hablado ustedes. A Kirsánov ni siquiera se le ha ocurrido inquirir si la muchacha es guapa, ni a Lopujov decirlo. Kirsánov no pensó en preguntar: “¿No te habrás enamorado, amigo? Pones demasiado celo en tus gestiones”, y a Lopujov ni le pasó por la imaginación declarar: “Amigo, estoy muy interesado por ella”. O, si no quiso declararlo, tampoco pensó en evitar la sospecha diciendo: “No creas, Alexandr, que me he enamorado”. Ambos pensaban que, puesto que se trataba de sacar de una mala situación a una persona, no tenía importancia alguna su belleza, aunque fuese una muchacha, ni tampoco la tenía que Lopujov estuviese enamorado o no. Estos pensamientos acudieron a sus cerebros espontáneamente. Y esta espontaneidad, el hecho de que sus pensamientos pasaran inadvertidos para ellos mismos, era lo más positivo.

¿No les parecerá a los lectores sagaces (a la mayoría de los literatos de relumbrón se lo parece, pues son señores sagacísimos), no les parecerá, repito, que Kirsánov y Lopujov eran individuos secos, sin vena estética? (Esta expresión ha estado de moda hasta hace poco entre los literatos estetizantes, que profesan altos ideales; puede que la “vena estética” siga siendo para ellos la frase en boga; no lo sé porque hace tiempo que no les veo). ¿Es natural que unos mozos, aunque no tengan más que un mínimo de gusto y una partícula de corazón, no se interesen por la cara de una muchacha al hablar de ella? Ni que decir tiene que quienes así proceden son gente sin gusto artístico (vena estética). A juicio de otros, que han estudiado la naturaleza del hombre en esferas estéticas, los jóvenes, en tales casos, hablan siempre de las mujeres hasta en el sentido más plástico. Así era en tiem-

pos, señores, pero ahora no es así. También ahora se dan tales casos, mas no entre aquella parte de la juventud que se llama juventud moderna. Es una juventud extraña, caballeros.

XI

— ¿Todavía no me ha encontrado colocación, amigo?

— No, Vera Pávlovna, pero no pierda la esperanza. Todos los días visito dos o tres familias. Es imposible que no terminemos por encontrar una con la que pueda vivir.

— ¡Ay, si supiera usted lo pesado que se me hace continuar aquí! Mientras no vi de cerca la posibilidad de librarme de esta humillación, de esta inmundicia, permanecí forzosamente en una insensibilidad muerta. Pero ahora, amigo, es demasiado asfixiante esta atmósfera corrompida y repugnante.

— Paciencia, paciencia, Vera Pávlovna. Algo encontraremos.

Así fueron sus conversaciones alrededor de una semana. El martes, Lopujov repitió su consejo:

— Paciencia, paciencia, Vera Pávlovna. Algo encontraremos.

— ¡Cuántas molestias le causo, cuánto tiempo le robo! ¿Cómo podré pagárselo?

— No enfadándose, amiga mía.

Al decir esto se turbó Lopujov. Vérochka le miró, creyendo que no había terminado de expresar su pensamiento, pero comprobó que él no pensaba continuar y esperaba la respuesta de ella.

— ¿Enfadarme? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho usted?

Lopujov se turbó más aún y pareció entristecerse.

— ¿Qué le pasa, amigo?

— No lo ha notado usted —dijo él apesadumbrado, y luego se echó a reír alegremente—. ¡Dios mío, qué tonto soy, qué tonto! Dispéñseme, amiga.

— Pero ¿qué pasa?

— Nada. Ya estoy recompensado.

— ¡Ah, ya caigo!... ¡Qué cosas tiene usted! Está bien, llámeme así.

La prueba de Hamlet por el sistema de Saxon Grammático se había efectuado el jueves, y después de ella, María Alexéievna suspendió varios días la vigilancia. El sábado, una vez tomado el té, se marchó a contar la ropa traída por la lavandera.

— Amiga, parece que la cosa se arregla —dijo Lopujov a Vérochka.

— ¿De veras? Si es así... ¡Oh, Dios mío... Dios mío, que sea cuanto antes! Creo que me moriré si esto continúa. ¿Cuándo y de qué manera?

— Mañana. Es casi, casi seguro.

— ¿Dónde, cómo?

— Tenga serenidad, mire que pueden advertirlo: parece que va usted a saltar de contenta. Su madre puede entrar en cualquier momento.

— Pues, ¿y usted? Entró tan resplandeciente, que mi madre lo estuvo mirando un rato.

— Bueno, pero le expliqué mi alegría porque me di cuenta de que hacía falta. Le dije que había encontrado una magnífica colocación.

— ¡Es usted insufrible! Se dedica a hacerme advertencias y hasta ahora no me ha informado de nada. ¿Dónde es? Hable de una vez.

— Esta mañana, Kirsánov... Sabrá usted que mi compañero se llama Kirsánov...

— Lo sé, lo sé, no me martirice. Hable de una vez y déjese de tonterías.

— Usted misma me lo impide.

— ¡Dios mío, reproches y más reproches en vez de ir al grano! No sé lo que haría con usted. Lo pondría de rodillas, pero aquí es imposible. Le ordeno que se arrodille en su casa y que Kirsánov me mande un certificado de que ha cumplido usted la orden. ¿Me oye?

— Bueno, me arrodillaré. Pero ahora me callo. Hablaré después de cumplir la penitencia, cuando haya sido perdonado.

— Le perdono con tal de que hable pronto, torturador.

— Muchas gracias, Vera Pávlovna. Me perdona aunque es usted la culpable porque no hace más que interrumpirme.

— ¿Vera Pávlovna? ¿A qué viene eso? ¿No era su amiga?

— Es una amonestación, amiga mía. Soy hombre susceptible y severo.

— ¿Una amonestación? ¿Se atreve a amonestarme a mí? No quiero seguir escuchándole.

— ¿Que no quiere?

— Claro que no. ¿Para qué, si ya lo ha dicho todo? El asunto está a punto de arreglarse y se decidirá mañana. ¿Lo ve? Usted mismo no sabe nada más, de momento. ¿Qué necesidad tengo de seguir escuchándole? Adiós.

— Escuche... escuche, amiga.

— No escucho y me voy. Bueno, ya estoy de vuelta; hable de una vez que no le interrumpiré. ¡Dios mío, si supiera usted lo contenta que me ha puesto! Deme la mano. Mire cómo se la aprieto.

— ¿Y a qué vienen esas lágrimas?

— Gracias, muchas gracias.

— Kirsánov me dio esta mañana la dirección de una señora que ha dicho que vaya yo a verla mañana. Personalmente no la conozco, pero he oído hablar mucho de ella a nuestro conocido, el del anuncio. Al que sí conozco es a su marido porque lo he visto muchas veces en casa de aquél. A juzgar por todos los síntomas, confío en que podrá usted vivir con esa familia. Cuando la señora dio la dirección a mi amigo dijo que estaba segura de que nos arreglaríamos. Por consiguiente, hay que considerar que el asunto está resuelto casi por completo.

— ¡Ay, qué bien, qué alegría! —exclamó Vérochka—. Pero quiero saberlo cuanto antes, lo más pronto posible.

¿Vendrá usted a verme inmediatamente después de hablar con ella?

— No, porque despertaría sospechas, ya que nunca vengo fuera de las horas de clase. Haremos lo siguiente: mandaré una carta a su madre, anunciándole que no puedo venir a la lección del martes y que la traslado al miércoles. Si escribo: “al miércoles por la mañana”, querrá decir que la cosa ha salido bien; y si pongo “al miércoles por la tarde”, significará que hemos fracasado. Pero es casi seguro que pondré “por la mañana”. Su madre se lo comunicará a Fedia, a usted y a su padre.

— ¿Cuándo llegará la carta?

— Por la tarde.

— ¡Qué largo se me va a hacer! No, no tendré paciencia. Además, ¿qué me dirá la carta? Solamente “sí”. ¡Y luego, a esperar hasta el miércoles! ¡Qué martirio! Si sale bien, quiero irme cuanto antes a casa de esa señora. Deseo saberlo inmediatamente. ¿Cómo nos arreglaremos? Le esperaré en la calle cuando salga usted de verla.

— Eso sería más imprudente aún que si yo viniera aquí. Prefiero venir.

— No. Aquí tal vez no podríamos ni hablar. Y en uno u otro caso, mi madre recelaría. Lo mejor es lo que he pensado. Tengo un velo tan tupido, que nadie me reconocerá.

— Verdaderamente, no está mal. Será cosa de pensarlo.

— De pensar no tenemos tiempo. Mi madre puede presentarse de un momento a otro. ¿Dónde vive esa señora?

— En la calle Galérnaia, cerca del puente.

— ¿A qué hora irá usted a verla?

— Me ha citado a las doce.

— Desde las doce estaré sentada en el bulevar Konogvardeiski, en el primer banco por la parte del puente. Le he dicho que iré con un tupido velo. Para que me reconozca, llevaré en la mano un rollo de papeles de música.

Si no me encuentra allí, será que me habrán retenido... Espéreme sentado en el mismo banco. Puedo retrasarme, pero acudiré sin falta. ¡Qué buena idea se me ha ocurrido! ¡Cuánto le agradezco lo que ha hecho por mí! ¡Qué feliz voy a ser! ¿Qué es de su novia, Dmitri Serguéievich? Le rebajo el tratamiento y, en vez de llamarle amigo, vuelvo a llamarle Dmitri Serguéievich. ¡Qué alegría, qué alegría! — Vérochka corrió al piano y se puso a tocar.

— ¡Qué humillación del arte, qué gusto tan estropeado! ¡Dejar la ópera por el galope!

— ¡La dejo, la dejo!

Minutos después entró María Alexéievna. Dmitri Serguéievich jugó con ella a las cartas: ganó al principio, pero después perdió a propósito treinta y cinco kopeks, dándole la victoria por primera vez. Y al marcharse la dejó muy satisfecha, no por el dinero ganado, sino por su triunfo. Hasta los corazones más enfangados en el materialismo experimentan satisfacciones puramente morales; prueba evidente de que la interpretación materialista de la vida es insatisfactoria.

XII

PRIMER SUEÑO DE VEROCHKA

Y soñó Vérochka.

Soñó que estaba reclusa en un sótano húmedo y oscuro. De pronto se abrió la puerta y se encontró en medio del campo. Correteó, alegre, de aquí para allá y pensó: “¿Cómo es posible que no me haya muerto en el sótano? Ha sido porque no había visto el campo. Si lo hubiera visto me habría muerto”. Y volvió a correr y a jugar. Soñó que estaba postrada por una parálisis y pensó: “¿Por qué estoy paralítica? Esta enfermedad suele atacar a los viejos y viejas, pero no a las muchachas”. “También las ataca frecuentemente —le dijo una voz desconocida—, y tú sanarás ahora, apenas yo te toque la mano. ¿Lo ves? Ya estás sana. Levántate”. — “¿Quién

habla? ¡Qué alivio siento! Se me ha pasado todo". Y Vérochka se levantó, echó a andar, dio una carrera, salió de nuevo al campo, se puso a correr y a retozar y volvió a pensar: "¿Cómo habré podido vencer la parálisis? Ha sido porque nací paralítica, porque no sabía andar ni correr; si hubiera sabido, no me habría curado". Y tornó a correr y a jugar. De pronto vio venir por el campo a una muchacha. Cosa extraña: su cara, sus andares, todo cambiaba en ella sin cesar; ahora era inglesa, luego francesa, después se convertía en alemana y en polaca, más tarde pasaba a ser rusa, y de nuevo inglesa, y alemana, y rusa. ¿Por qué tenía un solo rostro, si una inglesa no se parece a una francesa, ni una alemana a una rusa, y la cara de ella cambiaba aunque seguía siendo la misma? ¡Qué raro! También se mudaba su expresión: ¡qué dulce, qué enojada, qué triste, qué alegre! Un cambio continuo. Pero ella no dejaba de ser bondadosa. ¿Cómo podía serlo incluso cuando estaba enfadada? Además, ¡qué belleza! Por más que cambiase su semblante, cada transformación la embellecía. Acercóse a Vérochka: "¿Quién eres?" — "El me llamaba antes Vera Pávlovna y ahora me llama amiga". — "¡Ah, conque eres tú, la Vérochka que tanto me quiere!" — "Sí, la quiero mucho, pero ¿quién es usted?" — "Soy la novia de tu novio". — "¿De qué novio?" — "No sé de cuál. Yo no conozco a mis novios. Ellos me conocen, pero a mí me es imposible conocerlos a todos: tengo muchos. Escoge a uno de ellos para marido, pero elige sin falta a uno de ellos, de mis novios". — "He elegido a..." — "No necesito saber su nombre, porque no los conozco. Pero elige entre ellos, entre mis novios. Quiero que mis hermanas y mis novios elijan tan sólo entre sí. ¿Te tenían recluida en un sótano? ¿Estabas paralítica?" — "Sí". — "¿Estás ya libre y sana?" — "Sí". — "Yo te he puesto en libertad. Yo te he curado. Mas acuérdate de que aún quedan muchos por liberar y por curar. Libera y cura. ¿Lo harás así?" — "Lo haré. Pero ¿cómo se llama usted? Tengo tanta gana de sa-

berlo..." — "Mis nombres son muchos. Muchos y diversos. A cada cual digo que me llamo como cada cual me debe llamar. Tú llámame *Amor a la humanidad*. Ese es mi verdadero nombre. Pocos son lo que así me llaman. Llámame tú". Y Vérochka va por la ciudad. Ve un sótano. En él hay muchachas encerradas. Vérochka toca el candado, y el candado cae: "Salid". Ellas salen. Vérochka ve un cuarto en el que yacen muchachas paralíticas: "Levantaos". Ellas se levantan, echan a andar y todas vuelven a encontrarse en el campo corriendo y jugando. ¡Cuánto júbilo! Con ellas se está más alegre que a solas. ¡Cuánto júbilo!

XIII

Ultimamente, Lopujov no tenía tiempo para ver a sus conocidos de la academia. Kirsánov sí los veía. Cuando le preguntaban por aquél, respondía que andaba atareado, entre otras cosas, con el asunto de Vérochka, y un amigo de los dos le dio, según sabemos, la dirección de la señora a quien debía ir a ver nuestro estudiante.

"¡Qué felicidad para ella si todo se arregla! — iba pensando Lopujov por el camino—. Dentro de dos años o de dos y medio a lo sumo, tendré una cátedra y podremos vivir. Mientras tanto, ella puede estar tranquila en casa de B. si, verdaderamente, B. es buena persona, cosa indudable".

En efecto, Lopujov encontró en la señora B. una persona inteligente, bondadosa y sin pretensiones, aunque por el cargo de su esposo, por su riqueza y por su estirpe podría tenerlas, y muy grandes. Ofreció condiciones inmejorables. El ambiente de la casa era muy a propósito para Vérochka. Todo magnífico, como esperaba Lopujov. La señora B. también quedó satisfecha de lo que el estudiante le dijo acerca del carácter de la muchacha. Las negociaciones progresaron rápidamente, y al cabo de media hora, la señora dijo: "Si su joven tía acepta mis con-

diciones, le ruego que se traslade aquí. Cuanto antes lo haga, tanto mayor será mi satisfacción”.

— Ella está de acuerdo. Me ha autorizado a aceptar en su nombre. Pero ahora, una vez arreglado el asunto, debo decirle una cosa de la que hubiera sido inútil hablarle antes. Esa muchacha no es parienta mía. Es hija de un funcionario, en cuya casa doy lecciones. A nadie más que a mí podía encomendarle esta gestión. Pero soy para ella un extraño.

— Lo sabía, *monsieur* Lopujov. Usted, el profesor N. (aquí citó el nombre de la persona por cuyo conducto había entregado su dirección) y su amigo, el que habló con el profesor acerca de este asunto, se conocen entre sí y se tienen por personas lo suficientemente rectas como para poder hablar de la amistad de uno de los tres con una muchacha sin comprometerla ante los otros dos. El profesor N. tiene de mí la misma opinión y, sabiendo que necesito una institutriz, se consideró autorizado para revelarme que esa muchacha no es parienta de usted. No le llame imprudente: me conoce muy bien. Yo también soy persona recta, *monsieur* Lopujov, y créame que sé quién es digno de respeto. Confío en N. como en mí misma, y N. confía en usted como en sí mismo. Pero N. no conocía el nombre de ella. Creo que ahora puedo preguntarlo ya, pues hoy o mañana entrará en nuestra familia.

— Se llama Vera Pávlovna Rozálskaia.

— Ahora, oiga otra explicación. A usted podrá parecerle extraño que yo, con toda mi preocupación por mis hijos, me haya decidido a tratar el asunto con usted sin ver a la persona que tan cerca va a estar de ellos. Pero sé muy bien, muy bien, quién compone el círculo de sus amistades. Sé que si uno de ustedes se interesa tanto por alguien, este alguien debe ser un hallazgo para cualquier madre que quiera hacer de su hija una persona auténticamente buena. De ahí que haya considerado una

falta de delicadeza ver de antemano a la institutriz. No estoy elogiándolo a usted, sino elogiándome a mí misma.

— Estoy contentísimo por *mademoiselle* Rozálskaia. La vida en casa de sus padres le era tan difícil, que se hubiera considerado feliz viviendo con cualquier otra familia. Pero yo no podía ni soñar con hallar condiciones tan buenas como las que aquí se le ofrecen.

— Sí, N. me ha dicho que esa joven vive muy mal con sus familiares.

— Muy mal. —Lopujov le refirió lo que la señora B. debía saber para no mencionar en sus conversaciones con Vérochka cosas que pudieran recordarle pasados sinsabores. La señora lo oyó conmovida y finalmente le apretó la mano:

— Basta, basta, *monsieur* Lopujov. Basta o me echo a llorar. Y a mis años, cerca de cuarenta ya, sería ridículo mostrar que incluso ahora no puedo oír hablar de la tiranía familiar, que tanto me hizo sufrir en la juventud.

— Permítame que añada una sola cosa, tan sin importancia para usted, que pudiera no decírsela. Sin embargo, es preferible que lo sepa. Ella huye de un pretendiente que su madre quiere imponerle por marido.

La señora B. se tornó pensativa. Lopujov la miró y también pareció ensombrecerse:

— Si no me equivoco, esto tiene para usted más importancia de la que yo suponía.

La señora B. parecía trastornada por completo.

— Perdón —continuó él al notar lo—. Veo que esto la inquieta.

— Sí, el asunto es muy serio, *monsieur* Lopujov. Irse de casa contra la voluntad paterna equivale, sin duda, a un gran pleito. Pero esto, como ya le he dicho, sería lo de menos. Si ella huyese tan sólo de los malos tratos y de la tiranía de sus padres, habría modo de entenderse con ellos. Un poco más de dinero bastaría para contentarlos. La cosa no tendría gran importancia.

Pero... una madre como ésa, tratando de imponerle un marido... significa que el novio es rico, un buen partido.

— Naturalmente —respondió Lopujov en tono de total aplazamiento.

— Naturalmente, *monsieur* Lopujov. No cabe duda de que es rico. Eso es lo que me inquieta, pues en tal caso la madre no se avendrá con nada, y usted conoce los derechos de los padres. Ellos sabrán aprovecharlos plenamente. Entablarán un pleito y lo llevarán hasta el fin.

Lopujov se levantó:

— Por consiguiente no me queda más que rogarle que olvide todo lo que le he dicho.

— Espere, espere. Permítame, al menos, que me justifique ante usted. ¡Dios mío, qué mala debo parecerle! ¡Me detiene precisamente lo que despertaría en cualquier persona decente la simpatía y el afán de ayudar! ¡Oh, qué miserables somos!

Verdaderamente, daba lástima verla. No fingía. Su dolor era auténtico. Durante un buen rato habló sin ninguna coherencia: tan avergonzada estaba de sí misma. Luego, sus pensamientos se ordenaron, pero ni las palabras incoherentes ni las que tenían ilación dijeron nada nuevo a Lopujov, no menos desconcertado. El descubrimiento que la señora le había hecho le tenía tan suspenso que no podía atender a las explicaciones. La dejó hablar a sus anchas para decirle al cabo de un rato:

— Todos sus intentos de disculparse han sido vanos. Yo estaba obligado a permanecer aquí para no parecer grosero y evitar que usted pensase que la culpo o que me enojo. Pero debo confesarle que no la he escuchado. ¡Oh, si yo no supiera que lleva usted razón! ¡Ojalá no la llevara! Podría decir a esa joven que las condiciones no nos convienen o que no me ha gustado usted. Y confiaríamos en encontrar otra ocasión para liberarla. En cambio, ahora, ¿qué puedo decirle?

La señora B. lloraba.

— ¿Qué puedo decirle? —repetía sin cesar Lopujov bajando por la escalera. “¿Qué va a ser de ella, qué va a ser de ella?” —pensaba al salir de la calle Galérnaia y entrar en la que conduce al bulevar Konnogvardeiski.

Evidentemente, la señora B. no tenía razón en el sentido absoluto en que la tienen quienes explican a los niños que es imposible alcanzar la luna con la mano. Con su posición en la sociedad y con las influyentes relaciones oficiales de su esposo, era probable y hasta seguro que, si ella se hubiera obstinado en que Vérochka se fuese a vivir a su casa, María Alexéievna no habría podido arrancarla de allí ni ocasionar serias molestias a ella ni a su marido, que sería el demandado oficial en el pleito y por el cual ella temía. Sin embargo, todo esto habría acarreado a la señora B. numerosos quebraderos de cabeza y tal vez conversaciones desagradables: en un asunto ajeno habría que recurrir a personas, cuyos favores convenía guardar para asuntos propios. ¿Quién está obligado a tales cosas y qué persona prudente se decidiría a obrar de otro modo que la señora B.? No hay ningún derecho a culparla. Y Lopujov tenía motivos para desesperarse en cuanto a la liberación de Vérochka.

XIV

Vérochka llevaba mucho, mucho tiempo sentada en el banco. ¡Cuántas veces se aceleraron los latidos de su corazón al ver aparecer por la esquina una gorra de plato!

— ¡Por fin! ¡Es él, mi amigo! —exclamó y corrió a su encuentro.

Quizá Lopujov hubiera cobrado ánimos al aproximarse al banco, pero pillado de improviso, su rostro tenía una expresión de pesar.

— ¿No ha salido nada?

— Nada.

— Pero ¿cómo ha sido eso, si la cosa estaba tan segura? ¿Qué ha pasado?

— La acompañaré a su casa y hablaremos. Dentro de unos minutos le explicaré la causa del fracaso. Ahora déjeme pensar. Todavía no he hecho mi composición de lugar. Hay que discurrir algo nuevo. No desmayemos. Algo se nos ocurrirá. —A las últimas palabras, Lopujov parecía haberse recobrado un poco.

— Explíqueme lo que sea, porque me es imposible esperar. Dice que hay que discurrir algo nuevo. ¿Acaso lo anterior no sirve? ¿No puedo ser institutriz? ¡Pobre de mí, qué desgraciada soy!

— ¿Para qué voy a engañarla? No puede ser institutriz. Eso quería decirle. Pero ¡paciencia, paciencia, amiga mía! ¡Valor! Quien tiene valor alcanza lo que se propone.

— ¡Ay, amigo! Yo lo tengo, pero se me hace tan pesado todo esto. . .

Caminaron en silencio varios minutos.

Lopujov notó que ella llevaba algo en la mano, bajo el abrigo.

— ¿Qué es eso? Deme que lo lleve yo.

— No, no, no hace falta, pesa poco. Gracias.

Siguieron callados largo rato.

— ¡Y yo que no pude dormir de contenta hasta las dos! Y cuando me dormí, soñé que me liberaba de un sótano asfixiante, que me curaba de una parálisis y que corría al campo con muchas amigas también liberadas y curadas como yo. ¡Qué alegría correr por el ancho campo! No se ha realizado el sueño. ¡Yo que pensaba que no volvería a mi casa!

— Déjeme que le lleve ese envoltorio. Al fin y al cabo, ya sé lo que es.

Nuevo silencio. Así anduvieron mucho tiempo.

— Amiga mía, ¿se da usted cuenta de lo que hemos

venido a aclarar con esa señora? No puede usted irse de su casa contra la voluntad de su madre. Es imposible, imposible. Apóyese en mi brazo, pues temo por usted.

— No, no me pasa nada. Me falta un poco de aire —respondió ella levantándose el velo—. Ahora me siento ya bien.

— ¡Qué pálida! —pensó él, y añadió en voz alta—: No, amiga, no haga caso de mis palabras. No era eso lo que quería decir. Todo se arreglará.

— ¿Cómo se arreglará, querido? Lo dice usted para calmarme. No podemos hacer nada.

El no respondió, y los dos siguieron en silencio otro trecho.

— (“¡Qué pálida, qué pálida!”) Hay un medio.

— ¿Cuál, querido?

— Se lo diré cuando se tranquilice un poco. Debe usted pensarlo serenamente.

— ¡Dígame ahora! No me tranquilizaré hasta que me lo diga.

— No. Ahora está usted demasiado alterada para adoptar resoluciones serias. Dentro de poco se lo diré. Pronto. Ya hemos llegado. Adiós, amiga. En cuanto note que puede usted contestar con serenidad, se lo diré.

— ¿Cuándo?

— Pasado mañana, cuando vaya a la lección.

— ¡Qué espera tan larga!

— Iré especialmente mañana.

— ¡No, antes!

— Esta tarde.

— No, yo no le suelto. Venga conmigo. Dice usted que no estoy tranquila ni en condiciones de razonar. Quédese a comer con nosotros y me verá tranquila. Después de comer, mi madre se dormirá y podremos hablar.

— Pero ¿cómo voy a pasar ahora? Si entramos juntos, su madre volverá a tener sospechas.

— ¡Sospechas! ¿Qué me importa? Amigo mío, lo mejor es que pase usted. He venido todo el tiempo con el velo levantado, y han podido vernos.

— Tiene usted razón.

XV

María Alexéievna se asombró al ver entrar juntos a su hija y a Lopujov y durante un buen rato los estuvo mirando fijamente.

— He venido, María Alexéievna, para decirle que pasado mañana tendré la tarde ocupada y que vendré mañana a la lección. Permítame que me siente. Estoy muy fatigado y disgustado. Quisiera descansar un poco.

— Pues es verdad. ¿Qué le pasa, Dmitri Serguéievich? Está usted terriblemente sombrío.

¿Se habían encontrado por casualidad o por asuntos de amor? De haber sido por esto último, Lopujov se mostraría alegre. Y si habían regañado por no corresponder ella a sus requerimientos amorosos, él estaría de mal humor, pero no la habría acompañado. Además, Vérochka se había ido directamente a su alcoba, sin mirarlo a él. No se notaban síntomas de disputa. Por lo visto, se habían encontrado casualmente. Ahora bien, el diablo lo sabía: necesitaba estar muy vigilante.

— A mí no me pasa nada, María Alexéievna, pero encuentro pálida a Vera Pávlovna. ¿O será una suposición mía?

— Eso suele sucederle.

— O quizá me haya parecido a mí. Le confieso que la cabeza me da vueltas de tanta preocupación.

— ¿De qué se trata, Dmitri Serguéievich? No habrá reñido con su novia...

— No, señora. De mi novia estoy satisfecho. Pero con mis padres voy a tener que reñir.

— ¡Por Dios, qué dice! ¿Reñir con los padres, Dmitri Serguéievich? No esperaba eso de usted.

— Es que no hay manera de estar a buenas con mi familia. Exige cosas por encima de mis fuerzas.

— Eso ya es otra cuestión, Dmitri Serguéievich. Contentar a todos es imposible. Hay que tener idea de la medida, no cabe duda. Si la desavenencia es por cuestiones de dinero, no puedo censurarle a usted.

— Perdone mi desenvoltura, María Alexéievna: estoy tan trastornado, que necesito descansar entre personas respetables y de mi agrado. Y sólo en su casa las encuentro. Permítame que me quede a comer y que encargue algunas cosas a Matriona. Tengo entendido que cerca de aquí está la bodega de Denker, donde se vende un vino que, sin ser una maravilla, no es tan malo.

El rostro de María Alexéievna, muy avinagrado al oír lo de la comida, serenóse cuando fue mencionada Matriona. La madre de Vérochka adoptó un aire expectante: "Vamos a ver, palomo, lo que pones de tu parte para la comida. En casa de Denker debe haber buenas cosillas". Pero el palomo, sin mirarla siquiera a la cara, sacó la pitillera, arrancó un trozo de papel de una carta que había dentro, sacó un lápiz y se puso a escribir:

— Permítame que le pregunte qué vino le gusta, María Alexéievna.

— Yo, Dmitri Serguéievich, debo reconocer que entiendo poco de vinos. Apenas bebo. El vino no se ha hecho para las mujeres.

"Por la pinta se ve" —pensó Lopujov.

— Ya comprendo —respondió—, pero el marrasquino pueden tomarlo hasta las niñas. ¿Me permite que lo encargue?

— ¿Y qué es eso?

— Algo que ni siquiera llega a vino. Un jarabe, como quien dice. —Sacó un billete de diez rublos—. Creo que habrá bastante —dijo repasando con los ojos la lista de encargos—. Por si acaso, añadiré cinco rublos.

Eran los ingresos de tres semanas, los gastos de un mes, pero no tenía más remedio: había que dar una buena propina a María Alexéievna.

Los ojos de ésta se humedecieron, y una sonrisa de placer resplandeció en su rostro.

— ¿Hay alguna confitería por aquí cerca? No sé si venderán tartas de nueces. Para mi gusto son las mejores, María Alexéievna. Pero si no hay, que traiga una cualquiera.

Lopujov fue a la cocina y mandó a Matriona por los recados.

— Echaremos una cana al aire. Quiero celebrar la riña con mis padres. ¿Por qué no, María Alexéievna? Los asuntos con mi novia marchan a pedir de boca. Cuando todo se arregle sí que viviremos alegres, ¿no es verdad?

— Vaya que sí, Dmitri Serguéievich. Está usted tirando la casa por la ventana, cosa que yo no esperaba de una persona tan prudente. ¿Le ha dado su novia algún anticipo?

— No he recibido ninguno, pero, teniendo dinero, creo que podemos permitirnos un extraordinario. ¿Qué necesidad hay de anticipos? No se trata de eso. ¿Acaso vamos a vivir con los anticipos? Hay que portarse bien para no despertar sospechas. Además, no sería correcto, María Alexéievna.

— No lo sería, Dmitri Serguéievich, no. Yo creo que la corrección es lo primero.

— Dice usted verdad.

Durante la media hora o los cuarenta y cinco minutos que quedaban hasta la comida, siguieron conversando amablemente acerca de las materias más elevadas. En un arranque de sinceridad, Dmitri Serguéievich declaró que su boda se había acelerado mucho en los últimos tiempos. ¿Y qué había de la de Vera Pávlovna? María Alexéievna nada podía decir porque no coaccionaba a su hija. Lopujov se mostró conforme, pero señaló que, según sus observaciones, Vera Pávlovna se decidiría pronto a ca-

sarse. Aunque ella no le había dicho nada, él tenía ojos para ver:

— Usted y yo, María Alexéievna, tenemos el colmillo retorcido y no nos chupamos el dedo. Aunque no tengo muchos años, también soy perro viejo, un pillo de siete suelas, ¿no es así, María Alexéievna?

— Así es, amiguito, así es.

En una palabra, el agradable e íntimo coloquio animó tanto a Lopujov, que su tristeza se disipó como por encanto. Tan alegre estaba, que María Alexéievna jamás lo había visto así. “¡Qué maña se da el muy ladino! De fijo que le ha sacado a la novia un pellizco de unos cuantos miles. Los padres, al enterarse de que se ha forrado los bolsillos, habrán caído sobre él como moscas, y él les habrá dicho que está dispuesto a respetarlos como hijo, pero sin soltar un kopek. ¡Qué avisado!” —pensó.

Daba gusto hablar con un hombre como aquél. María Alexéievna se reafirmó más en su opinión cuando, al oír que Matriona había regresado, corrió a la cocina, pretextando que iba a su dormitorio por el pañuelo, y vio que el vino comprado valía doce rublos con cincuenta kopeks (“Durante la comida no se gastará más que una tercera parte”) y la tarta, rublo y medio. (“Puede decirse que éste es dinero perdido. Pero algo quedará de la tarta; lo que sobre, podrá dársele a las comadres en lugar de mermelada y será un ahorro, en medio de todo”).

XVI

Vérochka pensaba en su habitación:

“¿He hecho bien en hacerle pasar? La madre lo miró tan fijamente. . .

— ¡En qué situación más violenta lo he colocado! ¿Cómo va a quedarse a comer?

¡Pobre de mí! ¿Qué va a ser de mí, Dios mío?

Dice que hay un medio. ¡No, querido, no hay ninguno!

— Sí, hay uno: la ventana. Cuando la cosa se ponga muy mal, me arrojaré por ella.

Es risible: “Cuando la cosa se ponga muy mal”.
¿Acaso está bien ahora?

Cuando una se tira por la ventana, baja con enorme rapidez. No parece caer, sino volar. Debe resultar muy agradable. Pero después, el golpe en la acera... ¡qué duro! ¿Dolerá? No, creo que no habrá ni tiempo de sentir el dolor. Pero ¡qué duro! Ahora bien, es un instante brevísimo; y antes de chocar, debe una sentirse como en un colchón de plumas; el aire debe ser tan ligero y acariciador... Sí, tiene que resultar delicioso...

¿Y luego? Acudirá la gente a verme: la cabeza rota, la cara desgarrada; sangre, polvo... Si en el lugar de la caída echaran arena limpia... Porque el suelo está muy sucio... Podían rociarlo con arena blanca y limpia... Entonces estaría bien. Y hasta la cara quedaría intacta: nadie se asustaría al verla.

En París, las muchachas pobres se asfixian con humo. Eso sí que me convence. Está muy bien. En cambio, arrojar-se por la ventana es absurdo.

¿Qué alto hablan! ¿De qué estarán charlando? No, no se oye nada.

Yo le dejaría a él una esquila explicándoselo todo. ¿No le dije entonces: “Hoy es el día de mi cumpleaños”? ¿Qué audaz fui en aquella ocasión! ¿Por qué? Bah, entonces era una pobre chica sin luces, y no entendía nada.

¿Qué inteligentes son en París las muchachas pobres! ¿Acaso yo no voy a ser igual? Dará gusto ver el cuadro: entrarán en la habitación y no se distinguirá nada más que el humo y un aire verde. Se asustarán. ¿Qué pasa, dónde está Vérochka? La madre le gritará al padre: “¿Qué haces ahí como un pasmado? ¡Rompe los cristales de la ventana!” Romperán los cristales y me verán sentada, con la cabeza caída sobre el tocador y la cara cubierta con las manos. “Vérochka, ¿estás viva?” Yo no responderé. “Vérochka, ¿por qué callas?” — “¡Ay, se

ha asfixiado!” Gritos y llantos. ¡Qué gracia tendrá cuando se pongan a llorar, y la madre empiece a contar lo mucho que me quería!

Pero él sufrirá. Bueno, le dejaré una esquila.

Sí. Veré lo que pasa y haré como las pobres muchachas de París. Lo que digo, lo hago. No tengo miedo.

¿Por qué voy a tenerlo si está tan bien? Esperaré a ver en qué consiste el medio de que él habló. Pero no: no hay ningún medio. El lo dijo para tranquilizarme.

¿Por qué los unos se dedican a calmar a los otros? Creo que es inútil. ¿Qué tranquilidad van a infundir no pudiendo prestar ninguna ayuda? Con lo inteligente que es él, hizo lo mismo. ¿Para qué? No había necesidad de ello.

¿Por qué habla en ese tono? Parece estar alegre. Tiene una voz tan jovial...

¿Habrá encontrado verdaderamente un medio?

¿Qué va! No hay ninguno.

Y si no lo ha encontrado, ¿a qué se debe su alegría?
¿Qué se le habrá ocurrido?”

XVII

— ¡A comer, Vérochka! —gritó María Alexéievna.

Pável Konstantínovich había regresado, y la tarta llevaba preparada bastante tiempo: no la tarta de la confitería, sino una hecha por Matriona, de harina rellena con carne de la sopa de la víspera.

— María Alexéievna, ¿no ha probado usted nunca una copa de vodka antes de comer? Es un magnífico aperitivo, sobre todo el de esta marca. Se lo recomiendo como médico. Tenga la bondad de probarlo. Pruébelo sin falta. Como médico se lo prescribo.

— Será cosa de obedecer al médico. Me tomaré media copita.

— No, María Alexéievna, media copa no surtirá efecto.

— ¿Y usted, Dmitri Serguéievich?

— La vejez me lo impide. He hecho voto de no probarlo.

— Pues sí que es verdad. Parece que da un calor-cillo...

— Ahí está lo bueno: en ese calor-cillo.

“Muy alegre lo veo. ¿Habrá encontrado, verdaderamente, el medio? ¿Cómo se ha hecho tan amigo de ella? Y a mí, ni me mira. ¡Si será pícaro!”

Se sentaron a la mesa.

— Pável Konstantínovich y yo tomaremos esto. Cerveza inglesa. Pruébela, María Alexéievna.

— Si es cerveza, la probaré. Un traguito no me vendrá mal.

“¡Cuántas botellas, Dios mío! ¡Ay, qué tonta soy! Esta es la amistad” —dijo Vérochka para sus adentros.

“¡Menudo tuno! —pensó la madre—. No bebe ni gota. No hace más que mojarse los labios con su cerveza. Por cierto que está muy buena y tiene un cierto olor-cillo a *kvas* y también algo de fuerza. Cuando case a Misha con Vérochka dejaré el vodka y me dedicaré a esta bebida. ¡Pero éste sabe lo que hace! ¡No se toma ni un trago, el canalla! Aunque si no se lo toma, mejor para mí. De fijo que si quisiera beber, menudas tragaderas tendría”.

— ¿Por qué no toma un poquito, Dmitri Serguéievich?

— Ya he bebido bastante en mi vida, María Alexéievna. Con lo que he bebido me basta todavía para largo. Cuando no trabajaba ni tenía dinero, bebía; ahora trabajo y no me faltan unos rublos; por eso no quiero vino. No necesito recurrir a él para estar alegre.

Así transcurrió la comida y sirvieron la tarta de la confitería.

— Querida Matriona Stepánovna, ¿qué requiere esto?

— En seguida, Dmitri Serguéievich, en seguida. Matriona salió y regresó con una botella de champán.

— Vera Pávlovna, usted y yo no hemos bebido. Ha

llegado nuestra hora. Por la salud de mi novia y por la de su novio.

“¿Cómo? ¿No será éste el medio que se le ha ocurrido?” —pensó Vérochka.

— Dios dé felicidad a su novia y al novio de Vérochka —dijo María Alexéievna—. Y ojalá nos permita a los viejos ver casada cuanto antes a nuestra hija.

— Pronto la verá usted, ¿verdad que sí, Vera Pávlovna?

“¿No me engañan mis oídos?” —se preguntó la muchacha.

— Sí, Vera Pávlovna, es indudable. Diga que sí.

— Sí —pronunció Vérochka.

— Muy bien, Vera Pávlovna, ¿para qué tener a su madre hecha un mar de dudas? “Sí”, y nada más. Ahora hace falta el segundo brindis. Por el próximo casamiento de Vera Pávlovna. Beba usted, Vera Pávlovna. Todo marchará como sobre ruedas. Brindemos por que su boda sea pronto.

Y chocaron las copas.

— ¡Dios lo quiera, Dios lo quiera! No sabes lo que te agradezco esto, Vérochka. Es un consuelo para la vejez —exclamó la madre enjugándose las lágrimas. La cerveza y el marrasquino la habían enternecido mucho.

— Dios lo quiera, Dios lo quiera —repitió Pável Konstantínovich.

— Estamos contentísimos de usted, Dmitri Serguéievich —dijo María Alexéievna al terminar la comida—. Contentísimos. En nuestra propia casa nos ha convidado usted. Puede decirse que ha sido un verdadero festín. —Sus ojos miraban con más agrado que lucidez.

No todas las cosas se hacen con tanta picardía como resultan tener una vez hechas. Cuando Lopujov mandó comprar el vino no esperaba semejante resultado: quería tan sólo ofrecer una compensación a María Alexéievna para no perder su benevolencia por haberse convidado a sí mismo a comer. ¿Cabía esperar que ella se emborra-

chase delante de un extraño en el que, por más simpatía que le profesara, no confiaba, pues no podía confiar en nadie? Ni siquiera ella misma esperaba efectos tan fulminantes: pensaba aplazar el festín para después de la merienda. Pero la naturaleza humana es débil. María Alexéievna habría resistido el incentivo del vodka y de otros gustos conocidos, pero la cerveza inglesa y las demás golosinas la sedujeron.

Como la comida fue fastuosa y señorial, María Alexéievna ordenó a Matriona que pusiera el samovar como correspondía a tal banquete. Pero de esta delicadeza disfrutaron tan sólo ella y Lopujov. Vérochka se negó a tomar té y se retiró a su alcoba. Pável Konstantínovich, hombre sin urbanidad, se acostó a dormir la acostumbrada siesta. Dmitri Serguéievich tomó el té pausadamente. Apurada la primera taza, pidió otra. En este momento, María Alexéievna no pudo más: disculpóse y se retiró, pretextando que se sentía mal desde por la mañana. El huésped le dijo que no se anduviese con ceremonias y se quedó sólo. Después de beberse la segunda taza, e incluso la tercera, se adormiló en el sillón. Matriona pensó que probablemente se habría "mamado", como "nuestro tesoro". "El tesoro" roncaba ya. Quizá fueran sus ronquidos los que despertaron a Dmitri Serguéievich en el momento en que Matriona se retiraba definitivamente a la cocina, llevándose el samovar y las tazas.

XVIII

— Dispéñeme, Vera Pávlovna —dijo Lopujov entrando en la habitación. Habló muy quedo, con voz trémula, mientras que durante la comida había estado gritando. Y no dijo "amiga mía", sino "Vera Pávlovna"—. Dispense mi atrevimiento. Ya sabe usted lo que he dicho. Siendo marido y mujer, nadie puede separarnos. Y entonces será usted libre.

— ¡Querido mío! ¿No me viste llorar cuando entraste? Era de alegría.

Lopujov le besó la mano muchas veces.

→ — Tú me das la libertad y me sacas del sótano. ¡Qué inteligente y bondadoso eres! ¿Cómo se te ha ocurrido?

— Se me ocurrió entonces, cuando bailamos juntos.

— También yo pensé entonces que eras bueno. Tú me das la libertad. Ahora estoy dispuesta a sufrir porque sé que saldré del sótano, la atmósfera no será tan irrespirable porque sé que me libertaré. ¿Cuándo será?

— Pues verás, Vérochka: estamos a fines de abril; a principios de julio termino mi trabajo en la academia; necesito terminarlo para que podamos vivir. Entonces saldrás del sótano. Te quedan que sufrir unos tres meses, menos incluso. Entonces saldrás. Me colocaré de médico. El sueldo no es grande, pero habrá que aguantarse. Visitaré enfermos. Trabajaré cuanto sea necesario. Y viviremos.

— ¡Ay, amado mío, necesitaremos muy poco, muy poco! Pero yo no quiero vivir a expensas tuyas. Las lecciones que tengo ahora las perderé porque mi madre irá diciendo a todo el mundo que soy una infame. Pero encontraré otras y ganaré para mantenerme. ¿Verdad que que es necesario? No debo vivir a costa tuya.

— ¿Quién te ha enseñado a pensar así, Vérochka?

— ¿Todavía lo preguntas? ¿No has sido tú mismo? ¿No han sido tus libros? La mitad de ellos está dedicada a esto.

— ¿Los libros? ¿Yo te he hablado de eso? ¿Cuándo, Vérochka?

— ¿Cuándo? ¿Quién era el que decía que todo estaba basado en el dinero? ¿Quién lo decía, Dmitri Serguéievich?

— Bueno, ¿y qué?

— ¿Me crees tan tonta como para no ser capaz de sacar la conclusión de la premisa, como dicen vuestros libros?

— ¿Qué conclusión? Dios sabe lo que estás diciendo, querida Vérochka.

— ¡Ah, bribón! ¡Quiere ser un déspota, tenerme por esclava! No será así, Dmitri Serguéievich, ¿me entiende usted?

— Habla y te entenderé.

— Usted dice que todo está basado en el dinero. Quien tiene dinero, detenta el poder y el derecho, afirman sus libros. Por consiguiente, mientras la mujer viva a expensas del hombre dependerá de él. ¿No es así, Dmitri Serguéievich? Pensaba usted que yo no lo comprendía y que sería su esclava. Pues no, no le permitiré ser mi tirano. Usted quiere ser un déspota bondadoso y bienhechor, y yo me opongo. ¿Cómo vamos a vivir, amado mío? Tú te dedicarás a amputar brazos y piernas y a recetar a la gente brebajes repugnantes; y yo daré lecciones de piano. ¿De qué otra manera podemos vivir?

— Muy bien, Vérochka, eso me gusta. Que cada cual conserve su independencia ante cualquier otra persona, por mucho que la ame y por mucho que confíe en ella. No sé si conseguirás lo que dices, pero viene a ser casi igual: quien se ha decidido a obrar así, se ha independizado ya casi por completo; siente que puede valerse por sí mismo y renunciar a la ayuda ajena si es necesario. Y esta sensación es ya casi suficiente. ¡Qué risibles somos, Vérochka! Dices que no quieres vivir a costa mía, y, yo te alabo por ello. ¿A quién se le ocurre, Vérochka?

— Si somos risibles, no importa. Viviremos a nuestro gusto. ¿De qué otra manera podemos vivir?

— Vera Pávlovna, yo le he expuesto mis proyectos acerca de una parte de nuestra vida; usted ha tenido a bien echarlos por tierra contraponiéndoles su plan, y me ha llamado tirano y esclavizador. Piense, pues, usted misma cuáles serán los otros aspectos de nuestras relaciones. Considero inútil presentar propuestas para que usted las deseché como las anteriores. Vérochka, di tú misma cómo piensas vivir. Seguramente no tendré más

remedio que decir: ¡Qué bien piensa todas las cosas mi amada Vérochka!

— ¿Qué oigo? ¿Cumplidos a mí? ¿Quiere usted hacerse pasar por amable? Ya conocemos el truco: quien te adula pretende dominarte bajo la máscara de la sumisión. Haga el favor de hablar con más sencillez. Querido, puedes echarme a perder con tantos elogios. Me da vergüenza oírlos. No me alabes, mira que puedo volverme demasiado orgullosa.

— Está bien, Vera Pávlovna. Le diré inconveniencias si así lo quiere. Tiene usted tan poca feminidad que quizá salga con ideas masculinas.

— ¡Ay, dime lo que significa "feminidad"! A mí me suena como cuando se dice que la mujer tiene voz de contralto y el hombre de barítono. Si es así, ¿qué sentido tiene pedirnos que hablemos con voz de contralto? ¿Es lógico? ¿Por qué, pues, todos nos exigen que seamos femeninas? ¿No es una tontería, querido?

— Lo es, Vérochka. Y es, además, una gran vileza.

— De manera que yo no pienso preocuparme de mi feminidad. Dmitri Serguéievich: voy a expresarle ideas absolutamente masculinas respecto a nuestra vida futura. Seremos amigos. Pero quiero ser tu primera amiga. Ah, no te he dicho todavía cómo odio a tu Kirsánov.

— No debes odiarlo, Vérochka. Es una excelente persona.

— Pues yo le odio. Y te prohibiré verle.

— Estupendo comienzo. Tan asustada está de mi despotismo, que quiere convertir a su marido en un muñeco. ¡Cómo no voy a verlo si vivimos juntos!

— Eso es. Y os pasáis la vida abrazados.

— Claro, a la hora del té y a la de la comida. Sólo que, como tenemos ocupadas las manos, se nos hace difícil abrazarnos.

— Y no os separáis en todo el día.

— Sí, él apenas se separa de su habitación, y yo de la mía.

— Pues, siendo así, ¿qué trabajo te cuesta dejar de verlo?

— Nos llevamos bien, y a veces queremos hablar. Y hablamos hasta cansarnos el uno del otro.

— Siempre abrazados y siempre peleándoos. Le odio.

— ¿Quién te ha dicho eso, Vérochka? No hemos reñido ni una vez. Vivimos casi separados; nos llevamos bien, pero ¿qué significa eso?

— ¡Ay, cómo te he engañado, querido, qué bien has caído en la trampa! No querías decirme cómo piensas que vivamos y lo has dicho todo. ¡Qué bien te he engañado! Escucha, pues, lo que has dicho de nuestra vida futura. En primer lugar, tendremos dos habitaciones, la tuya y la mía, y una tercera en la que comeremos y recibiremos a los amigos que vengan a vernos a los dos y no a uno solo. En segundo lugar, no entraré en tu habitación para no molestarte (Kirsánov no entra y por eso no reñís). Tampoco tú entrarás en la mía. Y en tercer lugar... ¡Ah!, se me había olvidado preguntarte: ¿Kirsánov se inmiscuye en tus asuntos y tú en los de él? ¿Tenéis derecho a preguntaros cualquier cosa?

— ¡Oh, ya sé para qué preguntas por Kirsánov! Pues no te lo digo.

— De todas maneras, le odio. Y si no quieres decirme, guárdatelo. Sé que no tenéis ese derecho. En tercer lugar, no podré preguntarte nada. Si quieres o necesitas decirme algo de tus asuntos, dímelo tú mismo. Y viceversa. Ya tenemos tres reglas. ¿Hará falta alguna más?

— Vérochka, la segunda regla requiere explicaciones. Nos veremos en la habitación neutral a la hora de comer. Imaginemos el siguiente caso: hemos desayunado por la mañana. ¿He de quedarme en mi habitación, sin atreverme a ir a la tuya y, por consiguiente, sin verte hasta la hora de comer?

— Naturalmente.

— Magnífico. Viene un conocido mío y me anuncia que a las dos vendrá otro. Yo tengo que salir a la una

para resolver algún asunto. ¿Puedo pedirte, si piensas quedarte en casa, que des mi contestación a la persona que vendrá a las dos?

— Claro que puedes. Otra cosa es que yo acepte o no acepte el encargo. Si me niego, no tienes derecho a reclamar ni a preguntar el motivo de mi negativa. Pero puedes preguntarme si quiero prestarte ese favor.

— Muy bien. Pero es que a la hora del desayuno yo no sabía esto, y no puedo entrar en tu habitación. ¿Cómo te lo voy a preguntar?

— ¡Dios mío, qué ingenuo es este chiquillo! ¡Miren qué problema! Sale usted a la habitación neutral y me llama: "Vera Pávlovna". Yo respondo desde la mía: "¿Qué quiere, Dmitri Serguéievich?" Usted me explica: "Tengo que salir; en mi ausencia vendrá a verme el señor A. (y dice usted el apellido de la persona en cuestión). Debo comunicarle ciertas cosas. ¿Querrá usted hacerme el favor de transmitírselas?" Si yo respondo que no, se acaba la conversación. Y si respondo que sí, salgo a la habitación neutral, y usted me explica lo que debo comunicar a dicha persona. ¿Sabe usted, ya, niño, lo que habrá que hacer?

— Sí, querida Vérochka; bromas aparte, lo mejor es vivir como propones. Ahora bien, ¿de dónde has sacado tales ideas? Yo las conozco, y sé dónde las he leído. Pero estos libros no llegan hasta vuestras manos. En los que te presté no se decían tales cosas. Tampoco puedes habérselas oído a nadie, pues tal vez sea yo la primera persona decente con quien has hablado.

— ¡Oh! ¿Tan difícil es pensar eso mismo por cuenta propia? Conozco la vida familiar y no hablo ya de mi familia, que es un caso muy particular; tengo amigas y he visto cómo viven: ¡Dios mío, cuántos disgustos hay entre los maridos y las mujeres! No puedes ni imaginártelo, querido.

— Bueno, imaginármelo sí que puedo.

— ¿Sabes lo que yo pienso? Que la gente no debiera

vivir como vive, siempre junta. Sería mejor verse solamente para tratar algún asunto o para entretenerse y divertirse. Muchas veces pienso: ¿Por qué cada cual es tan atento con los extraños? ¿A qué se debe que, en presencia de gente extraña, todo el mundo trate de parecer mejor que en la vida familiar? Y efectivamente, todos suelen portarse mejor en tales casos. ¿Por qué sucede así? ¿Por qué nos conducimos peor con los de casa aunque los queramos más que a los extraños? ¿Sabes lo que te ruego, querido? Que me trates siempre como hasta ahora, pues este trato no ha impedido que me ames ni que hayamos tenido la mayor intimidad. ¿Cómo te has comportado hasta ahora? ¿Me has tratado alguna vez irrespetuosamente o me has hecho algún reproche? No. Se dice que es de rigor respetar a las mujeres o muchachas extrañas y no amonestarlas nunca. Muy bien. Soy tu novia y seré tu esposa, pero trátame como a una extraña. Me parece lo mejor para que exista una concordia duradera y para que perdure el amor. ¿No es así?

— No sé lo que pensar de ti, Vérochka. Hace ya tiempo que te admiro.

— ¡Querido, vas a estropear me a fuerza de elogios! La cosa no es tan difícil de entender como te parece. Estas ideas no son sólo mías. Son de numerosas muchachas y mujeres jóvenes tan sencillas como yo, con la diferencia de que a ellas les está vedado decir a sus novios y maridos lo que piensan, pues saben que las tacharán de inmorales. Yo te he tomado cariño precisamente porque no piensas así. ¿Sabes cuándo te amé? El día de mi cumpleaños, cuando hablamos por primera vez. Me enamoré de ti cuando dijiste que las pobres mujeres son dignas de lástima.

— ¿Y cuándo me enamoré yo de ti? El mismo día. Ya te lo he dicho. Pero ¿cuándo?

— ¡Qué gracia tienes! Has dicho que es imposible no adivinarlo; y si lo adivino, volverás a alabarme.

— Adivínalo, a pesar de todo.

— Está clarísimo: fue cuando te pregunté si era verdad que podría lograrse que la gente viviera bien.

— Por esto mereces que vuelva a besarte la mano, Vérochka.

— Basta, querido; no me gusta que les besen las manos a las mujeres.

— ¿Por qué?

— Bien lo sabes tú. ¿Por qué me lo preguntas? No preguntes esas cosas.

— Cierto. Eso no debe preguntarse. Es una mala costumbre. Sólo te preguntaré cuando no comprenda lo que quieres decir. Y lo que querías decir en este momento es que no se le debe besar la mano a nadie.

Vérochka se echó a reír:

— Ahora te perdono porque me has hecho reírme de ti. Para que veas: querías examinarme y tú mismo ignorabas el principal motivo de que eso esté mal. A nadie se le debe besar la mano, es cierto; pero yo no hablaba de eso, no hablaba en general, sino de que los hombres no deben besársela a las mujeres. Las mujeres tendrían que tomarlo a gran ofensa, pues ello significa que no se las considera personas íntegras, que el hombre piensa que su dignidad nunca se menoscaba ante la mujer, pues la mujer está tan por debajo de él que, por más que él se humille ante ella, nunca descenderá hasta su nivel, sino que se mantendrá siempre muy por encima. Como tú no piensas lo mismo, ¿qué necesidad tienes de besarme la mano? ¿Sabes lo que me parece, querido? Que no somos novios.

— Verdaderamente, Vérochka, no lo parecemos, pero en tal caso, ¿qué somos?

— Dios lo sabe. Se me antoja que llevamos mucho tiempo casados.

— Pues mira, la verdad es ésa. Somos viejos amigos, y nada ha cambiado.

Ha cambiado una cosa: ahora sé que saldré del

(sótano.)

Esa fue su conversación. Un poco extraña para ser la primera de dos novios. Después de estrecharse las manos, Lopujov se marchó a su casa y la propia Vérochka salió a cerrar la puerta, porque Matriona estaba en la taberna, segura de que "su tesoro" roncara un buen rato aún, como verdaderamente sucedió.

Lopujov regresó a su casa después de las seis y, por más que trató de ponerse a trabajar, no pudo hacerlo bastante tiempo. Tenía en la cabeza otra cosa muy distinta, la misma en que había venido pensando durante el largo camino que media entre el puente Semiónovski y Viborgskaia Storóna: las ilusiones amorosas. Sólo que no eran del todo ilusiones ni del todo amorosas. La vida de una persona poco pudiente tiene también sus elementos prosaicos, y en ellos iba pensando Lopujov. No es de extrañar: ¿en qué puede pensar un materialista sino en las conveniencias? Realmente, ése era el tema de sus pensamientos. En lugar de sumirse en sueños poéticos y plásticos, alimentaba ilusiones amorosas, propias de un materialista grosero.

"No habrá manera de quitarle de la cabeza que se trata de un sacrificio. Y eso es lo peor. Cuando uno cree que debe algo a otro, sus relaciones con él son ya un poco tirantes. Y ella se enterará. Los amigos le explicarán cómo me sonreía el porvenir. Aunque no se lo expliquen, ella misma lo comprenderá: "Has renunciado por mí a una carrera de la que tanto esperabas" —dirá. Admitamos que no se refiera al dinero, pues este afán no me lo atribuirán ni los amigos ni ella. Menos mal que no pensará: "Por mí se ha quedado en la pobreza, mientras que sin mí hubiera sido rico". No pensará así, pero terminará por saber que yo anhelaba la celebridad científica y que podría haberla logrado. Esto la desolará: "¡Ay, qué sacrificio ha hecho por mí!" Sacrificio que no me ha pasado por la imaginación. Nunca he sido tan estúpido como para

hacer sacrificios y confío en que nunca lo seré. He obrado como me ha parecido mejor. No soy hombre de sacrificios, ni estos existen, ni los hace nadie. Son una noción falsa. El sacrificio equivale al absurdo. Cada cual hace lo que más le agrada. Pero, ¡cualquiera se lo explica! En teoría puede entenderse, mas cuando uno ve el hecho ante sí, se enternece y dice: "Es usted mi bienhechor". Ya tenemos a la vista los brotes de la futura cosecha: "Me sacas del sótano, ¡Qué bondadoso eres conmigo!" ¡Como que tenía yo mucha necesidad de sacarte si esto no hubiera sido de mi gusto! ¿Crees que te saco así porque sí? Si esto no me agradara, podías esperar sentada a que yo me preocupase. Tal vez sea a mí mismo a quien saco. Claro que es a mí mismo. Quiero vivir y amar, ¿comprendes? Obro en mi propio bien. ¿Qué hacer para que no progrese en ella este nocivo sentimiento de gratitud que la haría sufrir? Bah, ya nos arreglaremos. Con su inteligencia, comprenderá que son minucias. Cierto que éstos no eran mis planes. Pensaba aplazar el asunto un par de años si ella conseguía marcharse de su casa; en ese tiempo me hubiese hecho profesor y no pasaríamos penuria de dinero. No he podido aplazar el desenlace, pero ¿qué pierdo? ¿Acaso lo hacía por mí cuando pensaba que lo importante era arreglar la situación pecuniaria? ¿Qué significa eso para un hombre? Nada. La falta de dinero influye en la mujer. Yo me conformo con tener unas botas, con no llevar rotos los codos, con una sopa y con una habitación templada ¿Qué más necesito? Y eso lo tendré. ¿Qué pierdo yo? Sin embargo, para una mujer joven y guapa, no basta; ella necesita placeres y brillar en sociedad. Y para eso le faltarán medios. Naturalmente, ella no va a pensar en esta falta, pues es una muchacha lista y honesta; pensará que son minucias despreciables y las despreciará. Pero ¿acaso es más feliz la persona que ignora que le falta algo o que incluso sabe que ese algo no le hace falta? Es una ilusión, una fantasía. La naturaleza, ahogada por el raciocinio, por las circunstancias y

por el orgullo, calla y no da noticia de sí a la conciencia; pero va trabajando en silencio y minando la vida. No es así como debe vivir una mujer joven y bella; no está bien que vaya peor vestida que las demás y que no brille por falta de recursos. Me da pena de ti, pobre chica. Esperaba arreglártelo todo mejor. Yo, en cambio, ¿que pierdo? Salgo ganando, pues no era seguro que dentro de dos años quisiera casarse conmigo, mientras que ahora quiere...”

— Dmitri, ven a tomar un poco de té.

— Ahora voy. — Lopujov se dirigió a la habitación de Kirsánov, y por el camino tuvo tiempo de pensar: “Es verdad que el Yo va siempre en primer plano. Comencé por mí y por mí he terminado. Empecé hablando del sacrificio. ¡Qué engaño! ¡Como si yo renunciase al grado científico y a la cátedra! ¡Qué tontería! Da igual: trabajaré lo mismo, conseguiré la cátedra y serviré a la medicina. Da gusto observar teóricamente cómo el egoísmo juega en la práctica con los pensamientos de uno”.

Prevengo al lector para que no suponga que este monólogo de Lopujov encierra una enigmática sugerencia del autor respecto a algún importante suceso de las futuras relaciones entre el estudiante y Vera Pávlovna. La vida de Vera Pávlovna no será ensombrecida por la falta de medios para brillar en sociedad y vestirse lujosamente, y sus relaciones con Lopujov no se verán enturbiadas por el “nocivo sentimiento” de la gratitud. No soy de esos artistas que en cada palabra ocultan algún misterio; me limito a relatar lo que pensaron e hicieron los personajes. Y si se necesita algún episodio, alguna conversación o algún monólogo para caracterizar a un tipo o una situación, los incluyo, aunque no ejerzan ninguna influencia en el desarrollo de la novela.

— Ahora, Alexandr, no te quejarás de que me quedo atrás en el trabajo. Recuperaré lo perdido.

— ¿Has terminado tus gestiones en el asunto de la muchacha?

— Sí.

— ¿Entrará de institutriz en casa de B.?

— No. Se ha arreglado de otra manera. De momento podrá vivir pasablemente con su familia.

— Tanto mejor. Porque la tarea de la institutriz es pesada. Yo, amigo, he terminado con el nervio óptico y la emprendo con el par siguiente. ¿En qué te has quedado tú?

— Todavía tengo que terminar el trabajo de...”

Y siguió un sinfín de términos anatómicos y fisiológicos.

XX

“Estamos a 28 de abril. El ha dicho que sus asuntos se arreglarán para principios de julio. Supongamos que sea para el 10, aunque ya no será el principio. Podemos tomar esa fecha. O, para mayor seguridad, el 15. No, mejor será el 10. ¿Cuánto tiempo quedará? No contando el día de hoy, que acaba dentro de cinco horas, quedan dos días de abril; con los treinta y uno de mayo, suman treinta y tres y, con los treinta de junio, sesenta y tres. Añadiéndoles diez días de julio, resultan setenta y tres. ¿Son muchos setenta y tres días? ¡Sólo setenta y tres! ¡Y seré libre! ¡Entonces saldré del sofano! ¡Oh, qué felicidad! ¡Querido mío, qué ocurrencia más sensata tuvo! ¡Qué dichosa soy!”

Así pensaba Vérochka el domingo por la tarde. Al día siguiente llegó Lopujov para dar la lección suspendida el martes.

— ¡Qué contenta estoy de verte de nuevo, querido, aunque sea por poco tiempo! ¿Sabes cuántos días tendré que permanecer en este sofano? ¿Cuándo se arreglan tus asuntos? ¿Estarán terminados para el 10 de julio?

— Sí, Vérochka.

— ¿De manera que sólo me quedan setenta y dos días y la tarde de hoy? Ya he borrado un día. He compuesto una tabla, como las pensionistas y los escolares, y voy borrando en ella los días que pasan. ¡Qué alegría de borrar!

— ¡Vérochka, querida Vérochka! Pronto se acabarán tus pesares aquí. Dos meses y medio pasan en seguida; y serás libre.

— ¡Cuánta alegría! Pero tú, querido, no hables siempre conmigo ni me mires. Tampoco es conveniente tocar el piano cada vez que vengas ni que yo salga de mi habitación siempre que estés aquí. Aunque no, no podré resistir; saldré todas las veces un instante y te miraré con cara fría y huraña. Ahora me voy a mi habitación. Adiós, querido. ¿Hasta cuándo?

— Hasta el jueves.

— ¡Tres días! ¡Qué plazo más largo! Entonces me quedarán tan sólo sesenta y ocho días.

— Menos. Alrededor del 7 de julio podrás escapar de aquí.

— ¿El 7? Siendo así, no me quedan ahora más que sesenta y nueve días. ¡Qué alegría me has dado! Adiós, querido.

El jueves:

— Sólo tendré que estar aquí sesenta y seis días.

— Sí, Vérochka. El tiempo pasa volando.

— ¿Volando? No. ¡Qué largo se me hace! Los tres últimos días me han parecido un mes de otros tiempos. Adiós. Ya sabes que no debemos hablar mucho. ¡Qué pillos somos, eh! Adiós. ¡Ay, me quedan aún sesenta y seis días de sotano

(“¡Ejem! Yo, claro, no lo noto. Trabajando, el tiempo se va a la carrera. Además, no soy yo quien está en el sótano. Sí...”)

El sábado:

— ¡Ay, querido, sesenta y cuatro días! ¡Qué fastidio! Los dos últimos días se me han hecho más largos que

los tres anteriores. ¡Qué aburrimiento! ¡Si supieras lo repugnante que es esto! Adiós, amado mío. Hasta el martes. Los tres días próximos serán más largos que los cinco pasados. Adiós.

(“¡Ejem! Los ojos me dan mala espina. Ella no es amiga de llantos. Mal va la cosa. ¡Ejem!”)

El martes:

— Ya he dejado de contar los días. No pasan nunca, no pasan.

— Vérochka, quiero pedirte un favor. Debemos hablar detenidamente. Tienes mucha gana de ser libre. Tómame un poco de libertad, que debemos hablar.

— Sí, querido, debemos hablar.

— Pues oye el favor que te pido. Mañana, a la hora que más te convenga (a mí me es igual, decide tú), quisiera verte en el mismo banco del bulevar Konnogvardeiski.

— Bueno. ¿Te parece bien a las once?

— De acuerdo. Gracias.

— Adiós. ¡Cuánto me alegro de que hayas pensado eso! ¿Cómo no se me había ocurrido, tonta de mí? Adiós. Nos veremos allí. Respiraré aire puro. Adiós, querido. A las once, sin falta.

El viernes:

— Vérochka, ¿a dónde vas?

— ¿Que a dónde voy, madre? —enrojació Vérochka—. A la avenida Nevski.

— Pues iré contigo. Necesito ir a Gostini Dvor. ¿A la avenida Nevski vas con ese vestido? Ponte otro mejor, mira que allí hay gente...

— Me gusta éste. Espere un momentito, madre. Voy a mi habitación por una cosa.

Salieron juntas. Llegaron a Gostini Dvor y, siguiendo a lo largo de la calle Sadóvaia, se acercaban ya a la esquina de la avenida Nevski, donde estaba la tienda de Ruzánov.

— Madre, quiero decirle dos palabras.

— ¿Qué quieres, Vérochka?

— Adiós, madre. No sé si volveré pronto. Si no se enfada usted, regresaré mañana.

— ¿Cómo es eso, Vérochka? No te entiendo.

— Adiós. Me voy con mi marido. Hace tres días que me casé con Dmitri Serguéievich. A la calle Karavánnaia, cochero.

— Vale veinticinco kopeks, señora.

— Bueno, arrea, y a toda prisa. Esta tarde pasará Dmitri Serguéievich a verles a ustedes. No se enfade conmigo, madre.

Las últimas palabras apenas llegaron a oídos de María Alexéievna.

— No vamos a la Karavánnaia. Te lo dije para que nos largáramos de allí cuanto antes y nos apartásemos de aquella dama. A la izquierda, por la avenida Nevski. Tengo que ir mucho más allá de la Karavánnaia, a la Quinta Línea de Vasílievski Ostrov, pasada la avenida Sredni. Rápido. Habrá propina.

— ¡Ay, señora, medio rublo por haber tratado de engañarme!

— Bueno. Si te portas bien.

XXI

La boda fue poco habitual, aunque nada pomposa.

Después de hacerse novios, Vérochka pasó dos días de júbilo pensando en la pronta liberación; al tercero, el "sótano" como ella decía, comenzó a parecerle doblemente agobiador; al cuarto lloró, cosa a la que era muy reacia, pero lloró un poco; al quinto, el llanto fue mayor, y al sexto dejó ya de llorar, pero la pena le impedía dormir.

Lopujov la vio y pronunció el primer monólogo transcrito; volvió a verla y pronunció el segundo. En el primero concibió un propósito que él mismo no supo definir, y en el segundo lo definió: "Después de mostrar la liberación a un amigo, no debe uno abandonarlo en el cautiverio".

Meditó luego dos horas: hora y media en el camino desde el puente Semiónovski hasta Viborgskaia Storoná y media hora en su cama. Los primeros quince minutos pensó sin fruncir el entrecejo; el resto del tiempo lo frunció; al pasar las dos horas se dio una palmada en la frente y diciendo: "Soy más animal que el jefe de correos de Gógol", miró al reloj. "Son las diez, aún hay tiempo" —pensó. Y salió a la calle.

Durante los primeros quince minutos, cuando aún no había arrugado el ceño, pensó lo siguiente: "Todo es pura tontería. ¿Para qué necesito terminar la carrera? Tampoco me perderé sin diploma. No lo necesito. Dando lecciones y traduciendo ganaré tanto o más que siendo médico. Tonterías".

Por consiguiente no había motivo para arrugar el entrecejo. A decir verdad, no le fue muy difícil llegar a tal conclusión porque desde la última clase venía presintiendo algo parecido. Y sólo ahora lo comprendía. Si le recordásemos aquella meditación suya que empezó con el tema del "sacrificio" y terminó con el de los vestidos, podríamos demostrarle que ya entonces presentía una circunstancia similar a ésta, pues, de no ser así, no le hubiese asaltado la idea de renunciar a la carrera científica. Entonces creía que no renunciaba, pero el instinto le decía ya: "Renunciarás, renunciarás irremediablemente". Y si reprocháramos a Lopujov, como pensador práctico, la falta de fundamento de su "no renuncio" de entonces, él se sentiría vencedor como teórico y diría: "Ahí tienen ustedes un nuevo ejemplo de cómo el egoísmo rige nuestros pensamientos (yo debía haberlo visto, pero no lo vi porque quería ver otra cosa) y nuestros actos: ¿por qué he hecho a la muchacha quedarse en el sótano una semana más cuando debí preverlo y organizarlo todo entonces?"

Sin embargo, nada de esto recordó ni pensó porque tenía que fruncir el ceño y pasarse una hora y tres cuartos pensando: "¿Quién nos casará?" La respuesta era una

sola: "Nadie". Pero, de pronto, en lugar de este "nadie" se le vino a la mente un apellido: "Mertsálov". Fue entonces cuando, según vimos, se dio la palmada en la frente y el justo calificativo de animal: ¿cómo no se había acordado de Mertsálov desde el principio mismo? El calificativo, justo en líneas generales, resultaba injusto en parte, pues no era muy natural pensar en Mertsálov para casarse.

Hay en la Academia de Medicina gente de todas clases, incluso seminaristas relacionados con la Academia de Teología. Por su mediación había hecho Lopujov algunos conocimientos en dicha academia. Un estudiante de teología, conocido suyo, aunque no amigo íntimo, había terminado los estudios un año antes y era sacerdote en un edificio con interminables pasillos en Vasílievski Ostrov. Lopujov fue a verle y, dado lo extraordinario del caso y lo avanzado de la hora, tomó un coche.

Mertsálov, solo en su casa, estaba leyendo una obra no se sabe si de Luis XIV o de algún otro rey de la misma dinastía.

— Vengo a verle por esto, Alexéi Petróvich —comenzó Lopujov, explicando al pope la causa de su venida—. Sé que representa un grave riesgo para usted. Si nos reconciliamos con los padres de ella, menos mal, pero ¿y si entablan juicio? Esto le puede acarrear a usted disgustos. Lo más seguro es que se los acarrearé, pero... —Lopujov no pudo hallar ningún "pero": ¿cómo es posible convencer a nadie de que se ponga la soga al cuello por nosotros?

Mertsálov meditó largo rato, buscando también un "pero" que le incitara a arrostrar el riesgo. Y tampoco pudo encontrarlo.

— ¿Qué partido tomar? Yo quisiera... Lo que hace usted ahora, lo hice yo hace un año y me he convertido en un cautivo, como lo será usted. Le ayudaría de buena gana y sentiría no hacerlo. Pero cuando se tiene mujer, da miedo lanzarse a una empresa a ojos cerrados.

— Buenas noches, Aliosha*. Te saluda toda mi gente. Buenas noches, Lopujov. ¡Cuánto tiempo sin verle! ¿De qué mujer hablan ustedes? Siempre echan las culpas a las mujeres —dijo entrando una rubia guapa y desenvuelta que tendría diecisiete años y que regresaba de casa de sus padres.

Mertsálov refirió el asunto a su esposa, y a la joven señora le relumbraron los ojos:

— Aliosha, no te van a comer...

— Pero es peligroso, Natasha.

— Mucho —confirmó Lopujov.

— Pues arriésgate, Aliosha. Te lo pido yo.

— Sabiendo que no me vas a reprochar el haber acometido este peligro sin acordarme de ti, no hay que hablar más. ¿Cuándo quiere usted casarse, Dmitri Serguéievich?

Había dejado de existir el último obstáculo.

En la mañana del lunes, Lopujov dijo a Kirsánov:

— Alexandr, te regalo la parte del trabajo que me corresponde. Recoge mis papeles y mis preparados. Lo tiro todo y me voy de la academia. Me caso.

Y le contó la historia en dos palabras.

— Si tú fueras tonto o lo fuera yo, te diría que esto es cosa de locos —respondió Kirsánov—. Pero no te lo digo. De fijo que habrás pensado los pros y los contras mejor que pueda hacerlo yo. Y si no los has pensado, da igual. No sé si haces bien o mal; pero no cometeré la tontería de querer disuadirte sabiendo que fracasará. ¿Me necesitas para algo?

— Hay que buscar un apartamento barato, de tres habitaciones. Yo necesito gestionar que en la academia me den los papeles cuanto antes, mañana mismo. Busca la casa tú.

El martes, Lopujov recogió sus documentos y fue a ver a Mertsálov para anunciarle que la boda sería al día siguiente.

* Diminutivo de Alexéi.

— ¿A qué hora le parece mejor, Alexéi Petróvich?
El pope dijo que le era indiferente, pues estaría todo el día en casa.

— Espero que podré mandar antes a Kirsánov para que le prevenga —concluyó Lopujov.

A las once de la mañana del miércoles, acudió al bulevar. Vérochka tardó bastante en llegar, y Lopujov comenzó a inquietarse, pero, por último, la vio venir presurosa.

— Vérochka, ¿te ha ocurrido algo?

— No, querido; es que me he despertado tarde.

— ¿A qué hora te dormiste?

— No quería decírtelo. A las siete. Estuve todo el tiempo pensando. Aunque no, quizá me dormiría antes, a las seis.

— Verás lo que quería pedirte, querida Veróchka: debemos cambiar impresiones para estar los dos tranquilos.

— Sí, lo necesitamos.

— Pues dentro de tres o cuatro días...

— Si así fuera ¡qué talento tendrías!

— Dentro de tres días habré encontrado casa y compraré lo que haga falta. ¿Podremos entonces irnos a vivir juntos?

— Sí, querido.

— Pero tendremos que casarnos antes.

— Ay, se me había olvidado.

— Casarnos podemos hoy mismo. Eso era lo que quería pedirte.

— Pues vamos a casarnos, amado mío. ¿Cómo has organizado todo esto? ¡Qué talento tienes!

— Por el camino te lo contaré. Vamos.

Llegaron al edificio, atravesaron los largos pasillos para pasar hasta la capilla, buscaron al guarda y lo mandaron por Mertsálov, que vivía en la misma casa.

— Ahora tengo otro ruego para ti, Vérochka. Ya sabes que en el momento de la boda obligan a los novios a besarse.

— Ya lo sé, querido. ¡Qué vergüenza!

— Pues mira, para que entonces no te avergüences tanto, vamos a besarnos ahora.

— Bueno, está bien, pero ¿no hay más remedio?

— En la iglesia es obligatorio. Vamos, pues, a prepararnos.

Y se dieron un beso.

— Menos mal que hemos tenido tiempo para la preparación —dijo Vérochka—. Allí viene el guarda. En la capilla no me dará ya tanta vergüenza.

Pero el guarda había ido a buscar al sacristán. El que venía era Kirsánov, que los había estado esperando en casa de Mertsálov.

— Vérochka, te presento a Alexandr Matvéievich Kirsánov, al que tanto odias y con el que quieres prohibirme todo trato.

— Vera Pávlovna ¿por qué quiere usted separar nuestros tiernos corazones?

— Porque son tiernos —contestó Vérochka tendiendo, sonriente, la mano a Kirsánov—. ¿Seré yo capaz de amar a Dmitri tanto como usted? Porque tengo entendido que le profesa un gran afecto.

— ¿Yo? Yo no quiero a nadie más que a mí mismo, Vera Pávlovna.

— ¿Tampoco a él lo quiere usted?

— Hemos vivido juntos sin pelearnos. Ya es bastante.

— ¿Y él tampoco le quería a usted?

— No lo sé. En fin, preguntémosle a él: ¿me querías, Dmitri?

— Mucho odio no te tenía.

— Bueno, siendo así, no le prohibiré que sea amigo suyo, Alexandr Matvéievich. Y yo también le querré.

— Eso es ya mucho mejor, Vera Pávlovna.

— Aquí me tienen preparado —acercóse Alexéi Petróvich—. Vamos para la capilla.

Alexéi Petróvich venía alegre, con gana de broma. Pero cuando comenzó la ceremonia del casamiento, su

voz tembló un instante. ¿Y si le entablaban juicio? Natasha, vete con tu padre, que tu marido no puede mantenerse. ¡Y es muy duro vivir a costa del padre teniendo marido! Sin embargo, después de pronunciar algunas palabras, el sacerdote se reanimó por completo.

Mediada la ceremonia, llegó Natalia Andréievna (Natasha, como la llamaba Alexéi Petróvich), y al final pidió a los recién casados que la siguieran, pues había preparado un frugal desayuno. Entraron, se rieron, incluso bailaron dos cuadrillas a dos parejas y un vals. Alexéi Petróvich, que no sabía bailar, tocaba el violín. Pasó alrededor de hora y media casi sin sentirlo. La boda fue alegre.

— Creo que en mi casa estarán esperándome para comer —dijo Vérochka—. Es hora de irse. Ahora no me dará pena pasar en mi sótano tres o cuatro días e incluso más. ¡Cómo va a darme pena si no tengo nada que temer! No, no me acompañes, iré yo sola, no sea que nos vea alguien.

— Por mí no pasen cuidado, señores, no me comerán —declaró Alexéi Petróvich al despedir a Lopujov y a Kirvánov, que permanecieron allí unos minutos para dar tiempo a que Vérochka se alejara—. Ahora me alegro de que Natasha me animase.

Al día siguiente, después de cuatro días de búsqueda, encontraron un buen apartamento en un extremo de la Quinta Línea de Vasílievski Ostrov. Como Lopujov no disponía más que de ciento sesenta rublos, él y su amigo llegaron a la conclusión de que no convenía comprar muebles ni cacharos. Alquilaron tres habitaciones amuebladas a un viejo tendero que pasaba pacíficamente los días vendiendo botones, cintas, alfileres, etcétera, junto a la avenida Sredni, entre la Primera y la Segunda líneas, y las tardes, hablando con su vieja esposa, la cual se dedicaba a zurcir trapos de toda clase que le traían por brazadas del mercado negro. Ajustaron el alquiler, el desayuno, la comida y los servicios en treinta rublos al mes. Entonces,

hace unos diez años, la vida estaba mucho más barata en Petersburgo. En tales condiciones, Lopujov y Vérochka disponían de medios para vivir alrededor de cuatro meses, pues con diez rublos mensuales tendrían bastante para la cena. Y en cuatro meses, Lopujov esperaba encontrar lecciones, algún trabajo literario, un puesto en la oficina de algún comerciante o cualquiera otra cosa. El mismo día en que hallaron el apartamento —un apartamento magnífico, pues para eso lo habían buscado tanto tiempo—, Lopujov fue a dar lección a Fedia y dijo a Vérochka:

— Vete mañana. Aquí tienes la dirección. No te hablo más para que no lo noten.

— ¡Te debo mi salvación, querido mío!

¿Cómo se iría de su casa? ¿Diría que se iba? Vérochka lo pensó y, temiendo que la madre tratara de pegarla o encerrarla, resolvió dejar una carta en su habitación. Cuando María Alexéievna dijo que la acompañaría hasta la avenida Nevski, la muchacha regresó a su alcoba y se llevó la carta, pareciéndole mejor y más noble declarar su intención a su madre, pues era de esperar que ésta no intentaría pegarle en la calle. Pero, por sí o por no, resolvió colocarse a cierta distancia de ella, darle la noticia y subirse inmediatamente en un coche a fin de que María Alexéievna no pudiera atraparla.

Así se produjo la escena a que hemos aludido junto a la tienda de Ruzánov.

XXII

Sin embargo, no hemos visto más que la mitad de dicha escena.

María Alexéievna, que no sospechaba nada semejante, quedó anonadada cosa de un minuto, tratando en vano de comprender lo que decía su hija, el cómo y el porqué de todo aquello. Sin embargo, su desconcierto duró un minuto o quizá menos. . . Estremeciéndose, finalmente, y pro-

lirio una palabrota, pero el coche que llevaba a su hija terció ya hacia la avenida Nevski. María Alexéievna corrió unos pasos en su seguimiento y, comprendiendo que a pie no lo alcanzaría, se lanzó a la acera: “¡Cochero!” — “¿A dónde quiere ir la señora?” Verdaderamente, ¿a dónde quería ir? La hija había ordenado al cochero que se dirigiese “a la calle Karavánnaia”, pero torció a la izquierda, hacia la avenida Nevski. ¿A dónde iba, en realidad? “¡Alcanza a aquella sinvergüenza!” — “¿Que la alcance, señora? Dígame a dónde vamos. Sin saberlo, no me muevo”. María Alexéievna, fuera de sí, cubrió de improperios al cochero. “Estás borracha, señora. No hay más que verlo” — dijo éste alejándose.

María Alexéievna le siguió un trecho insultándolo, llamó a otros cocheros, corrió de un lado para otro agitando los brazos y terminó por detenerse nuevamente bajo una columnata, dando furiosas patadas en el suelo. A su alrededor se reunieron cinco o seis mozalbetes de esos que venden toda suerte de baratijas junto a las columnas de Gostini Dvor. La miraban, curiosos, intercambiaban observaciones más o menos irreverentes acerca de ella y le hacían pícaros elogios acompañados de recomendaciones: “¡Ay, señora, a qué hora se te ha ocurrido alumbrarte! ¡Vaya con la señora!” “Señora, señora, cómprame unos cuantos limones para acompañar al vino. Te los daré baratos”. “No le hagas caso, señora. El limón no sirve para eso. Echate otro vaso al colete”. “Señora, ¡qué juramentos sueltas! ¿Quieres que apostemos a ver quien blasfema mejor?” María Alexéievna, sin darse cuenta de lo que hacía, agarró de la oreja al primero que se le puso a mano, un mozalbete de unos diecisiete años que le enseñaba la lengua con mucha gracia. El gorro del muchacho rodó por tierra y su pelambre quedó a merced de María Alexéievna, que le echó la zarpa en seguida ante el indescriptible entusiasmo de los restantes pilluelos: “¡Señora, señora, zúrrale la badana!” Algunos animaban a su compañero: “¡Fedka, zúmbale tú también!”

Pero la mayoría estaba decididamente de parte de María Alexéievna: “¡Como que Fedka va a poder con ella! ¡Zúrrale, señora, zúrrale al canalla, que se lo merece!” Se había congregado buena cantidad de público: cocheros, tenderos y transeúntes. María Alexéievna pareció recobrar y, apartando lejos de sí la cabeza de Fedka con un último movimiento maquinal, atravesó la calle acompañada por los jubilosos elogios de los mozalbetes.

Sólo cuando pasó el Colegio de Pajes se dio cuenta de que iba para su casa. Tomó un coche y llegó sin novedad. Pegó a Fedia, que salió a abrirle; corrió hacia el armario en busca de vodka; dio un empujón a Matriona, que se asomó al oír el estrépito; llegóse de nuevo al armario; penetró como una exhalación en el cuarto de Vérochka; un minuto después volvió a abrir el armario y regresó precipitadamente a la habitación de su hija, donde permaneció largo rato. Luego recorrió agitada las habitaciones, profiriendo juramentos, pero ya no tenía a quién pegar: Fedia se había refugiado en la escalera oscura; y Matriona, que había estado fisgoneando por un resquicio de la puerta de la habitación de Vérochka, huyó cuando vio levantarse a María Alexéievna y en vez de meterse en la cocina, se escondió debajo de la cama de su señora, donde aguardó a que se restableciera la calma.

María Alexéievna no pudo determinar si anduvo mucho tiempo maldiciendo y vociferando por las habitaciones; pero debió estar así bastante rato, porque en tal situación la halló Pável Konstantínovich al regresar de la oficina. También el marido se llevó lo suyo entre improperios y golpes. Mas como todo tiene fin en este mundo, María Alexéievna gritó: “¡Matriona, pon la mesa!” La criada vio que la tempestad había amainado, salió de debajo de la cama y sirvió la comida.

Mientras estuvieron comiendo, María Alexéievna no blasfemó una sola vez, limitándose a rugir sin intenciones agresivas, únicamente para desahogarse. Luego, en vez de acostarse, se sentó sola, en silencio unas veces y

gruñendo otras. Después dejó de gruñir y permaneció callada cierto tiempo. Por último gritó:

— ¡Matriona! Despierta al señor y dile que venga.

Matriona, que, como esperaba órdenes, no se había atrevido a irse a la taberna ni a ninguna otra parte, cumplió lo ordenado, y Pável Konstantínovich se presentó.

— Ve a ver a la dueña y comunícale que tu hija se ha casado con ese demonio por voluntad tuya. Dile que estas contra mí y que lo has hecho por agradarle a ella, convencido de que no quería que su hijo se casara con Vérochka. Explicale que era yo quien lo había tramado todo y dile que has cumplido su voluntad, que tú mismo los has juntado. ¿Me entiendes?

— Te entiendo. Muy bien pensado.

— Pues andando.. Aunque esté comiendo, levántala de la mesa para que se entere del asunto.

Las palabras de Pável Konstantínovich eran tan razonables, que la dueña las habría creído aunque él no hubiese tenido la facultad de exponer los hechos de manera tan convincente y respetuosa. Y su fuerza de convicción llegaba a tanto, que la dueña se lo habría perdonado todo a Pável Konstantínovich aunque no existiesen pruebas tangibles de que el administrador había obrado contra los designios de su esposa, uniendo a Vérochka y a Lopujov para evitar el innoble casamiento de Mijaíl Ivánovich. ¿Cómo se habían casado? Pável Konstantínovich no había escatimado la dote: había dado cinco mil rublos a Lopujov, cargando también con los gastos de la boda y del ajuar. El era quien llevaba las esuelas amorosas. Vera y Lopujov se entrevistaban en casa de un compañero de trabajo suyo, el señor Filántiev, jefe de negociado. “Es hombre casado, respetabilísima señora. Aunque soy humilde, velo muy celosamente por el honor de mi hija. Se veían en mi presencia, y aunque nuestros medios no nos permiten pagar un maestro para un hijo tan pequeño, busqué ese pretexto”. Etcétera, etcétera. Pá-

vel Konstantínovich explicó los negros designios de su esposa, condenándolos en los términos más crudos.

¿Cómo no convencerse y cómo no perdonar al administrador, que, además, acababa de darle aquella alegría, tan enorme como inesperada? El júbilo enternece los corazones. La dueña comenzó su discurso absolutorio exponiendo muy largamente la vileza de las intenciones y de los actos de María Alexéievna. Al principio exigió que Pável Konstantínovich echara de casa a su mujer, pero él le suplicó que no insistiese en eso. Y, por otra parte, ella lo había dicho tan sólo para desahogarse. Finalmente se aprobó una transacción, según la cual Pável Konstantínovich continuaba de administrador, perdiendo el apartamento que daba a la calle y mudándose al patio interior a fin de que su mujer no osase presentarse en aquellos lugares del primer patio donde la dueña pudiera verla. Y María Alexéievna quedaba obligada a salir a la calle por la puerta más apartada de las ventanas del ama. De los veinte rublos mensuales añadidos al sueldo del administrador, se rebajaban quince, y se dejaban cinco para premiar su celo en contentar a la dueña y para gastos de la boda de su hija.

XXIII

María Alexéievna había concebido varios proyectos para cuando se presentase Lopujov aquella tarde. El más sensible consistía en esconder en la cocina a dos porteros que, a una señal, se abalanzarían sobre él y lo apalearían; y el más patético, en que Pável Konstantínovich y ella maldijesen solemnemente a la hija rebelde y al bandolero seductor, recordándoles que, según es notorio, hasta la tierra se niega a recibir los restos de aquéllos sobre quienes pesa la maldición paterna. Pero todo esto era tan ilusorio como la idea de la dueña de separar a Pável Konstantínovich y a su mujer. Semejantes proyectos, igual que la poesía, no sirven para nada práctico,

sino para desahogarse, para hacer interminables cavilaciones a solas o para decir en conversaciones posteriores: "Yo podía haber hecho esto y quería hacerlo, pero mi bondad me ablandó".

Los proyectos de apalear a Lopujov y de maldecir a Vérochka constituían la parte ideal de las intenciones y sentimientos de María Alexéievna. La parte real era menos elevada y más práctica, cosa inevitable a causa de las flaquezas de todo ser humano. Cuando María Alexéievna se recobró junto a los portalones del Colegio de Pajes y comprendió que su hija había desaparecido verdaderamente, casándose y yéndose de su casa, estos hechos repercutieron en su conciencia tomando la forma de una exclamación mental: "¡Me ha robado!" Todo el camino fue exclamando para sí y algunas veces en voz alta: "¡Me ha robado!" Por eso, deteniéndose tan sólo unos minutos para propinar unos golpes a Fedia y a Matriona —debilidades humanas: todo el mundo se arrebata al expresar sus sentimientos hasta el punto de olvidar el interés del momento—, María Alexéievna corrió a la habitación de Vérochka y se lanzó sobre los cajones del tocador y sobre el ropero, inspeccionándolos con mirada presurosa. "No, parece que todo está intacto". Hecha esta conclusión tranquilizadora, procedió a comprobarla mediante una inspección más minuciosa. Resultó que todas las joyas y los vestidos estaban allí, excepto los sencillos pendientes de oro, el viejo vestido de gasa y el ya raído abrigo que su hija llevaba al salir de casa. Meditando aquel asunto de la vida real, María Alexéievna supuso que Vérochka daría a Lopujov una lista de sus ropas y alhajas para reclamarlas, y resolvió firmemente no desprenderse de ningún objeto de oro, dando tan sólo los cuatro vestidos de menos valor y la ropa interior más usada: el decoro impedía no dar nada, y María Alexéievna fue siempre celosa guardadora del decoro.

Otro problema de la vida real era el de las relaciones con la dueña de la casa. Ya hemos visto que María Alexéievna logró resolverlo felizmente.

Quedaba en pie una tercera cuestión: ¿Qué hacer con la miserable y con el canalla, con su hija y con aquel yerno que se le colaba de rondón? ¿Maldecirlos? Eso no era difícil, pero sólo podía servir de postre para algún plato más fuerte. Y el plato fuerte podía consistir únicamente en presentar una reclamación judicial, en entablar juicio. Al principio, en el apogeo de su nervosismo, María Alexéievna miraba esta solución desde el punto de vista ideal, y enfocada así, le parecía muy seductora. Mas a medida que el cansancio producido por la tormenta espiritual iba enfriándole la sangre, el asunto empezó a presentar otro cariz. Nadie mejor que ella sabía que para un juicio se necesitaba dinero y más dinero y que aquella causa, tan sugestiva por su encanto ideal, costaría mucho, muchísimo, duraría una enormidad de tiempo y, después de sacarle a ella un montón de dinero, no daría resultado alguno.

¿Qué partido tomar? En resumidas cuentas, dedujo que tendría que hacer dos cosas tan sólo: poner a Lopujov como un trapo, dando rienda suelta a la lengua, y defender contra las reclamaciones del yerno la ropa y las alhajas de Vérochka. El medio para conseguir este último fin era amenazar con presentar una reclamación al juzgado. Y tenía que increpar a Lopujov a sus anchas.

Mas no consiguió increparlo. Llegó el yerno y comenzó diciendo:

— Vérochka y yo rogamos a ustedes, María Alexéievna y Pável Konstantínovich, que nos perdonen porque, sin su consentimiento. . .

María Alexéievna lo atajó gritando: "¡Maldeciré a esa sinver. . .!"

No terminó de decir "sinvergüenza" porque Lopujov le cortó la palabra con voz airada: "No estoy dispuesto a oír sus insultos. He venido a hablar de asuntos serios.

Como está usted alterada y no puede razonar tranquilamente, hablaré con Pável Konstantínovich. Cuando se calme usted, mande a Fedia o a Matriona a buscarnos". Dicho esto, se llevó al suegro en dirección al gabinete. Mientras estuvo conversando con María Alexéievna, empleó tal tono, que ella, incapaz de sobreponerse a los gritos del yerno, tuvo que suspender los suyos.

Lopujov condujo a Pável Konstantínovich hasta la puerta de la sala, se detuvo allí, se volvió y dijo:

— También hablaría con usted ahora, María Alexéievna. Mas para tratar este asunto se requiere calma.

Ella se disponía a reanudar sus gritos, pero él la interrumpió:

— Si no puede usted hablar serenamente, nos vamos.

— ¿Y a dónde vas tú, so idiota? — rugió María Alexéievna dirigiéndose a su marido.

— Yo no voy; él me lleva.

— Y si Pável Konstantínovich no deseara hablar con serenidad, me marcharía, pues me da igual. Ahora bien, Pável Konstantínovich, ¿por qué permite usted que le den esos nombres? María Alexéievna no tiene ni idea de la vida; probablemente cree que puede hacer con nosotros lo que se le antoje, pero usted es funcionario y debe conocer mejor las cosas. Dígale que no puede causar ningún mal a Vérochka y menos todavía a mí.

"El muy miserable sabe que no les puedo hacer nada" —pensó María Alexéievna, y dijo a Lopujov que su primer acaloramiento era la reacción de la madre, pero que ya podía hablar con calma.

Regresaron los dos hombres a la sala y se sentaron los tres. Lopujov pidió a María Alexéievna que le oyera sin rechistar, y que ella tomase la palabra después. Y comenzó a hablar, alzando mucho la voz cada vez que ella intentaba interrumpirle.

Así pudo terminar felizmente su discurso, que consistió en lo siguiente: Descasarlos era imposible y, por lo tanto, el asunto de Storéshnikov estaba descartado "como

ustedes mismos saben y, en consecuencia, es inútil que se esfuercen, aunque pueden obrar como les parezca: si tienen dinero de sobra, hasta les recomiendo que prueben. Por otra parte, no es para apenarse, pues Vérochka nunca habría aceptado casarse con Storéshnikov, de donde se deduce que la empresa iniciada era irrealizable, como usted misma ha visto, María Alexéievna". De uno u otro modo, había que casar a la muchacha, cosa siempre gravosa para los padres: la dote, que es lo principal, los gastos de la boda... "Así, pues, todavía tendrán que dar las gracias a su hija por haberse casado sin perjuicio para ustedes". En este plan habló alrededor de media hora.

Cuando hubo acabado, María Alexéievna se convenció de que con aquel bandolero no valía la pena discutir. Persuadida de ello, invocó los sentimientos, diciendo que lo doloroso era que su hija se hubiese casado sin pedir el consentimiento de sus padres, cosa sumamente dura para un corazón materno. Y cuando salieron a colación los sentimientos y penas maternas, la conversación, naturalmente, adquirió un solo sentido para ambas partes: era imposible no hablar de aquello; el decoro lo exigía. Y el decoro quedó satisfecho: María Alexéievna dijo que, como madre amorosa, estaba muy apenada; replicó Lopujov que ella, como madre amorosa, podía no apenarse. Y cuando cubrieron las formas con largas divagaciones de rigor acerca de los sentimientos, pasaron a otro punto dictado también por el decoro. "Siempre hemos deseado la felicidad de nuestra hija" —declaró una parte, y la otra respondió que no había la menor duda de ello. Una vez que hablaron del asunto lo suficiente para cubrir las formas, se despidieron con explicaciones tan largas como requería el decoro y llegaron al siguiente acuerdo: Lopujov, haciéndose cargo del trastorno de la pobre madre, no le pedía que permitiese a su hija venir a verla, pues quizá fuera todavía demasiado doloroso para el corazón materno; María Alexéievna tendría noticia de que Vérochka era feliz, lo que, evidentemente, había constituido

siempre su único deseo; al tener tales noticias, su corazón de madre se tranquilizaría totalmente y entonces estaría en condiciones de ver a su hija sin acongojarse.

En eso quedaron, y se despidieron pacíficamente.

— ¡Buen bandido está hecho! — dijo María Alexéievna cuando se marchó el yerno.

Por la noche soñó lo siguiente: Ella estaba sentada junto a la ventana cuando vio venir por la calle una carroza suntuosísima. Se detuvo la carroza y salió de ella una elegante dama acompañada por un caballero. Los dos entraron en la habitación, y la dama dijo: "Mire usted, mamita, cómo me viste mi esposo". La dama era Vérochka. María Alexéievna vio que su hija llevaba un vestido de los más caros, y Vérochka le explicó: "Tan sólo la tela vale quinientos rublos, y eso es una pequeña para nosotros, mamita. Tengo una docena de vestidos por el estilo. Y esto vale más caro. Fíjese en mis manos". María Alexéievna miró y vio en los dedos de Vérochka anillos con enormes brillantes. "Esta sortija, mamita, vale dos mil rublos, y ésta, más todavía: cuatro mil. Pues ¿y el broche que llevo en el pecho? ¡Diez mil rublos ha costado!" Y el caballero, Dmitri Serguéievich, añadió: "Estas son pequeñas para nosotros, querida madre. Lo principal lo llevo en el bolsillo. Vea usted, mamita, esta gruesa cartera; está llena de billetes de cien rublos, y se la regalo porque para nosotros no tiene importancia. Esta otra cartera, más gruesa todavía, no se la doy porque en ella no hay billetes, sino valores bancarios y letras de cambio, cada uno y cada una de los cuales tiene más valor que toda la cartera que le he regalado, querida madre". — "Ha sabido usted hacer feliz a Vérochka y a toda nuestra familia, querido hijo Dmitri Serguéievich. Pero ¿de dónde ha sacado tanta riqueza, hijo mío?" — "He arrendado varias concesiones, mamita".

María Alexéievna se despertó y pensó: "Verdaderamente, ése es el camino que debiera seguir".

A partir de ahora, deja usted de ser persona influyente en la vida de Vérochka, María Alexéievna. Y, al despedirse de usted, el autor de esta narración le ruega que no se queje por haber salido de la escena de manera tan poco airosa. No crea que por eso pierde el respeto de sus semejantes. Ha sido chasqueada, mas no por ello apreciamos menos su talento, María Alexéievna: su error no es un testigo de cargo contra usted. Tropezó con personas a las que nunca había tratado antes, y nada tiene de particular que se equivoque, enjuiciándolas con arreglo a sus experiencias anteriores. Su vida la había llevado a la conclusión de que los hombres se dividen en dos clases: tontos y pillos. "Quien no es un tonto, es un pillo, sin duda alguna —pensaba usted—. Y quien no sea un pillo, no puede ser sino un tonto". Este criterio era muy atinado, María Alexéievna. Hasta hace poco era acertado por completo. Usted ha visto magníficos habladores y ha comprobado que todos ellos, sin excepción alguna, son truhanes que aturden a los demás con buenas palabras o zagalones estúpidos, desconocedores de la vida e incapaces de hacer nada a derechas. Por eso no ha creído usted nunca en las palabras bonitas, considerándolas una bobada o un engaño. Y llevaba usted razón. Su criterio de la vida estaba ya totalmente formado cuando encontró a la primera mujer que no era una estúpida ni una tunanta. A usted podía perdonársele que quedara indecisa, sin saber qué pensar de ella ni cómo tratarla. Su opinión de la gente se había formado ya por completo cuando halló al primer hombre generoso que no era un chicuelo bonachón y miserable, que conocía la vida tan bien como usted, que juzgaba de ella con no menos acierto que usted y que tenía para los negocios tanta habilidad como usted. A usted podía perdonársele que se equivocara, tomándolo por un zorro como usted. Estos yerros,

María Alexéievna, no disminuyen mi respeto hacia usted, mujer lista y práctica. Usted sacó a su marido de la nada y se aseguró la vejez, cosas hartó positivas y sobremañera difíciles. Los medios de que se valió fueron poco limpios, pero las circunstancias no le proporcionaron otros. Sus medios dependen de su situación, y no de su persona. El deshonor de ellos no la alcanza a usted. Por el contrario, constituyen un homenaje a su inteligencia y a la fuerza de su carácter.

¿Satisface a usted, María Alexéievna, este reconocimiento de sus cualidades? Evidentemente, esto debiera bastar para satisfacerla, pues nunca se le habrá ocurrido pensar que es usted simpática y bondadosa. En instantes de involuntaria franqueza, usted misma se reconoció mala y deshonesta, sin considerar que su maldad y deshonestidad constituyeran una deshonra para usted y arguyendo que, en las circunstancias de su vida, no podía usted ser de otra manera. Por consiguiente, no le extrañará gran cosa que a este elogio de su talento y de la fuerza de su carácter no se haya añadido una alabanza de sus virtudes, pues estima que no las posee y considera que poseerlas es más una estupidez que una buena cualidad. Por tanto, no tratará usted de reclamar más encomio que el que hemos hecho. Pero puedo decir en honor suyo otra cosa: de todas las personas que me desagradan y con las cuales no quisiera tener trato, preferiría tenerlo con usted antes que con ninguna. Ciertamente, usted es inexorable donde su conveniencia lo requiere. Pero si el perjudicar a alguien no le reporta ninguna ventaja, usted no perjudica por el solo gusto de perjudicar: cree que no vale la pena perder el tiempo, el esfuerzo y el dinero sin utilidad alguna. Ni que decir tiene que usted hubiera asado de buena gana, a fuego lento, a su hija y a su yerno; pero supo refrenar sus ímpetus vengativos para examinar fríamente el asunto, y comprendió que no conseguiría freírlos. ¡Saber comprender la imposibilidad de una cosa constituye una cualidad magnífica, María Ale-

xéievna! Al comprenderla, desistió usted de entablar un proceso que no habría hundido a las personas que tanta rabia le daban. Se hizo usted cargo de que los pequeños sinsabores que les causaría con el proceso le costarían a usted disgustos y molestias mucho mayores, y por eso no recurrió a los tribunales. Si es imposible vencer al enemigo y si por ocasionarle un daño minúsculo ha de sufrir uno mismo un perjuicio más grande, no hay por qué comenzar la lucha. Comprendiéndolo así, tiene usted la sensatez y el valor de rendirse ante la imposibilidad y no se causa a sí misma ni ocasiona a los demás un perjuicio inútil. Esa es también una excelsa cualidad, María Alexéievna. Sí, con usted se puede tratar todavía, porque no busca el mal por el mal, en su propio daño. ¡Rarisima y excelente cualidad, María Alexéievna! Millones de personas son más dañinas para sí mismas y para sus semejantes, aunque no tienen el terrible aspecto de usted. Entre las malas, se destaca usted como la mejor precisamente porque no es irracional ni obtusa. Yo la exterminaría a usted con mucho gusto, pero la respeto porque no estropea las cosas. Se dedica a asuntos tenebrosos porque así lo exige su situación. Colocándola en situación distinta, no le costaría trabajo ser inocua e incluso útil, pues no mediando el cálculo monetario, no se inclina usted por el mal, y si le conviene, es capaz de hacer cualquier cosa, hasta obras nobles y honradas. Es usted capaz de eso, María Alexéievna, y no tiene la culpa de que esta capacidad permanezca inactiva en su interior ni de que, en lugar de ella, actúen las facultades opuestas. Pese a todo, existe en usted esta facultad, cosa que no puede decirse de todo el mundo. La gente podrida es incapaz de nada. Usted no es más que mala, pero sin llegar a la putrefacción. También en el sentido moral aventaja usted a muchos.

— ¿Está usted satisfecha, María Alexéievna?

— ¿Cómo voy a estarlo, con lo mal que me van las cosas?

— Pues eso es lo bueno, María Alexéievna.

Capítulo tercero

EL MATRIMONIO Y EL SEGUNDO AMOR

I

Tres meses llevaba Vérochka fuera del sótano. Los asuntos de los Lopujov iban viento en popa. El tenía ya bastantes lecciones, y un editor le había dado a traducir un manual de geografía. Vera también tenía dos lecciones ni muy envidiables ni muy malas. Entre los dos ganaban alrededor de ochenta rublos mensuales, que no les permitían vivir sino muy modestamente, pero estaban a cubierto de toda necesidad. Sus recursos iban en aumento, y los dos creían que a los cuatro meses, o quizás antes, podrían poner casa propia, como en efecto sucedió.

Por supuesto, no organizaron su vida tal y como propuso Vera Pávlovna, medio en broma medio en serio, el día de sus singulares amonestaciones, pero sí de manera muy parecida. El viejo y la vieja en cuya casa se alojaron comentaban entre sí el extraño modo de vivir de los

jóvenes esposos, que no parecían ni jóvenes ni esposos, sino Dios sabe qué.

— Así que según veo yo y dices tú, Petrovna, parece como si fueran hermanos...

— ¡Vaya una comparación! ¡Entre hermano y hermana no caben tantas ceremonias! El se levanta, se pone el batín y se sienta hasta que le llevo el samovar. Hace té, la llama y entonces sale ella, vestida ya. ¿Te das cuenta? ¡Qué hermanos ni qué diablos! Podías compararlos con dos familias que, por su pobreza, vivieran en un solo apartamento.

— ¿Y cómo se explica que el marido no pueda entrar a ver a su mujer si no está vestida?

— Pues si vieras cómo se despiden por la noche... "Adiós, querido, buenas noches" —dice ella. Se va cada cual a su habitación, se sientan y se ponen a leer. El escribe a veces. Escucha lo que pasó una vez. Estaba ella acostada, leyendo un libro. De pronto oí por el tabique cómo se levantaba. Yo tampoco tenía gana de dormir. ¿Qué te figuras? Por el ruido noté que se había colocado delante del espejo. Se estaba peinando, como si se dispusiera a ir de visita. La oí salir, y yo misma salí al pasillo. Me subí en una silla y me puse a mirar por el montante de la habitación de él. Ella se acercó: "¿Se puede, querido?" — "Ahora mismo, Vérochka, espera un instante". También estaba acostado. Se vistió a la carrera, se echó por encima el batín y pensé que se pondría hasta la corbata. Pero no se la puso. Cuando se arregló un poco, dijo: "Ya puedes pasar, Vérochka". — "Hay en este libro una cosa que no comprendo. Explicamela". El se la explicó. "Perdona, querido, que te haya moleestado" —dijo ella. Y él respondió: "No, Vérochka, no ha sido ninguna molestia. Yo estaba echado nada más". Y ella se fue.

— ¿Sin más ni más?

— Sin más ni más.

— ¿Y él?

— Pues nada. Lo asombroso no es que ella se marchara. Lo asombroso es que se vistió para ir a ver al marido y que él le dijo que esperase hasta que él se vistiera. ¿Quieres explicarme el asunto?

— Debe ser alguna secta, Petrovna; porque hay sectas de todas clases.

— Quizá sea verdad lo que dices.

En otra ocasión trabaron el siguiente diálogo:

— Danílich, le he preguntado a ella por qué viven así. “No tome a mal mi pregunta —le dije—. ¿De qué religión son ustedes?” “¿Pues de cuál vamos a ser? —respondió—. De la rusa”. — “¿Y su esposo?” — “También”. — “¿Y no son ustedes de ninguna secta?” — “De ninguna. ¿Por qué lo pregunta?” — “Pues porque, señora —no sé si será señora o señorita—, ¿usted vive o no vive con su marido?” — “Claro que vivo”. Y se echó a reír.

— ¿Se echó a reír?

— Como lo oyes. Dijo que sí, que viven juntos. “Entonces, ¿por qué se viste para verlo, como si no fueran marido y mujer?” — “Para no presentarme a él desarreglada. Pero eso no quiere decir que seamos de ninguna secta”. — “¿Y qué ganan con eso?” — “Así el querer es más grande, y no hay disgustos”.

— Sabes, Petrovna, parece que lleva razón. Hay que ir siempre compuesto.

— Fíjate, además, lo que dijo: “No me gusta que los demás me vean desarreglada. Y como a mi marido lo quiero más que a nadie, no me presento a él sin antes lavarme”.

— Pues también en eso creo que no va descaminada, Petrovna. ¿Por qué los hombres se fijan en mujeres ajenas? Porque las ven bien vestidas y las suyas van desaliñadas. Así lo dicen las Escrituras, las parábolas de Salomón. Fue un rey muy sabio.

II

Los Lopujov vivían bien. Vera Pávlovna estaba siempre alegre. Una vez, a los cinco o seis meses de la boda, Dmitri Serguéievich regresó de una lección y advirtió en su mujer un estado de ánimo muy particular: en los ojos le brillaban el orgullo y la satisfacción. Dmitri Serguéievich cayó en la cuenta de que llevaba ya varios días notando en ella síntomas de grata inquietud, de sonriente ensimismamiento, de sutil orgullo.

— Vérochka, tú estás contenta por algo. ¿Por qué no me lo dices?

— Creo que la cosa marcha, querido; pero espera un poco; te lo diré cuando esté segura. Hay que aguardar unos días. Será una gran satisfacción para mí. También tú te alegrarás, lo sé. Y Kirsánov, y Mertsálov.

— Pero ¿qué pasa?

— Te has olvidado de nuestro acuerdo: no preguntar. Te lo diré cuando sea seguro.

Transcurrió otra semana.

— Querido, voy a contarte el motivo de mi alegría. Quiero pedirte consejo, pues eres entendido en esas cosas. Hace mucho tiempo que deseo tener una ocupación. Y he pensado poner un taller de costura, ¿te parece bien?

— Vérochka, también acordamos que no te besaría las manos, pero eso era para la vida en general y no para casos como éste. Deme usted la mano, Vera Pávlovna.

— Después, querido, cuando todo esté hecho.

— Cuando todo esté hecho, tendrás que dárme la no sólo a mí; Kirsánov, Alexéi Petróvich, todos te la besarán. Y ahora estoy yo solo. La intención lo vale.

— ¿Violencia? Mira que pido socorro.

— Pídelo.

— Terminaré por avergonzarme y no decir nada. ¡Cómo si la cosa tuviera tanta importancia!

— La tiene por lo que te voy a decir: hablamos mucho y no hacemos nada. Y tú, que has empezado a pensar en esto después que todos, has sido la primera en decirte.

Vérochka apoyó la cabeza en el hombro de su marido y ocultó la cara:

— ¡Cuánto elogio!

El marido le besó la cabeza:

— ¡Qué cabecita más inteligente!

— Estáte quieto, querido. No se te puede decir nada.

¡Qué ocurrencias!

— Bien, me estaré quieto. Habla. ¡Qué buena eres!

— ¡No digas eso!

— Bueno, te llamaré mala.

— ¡Qué cosas tienes! No me dejas hablar. Oyeme tranquilo. Creo que lo principal consiste en que desde el principio mismo se ponga tanto celo al elegir la gente, que los elegidos sean verdaderamente honrados, buenos, no frívolos ni vacilantes, sino tenaces y blandos a un tiempo, que no se enzarcen en disputas vanas y que sepan elegir a otros, ¿no es así?

— Así es.

— He encontrado a tres muchachas de esas condiciones. ¡Oh, cuánto he tenido que buscar! Tres meses yendo de tienda en tienda hasta encontrarlas. Son tan buenas... Y las conozco a fondo.

— Hace falta, además, que conozcan bien el oficio, pues la empresa tiene que marchar por su propio pie y todo ha de basarse en la ganancia.

— Ni que decir tiene.

— ¿Y qué más? ¿Qué quieres consultar conmigo?

— Los pormenores.

— Bueno, pues cuéntamelos. De seguro que tú lo habrás pensado todo y que sabrás amoldarte a las circunstancias. Ya sabes que lo esencial es el principio, el carácter y la pericia. Los pormenores se determinan por sí mismos, por las particularidades específicas de cada situación.

— Lo sé, pero cuando tú me los confirmes, estaré más segura.

Hablaron mucho tiempo. Lopujov no tuvo que corregir en nada el plan de su mujer. Mas para ella misma, el plan se desplegó y esclareció al explicárselo a él.

Al día siguiente, Lopujov llevó a la administración de *Politseiskie Védomosti* un anuncio comunicando al público que Vera Pávlovna Lopujova confeccionaba vestidos de señora, ropa interior, etcétera, a precios módicos.

Aquella misma mañana, Vera Pávlovna fue a casa de Julie.

— La señora no conoce mi apellido de ahora. Anúnciele a *mademoiselle* Rozálskaia —dijo a la doncella.

— ¡Viene usted sin velo a mi casa, niña querida, y dice su nombre a la criada! ¡Es una locura! ¡Se busca usted su propia perdición!

— Ahora estoy casada. Puedo ir a todas partes y hacer lo que quiera.

— Pero su marido se enterará.

— Dentro de una hora estará él mismo aquí.

Julie le preguntó cómo se había casado. Al oír el relato de Vérochka se llenó de júbilo, la abrazó, la besó, lloró. Una vez pasado el arrebató, Vera Pávlovna procedió a exponerle el objeto de su visita:

— Ya sabe usted que a los viejos amigos se les recuerda cuando hay necesidad de ellos. Tengo que pedirle un gran favor. Pienso abrir un taller de costura. Hágame encargos y recomíendeme a sus amistades. Yo misma coso bien, y tengo buenas oficiales. Usted conoce a una de ellas.

Efectivamente, Julie conocía muy bien a una, excelente costurera.

— Vea usted una muestra de mi trabajo. Este vestido lo he hecho yo misma. ¿Verdad que me sienta bien?

Julie examinó atentamente el vestido, la hechura del volante y de los puños, quedando satisfecha.

— Querida niña, podría usted alcanzar grandes éxitos, pues no le falta pericia ni gusto. Mas para eso necesitaría tener una tienda por todo lo alto en la avenida Nevski.

— Con el tiempo, la abriré. Este será mi objetivo. De momento recibo encargos a domicilio.

Dejando esta conversación, volvieron a hablar del casamiento de Vérochka.

— Storéshnikov se pasó dos semanas en horribles francachelas, pero luego hizo las paces con Adele. Me alegro mucho por ella. El es un buen chico; lástima que Adele no tenga carácter.

Ya en su elemento, Julie comenzó a contar las hazañas de Adele y de otras. Como *mademoiselle* Rozálskaia era ya *madame*, la francesa no estimaba necesario reprimirse. Al principio habló con prudencia, pero luego se fue entusiasmando y se puso a describir sus diversiones toda jubilosa, sin reparar en la turbación de Vera Pávlovna. Por fin se recobró ésta y continuó escuchando a Julie con el angustiado interés de quien contempla las facciones de un ser querido deformadas por una dolencia. Pero entró Lopujov, y la francesa se transformó en una grave dama dotada de finísimo tacto. Sin embargo, no fue capaz de mantenerse en tal papel durante largo tiempo. Empezó felicitando a Lopujov por haberse casado con aquella mujer tan hermosa y tornó a enardecerse: “Tenemos que celebrar su boda” —dijo y mandó traer unos bocadillos y champañá. A Vérochka se le fue la cabeza porque tuvo que tomarse media copa por su boda, otra media por su taller y otra media por Julie. Las dos mujeres armaron gran alboroto con sus gritos. La francesa tiró un pellizco a Vérochka y salió corriendo, perseguida por ella: carreras y saltos por encima de las sillas. Lopujov se reía. Por último, Julie decidió hacer alarde de su fuerza: “Soy capaz de levantarla a usted con una sola mano”. — “No lo creo”. Comenzaron a forcejear, cayeron ambas sobre el diván y ya

no quisieron levantarse: siguieron gritando y riendo hasta que se quedaron dormidas.

Hacia mucho tiempo que Lopujov no se había visto en tal situación. No sabía qué hacer. ¿Despertarlas? Era una pena malograr la alegría de la entrevista con un final forzado. Se levantó cuidadosamente y dio una vuelta por la habitación buscando un libro. Encontró *Chronique de l'Oeil de Boeuf*, obra que eclipsaba a “Faublas”¹¹. Sentóse en un diván, al otro extremo de la pieza, se puso a leer y al cabo de quince minutos dormía también, vencido por el tedio.

Pasadas dos horas, Polina despertó a Julie. Era la hora de comer. Sentáronse a la mesa sin esperar a Serge, que se hallaba en un banquete de gala. Julie y Vérochka volvieron a alborotar y luego se pusieron serias. En el momento de despedirse eran ya damas graves, y sólo entonces se le ocurrió a la francesa preguntar a Vérochka por qué ponía el taller, pues si lo que necesitaba era dinero, le convenía mucho más hacerse actriz o incluso cantante, ya que tenía tan buena voz. Con tal motivo tornaron a sentarse. Vérochka expuso sus proyectos, y Julie se llenó de entusiasmo nuevamente, prodigándole mil bendiciones mezcladas con lamentos y lágrimas: ella, Julie Le Tellier, era una mujer perdida, pero no desconocía “la virtud”. Al despedirse hubo nuevas lágrimas, nuevos abrazos y bendiciones.

Cuatro días después, Julie se presentó en casa de Vera Pávlovna con muchos encargos y con las direcciones de algunas amigas, probables clientes. Llevó consigo a Serge, al que había convencido de la necesidad de que la acompañara: “Lopujov estuvo en mi casa, y tú estás obligado a devolverle la visita”. La francesa mantuvo una actitud grave, sin modificarla en lo más mínimo durante el largo tiempo que permaneció en casa de los Lopujov: había notado que las paredes eran finos tabiques, y sabía velar por el buen nombre de los demás. Lejos de entusiasmarse, caía en un estado de ánimo bucó-

lico, interesándose profundamente por todos los pormenores de la precaria existencia de los Lopujov y afirmando que así había que vivir y no de otra manera, que sólo en un ambiente modesto era factible la auténtica felicidad; incluso declaró a Serge que deseaba marcharse con él a Suiza, donde alquilarían una casita entre campos y montañas, a la orilla de un lago, se amarían, pescarían y cuidarían su huerto. Serge repuso que aceptaba sin reservas, pero que ya vería lo que pensaba ella dentro de tres o cuatro horas.

El ruido de la elegante carroza y el repiqueteo de las herraduras de los admirables caballos de Julie produjeron imponente impresión en el vecindario de la Quinta Línea, entre las avenidas Sredni y Mali, donde no se había visto nada semejante por lo menos desde la época de Pedro el Grande. Muchos ojos vieron cómo el divino fenómeno se detenía ante el portalón de una casita de madera, de una sola planta y siete ventanas. Y vieron también salir de la encantadora carroza un nuevo fenómeno, más admirable aún que el anterior: una soberbia dama con un apuesto oficial cuya distinción no ofrecía dudas. Un minuto después se abrió el portalón y la carroza penetró en el patio con gran pesar de los curiosos, que perdieron toda esperanza de volver a ver al magnífico oficial y a la elegantísima dama en el momento de la partida. Cuando el dueño de la casa regresó, su mujer tuvo con él la siguiente conversación:

— Danílich, por lo visto nuestros inquilinos son gente importante. Han venido a verlos un general y una generala. Ella iba vestida como no hay idea, y él llevaba dos estrellas.

Es asombroso cómo pudo Petrovna ver las estrellas que Serge no tenía y que, aunque las hubiera tenido, probablemente no las habría llevado en aquel viaje al servicio de Julie. Pero de que las vio verdaderamente, de que no habló por hablar, respondo yo. Las vio sin género de dudas. Nosotros sabemos que él no las tenía; pero su

aspecto era tal, que desde el punto de vista de Petrovna era imposible no ver en él dos estrellas. Por eso las vio. No lo digo en broma: las vio.

— ¡Y qué librea la del lacayo, Danílich! Paño inglés, de a cinco rublos la vara; era un hombre rígido, imponente, pero tan amable, que respondía a mis preguntas. Me dejó tocarle la manga. Magnífico paño. Se ve que no andan faltos de dinero. Pasaron con nuestros inquilinos alrededor de dos horas. Los nuestros hablan con ellos sin cumplidos, como yo contigo, y no les hacen reverencias, y se ríen juntos. Los dos hombres se repantigaron en sillones y se pusieron a fumar; y el nuestro no se cohibía de estar en esa postura delante del general. Es más: se le apagó el cigarrillo y tomó el del visitante para encender el suyo. No sé cómo decirte el respeto con que el general besó la mano a nuestra inquilina. ¿Qué piensas tú de todo esto, Danílich?

— Yo pienso que todo es cosa de Dios. Serán conocidos, o quizá parientes.

— Eso es, Danílich, eso es. Cosa de Dios. Creo que el nuestro o la nuestra son hermano o hermana del general o de la generala. A decir verdad, lo más seguro es que ella sea hermana del general.

— ¡Qué va, Petrovna! No lo parece. Si así fuera, tendrían dinero.

— De fijo que ella ha nacido fuera del matrimonio. Por eso no se parecen.

— Pudiera ser. Cosas de la vida.

Petrovna fue célebre durante cuatro días. Su tienda de baratijas atrajo parte del público de la de enfrente. A fin de ilustrar a los curiosos, Petrovna llegó, incluso, a abandonar un tanto el zurcido.

La consecuencia de todo ello fue que una semana después se presentó Pável Konstantínovich a ver a su hija y a su yerno.

María Alexéievna andaba recogiendo informes acerca de la vida de Vérochka y del bandolero. No lo hacía de

manera sistemática y constante, sino, más que nada, por un instinto de curiosidad puramente científico. Encargó a una de sus comadres de Vasílievski Ostrov que se interesase por Vera Pávlovna cuando tuviera ocasión; y la comadre le traía noticias una vez al mes o incluso más a menudo. Los Lopujov se llevaban bien. No había escándalos entre ellos. Los visitaban muchos jóvenes: amigos del marido, gente pobre. Vivían modestamente, aunque se notaba que tenían dinero. Lejos de vender nada, compraban. Vérochka se había hecho dos vestidos de seda. Habían adquirido un par de divanes, una mesita y media docena de sillones de ocasión, pagando por ellos cuarenta rublos, pero eran buenos muebles que valían cien. Habían dicho a los dueños que buscaran nuevos inquilinos: "Nos mudaremos dentro de un mes a un apartamento propio. Les estamos muy agradecidos por sus atenciones". Y los dueños habían respondido que ellos también quedaban contentos.

Aquellas noticias consolaban a María Alexéievna. Era muy grosera y muy mala: había atormentado a su hija; estaba dispuesta a matarla o sacrificarla en beneficio propio y la maldecía por haberle desbaratado su plan de enriquecimiento. Cierto. Pero ¿quiere esto decir que no tuviese a Vérochka ningún afecto? En modo alguno. ¿Qué iba a hacer si todo había terminado y la hija se le había ido de las manos sin esperanza de recuperación? Después del burro muerto... No obstante, era su hija. Y ahora, descartada ya toda posibilidad de que el daño de Vera Pávlovna pudiera redundar en beneficio de María Alexéievna, la madre deseaba sinceramente el bien de su hija. No es que este deseo no la dejara vivir, mas para el caso era lo mismo: por lo menos, no la espía con un celo extraordinario. Si tomó las medidas de vigilancia fue por pura rutina —ya comprenderán ustedes que era imposible no vigilar a la hija—; y si deseaba el bien de ésta era por la misma razón: al fin y al cabo se trataba de su hija. ¿Por qué no hacer las paces si, además,

el bandolero del yerno era, por lo visto, persona de fundamento, que con el tiempo podría reportar alguna utilidad? De tal modo, María Alexéievna iba haciéndose poco a poco a la idea de reanudar las relaciones con su hija. Hasta ese momento habría de pasar medio año o quizá un año entero: no le corría prisa y podía esperar. Pero la noticia del general y la generala dio al asunto tal impulso, que lo hizo recorrer el camino que faltaba. El bandido había resultado un verdadero bribón: el estudiante truncado, sin rango y más pobre que las ratas había trabado amistad con un general joven —y, por consiguiente, de gran alcurnia— y había hecho que su mujer intimase con la generala. Semejante individuo iría muy lejos. ¿O había sido Vera quien, después de hacerse amiga de la generala, logró que intimasen los dos maridos? Fuese como fuere, Vera prosperaría.

Así, pues, no bien se recibió la noticia de la visita, María Alexéievna mandó a su marido a decir a su hija que la madre la perdonaba y le pedía que fuese a verla. Vera Pávlovna y su marido se marcharon con Pável Konstantínovich y pasaron la tarde en casa de los padres. La entrevista fue fría y forzada. Hablaron principalmente de Fedia, que era la materia menos quisquillosa. El niño iba al liceo. Lopujov y su mujer convencieron a María Alexéievna de que lo dejase en la pensión del liceo: Dmitri Serguéievich lo visitaría, y Vera Pávlovna se lo llevaría a su casa los días de fiesta. A duras penas consiguieron llegar hasta la cena, después de la cual se apresuraron a despedirse, pretextando que esperaban visita.

Vera Pávlovna llevaba medio año respirando aire puro; había perdido la costumbre de soportar aquella ponzoñosa atmósfera y aquellas palabras astutas, dictadas todas ellas por el cálculo egoísta; no estaba ya acostumbrada a oír expresar ideas ruines ni proyectos viles. Y su sótano le causó una impresión horrorosa. La sordidez, la bajez, el cinismo de aquel ambiente le saltaba a la vista con la brusquedad de lo nuevo.

“¿Cómo he tenido fuerzas para vivir en tan repugnantes condiciones? ¿Cómo podía respirar en este sótano? Y no sólo he vivido, sino que incluso he quedado sana. Es asombroso, incomprensible. ¿Cómo he podido crecer aquí y seguir amando el bien? Es inverosímil” —pensaba Vera Pávlovna camino de su casa, y sentía el alivio de quien respira después de haber estado asfixiándose.

Al poco rato de llegar a su casa se presentaron los contertulios habituales, a quienes esperaban: Alexéi Petróvich, Natalia Andréievna y Kirsánov. La velada transcurrió como de ordinario. ¡Cuánto mejor le pareció a Vera Pávlovna su nueva vida con sus pensamientos puros y en compañía de gente honrada! Como siempre, sostuvieron una alegre conversación evocando múltiples recuerdos, y también hablaron en serio de mil cosas: de los sucesos históricos de entonces (la guerra intestina en Kansas, preludio de la actual gran guerra entre el Norte y el Sur, que anuncia acontecimientos más sonados y no sólo en América, ocupaba la atención de la pequeña tertulia; ahora habla de política todo el mundo, pero entonces se interesaban por ella muy pocos, y entre esos pocos figuraban Lopujov, Kirsánov y sus amigos); de la discusión sobre los fundamentos químicos de la agricultura según la teoría de Liebig; de las leyes del progreso histórico¹², tema obligado en semejantes tertulias; de la magna trascendencia de saber distinguir entre los deseos reales, que buscan y encuentran satisfacción, y los fantásticos¹³, que no la encuentran ni la necesitan como no la necesita la sed imaginaria durante la fiebre y que, como esta sed, no pueden satisfacerse sino mediante la curación del organismo, cuyo estado patológico los genera adulterando los deseos reales; de la importancia de esta distinción radical, propugnada entonces por la filosofía antropológica, y de muchas otras cosas semejantes u homogéneas. De cuando en cuando, las damas prestaban oído a aquellas sutilezas científicas tratadas tan sencillamente como si no fueran tales, y terciaban en

la conversación haciendo preguntas; pero, por supuesto, la mayor parte del tiempo no prestaban atención, e incluso rociaron con agua a Lopujov y a Alexéi Petróvich una vez en que ambos se exaltaron comentando la enorme trascendencia de los abonos minerales. Sin embargo, Alexéi Petróvich y Lopujov eran inquebrantables discutiendo aquellas cosas tan sabias. Kirsánov les ayudaba poco y se ponía en parte, e incluso totalmente, al lado de las damas: los tres jugaron, cantaron y rieron hasta bien entrada la noche, cuando, cansados ya, se separaron hasta los testarudos conversadores de asuntos serios.

III

SEGUNDO SUEÑO DE VERA PAVLOVNA

Vera Pávlovna se durmió y soñó.

Soñó que su marido, su amado esposo, iba por el campo con Alexéi Petróvich, diciéndole:

— Le interesa a usted saber, Alexéi Petróvich, por qué una tierra da un trigo tan blanco, tan puro y delicado, y otra no lo da. Ahora verá la diferencia. Fíjese en la raíz de esta magnífica espiga: junto a ella hay tierra fresca; pudiera decirse que es tierra pura. ¿Ve usted cómo huele? Es un olor a humedad, nada agradable, por cierto; pero no huele a podrido, a agrio. Ya sabe usted que en el lenguaje de la filosofía que ambos profesamos, esta tierra pura se llama tierra real. Está sucia, no cabe duda; pero examínela bien y advertirá que son sanos todos los elementos de que consta. En la proporción dada, estos elementos forman tierra, pero bastaría que se alterase un poco la disposición de sus átomos para que constituyeran cualquier otra cosa. Ahora bien, todo lo que constituyeran sería sano, por cuanto lo son los elementos componentes fundamentales. ¿A qué se debe la salubridad de este terreno? Observe la situación del calvero en que estamos. Advierta que el agua tiene salida y, por

consiguiente, no puede haber estancamiento ni podredumbre.

— Sí, el movimiento es la realidad —dijo Alexéi Petróvich—, porque es la vida, y la realidad y la vida son la misma cosa. Pero la vida tiene como elemento principal el trabajo. De ahí que éste sea el principal elemento de la realidad, y la actividad, su síntoma más acusado.

— Pues verá usted, Alexéi Petróvich: cuando el sol comience a calentar esta tierra y el calor convierta sus elementos en combinaciones químicas más complejas, es decir, en combinaciones de formas superiores, la espiga que salga de aquí al contacto de los rayos solares será una espiga sana.

— Sí, porque éste es el terreno de la vida real.

— Pasemos ahora a este calvero. Tomemos una planta y miremos su raíz. También tiene tierra adherida. Fíjese en ella. No es difícil apercibirse de que está podrida.

— Hablando científicamente, es tierra fantástica.

— Exacto. Sus elementos no son sanos. Naturalmente, por más que se desplacen, y sean cuales fueren las cosas que produzcan, disímiles de la tierra, todas ellas serán insanas, malas.

— Claro, porque los propios elementos componentes son insanos —asintió Alexéi Petróvich.

— Podemos descubrir fácilmente los motivos de este fenómeno.

— Es decir, de esta putridez fantástica.

— Eso es: la putridez de estos elementos, determinada por la situación del calvero. Mire: el agua no tiene salida de él. Por eso se estanca y se pudre.

— Sí. La ausencia de movimiento equivale a ausencia de trabajo porque, en el análisis antropológico, el trabajo aparece como la forma esencial del movimiento, la cual da base y contenido a otras formas: el recreo, el descanso, la distracción y la alegría, irreales sin un trabajo precedente. Y sin movimiento no hay vida, o, dicho de otro

modo, realidad; de ahí que esta tierra sea fantástica, es decir, podrida. Hasta hace poco se desconocía la manera de devolver la salud a calveros como éste. Ahora se ha descubierto ya el procedimiento: el drenaje. El agua superficial corre por las zanjas; queda tanta agua como hace falta y, moviéndose, da realidad al campo. Mas hasta tanto no se haya empleado dicho método, esta tierra sigue siendo fantástica, es decir, podrida, y en ella no puede haber buena vegetación, mientras que, por ley natural, en la tierra real crecen magníficas plantas, por ser terreno sano. Que es lo que se trataba de demostrar. *O-e-a-a-dum*¹⁴, como se dice en latín.

Vera Pávlovna no oyó cómo se decía en latín “lo que se trataba de demostrar”.

— Mucha gana tiene usted de entretenerse con el latín de andar por casa y con los silogismos —respondió Lopujov.

Vera Pávlovna se aproximó a los dos y dijo:

— Déjense de análisis, identidades y antropologismos. Hagan el favor de hablar de otra cosa, señores, para que yo pueda participar en la conversación; y si no, vamos a jugar.

— Bueno, pues vamos a jugar —accedió Alexéi Petróvich—. Juguemos a la confesión.

— Muy bien, muy bien, tendrá mucha gracia —aplaudó Vera Pávlovna—; pero ya que usted ha dado la idea, dé también el ejemplo de cómo realizarla.

— Con mil amores, hermana. ¿Qué edad tiene usted, amable hermana? ¿Dieciocho años?

— Pronto cumpliré diecinueve.

— Pero aún no los tiene. Por eso, vamos a considerar que son dieciocho y todos nos confesaremos hasta esa edad para que las condiciones sean iguales. Yo me confesaré por mí mismo y por mi mujer. Mi padre era sacristán en una capital de provincia y también encuadernaba libros. Mi madre atendía a varios seminaristas, alojados en casa como pupilos. De la mañana a la noche, los dos lucha-

ban por ganarse el pan y ése era el tema de sus conversaciones. Mi padre bebía, pero sólo cuando la necesidad le ahogaba —ésta era una pena real— o cuando ganaba bastante. En tales casos daba a mi madre todo el dinero y le decía: "Ten. Gracias a Dios, no pasarás necesidad en dos meses. Me he quedado con cincuenta kopeks para tomarme una copita". Esta era una alegría real. Mi madre solía enojarse; me pegaba algunas veces: cuando como ella decía, le dolían los riñones de tanto acarrear ollas, de lavar ropa para los cinco de la familia y para cinco seminaristas, de fregar el suelo ensuciado por nuestros veinte pies, que jamás usaban chanclos, y de cuidar la vaca, todo lo cual constituía una excitación real de los nervios a causa de un trabajo excesivo sin descanso alguno; y cuando, a pesar de todo, era imposible "seguir tirando", es decir, cuando no le llegaba el dinero para comprar un par de botas a alguno de los hijos o alguna de las hijas, nos pegaba. Nos acariciaba cuando nos ofrecíamos voluntariamente a ayudarle en sus quehaceres, cuando hacíamos alguna otra cosa buena, o durante sus raros momentos de descanso, o cuando "los riñones dejaban tranquila". Estas eran alegrías reales...

— ¡Ay, basta ya de penas y alegrías reales! — interrumpió Vera Pávlovna.

— En ese caso, tengan la bondad de escuchar mi confesión por Natasha.

— No quiero. También habrá penas y alegrías reales.

— Desde luego.

— Quizá les interese mi confesión — dijo Serge, sabiendo que el resultado no se sabe de dónde.

— Veamos — respondió Vera Pávlovna.

— Mis padres, aunque ricos, también se pasaban la vida preocupados por ganar dinero y hablando de él. Ni siquiera los ricos están exentos de tales preocupaciones.

— Usted no sabe confesarse, Serge — le observó Alexéi Petróvich amablemente—. Díganos por qué se pre-

ocupaban de ganar dinero, qué gastos les inquietaban y qué necesidades satisfacían con dificultad.

— Ya comprendo por qué lo pregunta, pero dejemos a un lado esa materia y examinemos otro aspecto de sus afanes. También se preocupaban de sus hijos.

— ¿Tenían sus hijos un pedazo de pan asegurado? — preguntó Alexéi Petróvich.

— Claro, pero ellos debían procurar que...

— No siga la confesión, Serge — le cortó el sacerdote—. Conocemos su historia. La preocupación por lo superfluo y el ansia de lo innecesario: ése es el terreno en que usted se ha criado. Un terreno fantástico. Por eso, contémplese a sí mismo. Es usted inteligente y bueno; tal vez no peor ni menos inteligente que nosotros. Y sin embargo, ¿para qué sirve usted, qué utilidad reporta?

— Sirvo para acompañar a Julie adonde ella me quiera llevar. Mi utilidad consiste en que Julie pueda divertirse — contestó Serge.

— De donde se deduce — sentenció Alexéi Petróvich — que el terreno fantástico o insano...

— ¡Ay, qué cargante se pone usted con su realidad y su fantasía! Con el tiempo que hace que la cosa está clara, y ellos continúan hablando — protestó Vera Pávlovna.

— Siendo así, ¿no quieres charlar conmigo? — dijo María Alexéievna, que también salió no se sabe de dónde—. Ustedes, señores, retirense, pues quiero hablar con mi hija, como madre que soy.

Todos desaparecieron. Vérochka quedó sola con su madre, cuyo rostro adquirió una expresión burlona.

— Vera Pávlovna — comenzó María Alexéievna con voz trémula de ira —: es usted una dama instruída, tan pura, tan noble, tan bondadosa... ¿Cómo voy a hablar con usted, si soy una borracha grosera y malvada? Tiene usted una madre pérfida y maligna. Pero, permítame que le pregunte, señora: ¿de qué se ha preocupado siempre su madre? Del pedazo de pan. Esto, según ustedes, los

instruídos, es una verdad real, una preocupación humana, ¿no es cierto? Usted oyó blasfemias, vio bajezas y actos odiosos. Pero, permítame que le pregunte: ¿qué fin perseguían? ¿Un fin vano o estúpido? No, señora. No, señora. Fuese cual fuese la vida de su familia, no era una vida huera o fantástica. ¿Ve usted, Vera Pávlovna? He aprendido a hablar como ustedes, en un lenguaje científico. ¿Le da a usted pena y vergüenza, Vera Pávlovna, de que su madre sea mala y pérfida? ¿Quiere usted que me convierta en una mujer buena y honrada? Soy una bruja capaz de realizar hechicerías y puedo satisfacer su deseo. Mire cómo se cumple: yo, la malvada, desaparezco; fijese en la madre buena y en su hija.

Una habitación. A la entrada ronca un hombre borracho, repugnante, con la barba crecida. Es imposible identificarlo, porque tiene la mitad de la cara cubierta con una mano y la otra mitad llena de cardenales. Una cama. En ella, una mujer. Sí, es María Alexéievna, sólo que María Alexéievna la buena. ¡Pero qué pálida, qué vieja y qué agotada está a los cuarenta y cinco años! Junto al lecho hay una muchacha de dieciocho. “Soy yo misma —se reconoce Vérochka—. Pero, ¿quién ha dicho que soy persona de instrucción? Además, ¿qué es esto? Tengo la tez amarillenta, y los rasgos más toscos. Y la habitación es tan pobre... Apenas hay muebles”. “Vérochka, ángel mío —balbucea María Alexéievna—: acuéstate y descansa un poco, tesoro de mi vida; no te preocupes por mí; estaré tranquila aquí tendida. Llevas ya tres noches sin dormir”.

— No importa, mamita, no estoy cansada —responde Vérochka.

— Y yo no mejoro. ¿Qué va a ser de ti cuando yo te falte? El padre gana poco y, además, no es un apoyo. Tú eres guapa. En el mundo hay mucha gente mala. No tendrás quien te proteja. Temo por ti. —Vérochka llora.

— No te aflijas, querida mía —continúa la madre—. Lo que voy a decirte no es un reproche, sino una adver-

tencia: ¿por qué saliste de casa el viernes, un día antes de que yo cayese en cama? —Vérochka llora.

— Ese te engañará, Vérochka. Abandónalo.

— No, mamita.

Han pasado dos meses. ¿Cómo es posible que hayan pasado en un minuto? Un oficial está sentado ante una mesa en la que se ve una botella. Y sobre las rodillas la tiene a ella, a Vérochka.

Pasan otros dos meses en un minuto.

Una señora está sentada. Ante ella, de pies, se halla Vérochka.

— ¿Y planchar, sabes?

— Sí, señora.

— ¿Eres sierva?

— Mi padre es funcionario.

— ¿De manera que no eres de familia humilde? En ese caso no puedo admitirte. ¿Qué sirvienta vas a ser? Vete, no puedo.

Vérochka sale a la calle.

— Señorita, señorita —le dice un mozarrón medio borracho—: ¿a dónde va usted? Permítame que la acompañe. —Vérochka huye hacia el Neva.

— Y bien, querida, ¿has visto lo bien que vivías siendo buena tu madre? —le pregunta la antigua María Alexéievna, la verdadera—. ¿Verdad que hago bien las hechicerías? ¿O acaso no he acertado? ¿Por qué callas? ¿Te han cortado la lengua? Tendré que sacarte las palabras, porque no te salen ellas solas. ¿Has recorrido los comercios?

— Sí —responde Vérochka temblando.

— ¿Has visto y oído lo que pasa en ellos?

— Sí.

— ¿Qué tal viven las muchachas allí? ¿Tienen instrucción? ¿Leen libros, piensan en vuestro nuevo orden y en cómo hacer bien a la gente? ¿Piensan en eso? ¡Habla!

Vérochka sigue callada y temblando.

— ¿Qué te pasa que no te salen las palabras? Te pregunto si viven bien.

Vérochka continúa callada. Un frío glacial recorre su cuerpo.

— No puedes hablar. ¿Qué tal viven, lo pasan bien? ¿Quisieras vivir igual? ¡Callas y vuelves los hocicos! Pues escucha lo que te digo. Tienes instrucción gracias al dinero robado por mí. Piensas en el bien; pero por mala que yo sea, sin mí no tendrías ni idea de lo que el bien significa. ¿Me entiendes? *Todo* me lo debes a mí. Eres hija *mía*, ¿comprendes? *Yo* soy tu madre.

Vérochka llora, tiembla y siente frío:

— Mamita, ¿qué quiere usted de mí, qué quiere? No puedo amarla a usted.

— ¿Acaso yo te lo pido?

— Desearía, por lo menos, respetarla, pero tampoco puedo.

— ¿Acaso necesito yo tu respeto?

— Entonces, ¿qué necesita usted, mamita? ¿Por qué ha venido para hablar conmigo de cosas tan horribles? ¿Qué quiere usted de mí?

— Que seas agradecida, que no seas ingrata. No me ames ni me respetes. ¿Cómo me vas a querer si soy mala? ¿Cómo vas a respetarme si soy una inmoral? Pero entérate, Vera: de no ser yo así, tampoco tú serías como eres. Tu honradez se debe a mi deshonestidad. Eres buena porque yo soy mala. Compréndelo, Vera, y sé agradecida.

— Váyase, María Alexéievna. Déjeme hablar con mi hermanita.

María Alexéievna desaparece.

La novia de sus novios, la hermana de sus hermanas, agarra de la mano a Vérochka:

— Vérochka, yo quisiera ser siempre bondadosa contigo, pues tú lo eres y yo soy como la propia persona con quien hablo. Ahora estás triste y yo también lo estoy. Mírame: ¿me sienta bien la tristeza?

— Es usted la más bella del mundo, pese a todo.

— Bésame, Vérochka. Estamos tristes las dos. Tu madre ha dicho la verdad. No me gusta tu madre, pero la necesito.

— ¿No puede arreglarse sin ella?

— Podré con el tiempo, cuando la gente no tenga necesidad de ser mala. Pero ahora no puedo. Ya ves que los buenos son incapaces de valerse por sí mismos, mientras que los malos son fuertes y astutos. Sin embargo, Vérochka, hay malos y malos: unos desean que las cosas del mundo se pongan peor; otros, que también son malos, quieren que las cosas mejoren por conveniencia propia. Como ves, a tu madre le hacía falta que fueses instruída. Se quedaba con el dinero que tú ganabas dando lecciones; y quería que le cazases un buen yerno. Para eso necesitaba tu instrucción. Sus intenciones, aunque malas, eran útiles. ¿No lo han sido para ti? En cambio, hay otra gente mala que no reporta utilidad. Si tu madre fuese Anna Petrovna, ¿acaso habrías estudiado tú hasta ser una persona culta, conocer el bien y amarlo? No, habría impedido que conocieras todo lo bueno para hacer de ti un muñeco. A una madre así le hace falta tener por hija un muñeco, porque ella misma lo es y siempre juega a los muñecos con los muñecos. Sin embargo, tu madre, aun siendo mala, es una persona, y no necesitaba que tú fueses un muñeco. ¿Ves la diferencia que hay entre los malos? Unos me estorban, pues yo quiero que las personas sean personas, mientras ellos quieren que sean muñecos. Otros, en cambio, me ayudan; aunque no desean ayudarme, permiten a las personas convertirse en personas, facilitándoles los medios para ello. Y eso es lo que yo necesito. Sí, Vérochka: de momento no puedo arreglarme sin estos malos que actúan contra los otros malos. Mis malos son malos, pero tras sus malas acciones se oculta el bien. Vérochka, sé agradecida con tu madre. No la ames; es mala. Mas ten presente que se lo debes todo. Sin ella no existirías tú.

— ¿Y siempre sucederá así? ¿Verdad que no?

— No, Vérochka. Con el tiempo dejará de ser así. Cuando los buenos sean fuertes, no tendré necesidad de los malos. Y eso ocurrirá pronto, Vérochka. Los malos verán entonces que no pueden ser malos; y los malos que eran personas se transformarán en buenos, pues eran malos tan sólo porque les perjudicaba ser buenos, pero saben que el bien es mejor que el mal y amarán el bien cuando se le pueda amar sin perjuicio.

— ¿Y qué les sucederá a los malos que eran muñecos? Me da lástima de ellos.

— Jugarán a los muñecos, pero a muñecos no dañinos. Además, sus hijos no serán como ellos; todas mis personas serán personas; y a sus hijos les enseñaré a no ser muñecos, sino personas.

— ¡Qué tiempos más felices serán éstos!

— Sí, pero tampoco los de ahora son malos, pues en ellos se prepara el bien. Por lo menos, son tiempos felices para quienes lo preparan. Cuando ayudas a la sirvienta a guisar, en la cocina, llena de humo, hace un calor sofocante; y sin embargo, te sientes bien. A todos agrada sentarse a la mesa, pero el mayor placer es el de quien ha contribuido a preparar la comida. Le resulta doblemente sabrosa. A ti te gusta lo dulce, ¿verdad?

— Sí — responde Vérochka, y sonrió al ver descubierta su afición a las galletas dulces, que ella hace con tanto trabajo.

— Pues entonces, ¿para qué estar triste? Ya se ha disipado tu tristeza, ¿no es cierto?

— ¡Qué bondadosa es usted!

— ¡Y qué alegre, Vérochka! Siempre estoy alegre; incluso aunque esté triste, ¿verdad?

— Sí. Cuando estoy triste, usted se presenta también con aire de tristeza, pero aleja en seguida la mía. Con usted me siento alegre, muy alegre.

— ¿Recuerdas mi canción: *Donc vivons?*

— Sí, la recuerdo.

— Vamos a cantarla.

— Bueno.

— Vérochka, ¿te he despertado? El desayuno está ya esperando. Me había asustado: te oí sollozar; entré y te hallé cantando.

— No, querido, no me has despertado. Me había despertado yo misma. ¡Qué cosas he soñado! Ya te las contaré mientras desayunemos. Vete, que voy a vestirme. ¿Cómo se ha atrevido usted a entrar en mi habitación sin permiso, Dmitri Serguéievich? Se olvida de sus obligaciones. ¿Te asustaste por mí, querido? Ven que te bese. Y ahora, vete, que quiero vestirme.

— Déjame que haga las veces de doncella.

— Bueno, querido. Pero ¡qué vergüenza!

IV

El taller de Vera Pávlovna quedó constituido. Su organización era muy sencilla; al principio fue tan simple, que no vale la pena detenerse en ella. Vera Pávlovna no dijo a sus tres primeras costureras otra cosa sino que les pagaría un poco más de lo que ganaban en los comercios. El asunto no tenía nada de particular. Las muchachas notaron que Vera Pávlovna no era mujer casquivana ni frívola; de ahí que aceptasen sin vacilar la propuesta de trabajar para ella: no era nada extraño que una señora pobre quisiera poner un taller de costura. Aquellas tres muchachas encontraron a otras tres o cuatro, eligiéndolas con la escrupulosidad que les recomendara Vera Pávlovna. Tampoco las condiciones de la elección tenían nada de extraño: la dueña, joven y honesta, quería que las obreras del taller fuesen muchachas francas, buenas, juiciosas y sociables. ¿Qué había de particular? La señora trataba de prevenir posibles discordias entre ellas, y nada más. Por eso era discreta su actitud. La propia Vera Pávlovna trabajó conocimiento con las elegidas y las estudió a fondo antes de admitirlas, cosa

muy natural y prueba evidente de la seriedad de aquella dama. No había motivo alguno de suspicacia.

Trabajaron las muchachas un mes y recibieron a su debido tiempo la paga convenida. Vera Pávlovna estaba siempre en el taller, y las costureras tuvieron ocasión de ver en ella a una persona calculadora, prudente y bondadosa, prendas que la hicieron merecedora de su entera confianza. Ellas no intuían nada extraordinario: la dueña era buena administradora, que sabría salir adelante, pues se gobernaba bien.

Pero al finalizar el mes, Vera Pávlovna se presentó en el taller con un libro de cuentas, pidiendo a todas que suspendiesen el trabajo y pusieran oído a sus palabras.

Empezó a decirles, en el lenguaje más sencillo, cosas comprensibles, muy comprensibles, pero que jamás habían oído en boca de nadie.

— Ahora ya nos conocemos bien —comenzó Vera Pávlovna—. Puedo afirmar que son ustedes buenas trabajadoras y excelentes muchachas. Tampoco ustedes dirán que yo soy una tonta. Por consiguiente, puedo exponerles mis ideas con toda franqueza. Si encuentran en ellas algo extraño, antes de rechazarlas lo pensarán bien, pues ya saben que no soy ninguna aturdida. Escuchen mis palabras.

Personas buenas dicen que pueden montarse talleres donde las costureras obtengan mayor beneficio que en los talleres de todos conocidos. Yo he querido hacer la prueba. A juzgar por el primer mes, parece que es posible, verdaderamente. Ustedes han cobrado su paga a tiempo, y ahora les diré lo que me ha quedado como ganancia líquida después de cubrir los demás gastos. —Vera Pávlovna leyó los capítulos de gastos y de ingresos en todo el mes. Entre los gastos figuraban, además de los salarios, el pago del alquiler del local y de la luz e incluso un rublo invertido por Vera Pávlovna en viajes en coche para asuntos del taller.

— Ya ven ustedes —prosiguió— lo que me queda. ¿Qué hacer con este dinero? He montado el taller para que las ganancias vayan a manos de las personas que las han producido. Por eso pienso repartirlas. La primera vez las distribuiremos equitativamente, dando a cada cual su parte. En ocasiones posteriores veremos si es ésta la mejor manera de hacer el reparto o si hay otra más conveniente para ustedes. —Y repartió el dinero.

Al principio, las costureras no cabían en sí de asombro. Luego, repuestas ya, la expresaron su agradecimiento. Vera Pávlovna las dejó hablar de su gratitud para no ofenderlas negándose a escucharlas, cosa que podría interpretarse como indiferencia ante la opinión y los sentimientos de ellas. Después continuó:

— Ahora quiero explicarles lo más difícil. No sé si conseguire explicarles como quisiera. No obstante, es necesario. ¿Por qué no me he quedado con ese dinero y qué me ha inducido a montar un taller que no me dará beneficios? Mi marido y yo, como ustedes saben, vivimos desahogadamente. Sin ser ricos, no nos falta de nada. Y si acaso necesitara algo, me bastaría decirselo a mi marido. Es más, ni siquiera eso sería menester: él mismo notaría mi escasez de dinero y la remediaría. Ahora no se dedica a las cosas que producen mayores ganancias, sino a las que más le gustan. Pero como nos amamos mucho, lo más agradable para él consiste en hacer lo que sea de mi agrado. Por mi parte, hago lo mismo. Por eso, si yo tuviera apuros monetarios, él se dedicaría a asuntos de más provecho que sus actividades de ahora y sabría encontrar dinero porque es hombre inteligente y hábil. Ustedes lo conocen un poco. Si no hace esto es porque nos basta con lo que poseemos. Y nos basta porque no soy avariciosa. Ya saben ustedes que la gente tiene pasiones diversas; no todo ha de ser afán de dinero. A unos les gustan los bailes; a otros, los vestidos o los naipes; y todos están dispuestos a arruinarse por su pasión. Muchos se arruinan, y nadie se asombra de que

la pasión sea más fuerte que el amor al dinero. Mi pasión consiste en la prueba que estoy haciendo con ustedes. Esta pasión no sólo no me acarreará la ruina, sino que ni siquiera me costará nada, y estoy satisfecha de consagrarme a ella sin obtener ganancias. A mi juicio, esto no tiene nada de extraño. ¿Quién espera que una pasión le produzca ingresos cuando lo corriente es gastar el dinero en ella? Yo, en cambio, no lo gasto. Por tanto, tengo una ventaja sobre otros: satisfago mi pasión sin perjuicio para mí misma, mientras que a los demás este placer les cuesta el dinero. ¿Por qué se ha despertado en mí tal pasión? Personas bondadosas e inteligentes han escrito muchos libros acerca de cómo se debe organizar la vida para que todo el mundo esté bien. Y dicen que lo principal es estructurar los talleres con arreglo a un nuevo sistema. Yo quiero ver si entre todas nosotras conseguimos encontrar el sistema necesario. Es como quien procura construir una buena casa, plantar un buen jardín o montar un invernadero para deleitarse después admirando su obra. Yo aspiro a que nuestro taller sea digno de admiración.

Naturalmente, ya de por sí estaría bien si me limitara a repartir mensualmente entre ustedes los beneficios, como lo hago ahora. Pero las personas inteligentes dicen que pueden organizarse las cosas mucho mejor, de manera que las ganancias sean mucho mayores y se haga de ellas un empleo mucho más ventajoso. Afirman que es posible organizarlo todo muy bien. Ya veremos. Yo iré diciendo a ustedes lo que todavía pueda hacerse según los consejos de los hombres de talento. Y ustedes mismas irán observando. Apenas les parezca que conviene hacer alguna cosa, probaremos a hacerla poquito a poco, en la medida de nuestras fuerzas. Mas debo comunicarles que sin ustedes no acometeré nada nuevo. Se hará lo que ustedes mismas acuerden. Las personas sabias dicen que solamente sale bien aquello que la gente hace por su gusto. Lo mismo pienso yo. Por consiguiente, no

tienen ustedes que temer a las novedades. Todo seguirá como antes, excepto lo que ustedes mismas quieran cambiar. Sin su deseo, no se hará nada.

Ahora, oigan mi última disposición como dueña, disposición adoptada sin el consejo de ustedes. Ya habrán observado que es necesario llevar la contabilidad y preocuparse de que no haya gastos superfluos. El mes pasado la llevé yo sola. Pero en adelante no quiero hacerlo así. Elijan a dos representantes para que realicen esa labor conmigo. Sin ellas no pienso dar un paso. El dinero es de ustedes y no mío. Por tanto, a ustedes corresponde administrarlo. De momento es un trabajo nuevo. No se sabe quién de ustedes lo desempeñará mejor; por eso, al principio, la designación debiera ser para poco tiempo, y dentro de una semana se vería si era necesario elegir a otras o dejar a las elegidas.

La insólita propuesta dio mucho que hablar. Pero Vera Pávlovna se había granjeado ya la confianza de todas. Además, hablaba sencillamente, sin ir demasiado lejos ni pintar perspectivas muy halagüeñas que, después de un júbilo momentáneo, podían suscitar recelos. Así consiguió que las muchachas no la tomaran por loca: con esto se contentaba ella. El asunto comenzó a marchar poquito a poco. Y era natural que marchase despacio.

Veamos la breve historia de los tres años durante los cuales el taller constituyó la faceta principal de la vida de Vera Pávlovna.

Las primeras muchachas habían sido elegidas con cuidado. Eran buenas costureras y estaban directamente interesadas en el éxito de la empresa. De ahí que el trabajo cundiese. El taller no perdió una sola de las clientas que le hicieron algún encargo. Determinados talleres y tiendas mostraron cierta envidia. A fin de evitar disgustos, Vera Pávlovna gestionó en seguida permiso para poner un rótulo a la entrada. El número de encargos no tardó en rebasar las posibilidades de las primeras mu-

chachas que comenzaron a trabajar en el taller, y el personal de éste fue ampliándose poco a poco. Al cabo de año y medio había en él alrededor de veinte chicas, número que aumentó posteriormente.

Una de las primeras consecuencias de que a las costureras se les concediese la palabra decisiva en la administración de la empresa fue un acuerdo que era de esperar: en el primer mes, las muchachas estimaron injusto que Vera Pávlovna trabajase sin ninguna compensación. Cuando se lo comunicaron, ella se manifestó conforme. Acordaron darle una tercera parte de las ganancias, y ella fue guardando estas sumas hasta que logró convencer a las chicas de que aquello contradecía la idea fundamental del sistema establecido por ellas. Largo tiempo tardaron en comprenderlo, pero después cayeron en la cuenta de que Vera Pávlovna no renunciaba a una parte especial de la ganancia por amor propio, sino por el bien de la causa. El trabajo había alcanzado ya tales proporciones, que ella no podía dar abasto como única cortadora, y hubo que buscar otra. A Vera Pávlovna le asignaron el mismo salario que a la segunda. La parte de la ganancia que guardó durante cierto tiempo fue devuelta a la caja a petición de ella, salvo lo que le correspondía como cortadora. Cerca de un año, Vera Pávlovna pasó la mayor parte del tiempo en el taller, trabajando como las demás. Cuando consideró que no era necesario pasarse allí el día entero, le fue rebajado el salario en proporción a con lo que se redujo su jornada.

¿Cómo repartir las ganancias? Vera Pávlovna quería llegar a distribuirlas equitativamente entre todas. Esto no se pudo hacer hasta mediados del tercer año, pero antes pasaron por varios escalones, comenzando por la distribución proporcional con arreglo al salario de cada una. Vieron, ante todo, que si una muchacha no trabajaba varios días por enfermedad o por otra causa justificada, era injusto rebajarle su parte en una ganancia que no había sido obtenida precisamente en aquellos

días, sino en el transcurso del trabajo del mes y gracias al estado del taller. Luego acordaron que las cortadoras y otras muchachas que ganaban más por llevar los encargos y por realizar diferentes servicios tenían ya bastante compensación con su mayor salario y no era justo que, además, se llevaran una parte mayor de las ganancias. Las costureras simples eran tan delicadas, que no exigieron este cambio cuando notaron la injusticia del sistema por ellas mismas establecido. Las propias beneficiadas se sintieron violentas y renunciaron a sus privilegios cuando se compenetraron suficientemente con el nuevo orden. Es de señalar, por otra parte, que esta delicadeza —la paciencia de las unas y la renuncia de las otras— no constituía un gran sacrificio, pues la situación de todas iba mejorando sin cesar. Lo más difícil de explicar fue que todas las simples costureras debían percibir una parte igual de las ganancias, aunque unas disfrutasen de mayores salarios que otras, y que las que irabajaban mejor tenían ya bastante recompensa con su mayor salario. Esta fue la última modificación en el reparto de los beneficios, introducida ya a mediados del tercer año, cuando el personal comprendió que la obtención de las ganancias no era un premio a las habilidades de tal o cual persona, sino el resultado del carácter del taller, de su estructura, de su objetivo, consistente en que el trabajo reportase un provecho igual a quienes participaban en él, fuesen cuales fueren sus cualidades personales; que del carácter del taller dependía la participación de las trabajadoras en los beneficios; que el carácter del taller (su espíritu y su régimen) dependía de la unanimidad de todas, y que para lograr dicha unanimidad era igualmente importante cada una de ellas: la conformidad tácita de la más retraída o de la menos hábil contribuía a mantener y a desarrollar un sistema útil para la colectividad y para el éxito de la empresa en tanta medida como la diligente labor de la más desvelada o más diestra.

Omito multitud de detalles porque no me he impuesto la tarea de describir el taller y hablo de él lo estrictamente necesario para explicar la obra de Vera Pávlovna. Si menciono algunos pormenores, lo hago tan sólo para que se vea cómo procedía Vera Pávlovna, cómo dirigía la empresa paso a paso y con cuánta paciencia, perseverancia y firmeza se atenia a su lema: no dar órdenes nunca, sino limitarse a aconsejar, a explicar, a ofrecer su colaboración, a ayudar a cumplir las decisiones de la colectividad.

Las ganancias se repartían todos los meses. Al principio, cada muchacha tomaba su parte íntegra y la gastaba a su antojo: todas ellas tenían necesidades perentorias, y no estaban acostumbradas a actuar en conjunto. Cuando la constante participación en los asuntos del taller les proporcionó una idea de su marcha general, Vera Pávlovna las hizo notar que el número de encargos era muy desigual según las temporadas, y que en los meses mejores convendría guardar una parte de las ganancias para compensar los peores. Las cuentas se llevaban con suma honradez, y las muchachas sabían que si alguna de ellas hubiera querido marcharse del taller, habría recibido al instante la parte suya depositada en caja. De ahí que aceptasen la propuesta. Formóse un pequeño capital de reserva, que fue creciendo; y comenzaron a buscarle destino. Todas comprendieron inmediatamente que podrían emplearlo para hacer préstamos a las compañeras que tuviesen una necesidad urgente, y nadie quiso que se cobrasen réditos por el dinero prestado: la gente pobre sabe que un préstamo generoso debe excluir el interés. Tras la constitución de esta caja vino la fundación de un economato. Las muchachas vieron la ventaja de adquirir el té, el café, el azúcar, el calzado y muchos otros artículos por medio del taller, que los compraba al por mayor y, por consiguiente, más baratos. Al cabo de cierto tiempo dieron otro paso: comprendieron la conveniencia de adquirir por el mismo procedimiento

el pan y otros comestibles de que se proveían diariamente en las panaderías y en las tiendas; pero pronto se percataron de que, para ello, tendrían que vivir cerca las unas de las otras. Comenzaron a mudarse a los mismos apartamentos y a buscar casas cerca del lugar de trabajo. Entonces, el taller tuvo que organizar una agencia de compras. Año y medio después, casi todas las costureras vivían ya juntas en un apartamento grande, habían organizado un comedor común y se abastecían de comestibles a través del economato.

La mitad de las chicas eran solas. Algunas tenían viejas parientas, madres o tías; dos mantenían a sus ancianos padres; muchas tenían hermanas o hermanos pequeños. Por razones de familia, tres de las muchachas no pudieron irse a vivir al apartamento común: la madre de una era poco sociable; la de otra, viuda de un funcionario, no quería vivir con gente del pueblo; y el padre de la tercera se emborrachaba con frecuencia. Por eso, estas tres se limitaban a usufructuar los servicios del economato, igual que las costureras casadas. Pero todas las demás, que tenían familiares a su cargo, habitaban en el apartamento común, dos o tres en cada habitación. Los parientes de las muchachas se acomodaron según su deseo: dos viejas, en habitaciones separadas, y las restantes, juntas. Para los chicos había un aposento especial, y dos para las niñas. Los niños podían permanecer allí hasta los ocho años; a los mayores de esta edad los mandaban a aprender oficios.

Se llevaba a cabo una administración perfecta a fin de que todos supiesen que nadie salía perjudicado ni nadie era una carga para nadie. El cálculo de lo que debían pagar las muchachas solteras por la casa y el comedor era harto simple. Después de algunas vacilaciones, acordaron que por los niños y niñas menores de ocho años se abonase la cuarta parte de lo que pagaba una muchacha soltera; por una niña menor de doce años, la tercera parte, y de doce en adelante, la mitad. A los

trece años, las niñas entraban en el taller como aprendizas si no se colocaban en otro sitio. Y, según lo establecido, a los dieciséis pasaban a ser miembros iguales de la colectividad si ésta consideraba que habían aprendido bien a coser. Por la manutención de los familiares adultos se cobraba, naturalmente, lo mismo que por la de una trabajadora. Los que vivían en habitaciones separadas pagaban una suma especial. Casi todas las viejas y los tres viejos que habitaban en el taller-apartamento trabajaban en la cocina o en otros quehaceres domésticos con la retribución correspondiente.

Todo esto es muy fácil de contar y parecía muy sencillo y lógico una vez hecho. Pero su organización fue lenta; cada nueva medida costaba mil cavilaciones, y cada viraje era el fruto de muchos trámites. Sería demasiado árido y aburrido hablar de otros aspectos de la vida del taller con el mismo detenimiento que del reparto y el empleo de los beneficios. Para no hacernos pesados, tendremos que prescindir de muchas cosas y mencionar otras tan sólo de pasada; por ejemplo, el taller organizó una agencia para vender las prendas confeccionadas aparte de los encargos; aún no tenía establecimiento propio, pero hizo un contrato con uno de Gostini Dvor, y montó un pequeño kiosco en el mercado, poniendo de vendedoras a dos viejas. Pero habremos de detenernos en una faceta de la vida del taller.

Desde los primeros días, Vera Pávlovna comenzó a llevar libros. Después de dar las indicaciones pertinentes, se ponía a leer en voz alta; leía cosa de media hora o de una hora si antes no necesitaba dar nuevas instrucciones; luego dejaba de leer para que las muchachas descansasen; y después, nueva lectura y nuevo descanso. Ni que decir tiene que las costureras se aficionaron pronto a los libros, que algunas de ellas amaban ya. Al cabo de dos o tres semanas, la lectura durante el trabajo se hizo habitual. A los tres o cuatro meses había ya varias que leían en voz alta magníficamente. Acordóse que sus-

titayeran a Vera Pávlovna y que cada una leyese media hora, la cual se les contaría como si estuviesen trabajando. Cuando fue relevada de la obligación de leer, Vera Pávlovna, que ya antes sustituía a veces la lectura por pequeñas conferencias, comenzó a hacerlas más frecuentes, convirtiéndolas luego en algo parecido a un cursillo de conocimientos diversos. Posteriormente —y esto constituyó un gran paso—, Vera Pávlovna creyó llegado el momento de organizar la enseñanza en toda regla: las chicas tenían tal ansia de saber, y su trabajo marchaba tan bien, que decidieron hacer un gran intervalo antes de comer para oír las lecciones.

— Alexéi Petróvich —dijo una vez Vera Pávlovna en casa de los Mertsálov—: quiero pedirle un favor. Natasha está ya de parte mía. Mi taller va convirtiéndose en una escuela de los conocimientos más distintos. Sea usted uno de sus profesores.

— ¿Qué puedo enseñar yo? ¿Latín, griego, lógica o retórica? —objetó riéndose Alexéi Petróvich—. Mi especialidad no es muy interesante, según su opinión y la de otra persona a quien conozco muy bien.

— Pues mire: precisamente le necesitamos como especialista. Será usted una especie de garantía de la moralidad y de la buena orientación de nuestra labor.

— Pues es verdad. Ya veo que hago falta. Désígneme una cátedra.

La de historia de Rusia y de historia universal.

— Magnífico. Daré clase, y se me considerará especialista en la materia. Estupendo. Dos cargos: el de profesor y el de garante.

Natalia Andréievna, Lopujov, dos o tres estudiantes y la propia Vera Pávlovna eran los otros profesores, como ellos se llamaban en broma.

Además de la enseñanza, se organizó el recreo: veladas y excursiones, raras al principio y más frecuentes a medida que iban teniendo más dinero. También visitaban

los teatros. Durante el tercer invierno, se abonaron a diez localidades baratas para la ópera italiana.

¡Qué alegría y qué felicidad proporcionaron a Vera Pávlovna sus muchos trabajos y afanes! Pero también hubo penas. Causó profunda impresión no sólo a ella, sino a toda la colectividad, la desgracia ocurrida a una de las mejores muchachas del taller. Sáshenka Pribítkova, una de las tres costureras a las que había descubierto la propia Vera Pávlovna, era hermosa y delicada. Tenía un novio funcionario, joven y bueno. Una vez, yendo ella por la calle bastante tarde, se le acercó un individuo. Sáshenka aceleró el paso. El desconocido la siguió y la agarró de un brazo. La muchacha dio un tirón y se desprendió, pero su mano chocó contra el pecho del insolente, y el reloj de éste tintineó sobre la acera. El señor asió a Pribítkova nuevamente, esta vez con el aplomo de quien tiene un derecho legítimo, y gritó: "¡Que me roban, guardías!" Acudieron dos guardias y condujeron a la joven a la comisaría. En el taller estuvieron tres días devanándose los sesos sin saber nada de la muchacha. Al cuarto día, un soldado bondadoso, que prestaba servicio en la comisaría, llevó a Vera Pávlovna una esquila de la detenida. Inmediatamente, Lopujov se puso en movimiento. Le respondieron de mala manera; él contestó peor aún y se marchó en busca de Serge. El militar y Julie habían salido de excursión, y no regresaron hasta el día siguiente. Dos horas después de volver Serge, el comisario pedía perdón a Pribítkova e iba a excusarse ante el novio de la muchacha. Pero no lo encontró. El novio había estado la víspera a ver a Pribítkova; por los guardias que la detuvieron, supo el nombre del señor en cuestión; fue a su casa y le desafió. Hasta entonces, el caballero había fingido disculparse en tono burlón, pero al oír el reto se echó a reír. En vista de ello, el funcionario dijo: "Pues este desafío no lo rechazará usted", y le dio una bofetada. El dandy enarboló el bastón, pero recibió un puñetazo en el pecho que lo derribó. Al ruido

acudió la criada: el señor yacía muerto. A más de darse un fuerte golpe contra el suelo, se había clavado en la sien un agudo saliente de una pata de la mesa. El novio fue a parar a la cárcel, y se le instruyó un sumario interminable. ¿Qué sucedió luego? No sucedió otra cosa sino que, a partir de entonces, daba lástima mirar a Pribítkova.

Hubo en el taller otros casos lamentables, aunque no tanto como éste; casos corrientes, de esos que cuestan muchas lágrimas a las muchachas y proporcionan a los hombres una diversión efímera. Vera Pávlovna sabía que, mientras imperasen las ideas y subsistiesen las circunstancias de entonces, no habría manera de evitar tales historias y que contra ellas serían impotentes todo el cuidado que se pusiera para preservar a las muchachas y la precaución de ellas mismas: algo así como sucedía con la viruela hasta que aprendieron a prevenirla; quien la sufre ahora es por su propia culpa y, más todavía, por culpa de sus allegados. mientras que antes quizá no habría que culpar a nadie más que a un viento funesto, a una ciudad o aldea contaminada, o acaso al individuo que, estando enfermo, se acercaba a otro y no se reclusa en cuarentena hasta curarse. Igual ocurre ahora con estas historias. Alguna vez la humanidad se liberará de semejante viruela; incluso se conoce la medicina, pero la gente no quiere tomarla, de la misma manera que durante tanto tiempo rechazó la vacuna. Sabía Vera Pávlovna que el funesto viento corría, sin que, de momento, pudiera contenerlo nadie, por pueblos y ciudades, arrancando víctimas hasta de las manos más solícitas. Pero es mal consuelo poder decir tan sólo: "Ni yo ni tú tenemos la culpa de tu desgracia". Cada uno de aquellos casos acarreaba a Vera Pávlovna muchas amarguras y un sinfín de ajeteos. A menudo se veía en la necesidad de buscar ayuda; y las más de las veces tenía, sencillamente, que ayudar ella misma, calmar, devolver el optimismo, restablecer el amor propio y persuadir: "Deja de llorar. En cuanto dejes, desaparecerá hasta el motivo de tu llanto".

Pero las alegrías eran más, infinitamente más. Todo era alegría, salvo algunas amarguras insignificantes y raras. A los seis meses de acaecida alguna contrariedad, había que lamentar cualquier pequeña desgracia de una muchacha, pero, al mismo tiempo, la suerte de las demás suscitaba júbilo; y apenas pasaban dos o tres semanas, ya había motivo para alegrarse por la misma chica. La próspera marcha de los asuntos regocijaba siempre a Vera Pávlovna. Y si el contento general era alterado por algunos sinsabores, los compensaban las grandes satisfacciones, mucho más frecuentes: ahora lograban colocar muy bien al hermanito de una costurera; luego, a la hermana de otra; al tercer año, dos muchachas salieron airo- sas en un examen para institutrices. ¡Qué dicha para ellas! Casos como éste se registraron varios. Las bodas, frecuentes y afortunadas, eran principales motivos de alegría para el taller entero y para Vera Pávlovna en particular. Cada casamiento se organizaba con gran al- gazara. Antes y después, se celebraban numerosas fiestas, y las amigas del taller hacían múltiples regalos a la no- via. Del fondo de reserva se le daba una dote. Pero, na- turalmente, quien más atareada andaba en tales casos era Vera Pávlovna. Al principio, las muchachas del taller acogieron mal un acto de su organizadora. La primera novia le pidió que fuese su madrina, y ella se negó. Con la segunda sucedió lo mismo. Las más de las veces ha- cían de madrina Mertsálova o su madre, excelente señora. Vera Pávlovna, en cambio, no accedió a serlo nunca; vestía a la novia y la acompañaba a la iglesia, pero como una amiga más. La primera vez, las chicas pensaron que se negaba porque quizás estaría descontenta de algo. Pero Vera Pávlovna se mostró muy satisfecha de la pro- puesta, aunque la rechazó. A la segunda vez, las costu- reras comprendieron que se negaba por modestia: no quería ser oficialmente protectora de la novia. Es más, evitaba todo lo que fuese enaltecimiento de su persona y procuraba elevar a las demás, no sin éxito: muchas de

las clientas no podían distinguirla a ella de las otras dos cortadoras. Y quizá el mayor deleite de Vera Pávlovna fuera el de explicar a la gente que el taller había sido organizado y era sostenido por las propias muchachas. Con tales explicaciones, trataba de convencerse a sí mis- ma de que estaba en lo cierto al pensar que el taller podía marchar sin ella, que podían surgir otros talleres abso- lutamente independientes e incluso —¿por qué no?, ¡qué bien, sería lo mejor de todo!— dirigido por la inteligencia y la habilidad de las propias costureras y no por ninguna extraña. Aquélla era la más cara ilusión de Vera Páv- lovna.

V

Así pasaron casi tres años desde la fundación del ta- ller y más de tres años del casamiento de Vera Pávlovna. ¡Qué plácida e intensa fue aquella época! ¡Qué tranquila, qué alegre y qué buena!

Vera Pávlovna se despierta y se queda largo tiempo en la cama. Cierra los ojos y parece adormilarse, pero no está dormida, sino pensando en sus quehaceres. O bien permanece acostada como si no durmiera ni pensara, pero piensa: “¡Qué calentita, qué blanda y qué placentera es la cama por la mañana!” Así continúa hasta que desde la habitación neutral —o, mejor dicho, desde una de las habitaciones neutrales, pues tienen ya dos— el marido dice: “Vérochka, ¿estás ya despierta?” — “Sí, querido”. Esto significa que el marido puede comenzar a hacer el té —por la mañana lo hace él— y que Vera Pávlovna —no, en su habitación no es Vera Pávlovna, sino Vérochka— comienza a vestirse. ¡Cuánto tarda! Pero no: se viste pronto, en cosa de un minuto; lo que pasa es que le gusta lavarse despacio y después tarda en peinarse o, mejor dicho, se pasa largo tiempo jugando con su cabellera, de la que está enamorada. A veces se entretiene mucho poniéndose las botas, que son magníficas. Se viste muy modestamente, pero el calzado es su debilidad.

Sale a desayunar y abraza al marido: "¿Qué tal has descansado, querido?" Mientras toman el té, le habla de diversas cosas más o menos serias. Vera Pávlovna —no, Vérochka; durante el desayuno es todavía Vérochka— no toma tanto té como nata: el té le sirve tan sólo de pretexto para llenar de nata la mitad de la taza; es otra de sus debilidades. En Petersburgo resulta difícil conseguir nata buena, pero Vérochka la ha encontrado excelente, sin mezcla alguna. Sueña con tener una vaca; si las cosas siguen marchando como hasta ahora, podrá tenerla dentro de un año. Pero dan las diez. El marido se va a sus clases o al trabajo. Presta servicio en la oficina de un fabricante. Vera Pávlovna —ahora es ya Vera Pávlovna hasta la mañana siguiente— atiende el hogar. Tiene una doncella jovencita a la que debe instruir en todos los quehaceres; y cuando la ha adiestrado ya, tiene que enseñar a la nueva, porque las criadas duran poco allí: todas se casan; al cabo de medio año o poco más. Vera Pávlovna se cose ya una pelerina o unos manguitos, preparándose para ser madrina. En estos casos no puede negarse, pues la muchacha le dice: "¡Cómo, Vera Pávlovna! Usted lo ha organizado todo. Nadie más que usted puede ser la madrina". Las faenas domésticas dan mucho trabajo. Luego, Vera Pávlovna tiene que ir a sus clases, que son bastantes: unas diez horas semanales. Más horas constituirían una tarea demasiado difícil, máxime disponiendo de tan poco tiempo. Antes de las lecciones debe pasar un largo rato en el taller; y al regreso también tiene que echarle un vistazo. Después come con el marido. Bastante a menudo les acompaña alguien a la mesa: una persona o dos a lo sumo, porque invitar a más gente resultaría imposible; cuando les acompañan dos es ya un pequeño problema preparar algún nuevo plato para que haya suficiente. Si Vera Pávlovna vuelve fatigada, se sienta a descansar en su habitación, y la comida consta de lo que se comenzó a guisar con su ayuda y se terminó en su ausencia. Si no regresa cansada, bulle el trabajo en la

cocina, y lo anteriormente preparado se complementa con alguna galleta o, las más de las veces, con algo que se come con nata, es decir, que puede servir de pretexto para la nata. Mientras comen, Vera Pávlovna cuenta y pregunta, pero cuenta más que pregunta. ¿Cómo no? ¡Son tantas las noticias del taller! Después de comer permanece sentada con su marido cosa de un cuarto de hora. Sigue un "Hasta luego", y cada cual se retira a su habitación. Vera Pávlovna se acuesta de buena gana y lee. A menudo duerme; incluso muy a menudo; casi la mitad de los días duerme una hora u hora y media. Es una debilidad punto menos que de mal gusto, pero Vera Pávlovna duerme la siesta siempre que tiene sueño y hasta gusta de tenerlo y no se avergüenza de su debilidad. Después de dormir o de estar simplemente tendida hora y media o dos horas, se levanta, se viste, vuelve al taller y permanece allí hasta la hora de la cena. Si por la tarde no viene ninguna visita, durante la cena torna a contar a su marido los sucesos del día, y los dos charlan una media hora sentados en la habitación neutral. Sigue un "Hasta mañana querido", se besan y se separan hasta la mañana siguiente. Vera Pávlovna dedica bastante tiempo —una o dos horas— a trabajar y leer, y descansa tocando el piano en su habitación. Lo han comprado recientemente; hasta hace poco lo tenían alquilado. La adquisición también constituyó una gran alegría, pues, además, sale más barato que pagar el alquiler. Es un viejo piano de ocasión un pequeño Erard, comprado por cien rublos. Ha costado otros setenta afinarlo, pero ha quedado muy bien. Algunas veces, el marido viene a oírla cantar, pero sólo de cuando en cuando, ya que está muy ocupado. Así transcurre la tarde: trabajo, lectura, música y canto. Más que nada lectura y canto. Eso cuando no hay visita. Pero muy a menudo vienen invitados —principalmente jóvenes, más jóvenes que el marido y que ella—, entre los que se cuentan algunos de los profesores del taller. Tienen profundo respeto a Lopujov, considerándolo una de las mejores

cabezas de Petersburgo. Quizá no se equivoquen y puede que la verdadera causa de sus relaciones con Dmitri Serguéievich consista en la utilidad que sacan de hablar con él. A Vera Pávlovna le profesan una veneración sin límites. Ella les da a besar la mano sin sentirse humillada y los trata como si tuviera quince años más que ellos. Vamos, los trata así cuando no tiene ganas de retozar, pero en la mayoría de los casos las tiene: corre y bromea con ellos, llenándolos de júbilo. Bailan mucho, corretean mucho, tocan mucho el piano, charlan y ríen mucho; y tal vez canten más que otra cosa; pero las carreras, las risas y las travesuras no impiden que esta juventud sienta una devoción absoluta, incondicional y sin límites por Vera Pávlovna, respetándola como ya quisiera Dios que se respetase a una hermana mayor, como no siempre se respeta a una madre, por buena que sea. Claro está, el canto no es ya travesura, aunque a veces tonteen un poco cantando; mas en la mayor parte de los casos, Vera Pávlovna canta en serio; en ocasiones toca seriamente sin cantar, y el auditorio guarda entonces un silencio de tumba. No son muy raras las visitas de personas algo mayores, de la edad de los Lopujov: antiguos compañeros o conocidos de sus antiguos compañeros y dos o tres jóvenes profesores, solteros casi todos ellos. Los únicos casados son los Mertsálov. Vera y su marido salen de visita con poca frecuencia; van casi únicamente a casa de Mertsálov y a la de los padres de Natasha, la esposa de aquél. Estos bondadosos ancianos tienen muchos hijos que ocupan puestos bastante elevados en varios ministerios. De ahí que en casa de los viejos, que gozan de relativa abundancia, Vera Pávlovna vea gente muy diversa.

La vida libre, desembarazada y activa, en la que ponen una nota sibarítica el blando y abrigado lecho, la nata y las galletas de crema, agrada mucho a Vera Pávlovna.

¿Cabe mejor vida en el mundo? De momento, Vera Pávlovna estima que no.

Y, verdaderamente, en la temprana juventud es difícil imaginarse nada mejor.

Pero los años pasan, y con los años mejoran las cosas si la vida marcha como debe marchar: como marcha ahora la de muy pocos y como marchará alguna vez la de todos.

VI

Un domingo, a fines de verano, las muchachas salieron de excursión al campo, según su costumbre. Casi todas las festividades veraniegas iban en barcas a las islas. Vera Pávlovna las acompañaba, y esta vez la jira resultó magnífica porque fue también Dmitri Serguéievich, cuya compañía era una rareza: aquel verano iba con ellas tan sólo por segunda vez. El personal del taller, al saber que se disponía a acompañarlas, se alegró sobremanera: Vera Pávlovna estaría más jovial que de costumbre, y era de suponer que la excursión resultase más amena que nunca. Algunas que tenían otros proyectos para el domingo modificaron sus planes y se unieron a los excursionistas. En lugar de cuatro grandes botes alquilaron cinco, pero al ver que no tenían bastante tomaron otro. El grupo se componía de cincuenta personas o quizá más: veintitantas costureras —solamente seis no participaban en la jira—, tres mujeres de edad, alrededor de diez niños, las madres, las hermanas y los hermanos de las costureras, tres muchachos, novios de otras tantas jóvenes del taller (uno era oficial relojero, y otro, pequeño comerciante, pero ninguno de los dos cedía mucho en educación al tercero, maestro de una escuela distrital), otros cinco jóvenes de distintas clases, entre ellos incluso dos oficiales, y alrededor de ocho estudiantes universitarios y de la Academia de Medicina. Llevaron consigo cuatro grandes samovares, infinidad de panecillos, una enorme cantidad de ternera en frío y otras provisiones. La gente era joven, el movimiento mucho y, además, al aire libre:

cabía suponer que el apetito se despertaría. También llevaban cinco botellas de vino. Para más de cincuenta personas, entre las que iban más de quince muchachos, no era mucho.

Según se esperaba, la excursión resultó maravillosa. Hubo de todo. Bailaron a dieciséis parejas; luego a doce; después a dieciocho, e incluso en una cuadrilla salieron veinte. Jugaron a las carreras cerca de veintidós parejas; improvisaron tres columpios entre los árboles. En los intervalos de los juegos y bailes tomaban té y comían. Cosa de media hora —no, menos, mucho menos— casi la mitad de los excursionistas oyó una discusión de Dmitri Serguéievich con dos estudiantes, los más amigos de entre sus amigos más jóvenes. Los tres se acusaban mutuamente de inconsecuencia, de moderantismo y de espíritu burgués; pero, en particular, a cada cual le fue descubierto un defecto específico: un estudiante era romántico; Dmitri Serguéievich, esquemático; y el otro estudiante, rigorista. Por supuesto, a cualquier persona ajena a la discusión se le hubiera hecho difícil soportar más de cinco minutos semejantes disquisiciones. Incluso uno de los que discutían, el romántico, no resistió más de hora y media y corrió a unirse a los que bailaban, no sin antes cubrirse de gloria. Montó en cólera contra un moderantista y le faltó poco para emprenderla conmigo, aunque yo no estaba allí, y, sabiendo que el blanco de su ira tenía ya bastantes años, exclamó: “¿Para qué hablan ustedes de él? Repetiré las palabras que me dijo hace días una persona seria, una mujer inteligentísima: Sólo hasta los veinticinco años se puede pensar honradamente”. “Yo conozco a esa dama —intervino un oficial que, para desgracia del romántico, se había acercado al lugar de la discusión—. Es la señora N. Lo dijo en presencia mía. Verdaderamente, se trata de una mujer magnífica. Pero allí mismo se descubrió que media hora antes había estado jactándose de tener veintiséis años. ¿Recuerdas cómo se rió en compañía de los de-

más?” Aquí soltaron la carcajada los cuatro, y el romántico huyó riéndose. Pero el oficial lo sustituyó en la discusión, y ésta se animó más que antes, durando hasta la hora del té. El oficial fustigó al rigorista y al esquemático con más violencia aún que el romántico, pero él mismo fue desenmascarado como augustocomtista*. Después del té, el oficial declaró que, de momento, tenía edad para pensar honradamente y estimaba oportuno reunirse con la gente de su edad. Dmitri Serguéievich y el rigorista, aun contra su voluntad, siguieron el ejemplo y, aunque no bailaron, jugaron a las carreras. Cuando el elemento masculino decidió organizar una prueba pedestre y un concurso de saltos en una zanja, los tres pensadores se destacaron como los atletas de más valía en tales ejercicios. El oficial alcanzó la primacía en el salto. Dmitri Serguéievich, hombre muy robusto, se enardeció cuando el oficial le venció, en una lucha a brazo partido, pues pensaba ser el más forzado después del rigorista, que levantaba en vilo como si tal cosa y tendía en tierra al militar y a Lopujov juntos. Ni el primero ni el segundo lo tomaban a mal, ya que el rigorista era un atleta consumado, pero Lopujov consideraba una afrenta intolerable no vencer al oficial. Cinco veces forcejeó con él, y todas ellas fue derribado por su contrincante, aunque no sin esfuerzo. Después del sexto combate, Dmitri Serguéievich se reconoció inferior. Ambos estaban extenuados. Los tres pensadores se tendieron en la hierba y prosiguieron su discusión. Ahora, el augustocomtista resultó ser Lopujov; el esquemático, el oficial; y el rigorista siguió siendo rigorista.

Regresaron a casa a las once de la noche. Las viejas y los niños se durmieron en las barcas. Menos mal que llevaban mucha ropa de abrigo. Los demás no daban reposo a la lengua, y en las seis embarcaciones las bromas y las risas no cesaron un instante.

* Partidario del filósofo idealista francés.

Dos días después, mientras desayunaban, Vera Pávlovna dijo a su marido que la inquietaba el color de su cara. Respondió él que, efectivamente, no había dormido del todo bien y que ya la tarde anterior se sentía mal, pero que la cosa carecía de importancia: se había resfriado un poco en la jira, quizá por haber estado largo rato tendido en la hierba después de correr y forcejar. Lamentó su imprudencia, pero aseguró a Vera Pávlovna que la indisposición no era de cuidado y se marchó a cumplir sus obligaciones diarias. Durante la cena dijo que, al parecer, todo había pasado, mas a la mañana siguiente anunció que tendría que quedarse cierto tiempo en casa. Vera Pávlovna, que ya la víspera se había alarmado bastante, se asustó mucho ahora y exigió que Dmitri Serguéievich llamase al médico. "Yo mismo lo soy y puedo curarme si hace falta. Pero por ahora no lo necesito" —objetó el marido. Sin embargo, Vera Pávlovna se mostró inflexible, y Lopujov escribió una esquila a Kirsánov, diciéndole que la enfermedad era una insignificancia y que le pedía que viniera tan sólo para acceder a los ruegos de su mujer.

No es de extrañar, pues, que Kirsánov no se diera prisa. Estuvo en el hospital hasta la hora de comer y llegó a casa de los Lopujov sobre las cinco de la tarde.

— Sabes, Alexandr, he hecho bien en llamarte —dijo el enfermo—. La cosa no es de cuidado ni lo será, probablemente. Pero tengo una efeción a los pulmones. Claro que me curaría sin necesidad de molestarte, pero ven a verme aunque sólo sea para tener la conciencia tranquila. Al fin y al cabo, no soy pájaro suelto, como tú.

El reconocimiento, hecho por los dos, fue largo. Kirsánov auscultó a Lopujov, y ambos convinieron en que éste no se había equivocado. La enfermedad no infundía temor ni probablemente lo infundiría, pero la pulmonía

era fuerte y obligaba al enfermo a guardar cama alrededor de semana y media. Lopujov se había descuidado un poco, mas su estado no era grave.

Kirsánov tuvo que conversar largamente con Vera Pávlovna para tranquilizarla. Por último, ella se convenció de que no la engañaban, de que, probablemente, la enfermedad no sólo no era peligrosa, sino ni siquiera grave. Pero aquello era tan sólo "probablemente", y ya se sabe cuántas cosas ocurren pese a todas las probabilidades.

A partir de entonces, Kirsánov iba dos veces al día a visitar a su amigo. Ambos se daban cuenta de que la enfermedad no infundía temores. Y en la mañana del cuarto día, el médico dijo a Vera Pávlovna:

— Dmitri está fuera de todo cuidado. Aún pasará tres o cuatro días malillos y después empezará a reponerse. Pero con usted quiero hablar en serio, Vera Pávlovna. Hace mal en no dormir por las noches. Dmitri no necesita enfermera. Ni siquiera yo le hago falta. Y si continúa usted como hasta ahora, puede perjudicarse a sí misma sin ninguna necesidad. Ya tiene usted los nervios bastante trastornados.

Por más que trató de persuadirla, todo fue en vano. "De ningún modo", "Por nada del mundo" y "Dormiría de buena gana, pero no puedo dejarlo desatendido" —fueron las respuestas de Vera Pávlovna, que finalmente declaró: "Todo lo que me dice usted me lo ha dicho él muchas veces, como usted sabe. Por supuesto, antes le haría caso a él que a usted. Quiere decirse que no puedo".

Contra semejante argumento no había palabras. Kirsánov movió la cabeza en señal de desaprobación y se marchó.

Volvió después de las nueve de la noche y, en compañía de Vera Pávlovna, permaneció junto al enfermo cosa de media hora, al cabo de la cual dijo: "Usted, Vera

Pávlovna, váyase a descansar. Se lo pedimos los dos. Yo pasaré la noche aquí”.

A Vera Pávlovna se le hacía violenta la situación: estando medio convencida, y aun casi convencida totalmente, de que no era necesario velar al enfermo toda la noche, obligaba a hacerlo a una persona tan ocupada como Kirsánov. ¿Era verdad que no hacía falta? Al parecer, sí... Pero era sólo “al parecer”. ¿Quién podía asegurarlo? No, imposible dejar solo al marido. ¿Podían suceder tantas cosas!... A lo mejor quería beber, tomar un poco de té y, como era tan delicado, no se atrevería a despertar a nadie. Por consiguiente, había que permanecer a su lado. Pero Kirsánov no debía quedarse. Ella no lo permitiría. Así, pues, respondió que no se iba, que había descansado lo suficiente durante el día.

— En tal caso, dispéñeme, pero le ruego que salga. Se lo ruego encarecidamente.

Kirsánov la agarró del brazo y casi a la fuerza la sacó de la habitación.

— Me da reparo, Alexandr —dijo el enfermo—. ¿Qué papel más ridículo el tuyo! Pasar la noche a la cabecera de un enfermo que no lo necesita... De todas maneras, te lo agradezco mucho. No he conseguido convencer a Vera de que tome a una enfermera si teme dejarme solo. En nadie confía.

— Si yo no viese que no quiere dejarte al cuidado de otra persona, no alteraría mi sosiego. Pero creo que se dormirá: soy médico y amigo tuyo.

En efecto, apenas entró Vera Pávlovna en su aposento, se desplomó en la cama y se durmió. Las tres noches de insomnio no habrían tenido importancia. Tampoco la habría tenido su inquietud. Pero lo uno y lo otro, más la falta de descanso durante el día, representaban un verdadero peligro: con otros dos o tres días sin dormir, se habría puesto más enferma que el marido.

Kirsánov pasó otras tres noches con el enfermo. Esto no le fatigaba gran cosa porque dormía a pierna suelta,

cerrando prudentemente la puerta para que Vera Pávlovna no lo sorprendiera. Aunque ella sospechaba que Kirsánov dormía, estaba tranquila: al fin y al cabo, él era médico y sabía muy bien cuándo podía dormirse y cuándo no. Vera Pávlovna se avergonzaba de no haberse llamado antes y de haber molestado a Kirsánov, pero éste no creía ya sus afirmaciones de que dormiría aunque él no estuviese allí. “Ha cometido usted un delito, Vera Pávlovna, y debe ser castigada. No confío en usted” —respondía el médico.

Mas a los cuatro días fue evidente para Vera Pávlovna que el enfermo estaba ya casi sano, con lo cual quedaba al descubierto lo infundado del escepticismo de ella. Aquella tarde jugaron los tres a las cartas; Lopujov estuvo sentado en la cama y no tendido; y hablaba con voz de hombre sano. El médico podía suspender sus soporíferas guardias y así lo anunció.

— Alexandr Matvéievich —le dijo Vera Pávlovna—, ¿por qué me ha olvidado usted a mí, precisamente a mí? A Dmitri le ve, pues él le visita a menudo. Pero antes de su enfermedad ha estado usted sin venir por aquí cerca de medio año, si no me equivoco. Y eso que al principio éramos amigos, ¿se acuerda?

— La gente cambia, Vera Pávlovna. Además, trabajo sin descanso, puedo enorgullecerme de ello. Apenas visito a nadie: me faltan tiempo y ganas. Me canso tanto desde las nueve hasta las cinco en el hospital y en la academia, que luego no creo posible cambiar el uniforme por otra cosa que el batín de casa. La amistad es muy buena, pero, no se enfade si le digo que estar tumbado en un diván fumando un cigarro puro y con el batín puesto es mucho mejor.

Verdaderamente, Kirsánov llevaba casi dos años sin ir por el domicilio de los Lopujov. El lector no habrá visto su nombre entre los huéspedes asiduos. Incluso entre los visitantes raros, Kirsánov era ya una rareza.

Yo hablo tan sólo con el lector. La lectora es demasiado inteligente para importunarnos con su sagacidad, y por eso no hablo con ella: lo digo de una vez y para siempre. También entre los lectores hay bastantes personas de talento; mis explicaciones no son para ellas. Pero la mayoría de los lectores, incluidos todos los literatos y literatillos, son individuos perspicaces con los que siempre me es agradable conversar. Un lector perspicaz me dice: "Yo veo muy bien el camino que llevan las cosas. En la vida de Vera Pávlovna se inicia una nueva historia amorosa en la que Kirsánov va a desempeñar un papel. Veo más: hace tiempo que Kirsánov está enamorado de Vera Pávlovna y por eso ha dejado de visitar la casa de los Lopujov". ¡Oh, lector sagaz, que perspicacia la tuya! Apenas insinúo cualquier cosa, te apresuras a contestar: "Ya me he dado cuenta", y te admiras de tu clarividencia. Yo te venero, lector perspicaz.

Así, pues, en la vida de Vera Pávlovna aparece un nuevo personaje, y sería cosa de describirlo si no lo hubiéramos descrito ya. Hablando de Lopujov, se me hacía difícil establecer una diferencia entre él y su íntimo amigo, y no supe decir de él nada que no hubiera que repetir al referirnos a Kirsánov. En efecto, todos los rasgos que el lector (perspicaz) vea en esta descripción de Kirsánov constituirán una repetición de los rasgos de Lopujov. Lopujov era hijo de un pequeño burgués acomodado, es decir, que bastante a menudo comía carne en la sopa. Kirsánov era hijo de un escribano de un juzgado de primera instancia, o sea, de un hombre que no debía comer a menudo carne en la sopa. Lopujov se ganaba la vida desde su temprana juventud, casi desde la infancia. Kirsánov ayudaba a su padre a escribir papeles desde los doce años, y estando en el cuarto grado del liceo comenzó también a dar clases. Los dos se abrían paso en la vida por sus propios méritos, sin influencias ni pro-

ectores. ¿Qué clase de hombre era Lopujov? En el liceo no estudió francés, y todo el alemán que aprendió se reducía a declinar los artículos *der*, *die* y *das* con algunos errores. Cuando entró en la academia, se percató pronto de que no conociendo más que el ruso no iría muy lejos en la ciencia; tomó un diccionario francés y aquellos libros que encontró —los que encontró fueron *Telémaco*, las novelas de madame de Genlis y algunos números de nuestra sabia *Revue Etrangère*, publicaciones no muy seductoras— y, a pesar de ser un ferviente apasionado de la lectura, se prometió no mirar un libro en ruso hasta que aprendiese a leer con soltura en francés. Y aprendió. Con el alemán procedió de otro modo. Alquiló un cuchitril en un apartamento donde había muchos menestrales alemanes. El cuchitril era sórdido, y los alemanes, aburridos. Para ir a la academia tenía que andar mucho y, no obstante, vivió allí el tiempo necesario. Kirsánov había aprendido el alemán por diversos libros con diccionario, como Lopujov el francés, y para dominar esta lengua se valió de otro procedimiento: los Evangelios son un libro muy conocido; él encontró la traducción ginebrina del Nuevo Testamento y la leyó ocho veces; a la novena lo comprendía todo. Por consiguiente, había terminado su tarea. ¿Qué carácter era el de Lopujov? Juzguen ustedes: con su uniforme roto, iba una vez por la avenida Kamennostrovski después de dar una clase que le pagaban a cincuenta kopeks en una casa situada a unas tres verstas del liceo. En dirección contraria, vio venir a un individuo corpulento que de seguro iba paseando. El desconocido, muy orgulloso de su estatura, se fue directamente hacia él y no hizo el menor ademán de cederle el paso. Y Lopujov tenía entonces como regla no cedérselo más que a las mujeres. Los dos se rozaron; el gigante dio media vuelta gritando: "¿Qué haces, so cerdo?", y se disponía a proseguir su "adoctrinamiento"; pero Lopujov se volvió, lo atenazó entre sus brazos, lo tendió en una zanja con mucho cui-

dado y, puesto de pies encima de él, le conminó: "No te muevas si no quieres que te lleve a otro sitio donde haya más fango". Pasaron dos mujiks, lo vieron y lo elogiaron; pasó un funcionario, lo vio y, sin elogiarlo, sonrió irónicamente; pasaron coches y nadie miró porque no se veía lo que había en la zanja. Lopujov permaneció un rato de pies sobre el desconocido. Después lo levantó y, agarrándolo del brazo, lo llevó hasta la mitad de la calle y le dijo: "¿Ha resbalado usted, caballero? ¿Se ha hecho daño? Permítame que le ayude a limpiarse". Pasó un mujik y le ayudó a limpiarlo; pasaron dos ciudadanos y también le ayudaron, tras de lo cual se separaron todos. A Kirsánov le sucedió otro caso. Cierta dama, a la que muchos se esforzaban por agradar, estimó necesario hacer un catálogo de la biblioteca de su difunto esposo, un volteriano muerto veinte años antes. Se ignora por qué necesitó hacerlo a los veinte años. Kirsánov se hizo cargo del trabajo por ochenta rublos. Trabajó mes y medio. De buenas a primeras, a la señora se le antojó que no necesitaba el catálogo. Entró en la biblioteca y le dijo: "No siga usted. Lo he pensado mejor. Tome el pago de su trabajo". Y le dio diez rublos. "Señora... —replicó Kirsánov llamándola por su título—: tengo hecha más de la mitad. De diecisiete armarios he catalogado diez". —"¿Considera usted que le doy poco? Nikolas, ven aquí y entiéndete con este señor". Nikolas entró como una flecha: "¿Cómo te atreves a insultar a *maman*?" — "Tú, mocoso —expresión inoportuna por parte de Kirsánov, pues Nikolas le llevaba lo menos cinco años—, podías enterarte de las cosas antes de hablar". "¡Socorro, criados!" —gritó Nikolas. "¿Socorro? ¡Ya te enseñaré yo a ti a llamar a los criados!" La señora exhaló un alarido y cayó desmayada. Nikolas se percató de que no podía mover los brazos porque el brazo derecho de Kirsánov se los tenía apretados al cuerpo como un cinturón de hierro; y también notó que Kirsánov, después de darle un tirón de pelo con la mano izquierda, le oprimía la

garganta diciendo: "Fíjate lo fácil que me sería ahogarte". Advirtió Nikolas que, efectivamente, era fácil estrangularlo. La mano había dejado de atenazarle el cuello, permitiéndole respirar, pero seguía asida a la garganta. Y Kirsánov previno a los Goliats que aparecieron en la puerta: "¡Quietos o lo ahogo! ¡Apartaos o lo ahogo!" De todo esto se dio cuenta Nikolas en un abrir y cerrar de ojos e hizo con la nariz una señal indicando que comprendía su situación. "Pues llévame hasta la escalera, hermano" —dijo Kirsánov dirigiéndose de nuevo a Nikolas. Sin soltarlo de sus brazos, salió al recibidor y bajó la escalera, acompañado desde lejos por las dulces miradas de los Goliats. En el último escalón soltó el cuello de su presa, le dio un empujón y se fue a un tenducho a comprarse una gorra, porque la otra se le había quedado en casa de la señora.

Díganme ahora si puede hacerse alguna diferencia entre estas dos personas. Todos sus rasgos salientes son típicos y no individuales; son rasgos de un tipo tan distinto del que tú estás acostumbrado a ver, lector perspicaz, que sus propiedades comunes ocultan las peculiaridades personales. Entre los demás, estos hombres son algo así como unos cuantos europeos en China: los chinos no pueden distinguir a los unos de los otros; en todos ellos ven tan sólo "bárbaros descorteses y pelirrojos". Para ellos, los franceses son tan "pelirrojos" como los ingleses. Y llevan razón. Ellos no consideran a los europeos como individuos, sino como representantes de un tipo; ninguno come cucarachas, ni hace picadillo a la gente; todos beben aguardiente y vino de uva y no de arroz; y hasta lo único que tienen de común con los chinos, el uso del té, es distinto: lo toman con azúcar. De igual manera, las personas de otros tipos no acertaban a hacer diferencia entre los componentes del tipo a que pertenecían Lopujov y Kirsánov. Los dos eran intrépidos, decididos, inflexibles, capaces de emprender una obra y de perseverar en ella, dominándola de modo que no se

les fuera de las manos. Este era un aspecto de sus cualidades. Por otra parte, ambos eran personas de una honradez acrisolada, hasta el punto de que a nadie se le habría ocurrido pensar: "¿Puede uno confiar en este hombre en todo y del todo?", pues la cosa estaba tan clara como que él respiraba con el pecho: mientras aquel pecho respirase guardaría su calor y sería leal; en él podría uno reclinar la cabeza para descansar. Los rasgos generales eran tan acusados, que ante ellos palidecían todas las peculiaridades personales.

Este tipo de gente ha surgido entre nosotros hace poco. Antes había tan sólo algunas individualidades anunciadoras de su surgimiento; eran excepciones y, como tales, se sentían solitarias, impotentes; por eso permanecían inactivas o decaídas, o bien se entregaban a la exaltación, al romanticismo y a la fantasía, es decir, no podían tener las características principales de este tipo: un practicismo sereno, una diligencia equilibrada y prudente, una sensatez activa. Aquellas individualidades eran homogéneas, pero aún no habían evolucionado hasta constituir un tipo, que sólo ha surgido hace poco: aunque no soy muy viejo —¡qué digo muy viejo!, ni siquiera he llegado a la vejez—, en mis tiempos no existía. Yo mismo no he podido educarme en su espíritu porque no crecí en aquella época: como no formo parte de este género de gente, puedo expresarle mi respeto sin sonrojarme; por desgracia, al ensalzar a estos hombres gloriosos no me ensalzo a mí mismo.

Este tipo de personas nació hace poco y se reproduce con rapidez. Es hijo de la época, signo de la época y, ¿lo digo o no lo digo?, desaparecerá con su época, que es un período breve. Su vida, tan recientemente iniciada, ha de ser corta. Hace seis años no se veía por ninguna parte a hombres de este género; hace tres años, se les despreciaba; y ahora... Pero no importa lo que se piense ahora de ellos. Dentro de unos años, de muy pocos, les implorarán: "¡Salvadnos!", y lo que ellos digan será

ejecutado por todos. Al cabo de otros cuantos años, y quizá no años, sino meses, se les maldecirá y serán expulsados de la escena entre siseos y burlas. ¡Bah!, abucheadlos y burlaos de ellos, expulsadlos y maldecidlos: os han sido de provecho, y esto les basta; en medio de vuestra rechifla, bajo una tempestad de maldiciones, abandonarán la escena orgullosos y modestos, severos y dulces como han sido siempre. ¿No quedará en escena ninguno de ellos? —No. ¿Y qué sucederá faltando ellos?— Marcharán mal las cosas. Pero marcharán mejor que antes de aparecer ellos. Y con los años dirán las gentes: "La presencia de ellos mejoró la vida, aunque ha quedado mal". Cuando así digan, habrá llegado la hora de que este tipo renazca; y renacerá en mayor número y en formas mejores, porque entonces habrá más de todo lo bueno, y todo lo bueno será mejor. Y se repetirá la misma historia en un aspecto nuevo, reproduciéndose una y otra vez hasta que la gente diga: "Basta, ya estamos bien". Entonces dejará de existir este tipo por separado, porque todas las personas serán de este tipo y difícilmente creerán que hubo un tiempo en que dicho tipo era considerado como una cosa aparte y no como la naturaleza común de todos los hombres.

IX

Pero así como los europeos entre los chinos parecen tener una sola cara e idénticos modales aunque, en realidad, la diferencia entre ellos es incomparablemente mayor que entre los chinos, así también dentro de este tipo, único al parecer, las peculiaridades de los individuos son más numerosas y se diferencian entre sí más que todas las peculiaridades de los restantes tipos. Hay en él seres muy distintos: sibaritas, ascetas, severos, cariñosos, etcétera, etcétera; pero, así como ante un chino el europeo más cruel es muy piadoso, el más cobarde muy valiente y el más lujurioso muy casto, así también los

más ascéticos de ellos desean para el hombre las mayores comodidades que puedan imaginar individuos de otros tipos, y los más sensuales son más rígidos en sus normas morales que los moralizadores de otros tipos. Mas ellos interpretan todas estas cosas a su modo: entienden la moralidad y el *confort*, la sensualidad y el bien de una manera especial, y no sólo coinciden todos en su manera de entender las cosas, sino que lo entienden todo de igual manera, por cuya razón la moralidad y el *confort*, el bien y la sensualidad les parecen la misma cosa. Sin embargo, esto es solamente aplicando el criterio de los chinos; pero ellos mismos encuentran entre sí muchas diferencias de interpretación motivadas por sus diferentes naturalezas. Ahora bien, ¿cómo sería posible captar hoy las diferencias de naturaleza y de interpretación existentes entre ellos?

Hablando de sus asuntos entre sí —pero sólo entre sí y no con los chinos—, exteriorizan su diferencia las naturalezas europeas. De la misma manera, los individuos de este tipo manifiestan, por lo visto, una gran diversidad cuando tratan las cosas entre sí y no con gente extraña. Hemos conocido a dos personas del tipo en cuestión —Vera Pávlovna y Lopujov— y hemos visto las relaciones que mantenían. Ahora aparece un tercer personaje. Ya veremos las diferencias que se revelan cuando uno de ellos pueda comparar a los otros dos. Vera Pávlovna ve ante sí a Lopujov y a Kirsánov. Antes no podía elegir. Ahora puede.

X

Será cosa de decir unas palabras acerca del aspecto exterior de Kirsánov.

Sus facciones, como las de Lopujov, eran correctas y bellas. Unos encontraban más guapo a aquél; otros, a éste; Lopujov, más moreno, tenía el cabello castaño oscuro, ojos centelleantes de color pardo, casi negro, nariz

aguileña, labios carnosos y rostro un tanto ovalado. Kirsánov tenía el pelo rubio tirando a castaño; los ojos azules de un matiz oscuro; la nariz recta, estilo griego; la boca pequeña; la cara entrelarga, de una blancura sorprendente. Ambos eran esbeltos, de estatura bastante elevada: Lopujov un poco más fornido; Kirsánov, un poco más alto.

Kirsánov había logrado situarse bastante bien. Regentaba ya una cátedra. La aplastante mayoría de los electores estaba contra él, y no sólo no le habría dado la cátedra, sino que tampoco le habría concedido el grado de doctor, pero no tuvo más remedio. Dos o tres jóvenes y un viejo profesor, amigos suyos, llevaban mucho tiempo convenciendo a los demás de que había un tal Virchow en Berlín, un tal Claude Bernard en París y, en distintas ciudades, otros que no recuerdo y que, al parecer, eran astros de la ciencia médica (cosa inverosímil en extremo, porque sabemos perfectamente que los astros de la ciencia son Boerhaave y Hufeland. Harvey fue también un gran científico, al que se atribuye el descubrimiento de la circulación de la sangre; y Jenner inventó el remedio contra la viruela. De éstos tenemos noticia; pero ¿qué astros son los Virchow y los Claude Bernard, desconocidos para nosotros? Aunque, por otra parte, el diablo lo sabe). Aseguraban que el mismo Claude Bernard había elogiado unos trabajos hechos por Kirsánov aun antes de terminar sus estudios; y, claro está, otorgaron a Kirsánov el título de doctor, y alrededor de año y medio después le dieron una cátedra. Los estudiantes decían que con su incorporación a la labor docente había ganado mucho el profesorado. Kirsánov no ejercía la profesión, y afirmaba haber abandonado la medicina como clínico. Sin embargo, pasaba en el hospital muchísimo tiempo. Algunos días comía allí e incluso pernoctaba. ¿Qué hacía? Al decir de él, trabajaba para la ciencia y no para los enfermos: “No los curo; me limito a observar y a hacer experimentos”. Los estudiantes confirmaban sus palabras, añadiendo que

únicamente los tontos se dedicaban al ejercicio de la profesión, ya que por aquel entonces no era todavía posible curar. El personal de servicio opinaba de otra manera. "A éste se lo lleva Kirsánov a su sala. Quiere decirse que está grave" —comentaban los enfermeros y después decían al paciente: "Ten esperanzas. A este médico rara es la enfermedad que se le resiste. Un maestro. Y un verdadero padre".

XI

En los primeros tiempos del casamiento de Vera Pávlovna, Kirsánov visitaba a los Lopujov muy a menudo, casi cada dos días e incluso casi diariamente. Y pronto, punto menos que desde el primer día, trabó gran amistad con Vera Pávlovna: tanta como con el propio Lopujov. Así pasó cosa de medio año. Una vez estaban sentados los tres hablando como de ordinario, sin embarazo alguno. Kirsánov, el más locuaz hasta entonces, guardó silencio de improvisó.

— ¿Qué te pasa, Alexandr? —inquirió Lopujov.

— ¿Por qué se ha callado, Alexandr Matvéievich? —preguntó Vera Pávlovna.

— Me he puesto triste no sé por qué.

— Eso le ocurre a usted muy raramente —señaló ella.

— Sin motivo, incluso nunca —dijo Kirsánov en tono un tanto forzado.

Momentos después, se levantó antes que de costumbre y se despidió con la sencillez de siempre.

Dos o tres días más tarde, Lopujov dijo a Vera Pávlovna que había estado en casa de Kirsánov y que, a su entender, éste le había recibido de modo bastante extraño: parecía esforzarse por estar amable con él, cosa de todo punto improcedente entre ellos. Al notarlo, Lopujov le había dicho sin rodeos:

— Te encuentro enfadado, Alexandr. ¿Es conmigo?

— No.

— ¿Con Vérochka?

— No.

— ¿Qué te ha pasado, pues?

— Nada. ¿Por qué lo piensas?

— Porque no te portas bien conmigo: te encuentro extraño, amable en demasía, y tu enfado salta a la vista.

Kirsánov se deshizo en protestas de que no estaba enfadado ni mucho menos, con lo cual demostró lo contrario. Después debió avergonzarse de su actitud y se tornó sencillo, franco, natural. Aprovechando esta circunstancia propicia, Lopujov volvió a preguntarle:

— Dime, Alexandr, ¿por qué estabas enfadado?

— ¿Enfadado yo? Ni pensarlo —y otra vez se hizo empalagoso y desagradable.

¿Qué milagro era aquél? Lopujov trató de recordar si habría podido ofenderle en algo, pero se respetaban tanto y se profesaban tan profunda amistad, que semejante suposición quedada descartada. Vera Pávlovna también quiso hacer memoria para cerciorarse de si le había zaherido alguna vez, y tampoco pudo encontrar nada. Igual que su marido, y por la misma causa, sabía que aquello era imposible por parte de ella.

Pasaron otros dos días. No aparecer por casa de los Lopujov cuatro días seguidos era cosa extraordinaria en Kirsánov. Vera Pávlovna llegó a pensar si no habría caído enfermo, y su marido fue a verle para comprobarlo. ¿Qué enfermo ni qué diablo! Seguía enfadado. Lopujov lo asedió a preguntas y Kirsánov, después de mucho negar, se lanzó a una absurda perorata acerca de sus sentimientos hacia Lopujov y Vera Pávlovna, diciendo que les profesaba profundo cariño y respeto; pero de sus palabras se desprendía que ellos no le trataban con la suficiente consideración, aunque —lo que era peor— en toda la enfática parrafada no había la menor alusión a esto. No cabía duda: el señor tenía pretensiones. Era tan extraño semejante fenómeno en una persona de las cualidades que Lopujov atribuía a Kirsánov, que el hués-

ped terminó por decir al dueño de la casa: "Pero, hombre, ¿no somos amigos? Debiera darte vergüenza". Kirsánov, con una paciencia exquisita, replicó que, efectivamente, tal vez él fuese un poco quisquilloso, pero ¿qué iba a hacerle, si le sentaban mal muchas cosas? "¿Cuáles?" —interesóse Lopujov, y Kirsánov empezó a citar hechos que le habían ofendido en los últimos tiempos: "Tú dijiste que cuanto más claro tiene el pelo una persona, tanto menos brillante es. Se trataba de una alusión al color de mis cabellos. Vera Pávlovna dijo que el té había encarecido. Con ello quería reprocharme que comía en vuestra casa". Lopujov se desalentó: ¿había vuelto loco a aquel hombre la susceptibilidad o, hablando más propiamente, se había convertido en un idiota ruin?

Lopujov regresó a casa apenado. Le daba lástima haber descubierto tamaños defectos en una persona tan querida. A las preguntas de Vera Pávlovna, respondió con tristeza que era preferible no hablar de aquel tema, que Kirsánov decía cosas absurdas y desagradables y que, probablemente, estaba enfermo.

A los tres o cuatro días, Kirsánov debió darse cuenta de la indigna estupidez de sus actos: se presentó en casa de los Lopujov, se comportó normalmente y expresó su arrepentimiento por las bajezas cometidas. De las palabras de Vera Pávlovna dedujo que el marido no le había contado en detalle sus necedades. Sinceramente agradecido por la discreción de su amigo, decidió castigarse a sí mismo contándoselo todo a Vera Pávlovna: se emocionó, pidió perdón, dijo que estaba enfermo, y otra vez volvió a embarullarse. Vera Pávlovna trató de convencerle de que dejase aquel tema, afirmando que todo era pura tontería; y él cazó al vuelo esta palabra y soltó los mismos absurdos que cuando habló con Lopujov: de manera fina y delicada, afirmó que, evidentemente, aquello era una "tontería", porque él se daba cuenta de lo poco que él significaba para los Lopujov, pero que no merecía mejor trato, etcétera, etcétera. Habló con reticencia velada y

sutil, empleando las más afables expresiones de respeto y de lealtad. Al oír tales cosas, Vera Pávlovna también abatió los brazos desalentada, como antes hiciera su marido. Cuando el huésped se marchó, los dos esposos recordaron que días antes de caer en una estupidez tan evidente, Kirsánov había tenido algunas rarezas en las que entonces ni repararon ni comprendieron. Ahora se explicaba todo: aquellas extravagancias eran del mismo género que las de ahora, sólo que no tan acusadas.

A partir de entonces, Kirsánov comenzó a visitarlos con bastante asiduidad, pero ya era imposible reanudar las desembarazadas relaciones anteriores: hubo días en que bajo la envoltura de hombre normal asomaban unas orejas de burro tan largas, que los Lopujov habían de perder necesariamente una gran parte de su respeto al antiguo amigo, aunque las orejas se hubieran ocultado para siempre. Pero las orejas seguían asomando de vez en cuando; no sobresalían mucho y se escondían pronto, mas daba lástima ver aquel espectáculo desdichado, desagradable y de mal gusto.

Pronto se enfrió su anterior afecto a Kirsánov. El médico tenía ya verdaderos motivos para no encontrarse a gusto en el domicilio de los Lopujov. Y dejó de visitarlos.

Sin embargo, veía a Dmitri Serguéievich en casa de unos conocidos. Al cabo de cierto tiempo, disminuyó la inquina de Lopujov contra Kirsánov, que se comportaba bien. Lopujov comenzó a visitarlo. Un año después, Kirsánov reanudó sus visitas a los dos esposos y volvió a ser la magnífica persona de antes, sencilla y franca. Pero venía de tarde en tarde; por lo visto, le daba reparo recordar el estúpido papel representado por él, aunque Lopujov y Vera Pávlovna casi lo habían olvidado. Sin embargo, las relaciones rotas no se restablecían. En apariencia, Kirsánov y Lopujov eran nuevamente amigos, y de hecho, el afecto de éste por aquél revivió casi por com-

pleto. Dmitri Serguéievich iba a casa de Kirsánov con bastante frecuencia. Vera Pávlovna también le devolvió parte de su antigua amistad, pero lo veía muy rara vez.

XII

La enfermedad de Lopujov o, por mejor decir, el extraordinario cariño de Vera Pávlovna a su marido, obligó a Kirsánov a permanecer más de una semana en estrechas relaciones diarias con los dos esposos. Comprendía el peligro que representaba para él pasar las tardes con ellos a fin de quedarse luego a velar al enfermo en lugar de Vera Pávlovna. ¡Estaba tan satisfecho y orgulloso de que entonces, cerca de tres años antes, al notar los primeros síntomas de su pasión, supo hacer todo lo necesario para ahogarla en ciernes!... ¡Qué a gusto se quedó! Durante dos o tres semanas le acució el deseo de ir por casa de los Lopujov, pero incluso en ese período la pena de no poder visitarlos era menor que la alegría de comprobar su firmeza; y un mes más tarde la nostalgia se había disipado, quedándole tan sólo la satisfacción del deber cumplido. ¡Qué tranquilidad y qué placidez sentía en su alma!

Ahora, en cambio, el peligro era mayor. Naturalmente, en los tres años transcurridos, Vera Pávlovna había progresado mucho desde el punto de vista espiritual. Entonces era casi una niña. Ahora no; el sentimiento suscitado por ella no podía parecerse ya a la mera inclinación hacia una chicuela a la que se quiere y al mismo tiempo se recuerda con una sonrisa. Y no sólo moralmente había evolucionado Vera Pávlovna. La mujer hermosa de verdad florece largo tiempo, año tras año, en nuestras latitudes nortañas. Tres años de vida en tal edad hacen mucho bien al alma, a los ojos, a las facciones, a toda la persona, si la persona es buena y la vida también.

El peligro era grande, pero sólo para él, para Kirsánov. ¿Qué peligro amenazaba a Vera Pávlovna? Ella

amaba a su marido. Kirsánov no era tan fatuo ni tan tonto como para considerarse un temible rival de Lopujov. Y no razonaba así por falsa modestia, no: toda la gente juiciosa que conocía a los dos los colocaba a la misma altura. Además, Lopujov tenía de su parte la inmensa ventaja de haber merecido ya el amor de ella —¡sí, lo había merecido!— y de ser ya el dueño absoluto de su corazón. La elección estaba hecha; Vera Pávlovna se mostraba muy contenta y dichosa y no podía ocurrírsele buscar nada mejor. ¿Acaso estaba mal? Hubiera sido ridículo pensarlo; suponer tal cosa de ella y de Lopujov habría constituido una absurda fatuidad por parte de Kirsánov.

¿Es que por una menudencia, por no arrostrar un mes de tristeza, o dos a lo sumo, iba a permitir Kirsánov que Vera Pávlovna se destrozase los nervios y se expusiera a contraer una dolencia seria velando por las noches al enfermo? ¿Cómo podía exponer a un grave riesgo a una persona tan respetable como él con tal de evitar una breve e insignificante alteración de su sosiego? No sería digno. Y un acto indecoroso era mucho más desagradable que la lucha que habría de sostener consigo mismo —nada difícil, en esencia— y de cuyo feliz desenlace no tenía duda. Así pensaba Kirsánov, orgulloso de su firmeza y decidido a relevar a Vera Pávlovna en su inútil guardia.

La necesidad de velar al enfermo desapareció. Para guardar las formas y no dar un viraje brusco, que saltaría a la vista, Kirsánov debía visitar dos o tres veces a los Lopujov en los próximos días; después, cuando pasase una semana; luego, al cabo de un mes; y más tarde, al medio año. Posteriormente podría explicar su alejamiento con el pretexto de sus muchas ocupaciones.

XIII

Todo iba saliendo tal como había pensado. El afecto renació incluso con más fuerza que antes, pero la lucha para combatirlo resultaba fácil y poco dolorosa. Kirsánov

estaba en casa de Lopujov por segunda vez. Era una semana después de terminada la curación. Pensaba permanecer hasta las nueve, tan sólo por cumplir. Volvería dentro de dos semanas; de esto al alejamiento completo no habría más que un paso. Pero aún debía quedarse allí alrededor de una hora. Durante la semana transcurrida, casi había ahogado su pasión; un mes después no quedarían de ella ni rastros. Kirsánov sentíase muy satisfecho; participaba en la conversación con tal desenvoltura, que él mismo se alegraba de sus éxitos, lo cual contribuía a desembarazarlo más aún.

Lopujov tenía la intención de salir a la calle al día siguiente. Con tal motivo, Vera Pávlovna estaba de excelente humor, y a buen seguro que su alegría era mayor incluso que la del enfermo curado. Hablaron de la dolencia de Lopujov; se rieron de ella y exaltaron en broma la abnegación conyugal de Vera Pávlovna, que había estado a punto de estropear su salud por una alarma infundada.

— Ríanse, ríanse —dijo ella—. ¡Como si yo no supiera que ustedes serían incapaces de hacer lo contrario en mi caso!

— ¡Y cómo influye en una persona la solicitud de otras! —exclamó Lopujov—. En parte, el propio enfermo se sugestióna y piensa que necesita tener una precaución enorme al ver cómo los demás lo cuidan. Yo, por ejemplo, podía haber salido a la calle hace ya tres días y, sin embargo, me he quedado en casa. Esta mañana quería salir, pero he decidido aplazarlo otro día para mayor seguridad.

— Efectivamente, hace tiempo que podías haber salido —asintió Kirsánov.

— Pues estar aquí es para mí un heroísmo y, a decir verdad, me fastidia ya a más no poder. Me escaparía ahora mismo.

— Querido mío, te has portado tan heroicamente para calmarme a mí. Pero si, de verdad, tienes tanto deseo de acabar tu cuarentena, vámonos al instante. Dentro de un ratito debo ir al taller para media hora. Vamos todos.

Estará muy bien que tu primera visita después de la enfermedad sea al taller. Todo el personal lo notará y se pondrá muy contento por la atención.

— Bueno, pues vamos —respondió Lopujov visiblemente satisfecho de poder respirar aire puro sin esperar al día siguiente.

— Esto se llama tacto —dijo Vera Pávlovna—. No se me ha ocurrido ni siquiera pensar que usted, Alexandr Matvéievich, pueda no tener ganas de ir con nosotros.

— Se equivoca; es muy curioso; hace tiempo que deseaba ir. Ha tenido usted una idea feliz.

En efecto, la idea de Vera Pávlovna era buena. Las muchachas se alegraron mucho de que la primera visita de Lopujov después de curado hubiera sido para ellas. A Kirsánov le interesó mucho el taller, que no podía por menos de interesar a una persona de sus ideas. De no haber existido desde el principio un obstáculo especial, habría sido uno de los profesores más entusiastas en el taller. Media hora, o quizá una, se le pasó volando. Vera Pávlovna lo llevó a las diversas habitaciones, mostrándole todo cuanto de notable había en ellas. Cuando regresaban del comedor a las habitaciones de trabajo, se acercó a Vera Pávlovna una muchacha a la que no habían visto antes. La chica y Kirsánov se miraron:

— ¡Nástenka!*

— ¡Sasha!**

Y se abrazaron.

— ¡Sasha, amigo Sasha, cuánto me alegro de verte! —la muchacha seguía besándolo, riendo y llorando a un tiempo. Después de dominar su alegría, añadió—: Vera Pávlovna, ahora no puedo hablar de asuntos del trabajo. Imposible separarme de él. Sasha, vente a mi habitación.

Aunque el encuentro no fue menos agradable para Kirsánov, Vera Pávlovna advirtió una profunda pena en su

* Diminutivo de Anastasia.

** Diminutivo de Alexandr.

modo de mirar a la chica. Y no era para menos: estaba tuberculosa en último grado.

Anastasia Kriúkova había ingresado en el taller cosa de un año antes, muy enferma ya. De haberse quedado en la tienda donde trabajaba hasta entonces, habría muerto tiempo atrás. Pero en el taller halló la posibilidad de prolongar un poco su vida. Las muchachas no le permitieron que cosiera, pues podían buscar otras ocupaciones que no perjudicasen su salud: se hizo cargo de la mitad de los asuntos de poca monta, cuidaba de los depósitos, recibía encargos; y a nadie se le ocurriría decir que Kriúkova era menos útil que las demás.

Los Lopujov se marcharon sin esperar a que Kriúkova y Kirsánov terminasen de hablar.

XIV

EL RELATO DE KRIUKOVA

Al día siguiente, por la mañana temprano, Kriúkova se acercó a Vera Pávlovna.

— Quiero hablarle de lo que presencié usted ayer —le dije, y durante un momento se le hizo un tanto difícil encontrar el modo de continuar—. No quiero que piense usted mal de él, Vera Pávlovna.

— ¿Y por qué piensa usted mal de mí, Anastasia Borisovna?

— Si no se tratase de mí, la cosa no tendría nada de particular. Pero yo, ¿sabe usted?, no soy como las demás.

— No, Anastasia Borisovna, no tiene usted derecho a hablar así de sí misma. Hace un año que la tratamos. E incluso antes la conocían a usted muchas de nuestra colectividad.

— A lo que veo, sabe usted de mí muy poco.

— Al contrario, sé mucho. Sé que ha sido usted doncella, y que últimamente sirvió en casa de la actriz N. Cuando ella se casó, se marchó usted para escapar a

las asechanzas del suegro de ella y se colocó en la tienda de X., de donde pasó aquí. Sé todos los detalles.

— Yo confiaba en que Máximova y Sheina, que conocían mi vida, no dirían nada. Pero, sin embargo, temía que el asunto llegase a oídos de usted o de las demás. ¡Qué alegría que no saben nada! A usted, en cambio, se lo contaré todo para que sepa lo bueno que es Kirsánov. Yo era una perdida, Vera Pávlovna.

— ¿Usted?

— Sí. Era muy indecente y desvergonzada, y estaba siempre borracha. Enfermé por abusar de la bebida teniendo tan débiles los pulmones.

Eran ya tres los casos: muchachas que observaban una conducta intachable desde el momento en que Vera Pávlovna las conoció, le confesaban que habían llevado una vida inmoral. La primera confesión la dejó asombrada, pero, después de pensar en ella unos cuantos días, dijo para sí: “¿Y mi vida? El fango en que yo me crié no era más limpio; sin embargo, no me ha manchado, como no mancha a miles de mujeres criadas en familias tan malas como la mía. ¿Qué tiene, pues, de extraño que de semejantes humillaciones salgan puras aquéllas a quienes una feliz casualidad ayuda a salir del lodo?” Y la segunda confesión la oyó sin asombrarse ya de que la muchacha en cuestión hubiera conservado muchas nobles cualidades humanas: desinterés, lealtad con las amigas, ternura e incluso bastante ingenuidad.

— Anastasia Borisovna, no es la primera vez que oigo cosas como las que usted quiere contarme. Es un tema tan deprimente para quien habla como para quien escucha. Ahora que conozco sus muchas peripecias no le tendré menos respeto que antes, sino más; pero lo comprendo todo sin necesidad de oírlo. No hablemos de eso. No tiene usted por qué justificarse ante mí. También yo he pasado muchos años de grandes amarguras; procuro no pensar en ellas y me desagrada mencionarlas. Su recuerdo me agobia.

— No, Vera Pávlovna. Mi intención es otra. Quiero decirle lo bueno que es él. Deseo que alguien sepa lo que le debo. ¿Y a quién voy a contárselo mejor que a usted? Para mí será un desahogo. No vale la pena hablar de la vida que yo hacía: era igual que la de todas esas desgraciadas. Sólo quiero referirle cómo nos conocimos. Se me hace tan agradable hablar de él... Además, me voy a vivir a su casa: conviene que sepa usted por qué dejo el taller.

— Si el relatarlo le agrada, la escucho de buena gana. Permítame que vaya a recoger trabajo.

— Yo no puedo ni siquiera trabajar. ¡Qué corazón tienen estas muchachas! Me encontraron una ocupación con arreglo a mi salud. A todas he de demostrarles mi agradecimiento, a todas. Dígales que le he pedido que les dé las gracias en mi nombre. Pues verá usted. Iba yo por la avenida Nevski. Acababa de salir. Era temprano. De pronto vi a un estudiante y me acerqué a él. Sin decir nada, se pasó a la otra acera. Antes de que se percatara, corrí hacia él y lo agarré del brazo. “No se me escapará usted —le dije—. Es usted tan guapo...” — “Pues yo le ruego que se retire”. — “No. Véngase conmigo”. — “Ni lo piense”. — “En tal caso, me voy yo con usted. ¿A dónde va? No le dejaré de ninguna manera”. Así le dije. Porque ha de saber usted que yo era una desvergonzada, la peor de todas.

— Tal vez porque, en el fondo, era tímida y se avergonzaba de lo que hacía.

— Quizá. Por lo menos, conocí algunas a las que les pasaba eso. Claro está que entonces no lo advertí: lo comprendí después. Pues bien, cuando le dije que me iría con él fuese como fuese, se echó a reír y contestó: “Bueno, si quiere, véngase, pero será tiempo perdido”. Según me explicó luego, lo que quería era darme una lección porque le fastidiaba mi compañía. Seguí con él, diciéndole las cosas más absurdas, y él, callado. Por fin llegamos a su casa. Para ser estudiante, no vivía mal; ganaba

con sus lecciones alrededor de veinte rublos mensuales; y vivía solo. Me tiré en el diván y le dije: “Dame vino”. — “No lo espere usted. Si quiere tomar té, siéntese”. — “Con un ponche”. — “No, sin ponche”. Comencé a hacer tonterías e indecencias. El me miraba sin hacerme caso y a mí me daba mucha rabia. Ahora hay muchachos como él, Vera Pávlovna; los jóvenes se han vuelto mucho mejores, pero entonces los buenos eran una rareza. Llegué a enfurecerme, y me puse a gritarle: “¡Como eres de palo, me voy!” Y le solté unos cuantos insultos. “¿Para qué se va a ir ahora? —respondió—. Ya que está aquí, tome un poco de té. La dueña traerá en seguida el samovar. Pero déjese de blasfemias”. A todo esto, me hablaba siempre de usted: “Dígame quién es usted y cómo ha venido a parar en esto”. Le conté lo que se me ocurrió. Las de nuestra profesión inventamos historias y más historias, y por eso nadie nos cree, aunque algunas cuentan cosas verdaderas, pues entre nosotras hay mujeres nobles e instruidas. Después de oírme, dijo: “Su invención es mala. Imposible creerla, por más que quiera”. Y tomando el té, añadió: “Por la contextura de usted veo que la bebida le hace daño. Por su culpa tiene los pulmones casi destruidos. Déjeme que la ausculte”. ¿Querrá usted creer que me dio vergüenza de una cosa tan corriente para mí? ¡Con las indecencias que no habría hecho hasta entonces! Él notó mi turbación y me calmó: “No, si no quiero más que reconocerla”. Estaba entonces en el segundo curso, pero sabía ya mucho de medicina porque iba muy adelantado en la ciencia. Sí, me auscultó y dijo: “La bebida le hace daño. Está usted enferma del pecho”. “¿Cómo no voy a beber? —contesté yo—. Eso es imposible para nosotras”. Y así es en realidad, Vera Pávlovna. “Pues deje usted esa vida”. — “¡Cómo voy a dejarla con lo alegre que es!” — “¡Vaya una alegría! Bueno, haga el favor de marcharse, que tengo que hacer”. Y me fui enojada por haber perdido la tarde y por la frialdad de él. Al fin y al cabo, incluso en eso tenemos nuestro poquitín de amor

propio. Un mes más tarde caí por su barrio y pensé: "Voy a ver a ese madero. Me reiré un poco de él". Era antes de comer. Yo había dormido por la mañana y se me había pasado la borrachera de la noche. Lo encontré sentado y leyendo: "Buenos días, cacho de palo". — "Buenos días. ¿Qué me cuenta usted?" De nuevo comencé a hacer majaderías y él se enfadó: "Déjese de estupideces si no quiere que la eche. Ya le he dicho que me repugna eso. Ahora no está usted borracha y puede entenderme. Piénselo bien. Tiene usted más cara de enferma que antes. Deje la bebida. Arréglese la ropa y hablemos como las personas". Verdaderamente, el pecho comenzaba ya a inquietarme. Volvió a reconocermé, dijo que me encontraba peor y se pasó un rato dándome consejos. Como, además, me sentía mal, me apené y me eché a llorar: no quería morirme, y él me asustaba con la tisis. "¿Cómo abandonar esta vida? —le dije—. El ama no me soltará. Le debo diecisiete rublos". Nos tienen siempre entrampadas para que no podamos ni movernos. "Diecisiete rublos no los tengo ahora, pero venga pasado mañana" —respondió él. Me pareció extrañísimo; yo no lo había dicho para eso y, ¿cómo podía esperar tal cosa? No daba crédito a mis oídos. Me puse a llorar con más amargura, pensando que se burlaba de mí: "No está bien que se ría usted de las lágrimas de una pobre muchacha". Tardé en creerle cuando se puso a convencerme de que no hablaba en broma. ¿Qué cree usted? Reunió el dinero y me lo dio a los dos días. Me costaba trabajo creer lo que veía. "¿Por qué me da usted esto —le pregunté—, si no quiere nada de mí?" Me independicé del ama y alquilé un cuarto. Pero no encontraba ocupación. ¿A dónde iba a ir con el carnet de las de nuestro gremio? Dinero no tenía. Vivía como antes. Pero no, ¡qué digo como antes, qué comparación! Ahora no recibía más que a hombres conocidos, que no me ultrajaban. Además, había dejado de beber. Por eso no cabía comparación. La vida resultaba ya más llevadera, ¿sabe usted? Aunque no,

de todas maneras, se me hacía difícil. No crea que se me hacía difícil porque tenía que tratar con cinco o seis amigos, no; como todos me gustaban, la cosa no era tan pesada. Perdóne mi desenvoltura. Sólo a usted le hablo con tanta franqueza. Hasta hoy sigo pensando así. Usted me conoce. ¿Me porto mal ahora? ¿Hay alguien que me haya oído hablar mal? Ya sabe usted cómo cuido de los niños en el taller; todos me quieren, y ninguna vieja puede decir que no les enseñé lo mejor posible. Pero con usted soy franca, Vera Pávlovna, y hasta ahora pienso que cuando hay atractivo es como si no hubiera engaño. Otra cosa es cuando el engaño existe.

Así fui tirando. Pasaron unos tres meses, durante los cuales descansé mucho porque vivía ya tranquila, y aun- que el modo de ganar el sustento me avergonzaba un poco, no me consideraba ya una perdida.

En esa época, Sasha venía a verme y yo iba también a su casa. Ahora voy llegando a lo que quería decirle. Sasha no me visitaba con la misma intención que los otros, sino para observarme y evitar que volviera a las andadas, entregándome a la bebida. Gracias a él resistí la tentación en los primeros días. Ansiaba beber, pero ¿y si se presentaba él y me veía? A no ser por el temor a esto, no hubiera resistido. Los amigos proponían: "Si te parece, mando por vino"; pero como me daba vergüenza de que Sasha pudiera verme, respondía "No, de ningún modo". Si no hubiera sido por eso, habría caído en la tentación; la sola idea de que el vino me hacía daño no hubiera bastado para contenerme. Luego, al cabo de unas tres semanas, yo misma tenía ya fuerza para refrenarme. Se me pasó la afición a la bebida, y perdí la costumbre de andar borracha. Junté dinero para devolverle el que me prestó, y a los dos meses poco más o menos le pagué la deuda. ¡Qué contento se puso! Al día siguiente me trajo tela para un vestido y otras cosas compradas con aquel dinero. Posteriormente siguió viniendo a verme sólo como el médico que cuida a un enfermo. Y un mes después de

pagarle, me dijo, estando en mi casa: "Ahora empieza usted a gustarme, Nástenka". Claro, el vino estropea las facciones, y sus huellas no desaparecen de golpe; pero como había pasado cierto tiempo, habían desaparecido ya de mi cara: tenía buen color, y mis ojos eran más claros. Además, cuando dejé de beber perdí los modales anteriores, me acostumbé a hablar con educación y mis pensamientos se hicieron más honestos, aunque hablando me descarriaba algunas veces a causa de la costumbre. Pero ya me había hecho a comportarme y a hablar más decentemente. Cuando me dijo que empezaba a gustarle, me alegré tanto, que me hubiera arrojado a su cuello, pero no me atreví. Y él siguió: "¿Ve usted, Nástenka? No soy tan insensible como usted pensaba". Dijo que me había vuelto bonita y decente y se puso a acariciarme. ¡Qué caricias! Tomó mi mano y, colocándola sobre una de las suyas, comenzó a pasarle la otra por encima, sin dejar de mirar la mía. Para entonces, las manos se me habían puesto ya blancas y delicadas... Pues verá: cuando sentí el contacto de su mano, me puse tan colorada como no tiene usted idea. Fijese: después de una vida como la mía, parecía una muchachita tímida. Por extraño que parezca, así fue. Sin embargo, venciendo la vergüenza —da risa decirlo, pero es verdad—, venciendo la vergüenza, le dije: "¿Cómo se le ha ocurrido acariciarme, Alexandr Matvéievich?" "Porque ahora es usted una muchacha honrada, Nástenka" —respondió él. Al oír que me llamaba honrada, mis ojos se bañaron en lágrimas de alegría. Entonces él me dijo: "¿Qué le pasa, Nástenka?", y me besó. Imagínese: aquel beso me causó tal mareo, que me desmayé. ¿Es creíble esto después de una vida como la mía, Vera Pávlovna?

Me pasé llorando la mañana siguiente. ¿Cómo iba a vivir después de aquello, pobre de mí? No me quedaba otra solución que arrojarme al Neva, porque de allí en adelante no podría hacer de ninguna manera lo que hasta entonces me daba para vivir: antes preferiría que me de-

gollaran o morirme de hambre. Verá usted: yo le quería desde hacía tiempo, pero como él no me mostraba ningún cariño, no me quedaban esperanzas de gustarle. Mi amor se iba muriendo y yo misma lo daba ya por muerto. De pronto se descubre todo; y claro está, cuando se quiere tanto, ¿cómo es posible ni siquiera mirar a otro hombre que al amado? Por propia experiencia sabe usted que es imposible. En tales casos, no existe más que la persona a quien se quiere. Llorando sin cesar, me preguntaba qué iba a ser de mí, con qué medios iba a vivir; y me formé un plan: "Iré a verlo por última vez y después me tiraré al río. Toda la mañana estuve llorando. Pero de pronto lo vi entrar. Corrió a besarme y me dijo: "Nástenka, ¿quieres vivir conmigo?" Respondí que sí, y comenzamos a vivir juntos.

¡Qué tiempo más feliz, Vera Pávlovna! Creo que pocos habrán gozado una felicidad igual. El no dejaba de mirarme. Muchas veces, al despertarme, le veía estudiando; de pronto se levantaba y venía a contemplarme, pero se olvidaba de todo y se quedaba sentado a mi cabecera sin apartar los ojos de mí. Ahora bien, ¡qué tímido era, Vera Pávlovna! Lo comprendí después; cuando comencé a leer, vi cómo se describe el amor en las novelas y pude juzgar. Pero a pesar de su timidez, ¡con qué agrado me contemplaba! ¡Y qué sentimiento tan dulce se apodera de una cuando el hombre amado la mira! Es una satisfacción como no hay idea. Cuando me besó por primera vez, perdí el conocimiento y me dejé caer en sus brazos. Fijese si la sensación debió ser dulce; pero no llegó a tanto como cuando el amado la mira a una. Después de un beso hierve la sangre, se siente una inquietud extraña, y el sentimiento dulce parece ir acompañado de un cierto sufrimiento, de modo que resulta hasta pesado, aunque, por supuesto, es un deleite tan grande, que por un solo minuto creo que podría sacrificarse la vida, e incluso hay quien la sacrifica, Vera Pávlovna. Pues, aun siendo un placer enorme, se queda por debajo del otro.

Te pones a soñar a solas, pensando, “¡Oh, cuánto le quiero!”, y en tu placer no hay ni sombra de inquietud o de dolor; no hay más que placidez y tranquilidad. Cuando el amado la mira a una se siente todo eso, sólo que mil veces más fuerte. ¡Y qué sosiego! El corazón no late con violencia, no: eso significaría inquietud; palpita serena, agradable y suavemente; y el pecho se dilata, y se respira mejor. Así es: respira una a sus anchas. ¡Con qué facilidad! Una hora o dos pasan como si fueran un minuto. Aunque no; no hay minutos, ni segundos ni tiempo. Viene a ser como cuando te duermes. Al despertarte, sabes que ha pasado mucho tiempo, pero ¿cómo? Para ti no ha supuesto ni un instante. Y la sensación es la misma que después de un buen sueño. Nada de cansancio: frescura, optimismo. Parece que ha descansado una; y verdaderamente ha descansado. He dicho que respira una a sus anchas. Es la pura verdad. ¡Qué fuerza tiene una mirada Vera Pávlovna! No existe caricia tan suave ni tan placentera como una mirada. En el amor no hay mayor dulzura que ésta.

¡Y él no hacía más que mirarme y mirarme! ¡Qué delicia! Quien no la haya experimentado no puede ni imaginársela. Usted lo sabe muy bien, Vera Pávlovna.

— ¡No sé cómo no se cansaba de besarme los ojos, las manos, el pecho, las piernas, todo el cuerpo! ¿Y cómo no me daba vergüenza, siendo ya entonces como soy ahora? Ya sabe usted que me cohibe hasta la mirada de una mujer. Las muchachas pueden decirle lo tímida que soy; por eso vivo en habitación aparte. No puede usted figurarse lo extraño que era aquello: cuando él me miraba y me besaba, no sentía rubor: al contrario, era tan agradable, y se me hacía tan fácil respirar... ¿A qué se deberá, Vera Pávlovna, que me cohiban las muchachas del taller y que no me cohibiera la mirada de él? Yo me pregunto si no sería por parecerme que no era un extraño, sino que los dos éramos una sola persona; que no me miraba él, sino yo misma; que no me besaba él,

sino yo misma. De veras que lo creía. De ahí que no me diera vergüenza. Pero usted sabe muy bien todo esto y no hay por qué explicárselo. Sólo que cuando se pone una a pensar no puede apartarse de esta idea. Me voy, Vera Pávlovna. No puedo hablarle más, quería únicamente decirle lo bueno que es Sasha.

XV

Kriúkova terminó de contar su historia a Vera Pávlovna en días posteriores. Había vivido con Kirsánov cerca de dos años. Los síntomas de la enfermedad desaparecieron. Mas a finales del segundo año, cuando entró la primavera, la tuberculosis se manifestó con toda su fuerza. Vivir con Kirsánov suponía para Kriúkova condenarse a una muerte rápida. Renunciando a él, podía esperar que la dolencia se paralizase durante largo tiempo. Y decidieron separarse. Hacer un trabajo duro equivalía también a condenarse. Tenía que buscar colocación de ama de llaves, de criada, de niñera o de algo por el estilo, en casa de una señora donde no hubiera demasiados quehaceres ni —lo principal— motivos de disgusto. Aunque esto era mucho pedir, encontró un sitio que reunía tales condiciones. Kirsánov tenía algunas conocidas entre las artistas principiantes, por cuyo intermedio se colocó Kriúkova de criada en casa de una actriz del Teatro Ruso, excelente mujer. A Nástenka le costó trabajo despedirse de Kirsánov: “Mañana me voy” —decía; y un *mañana* sucedía a otro *mañana*. Lloraron abrazados y no pudieron separarse hasta que la propia actriz, conocedora de la causa por la que Kriúkova quería entrar de criada, fue a buscarla ella misma. Adivinando el motivo de la demora, se la llevó y acabó con una situación pernicioso para la joven.

Mientras la actriz actuó como tal, Kriúkova se sintió muy a gusto. La señora era persona de tacto, y la criada apreciaba su colocación: además de que era difícil en-

contrar otra en aquellas condiciones, no tenía disgustos y le había tomado afecto a la dueña, quien, al notarlo, se hizo aún más bondadosa. Nástenka gozaba de gran tranquilidad, y su dolencia no progresaba o progresaba muy poco. Pero la actriz se casó, abandonó la escena y se fue a vivir con la familia del marido. Allí, según las noticias de Vera Pávlovna, el suegro de la actriz comenzó a perseguir a la criada. Ciertamente que la virtud de ésta no peligraba, pero se produjeron disputas familiares: la señora afeaba al viejo su proceder, y el viejo se enfurecía. Kriúkova no deseaba ser motivo de discordia y, aunque lo hubiera deseado, no habría tenido ya la tranquilidad anterior. Considerándolo así, se marchó.

Sucedió esto alrededor de dos años y medio después de su separación de Kirsánov. Desde entonces no se habían visto. Al principio, él la visitaba, pero la alegre excitación de los encuentros perjudicaba mucho a la joven, y él le pidió permiso para no ir a verla. Kriúkova probó a hacer de sirvienta en dos o tres casas más, pero en todas ellas tuvo tantos sobresaltos y disgustos, que prefirió buscar trabajo de costurera, aunque aquello significaba provocar una rápida agravación. Sin embargo, como de todas maneras la enfermedad se agravaría a causa de los sinsabores, valía más sufrir la misma suerte sin amarguras. Un año de trabajo de costurera quebrantó definitivamente a Nástenka. Cuando ingresó en el taller de Vera Pávlovna, Lopujov —que hacía allí las veces de médico— se esforzó cuanto pudo por atajar el curso de la tuberculosis. Realizó grandes esfuerzos y logró un alivio insignificante; pero el desenlace se acercaba.

→ [Hasta los últimos tiempos, Kriúkova abrigó la creencia de todos los tísicos. Pensaba que su mal no había alcanzado una gravedad extrema. De ahí que rehuyese el daño que podrían causarle los encuentros con Kirsánov. Pero llevaba un par de meses preguntando con insistencia a Lopujov si le quedaba mucho tiempo que

vivir. No decía para qué necesitaba saberlo, y Lopujov estimó impropio anunciarle sin rodeos la proximidad de la crisis. No viendo en sus palabras más que el tradicional apego a la vida, procuraba tranquilizarla. Pero ella, según suele suceder, no se calmaba, limitándose a no hacer aquello que pudiera alegrar sus últimos días. Veía que le quedaba poca vida, y sus sentimientos eran determinados por esta idea. Pero el médico continuaba recomendándole que se cuidase; y ella, sabiendo que debía creerle a él más que a sí misma, obedecía y no buscaba a Kirsánov.

Tan equívoca situación no podía prolongarse mucho. A medida que el desenlace fuera aproximándose, las preguntas de Kriúkova se harían más insistentes; o bien ella declarararía los motivos que la incitaban a indagar la verdad, o bien Lopujov y Vera Pávlovna los adivinarían; y dos o tres semanas más tarde, o quizá tan sólo al cabo de unos días, el asunto habría terminado como terminó un poco antes gracias a la aparición de Kirsánov en el taller, inesperada para Nástenka. El equívoco fue deshecho no por preguntas de la enferma, sino por pura casualidad.

— ¡Qué alegría, que alegría! Siempre estaba pensando en ir a verte, Sasha —dijo Kriúkova llena de júbilo cuando llevó a Kirsánov a su habitación.

— ¡Sí, Nástenka! Yo no estoy menos contento de verte. Ahora no nos separaremos. Vente a vivir a mi casa —dijo Kirsánov, impulsado por un sentimiento mezcla de amor y de piedad; pero se reportó inmediatamente y pensó: “¿Qué es lo que he dicho? Probablemente, ella no tiene idea de la proximidad de la crisis”.

Kriúkova no comprendió al pronto el sentido de las palabras de Kirsánov; o si lo comprendió, no estaba para reparar en tales cosas, pues el júbilo del amor que volvía ahogaba en ella el dolor del próximo fin. Sea como fuere, Nástenka, transportada de alegría, exclamó:

— ¡Qué bueno eres! Me quieres como antes.

Mas cuando Kirsánov se marchó, ella rompió a llorar. Sólo entonces comprendió o pudo advertir que había comprendido lo que significaba la reanudación del amor: "Ya no tengo por qué cuidar de ti; el asunto está perdido; goza, por lo menos".

Y ella gozó, verdaderamente. Kirsánov no la dejaba sola más que durante las horas que debía pasar en el hospital y en la academia. Así vivió Nástenka cerca de un mes. Siempre estuvieron juntos. ¡Cuántas cosas se contaron de la época en que vivieron separados! Más a menudo todavía recordaron los momentos de su vida conjunta. ¡Qué tiempo más entretenido pasaron! Iban juntos a pasear; él alquiló un coche, y todas las tardes daban una vuelta por los alrededores de Petersburgo, admirando el paisaje (la naturaleza es tan seductora, que el hombre admira incluso los panoramas del extrarradio de Petersburgo, tan míseros y despreciables, aunque hayan costado decenas de millones), leían, jugaban a las cartas y a la lotería, y ella trató incluso de aprender a jugar al ajedrez, como si tuviera vida para tanto.

Vera Pávlovna pasaba con ellos algunas tardes cuando volvían de su paseo. Con más frecuencia aún, iba por la mañana para distraer a Nástenka en ausencia de Kirsánov; y cuando se quedaban solas, los largos y apasionados relatos de Kriúkova no tenían más que un tema: ¡qué bueno era Sasha, qué cariñoso! ¡Y cómo la quería!

XVI

Pasaron cerca de cuatro meses. La necesidad de atender a Kriúkova, primero, y su recuerdo, luego, engañaron a Kirsánov: se figuraba que con tales preocupaciones dejaría de pensar en Vera Pávlovna; no rehuía su presencia ni su conversación cuando ella iba a visitar a Nástenka ni después, cuando, muerta ésta, trataba de

distraerle. Mientras Kirsánov se halló dominado por la tristeza no tuvo por Vera Pávlovna otro sentimiento consciente que el de amistosa gratitud por la condolencia de ella.

Pero —el lector conoce de antemano el sentido de este "pero", como conocerá siempre el contenido de las páginas siguientes—, el sentimiento de Kirsánov hacia Nástenka durante este segundo encuentro no fue el mismo que el de Kriúkova hacia Kirsánov. El antiguo amor se había apagado en él tiempo atrás; le quedaba la simpatía por la mujer a la que quiso en tiempos. Su pasión por ella fue tan sólo el ansia juvenil de amar a alguien, a quien fuese. Por supuesto, Kriúkova no hacía pareja con él, ya que el nivel intelectual de ambos era distinto. Cuando Kirsánov dejó de ser un adolescente, a lo más que podía llegar era a compadecer a Nástenka, a mostrarse cariñoso con ella movido por el recuerdo y por la compasión. La amargura suscitada por su muerte se le pasó pronto. Cuando la pena no existía ya, a él le parecía tenerla aún y, cuando advirtió que ya había desaparecido la tristeza y que no le quedaba sino el recuerdo, notó que sus relaciones con Vera Pávlovna le habían acarreado una desgracia enorme.

Vera Pávlovna trataba de distraerle, y él la dejaba hacer, considerándose a cubierto de todo mal o, por mejor decir, olvidándose de su enamoramiento y sin percatarse de que, sometiéndose a los cuidados de ella, iba camino de su perdición. ¿Qué sucedió dos o tres meses después de que Vera Pávlovna comenzó a distraerlo para disipar su pena por la muerte de Kriúkova? Sucedió que Kirsánov pasaba casi todas las tardes en casa de los Lopujov o acompañaba a diversos lugares a Vera Pávlovna, unas veces con el marido, y más frecuentemente sin él. No sucedió nada más; pero esto era más que suficiente no sólo para él, sino también para ella.

¿Cómo transcurría ahora el día de Vera Pávlovna? Hasta el atardecer, como anteriormente. Pero daban las

seis. Antes se encaminaba sola a su taller o permanecía en su habitación sentada y trabajando. Ahora, en cambio, si ella pensaba ir al taller, Kirsánov lo sabía desde la víspera y se presentaba para acompañarla. Todo el camino de ida y vuelta —muy corto, por cierto— se lo pasaban hablando de cosas diversas, principalmente del taller, en cuya dirección Kirsánov era el más activo auxiliar de Vera Pávlovna. Mientras ella daba las indicaciones necesarias, él no permanecía inactivo: las treinta costureras siempre necesitaban algo y él se ofrecía para cumplir cualquier encargo que le hicieran. Otras veces se sentaba a charlar con los niños, y a la conversación se unían algunas muchachas. Hablaban de todo: de la belleza de los cuentos árabes de *Las mil y una noches*, muchos de los cuales se los había contado Kirsánov, de los elefantes blancos, tan respetados en la India como los gatos blancos entre muchos rusos. La mitad de los presentes veía en ello una manifestación de mal gusto, estimando que los elefantes, los gatos y los caballos blancos eran albinos, una raza enfermiza, cuyos ojos denotaban la falta de una salud tan envidiable como la de los de color; y la otra mitad defendía a los gatos blancos¹⁵. “¿No conoce más detalles de la vida de la señora Beecher-Stowe, de cuya novela tenemos noticia por lo que usted nos ha contado?” —preguntaba una de las muchachas. Kirsánov no conocía lo que se le preguntaba, pero procuraría enterarse porque a él mismo le interesaba; de momento, sólo podía hablar un poco de Howard¹⁶, que fue una persona casi igual que la señora Beecher-Stowe. Así se desarrollaban los relatos de Kirsánov o sus discusiones con el auditorio, cuya parte infantil era permanente y cuya parte adulta cambiaba sin cesar. Cuando Vera Pávlovna resolvía sus asuntos, regresaba con él a casa, cenaban los tres y charlaban largamente. La sobremesa de Vera Pávlovna y Dmitri Serguéievich es ahora mucho más larga que antes, cuando no venía Kirsánov. Casi todas las tardes que

pasan los tres solos dedican una o dos horas a la música: Lopujov toca, su esposa canta y Kirsánov escucha, aunque algunas veces quien se sienta al piano es él, y entonces Dmitri Serguéievich canta a dúo con Vera Pávlovna. Pero en los últimos tiempos es también frecuente que Vera Pávlovna venga presurosa del taller para vestirse e ir a la ópera; van muy a menudo, ya los tres, ya Vera Pávlovna con Kirsánov. Además, la casa de los Lopujov es frecuentada por otras personas. Antes, no contando a la juventud —los jóvenes no son huéspedes; son como sobrinos—, los únicos que les visitaban eran los Mertsálov. Ahora, los Lopujov han hecho amistad con dos o tres familias muy amables. Los Mertsálov y otras dos familias han decidido organizar semanalmente, por turno, pequeñas veladas con baile, en las que se reúnen de seis a ocho parejas. Lopujov casi nunca va sin Kirsánov a la ópera ni a casa de las familias conocidas, pero Kirsánov acompaña muchas veces a Vera Pávlovna: el marido pretexto que desea quedarse en el diván, arrebujado en su batín. De ahí que sólo la mitad de las tardes las pasen juntos los tres. Bien es verdad que cuando en casa de los Lopujov no hay otro huésped que Kirsánov, el diván atrae muchas veces al amo de la casa y le incita a marcharse de la sala donde está el piano, que ha sido trasladado allí de la habitación de Vera Pávlovna; pero la retirada no salva a Dmitri Serguéievich: a los quince minutos, o todo lo más a la media hora, Kirsánov y Vera Pávlovna abandonan el piano y vienen a sentarse junto al diván; por cierto que ella no permanece mucho tiempo sentada; pronto se acomoda, medio tendida, de manera que el marido pueda estar sentado a gusto. El diván es ancho; ella pasa un brazo por los hombros de su esposo, y Lopujov, aunque un poco apretado, no se siente incómodo.

Así transcurrieron tres meses o más.

Los idilios no están de moda ahora, y a mí mismo no me gustan en absoluto, como no me gustan los paseos

o los espárragos. Pero ¡allá cada cual con sus gustos! ¿Qué obligación tiene nadie de ser amante de todos los platos y de todas las distracciones? Ahora bien, yo sé que son buenas muchas cosas que a mí me desagradan y que esas mismas cosas gustan o gustarían a mucha más gente de la que, como yo, prefiere el ajedrez a pasear y la col agria con aceite a los espárragos; sé incluso que la mayoría de los que no comparten mi afición por el ajedrez y de buena gana no compartirían mi afición por la col agria con aceite tiene gustos no peores que los míos. Y por eso digo: ¡Que haya en el mundo más y más diversiones y que la col agria con aceite quede tan sólo como rareza antigua para unos cuantos excéntricos como yo!

Tampoco ignoro que para la enorme mayoría de las personas —nada peores que yo— la felicidad ha de tener un carácter idílico, y por eso exclamo: ¡Que impere el idilio sobre todos los demás fenómenos de la vida! Para unos cuantos extravagantes a quienes no les gusta, la felicidad revestirá otro carácter, pero la mayoría necesita el idilio. No se nos replique que éste ha pasado de moda y que por tal razón la gente lo desecha. No es objeción de peso: lo desecha como la zorra de la fábula desechaba las uvas. Le parece que el idilio no está a su alcance y ha resuelto que pase de moda.

Pero la inaccesibilidad del idilio es pura fábula. A más de agradar a casi todo el mundo, es cosa factible, muy factible. Sería sencillo realizarlo, pero no para una persona ni para diez, sino para todas. Para cinco hombres no es posible traer la ópera italiana, pero lo es para Petersburgo entero, según todos vemos y oímos. No tendría sentido publicar para diez personas las Obras Completas de N. V. Gógol, editadas en Moscú en 1861, mas para todo el público es cosa accesible y poco costosa, según sabemos todos. Pero en tanto que no haya ópera italiana para toda la ciudad, los melómanos más hervientes pueden deleitarse con unos conciertos; y mien-

tras la segunda parte de *Almas Muertas* permaneció inédita para el gran público, sólo unos cuantos amantes de Gógol, los más fanáticos, copiaron para sí el manuscrito sin reparar en esfuerzos. Un manuscrito es incomparablemente peor que un libro impreso; un concierto queda muy por debajo de la ópera italiana; y, sin embargo, no están mal el manuscrito ni el concierto.

XVII

Si alguien hubiera ido a ver a Kirsánov para pedirle consejo acerca de una situación análoga a la suya, y si Kirsánov no hubiera conocido en absoluto a las personas afectadas por aquella situación, habría dicho: “Es tarde para arreglar el asunto con la fuga; no sé el giro que tomará todo esto, pero irse o quedarse es igualmente peligroso para usted. Y para las personas cuya tranquilidad le preocupa, su fuga sería tal vez más peligrosa que su presencia”.

Naturalmente, Kirsánov habría contestado esto tan sólo a una persona como él mismo o como Lopujov, hombres de carácter firme y de intachable honradez. Con individuos de otra clase es inútil hablar de semejantes situaciones, porque proceden en tales casos como verdaderos miserables: cubren de vergüenza a una mujer, se deshonoran ellos mismos y luego van a lloriquear o a fanfarronear ante sus amigos, jactándose de su heroica virtud o de su irresistible atractivo. Con gente así, Lopujov y Kirsánov preferían no hablar de cómo debe comportarse una persona noble. Pero Kirsánov llevaría razón diciendo a una persona de sus ideas que, en tales circunstancias, quizás sería peor huir que quedarse. Y sus palabras habrían de sobreentenderse así: “Yo sé lo que tú harías si te quedaras. Procurarías no exteriorizar en modo alguno tu sentimiento, porque sólo en ese caso no serías un canalla quedándote. Tu misión consiste en alterar el menos tiempo posible el sosiego de una mujer

cuya vida transcurre con normalidad. Al parecer, ya es imposible evitar que se altere. Probablemente (¡qué digo probablemente!, sin duda alguna) en ella ha nacido ya un sentimiento que no concuerda con sus relaciones actuales, aunque ella no lo note. No se sabe si tardará en descubrirlo sin tu ayuda. Pero tu alejamiento contribuirá a descubrirlo. Por consiguiente, alejándote no harás más que acelerar lo que tratas de impedir”.

Sin embargo, Kirsánov no razonaba como persona ajena al asunto, sino como elemento interesado. Se hacía cargo de que alejarse era lo más difícil. Los sentimientos le incitaban a quedarse. Así, pues, si se quedaba, ¿no sería una claudicación ante los sentimientos y sus incentivos? ¿Qué derecho tenía él a estar tan seguro de que no exteriorizaría sus sentimientos con una palabra o con una mirada que pudieran excitar los de ella? En consecuencia, lo mejor sería irse. En su caso resultaba difícil discernir hasta qué punto la razón era seducida por los sofismas de la pasión, porque la honradez decía: “Obra en contra de la pasión y tendrás mayores probabilidades de proceder noblemente”. Esto era traducido del lenguaje teórico. Pero la teoría profesada por Kirsánov consideraba equívocas y oscuras palabras tan altisonantes como “nobleza”. Ateniéndose a su terminología, Kirsánov se hubiera expresado así: “Toda persona es egoísta. Yo también lo soy. Ahora cabe preguntar: ¿Qué me conviene más, irme o quedarme? Yéndome no hago más que ahogar en mi interior un sentimiento particular. Quedándome corro el riesgo de excitar mi amor propio con alguna palabra estúpida o con alguna mirada sugeridas por este sentimiento particular. El sentimiento particular puede ser ahogado, y al cabo de cierto tiempo recobraré mi tranquilidad y volveré a estar satisfecho de la existencia. Y si alguna vez obro en contra de mi carácter, perderé para siempre hasta la posibilidad de estar tranquilo y satisfecho de mí mismo: me envenenaré la vida. Figúrense qué situación: me gusta beber y tengo ante mí una copa de

vino excelente; pero sospecho que está envenenado. No puedo comprobar la veracidad de mi sospecha. ¿Debo beberme la copa o volcarla para que no me tiente? No tengo derecho a dar a mi decisión el calificativo de noble ni incluso el de honrada. Son palabras demasiado altisonantes. Debo decir que realizo un acto de prudencia y precaución. Vuelco la copa; con ello me privo de un gusto y me causo una pequeña contrariedad; pero aseguro mi salud, es decir, la posibilidad de beber durante mucho tiempo y en gran cantidad vino del que sabré a ciencia cierta que no está envenenado. Obro con talento. Ese es todo el elogio que puede hacerse”.

XVIII

¿Qué pretexto inventar para alejarse? El de antes —fingirse enojado o mostrar algún rasgo negativo del carácter— estaba contraindicado. El mismo engaño no valía para dos veces: la segunda no haría más que poner al desnudo los móviles de la primera, presentando a Kirsánov como héroe no sólo de los tiempos nuevos, sino también de los viejos. Había que renunciar a toda suspensión repentina de las relaciones; semejante alejamiento, con ser el más fácil, habría producido sorpresa y llamado la atención, es decir, hubiera sido una ruindad y una bajeza (y según la teoría de Kirsánov sobre el egoísmo, una estupidez y una imprudencia). Así, pues, quedaba tan sólo un procedimiento, el más complejo y torturante: la retirada lenta, imperceptible. Era harto difícil desaparecer inadvertidamente cuando todos los ojos le miraban, pero no había más remedio. Por otra parte, según la teoría de Kirsánov, aquello no era torturante, sino incluso agradable, pues cuanto más ardua fuese la empresa, tanto más se alegraría uno (por amor propio) de su fuerza y destreza para llevarla a cabo.

En efecto, él la realizó con suma habilidad. No delató su intención con una palabra de más ni de menos ni con una mirada imprudente. Siguió tratando con desembarazo a Vera Pávlovna y bromeando con ella; y todo daba a entender que su compañía le agradaba. Pero comenzaron a surgir obstáculos que le impedían visitar a los Lopujov con la asiduidad de antes o pasar con ellos toda la tarde. Eran también más frecuentes los casos en que Lopujov le asía del brazo o incluso del faldón de la levita diciéndole: "No, amiguete, de esta discusión no te escapas así como así". De tal manera, Kirsánov se veía obligado a pasar junto al diván de su amigo una parte cada vez mayor del tiempo que permanecía en casa de los Lopujov. Y todo ello se producía de manera tan paulatina, que el cambio se operó imperceptiblemente. Los obstáculos surgían como por generación espontánea, y Kirsánov no sólo no los ponía, sino que, por el contrario, los lamentaba (claro que únicamente de vez en cuando, pues lamentarlo a menudo hubiera sido contraproducente). Parecían obstáculos tan naturales e insoslayables, que los propios Lopujov despachaban a menudo a Kirsánov recordándole que había prometido estar en su casa para recibir a Fulanito de Tal y a Menganito de Cual, de cuyas visitas no había conseguido librarse, que si no iba a visitar a Zutanita, éste se ofendería, o que había olvidado que debía terminar para la mañana siguiente un trabajo que requería lo menos cuatro horas: ¿pensaba pasarse la noche en vela? Eran ya las diez; no tenía por qué seguir charlando, sino marcharse a trabajar. Kirsánov no siempre hacía caso a estas amonestaciones. Contestaba que no iría a casa de tal o cual señor por más que se ofendiera, que el trabajo tendría tiempo de hacerlo y que se quedaría con ellos hasta la hora de dormir. Los obstáculos iban creciendo. Sus ocupaciones científicas robaban a Kirsánov tarde tras tarde (¡No se llevará el diablo estas malditas ocupaciones!, dejaba escapar de vez en cuando), y los

conocidos le atosigaban con sus visitas (esto también lo decía de tarde en tarde y de pasada) hasta el punto de que no había manera de zafarse de ellos. Kirsánov se mostraba extrañado, pero los Lopujov lo veían muy natural: estaba haciéndose famoso y por eso era más y más la gente que lo necesitaba. Tampoco debía descuidar sus tareas; hacía mal en entregarse a la pereza, que lo iba venciendo y que incluso lo había vencido en los últimos meses. Por eso se le hacía difícil reanudar el trabajo: "¡No hay que dejarlo, hermano Alexandr!" —decía Lopujov. "¡Ya es hora de que empiece, Alexandr Matvéievich!" —agregaba Vera Pávlovna.

Difícil maniobra la suya. Semanas enteras debía durar aquel viraje, lento y gradual como el de la aguja de un reloj, la cual cambia de posición imperceptiblemente, y por más atento que uno esté no la ve girar. Sin embargo, ¡qué deleite fue para Kirsánov, como teórico, contemplar su habilidad práctica! Los egoístas y materialistas lo hacen todo por el interés propio. También Kirsánov, poniéndose la mano en el corazón, debía reconocer que obraba para satisfacción propia: se deleitaba con su arte y su pericia.

Así pasó un mes o poco más. Si alguien hubiera hecho la cuenta habría visto que la intimidad de Kirsánov con los Lopujov no había decrecido lo más mínimo, pero el tiempo que pasaba con ellos había disminuído a la cuarta parte y, dentro de este tiempo, se había reducido a la mitad la proporción del que pasaba en compañía de Vera Pávlovna. Un mes más, y los amigos se verían muy de tarde en tarde sin menoscabo de su amistad: la obra estaría terminada.

¿Será posible que Lopujov, hombre de mirada tan penetrante, no vea nada? No, no ve.

¿Y Vera Pávlovna? Vera Pávlovna tampoco nota nada. ¿Ni siquiera en su interior? Ni siquiera en su interior. Vera Pávlovna sueña.

TERCER SUEÑO DE VERA PAVLOVNA

Vera Pávlovna vuelve a soñar. Después de cenar y de charlar un rato con su marido, se retira a su habitación y se tiende vestida, sin ánimo de dormir, porque todavía son las ocho y media. Quiere leer. Está leyendo en su cama, pero deja caer el libro y piensa: "¿Qué me pasará últimamente que a veces me aburro? ¿O será que me parece a mí? No, no es aburrimiento; es que acabo de recordar que quería ir hoy a la ópera y ese descuido de Kirsánov fue tarde por las entradas. Como si no supiera que cuando canta la Bosio no hay modo de encontrar localidades de dos rublos a las once de la mañana. Cierto que no se le debe culpar: trabajó seguramente hasta las cinco, aunque no lo dijese... Pero, de todas maneras, la culpa es de él. De ahora en adelante será mejor pedir a mi marido que saque las localidades e ir con él a la ópera. El no consentirá nunca que me quede sin entrada y siempre se alegrará de ir conmigo, porque es tan amable... Por culpa de Kirsánov me he perdido *La Traviata*. ¡Qué horror! Yo iría diariamente al teatro si todas las tardes hubiese una ópera, por mala que fuese, donde la Bosio interpretara el papel principal. Si tuviera una voz como la suya, creo que me pasaría el día cantando. ¿Y si trabara conocimiento con ella? ¿Habrá manera de hacerlo? Parece que el artillero tiene amistad con Tamberlick. ¿Será posible entrar en relaciones a través de él? No, imposible. ¡Qué idea tan estúpida! ¿Para qué necesito conocer a la Bosio? ¿Acaso iba a ponerse a cantar para mí, teniendo que cuidar tanto de su voz?

¿Cuándo habrá aprendido la Bosio a hablar en ruso? ¡Qué bien lo pronuncia! pero ¡qué letras más ridículas canta! ¿De dónde habrá sacado unos versos tan chabacanos? De fijo que ha aprendido por la misma gramática que yo: allí están esos versos como ejercicios de puntua-

ción y acentuación. ¡Qué cosa más tonta es incluirlos en la gramática! Si no fueran tan chabacanos... Pero los versos son lo de menos. Lo de más es cómo canta:

*Busca el deleite,
Busca el amor,
Mientras tu vida
Se encuentre en flor.*

¡Qué letra tan ridícula! ¡Pero qué voz y qué sentimiento! Tiene la voz mucho mejor que antes, incomparablemente mejor. ¡Es admirable! ¿Cómo ha podido mejorar? ¡Oh!, yo buscando relacionarme con ella, y ella misma viene a visitarme. ¿Cómo se habrá enterado de mi deseo?

— Es que llevas llamándome mucho tiempo —dice la Bosio, hablando en ruso.

— ¿Yo te he llamado? ¿Cómo he podido llamarte si no te conozco? Eso sí, me alegro mucho, muchísimo, de verte.

Vera Pávlovna separa las cortinas para dar la mano a la Bosio, y la cantante se echa a reír: no es la Bosio: parece la De Merique haciendo el papel de gitana en *Rigoletto*. Pero de ella tiene tan sólo la alegría de la risa; por la voz es la Bosio. La aparición se apresura a esconderse tras las cortinas. ¡Qué lástima que éstas la oculten! Antes no había cortinas. ¿De dónde han salido?

— ¿Sabes para qué he venido? —ríe la Bosio, que parece la De Merique.

— Pero ¿quién eres? Tú no eres la De Merique.

— No.

— ¿Eres la Bosio?

La cantante ríe:

— Pronto lo sabrás. Ahora tenemos que ocuparnos de lo que me ha traído aquí. Quiero leer contigo tu diario.

— No tengo diario. Nunca lo he tenido.

— A ver, ¿qué es lo que hay encima de aquella mesita?

Vera Pávlovna mira. En la mesita vecina a la cama ve un cuaderno con un letrero: *Diario de V.L.* ¿De dónde ha salido el cuaderno? Vera Pávlovna lo abre. Está escrito con su letra. ¿Cuándo lo ha escrito?

— Lee la última página —ordena la Bosio.

Vera Pávlovna lee: “De nuevo tengo que quedarme sola muchas tardes enteras. Pero no importa. Ya me he acostumbrado”.

— ¿Nada más? —pregunta la cantante.

— Nada más.

— No, no lo has leído todo.

— Aquí no hay nada más.

— A mí no me engañas —dice la intrusa—. ¿Qué es esto? —Por detrás de la cortina aparece una mano. ¡Qué bella! No, esta mano divina no es de la Bosio. Y ¿cómo puede pasar por la cortina sin abrirla?

La mano de la nueva aparecida toca la página; bajo sus dedos surgen renglones que antes no estaban allí. “Lee” —dice la desconocida. A Vera Pávlovna se le encoge el corazón: aún no ha mirado estas líneas; no sabe lo que dicen, pero su corazón se comprime. No quiere leer los nuevos renglones.

— Lee —repite la desconocida.

Vera Pávlovna lee: “No. Ahora me aburro sola. Era antes cuando no me aburría. ¿Por qué no me aburría antes y ahora sí?”

— Pasa una hoja hacia atrás.

Vera Pávlovna obedece y lee: “Verano de este año”. ¿A quién se lo ocurre escribir así el diario? —piensa—. Habría que poner: 1855, junio o julio y la fecha correspondiente. Aquí, en cambio, dice: “Verano de este año”. Así no se escriben los diarios. “Verano de este año. Vamos a las islas, como de costumbre. Esta vez viene con nosotros Dmitri. ¡Cuánto me alegro de ello!” ¡Ah!,

entonces era en agosto. ¿Qué día? ¿El doce o el quince? Sí, sí, fue alrededor del quince. Se refiere a la excursión después de la cual Dmitri enfermó —piensa Vera Pávlovna.

— ¿Nada más?

— Nada más.

— No lo has leído todo. ¿Qué es esto? —insiste la desconocida; y nuevamente, a través de la cortina cerrada, asoma la mano divina, toca la página y aparecen en ella nuevas palabras que Vera Pávlovna lee, aun contra su voluntad: “¿Por qué mi amado no nos acompaña más a menudo?”

— Vuelve otra página —torna a decir la voz.

“Dmitri tiene tantas ocupaciones... Y siempre trabaja para mí”. Aquí está la respuesta —piensa, contenta, Vera Pávlovna.

— Pasa otra página.

“¡Qué honrados y nobles son los estudiantes y cómo respetan a mi amado! Con ellos me encuentro muy a gusto; los trato como a hermanos, sin ceremonias ni cumplidos”.

— ¿Nada más?

— Nada más.

— No. Sigue leyendo. —La mano vuelve a tocar la página, salen nuevos renglones, y Vera Pávlovna torna a leer contra su voluntad:

“16 de agosto”. (O sea, el día siguiente de la jira —dice para sí Vera Pávlovna—, pues la jira fue precisamente el 15.) “Durante todo el paseo, Dmitri estuvo hablando con ese Rajmétov —el rigorista, como le llaman en broma— y con sus compañeros. Conmigo pasó apenas un cuarto de hora (No es cierto —piensa Vera Pávlovna—. Pasó más de media hora. Sí, estoy segura: más de media hora), no contando el tiempo que fuimos juntos en la barca. 17 de agosto. Ayer, los estudiantes pasaron en nuestra casa toda la tarde. (Sí, fue la víspera del día en que Dmitri enfermó.) Dmitri estuvo la tarde

entera hablando con ellos. ¿Por qué les dedica tanto tiempo y a mí tan poco? Al fin y al cabo, no siempre está ocupado; él mismo dice que no trabaja sin cesar, ni mucho menos, que sin reposo no es posible trabajar, que descansa mucho y que piensa en cualquier cosa para despejar la cabeza. ¿Por qué, pues, piensa solo y no conmigo?"

— Pasa otra hoja.

"Julio ha sido como todos los meses de este año hasta el momento de la enfermedad de Dmitri; y el año pasado, igual; y lo mismo los anteriores. Hace cinco días vinieron a casa los estudiantes. Ayer también. Jugué mucho con ellos y estuvimos muy a gusto. Volverán mañana o pasado, y nos divertiremos otro tanto".

— ¿Nada más?

— Nada más.

— No, sigue leyendo. —Torna a aparecer la mano, toca la página, surgen nuevas líneas, y Vera Pávlovna lee, contrariando su deseo:

"Desde comienzos de este año y, sobre todo, desde fines de primavera. Antes me sentía alegre entre estos estudiantes. Alegre y nada más. Ahora, en cambio, pienso con frecuencia: son juegos de chiquillos. Seguirán alegrándome mucho tiempo; probablemente, hasta cuando sea vieja y los años me impidan jugar, miraré embelesada los juegos de la juventud, que me recordarán la infancia. Pero es que incluso ahora considero a los estudiantes hermanos menores, y no siempre quisiera convertirme en Vérochka cuando deseo abstraerme de los pensamientos serios y del trabajo. En medio de todo, soy ya Vera Pávlovna; divertirme como Vérochka es agradable de vez en cuando, mas no siempre. A veces, Vera Pávlovna quisiera tener entretenimientos durante los cuales continuara siendo Vera Pávlovna, distraerse con gente igual a ella".

— Pasa otras cuantas páginas hacia atrás.

"Dentro de unos días abriré el taller. He ido a ver a Julie para que sea clienta nuestra. Dmitri fue a casa de

ella a buscarme. Julie nos hizo quedarnos a desayunar, ordenó que nos sirvieran champán y me obligó a tomar dos copas. Ella y yo empezamos a cantar, a correr, a gritar, a forcejear. ¡Cuánto nos divertimos! Dmitri miraba y se reía".

— ¿Nada más? —dijo la desconocida; y bajo su mano volvieron a aparecer nuevas palabras que Vera Pávlovna leyó también sin querer:

"Dmitri no hacía más que reírse viéndonos. ¿Por qué no jugó con nosotros? Nos hubiéramos divertido más todavía. ¿Acaso le daba reparo o no hubiera sido capaz de tomar parte en nuestro juego? No, ni lo uno ni lo otro. Pero tiene ese carácter. Se limita a no estorbar, a aprobar y a alegrarse".

— Pasa una página hacia adelante.

"Hoy hemos estado los dos en casa de mis padres por primera vez desde que nos casamos. ¡Se me hizo tan doloroso ver la vida que me oprimía y me ahogaba antes de casarme! ¡Amado mío! ¡De qué situación tan repulsiva me sacó! Por la noche tuve un sueño horrible: soñé que mi madre me echaba en cara mi ingratitud y que decía la verdad, pero una verdad tan horrorosa, que comencé a sollozar. Dmitri me oyó, entró en mi habitación y yo estaba ya cantando (todo en sueños) porque mi hermosa amiga había venido a consolarme. Dmitri me sirvió de doncella. ¡Qué vergüenza me dio! Pero él fue tan comedido... Sólo me besó un hombro".

— ¿Acaso es todo? A mí no me engañas, lee... —Bajo la mano surgieron una vez más nuevas palabras, y Vera Pávlovna las leyó contra su voluntad:

"¡Da coraje incluso!"

— Pasa varias páginas hacia atrás.

"Hoy estuve esperando a mi amigo D. en el bulevar, cerca del Puente Nuevo. Allí vive una dama en cuya casa pensaba colocarme de institutriz, pero no me aceptó. D. y yo regresamos a casa muy tristes. Antes de comer, estuve en mi habitación pensando que era preferible morir

a vivir como vivo. De pronto, durante la comida, D. dijo: "Vera Pávlovna, bebamos a la salud de mi novia y de su novio". Faltó poco para que rompiese a llorar delante de todos por la alegría de una liberación tan inesperada. Después de comer, D. y yo hablamos largamente de cómo viviremos. ¡Cuánto le quiero! Va a sacarme del sótano.

— Léelo todo.

— No hay nada más.

— Fíjate bien. —Bajo la mano de la desconocida vuelven a brotar nuevas líneas.

— No quiero leer —dice Vera Pávlovna atemorizada. Aunque no conoce lo que dicen aquellos renglones, tiene miedo.

— No puedes negarte a leer si yo te lo ordeno. ¡Leel! Vera Pávlovna lee:

"¿De manera que le quiero porque me saca del sótano? Así, pues, ¿no es a él a quien amo, sino a mi liberación?"

— Vuelve hacia atrás, lee la primera página.

"Hoy, día de mi cumpleaños, he hablado por primera vez con D. y me he enamorado de él. Nunca había oído en labios de nadie palabras tan nobles y consoladoras. ¡Cómo se compadece de todo lo que merece compasión y trata de ayudar donde se requiere ayuda! ¡Qué convenido está de que es posible la felicidad del género humano, de que la dicha terminará por imperar, de que la maldad y la amargura no son eternas, de que una nueva vida, una vida radiante, se abre paso rápidamente! ¡Con qué gozo se ensanchó mi corazón al oír en boca de un hombre instruido y serio estas afirmaciones, que venían a corroborar mis pensamientos!... ¡Qué cara de bondad tenía al hablar de nosotras, de las pobres mujeres! Cualquiera mujer tomaría cariño a un hombre así. ¡Qué inteligente, qué generoso y qué bueno es!"

— Muy bien. Mina ahora la última página.

— Esta página la he leído ya.

— Esa no es la última. Pasa otra.

— Pero en ésta no hay nada.

— ¡Leel! ¿Ves cuántas cosas hay escritas en ella? —Y al contacto de la mano de la desconocida tornan a salir renglones que antes no había.

A Vera Pávlovna se le huela el corazón:

— No quiero leer. No puedo.

— Yo te lo ordeno. Debes leer.

— No puedo y no quiero.

— En ese caso, yo misma te leeré lo que tienes escrito aquí. Escucha: "Es persona noble. Es mi liberador. Pero la nobleza infunde respeto, confianza, deseo de colaborar, amistad; el premio de los liberadores es la gratitud y la fidelidad. Nada más. Quizás él sea más vehemente que yo. Cuando la sangre hierve, sus caricias abrasan. Pero existe otra necesidad: la necesidad de una caricia plácida y larga, la necesidad de sumirse dulcemente en un sentimiento sublime. ¿Conoce él esta necesidad? ¿Son similares nuestros caracteres y nuestras aspiraciones? El está dispuesto a morir por mí, y yo por él. Pero ¿basta con esto? ¿Vive él pensando en mí? ¿Vivo yo pensando en él? ¿Le profeso el amor que necesito? Antes desconocía yo la necesidad de un sentimiento plácido y delicado. No, mi sentimiento por él no..."

— ¡No quiero seguir oyéndote! —Vera Pávlovna tira, colérica, el diario—. ¡Repugnante, malvada! ¿Por qué has venido? ¡Yo no te he llamado! ¡Vete!

La intrusa ríe con risa serena y bondadosa:

— No, no le amas. Lo has escrito con tu propia mano.

— ¡Maldita seas!

Con esta exclamación se despertó Vera Pávlovna y, sin percatarse de nada, saltó de la cama y salió corriendo:

— ¡Querido mío, abrázame, defiéndeme! ¡Qué cosa tan horrible he soñado! —exclamó apretándose contra el marido—. ¡Acaríciame, querido, sé cariñoso conmigo, defiéndeme!

— ¿Qué te pasa, Vérochka —inquirió el marido abrazándola—. Tiemblas de arriba abajo —añadió besán-

dola—. Tienes las mejillas bañadas en lágrimas y la frente cubierta de sudor helado. Has corrido descalza por el suelo frío, querida. Déjame que te bese los pies para calentártelos.

— ¡Sí, sí, acaríciame, sálvame! He tenido una pesadilla espantosa. He soñado que no te quería.

— Amada mía, ¿a quién puedes querer más que a mí? Es un sueño vano y ridículo.

— Sí, yo te quiero. Pero acaríciame, bésame: te amo y deseo amarte.

Así diciendo, abrazó al marido, se apretó a él y, sosegada por sus caricias, se durmió plácidamente besándolo.

XX

Aquella mañana, Dmitri Serguéievich no fue a llamar a su mujer para desayunar: la tenía en su habitación, durmiendo y apretada a él. Lopujov la miró y pensó: "¿Qué le habrá sucedido? ¿Por qué se habrá asustado? ¿A qué se deberá este sueño?"

— Quédate aquí, Vérochka. Iré por el té. No te levantes; traeré la palangana y te lavarás en la cama.

— No, no me levantaré. Me siento muy bien aquí y me quedará un ratito acostada. ¡Qué talento tienes y qué cariño te he tomado! Bueno, ya estoy lavada: trae ahora el té. ¡No, abrázame antes! — Vera Pávlovna abrazó a su marido y tardó en desprenderse de él—. ¡Ay, querido, qué ocurrencia más tonta! ¡Mira que haberme venido aquí! ¿Qué pensará Masha? Habrá que ocultarle que me he despertado en tu habitación. Tráeme la ropa. Acaríciame, amado mío, acaríciame. ¡Deseo amarte, lo necesito! ¡Te amaré como nunca!

La alcoba de Vera Pávlovna está vacía. Vera Pávlovna, sin ocultarse ya de Masha, se ha mudado a la habitación del marido. "¡Qué cariñoso y qué amable eres!

¿Cómo pudo ocurrírseme que no te quería? ¡Qué ridiculez!"

— Vérochka, querida: ahora que te has tranquilizado ya, dime lo que soñaste hace tres días.

— ¡Bah, no tiene importancia! No soñé más que lo que te dije: que me acariciabas poco. Pero ahora me siento ya bien. ¿Por qué no hemos vivido siempre así? No habría soñado una cosa tan repulsiva y horrible, que no quiero ni recordarla.

— Pues mira, de no haber sido por ese sueño, no viviríamos ahora como vivimos.

— Llevas razón. Le estoy agradecida a ella. Aunque era repugnante, ha resultado bienhechora.

— ¿Quién es "ella"? Además de la hermosa amiga de antes, ¿tienes ahora alguna más?

— Sí, tengo otra. Vino a verme una mujer de voz encantadora: mucho mejor que la de la Bosio. ¡Y qué manos tan divinas tenía! No le vi más que una mano, porque se ocultaba tras las cortinas. Soñé que mi cama tenía cortinas, tras las cuales se ocultaba la aparición. Por haberlo soñado en mi cama, no me acuesto en ella. Pero ¡qué mano más bella, querido! Hizo un canto al amor y me explicó lo que es. Ahora lo he comprendido. ¡Qué tonta era antes, cuando lo ignoraba! Era una chicuela, una chicuela ignorante.

— Querida Vérochka, ángel mío, cada cosa a su tiempo. Nuestra antigua manera de vivir también era amor, lo mismo que la de ahora. Unos necesitan una clase de amor, y otros, otra. Antes, tú tenías suficiente con una; ahora precisas la otra. Te has hecho mujer, amiga mía; y lo que no necesitabas antes lo necesitas ahora.

Pasa una semana. Pasan dos. Vera Pávlovna vive muy a gusto. Ahora permanece en su habitación tan sólo cuando el marido está ausente o cuando trabaja. E incluso en este caso, ella se halla a menudo en el cuarto de él; si observa que el trabajo requiere mucha atención de su

esposo, deja de distraerle. Pero esto ocurre pocas veces. La mayor parte de la labor, aunque sea científica, es puramente mecánica. Por tal razón pasan juntos las tres cuartas partes del tiempo, prodigándose ternuras. Han tenido que comprar otro diván algo más pequeño que el del marido. Después de comer, Vera Pávlovna se tiende en el suyo. Sentado junto a ella, Lopujov la contempla con embeleso.

— Querido, ¿por qué me besas las manos? Ya sabes que no me gusta.

— ¿De veras? Había olvidado que eso te ofende. Bueno, pues que te ofenda.

— Amado mío, es la segunda vez que me salvas: primero me salvaste de la gente mala, y luego, de mí misma. Acaríciame, querido, acaríciame.

Pasa un mes. Después de comer, Vera Pávlovna está muy a gusto tendida en su diván —ancho, pequeño y mullido— en la habitación de los dos, es decir, en el cuarto de su esposo. Lopujov se ha sentado en el diván y ella, abrazándolo, tiene reclinada la cabeza sobre el pecho de él. Vera Pávlovna está triste. El le da un beso, pero la tristeza de ella no desaparece, y las lágrimas pugnan por salir de sus ojos.

— Vérochka, ¿qué te pasa?

Vera Pávlovna llora y calla. Se ha enjugado las lágrimas.

— ¡No, no me acaricies, amado mío! Basta ya. Te lo agradezco —dice mirándole con aire sincero y sumiso—. Te agradezco lo bondadoso que eres para mí.

— ¿Bondadoso, Vérochka? ¿Qué es eso, qué dices?

— Que eres muy bondadoso, querido, muy bondadoso.

Transcurren dos días. Después de comer, Vera Pávlovna piensa, acostada. Y está en su habitación, en su cama. El marido, sentado junto a ella, la ha abrazado y piensa también.

“Esto no es lo que se necesita. Algo me falta” —piensa Lopujov.

“¿Qué bondadoso es él, y yo qué ingrata!” —piensa Vera Pávlovna.

Eso es lo que piensan.

Ella dice:

— Querido, vete a tu cuarto a trabajar o a descansar.

—Y habla en tono natural y nada triste.

— ¿Por qué me echas, Vérochka? Tampoco aquí estoy mal. —Lopujov habla también en tono natural y alegre.

— Vete, vete, querido. Ya haces bastante por mí. Vete a descansar.

El le da un beso. Ella olvida lo que pensaba y vuelve a respirar con gran dulzura y desahogo.

—Muchas gracias, querido —dice.

Mientras tanto, Kirsánov es absolutamente feliz. Difícil tarea ha sido la suya, pero ¡cuánta satisfacción interna le ha proporcionado! Esta satisfacción, lejos de extinguirse, dará calor a su pecho largo tiempo, hasta el fin de su vida. Kirsánov se siente contento de su honradez: ha contribuido a acercar a Lopujov y a Vera Pávlovna; los ha acercado verdaderamente. Tendido en su diván, fuma y piensa: “Sé honrado, es decir, calculador; no te equivoques al contar; recuerda la suma y no olvides que es mayor que sus componentes, o sea, que tu naturaleza humana es más fuerte y más importante para ti que cada uno de tus afanes por separado; prefiere, pues, sus ventajas a las de cada uno de tus afanes si entre éstos hay alguna contradicción. Y nada más. Pero eso equivale a decir: “Sé honrado y las cosas te saldrán a las mil maravillas. Una sola regla, harto simple, por cierto: ése es todo el fruto de la ciencia y todo el código de las leyes de una vida feliz. Dichosos los nacidos con la propensión a comprender tan simple regla. Yo soy bastante afortunado en este sentido. Por supuesto, le debo mucho a la evolución; acaso más que a la naturaleza. Gradualmente,

esto se convertirá en una regla ordinaria, inculcada por la educación y por todas las circunstancias de la vida. Entonces a todos les será tan fácil vivir como a mí ahora. Estoy satisfecho. Sin embargo, habrá que pasar por la casa de ellos; hace ya tres semanas que no los visito. Mal que me pese, es hora. Aunque no me atrae ya, no hay más remedio. Iré estos días una media hora. ¿O no será mejor aplazarlo otro mes? Creo que es posible. La retirada está hecha y la maniobra terminada. Me he perdido de vista, y ya no notarán si son tres semanas o tres meses los que no voy por allí. Es grato pensar a distancia en personas con las que uno se ha portado honestamente. Y descansar sobre los laureles”.

A los dos o tres días, Lopujov, también después de comer, entró en la habitación de su esposa, la tomó en brazos y se la llevó al diván que ella tenía en el cuarto de él. “Descansa aquí” —le dijo, y siguió contemplándola con admiración. Vera Pávlovna se adormeció sonriendo; él se puso a leer; y ella abrió de nuevo los ojos y pensó:

“¡Qué ordenada está su habitación! Lo necesario y nada más. Aunque no, no; también él tiene sus caprichos; la enorme caja de cigarrros puros que le regalé el año pasado está todavía intacta y esperando. Los cigarrros son su único capricho y su único lujo. Pero no, tiene otro lujo más: el retrato de ese viejo. ¡Qué rostro tan noble! ¡Qué mezcla de bondad y de perspicacia hay en los ojos y en toda la expresión del anciano! ¡Cuánto le costó a Dmitri encontrar esta fotografía! Claro: como nadie tiene retratos de Owen. . . Escribió tres cartas. Dos de los destinatarios no hallaron al viejo; el tercero lo encontró y lo molestó bastante hasta que consiguió sacar una foto verdaderamente magnífica. ¡Cuánto se alegró Dmitri al recibirla! Llegó con una carta del “viejo santo”, como él le llama, en la que Owen me elogiaba, según dijo Dmitri. Otro lujo es mi retrato. Estuvo ahorrando medio año para encargárselo a un buen pintor. ¡Cómo

me marearon entre los dos! No tiene más que los dos retratos. ¿Acaso le costaría tanto comprar grabados y fotografías como los que tengo yo? Aquí no hay ni flores, tan abundantes en mi habitación. ¿Por qué él no las necesita y yo sí? ¿Quizá porque soy mujer? ¡Qué tontería! ¿O tal vez será porque él es persona seria y docta? Pero también lo es Kirsánov, y tiene grabados y flores.

¿Y por qué le aburre estar más tiempo conmigo? Yo sé que esto le cuesta trabajo. ¿Será, acaso, porque es persona seria e instruída? Pero Kirsánov. . . No, no, Dmitri es bueno, muy bueno: lo ha hecho todo por mí y está dispuesto a hacer de buena gana lo que sea. ¿Quién puede amarme así? Yo también le quiero y estoy dispuesta a darle todo por él. . .”

— Vérochka, ¿te has despertado ya, querida?

— ¿Por qué no hay flores en tu habitación, Dmitri?

— Mañana mismo las habrá. Francamente, no se me había ocurrido. Pero me parece muy bien ponerlas.

— Quiero pedirte otra cosa. Compra fotografías.

Aunque no: yo te compraré fotos y flores.

— Entonces serán verdaderamente apreciadas para mí. Me gustan mucho, pero así me agradarán mucho más. Ahora bien, Vérochka, tú estabas triste pensando en tu sueño. Haz el favor de contarme más en detalle ese sueño que tanto te asustó.

— Ahora no estaba pensando en él, y me angustia recordarlo.

— Pero es que tal vez me convenga conocerlo.

— Bueno, te lo contaré. Soñé que me aburría por no haber ido a la ópera y que pensaba en la Bosio. Se me apareció una mujer a la que al principio tomé por la Bosio y que se ocultaba a mi vista. Me obligó a leer mi diario. En él se hablaba tan sólo de nuestro amor, y cuando ella tocaba las páginas, surgían nuevas palabras diciendo que yo no te amaba.

— Perdóname esta nueva pregunta: ¿ha sido sólo en sueños?

— Querido, si no hubiera sido sólo en sueños, ¿no te lo habría dicho yo como te lo dije entonces?

Habló con tanta delicadeza, sinceridad y sencillez, que Lopujov sintió en su pecho una sensación de calor y dulzura que jamás olvida quien ha tenido la suerte de experimentarla. ¡Oh, qué lástima que sólo muy pocos maridos puedan conocerla! Todas las delicias de un amor feliz no son nada en comparación con ella. Llena para siempre el corazón del hombre de un gozo purísimo, del orgullo más sagrado. En las palabras de Vera Pávlovna, pronunciadas con cierta tristeza, se percibía un reproche; pero el sentido del reproche era éste: "Amigo mío, ¿acaso no sabes que has merecido mi plena confianza? La esposa tiene que ocultar al marido los recónditos impulsos de su corazón. Sus relaciones lo exigen. Pero tú, amado mío, te has portado tan bien, que no necesito ocultarte nada, y mi corazón está abierto ante ti como ante mí misma". Grande ha de ser el mérito del marido que obtiene tan preciada recompensa, que se conquista únicamente con una alta dignidad moral. Quien la haya merecido tiene derecho a considerarse persona de nobleza intachable; a abrigar la seguridad de que su conciencia está limpia y lo estará siempre; a creer que su valentía no le traicionará jamás; que en todas las pruebas de la vida, sean las que fueren, se mantendrá sereno y firme; que el destino apenas tiene poder sobre su mundo espiritual; que desde el momento en que se hizo merecedor de tan excelso honor hasta el último aliento seguirá siendo feliz, pues por grandes que sean los embates del destino, tendrá conciencia de su dignidad humana. Ya conocemos a Lopujov suficientemente para apreciar que no era un sentimental; mas las palabras de su esposa le produjeron tanta impresión, que su rostro se encendió.

— Vérochka, me has hecho un reproche —la voz de Lopujov tembló por segunda y última vez en su vida; la primera vez fue al dudar de la certeza de su conjetura; ahora temblaba de alegría—. Mas tu reproche es para

mí más valioso que todas las palabras de amor. Mi estúpida pregunta te ha ofendido, pero ¡cuánto me alegro de que haya dado lugar a este reproche! Mira mis ojos llenos de lágrimas. Son las primeras lágrimas desde mi niñez.

Durante toda la tarde no apartó la vista de su mujer, y a ella no se le ocurrió pensar un solo instante que aquella amabilidad pudiera costarle a su marido el menor esfuerzo. Fue una de las tardes más felices en toda la vida de Vera Pávlovna, por lo menos hasta aquel momento. Para años posteriores le aguardan días, meses y años enteros tan felices como la tarde a que nos referimos. Los gozará cuando sus hijos hayan crecido y ella los vea hechos hombres dichosos y dignos de su dicha. Esta satisfacción excede a todas: lo que en cualquier otra constituye un grado de felicidad raro y momentáneo es en ella el pan de cada día. Mas todo esto es aún cosa futura para Vera Pávlovna.

XXI

Sin embargo, cuando su mujer se durmió sentada en sus rodillas y cuando la colocó en el diván, Lopujov se puso a pensar seriamente en el sueño de ella. No trataba de cerciorarse de si ella le amaba o no: éste era un asunto privado de Vera Pávlovna, aunque no dependiera de su voluntad como, por lo visto, tampoco dependía de la de él. El enigma se aclararía por sí solo, y únicamente en momentos de ocio debía pensarse en él. Ahora, Lopujov no estaba ocioso: quería averiguar por qué razón había tenido ella el presentimiento de que no le amaba.

No era la primera vez que pensaba en tal cosa. Llevaba unos cuantos días convencido de que no lograría conservar el amor de su esposa. La pérdida era sensible, pero ¿qué hacer? Si él hubiera podido cambiar de carácter y prodigarle la ternura que requería la naturaleza de ella, la cosa hubiera sido muy distinta. Pero bien veía él la inutilidad del intento. Quien carece de una inclina-

ción congénita o estimulada por la vida, independientemente de sus intenciones, no puede crearla por un esfuerzo de voluntad, y sin afición no se hacen las cosas como es debido. Por consiguiente, su problema estaba resuelto. A esto había dedicado anteriores meditaciones. Y ahora, resuelto ya su problema (como egoísta que era, pensaba ante todo en sí mismo y sólo después en los demás), podía preocuparse de las reflexiones de ella. ¿Qué podía hacer él por su mujer? Ella no acertaba a comprender aún lo que sucedía en su interior; su corazón era menos experto que el de él. Cosa natural: ella tenía cuatro años menos, y en los albores de la juventud cuatro años significan mucho. ¿No sería él capaz de desentrañar, con su mayor experiencia, lo que ella no sabía explicarse? ¿Cómo interpretar su sueño?

Lopujov hizo pronto una suposición; el motivo de los pensamientos de ella debía residir en la circunstancia originaria de aquel sueño. Y la causa tenía que guardar cierta relación con su contenido. Vera Pávlovna dijo que estaba aburrida porque no había ido a la ópera. Lopujov comenzó a examinar el modo de vida de los dos, y todo fue esclareciéndosele poco a poco. Al principio, su esposa pasaba sola la mayor parte del tiempo libre, exactamente igual que él. Después se inició un cambio: estaba siempre distraída. Ahora volvía a la situación anterior, y ella no podía acatarla con indiferencia, pues tal situación era contraria a su naturaleza como a la de la inmensa mayoría de la gente. Aquel fenómeno no representaba ningún enigma extraordinario. Sentada esta tesis, quedaba poco para llegar a una conclusión lógica: el motivo de todo residía en la aproximación de ella y de Kirsánov seguida del alejamiento de éste. ¿Por qué se había alejado Kirsánov? El pretexto resultaba convincente: insuficiencia de tiempo, ocupaciones múltiples. Mas ninguna invención, por bien ideada que estuviese, podía engañar a un hombre recto, instruído, experto en las cuestiones de la vida y, en particular, capaz de apli-

car la teoría que profesaba Lopujov. Una persona así puede errar por negligencia, por no parar atención en un hecho. Así fue posible que Lopujov se equivocase cuando Kirsánov se retiró por primera vez. A decir verdad, en aquella ocasión Dmitri Serguéievich no veía la conveniencia —y, por consiguiente, le faltó deseo— de indagar a fondo la razón del alejamiento de su amigo. Le interesaba tan sólo saber si no le cabía culpa en la ruptura de la amistad; al comprobar que no, dejó de preocuparse: al fin y al cabo, no era tutor de Kirsánov ni un pedagogo obligado a encauzar por el camino de la verdad los pasos de un individuo tan experto como él. Además, ¿qué necesidad había? ¿Acaso sus relaciones con Kirsánov tenían particular trascendencia para él? Mientras seas bueno y quieras que yo te quiera, te querré de buena gana; en cuanto dejes de serlo, lo sentiré mucho, pero podrás irte adonde se te antoje. ¿A mí qué me importa? Un imbécil de más o de menos significa bien poca cosa en el mundo. Yo había tomado a un tonto por una persona de valía. Lo siento mucho, y asunto concluido. Cuando nuestros intereses no dependen de los actos de un individuo, reparamos poco en éstos si somos gente seria. Han de exceptuarse dos casos que, por otra parte, les parecen excepciones de la regla tan sólo a las personas acostumbradas a interpretar el término “interés” en la estrechísima acepción del cálculo ordinario. El primer caso es cuando estos actos nos interesan desde el punto de vista teórico, como fenómenos psicológicos que explican la naturaleza del hombre; es decir, cuando ofrecen para nosotros un interés intelectual. El segundo caso es cuando la suerte de una persona depende de nosotros y nuestra indiferencia por sus actos podría hacernos culpables ante nosotros mismos; es decir, cuando tenemos por ellos un interés de conciencia. Pero en la estúpida actitud de Kirsánov no había nada que Lopujov no pudiera identificar como manifestaciones corrientes de la moral en boga. No era raro que una persona de rectas convic-

ciones cayese en bajezas derivadas de los convencionalismos imperantes. Y Lopujov no podía imaginarse que él desempeñara un papel importante en la suerte de Kirsánov: ¿Qué necesidad tenía éste de su solicitud? Por consiguiente, márchate, amigo, adonde te plazca. ¿Para qué voy a pensar en ti? Ahora, en cambio, la situación era otra: la actitud de Kirsánov parecía guardar íntima relación con los intereses de la mujer a quien amaba Lopujov y, en consecuencia, había que pensar en dicha actitud atentamente. Pensar atentamente en un hecho y comprender sus causas eran casi la misma cosa para una persona de las ideas de Lopujov. Estaba convencido de que su teoría le proporcionaba medios infalibles para analizar los impulsos del corazón humano, y yo reconozco que coincido con él. En los largos años que llevo considerando acertada esta teoría, jamás me ha inducido a error ni se ha negado a descubrirme fácilmente la verdad, por oculta que estuviese, en ningún asunto humano. Bien es cierto que la teoría en cuestión no es tan asequible: hay que vivir y pensar para saber comprenderla.

Bastó media hora de meditación para que Lopujov viese clara la actitud de Kirsánov hacia Vera Pávlovna. Sin embargo, siguió pensando en el mismo asunto largo rato. Aunque el problema estaba ya resuelto, tenía interés. El descubrimiento era completo en todos sus detalles, pero resultaba tan curioso, que no le dejó conciliar el sueño durante mucho tiempo.

No obstante, ¿para qué iba a trastornarse los nervios con el insomnio? Habían dado ya las tres. Si no se dormía, era preciso tomar morfina. Se tomó dos píldoras y pensó: "Voy a echar una mirada a Vérochka". Pero no se limitó a esto: arrimó su sillón al divancito de ella, se sentó y, tomando una mano de su esposa, la besó. "Querido mío, trabajas demasiado, y todo lo haces por mí. ¡Qué bondadoso eres! ¡Cuánto te amo!" —musitó Vera Pávlovna entre sueños. Contra una buena dosis de morfina no hay depresión espiritual que resista. Las dos píl-

doras surtieron efecto: ya iba quedándose dormido. Por consiguiente, la fuerza de su depresión equivalía aproximadamente, según el criterio materialista de Lopujov, a cuatro vasos de café cargado, contra los cuales una píldora era poco, y tres demasiado. Lopujov se durmió riéndose de esta comparación.

XXII

UNA CONVERSACION TEORICA

Al día siguiente, a su regreso del hospital, Kirsánov comió tarde. No bien se tendió a leer para descansar, fumando sibaríticamente un cigarro puro, llegó Lopujov.

— Un importuno es peor que una invasión tártara —dijo al entrar, empleando un tono de broma que resultó poco afortunado—. Voy a molestarte, Alexandr, pero no tendrás más remedio que aguantarte. Necesito hablar contigo en serio. Quería verte cuanto antes. Esta mañana me quedé dormido y no te habría encontrado si hubiera venido. —Lopujov no hablaba ya en broma.

"¿Qué significa esto? ¿Se habrá dado cuenta?" —pensó Kirsánov.

— Vamos a hablar —prosiguió Lopujov sentándose—. Mirame a los ojos.

"Está claro que viene a hablar de eso. No hay duda" —volvió a pensar Kirsánov, y dijo con seriedad:

— Escucha Dmitri, somos amigos, pero hay cosas que ni a los amigos deben permitirse. Te ruego que cortemos esta conversación. No estoy para hablar en serio. Ni ahora ni nunca. —Kirsánov lo miraba fijamente, con hostilidad, como si tuviera ante él a un individuo del que se sospechaba que iba a cometer una fechoría.

— Es imposible que no hablemos, Alexandr —replicó Lopujov con voz serena, pero un tanto sorda—. He adivinado tus maniobras.

— Calla. Te prohibo que hables si no quieres tenerme por enemigo eterno y perder mi estimación.

— En cierta ocasión, tú no temiste perder la mía, ¿te acuerdas? Ahora está todo claro. Yo entonces no presté atención.

— Dmitri, te ruego que te vayas, porque si no, me iré yo.

— No puedes irte. ¿Crees que son tus intereses los que me preocupan?

Kirsánov guardó silencio.

— Mi situación es ventajosa —continuó Lopujov—. Al contrario que la tuya. Yo me presento como quien realiza una proeza noble. Pero todo es puro absurdo. El sentido común no me permite obrar de otro modo. Alexandr, haz el favor de cesar en tus maniobras. No te darán ningún resultado.

— ¿Qué dices? ¿Era ya tarde? Perdóname —dijo Kirsánov atropelladamente, sin darse cuenta de si las palabras: “No te darán ningún resultado”, lo alegraban o lo entristecían.

— No, no me has comprendido bien. No era tarde. Hasta ahora no hay nada. Lo que haya, se verá. Pero de momento no hay nada que ver. Además, Alexandr, no sé a qué te refieres; y tú tampoco sabes de lo que hablo yo. No nos entendemos, ¿verdad? Tampoco tenemos por qué entendernos, ¿no es así? Te desagradan estos enigmas que no comprendes. Haz cuenta de que no existen. No he dicho nada. No tengo nada que decirte. Dame un cigarro. He olvidado los míos. Hablemos de cuestiones científicas. He venido sólo para eso: para entretener el ocio charlando de ciencia. ¿Qué piensas de los extraños experimentos de obtención artificial de la albúmina? —Lopujov acercó un sillón al suyo para poner las piernas en él, se reacomodó, fumando, y reanudó su discurso—. Creo que es un descubrimiento magno si resulta cierto. ¿Has repetido tus experimentos?

— No, pero debo repetirlos.

— ¡Qué felicidad la tuya! Tener a tu disposición un buen laboratorio. . . ¡Repítelos, repítelos con celo! Se tra-

ta nada menos que de una revolución completa en el problema de la alimentación, de la vida del hombre: ¡producir industrialmente la principal substancia alimenticia a base de substancias inorgánicas! Una obra trascendental, que vale por el descubrimiento de Newton. ¿Estás de acuerdo?

— Desde luego. Pero dudo mucho de la exactitud de los experimentos. Tarde o temprano llegaremos a eso, es indiscutible. Por ese camino va la ciencia. Está claro. Ahora bien, no creo que hayamos llegado ya.

— ¿Eso crees? Pues lo mismo creo yo. Quiere decirse que se ha terminado nuestra conversación. Adiós, Alexandr. Pero al despedirme te ruego que vengas a ver- nos con la asiduidad de antes. Adiós.

Los ojos de Kirsánov, que todo el tiempo habían estado mirando a Lopujov con fijeza hostil, centellearon de indignación:

— Por lo visto, Dmitri, quieres que siga pensando que abrigas pensamientos ruines.

— No quiero eso, ni mucho menos. Pero debes venir a vernos. ¿Qué tiene de particular? ¿Hay algo de extraño en mi ruego, siendo amigos como somos?

— No puedo. Estás fraguando un asunto insensato y, por consiguiente, odioso.

— No sé a qué asunto te referirás, y debo advertirte que esta conversación no me gusta como no te gustaba a ti hace dos minutos.

— Dmitri, exijo que te expliques.

— ¿Que me explique? No hay nada que explicar ni que comprender. Te acaloras por un absurdo. Eso es todo.

— No, no puedo dejarte marchar así —Kirsánov agarró del brazo a Lopujov, que se disponía a salir—. Siéntate. Empezaste a hablar cuando no era menester. Me exiges Dios sabe qué cosas. Debes, pues, escucharme.

Lopujov tomó asiento.

— ¿Qué derecho tienes —comenzó Kirsánov con acento más irritado aún que antes—, qué derecho tienes a

exigirme lo que tanto me costaría? ¿Qué favor te debo? ¿Y a qué viene todo esto? Es una insensatez. Procura apartar de tu mente los delirios románticos. Lo que tú y yo consideramos la vida normal lo será cuando cambien los conceptos y las costumbres de la sociedad. La sociedad debe reeducarse, es indiscutible; y la reeduca la evolución de la vida. Quien se ha reeducado ayuda a los demás. Es cierto. Pero mientras la sociedad no se haya reeducado, inmodificándose totalmente, no tienes derecho a arriesgar el destino de otra persona. Eso es horrible. ¿No lo comprendes, o te has vuelto loco?

— No, no comprendo nada, Alexandr. No sé de qué hablas. Te empeñas en encontrar un sentido extraordinario en la sencilla petición de un amigo que te ruega que no le olvides porque le agrada verte en su casa. No me explíco tu enojo.

— No, Dmitri, no te saldrás por la tangente con tus bromas. Necesito demostrarte que eres un loco que ha tenido una ocurrencia abominable. Tú y yo podemos no reconocer muchas cosas. No admitimos, por ejemplo, que una bofetada lleve consigo la deshonra: se trata de un prejuicio estúpido y nocivo, y nada más. Pero ¿qué derecho tienes a exponer a un hombre a recibir una bofetada? Sería una infamia por tu parte, porque le quitarías la tranquilidad para toda su vida. ¿Lo comprendes, imbécil? ¿No te das cuenta de que si yo quiero a esa persona y tú me exiges que le dé una bofetada —la cual, a tu modo y a mi modo de ver, es una pequeñez y una tontería— te consideraré un idiota y un infame, y que si pretendes obligarme a dársela, preferiré matarte o matarme, según cuál de las dos vidas sea menos necesaria? ¿Lo comprendes, imbécil? Hablo de una bofetada, que es una tontería, pero que, por ahora, arrebatara el sosiego a un hombre. Además de los hombres, existen las mujeres, que también son personas; y además de las bofetadas, hay otras cosas que nos parecen estupideces a nosotros y que, en realidad, lo son, pero que también quitan la tranquili-

dad a la gente. ¿Comprendes que es abominable, repugnante y deshonesto exponer a una persona, a una mujer, por ejemplo, a sufrir los efectos de una de esas que nosotros consideramos estupideces y que, realmente, lo son? ¿Me oyes? Digo que tus pensamientos no son nobles.

— Amigo, has dicho una gran verdad en cuanto a lo noble y a lo innoble. No sé, sin embargo, para qué has dicho ni comprendo en qué me atañe a mí. No he pronunciado una sola palabra por la que pudiera suponerse que quiero sacrificar la tranquilidad de nadie o algo por el estilo. Todo es fantasía tuya. Me limito a rogarte como amigo que no te olvides de mí, porque me agrada tu compañía. ¿Satisfarás mi amistosa petición?

— Ya te he dicho que es innoble. No haré nada que sea deshonesto.

— Me parece muy bien. Pero te has acalorado por unas invenciones fútiles y te has puesto a teorizar. A lo que se ve, tienes ganas de charlar de teorías sin buscarles aplicación práctica. Si es así, yo haré lo mismo y te plantearé un problema sin más finalidad ni aplicación que el esclarecimiento de una verdad abstracta. Si uno puede proporcionar una satisfacción a otro sin molestia alguna para sí, creo yo que el cálculo aconseja proporcionársela, por cuanto esto supone una satisfacción para sí mismo. ¿No estoy en lo cierto?

— Eso es un absurdo, Dmitri. Estás desbarrando.

— No desbarro, Alexandr. Sencillamente, trato problemas teóricos. Veamos este otro. Si en alguien se despierta una necesidad, ¿surtirá algún efecto positivo nuestro afán de ahogarla en su interior? ¿Qué te parece a ti? Tal vez la respuesta justa sea: "No, semejante afán no conducirá a nada bueno. Puede dar lugar a que la necesidad en cuestión tome proporciones exageradas (cosa perjudicial), o una dirección falsa (cosa perjudicial y desagradable), o a que se ahogue, ahogando consigo la vida (cosa deplorable)".

— No es eso, Dmitri. Yo planteo de otra manera este problema teórico: ¿tiene derecho una persona a poner en riesgo a otra si ésta no necesita el riesgo para vivir bien? Llegará un día en que todas las necesidades de cada individuo serán satisfechas plenamente. Tú y yo lo sabemos. Pero sabemos también con igual certeza que ese día no ha llegado aún. Una persona prudente se conforma hoy con vivir a gusto, aunque su situación, en la que vive a gusto, no permita que se desarrollen todos los rasgos de su personalidad. Como hipótesis abstracta, doy por sentada la existencia de esta persona prudente. Supongo que es una mujer. Supongo, también como hipótesis abstracta, que la situación en que vive a gusto es el matrimonio. Supongo que está satisfecha de su situación, y digo: ¿Quién tiene derecho a exponer a esta persona a perder una cosa buena y de su agrado por tratar de conseguir cosas mejores, sin las cuales puede pasar tranquilamente? El Siglo de Oro llegará, Dmitri. Sobradamente lo sabemos. Pero aún está por venir. La edad de hierro pasa, casi ha pasado ya, pero el Siglo de Oro no ha llegado aún. Si, ateniéndonos a mi hipótesis abstracta, alguna necesidad imperiosa de dicha persona —la necesidad de amar, pongamos por caso— no se satisface en absoluto o se satisface mal, no me opongo a que corra un riesgo por su propia cuenta; si me opongo a que se lo haga correr un extraño. Mas si la persona en cuestión considera bien satisfechas sus necesidades, ella misma debe evitar semejante peligro. Supongo, en el sentido abstracto, que no quiere arrojarse, y digo: Lleva razón y es juiciosa; obrará mal e insensatamente quien pretenda exponerla a un riesgo que ella rehuye. ¿Qué puedes objetar a esta conclusión hipotética? Nada. Entiéndelo de una vez: no tienes derecho.

— En tu lugar, Alexandr, yo diría lo mismo. Igual que tú, supongo —tan sólo a modo de ejemplo— que tienes participación en este asunto. Ya sé que no nos atañe a ninguno de los dos. Estamos hablando única-

mente, como hombres de ciencia, acerca de algunos aspectos curiosos de los criterios científicos generales que nos parecen acertados. Con arreglo a estos criterios, cada cual enjuicia todos los fenómenos desde su punto de vista, determinado por su relación personal con el asunto de que se trata. Sólo en este sentido digo que, de hallarme en tu lugar, diría lo mismo que tú. Y tú, en el mío, dirías exactamente lo mismo que yo. Desde el punto de vista científico general, ésta es una verdad indiscutible. A en el lugar de B es B; si en el lugar de B no fuese B, aún no estaría en el lugar de B; le faltaría algo para llegar a dicho lugar, ¿no es verdad? En consecuencia, nada tienes que objetar, como tampoco yo objeto nada a tus palabras. Pero, siguiendo tu ejemplo, monto mi hipótesis, también abstracta, sin aplicarla directamente a nadie. Supongamos, ante todo, que existen tres personas, suposición en la que no hay nada de imposible; supongamos que una de las tres tiene un secreto que desearía ocultar a la segunda y, en particular, a la tercera; supongamos que la segunda adivina el secreto de la primera y le dice: “Haz lo que te pido o descubro tu secreto a la tercera”. ¿Qué opinas tú de un caso así?

Kirsánov palideció y se retorció, pensativo, el bigote.

— Dmitri, estás portándote mal conmigo —dijo, por último.

— ¡Pues sí que tengo necesidad de portarme bien! ¿Acaso me interesas tanto? Además, no sé a qué te referes. Hemos hablado como hombres de ciencia, planteándonos mutuamente diversos problemas científicos y abstractos. Por último, yo he conseguido plantearte uno que te ha hecho pensar, con gran satisfacción de mi amor propio científico. Por eso interrumpo esta conversación teórica. Tengo mucho que hacer; tanto como tú. Adiós, pues. A propósito, se me olvidaba: ¿cumplirás mi petición de visitar con la misma asiduidad que en meses pasados a tus buenos amigos, que siempre se alegran de verte?

Lopujov se levantó.

Kirsánov permaneció sentado, mirándose los dedos como si cada uno de ellos fuese una hipótesis abstracta.

— Me estás jugando una mala pasada, Dmitri. No puedo negarme a satisfacer tu ruego. Os visitaré, pero pongo una condición: si no salgo solo de tu casa, tendrás que acompañarme a todas partes sin necesidad de que yo te lo pida, ¿entiendes?, sin necesidad de que yo te lo pida. Sin ti no daré un paso: ni a la ópera ni a casa de ningún conocido. A ninguna parte.

— ¿No es ofensiva para mí esa condición, Alexandr? ¿Acaso te creo un ladrón?

— No lo digo por eso. No te haré la ofensa de suponer que puedas tomarme por un ladrón. Te entregaría mi cabeza sin vacilar. Me parece que tengo derecho a esperar otro tanto de ti. Pero lo que pienso se queda para mí. Tú haz lo que te digo, y asunto concluído.

— Ya lo sé yo también. Cierto; has hecho mucho en este sentido. Ahora quieres mostrar más celo todavía. En el caso presente, haces bien: necesito que se me obligue. Pero, aunque te lo agradezco, amigo mío, no lograrás nada. Yo mismo he tratado de obligarme. Tampoco me falta fuerza de voluntad y he maniobrado tan bien como tú. Mas todo lo que se hace por cálculo, por sentido del deber, por esfuerzo de la voluntad y no por inclinación natural nace muerto. Por el procedimiento que tú has empleado contigo sólo es posible matar; dar vida, nunca. —Lopujov, emocionado por las palabras de Kirsánov: “Pero lo que pienso se queda para mí”, añadió: —Gracias, amigo. Nunca nos hemos besado. ¿Quieres que nos besemos ahora?

Si Lopujov hubiera examinado como teórico sus palabras en esta conversación, habría observado satisfecho: “¡Qué justa es la teoría de que el egoísmo juega con la persona! Lo principal me lo callé. Cuando dijo “Supongo que esa persona está satisfecha de su situación”, era ne-

cesario haber replicado: “Alexandr, tu suposición es errónea”. Yo, en cambio, me callé porque no me convenía decirlo. Al teórico le agrada observar las jugarretas que su egoísmo hace en la práctica. Abandonas una empresa donde llevas las de perder, y el egoísmo da tal expresión a tus gestos, que parece estar llevando a cabo una proeza generosa”.

Si Kirsánov hubiera examinado como teórico sus palabras en esta conversación, habría observado satisfecho: “¡Qué justa es la teoría! Lo que quiero es conservar mi tranquilidad, reposar en los laureles; pero, sin embargo, digo a Lopujov: “No tienes derecho a poner en riesgo el sosiego de una mujer; y esto significa (compréndelo tú mismo) que he realizado una hazaña nobilísima, sacrificándome en aras de la tranquilidad de cierta persona y de la tuya, amigo mío. Inclínate, pues, ante la grandeza de mi alma”. Al teórico le agrada observar las jugarretas que su egoísmo hace en la práctica. He abandonado una empresa para no pecar de idiota ni de infame y me he llenado de júbilo como quien ejecuta una heroica hazaña de magnánima nobleza. No acudes a la primera llamada para no tener luego que volver a contrariarte y para no privarte del dulce contento que tu imaginaria generosidad te proporciona, pero el egoísmo da tal expresión a tus gestos, que parece estar llevando a cabo una proeza generosa”.

Sin embargo, ni Lopujov ni Kirsánov disponían de tiempo para teorizar ni hacer estas gratas divagaciones. La práctica les tenía ya, de por sí, bastante ocupados.

XXIII

La reanudación de las frecuentes visitas de Kirsánov tenía una explicación muy natural: después de cinco meses de abandono de su trabajo, había tenido que dedicarle alrededor de mes y medio sin levantar cabeza. Ahora, recuperado ya lo perdido, podía disponer más libremente de

su tiempo. Tan claro estaba, que no tuvo casi ni que explicarlo.

Verdaderamente, la cosa estaba clara como el agua y no suscitó la menor sospecha en Vera Pávlovna. Por otra parte, Kirsánov desempeñaba su papel con la depurada maestría de antes. Temía ponerse en ridículo cuando llegase a casa de los Lopujov después de la conversación científica con su amigo: enrojecer de emoción al ver por primera vez a Vera Pávlovna, rehuir mirarla demasiado a las claras o algo por el estilo. Pero no; quedó satisfecho —y con razón— del primer minuto de su encuentro con ella: su sonrisa, amable y amistosa, fue la del hombre complacido de volver a casa de unos viejos amigos a los que tuvo que dejar de frecuentar durante cierto tiempo; su mirada se mantuvo serena: y su hablar, libre y desenvuelto, parecía el de una persona que no piensa sino lo que expresa descuidadamente. La peor intencionada de las cotillas, que mirase a Kirsánov con la máxima intención de cazarlo en alguna falla, no hubiera visto más que a un hombre contentísimo de poder matar el tiempo agradablemente en compañía de sus buenos amigos.

Y si el primer minuto había transcurrido tan bien, ¿qué le costaba a Kirsánov permanecer así el resto de la tarde? De igual manera, ¿qué dificultad podía encontrar para mantenerse bien las tardes siguientes habiendo sabido mantenerse la primera? Ni una sola palabra que no fuese absolutamente desembarazada; ni una mirada que no fuese sana y sencilla, franca y amistosa.

Pero si él se conducía tan bien como antes, los ojos que lo miraban tendían a observar muchos detalles que no hubieran podido ver ningunos otros. Sí, ningunos otros ojos hubieran podido verlos. El propio Lopujov, a quien María Alexéievna creyó nacido para los negocios, se asombraba del desembarazo de Kirsánov, que no lo traicionaba ni un solo momento; y, como teórico, se deicitaba con aquellas observaciones, cuya originalidad si-

cológica le había interesado desde el punto de vista científico aun contra su voluntad. Mas no en vano la aparición había hablado, obligando a Vera Pávlovna a leer el diario. Los ojos se hacen demasiado penetrantes cuando las apariciones cuchichean al oído.

Ni siquiera estos ojos podían ver cosa alguna, pero la aparecida cuchicheaba: “Aunque a mí misma me parece que no hay nada, ¿no encontraremos algo? Probo- mos a descubrirlo”. Los ojos miraban escudriñadores y, aunque nada veían, el solo hecho de mirar bastaba para que observasen algo extraño.

Un ejemplo. Vera Pávlovna, su marido y Kirsánov fueron a una velada a casa de los Mertsálov. ¿Por qué Kirsánov no se decidía a bailar en aquella fiesta íntima, donde bailaba hasta Lopujov, ya que en ella tenía que bailar todo el que asistiera, aunque se tratase de un viejo de setenta años? Allí nadie miraba a nadie, y todos procuraban que hubiera más ruido, más movimiento, más alegría para todos y cada uno. ¿Por qué no bailaba Kirsánov? Por fin se puso a bailar. Pero ¿por qué tardó en decidirse varios minutos? ¿Cómo pudo dudar tanto tiempo si debía o no debía dar un paso de tal importancia? De no haber salido a bailar, el asunto habría quedado casi descubierto allí mismo. Y si, puesto a bailar, no hubiese sacado a Vera Pávlovna, el asunto se habría descubierto completamente. Pero Kirsánov era demasiado ducho en su papel: aunque no quería bailar con ella, se percató en seguida de que habría llamado la atención. Por eso, su breve titubeo, aparentemente ajeno a Vera Pávlovna y a todo el mundo, dejó en la mente de ella tan sólo una pequeña y ligerísima interrogante que hubiera pasado desapercibida incluso para ella pese al cuchicheo de la cantante intrusa, si ésta no le hubiese sugerido, además, una infinidad de interrogantes pequeñas e intrascendentes.

Otro ejemplo. Cuando regresaban de casa de los Mertsálov, se pusieron de acuerdo para ver al día

siguiente la ópera *Los puritanos*. Vera Pávlovna dijo a Lopujov: "Querido, a ti no te gusta esa ópera y te aburrirás. Iré con Alexandr Matvéievich, pues para él cualquier ópera es un deleite. Creo que incluso si tú o yo compusiéramos una, él iría a oírla". ¿Por qué Kirsánov no apoyó a Vera Pávlovna diciendo: "Lleva razón, Dmitri; no sacaré entrada para ti"? ¿Por qué? El hecho de que el marido quisiera ir no tenía nada de particular, ya que acompañaba siempre a su mujer desde que ella le pidió que le dedicara más tiempo. A partir de entonces, Lopujov no se olvidó de este ruego. Así, pues, nada tenía de extraño que fuese a la ópera; con esto no demostraba sino su bondad, que le hacía digno de cariño. Muy bien; pero Kirsánov desconocía estos motivos. ¿Por qué, pues, no apoyó la opinión de Vera Pávlovna? Naturalmente, eran pequeñeces que pasaron casi desapercibidas, y Vera Pávlovna apenas se acordaba de ellas; pero los minúsculos granitos de arena, aunque inadvertidos, iban cayendo sin cesar en la balanza. Y la conversación que sigue no fue ya un granito, sino un grano.

Al día siguiente, yendo para la ópera en un coche, hablaron unas palabras acerca de los Mertsálov, en cuya casa habían estado la víspera, y elogiaron la armonía de su vida, diciendo que era una rareza. Así se expresaron todos, entre ellos Kirsánov, quien afirmó: "Mertsálov tiene otra cualidad muy buena: su mujer puede abrirle libremente su alma". Aunque los tres pensaban decirlo, quien lo dijo fue Kirsánov. Ahora bien, ¿para qué lo dijo? ¿Qué significaba aquello? Enfocándolo desde cierto punto de vista, constituía una alabanza para Lopujov, un elogio de la felicidad de Vera Pávlovna y su esposo. Evidentemente, al decir aquello, Kirsánov podía no haber pensado en nadie más que en Mertsálov; pero suponiendo que hubiera tenido en cuenta tanto a los Mertsálov como a los Lopujov, estaba claro que había hablado para Vera Pávlovna. ¿Qué fin perseguía?

Así suele suceder: cuando uno tiene intención de encontrar algo, en todo encuentra lo que busca. Aunque no exista la menor huella, él descubre una huella clarísima; aunque no haya ni sombra, él ve no sólo la sombra, sino incluso el cuerpo de lo que necesita; ve sus rasgos sin lugar a dudas; y a cada nueva mirada, a cada nuevo pensamiento, estos rasgos se acusan más y más.

Pero, además, en el caso que nos ocupa existía un hecho tangible, en el que se encerraba una completísima explicación del asunto. Evidentemente, Kirsánov respetaba a los Lopujov. ¿Por qué, pues, había estado sin ir a verlos más de dos años? Sin género de duda, era una buena persona. Y siendo así, ¿por qué se le ocurrió en aquella ocasión hacer un papel tan absurdo? Mientras Vera Pávlovna no tuvo necesidad de pensar en todo esto, no pensó, como tampoco Lopujov había pensado jamás. Pero ahora, ella se sentía impulsada a pensar.

XXIV

Lentamente, sin percatarse ella misma, maduraba en su interior el descubrimiento. Iban acumulándose pequeñas impresiones de las palabras y de los actos de Kirsánov, impresiones que casi no dejaban huella, a las que nadie hubiera prestado atención y que la propia Vera Pávlovna apenas notaba, limitándose a intuir las y sospecharlas. Poco a poco, iba cobrando interés una pregunta: ¿Por qué había estado casi tres años evitando verla? Paulatinamente arraigaba en ella una convicción: aquel hombre no había podido alejarse por un prurito de mezquino amor propio que en él no existía en ninguna forma. Y, todavía más lentamente, tras todas estas reflexiones, que se le ocurrían sin que ella supiera por qué, emergía de las recónditas profundidades de su ser, elevándose hasta su conciencia, un pensamiento poco claro aún: "¿Por qué pienso en él? ¿Qué representa él para mí?"

Una vez, después de comer, Vera Pávlovna estaba cosiendo en su cuarto. Tranquila y sosegada, había dado rienda suelta a su imaginación. Pensaba en cosas diversas: en su casa, en el taller, en las lecciones. Poco a poco, sus pensamientos fueron derivando hacia el tema que la ocupaba con más y más frecuencia sin que ella pudiera explicarse el motivo. Surgieron recuerdos; unas cuantas preguntas insignificantes fueron creciendo y multiplicándose hasta formar un enjambre que le aguijoneaba la mente; y, sin dejar de crecer y de aglutinarse, llegaron a constituir una sola interrogación, cuya forma se delineaba más netamente cada vez: ¿Qué me pasa, qué pienso, qué siento? Vera Pávlovna cesó de coser, y la labor se le escapó de las manos, que quedaron suspendidas e impotentes; palideció un poco, enrojeció, tornó a palidecer más aún y sintió afluir una llamarada a sus mejillas, que volvieron a colorearse para adquirir al momento la blancura de la nieve. Desorbitados los ojos, Vera Pávlovna corrió al aposento de su marido, arrojósele a las rodillas, lo abrazó febrilmente, apoyó su cabeza en el hombro de él para ocultar la cara y profirió con voz desfallecida: "¡Dmitri, le amo!", rompiendo después a llorar.

— Bueno, ¿qué tiene de particular, querida? ¿Por qué te apenas?

— Porque no quiero ofenderte, porque quiero amarte.

— Inténtalo. Si lo consigues, tanto mejor. Tranquíllate, deja pasar el tiempo y verás lo que puedes hacer y lo que no. ¿Cómo voy a ofenderme conociendo el afecto que me tienes?

Lopujov le acarició la cabellera, le besó la cabeza, le apretó la mano. Ella tardó en contener su convulso llanto, pero fue calmándose poco a poco. Y él, preparado desde hacía tiempo para oír tal confesión, la acogió con serenidad. Por otra parte, ella no le veía la cara...

— No quiero verle más. Le prohibiré que venga —dijo Vera Pávlovna.

— Haz lo que mejor te parezca y lo que más te convenga. Cuando te calmes hablaremos. Al fin y al cabo, pase lo que pase, no dejaremos de ser amigos. Dame la mano. Aprieta la mía. ¿Ves con qué fuerza la aprietas? —Habla con largas pausas, durante las cuales le pasaba la mano por la cabeza, acariciándola como quien consuela a una hermana—. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando nos hicimos novios? "¡Me das la libertad!" —Nuevo silencio y caricias—. ¿Recuerdas lo que hablamos la primera vez acerca de lo que significa amar a una persona? Significa alegrarse de su bien, hacer a gusto todo lo que suponga un beneficio para ella, ¿verdad? —Nuevo silencio y caricias—. Tu bien es una satisfacción para mí. Tú misma verás lo que más te convenga. ¿Por qué te apenas? Si no te ocurre ninguna desgracia, ¿qué desgracia puede ocurrirme a mí?

En estas palabras entrecortadas, repetidas una y otra vez con ligeras variaciones, pasó mucho tiempo, igualmente angustioso para los dos. Pero ella, conforme se iba serenando, comenzó a respirar con más desahogo. Abrazada fuertemente al marido, afirmaba sin cesar: "Quiero amarte a ti solo; a nadie más que a ti".

El no le dijo que esto no dependía ya de ella: quería que pasara tiempo para que Vera Pávlovna recobrara la tranquilidad pensando en cualquier otra cosa. Por si acaso Kirsánov se presentaba, Lopujov escribió y dio a Masha una esquila para él: "Alexandr, no entres ahora ni vengas durante algún tiempo. No sucede ni sucederá nada de particular. Sólo necesitamos descansar". *Necesitamos descansar y no sucede nada de particular.* Bonita combinación de palabras. Llegó Kirsánov, leyó la esquila y dijo a Masha que había venido precisamente por esa nota, que no tenía tiempo de pasar, pues necesitaba ir a otro sitio, y que pasaría al regreso, después de cumplir lo que se le encargaba en el papel.

La tarde transcurrió plácidamente al parecer. Vera Pávlovna pasó la mitad del tiempo silenciosa y sola en

su habitación; la otra mitad, Lopujov estuvo sentado junto a ella, calmándola con palabras parecidas a las de antes o, mejor dicho, con el acento reposado y sereno de su voz, la cual, sin ser nada alegre, tampoco era muy triste y quizá expresara únicamente cierta melancolía, lo mismo que su rostro. Vera Pávlovna, al oír tales palabras y al mirar aquella cara, pensó en cierto modo —aunque no, no en cierto modo, sino casi del todo— que el asunto carecía de importancia, que ella había tomado por una pasión fuerte un simple sueño que se desvanecería en unos cuantos días sin dejar rastro. ¿O tal vez creía que no, que no pensaba esto, que sentía que no era así? No, no era así. Sí, así era. Fue afirmándose en la idea de que pensaba esto. Y por fin lo pensó realmente. ¿Cómo no iba a pensarlo oyendo aquella voz queda y serena repetir que el asunto carecía de importancia? Arrullada por la voz concilió el sueño plácidamente. Durmió bien y no vio a la desconocida. Se despertó tarde y, al despertarse, se sintió animosa.

XXV

“El trabajo es el mejor remedio contra los pensamientos enojosos —resolvió Vera Pávlovna muy atinadamente—. Pasaré todos los días en el taller hasta que me cure. Eso me aliviará”.

A partir de entonces pasó en el taller días enteros. El primero estuvo, verdaderamente, distraída, sin pensar en nada: el segundo no hizo más que cansarse, pero se distrajo poco; y el tercero no se distrajo nada. Así transcurrió alrededor de una semana.

Fue una lucha dura. Vera Pávlovna estaba pálida, aunque en apariencia permanecía completamente tranquila. Trataba incluso de parecer alegre y hasta lo conseguía casi siempre. Nadie le notaba nada de particular, y su palidez era atribuida a alguna leve indisposición,

pero Lopujov no se llamaba a engaño, pues estaba al corriente de todo.

— Vérochka —le dijo al cabo de una semana—: tú y yo justificamos los viejos refranes de que en casa del herrero cuchillo de palo y de que el peor traje lo lleva el sastre. Enseñamos a los demás a vivir con arreglo a nuestros principios económicos y no pensamos en organizar nuestra vida en consonancia con ellos. Una gran hacienda es más rentable que muchas pequeñas. Yo quisiera aplicar esta regla a nuestra hacienda. Si viviéramos con alguien, tanto nosotros como quien con nosotros viviese reduciríamos nuestros gastos casi a la mitad. Yo podría, incluso, dejar estas malditas clases que tanto me fastidian. Tendría suficiente con el sueldo de la fábrica, descansaría, me dedicaría a la labor científica y continuaría mi carrera. Lo que hace falta es encontrar personas con las que congeniemos. ¿Qué te parece?

Vera Pávlovna llevaba ya un buen rato mirando al marido con los mismos ojos suspicaces, fulgurantes de ira, con que le había mirado Kirsánov el día de la conversación teórica. Cuando Lopujov terminó de hablar, el rostro de su esposa ardía:

— Haz el favor de acabar con ese tema tan importuno.

— ¿Por qué, Vérochka? Estoy hablando solamente de las ventajas económicas. La gente pobre como nosotros no puede perderlas de vista. Mi trabajo es difícil, y una parte de él me repugna.

— Conmigo no se puede hablar así —Vera Pávlovna se levantó—. No permito que se me hable con rodeos. Atrévete a expresar claramente lo que quieres decir.

— No he querido decir sino que, desde el punto de vista de nuestra conveniencia, estaría bien...

— ¿Otra vez? ¡Calla! ¿Quién te ha dado el derecho a meterte a tutor mío? ¡Terminaré odiándote! —Dicho esto, se retiró precipitadamente a su habitación y se encerró en ella.

Fue la primera y última disputa entre los dos.

Vera Pávlovna permaneció en su cuarto hasta muy avanzada la noche. Luego se dirigió al aposento de su esposo:

— Querido, he estado demasiado dura contigo. No te enfades. Ya ves la lucha que sostengo. En vez de apoyarme, te has puesto a estimular aquello contra lo que yo lucho y a lo que confío —sí, confío— en vencer.

— Perdona el poco tacto con que empecé. Pero ya nos hemos reconciliado, ¿verdad? Hablemos, pues.

— Sí, querido, ya hemos hecho las paces. Pero no te pongas en contra mía. Ya de por sí se me hace difícil luchar conmigo misma.

— Es una lucha inútil, Vérochka. Ya has tenido tiempo de analizar tu sentimiento; has visto que es más serio de lo que pensabas al principio. ¿Por qué te atormentas entonces?

— Querido mío, deseo amarte y no quiero ofenderte.

— Amiga Vérochka, ya veo que anhelas mi bien. ¿Crees que me agrada o necesito que continúes torturándote?

— Pero es que me amas tanto. . .

— Cierto que te amo, Vérochka. Ni que decir tiene. Pero tú y yo comprendemos lo que significa el amor. ¿No consiste en alegrarse de las alegrías y en sufrir con los sufrimientos de la persona amada? Martirizándote, me martirizarás.

— Así es, querido. Pero tú sufrirás si me rindo a este sentimiento que, ¡ay!, no comprendo por qué ha nacido en mí. ¡Maldito sea!

— Cómo o por qué ha nacido, da igual. Ya no tiene remedio. Nos queda tan sólo un dilema: o tú sufres y, por consiguiente, sufro yo, o tú dejas de sufrir y yo también.

— No sufriré. Esto pasará. Ya verás como pasa.

— Te agradezco tus esfuerzos y los aprecio como una prueba de tu decisión de llevar a cabo una obra que esti-

mas necesaria. Pero, date cuenta, Vérochka: sólo tú consideras necesarios esos esfuerzos; yo no. Como observo desde fuera, veo tu situación con más claridad que tú misma. Sé que todo resultará inútil. Lucha mientras te queden fuerzas, mas no pienses que vas a ofenderme. Ya conoces mi actitud en este asunto; sabes que mi opinión es tan invariable como justa. ¿Acaso puede haber engaño por tu parte? ¿Vas, tal vez, a dejar de estimarme? Yo diría más: ¿es que tu afecto hacia mí se debilitará al cambiar de carácter? Por el contrario, ¿no aumentará cuando veas que no me he convertido en enemigo tuyo? No me tengas lástima: mi suerte no empeorará lo más mínimo si no sacrificas tu felicidad por mí. Pero, en fin, basta ya. Me es doloroso hablar de esto, y más lo será para ti oírme. Recuerda, Vérochka, lo que acabo de decir. Dispénsame. Vete a tu habitación a pensar o, mejor, a descansar. No pienses en mí, sino en ti. Sólo así no me ocasionarás amarguras inútiles.

XXVI

Dos semanas después, estando Lopujov en la oficina de la fábrica, Vera Pávlovna pasó toda la mañana extraordinariamente agitada. Se arrojaba sobre la cama, se cubría la cara con las manos y, al cuarto de hora, se levantaba de un salto, iba y venía por la habitación, se desplomaba en una butaca, reemprendía sus idas y venidas con paso desigual y atropellado y tornaba a arrojarse en la cama y a recorrer el aposento. Aproximóse varias veces a la mesa de escritorio y, deteniéndose un momento junto a ella, se retiró de nuevo. Se acercó otra vez, se sentó, escribió varias palabras, cerró el sobre y, media hora más tarde, rompió la carta y la quemó. Acto seguido volvió a pasearse, nerviosa, de un lado para otro, a escribir, a romper y a quemar la carta. Finalmente, repitió de nuevo sus agitados paseos, escribió una carta

más, la selló y, precipitada, sin escribir el nombre del destinatario, corrió a la habitación del marido, la tiró sobre la mesa y regresó a su cuarto con la misma celeridad. Una vez allí, se dejó caer en la butaca y quedó sentada en completa inmovilidad, oculta la cara entre las manos. Transcurrió media hora o quizá una entera. De pronto sonó el timbre. Era él. Vera Pávlovna corrió a la habitación del marido a romper la carta, a quemarla. Pero, ¿dónde estaba? No la veía por ninguna parte. Removió, atropellada, los papeles: ¿dónde se había metido la carta? Masha abrió la puerta, y Lopujov, entrando, vio a Vera Pávlovna correr desde su gabinete a la habitación de ella. Iba demudada y pálida.

En lugar de seguirla, Dmitri Serguéievich se fue a su cuarto. Frío y pausado, inspeccionó la mesa y sus alrededores. Llevaba días esperando algo por el estilo: una explicación verbal o una carta. Efectivamente, allí estaba la carta, sin dirección, pero con el sello de ella. Por lo visto, Vera Pávlovna había ido a buscarla para destruirla o acababa de ponerla allí. Lo primero era lo seguro: había ido a buscarla; entre los papeles reinaba el desorden. Pero ¿cómo iba a encontrarla si, en su febril zozobra, la había soltado con la misma precipitación que quien se desprende de un ascua ardiendo, y la carta había atravesado la mesa entera, yendo a parar a la ventana? Apenas tenía necesidad de leerla, pues su contenido estaba claro. Sin embargo, era imposible no leerla.

“Querido mío —decía la carta—: Nunca te he tenido tanto afecto como ahora. ¡Si pudiera morir por ti! ¡Oh, de qué buena gana moriría si con ello fueras más feliz! Pero no puedo vivir sin él. Te ofendo, querido; te mato, amigo mío, y no quisiera hacer ni lo uno ni lo otro. Lo hago contra mi voluntad. ¡Perdón, perdón!”

Lopujov permaneció un cuarto de hora, o quizá más, de pie junto a la mesa, puesto la vista en un brazo del sillón. Aunque preveía el golpe, no por ello le resultaba

menos doloroso. Tenía meditado y decidido de antemano lo que haría en aquella situación, pero al pronto no supo coordinar sus pensamientos. Cuando se rehizo, fue a la cocina y dijo a la criada:

— Masha, haga el favor de esperar un poco y no sirva la mesa hasta que yo la avise. Me siento un poco indispuerto y necesito tomar una medicina antes de comer. Ahora bien, usted no nos espere, coma y no se dé prisa: tendrá tiempo de terminar antes de que yo pueda necesitarla. Entonces la llamaré.

De la cocina se fue a ver a su mujer. La encontró acostada boca abajo, con la cara hundida en la almohada. Al entrar su esposo, Vera Pávlovna se estremeció:

— ¿La has encontrado? ¿La has leído? ¡Dios mío, qué loca estoy! ¡No creas lo que dice el papel, lo escribí en plena fiebre!

— Claro que no. Tus palabras no deben tomarse en serio porque estabas demasiado nerviosa cuando las escribiste. Una cuestión de esta índole no se resuelve así. Tendremos tiempo de pensar y hablar de ella con la tranquilidad que requiere un problema tan importante para los dos. Mientras tanto quiero hablarte de mis asuntos. He logrado hacerlos cambiar bastante, tanto como era preciso, y estoy muy satisfecho, ¿me escuchas? —Por supuesto, ella misma no sabía si lo escuchaba; hubiera podido decir tan sólo que, le escuchase o no, oía algo que no estaba en condiciones de comprender; sin embargo, le oía, pareciéndole entender que se trataba de algo distinto, sin relación alguna con la carta. Poco a poco empezó a escuchar porque el asunto la interesaba: sus nervios querían ocuparse de algo que no fuese la carta y, aunque Vera Pávlovna permaneció largo rato sin entender nada, la fue calmando el tono frío y resignado de la voz del marido hasta que terminó por comprender las palabras de éste—. Escúchame, porque se trata de cosas trascendentales para mí —prosiguió Lo-

pujov después de preguntar: “¿Me escuchas?”— Las cosas toman un giro muy favorable.

Y le fue relatando la marcha de sus asuntos con bastantes pormenores. Ella conocía tres cuartas partes del relato y aun todo él, pero daba igual: ¡que siguiera hablando! ¡Qué bueno era! Lopujov le explicó mil cosas. Las lecciones le fastidiaban hacía mucho tiempo en tal y cual casa con tales y cuales discípulos. El trabajo en la oficina de la fábrica no le resultaba aburrido porque, a más de ser importante, le permitía influir sobre el personal de toda una empresa, y su labor allí daba algunos frutos: reuniendo a varios entusiastas de la instrucción popular, les había transmitido ciertos conocimientos pedagógicos y había conseguido que la compañía diese una pequeña paga a aquellos maestros de nuevo cuño para que enseñasen a leer y escribir a los operarios; para lograrlo había tenido que demostrar que éstos, al tener cierta instrucción, tratarían mejor la maquinaria y producirían más, pues se reducirían las faltas al trabajo y las borracheras. Lopujov refirió a Vera Pávlovna sus esfuerzos por apartar a los obreros de la bebida, para lo cual iba a los figones donde comían, y muchas otras cosas más. Le dijo que se había granjeado la confianza de la empresa como persona práctica y diligente; la dirección de los negocios había ido pasando a sus manos poco a poco, hasta el punto de que, para finalizar su relato, deseaba darle la noticia principal: le habían ofrecido el cargo de subdirector de la fábrica. El director sería tan sólo una figura decorativa —un representante de la compañía— con un sueldo honorario, pero la dirección real quedaba en manos de Lopujov. Sólo con esta condición había aceptado el director. “¿Qué voy a hacer yo en un puesto así?” —había dicho. “Se limitará a ocuparlo para que esté en manos de una persona honrada, pero en los negocios no tendrá por qué inmiscuirse. De ellos me ocuparé yo” — “Siendo así, aceptado”. Y lo fundamental no eran las atribuciones que se le otorga-

ban, sino que ganaría tres mil quinientos rublos anuales, casi mil más de lo que le reportaban antes el engorroso trabajo literario eventual, las lecciones y el puesto que ocupaba en la fábrica. Por consiguiente, ahora podía abandonarlo todo menos este último empleo. ¡Magnífica perspectiva! Habló más de media hora. Y al final del relato, Vera Pávlovna pudo ya responder que, efectivamente, le parecía muy bien. Tranquilizada, se ordenó la cabellera, y se fueron a comer.

Después, Lopujov dio a Masha ochenta kopeks para que alquilase un coche y fuese a diversos lugares a llevar cartas anunciando a los señores destinatarios que estaba libre y quisiera verles. Al rato se presentó el terrible Rajmétov, tras el cual llegó una infinidad de gente joven, y se enzarzó una violenta discusión científica durante la cual casi todos descubrieron en cada uno de los presentes todas las inconsecuencias posibles, mientras algunos, rehuyendo la docta controversia, ayudaban a Vera Pávlovna a matar el tiempo. En mitad de la velada, ella adivinó adónde había ido Masha y pensó: “¡Qué bueno es!” En aquella ocasión, Vera Pávlovna se alegró mucho de la presencia de los jóvenes amigos, aunque no jugó con ellos, sino que permaneció sentada tranquilamente. Se alegró tanto, que hubiera besado al propio Rajmétov.

Los invitados se marcharon a las tres de la madrugada, e hicieron bien en irse tan tarde. Apenas se acostó Vera Pávlovna para descansar de las emociones del día, entró el marido:

— Al hablarte de la fábrica, amiga Vérochka, se me olvidó comunicarte algo que no tiene importancia ni valía la pena recordarlo, pero, por si acaso, te lo diré. Quiero pedirte, sin embargo, una cosa: tú tienes sueño y yo también. Por eso, si algo se me queda por decir en cuanto a la fábrica, hablaremos mañana, y ahora me limitaré a unas palabras. Cuando acepté el cargo de subdirector, lo hice con la condición de posesionarme cuando me con-

viniese: dentro de un mes o de dos, incluso. Y ahora tengo el propósito de aprovechar este tiempo para ir a Riazán a casa de mis padres. Hace cinco años que no los he visto. Buenas noches, Vérochka. No te levantes. Mañana tendrás tiempo de preparar las cosas. Duerme.

XXVII

Al día siguiente, cuando Vera Pávlovna salió de su habitación, su marido y Masha estaban preparando dos maletas. La criada, incapaz de envolver y guardar las innumerables prendas que iba dándole Lopujov, no pudo apartarse de allí un solo instante. "Vérochka, ayúdanos" —pidió Dmitri Serguéievich. Desayunaron los tres sin dejar de hacer el equipaje. De pronto, inesperadamente para Vera Pávlovna, el marido dijo: "Son las diez y media. Tengo que irme para la estación".

— Me voy contigo, querido.

— Amiga Vérochka, llevo dos maletas, y no habrá lugar en el coche. Toma otro con Masha.

— No es eso. Digo que me voy contigo a Riazán.

— Siendo así, que Masha se vaya con las maletas, y nosotros iremos juntos.

La calle no es sitio a propósito para conversaciones muy íntimas. Además, era tanto el ruido de las ruedas sobre el empedrado. . . Lopujov no oía la mitad de lo que decía su mujer, y a muchas cosas contestaba de manera inaudible o, sencillamente, no contestaba nada.

— Me voy contigo a Riazán —insistía Vera Pávlovna.

— ¿Cómo vas a irte sin ningún equipaje? Si quieres, prepárate y haz lo que mejor te parezca. Pero te pido que esperes carta mía. Llegará mañana mismo, pues la escribiré y la echaré por el camino. Mañana mismo la recibirás. Espera. Te lo ruego.

¡Cómo lo abrazó en la estación! ¡Cuántas lágrimas

derramó besándolo al entrar en el vagón! Y él, habla que te habla de la buena marcha de sus asuntos en la fábrica, de lo contentos que iban a ponerse sus padres cuando lo vieses, de que nada en el mundo tenía importancia excepto la salud y de que, por consiguiente, había que cuidarse. Ya a punto de partir, le dijo:

— Ayer me escribiste que nunca me habías tenido tanto cariño como ahora. Es cierto, querida Vérochka. Yo no te tengo menos a ti. Y los dos sabemos muy bien lo que significa el afecto hacia una persona: es el afán de que sea feliz. Pero no hay dicha sin libertad. Ni tú querías coartar la mía, ni yo la tuya. Y si por mi culpa te sintieras cohibida, me daría mucha pena. No debes cohibirte. Haz lo que más te convenga, y ya veremos. Escíbeme cuándo debo regresar. Adiós, amiga. La máquina ha silbado por segunda vez. Es demasiado tarde. Adiós.

XXVIII

Esto sucedía a fines de abril. A mediados de junio regresó Lopujov; pasó alrededor de tres semanas en Petersburgo y luego fue a Moscú para asuntos de la fábrica, según dijo. Se marchó el 9 de julio; en la mañana del 11, en el hotel cercano a la estación del ferrocarril, llamó la atención el caso del forastero que no contestaba a las llamadas, y dos horas más tarde se desarrolló en la casa de campo de Kámenni Ostrov la escena descrita. El lector perspicaz no errará ahora el tiro y adivinará quién se suicidó. "Hace tiempo que sospecho que fue Lopujov" —dice el clarividente lector entusiasmado de su sagacidad. Pero ¿por qué desapareció Lopujov y por qué su gorra apareció agujereada de un tiro? "Está claro que todo fue obra suya. Y fue él mismo, el muy tuno, el que trajo la red" —insiste el lector perspicaz. Bueno, allá él: no hay modo de disuadirlo.

Tres horas después de marcharse Kirsánov, Vera Pávlovna recapacitó, y una de sus primeras conclusiones fue que no podía abandonar el taller a su suerte. Aunque siempre había tratado de demostrar que éste marchaba por su propio pie, sabía que era tan sólo una ilusión suya y que la obra emprendida necesitaba una mano recatora, sin la cual se vendría abajo. Por otra parte, la empresa se asentaba ya sobre una base firme, y su dirección no requería un trabajo extraordinario. Mertsálova tenía dos hijos, pero podía dedicar a la administración del taller el tiempo necesario: una hora u hora y media al día. Incluso no era preciso que fuese diariamente. De fijo que no se negaría, pues ya consagraba bastantes esfuerzos al taller. Vera Pávlovna comenzó a seleccionar lo que habría de vender y mandó a Masha a llamar a Mertsálova y a casa de Rajel, traficante en ropa vieja y en enseres de toda clase. Rajel, una de las hebreas más aprovechadas del mundo, pero amiga de Vera Pávlovna, era con ella honrada a carta cabal, como lo son casi todos los pequeños comerciantes judíos con la gente de bien. Rajel y Masha debían ir al domicilio de Vera Pávlovna en Petersburgo, recoger la ropa y los utensilios que allí quedaban, pasar por la peletería donde Vera Pávlovna había dado a guardar sus abrigos durante el verano y, después, con todo el cargamento, presentarse en la casa de campo a fin de que Rajel lo tasara tranquilamente y lo comprase todo.

Cuando Masha salía se encontró con Rajmétov, que llevaba cerca de media hora deambulando por los alrededores de la casa.

— ¿Se va usted, Masha? ¿Tardará en volver?

— Sí, por lo visto no regresaré hasta bien anochecido. Tengo muchas cosas que hacer.

— ¿Está sola Vera Pávlovna?

— Sí, señor.

— Entonces pasaré y le haré compañía por si acaso necesita algo.

— Tenga la bondad. A mí me daba reparo dejarla sola. ¡Ah!, se me olvidaba, señor Rajmétov: haga el favor de llamar a alguna vecina; hay allí una cocinera y una niñera que son amigas mías. Pídale que sirvan la comida, pues Vera Pávlovna no ha almorzado aún.

— No importa. Yo tampoco he comido. Comeremos juntos. ¿Y usted, ha comido?

— Sí, señor. Vera Pávlovna no me dejó salir sin comer.

— Ya hay una cosa buena, por lo menos. Yo creía que, enfrascada en sus problemas, se olvidaría hasta de esto.

Todos temían un poco a Rajmétov. Todos menos Masha y aquellas personas que por su carácter y su indumentaria eran tan sencillas como ella o más aún. Incluso Lopujov, Kirsánov y otros que no tenían miedo a nada ni a nadie experimentaban a veces cierto temor ante él. Rajmétov se mantenía muy alejado de Vera Pávlovna, que le consideraba aburridísimo, y nunca buscaba la compañía de ella. Pero era el favorito de Masha, aunque se mostraba con ella menos afable y locuaz que el resto de los contertulios asiduos.

— He venido sin que me llamen, Vera Pávlovna —comenzó Rajmétov—, pero he visto a Alexandr Matvéievich y lo sé todo. Por eso he creído que tal vez pueda serle útil en algo y he resuelto pasar con usted la tarde.

Sus servicios podían ser de utilidad inmediatamente, ayudando a seleccionar y empaquetar ropas y trastos. A cualquier otro, Vera Pávlovna le habría solicitado ayuda, y él mismo la habría ofrecido; sin embargo, a Rajmétov no se la pidió ni él la ofreció. Vera Pávlovna se limitó a estrecharle la mano y a decirle sinceramente que le agradecía mucho la atención.

— Estaré en el gabinete —dijo él—. Si me necesita para algo, llámeme. Y si alguien viene, yo abriré la puerta. Usted no se preocupe.

Dicho esto, se marchó tranquilamente al gabinete, sacó del bolsillo un gran trozo de jamón y un pedazo de pan negro que juntos pesarían unas cuatro libras, sentóse, se lo comió todo procurando masticar bien, se bebió media botella de agua, se acercó a las estanterías de libros y comenzó a buscar alguno para entretenerse. “Lo he leído...”, “No es original...”, “No es original...”, “No es original...”, “No es original...” —fue diciendo. Aquel repetido “No es original” se refería a libros como los de Macaulay, Guizot, Thiers, Ranke y Gervinus. “¡Oh, qué bien que he encontrado esto!” —exclamó para sí al leer en el lomo de varios libros voluminosos: *Obras completas de Newton*. Hojeando rápidamente los tomos, halló lo que buscaba y pronunció con una sonrisa de satisfacción. “Por fin, por fin encuentro *Observations on the Prophecies of Daniel and the Apocalypse of St. John* (es decir, *Observaciones sobre las profecías de Daniel y el Apocalipsis de San Juan*). Hasta ahora carecía de conocimientos profundos en esta rama del saber. Newton escribió estos comentarios en su vejez, medio alienado y medio cuerdo: ejemplo clásico de entrelazamiento de la demencia y la cordura¹⁷. Es un problema de importancia histórica mundial. Esta mezcla se nota, sin excepción alguna, en todos los acontecimientos, en casi todos los libros y en casi todas las cabezas. Pero aquí debe manifestarse, en forma acabada, el más ingenioso y normal de todos los entendimientos que conocemos y, entrelazada con él, una locura indiscutible y reconocida. Así, pues, es una obra maestra en su género. Los rasgos más sutiles del fenómeno general deben ser aquí mucho más tangibles que en cualquier otra parte, y nadie puede poner en duda que se trata precisamente de una mezcla de locura e inteligencia. Es un libro digno de estudio”. Comenzó a leer con fruición aquella obra, que quizá

nadie hubiera leído en los últimos cien años, salvo los correctores que intervinieron en su impresión. Para otro que no fuese Rajmétov, leer tal libro equivaldría a comer arena o serrín. Pero a él le gustaba.

Gente como Rajmétov hay muy poca. Hasta ahora he encontrado sólo ocho ejemplares de esta raza, entre los que figuraban dos mujeres. No tenían de común más que un rasgo. Había entre ellos individuos blandos y rigurosos, sombríos y alegres, diligentes y flemáticos, inmovibles y propensos a las lágrimas (conocí a uno de rostro severo, cuya ironía rayaba en el cinismo, y a otro con cara de corcho, taciturno e indiferente a todo; ambos lloraron en mi presencia varias veces, como mujeres histéricas, sin motivos de índole personal, sino hablando de cosas diversas; estoy seguro de que a solas lloraban con frecuencia). Como antes dije, no se parecían más que en un rasgo, mas éste bastaba para unirlos en una sola especie y destacarlos del resto. De aquellos con quienes tuve intimidad me reía cuando estaba con ellos a solas; ellos se enfadaban o no se enfadaban, pero también se reían de sí mismos. Verdaderamente, resultaban muy divertidos. En ellos era peregrino todo lo principal, lo que los convertía en individuos *sui generis*. Me gusta verme de esta clase de gente.

La persona que encontré entre los conocidos de Lopujov y Kirsánov, y de la que hablaré aquí, constituye una demostración viva de que las palabras pronunciadas por Lopujov y Alexéi Petróvich acerca de las propiedades del suelo, durante el segundo sueño de Vera Pávlovna, necesitan una enmienda: la de que, sea cual fuere la naturaleza del suelo, puede haber en él minúsculos terrones aptos para la germinación de espigas sanas. La genealogía de los personajes principales de mi narración —Vera Pávlovna, Kirsánov y Lopujov— no se remonta, en rigor, más allá de los abuelos y abuelas; a duras penas puede añadirse la bisabuela (el bisabuelo está envuelto en la niebla del olvido, y de él no se sabe sino

que fue marido de la bisabuela y que se llamaba Kiril, porque el abuelo era Guerásim Kirilovich). De Rajmétov sabemos que descendía de una familia conocida desde el siglo XIII, es decir, de una de las más antiguas, no sólo en Rusia, sino en toda Europa. Entre los caudillos militares degollados con sus tropas en Tver por intentar, según dicen las crónicas, convertir a la gente a la religión de Mahoma (intención que, seguramente, no tenían) y, en realidad, por oprimir al pueblo, se encontraba Rajmet. Al hijo del tal Rajmet y de una rusa, sobrina del gran mariscal de la corte de Tver y del mariscal de campo, a la que Rajmet hizo su mujer por la fuerza, se le perdonó la vida en atención a su madre, siendo bautizado con el nombre de Mijaíl en lugar del de Latif, que llevaba hasta entonces. De este Latif-Mijaíl descendían los Rajmétov. En Tver fueron boyardos; en Moscú no pasaron de grandes oficiales de la Corona; y en Petersburgo, en el siglo anterior, fueron generales en jefe (naturalmente, no todos, ni mucho menos: la familia, ramificadísima, era más numerosa que los puestos de tal categoría). El tatarabuelo de nuestro Rajmétov fue amigo de Iván Shuválov, quien le sacó de la desgracia en que había caído por su amistad con Míni. Su bisabuelo sirvió con Rumiántsev, alcanzó el grado de general en jefe y fue muerto en Novi. Su abuelo acompañó al zar Alejandro a Tilsit y hubiera llegado más alto que ninguno, pero pronto malogró su carrera por haber trabado amistad con Speranski¹⁸. Su padre sirvió en el ejército sin grandes éxitos ni reveses; a los cuarenta años, siendo teniente general, se retiró y se fue a una de sus fincas, dispersas por el curso superior del río Medvéditsa. Las fincas no eran muy grandes (unos dos mil quinientos siervos en total), y el ocio en la aldea le dio muchos hijos, ocho o nueve, de los cuales nuestro Rajmétov era el penúltimo; sólo le seguía una hermana. De ahí que el Rajmétov que conocemos no recibiese una gran herencia. Su padre le dejó unos cuatrocientos siervos y siete

mil desiatinas de tierra. Nadie sabía lo que había hecho con los siervos y con cinco mil quinientas desiatinas. Es más, todos ignoraban que se había quedado con mil quinientas desiatinas, cuyo arriendo le proporcionaba alrededor de tres mil rublos de renta. Nadie lo supo mientras vivió entre nosotros. Nos enteramos después. Hasta entonces sospechábamos, naturalmente, que pertenecía a la familia de los Rajmétov, entre los cuales había numerosos hacendados ricos que, en total, tenían cerca de setenta y cinco mil siervos en sus fincas, situadas en el curso superior de los ríos Medvéditsa, Jopior, Surá y Tsna, eran perpetuos jefes distritales de aquellos parajes y, ya el uno, ya el otro, mandaba en alguna de las tres provincias enclavadas junto a los ríos citados. Sabíamos que nuestro Rajmétov gastaba anualmente unos cuatrocientos rublos. Para un estudiante de aquella época era mucho, mas para un propietario, miembro de familia tan acaudalada, resultaba demasiado poco. De ahí que cada uno de nosotros, nada propensos a meternos en semejantes indagaciones, decidiese para sí que nuestro Rajmétov procedía de una rama arruinada de dicha familia y que era hijo de algún consejero del Fisco, el cual había dejado a sus descendientes un capital insignificante. ¿Quién iba a interesarse por tales cuestiones?

En el momento en que lo conocimos, Rajmétov tenía veintidós años. Comenzó a estudiar a los dieciséis, pero estuvo tres años sin asistir a clase en la universidad: se marchó del segundo curso, se fue a su finca, tomó posesión de ella, venciendo la resistencia del tutor y ganándose el anatema de sus hermanos, y consiguió, incluso, que los maridos de sus hermanas prohibiesen a éstas pronunciar su nombre; recorrió luego Rusia de distintas maneras, por tierra y por agua, por procedimientos ordinarios y extraordinarios —por ejemplo, a pie y en barca— y pasó mil peripecias que él mismo buscó. Rajmétov matriculó a dos muchachos en la Universidad de Kazán y a cinco en la de Moscú, corriendo con todos los

gastos de sus estudios; en la de Petersburgo, donde vivía él, no metió a ninguno, y por eso nadie de nosotros sabía que su renta no era de cuatrocientos rublos, sino de tres mil. De ello nos enteramos posteriormente. Como íbamos diciendo, desapareció durante largo tiempo y, dos años antes del momento en que le vemos sentado en el gabinete de Kirsánov leyendo la interpretación del Apocalipsis escrita por Newton, regresó a Petersburgo e ingresó en la Facultad de Filología en vez de matricularse en la de Ciencias Naturales, donde estudiaba antes de irse.

Pero, si bien ninguno de los conocidos de Rajmétov en Petersburgo tenía noticia exacta de sus vínculos familiares y de su situación económica, todos lo conocían por dos apodos. Uno de ellos ha figurado ya en nuestra narración: el "Rigorista". Rajmétov lo acogía con su habitual y ligera sonrisa de adusta satisfacción. Pero cuando le llamaban Nikítushka o Lómov —o por el apodo completo: Nikítushka Lómov—, sonreía con franqueza. Y no le faltaba razón para ello, pues era su fuerza de voluntad, y no la naturaleza, la que le había dado derecho a llevar este nombre, conocido entre millones, aunque su fama se extiende tan sólo en una franja de cien verstas de anchura, que atraviesa ocho provincias. A los lectores del resto de Rusia habrá que explicarles su significado. Nikítushka Lómov, sirgador del Volga quince o veinte años atrás, era un gigante de dos metros y de fuerza hercúlea, tan fornido, que pesaba quince puds, aunque no era gordo, sino robusto. De su fuerza habla un hecho: ganaba el jornal de cuatro sirgadores. Cuando el barco se detenía en algún puerto y él iba al mercado —o al bazar, como se dice en la región del Volga—, los chiquillos gritaban por las callejuelas:

"¡Ahí viene Nikítushka Lómov, ahí viene Nikítushka Lómov!" Todos corrían a la calle que iba del atracadero al mercado, y la muchedumbre seguía a su héroe.

Desde el punto de vista físico, Rajmétov era a los dieciséis años, cuando llegó a Petersburgo, un muchacho

corriente, bastante alto y vigoroso, pero nada extraordinario por su fuerza: de diez jóvenes de su edad, dos le habrían vencido. Sin embargo, a los dieciséis años y medio empezó a practicar la gimnasia. Pero como ésta no sirve sino para perfeccionar músculos ya existentes, había que crear los músculos; para ello comenzó a dedicar varias horas diarias a trabajos de fuerza: a acarrear agua y troncos, a cortar leña, a aserrar madera, a picar piedra, a cavar tierra y a forjar hierro. Se ejercitó en innumerables faenas, cambiando a menudo, porque con cada nuevo trabajo se desarrollan determinados músculos. Se impuso en la comida un régimen de boxeador, alimentándose exclusivamente de comestibles indicados para estimular la fuerza física, ante todo de bifteks casi crudos. Sistema que jamás abandonó. Al año de imponerse tal régimen y tales ejercicios, emprendió su peregrinación, la cual le deparó muchas más oportunidades de incrementar su fuerza física: trabajó de gañán, de carpintero, de barquero y en otros oficios; una vez recorrió como sirgador todo el Volga, desde Dúbovka hasta Ribinsk. Si hubiera dicho que quería meterse a sirgador, esto habría parecido el colmo del absurdo al dueño del barco y a los sirgadores, y no le habrían admitido. Pero él tomó pasaje como viajero, trabó luego amistad con los trabajadores, empezó a ayudarles a tirar de la sirga y al cabo de un mes se enganchó en ella como uno más. Pronto advirtieron lo bien que tiraba; probaron fuerzas y arrastró a tres juntos e incluso a cuatro de sus más forzudos compañeros. Tenía entonces veinte años, y sus colegas de cuerda le dieron el sobrenombre de Nikítushka Lómov en memoria del héroe desaparecido ya. Al verano siguiente, yendo en un barco, lo vio uno de los viajeros de tercera que en gran número se agolpaban en cubierta. Era uno de sus compañeros de trabajo del año anterior. Por él, los estudiantes que iban con Rajmétov supieron que tenía el apodo de Nikítushka Lómov. Efectivamente,

había adquirido una fuerza descomunal y la cultivaba sin reparar en tiempo y en medios. “La necesito —decía—. Granjea el respeto y el cariño de la gente humilde. Es útil y puede hacerme falta”.

Esto se le metió en la cabeza entre los dieciséis y los diecisiete años, porque desde entonces comenzó a desarrollarse en él su rasgo peculiar. A los dieciséis años llegó a Petersburgo, recién salido del liceo, en el que estudió con aprovechamiento. Era un adolescente bondadoso y recto. Pasó tres o cuatro meses como suelen pasarlos los universitarios novatos. Pero al saber que había entre los estudiantes cerebros privilegiados, que no pensaban como los demás, se interesó por ellos, enteróse de los nombres de cuatro o cinco (por aquel entonces había pocos) y procuró entrar en relaciones con alguno. Conoció a Kirsánov, y se inició su transformación en un hombre extraordinario, en el futuro Nikitushka Lómov y en el “Rigorista”. Oyó, ansioso, a Kirsánov la primera noche, lloró, interrumpió sus palabras con maldiciones a lo que debía morir y con bendiciones a lo que debía vivir. “¿Qué libros debo leer para empezar?” —preguntó. Kirsánov le indicó los más apropiados. A las ocho de la mañana del día siguiente, Rajmétov estaba ya paseando por la avenida Nevski, desde la calle Admiraltéiskaia hasta el puente Politseiski, a la espera de que abriesen la primera librería alemana o francesa; compró la literatura recomendada y se pasó leyendo sin interrupción más de tres días (ochenta y dos horas en total: desde las once de la mañana del jueves hasta las nueve de la noche del domingo). Las dos primeras noches no tuvo que tomar nada para pasarlas en vela; la tercera se tomó ocho vasos de café cargadísimo, y para la cuarta no le quedaron fuerzas: cayó al suelo y durmió alrededor de quince horas. Una semana más tarde se presentó a Kirsánov, pidiéndole que le recomendase nuevos libros y le diese algunas explicaciones. Se hizo amigo suyo y, luego, por su mediación, trabó amistad

con Lopujov. Seis meses después, aunque sólo tenía diecisiete años, mientras que Lopujov y Kirsánov habían cumplido veintiuno, ninguno de los dos le consideraba ya un adolescente en comparación con ellos. Rajmétov era ya un hombre extraordinario.

¿Qué premisas había en su vida? No muchas, pero sí algunas. Su padre fue un hombre despótico, inteligentísimo, muy instruido y, aunque honrado, ultraconservador, por el estilo de María Alexéievna. Rajmétov sufría, pero esto era lo de menos. Le causaban más pesar los padecimientos que el carácter de su padre acarreaba a su madre, persona bastante sensible. Además, el muchacho veía lo que pasaba en la aldea. Mas tampoco esto hubiera tenido importancia. Para colmo de males, a los quince años se enamoró de una de las amantes de su padre. Hubo un incidente, en el que fue ella quien llevó la peor parte. A Rajmétov le daba lástima la mujer perjudicada por culpa suya. Aquellas ideas lo atormentaban, y Kirsánov desempeñó en su vida el mismo papel liberador que Lopujov en la de Vera Pávlovna. Así, pues, tenía antecedentes; mas para convertirse en un hombre extraordinario, lo principal era, por supuesto, la naturaleza. Algún tiempo antes de abandonar la universidad y de marcharse a su finca, primero, y a sus correrías por Rusia, después, adoptó en su vida material, moral e intelectual principios originales que, a su regreso, habían evolucionado ya hasta convertirse en un sistema acabado, al que se atenia invariablemente. Rajmétov se dijo a sí mismo: “No beberé una gota de vino ni tocaré a una mujer”. Pero su ardiente naturaleza objetaba: “¿A qué vienen esos extremismos? ¿Qué necesidad hay de ellos?” — “Hay necesidad. Propugnamos que el hombre pueda gozar plenamente de la vida. Con la nuestra debemos demostrar que no lo exigimos para satisfacer pasiones propias, que no lo pedimos para nosotros, sino para el hombre en general, que hablamos sólo por principio y

no por apetencias: por convicción y no por interés personal”.

Inspirándose en tales ideas, eligió el modo de vida más riguroso. Para transformarse en Nikítushka Lómov, y para seguir siéndolo, necesitaba comer mucha carne de vaca. Y él la comía; pero le daba lástima gastar aunque sólo fuese un kopek en otros alimentos. Tenía dicho a su patrona que comprase la mejor carne de vaca para él; y las demás cosas que comía eran de las más baratas. Renunció al pan blanco y, en su casa, no comía más que pan negro. Se pasaba semanas enteras sin probar un terrón de azúcar y meses sin ver la fruta, la ternera o el pollo. Nunca compraba nada semejante: “No tengo derecho a gastar el dinero en caprichos sin los cuales puedo pasar”. Y eso que, de pequeño, estaba acostumbrado a comer bien y tenía un gusto exquisito, según lo evidenciaban sus observaciones respecto a diferentes platos. Cuando lo invitaban, comía de buena gana muchas cosas que no se permitía en su propia mesa; y otras no las tocaba ni en casa ajena por un motivo fundamental: “Lo que come el pueblo sencillo, aunque sea de tarde en tarde, puedo comerlo yo en algunos casos. ¡Lo que es inaccesible a los humildes debo prohibírmelo! Así sabré hasta qué punto viven peor que yo”. Por eso, si servían manzanas, las probaba de buena gana; si albaricoques, no; en Petersburgo no rehusaba las naranjas; en provincia, sí, porque en Petersburgo las compra la gente pobre, y en provincia, no. Comía tartas rellenas porque “un buen pastel no es peor que una tarta, y la gente humilde prueba el hojaldre”, pero rechazaba las sardinias. Aunque amante de la elegancia, se vestía muy pobremente y en todo lo demás llevaba una existencia espartana. Por ejemplo, no usaba colchón, y dormía sobre un trozo de fieltro que ni siquiera doblaba.

Tenía un cargo de conciencia: no había dejado de fumar. “Sin un cigarro, me parece que soy incapaz de pensar —decía—. Si verdaderamente es así, hago bien.

Pero tal vez sea falta de voluntad”. Como no podía fumar tabaco malo, pues su formación aristocrática se lo impedía, gastaba en este vicio unos ciento cincuenta rublos de los cuatrocientos de su presupuesto. Su “abominable debilidad”, como él la llamaba, permitía a los demás contrarrestar en cierto modo su crítica. Si cargaba la mano, el criticado replicaba: “La perfección es imposible; la prueba está en que tú fumas”. Y Rajmétov arreciaba en sus diatribas moralizadoras con fuerza redoblada, pero ya dirigía la mayor parte de los reproches a su propia persona y, aunque no olvidaba del todo a su interlocutor, sobre éste caían menos acusaciones.

Rajmétov atendía infinidad de asuntos porque, en cuanto al tiempo, se había impuesto el mismo principio: desterrar todo capricho. No dedicaba mensualmente ni un cuarto de hora al recreo ni necesitaba descansar: “Me ocupo de muchas cosas. El cambio de ocupación es para mí un descanso”. Con sus camaradas, que solían reunirse en casa de Kirsánov o de Lopujov, se veía con la frecuencia indispensable para mantener unas relaciones estrechas: “Lo necesito. La vida diaria demuestra la conveniencia de mantener estrechos vínculos con cierto número de gente, pues hay que tener siempre al alcance de la mano fuentes vivas de conocimientos”. Salvo esta tertulia, jamás visitaba a nadie como no fuera para tratar asuntos y no se detenía cinco minutos más de la cuenta. Tampoco recibía a nadie sin necesidad ni permitía que nadie permaneciese en su casa más de lo estrictamente preciso, declarando sin rodeos: “Ya hemos tratado de su asunto. Permitame ahora que me dedique a los míos. Dispongo de muy poco tiempo”.

Durante la primera época de su transformación estaba casi siempre leyendo. Pero esto duró poco más de seis meses. Apenas notó que se había acostumbrado a pensar en consonancia con los principios que estimaba justos, se dijo: “La lectura pasa ahora a segundo plano. Desde

este punto de vista, estoy ya preparado para vivir". Y comenzó a dedicar a los libros solamente el tiempo libre de otras ocupaciones, tiempo que, dicho sea de paso, era muy reducido. No obstante, Rajmétov iba enriqueciendo sus conocimientos con rapidez asombrosa. A los veintidós años era ya un hombre de notable erudición, porque también en esta esfera se había impuesto una ley: Ni lujos ni caprichos; lo necesario y nada más. ¿Qué era lo necesario? El decía: "De cada materia se han escrito muy pocas obras fundamentales; en todas las demás se repite, se empequeñece y se estropea lo que estas pocas contienen de manera mucho más completa y más clara. Hay que leer únicamente éstas; cualquiera otra lectura significa perder el tiempo. Tomemos la literatura rusa. Leo ante todo a Gógol. En miles de otras obras miro cinco líneas en cinco páginas distintas, y con ello me basta para cerciorarme de que allí no encontraré más que una adulteración de Gógol. ¿Para qué voy, pues, a leerlas? Lo mismo sucede con las ciencias. En ellas es más tajante aún la división. Habiendo leído a Adán Smith, a Malthus, a Ricardo y a Mill, conozco el alfa y omega de esta rama y no necesito leer a ninguno de los centenares de economistas que existen y han existido, por famosos que sean. Cinco líneas de cinco páginas me bastan para ver que no hallaré en sus obras ni una idea nueva y original. Todo en ellas es plagio y tergiversación. Leo únicamente lo original y sólo en la medida necesaria para conocer esta originalidad". Por eso no hubo fuerza capaz de hacerlo leer a Macaulay; después de mirar varias páginas en un cuarto de hora, resolvió: "Conozco la tela de cada uno de estos remiendos". Leyó gustoso *La feria de las vanidades*, de Thackeray; comenzó a leer *Pandemonio* y cerró el libro a la vigésima página, pensando: "Lo ha dicho todo en *La feria de las vanidades*; por lo visto, no hay nada más, y no debo seguir leyendo". "Cada libro que leo —afirmaba— me libra de la necesidad de leer cientos de ellos".

La gimnasia, el trabajo físico y la lectura constituían las ocupaciones personales de Rajmétov. Pero, al regresar a Petersburgo, en dichas ocupaciones invertía tan sólo una cuarta parte de su tiempo. El resto lo dedicaba a asuntos ajenos o de índole general, observando siempre el mismo principio que en la lectura: no perder tiempo en lo accesorio o con gente de segundo orden; prestar atención únicamente a personas de valía, que de por sí hacían cambiar los asuntos accesorios y modificaban a la gente dirigida. Fuera de su círculo, por ejemplo, no entablaba relaciones sino con hombres que influían sobre otros. Quien no fuese una autoridad para varios individuos no podía ni hablar con él. Rajmétov decía: "Dispéñseme, no tengo tiempo", y se marchaba. De igual manera, la persona con quien él quisiera relacionarse no podía evitarlo. Rajmétov se presentaba ante ella y exponía sus pretensiones con este preámbulo: "Quiero conocer a usted. Me hace falta. Si ahora le importuno, señáleme otra hora". No prestaba la menor atención a los pequeños problemas de los demás, aunque fuesen sus amigos más íntimos quienes recabaran su interés: "No tengo tiempo" —decía volviendo la espalda. Pero, aunque nadie se lo pidiera, se interesaba por las cuestiones serias que, a su juicio, lo merecían: "Es un deber mío" —afirmaba. Y en tales casos hacía y decía cosas imposibles de imaginar. El modo en que nos conocimos puede servir de ejemplo. Yo tenía ya alguna edad y experiencia; de vez en cuando, se reunían en mi domicilio cinco o seis jóvenes de mi provincia, por cuya razón yo encerraba ya cierto valor para él: aquellos jóvenes me estimaban sabiendo que les correspondía. Por este motivo, mi nombre había llegado a oídos de Rajmétov. Yo, en cambio, no tenía de él la menor noticia la primera vez que le vi en casa de Kirsánov, poco después de regresar de su peregrinación. Cuando llegó, yo estaba ya allí, y era la única persona de la tertulia a quien él no conocía. Apenas entró, se llevó a Kirsánov a un lado y, señalando hacia mí con la

mirada, le dijo unas palabras. El dueño de la casa le dio una breve respuesta y se separó de él. Un minuto más tarde, Rajmétov se sentó frente a mí, al otro extremo de una mesita junto a un diván y desde tan corta distancia me miró fijamente a la cara. Yo me enfadé y arrugué el entrecejo al notar que me examinaba con el desembarazo de quien contempla un retrato. Mas él no hizo caso. Después de observarme dos o tres minutos, me dijo: "Necesito conocerle. Sé quién es usted, y usted no sabe quién soy yo. Pregunte a Kirsánov o a cualquiera de los presentes en quien usted tenga más confianza". Dicho esto, se levantó y se fue a la habitación contigua. "¿Quién es este chusco?" —inquirí. "Es Rajmétov. Quiere que pregunte usted si merece confianza (la merece, sin duda) y atención (vale más que todos nosotros juntos)" —respondió Kirsánov, y los demás asintieron. Al cabo de cinco minutos, Rajmétov volvió a la habitación donde nos hallábamos todos. Estuvo bastante tiempo sin hablar conmigo, y con los demás habló poco: la conversación carecía de valor científico. "¡Oh!, son ya las diez —exclamó al poco rato—. A las diez tenía que estar en otro lado. Señor —dirigióse a mí—, debo decirle unas palabras. Cuando me llevé al dueño aparte para preguntarle quién era usted, le indiqué con la mirada porque, de uno u otro modo, notaría usted lo que yo preguntaba. Por consiguiente, hubiera sido inútil no hacer los gestos naturales al preguntar tal cosa. ¿Cuándo estará usted en su casa para que vaya a verle?" Yo no tenía ganas de irabar nuevos conocimientos, y aquella impertinencia me fastidiaba. "En casa sólo estoy por la noche" —contesté. "Pero ¿pasa la noche en su domicilio? ¿Cuándo llega?" —"Muy entrada la noche". — "¿A qué hora?" — "A las dos o a las tres". — "Me es igual; dígame cuándo puedo ir". — "Si tanto lo necesita, venga pasado mañana a las tres y media de la madrugada". — "Por supuesto, debo interpretar sus palabras como una burla y una grosería. Pero tal vez obre usted impulsado por motivos que incluso

merezcan mi aprobación. En uno u otro caso, pasará a verle pasado mañana a las tres y media de la madrugada". — "No, ya que está tan decidido, vaya más tarde: permaneceré en casa toda la mañana, hasta las doce". — "Muy bien, llegaré a las diez. ¿Estará usted solo?" — "Sí". — "Bueno". Vino a verme y, sin andarse por las ramas, me habló del asunto que le había incitado a conocerme. Conversamos cosa de media hora. ¿De qué tratamos? Da igual. Bastaba que él afirmase: "Es necesario", para que yo respondiera que no. Y si él me decía: "Está usted obligado", replicaba yo: "De ninguna manera". A la media hora dijo: "Evidentemente, es inútil continuar. ¿Está usted convencido de que merezco plena confianza?" — "Sí, todos me lo han asegurado, y yo mismo lo veo". — "¿Y a pesar de todo se mantiene usted en sus trece?" — "Sí". — "¿Sabe lo que se deduce de esto? Que es usted un embustero o un mal sujeto". ¿Qué les parece? ¿Cómo había que responder a semejantes palabras? ¿Desafiándolo? Pero es que hablaba sin animosidad, como el historiador que juzga friamente, no por ofender, sino haciendo honor a la verdad; y era tan extraña su figura, que habría sido ridículo enojarse. Yo me limité a reírme. "Esas dos cosas no son más que una" —repuse. "En este caso no". — "Entonces quizá sea yo lo uno y lo otro". — "En este caso es imposible ser lo uno y lo otro, pero no es posible no ser una de las dos cosas: o usted piensa y hace lo contrario de lo que dice, y por consiguiente es un embustero, o piensa y hace lo que dice, y por consiguiente es un mal sujeto. Es, sin duda, una de las dos cosas. Yo supongo que la primera". "Suponga lo que se le antoje" —dije yo y continué riéndome. "Adiós. Sepa que sigo confiando en usted, dispuesto siempre a reanudar nuestra conversación cuando le plazca".

Pese a su brusquedad, Rajmétov llevaba completa razón. Hizo bien en comenzar por donde comenzó —pues antes de abordar el asunto se enteró bien de quién era

yo— y en terminar la conversación como la terminó. Verdaderamente, yo no le dije lo que pensaba, autorizándole con ello a llamarme embustero, nombre que, dada la originalidad de las circunstancias, no podía ser ofensivo ni violento para mí “en este caso”, como él decía. Y Rajmétov pudo, realmente, conservar su confianza y, quizá, su respeto hacia mí.

Sí; a pesar de la rudeza de sus actos, todos quedaban convencidos de que Rajmétov procedía de la manera más prudente y sencilla. Pronunciaba sus ásperas palabras y hacía sus tremendos reproches de tal modo, que ninguna persona juiciosa podía enfadarse y, no obstante su grosería fenomenal, era, virtualmente, muy fino. Comenzaba todas sus explicaciones delicadas con un prólogo de este género: “Usted sabe que voy a hablarle sin animosidad personal. Si mis palabras le desagradan, haga el favor de perdonarlas. Pero yo estimo que no cabe enojarse por palabras bienintencionadas que no pretenden ofender y que son necesarias. Por otra parte, tan pronto como le parezca inútil continuar oyéndome, me callaré. Tengo como regla exponer mi opinión siempre que debo hacerlo, pero nunca la impongo”. En efecto, no la imponía. Era imposible evitar que él, cuando consideraba preciso, le anticipase a uno el resumen de su criterio de modo que no quedase lugar a dudas acerca de lo que quería decir; pero lo expresaba en poquísimas palabras y después preguntaba: “Ahora ya sabe usted cuál sería el contenido de nuestra conversación. ¿Cree usted que vale la pena de que hablemos?” Si uno respondía que no, él se iba, haciendo una inclinación.

Así hablaba y así llevaba sus asuntos, que eran innumerables aunque ninguno le concernía personalmente. Nadie ignoraba que Rajmétov no tenía asuntos personales; pero ¿de qué se ocupaba? El círculo no lo sabía. Notaba tan sólo que andaba siempre atareado. Paraba poco tiempo en su casa e iba de un lado para otro, casi siempre a pie. Sin embargo, recibía muchas visitas: a

veces la misma gente, y a veces gente nueva. A tal fin tenía por costumbre estar siempre en su casa de dos a tres, hablando de sus asuntos mientras comía. Pero muy a menudo se pasaba unos cuantos días sin aparecer por casa. En tales ocasiones recibía a los visitantes uno de sus amigos, fiel en cuerpo y alma y callado como un sepulcro.

Dos años después del momento en que lo vemos sentado en el gabinete de Kirsánov examinando la interpretación newtoniana del Apocalipsis, se marchó de Petersburgo diciendo a Kirsánov y a los dos o tres amigos más íntimos que ya no le quedaba nada que hacer allí, que había hecho todo cuanto estaba de su parte, que sólo dentro de unos tres años podría volver a hacer algo y que, como tenía libre los tres años en cuestión, pensaba aprovecharlos como mejor le pareciera para su actividad futura. Posteriormente supimos que había ido a su finca y, después de vender por unos treinta y cinco mil rublos las tierras que le quedaban, fue a Kazán y a Moscú, donde dio a sus siete protegidos cerca de cinco mil rublos para que pudieran terminar los estudios. Ahí acababan las noticias fidedignas. Desconocíamos a dónde fue después de su estancia en Moscú. Cuando pasaron algunos meses sin que se conociera su paradero, las personas que sabían cosas desconocidas para los demás dejaron de ocultar lo que, a petición de Rajmétov, tuvieron callado mientras él estuvo entre nosotros. Entonces supo nuestro círculo que Rajmétov protegía a varios estudiantes; conoció también la mayor parte de los asuntos personales descritos por mí y muchas historias que, lejos de explicar totalmente la personalidad de aquel hombre, lo hacían más enigmático para toda la tertulia, causaban extrañeza o contradecían de medio a medio la idea del grupo, que le creía impenetrable para todos los sentimientos personales y falto, por así decirlo, de un corazón propio, que latiese al calor de sensaciones íntimas. Huelga referir todas estas historias. Contaré tan sólo dos: una que

hablaba de su rudeza; otra que refutaba la anterior opinión del círculo acerca de él. Ambas se las oí a Kirsánov.

Un año antes de su segunda (y acaso última) salida de Petersburgo, Rajmétov dijo a Kirsánov: "Deme una buena cantidad de unguento para las heridas". Kirsánov le dio un enorme bote, creyendo que era para llevarlo a algún taller de carpintería o de otro oficio donde abundan las cortaduras. A la mañana siguiente, la patrona de Rajmétov, terriblemente asustada, corrió en busca de Kirsánov: "Señor médico, no sé lo que le pasa a mi huésped; lleva mucho tiempo sin salir de su cuarto; tiene la puerta cerrada. Miré por la rendija, lo vi ensangrentado y me puse a gritar, pero él me dijo desde dentro: "No se asuste, Agrafena Antónovna". ¡Cómo no iba a asustarme! ¡Sálvelo, doctor! Temo que se muera. Ese hombre no tiene compasión de sí mismo". Kirsánov acudió a la carrera. Abrióle la puerta Rajmétov con su lúgubre y amplia sonrisa, y ante los ojos del visitante se presentó un espectáculo capaz de asombrar no sólo a la patrona. La camisa de Rajmétov —se hallaba en ropas menores— estaba ensangrentada por la espalda y los costados; debajo de la cama había sangre y el fieltro que le servía de colchón estaba también empapado. Cientos de clavos cabeza abajo atravesaban el fieltro, asomando casi media pulgada. Rajmétov había pasado la noche tendido sobre ellos. "¿Qué es esto?" —profirió Kirsánov horrorizado. "Una prueba necesaria. Parece inverosímil, ni que decir tiene. Pero es necesaria. Ya he visto que puedo". Aparte de lo descrito, es de suponer que la patrona hubiera podido contar muchas originalidades de Rajmétov; mas la vieja, sencilla y agradecida, le tenía un afecto extraordinario y hubiera sido imposible sacarle nada. Incluso en esta ocasión, fue a llamar a Kirsánov porque el propio Rajmétov se lo permitió para tranquilizarla y para que dejase de llorar pensando que él quería matarse.

A los dos meses aproximadamente —el caso referido sucedió a fines de mayo— Rajmétov desapareció por una semana, o quizá más, sin que nadie le diese importancia por ser cosa habitual en él. Pero ahora, una vez desaparecido Rajmétov, contó Kirsánov cómo pasó el hombre extraordinario aquellos días, los cuales constituyeron el único episodio amoroso de su vida. El amor surgió a resultas de un acontecimiento digno de Nikitushka Lómov. Iba Rajmétov desde Párgolovo hacia Petersburgo, pensativo y cabizbajo, según su costumbre. Al pasar junto al Instituto de Silvicultura lo sacó de su ensimismamiento un angustioso grito de mujer. Miró y vio un coche del que tiraba un caballo desbocado y al galope. Dentro iba una dama que guiaba el carruaje, pero que había perdido la dirección al espantarse la bestia. Las riendas arrastraban por el suelo. El caballo había llegado ya a dos pasos de Rajmétov. Este trató de atajarle el paso, pero el animal había pasado ya de largo, y nuestro héroe no tuvo tiempo más que para agarrarse al eje trasero del vehículo, obligándolo a detenerse y cayendo a tierra él mismo. Acudió gente, ayudó a la dama a apearse y levantó a Rajmétov, que tenía una herida leve en el pecho y otra más grave en una pierna, donde la rueda le había arrancado un buen pedazo de carne. La señora, repuesta ya, ordenó que se lo llevaran a su casa de campo, situada a cosa de media versta. Accedió Rajmétov porque se sentía débil, pero exigió que mandasen inmediatamente por Kirsánov y no por otro médico. Kirsánov consideró leve la herida del pecho, pero halló al paciente bastante agotado por la pérdida de sangre. Rajmétov guardó cama diez días, atendido por la señora a quien salvó. Como su estado le impedía hacer otra cosa, no tuvo más remedio que quedarse allí y hablar con ella, pues de todas maneras el tiempo se perdería inútilmente. Era la dama una viuda que frisaba en los diecinueve años, nada pobre, independiente en absoluto, discreta y buena. Los inflamados discursos de Rajmétov —que no

versaban sobre el amor, por supuesto— la encantaron. “Lo veo en sueños circundado por un nimbo” —dijo a Kirsánov. Rajmétov también se enamoró. Juzgando por la indumentaria y por otros signos exteriores, la señora le creyó absolutamente pobre; por eso fue la primera en declararse y proponerle el casamiento cuando, al undécimo día, el herido se levantó y dijo que podía marcharse a su casa. “He sido con usted más franco que con otras personas. Ya comprenderá que hombres como yo no tienen derecho a ligar la suerte de nadie a la suya”. “Cierto —repuso ella—; usted no puede casarse. Pero hasta que tenga que dejarme, ámeme”. — “No, no puedo hacer ni siquiera eso. Debo ahogar el amor en mí. Mi amor por usted me ataría las manos. Es más, las tengo ya atadas y tardarán en desatárseme, pero yo las desataré. No tengo derecho a amar”. ¿Qué fue de esta señora? En su vida debió producirse un viraje: probablemente se convertiría también en una persona extraordinaria. Quise enterarme y no lo conseguí. Kirsánov no me dijo el nombre de ella ni conocía su suerte porque Rajmétov le había pedido que no fuera a verla ni se interesase por su paradero. “Si llega a mis oídos que tiene usted alguna noticia de ella —le dijo— no resistiré a la tentación de preguntarle, y eso no está bien”. Al enterarse de la historia en cuestión, todos recordaron que en la época en que esto ocurría, Rajmétov se mostró más sombrío que de costumbre durante mes y medio o dos meses, no se enardecía contra sí mismo cuando le echaban en cara su abominable debilidad, es decir, el tabaco, ni sonreía con la misma dulzura cuando le halagaban dándole el nombre de Nikitushka Lómov. Yo recordé algo más: aquel verano, cierto tiempo después de nuestra primera conversación, habló tres o cuatro veces conmigo y me tomó cariño porque, estando los dos solos, me reía de él. Como respuesta a mis burlas, se le escapaban palabras como éstas: “Compadézcase de mí, lleva usted razón, téngame lástima. Al fin y al cabo tampoco yo soy una idea abs-

tracta, sino una persona que quisiera vivir. Pero no importa, todo pasará”. En efecto, todo pasó. Sin embargo, ya bien entrado el otoño, repitió estas mismas palabras una vez en que lo importuné demasiado con mis burlas.

El lector perspicaz supondrá que sé de Rajmétov más de lo que digo. Tal vez. No osaré contradecirle: es muy sagaz. Pero si, verdaderamente, lo sé, da lo mismo: ¡cuántas cosas sé yo, oh lector clarividente, de las que no te enterarás jamás! Ahora bien, lo que ignoro lo ignoro. ¿Dónde está ahora Rajmétov, qué ha sido de él, lo veré alguna vez? De esto no tengo más noticias ni hago más cojeturas que las que tienen y hacen todos sus conocidos. Cuando transcurrieron tres o cuatro meses de su desaparición de Moscú sin que se oyera una palabra acerca de él, supusimos todos que se había marchado de viaje por Europa. La suposición era cierta, al parecer. La confirma, por lo menos, un hecho: al año de la desaparición de Rajmétov, un conocido de Kirsánov vio en el ferrocarril de Viena a Munich a un joven ruso, quien dijo que había recorrido las tierras eslavas trabando contacto con todas las clases; en cada país había permanecido el tiempo necesario para estudiar el ambiente, las costumbres, el modo de vida, las instituciones públicas y el grado de bienestar de los principales sectores de la población; a tal efecto, había vivido en ciudades y aldeas e ido a pie de pueblo en pueblo; posteriormente, estudió de igual manera a los rumanos y a los húngaros, recorrió el Norte de Alemania, desde donde regresó al Sur, a las provincias germánicas de Austria. En aquel momento se dirigía a Baviera; desde allí seguiría hasta Suiza por Wurtemberg y Baden para pasar a Francia, país que pensaba recorrer igual que los anteriores. De Francia se trasladaría a Inglaterra, invirtiendo en ello otro año más. Si le quedaba tiempo, vería a los españoles y a los italianos, y si no, se quedaría sin verlos,

porque esto no era tan "necesario", mientras que los países antes citados debía visitarlos "necesariamente". ¿Para qué? "Para tener una idea". Dentro de un año tendría "necesidad" de ir a los Estados Unidos de América del Norte, cuyo estudio le era más "necesario" que el de ningún otro país. Allí se quedaría largo tiempo, quizá más de un año o acaso para siempre si hallaba asunto en que ocuparse, pero lo más probable era que regresase a Rusia porque, al parecer, su presencia sería "necesaria" allí, si no inmediatamente, dentro de tres o cuatro años.

En aquel joven, todo recordaba a Rajmétov, incluso la constante repetición de la palabra "necesario", que había quedado en la memoria del que esto relataba. La edad, la voz y las facciones del muchacho, según recordaba la persona en cuestión, eran muy semejantes a las de Rajmétov. Pero esta persona no prestó entonces una atención especial a su acompañante, quien, por otra parte, no lo fue más que dos horas: subió al tren en una pequeña ciudad y se apeó en un villorrio. De ahí que nuestro informante no pudiera describir su aspecto sino de una manera demasiado general, que excluía toda certeza. Por lo visto se trataba de Rajmétov, mas ¿quién podía asegurarlo? Tal vez no fuera él.

Corrió también el rumor de que un muchacho ruso, antiguo terrateniente, se presentó a ver al más eminente de los pensadores europeos del siglo XIX, un alemán, padre de la nueva filosofía¹⁰, y le dijo: "Tengo treinta mil taleros. Necesito tan sólo cinco mil. Le ruego que se quede con el resto" (el filósofo vivía muy pobremente). "¿Para qué?" — "Para editar sus obras". Como es de suponer, el filósofo rehusó la oferta. Pero el muchacho puso el dinero a su nombre en un banco y le escribió: "Haga con él lo que le parezca; tírelo al río si quiere, pero no podrá usted devolvérmelo porque no me encontrará". Según rumores, el dinero continúa en el banco.

Si todo esto es verdad, no cabe duda de que el joven que fue a ver al filósofo era Rajmétov.

Esta persona es la que encontramos ahora sentada en el gabinete de Kirsánov.

Era un hombre extraordinario, un ejemplar de una especie muy rara; y si lo he descrito tan minuciosamente, lector perspicaz, no ha sido para enseñarte el modo correcto (desconocido para ti) de tratar a los individuos de esta especie: no verás ni a uno de ellos; tus ojos, lector perspicaz, no están hechos para ver a personas semejantes; para ti son invisibles; las ven únicamente los ojos honrados y valerosos. La descripción de este hombre sirve para que, aunque sea de oídas, sepas que existe gente así en el mundo. Y en cuanto al servicio que la descripción presta a las lectoras y a los lectores sencillos, ellos mismos lo saben.

Las personas como Rajmétov son ridículas y peregrinas. Al decir que son ridículas, me dirijo a ellas, porque me producen lástima; me dirijo también a los seres generosos, que las admiran, y les digo: "No les sigáis, ¡oh, nobles gentes!, que el camino por el que quieren llevaros es pobre en alegrías". Pero los seres generosos desoyen mi voz y replican: "No, no es pobre; es muy rico, y aunque sea pobre en algunos trayectos, éstos son cortos, y tendremos suficiente energía para atravesarlos y entrar en espacios infinitos, abundantes en alegrías". Como verás, lector perspicaz, no es para ti, sino para otra clase de gente para quien digo que las personas como Rajmétov son ridículas. A ti, lector perspicaz, te diré que no son malas, pues si no te lo digo, quizá no lo comprendas por tu cuenta. Sí, son buenas. Hay pocas, pero gracias a ellas florece la vida de las demás, que sin esas personas se ahogaría y se agriaría; hay pocas, pero gracias a ellas respira todo el mundo, que sin ellas se asfixiaría. La masa de seres honrados y bondadosos es grande, pero los hombres de la especie de Rajmétov escasean; éstos son en la masa lo que la teina en el té y el bouquet en

el vino generoso: les dan fuerza y aroma; son la flor de la buena gente, el motor de los motores, la sal de la sal de la tierra.

XXX

“Ahora —piensa el lector perspicaz— Rajmétov pasará a ser el protagonista, se los meterá a todos en el bolsillo, Vera Pávlovna se enamorará de él y pronto tendremos con Kirsánov la misma historia que tuvimos con Lopujov”. Nada de eso ocurrirá, lector perspicaz. Rajmétov se pasará la tarde allí y hablará con Vera Pávlovna; no te ocultaré ni una palabra de su conversación, y pronto te verás que si no quisiera comunicarte lo que hablaron me sería muy fácil hacerlo sin que por ello se alterase lo más mínimo el curso de mi narración. Te anuncio que cuando Rajmétov se marche, después de conversar con Vera Pávlovna, desaparecerá por completo y ya no será personaje principal ni secundario en la novela. ¿Por qué, pues, figura en ella y se le ha descrito con tantos pormenores? Prueba a adivinarlo, lector perspicaz. ¿Lo acertarás? El secreto te será revelado en páginas posteriores, después de la conversación de Rajmétov con Vera Pávlovna. Apenas se marche, te lo revelaré al fin del capítulo. Adivina ahora lo que dice allí. No te será difícil acertar si tienes aunque sólo sea una pequeña noción de lo artístico, de lo que tanto te gusta hablar. Pero ¿qué vas a acertar tú! Te descubriré la mitad del enigma: Rajmétov ha sido introducido en la novela para satisfacer la exigencia más grande y esencial del arte, exclusivamente para eso. Adivina ahora, ¡aunque sea ahora!, de qué exigencia se trata, qué era necesario hacer para satisfacerla y cómo la ha satisfecho la aparición de la figura de Rajmétov, que para nada influye ni participa en el curso del relato. A ver, a ver, aciértalo. La lectora y el lector sencillo, que no se dan tono hablando de lo artístico, lo saben. Procura adivinarlo tú, oh sabio. Para eso se te da

tiempo y se deja un mayor intervalo entre las líneas. Fíjate si me preocupo por ti. Detente en este espacio y piensa a ver si das con el secreto.

Llegó Mertsálova, se afligió, trató de consolar a Vera Pávlovna, dijo que se ocuparía gustosa del taller, aunque no estaba segura de hacerlo bien, y tornó a afligirse y a consolarla, ayudándole a seleccionar la ropa y los enseres. Rajmétov pidió a la sirvienta de la casa vecina que fuese por pan, colocó el samovar, lo sirvió y se pusieron a tomar té. Rajmétov estuvo con las dos alrededor de media hora, se tomó cinco vasos de té, ayudó a las damas a dejar medio vacío un enorme recipiente con nata y se comió una gran cantidad de galletas además de los dos panecillos que constituían el alimento fundamental: “Tengo derecho a este placer porque sacrificio medio día” —pensó. Se deleitó oyendo cómo las damas “se mataban de pena” y expresó tres veces la opinión de que aquello era “una locura”. (La locura no era la pena de las damas, sino quitarse la vida, acto al que sólo podía apelarse para acabar con una enfermedad física incurable y torturante o para evitar una muerte segura y espantosa como la ejecución en la rueda.) Las tres veces formuló este criterio según su costumbre: en pocas, pero expresivas palabras. Luego se sirvió el sexto vaso de té, le echó el resto de la nata, recogió las galletas que quedaban —las damas habían terminado de tomar el té hacía un buen rato—, saludó y regresó al gabinete, llevándose aquellas golosinas para coronar su deleite material. Iba dispuesto a entregarse al sibaritismo tendido en el diván, mueble que servía de cama a tanta gente, pero que para él era algo así como los deleites de Capua. “Tengo derecho a este placer porque sacrificio doce o catorce horas”. Terminado el deleite material reanudó el mental: la lectura de los comentarios del Apocalipsis. A las ocho y pico llegó un funcionario de policía a comunicar a la esposa del suicida las circunstancias del hecho, aclarado

ya completamente. Lo recibió Rajmétov, diciéndole que la viuda estaba enterada y no había necesidad de hablar con ella. El policía se alegró sobremedida de librarse de una escena desgarradora. Luego llegaron Masha y Rajel, comenzando el examen de la ropa y los enseres. Rajel aconsejó a Vera Pávlovna —y ésta aceptó el consejo— que no vendiese el abrigo bueno porque, de todas maneras, dentro de tres meses tendría que hacerse otro. Por el resto ofreció cuatrocientos cincuenta rublos, y según dijo Mertsálova era imposible pedir más. Así, pues, alrededor de las diez quedó hecho el trato. Rajel dio a Vera Pávlovna los doscientos rublos que llevaba, prometiendo enviar lo demás con Mertsálova dentro de dos o tres días, recogió sus adquisiciones y se marchó. Mertsálova siguió allí cerca de una hora, pero, como tenía que dar el pecho a su hijo, se fue, diciendo que regresaría al día siguiente para acompañar a Vera Pávlovna a la estación.

Cuando Mertsálova se hubo marchado, Rajmétov cerró la obra de Newton, la colocó cuidadosamente en su sitio y mandó a Masha que preguntase a Vera Pávlovna si podía pasar a verla. Obtenido el permiso, entró con su habitual parsimonia y frialdad:

— Vera Pávlovna, ahora puedo darle algún consuelo. Ahora puedo ya, pero antes no debía. Usted sabe que si le anuncio que el resultado general de mi visita será consolador, no hablo por hablar. Debe, pues, tranquilizarse, y le expondré las cosas ordenadamente. Ya le he dicho que he visto a Alexandr Matvéievich y que lo sé todo. No he mentido: es cierto que he visto a Alexandr Matvéievich y que lo sé todo. Pero no he dicho que lo sé todo por él, y no he podido decirlo, porque en realidad, no es él quien me lo ha contado, sino Dmitri Serguéievich. Estuvo en mi casa unas dos horas; me había avisado de antemano, y lo esperé. Permaneció conmigo dos horas o quizá más después de escribir la esquela que tanta amargura causó a usted. Dmitri Serguéievich me pidió...

— ¿Oyó usted lo que proyectaba y no lo disuadió?

— He rogado a usted que permanezca tranquila porque el resultado de mi visita será consolador. No traté de disuadirlo porque su resolución era fundada, como usted misma verá. Seguro de que usted estaría apenada, me pidió que pasase esta tarde por aquí y me dio un encargo. Me eligió como intermediario porque sabía que cumplo con rigurosa exactitud lo que prometo, y ningún sentimiento o ruego puede evitar que observe puntualmente el compromiso contraído. Dmitri Serguéievich previó que usted me suplicaría que infringiese su voluntad y expresó la esperanza de que yo, impasible ante las súplicas, la cumpliría. La cumpliré inflexiblemente y le ruego por anticipado: no me pida ninguna concesión. Su encargo consiste en lo siguiente: Dmitri Serguéievich, al “desaparecer de la escena”...

— ¿Qué ha hecho, Dios mío? ¿Cómo no trató usted de evitarlo?

— Medite bien lo que digo: “Desaparecer de la escena”, y no me censure antes de tiempo. El empleó esta expresión en la esquela que le mandó, ¿no es así? Y nosotros la emplearemos porque está elegida muy justa y acertadamente.

En los ojos de Vera Pávlovna comenzó a dibujarse la perplejidad. “¿Qué es esto? ¿Qué cabe pensar?” —se preguntaba. ¡Oh!, pese a su prolija manera de explicarse, aparentemente absurda, Rajmétov era un maestro, un consumado artista exponiendo sus ideas; gran sicólogo, conocía las leyes de la preparación paulatina y sabía aplicarlas.

— Así, pues, al “desaparecer de la escena”, según su acertadísima expresión, me dejó una nota para usted...

Vera Pávlovna dio un salto:

— ¿Dónde la tiene? ¡Démela! ¿Cómo ha podido estar aquí todo el día sin entregármela?

— Pues porque lo he considerado necesario. Pronto sabrá usted los motivos. Son de fundamento. Pero, antes

de seguir, debo explicarle la expresión utilizada por mí desde el principio: "El resultado será consolador". Al hablar así no me refería a la esquila que tengo para usted. Y no me refería a ello por dos causas, la primera de las cuales consiste en que el hecho de recibir la esquila no constituiría, de por sí, un sedante tan eficaz como para que pudiera dársele el nombre de consuelo, ¿no es verdad? Para consolarse se necesita algo más. El consuelo debe encerrarse, pues, en el propio contenido de la nota.

Vera Pávlovna volvió a levantarse como despedida de su asiento.

— Cállese, no puedo afirmar que se equivoca usted. Al prevenirla acerca del contenido de la nota, le ruego que oiga la segunda causa que me impulsa a considerar como "resultado consolador" no la propia recepción de la esquila, sino su contenido. El contenido, cuyo carácter hemos definido, es tan importante, que he de limitarme a mostrarle a usted el papel sin dárselo. Lo leerá, pero no lo recibirá.

— ¿Cómo? ¿No piensa dármelo?

— No. Precisamente se me ha elegido a mí porque cualquier otro se lo daría. Esta esquila no ha de quedar en manos de usted porque, en virtud de la trascendencia de su contenido, cuyo carácter hemos definido, no puede quedar en poder de nadie, y usted querría conservarla si yo se la diera. Para evitar tener que quitársela por la fuerza, me limitaré a mostrársela. Ahora bien, se la mostraré tan sólo cuando se siente, ponga las manos sobre las rodillas y jure no levantarlas.

De haber estado allí algún extraño, por blando de corazón que hubiera sido, no habría podido por menos de reírse ante la solemnidad de todo aquel trámite y, particularmente, de las rituales ceremonias del final. En verdad, era ridículo. Pero ¡cuánto ganarían nuestro nervios si al comunicársenos alguna noticia amarga se realizara aunque sólo fuese una décima parte de la labor preparatoria que hizo Rajmétov!

Sin embargo, Vera Pávlovna, que no era una extraña, sólo podía sentir la tortura de aquella lentitud, y para un observador no hubiera sido menos divertido verla sentarse, cruzar, sumisa y presurosa, los brazos y exclamar con voz originalísima, es decir, con voz de agobiadora impaciencia: "¡Lo juro!"

Rajmétov colocó sobre la mesa un pliego de papel en el que había diez o doce renglones escritos.

Apenas los vio Vera Pávlovna, enrojeció y, olvidando la palabra empeñada, saltó de su asiento; su mano voló con la celeridad del rayo para apoderarse del papel, pero Rajmétov lo tenía ya a buen seguro, en la mano levantada:

— Previendo esto, no aparté la mano del papel, según habría podido usted advertir si se hallase en condiciones de advertir alguna cosa. Mientras la esquila esté sobre la mesa, seguiré teniéndola agarrada por un pico. Serán vanos todos sus intentos de apoderarse de ella.

Vera Pávlovna tornó a sentarse y a cruzar los brazos. Rajmétov volvió a poner el escrito ante sus ojos y ella lo leyó emocionada veinte veces. El, sin soltar un pico de la carta, estaba pacientemente de pie junto al sillón. Pasó un cuarto de hora. Por último, Vera Pávlovna levantó una mano pausadamente, sin intención de apoderarse del papel, y se tapó los ojos. "¡Qué bueno es, qué bueno!" —murmuró.

— No comparto del todo su opinión y voy a explicárselo, porque, al hacerlo, no cumplo ya un encargo de él; expreso tan sólo mi criterio, que le expuse a él mismo durante nuestra última conversación. Su mandato se reducía a que le mostrase a usted esta nota quemándola después. ¿La ha visto usted ya bastante?

— Déjeme verla un poco más.

Volvió a cruzar los brazos, volvió Rajmétov a colocar sobre la mesa el papel y, con la misma paciencia de antes, permaneció en pie un buen cuarto de hora. Ella se

cubrió de nuevo el rostro con las manos, repitiendo: "¡Oh, qué bueno es, qué bueno!"

— Ha estudiado usted la esquila todo lo que puede estudiarla. Si estuviera tranquila, no sólo se la sabría de memoria: ha estado mirándola tanto tiempo y con tanta atención, que le quedaría grabada para siempre en la mente hasta la forma de cada letra. Pero con la agitación de usted, la memoria, alterada, puede traicionarla. Previendo esta posibilidad, he hecho una copia, y siempre que la necesite usted podrá verla. Quizá dentro de cierto tiempo considere posible dársela. Ahora creo que podemos ya quemar el original para cumplir la última parte del encargo que se me hizo.

— Déjeme leerla otra vez.

Rajmétov puso nuevamente la esquila sobre la mesa. Esta vez, Vera Pávlovna levantaba la cabeza a menudo, con muestras evidentes de estar aprendiéndose de memoria lo que leía y comprobando si lo había aprendido bien. Minutos después exhaló un suspiro y dejó de levantar la cabeza.

— Me parece que basta —dijo Rajmétov—. Ya es hora. Han dado las doce, y todavía quiero exponerle mi opinión respecto a este asunto porque considero que le será útil conocerla. ¿Está de acuerdo?

— Sí.

La esquila ardió inmediatamente en la llama de una vela.

— ¡Ah! —gritó Vera Pávlovna—. No era eso lo que quería decir. ¿Por qué la quema?

— Cierto. Usted dijo solamente que accedía a escucharle. Pero ya es igual. Alguna vez había que quemarla —Rajmétov se sentó—. Además, ha quedado copia. Ahora, Vera Pávlovna, le expondré mi criterio sobre este asunto. Empezaré por usted. ¿Por qué se marcha?

— Se me haría muy doloroso quedarme aquí. Me acongojaría ver lugares que me recordarían el pasado.

— Realmente es desagradable. Pero ¿se sentiría usted mucho más a gusto en cualquier otro lugar? No mucho. Y, por otra parte, ¿qué ha hecho usted? Para proporcionarse un alivio insignificante abandona a cincuenta personas cuya suerte dependía de usted. ¿Le parece bien?

¿Qué había sido de la tediosa solemnidad del tono de Rajmétov? Su hablar era vivaz, desenvuelto, sencillo, conciso y animado.

— Dejaría en mi puesto a Mertsálova.

— No es lo mismo. Usted no sabe si ella puede remplazarla, pues aún se desconocen sus cualidades, y las que en este caso se requieren son bastante particulares. Hay diez posibilidades contra una de que fracase quien la sustituya y de que la marcha de usted arruine el taller. ¿Le parece bien? Ha puesto usted en un peligro casi inevitable el bienestar de cincuenta personas. ¿Para qué? Para proporcionarse a sí misma una pequeña comodidad. ¿Está bien eso? ¿Qué preocupación por conseguir un minúsculo alivio para sí y qué insensibilidad ante la suerte de los demás! ¿Qué le parece su proceder?

— ¿Por qué no ha tratado usted de impedirlo?

— Porque no me hubiera hecho caso. Además, sabía que usted volvería pronto y, por consiguiente, el asunto no tendría importancia. ¿Se siente usted culpable?

— Totalmente —repuso Vera Pávlovna medio en broma y más que medio en serio.

— Esa es tan sólo una parte de su culpabilidad. El total será mucho mayor. Pero el arrepentimiento debe ser recompensado: merece usted que se le ayude a enmendar otra falta que aún es corregible. ¿Está ya tranquila, Vera Pávlovna?

— Casi.

— Muy bien. ¿Cree que estará durmiendo Masha? ¿La necesita para algo?

— No.

— Pues como ya está usted tranquila, debiera recordar que es hora de decir a la muchacha que se vaya a dormir, porque son más de las doce, y ella se levanta temprano. ¿Quién debe recordarlo, usted o yo? Iré a decirle que se acueste. Y a propósito, por su nuevo arrepentimiento —no me negará que vuelve a arrepentirse— quiero darle otra recompensa: traeré lo que haya para cenar, porque no ha comido usted hoy nada de fundamento y creo que ya tendrá hambre.

— Pues es verdad. Se me ha despertado un gran apetito al recordármelo usted —dijo Vera Pávlovna con risa franca ya.

Rajmétov trajo algunos fiambres que habían sobrado de la comida. Con un trozo de queso, un bote de sardinas y otras cosas que le dio Masha, preparó una cena bastante aceptable y puso en la mesa dos cubiertos.

— ¿Ve el apetito con que como, Rajmétov? Quiere decirse que tenía hambre. Pero no lo notaba. Me había olvidado de mí misma, y no sólo de Masha. Para que vea usted que no soy tan mala.

— No crea que por haberme acordado de su apetito soy un maravilloso ejemplo de solicitud hacia el prójimo: yo mismo tenía hambre porque comí muy mal; cierto que engullí la mitad más que cualquier persona normal, pero usted sabe que como por dos.

— ¡Oh!, Rajmétov, ha sido usted un ángel bienhechor no sólo para mi apetito. Pero ¿por qué ha estado todo el día sin enseñarme la esquila? ¿Por qué me ha martirizado tanto tiempo?

— Por una razón muy seria: era necesario que otros vieran su desolación, que la noticia de su horrible angustia se difundiese certificando la veracidad del suceso causante de su congoja, pues usted no hubiera accedido a fingir. Además, es imposible imitar bien lo natural, que es lo más convincente. Ahora hay tres testigos de la autenticidad de los hechos: Masha, Mertsálova y Rajel. Mertsálova es importantísima, por estar relacio-

nada con todos los conocidos de usted. Me alegré mucho cuando mandó por ella.

— ¡Qué astuto es usted!

— En efecto, no estubo mal pensado lo de esperar hasta la noche; pero no se me ocurrió a mí, sino al propio Dmitri Serguéievich.

— ¡Qué bondadoso es! —Vera Pávlovna suspiró, mas, a decir verdad, no suspiró con pena, sino con gratitud.

— Eso ya lo veremos, Vera Pávlovna. Verdaderamente, en los últimos tiempos lo pensó todo con mucho talento y obró muy bien. Pero descubriremos en él pecadillos de bastante calibre.

— No se atreva a hablar así de él, ¿me oye? Terminaré por enfadarme.

— ¿Un motín? Habrá que reprimirlo. ¿Quiere que siga ejecutándola? Tenga en cuenta que la lista de sus delitos no ha hecho más que comenzar.

— Ejecúteme, Rajmétov, ejecúteme.

— Esta sumisión merece un premio. La docilidad es recompensada siempre. No hay duda de que tendrá por ahí alguna botella de vino, y una copita no le sentará mal. ¿Dónde está? ¿En el aparador o en la alacena?

— En el aparador.

Rajmétov encontró allí una botella de jerez, obligó a Vera Pávlovna a beber un par de copas, encendió un cigarro y dijo:

— ¡Qué lástima que no pueda tomarme tres o cuatro copitas! Se me van los ojos...

— ¿De veras?

— Me da envidia, Vera Pávlovna, me da envidia —contestó Rajmétov sonriendo—. Debilidades humanas.

— ¿Usted débil? ¡Alabado sea Dios! Me llena usted de admiración. Resulta muy distinto de como me parecía. ¿Por qué tiene siempre cara de ogro? Ahora, en cambio, es usted amable y alegre.

— Vera Pávlovna, estoy cumpliendo una obligación grata. ¿Por qué no voy a sentirme alegre? Pero éste es un caso raro. No ve uno más que amarguras. ¿cómo va a convertirse en un ogro? Ahora bien, ha tenido usted ocasión de verme con el humor que yo quisiera tener siempre, y hemos sido muy francos: haga el favor de mantener en secreto que si soy un ogro no es por mi propio gusto. Se me hace más fácil cumplir una obligación cuando los demás no advierten que quisiera no sólo cumplirla, sino también disfrutar de la vida. Ahora nadie trata ya de distraerme ni me hace perder el tiempo rehusando invitaciones. Y para que no pueda usted tenerme por otra cosa que por un ogro, continuaremos la investigación de sus delitos.

— ¿Todavía piensa buscar más? Ya me ha encontrado dos: insensibilidad hacia Masha e indiferencia respecto al taller. Me arrepiento de ellos.

— La insensibilidad hacia Masha es sólo una falta, y no un delito. Masha no se hubiera muerto por restringirse los ojos soñolientos una hora más. Al contrario, lo hubiese hecho con el agrado de quien cumple un deber. Pero por el asunto del taller quiero ajustarle las cuentas.

— Ya me las ha ajustado.

— No basta. No quiero dejarle hueso sano. ¿Cómo se atrevió usted a pensar en abandonarlo para que se viniese por los suelos?

— Ya me he arrepentido, y, además, no lo dejo abandonado: Mertsálova ha accedido a sustituirme.

— Ya hemos visto que su intención de que Mertsálova la remplace no es una disculpa convincente. Pero con ella no ha hecho usted sino confesar un nuevo delito. —Rajmétov iba recobrando su tono serio, aunque no lúgubre—. Dice usted que Mertsálova la sustituye. ¿Es cosa decidida?

— Sí —respondió Vera Pávlovna sin el anterior matiz de broma, intuyendo en su resolución algo malo.

— Tenga la bondad de fijarse en esto: ¿quién lo ha decidido? Usted y ella. Lo han acordado sin consultar a las cincuenta personas interesadas, sin preguntarles si desean otra solución o si no encuentran algo mejor. Esto es despotismo, Vera Pávlovna. Ya ha cometido usted dos delitos grandes: insensibilidad y despotismo. Pero el tercero es todavía más grave. Existe una empresa más o menos en consonancia con la sana idea de estructurar racionalmente la sociedad. Dicha empresa constituye una confirmación práctica, más o menos importante, de la viabilidad de esta idea. ¡Y existen hasta ahora tan pocas demostraciones prácticas que la respalden!... De ahí el valor de cada una... Pues bien, usted pone la empresa en peligro de perecer, convirtiéndose de una demostración de su viabilidad en un testimonio de su inutilidad, en una prueba de que las convicciones de usted son absurdas, en un medio de refutar ideas bienhechoras para el género humano. Con ello proporciona a los defensores del oscurantismo y del mal un argumento contra nuestros sagrados principios. No hablo ya de que destruye el bienestar de cincuenta personas: ¡qué son cincuenta personas! Perjudica usted la causa de la humanidad, traiciona el progreso. Esto es, Vera Pávlovna, lo que en el lenguaje eclesiástico se llama delito de lesa fe: cualquier otro puede ser perdonado; éste, nunca. ¿Lo reconoce? ¿Es usted un delincuente? Menos mal que todo ha terminado así y que sólo ha pecado imaginativamente. ¡Hola, se ha puesto usted roja! Bueno, la consolaré. De no haber sufrido tanto, no hubiera usted cometido semejantes delitos ni siquiera en la imaginación. Por tanto, el verdadero delincuente es quien le causó tales trastornos. Y usted afirma una y otra vez: ¡Qué bueno es, qué bondadoso!

— ¿Cómo? ¿Lo cree usted culpable de mis sufrimientos?

— ¿Quién tiene la culpa sino él? No discuto que ha organizado muy hábilmente todo este artificio, pero ¿qué

necesidad había de él? ¿Para qué tanto ruido? Nada de esto era necesario.

— Reconozco que yo no debía haberme rendido a este sentimiento. Pero no lo alimenté, traté de ahogarlo.

— ¿Que no debía haberse rendido? No se da cuenta de sus verdaderas culpas y se recrimina por delitos de los que es inocente. El sentimiento a que alude tenía que surgir, dado el carácter de usted y el de Dmitri Serguéievich. Si no de un modo, hubiera surgido de otro, pues en este caso lo esencial no estriba en que usted se haya enamorado de otro hombre. Esto es ya un efecto. La causa radica en que estaba descontenta de las relaciones anteriores entre ustedes. ¿Qué forma había de adquirir su descontento? Si ustedes dos, o uno de los dos, fuesen gente atrasada, grosera o mala, el descontento habría derivado hacia su forma habitual: la hostilidad entre marido y mujer. Si los dos fueran malos, se habrían mortificado mutuamente o uno habría mortificado al otro; tanto en el primero como en el segundo caso, el matrimonio hubiera sido un castigo, un espectáculo como el que nos ofrece la mayoría de los esposos. Estas circunstancias no habrían podido evitar, naturalmente, que se desarrollase el amor por el otro hombre, pero lo principal estaría en el castigo familiar, en la mutua mortificación. El descontento no podía adquirir semejante forma entre ustedes porque son gente de bien, y se manifestó de la manera más leve, más tenue y más inofensiva: en el amor a otro. Por consiguiente, no tiene objeto hablar de este amor, porque no reside en él la esencia del problema. La esencia radica en el descontento con la situación anterior, descontento provocado por la diferencia de caracteres. Son ustedes buenas personas, pero cuando maduró el carácter de usted, cuando perdió su imprecisión infantil y adquirió rasgos definidos, quedó de manifiesto que usted y Dmitri Serguéievich no eran muy apropiados el uno para el otro. ¿Hay en ello algo malo, imputable a alguno de los dos? Yo también soy buena persona, pero ¿caso

podría usted congeniar conmigo? Se ahorcaría de aburrimiento. ¿Cuántos días resistiría sin ahorcarse?

— Muy pocos —dijo Vera Pávlovna riéndose.

— El no es un ogro como yo, pero, sin embargo, son ustedes demasiado dispares. ¿Quién debió ser el primero en apercibirse de ello? ¿Quién era mayor? ¿El carácter de quién se había formado antes? ¿Quién tenía más experiencia de la vida? El estaba obligado a preverlo todo y a prepararla a usted para que no se asustase ni se atribulara. Pero lo comprendió tan sólo cuando ya se había desarrollado plenamente un sentimiento que él debía esperar y no esperaba, cuando incluso había surgido ya otro sentimiento derivado de aquél. ¿Por qué no lo previó ni lo advirtió? ¿Acaso por estupidez? No fue por falta de inteligencia, sino por desatención, por descuido. Dmitri Serguéievich era un descuidado en sus relaciones con usted, Vera Pávlovna. Y usted repite sin cesar: “¡Qué bondadoso, cómo me quería!” —Rajmétov, animándose gradualmente, hablaba ya con calor, pero Vera Pávlovna le atajó.

— No debo escucharle —dijo en tono de aguda contrariedad—. Está usted llenando de censuras a una persona a quien debo infinitos favores.

— Vera Pávlovna, si no fuese necesario que oyera usted esto, yo no se lo diría. ¿Acaso me he dado cuenta hoy? ¿Es que no podía habérselo dicho antes? Bien sabe que cuando estimo necesaria una conversación no hay manera de eludirla. Podía haber hablado con usted antes y, sin embargo, callé. En consecuencia, si hablo ahora es porque veo la necesidad. Nunca digo nada antes de tiempo. Ya ha visto que he tenido guardada la esquila nueve horas enteras, aunque me compadecía de usted. Pero era necesario callar, y yo callaba. Si digo ahora que vengo pensando hace mucho tiempo en las relaciones de Dmitri Serguéievich con usted, es porque hace falta hablar de ellas.

— No, no quiero oírle —protestó Vera Pávlovna con extraordinario calor—. Le ruego que calle. Tenga la bondad de marcharse. Le agradezco mucho que haya perdido la tarde por mí, pero le pido que se vaya.

— ¿Decididamente?

— Decididamente.

— Está bien —dijo Rajmétov sonriendo—. Pero no es tan fácil desembarazarse de mí, Vera Pávlovna. Previendo esta posibilidad, tomé mis medidas. La esquela quemada la escribió Dmitri Serguéievich para usted. Y ésta la escribió a petición mía. Puedo dejársela porque no es un documento. Téngala. —Rajmétov entregó a Vera Pávlovna un papel que decía:

“11 de julio. Dos de la madrugada. Querida amiga Vé-rochka, oye todo lo que te diga Rajmétov. No sé lo que será; no habla por encargo mío ni me ha insinuado nada de lo que quiere decirte. Pero sé que nunca habla sin necesidad. Tuyo, D.L.”.

Vera Pávlovna besó el papel. Dios sabe cuántas veces:

— ¿Por qué no me lo había dado? ¿Le queda algo más de parte de él?

— No, no me queda nada porque no necesité nada más. ¿Por qué no le había dado la esquela? Mientras no fue necesario, no tenía por qué dársela.

— ¿Cómo que no, Dios mío? Me habría proporcionado el placer de tener unas líneas escritas por él después de nuestra separación.

— Sí, quizá lleve razón, pero eso no tiene tanta importancia —sonrió Rajmétov.

— ¡Usted quiere desesperarme!

— ¿De modo que esta esquela sirve de motivo para una nueva disputa entre nosotros? —dijo él volviendo a reírse—. Si es así, se la quitaré y la quemaré. Ya sabe que por ahí se dice que para la gente como usted y como yo no hay nada sagrado. Somos capaces de cualquier violencia o fechoría. ¿Puedo continuar?

Los dos se calmaron un poco: Vera Pávlovna por haber recibido la esquela; Rajmétov por haber estado en silencio unos minutos, mientras ella besaba el papel.

— Sí, estoy obligada a escucharlo.

— Dmitri Serguéievich no notaba lo que debía notar —prosiguió Rajmétov en tono sereno—, y esto trajo consecuencias funestas. Aunque no le reprochemos su falta de sagacidad, no por ello queda disculpado. Admitamos que ignoraba que esto debía ocurrir fatalmente en virtud de la disparidad de caracteres. De todas maneras, debía haberla preparado a usted, aunque sólo fuera por si acaso, para afrontar una situación que no debe desearse ni esperarse, pero que, no obstante, puede surgir. ¿Quién sabe lo que le depara el futuro? De fijo que Dmitri Serguéievich conocía el axioma de que no está descartada ninguna posibilidad. ¿Cómo permitió, pues, que al suceder esto no estuviera usted preparada? Su imprevisión obedecía a un descuido ofensivo para usted, pero la cosa, en sí, no es ni mala ni buena; el no haberla preparado a usted, por si acaso, se debió a un móvil maligno a todas luces. Ciertamente que él actuó de manera inconsciente, pero la índole de las personas se revela también en actos realizados inconscientemente. Prepararla a usted con vistas a esta situación hubiera sido contrario al interés de su marido, pues la preparación habría debilitado la resistencia de usted a un sentimiento que él temía. En usted nació un sentimiento tan intenso, que toda la resistencia de su parte resultó inútil. Pero tampoco deja de ser una casualidad que el sentimiento surgiera con tanto brío; de haber sido inspirado por una persona, aunque digna, menos merecedora de él, habría tenido menos fuerza. Estos sentimientos tan intensos, que hacen inútil toda resistencia, constituyen una rara excepción. Son mucho más frecuentes los que pueden ser vencidos si la resistencia no está muy quebrantada. Pues bien: Dmitri Serguéievich no quería debilitar la resistencia de usted porque esperaba vencer estos sentimientos más frecuentes. Ahí

tiene la razón de que no la preparase y de que la expusiera a tantos sufrimientos. ¿Qué le parece?

— Eso no es verdad, Rajmétov. Dmitri Serguéievich jamás me ocultó su manera de pensar. Yo conocía sus convicciones tan bien como usted.

— Evidentemente, Vera Pávlovna. Ocultarlas hubiera sido demasiado. Fingir pensar lo que no pensaba para impedir que se desarrollasen en usted convicciones correspondientes a las suyas propias hubiera sido ya una infamia. Usted no habría podido enamorarse nunca de una persona así. ¿Acaso he dicho que es malo? Es muy bueno, ¿por qué no? Estoy dispuesto a elogiarlo tanto como usted quiera. Lo que digo es que antes de que se produjera esta situación, él se portaba mal con usted. Comenzó a portarse bien cuando la situación había surgido ya. ¿Por qué se atormentaba usted? El me dijo — yo no hacía falta que me lo dijera, pues saltaba a la vista — que usted sufría para no apenarlo a él. ¿Cómo pudo usted pensar que esto le apenaría mucho? Debió desechar semejante idea. ¿Qué motivo tenía él para apenarse? Hubiera sido insensato. ¡Mire qué sentir celos!...

— ¿No admite usted los celos?

— En una persona cultivada no deben existir. Son un sentimiento contrahecho, un sentimiento falso, un sentimiento abominable, un fenómeno similar al que me impide permitir que nadie se ponga mi ropa interior o fume en mi pipa, un efecto de considerar a la persona como un objeto propio.

— Pero no admitir los celos acarrea consecuencias horribles.

— Horribles para quien los padece, mas para quien no los tiene, las consecuencias no sólo no son horribles, sino que incluso carecen de importancia.

— Está usted predicando la inmoralidad integral, Rajmétov.

— ¿Así lo cree usted después de haber vivido cuatro años con Dmitri Serguéievich? La culpa de esto la tiene

él. ¿Cuántas veces almuerza usted al día? Una. ¿Le vendría alguien con reclamaciones si tomara por costumbre almorzar dos veces? Creo que no. ¿Por qué no lo hace usted? ¿Por miedo a apenar a alguien? Probablemente será porque no lo necesita, porque no quiere, aunque almorzar es cosa placentera. Pero la razón y, lo que tiene más importancia, el estómago le dicen que un almuerzo gusta y dos disgustan. No obstante, si usted tuviera el disparatado antojo de almorzar dos veces, ¿la disuadiría el temor a entristecer a alguien? No. Si alguien se enojase por ello o tratara de prohibírselo, usted comería a escondidas en peores condiciones, se ensuciaría las manos por comer de prisa y se mancharía la ropa por guardarse los alimentos en los bolsillos. Sería el único resultado. Y no se trata, ni mucho menos, de un problema de moralidad o inmoralidad, sino de si el contrabando es bueno o malo. ¿Quién se contiene al considerar que los celos son un sentimiento digno de compasivo respeto y piensa: "¡Ay!, le daré un disgusto si hago esto?" ¿Quiénes sufren inútilmente, devorados por este pensamiento? Sólo unos pocos, los más generosos, de los cuales no hay que temer en modo alguno que su naturaleza los conduzca a la inmoralidad. Esta futesa no contiene a los restantes; los obliga tan sólo a recurrir a la astucia y al engaño, es decir, los hace verdaderamente perversos. Eso es todo. ¿Acaso no lo sabe usted?

— Claro que sí.

— ¿Dónde está, pues, la conveniencia moral de los celos?

— Pero eso mismo es lo que decíamos siempre él y yo.

— Tal vez no fuera exactamente lo mismo o, si lo decían, no se creían, porque a cada momento el uno oía en boca del otro conceptos muy distintos respecto a otros problemas o acaso respecto a este mismo. De no ser así, ¿cómo se explica que sufriera usted Dios sabe cuánto tiempo? ¿Y por qué motivo? ¿Por minucias insignifican-

les armar un ruido tan tremendo! ¡Cuántos trastornos para los tres, y sobre todo para usted, Vera Pávlovna! Bien podían haber seguido viviendo los tres como vivían un año antes, o mudarse juntos a un apartamento, o arreglarse de alguna otra manera, sólo que sin ningún trastorno, y cenar los tres juntos, e ir a la ópera los tres. ¿Para qué estos martirios? ¿Para qué estas catástrofes? Todo fue originado por la mala táctica de él, consistente en no prepararla a usted; en virtud de esa táctica, perduraba en la conciencia de usted una idea: "Obrando así le mato", idea que, de otra manera, no habría tomado cuerpo. Indudablemente, Dmitri Serguéievich le ha ocasionado muchos padecimientos innecesarios.

— No, Rajmétov. Dice usted cosas horribles.

— Y dale con las "cosas horribles". Para mí es horrible sufrir por pequeñeces y provocar catástrofes por tonterías.

— Entonces, según usted, toda nuestra historia es un melodrama estúpido.

— En efecto: un melodrama absolutamente innecesario con un dramatismo absolutamente superfluo. Y Dmitri Serguéievich tiene la culpa de que, en vez de hallar soluciones tranquilas, se produjera un melodrama desgarrador. Su honrado proceder en este melodrama apenas basta para lavar su culpa anterior, consistente en no haber evitado el melodrama preparándola a usted —y quizá también preparándose a sí mismo— para considerar serenamente que toda esta historia es una fruslería, indigna de que por ella se inquiete uno lo más mínimo. A Dmitri Serguéievich le cabe gran parte de culpa, pero ha llevado bastante castigo. Tómese otra copa de jerez y acuéstese. Ya he conseguido el último propósito de mi visita: son las tres; si no la despiertan, dormirá usted hasta muy tarde; y he dicho a Masha que no la llame antes de las diez y media. Mañana, apenas desayune usted, tendrá que salir a escape para la estación; al fin y al cabo, si no consigue empaquetar todas sus cosas, pronto

volverá o alguien se las llevará. ¿Piensa regresar usted misma o que Alexandr Matvéievich la siga? En su situación actual no le conviene estar con Masha, pues sería inoportuno que la viese a usted completamente tranquila. No creo que vaya a notar nada en la media hora de acelerados preparativos para el viaje. Mucho peor sería que se presentara Mertsálova. Pasaré temprano a verla para decirle que no venga y que se vaya directamente a la estación, porque se durmió usted muy tarde y no debe despertarla.

— ¡Cuánta preocupación por mí! —exclamó Vera Pávlovna.

— Esto, al menos, no se lo atribuya usted a Dmitri Serguéievich. Es cosa mía. Ahora bien, aunque le critico por su proceder anterior —a la cara, naturalmente, le dije muchas otras cosas, más fuertes que éstas—, y aunque le cabe toda la culpa de tanto sufrimiento innecesario, a la hora de padecer se portó muy bien.

XXXI

DIALOGO CON EL LECTOR PERSPICAZ Y EXPULSION DE ESTE

— Dime, oh lector perspicaz: ¿qué papel desempeña Rajmétov, que acaba de irse para no reaparecer? Sabes ya, porque te lo he dicho, que esta figura no interviene en la acción de la obra...

— No es cierto —me interrumpe el lector perspicaz—. Rajmétov es un protagonista: llevó una esquila, por la cual...

— Eres muy poco ducho, señor mío, en las divagaciones estéticas que tanto te seducen —le interrumpo yo—. Según tú, también Masha ha de ser considerada protagonista, porque al principio de la narración también llevó una carta que horrorizó a Vera Pávlovna. Debe serlo, asimismo, Rajel, pues compró unas prendas y dio un dinero

sin el que Vera Pávlovna no hubiera podido marcharse. Y lo será, igualmente, el profesor N., quien recomendó Vera Pávlovna como institutriz en casa de la señora B sin lo cual no se habría efectuado la escena del regreso del boulevard Konnogvardeiski. ¿No será protagonista incluso este boulevard, sin cuya existencia no habrían tenido lugar la entrevista que conocemos ni la vuelta de ella? Juzgando así, la calle Gorójovaia sería la protagonista más importante, porque a no existir ella, no existirían sus casas ni, por tanto, la de Storéshnikov, ni el administrador, ni la hija del administrador, ni, por consiguiente, esta narración. Admitamos, sin embargo, que todos son protagonistas: el bulevar Konnogvardeiski y Masha, Rajel y la calle Gorójovaia. Pero es que a todos ellos se les han dedicado cinco palabras o quizá menos, pues su intervención en la obra no merece más; en cambio, ¡hay que ver la de páginas que ocupa Rajmétov!

— ¡Ah, ya comprendo! — deduce el lector perspicaz —. Rajmétov ha sido introducido en la novela para leer la sentencia a Vera Pávlovna y a Lopujov. Su misión es la de hablar con Vera Pávlovna.

— ¡Ay, qué pocas luces tienes, señor mío de mi alma! Lo entiendes exactamente al revés. ¿Valía la pena inventar un personaje con el solo objeto de que manifestase su opinión sobre los demás? Quizá tus grandes literatos metan y saquen a los personajes de sus obras con arreglo a semejante capricho; yo, aunque mal escritor, tengo un criterio artístico algo más elevado. La misión de Rajmétov, señor mío, no es ésa. ¿Cuántas veces Vera Pávlovna, Lopujov y Kirsánov enjuician sus propios actos y relaciones? No tienen nada de tontos y, sin necesidad de apuntador, saben decir lo que es bueno y lo que es malo. ¿Crees, por ventura, que la propia Vera Pávlovna, al recordar serenamente, días después, las vicisitudes pasadas, no habría condenado su olvido de los intereses del taller como lo condenó Rajmétov? ¿O acaso crees que el propio Lopujov no pensaba de sus relaciones con Ve-

ra Pávlovna lo mismo que Rajmétov declaró a ésta? Todo lo pensaba. La gente de bien piensa de sí misma todo cuanto pueda decirse de ella para criticarla, pues por eso es gente de bien. ¿No lo sabías, señor? Poco enterado estás de lo que piensa la gente de bien. Te diré más: ¿crees que Rajmétov, al hablar con Vera Pávlovna, obraba por su cuenta? Pues no, señor mío; era tan sólo un instrumento de Lopujov: lo comprendía muy bien él mismo; también lo adivinó Vera Pávlovna al día siguiente o a los dos días y, de no haber estado tan nerviosa, lo hubiera adivinado en el mismo instante en que Rajmétov despegó los labios. Esa era la realidad. ¿Ni siquiera de esto te has dado cuenta? Evidentemente, Lopujov lleva perfecta razón al decir, en su segunda esquela, que ni él había insinuado a Rajmétov, ni Rajmétov a él, una sola palabra acerca del contenido de la futura conversación con Vera Pávlovna. Conociendo a Rajmétov, Lopujov sabía lo que éste pensaba de cada cosa y lo que diría en cada caso, pues la gente de bien se entiende sin necesidad de explicaciones. Lopujov hubiera podido escribir de antemano, casi palabra por palabra, lo que Rajmétov diría a Vera Pávlovna; por eso le pidió que hiciese de intermediario. ¿Quieres que te introduzca más profundamente en los misterios de la sicología? Lopujov sabía a la perfección que todo lo que él pensaba de sí mismo — y lo que de él pensaba Rajmétov, y lo que pensaba Mertsálov, y lo que pensaba Mertsálova, y lo que pensaba el oficial que forcejeó con él en las islas — lo pensaría al cabo de cierto tiempo Vera Pávlovna, aunque nadie se lo dijera: se percataría de ello en cuanto pasase el primer rapto de agradecimiento. Por tanto — calculó Lopujov —, no pierdo nada mandando a Rajmétov, aunque éste me critique mucho, pues ella se formará pronto la misma opinión; por el contrario, Vérochka me tendrá más respeto, ya que a no tardar, comprenderá que prevé el contenido de su conversación con Rajmétov, que fui yo quien la organizó. Y adivinará el motivo que me guió. Al darse cuenta pen-

sará: “¡Qué nobleza la suya! Sabiendo que, en los primeros días de congoja, mi gratitud hacia él me agobiaría, ha procurado que en mi mente surjan cuanto antes ideas capaces de aliviar tanta carga. Al fin y al cabo, aunque me enfadé con Rajmétov porque le criticaba, no dejé de comprender, ni siquiera entonces, que, en esencia, decía verdad. Yo misma lo hubiera adivinado dentro de una semana. Pero al oír tales razonamientos el primer día, me libré de una angustia espiritual que hubiera durado una semana entera. Aquel día, estas ideas fueron para mí muy importantes y útiles. . . No cabe duda: es una persona generosísima”. Ahí tienes el artilugio de que se valió Lopujov, empleando a Rajmétov como simple instrumento de sus designios. ¿Te das cuenta, señor mío, lector perspicaz, de lo astutos que son los hombres generosos y de cómo actúa en ellos el egoísmo? No actúa como en ti, señor mío, porque ellos no encuentran satisfacción en las mismas cosas que tú. Para ellos, ¿quieres creerme?, el supremo deleite consiste en que la gente a quien respetan los tenga por nobles, y para conseguir este fin, señor mío, se afanan y se ingenian, apelando a toda clase de procedimientos con no menos celo que pones tú en el logro de tus propósitos, con la diferencia de que los suyos son distintos de los tuyos; de ahí que los medios ideados por ellos y por ti sean opuestos: a ti se te ocurren procedimientos malvados, perjudiciales para los demás, y a ellos, métodos honestos y provechosos para sus semejantes.

— ¿Cómo te atreves a faltarme al respeto? —exclama el lector perspicaz, dirigiéndose a mí—. Presentaré una denuncia y te pondré en vergüenza como elemento malintencionado.

— ¡Tenga piedad, señor mío! —respondo yo—. ¿Cómo voy a permitirle faltarle al respeto cuando estimo su carácter tanto como su inteligencia? Me he tomado, sencillamente, el atrevimiento de ilustrarle a usted en lo que concierne a una materia tan de su agrado como el criterio artístico. En este sentido se equivocaba usted, señor

mío, suponiendo que Rajmétov había sido introducido en la obra con el solo fin de leer la sentencia a Vera Pávlovna y a Lopujov. No había tal necesidad. Las ideas expresadas por él acerca de ellos no contienen nada que no hubiera podido comunicarte yo, señor mío, igual que hubiera podido transmitirte lo que pensaba Lopujov de su propia persona y lo que, sin necesidad de Rajmétov, habría pensado Vera Pávlovna acerca de sí misma y de Lopujov al cabo de cierto tiempo. Ahora, señor, quiero hacerte una pregunta: ¿Para qué te he dado a conocer la conversación de Rajmétov con Vera Pávlovna? ¿Comprendes ahora que para transmitir esta conversación —y no lo que pensaban Lopujov y su mujer— hace falta exponer no sólo aquellas ideas que constituían la esencia del diálogo, sino el diálogo mismo? ¿Por qué es necesario reproducir precisamente la conversación? Porque quienes hablan son Rajmétov y Vera Pávlovna. ¿Lo entiendes ahora? ¿No? Pues arreglado estás. Pocas entenderas tienes, muy pocas. Bueno, mira, te lo explicaré. Si dos personas conversan, de sus manifestaciones se deduce, con mayor o menor claridad, el carácter de ambas. ¿Comprendes ahora a lo que vamos? ¿Conocias bien el carácter de Vera Pávlovna antes de esta conversación? Sí. Del diálogo no has sacado nada nuevo acerca de ella: has visto que se acalora, que bromea, que puede comer con apetito y hasta tomarse una copa de jerez. Por consiguiente, la conversación no ha servido para caracterizar a Vera Pávlovna. ¿A quién ha caracterizado, pues? ¿No eran dos los interlocutores, ella y Rajmétov? Pues, si no ha servido para caracterizarla a ella, ¿a quién ha caracterizado? A ver si lo aciertas.

— ¡A Rajmétov! —exclama el lector perspicaz.

— ¡Bravo! Lo has adivinado, así me gusta. Ahora bien, resulta exactamente lo contrario de lo que tú te figurabas al principio: Rajmétov no aparece en la novela para sostener esta conversación, sino que la conversación ha sido reproducida con el solo y único fin de que conoz-

cas a Rajmétov. Por el diálogo has visto que Rajmétov hubiera querido beber jerez, aunque no bebe; que no es, sin apelación, un "ogro"; que, por el contrario, cuando se ocupa de algún asunto agradable olvida sus melancólicos pensamientos y su lacerante dolor; que bromea y que charla con alegría, sólo que lo consigue muy de tarde en tarde. "Me da pena —dice— de que me suceda esto con tan poca frecuencia, y a mí mismo me disgusta ser un "ogro", pero las circunstancias de nuestra vida hacen que un hombre que quiera el bien como lo quiero yo haya de ser necesariamente un "ogro". Si no fuera por eso, tal vez me pasaría el día entero bromeando, riendo, cantando y bailando".

¿Comprendes ahora, lector perspicaz, que aunque haya consagrado muchas páginas a la descripción directa de Rajmétov, he dedicado muchas más exclusivamente a mostrarte al mismo personaje, el cual no es un protagonista de la novela? Dime ahora: ¿para qué ha sido presentada y descrita con tanta minuciosidad esta figura? Recuerda lo que te dije antes: "Para satisfacer la exigencia más grande y esencial del arte". Piensa cuál es dicha exigencia y cómo se satisface mostrándote la figura de Rajmétov. ¿Lo has adivinado? ¡Qué vas a adivinar tú! Escúchame, pues. Aunque no, mejor será que no me escuches, porque no me entenderás. Vete, ya me he reído bastante de ti. Ahora no hablo contigo, sino con el público. Y hablo en serio.

El primer requisito del arte consiste en representar las cosas de modo que el lector las vea en su verdadero aspecto. Si quiero describir una casa, debo procurar que no se asemeje a una choza ni a un palacio. Y si deseo describir a una persona corriente, he de lograr que no aparezca ante el lector como un enano ni como un gigante.

He querido presentar simples personas decentes de la nueva generación, que encuentro a centenares. He tomado tres ejemplares: Vera Pávlovna, Lopujov y Kirsánov.

Los considero personas corrientes; así se consideran ellos mismos, y así los consideran sus amigos, es decir, gente de su misma índole. ¿Dónde he hablado de ellos en otros términos? ¿He dicho de ellos algo sobrenatural? Los he descrito con amor y respeto, porque toda persona decente merece respeto y amor. Pero, ¿dónde me he inclinado ante ellos? ¿He insinuado alguna vez, ni siquiera por asomo, que sólo Dios sabe lo grandes y lo hermosos que son, que me es imposible imaginar nada más elevado ni mejor, o que son individuos ideales? En mi obra actúan tal como los concibo: como simples personas decentes de la nueva generación. ¿Hacen algo del otro mundo? No cometen vilezas, no son cobardes, tienen convicciones honradas y corrientes, procuran obrar de acuerdo con ellas, y nada más. ¡Vaya un heroísmo! He querido presentar individualidades que proceden igual que los seres corrientes de su tipo, y espero haberlo conseguido. Los lectores que conocen de cerca a gente de este linaje supongo que habrán notado desde el comienzo que mis primeros protagonistas no son ideales ni mucho menos, que no sobresalen por encima de las personas de su tipo, que todos los individuos de su clase han vivido más de dos y más de tres situaciones similares, en las cuales no se han portado peor que mis protagonistas. Admitamos que otras personas decentes no hayan vivido exactamente los mismos acontecimientos que acabo de referir: no es cosa normal que todos los maridos y mujeres se separen, pues no todas las mujeres de bien, ni mucho menos, se enamoran perdidamente del amigo de su esposo, ni todo hombre de bien lucha nada menos que tres años por ahogar su pasión hacia una mujer casada, ni todo hombre de bien se ve obligado a dispararse un tiro en un puente o (según la opinión del lector perspicaz) a desaparecer del hotel sin dejar rastro. Pero ningún hombre de bien habría considerado un acto heroico hacer lo mismo que mis personajes, y todos estarían dispuestos a proceder de igual manera si se encontraran en el mismo caso. Cualquier

hombre recto se ha comportado tan bien como ellos en ocasiones no menos difíciles, e incluso más, sin que por ello se crea un ser sobrenatural, limitándose a pensar que es, sencillamente, honrado. Y sus amigos (que son iguales que él, pues la gente de este tipo no entabla estrechas relaciones más que entre sí) también lo consideran un buen hombre, pero lejos de pensar prosternarse ante él, se creen sus iguales. Espero haber conseguido que cada persona decente de la nueva generación identifique el tipo corriente de sus buenos amigos en mis tres protagonistas.

Sin embargo, los que desde el comienzo de la narración hayan pensado respecto a Vera Pávlovna, Kirsánov y Lopujov: "Estos son buenos amigos nuestros, personas sencillas y corrientes como nosotros", constituyen aún la minoría. La mayoría se halla, de momento, muy por debajo de este tipo de gente. Quien no ha visto más que chozas cree que una casa ordinaria, pintada en un cuadro, es todo un palacio. ¿Qué hacer para que le parezca lo que es? Basta con pintar en el mismo cuadro aunque sólo sea un pequeño rincón de un palacio; por este fragmento, el individuo en cuestión verá que un palacio es una obra de mayor volumen que el edificio representado en el cuadro, que dicho edificio no puede ser, realmente, más que una casa sencilla y ordinaria y que en casas como ésa, o incluso mejores, debieran vivir todos. De no haber mostrado yo la figura de Rajmétov, la mayoría de los lectores se hubiera desorientado respecto a los principales personajes de la obra. Apuesto a que, antes de leer los últimos apartados de este capítulo, la mayor parte del público, sorprendido por la insólita generosidad de Vera Pávlovna, de Kirsánov y de Lopujov, los consideraba héroes, gente superior, incluso idealizada y hasta irreal. No, amigos míos, malignos, ruines y miserables amigos míos: lo habéis comprendido mal. No es que ellos estén demasiado alto, sino que vosotros estáis demasiado bajo. Ahora veis que se hallan en la tierra. Y si antes

os parecía que volaban sobre las nubes era porque os encontráis en un abismo del infierno. A la altura de ellos deben y pueden hallarse todos los hombres. Las naturalezas superiores, con las cuales no podemos medirnos ni vosotros, miserables amigos míos, ni yo, no son así. Os he mostrado un ligero bosquejo del perfil de una de ellas. Ya habéis visto que sus rasgos se diferencian de los comunes. Pero si os esforzáis por superarlos podéis igualaros a las personas que he pintado de cuerpo entero. ¡Vergüenza a quien esté por debajo de ellas! ¡Salid de vuestro abismo, amigos míos, elevaos! No es tan difícil; abrid paso hacia el mundo de la libertad. La vida en él es placentera; el camino, fácil y seductor. Probad. ¡Superación y otra vez superación! Observad, meditad, leed a los que os hablan del sano placer de la existencia, a los que os dicen que el hombre puede ser bueno y feliz. Leed sus libros, solaz del corazón; observad la vida, que es interesante observarla; pensad, que pensar es sugestivo. Y nada más. No se exigen sacrificios ni privaciones. No hacen falta. Desead la dicha. Es lo único que se necesita. Para ello, preocupaos celosamente de vuestro desarrollo, manantial de felicidad. ¡Cuántos deleites goza el hombre desarrollado! Incluso lo que a otros les parece un sacrificio es para él una satisfacción, una delicia. ¡Cuán abierto está su corazón a las alegrías y cuánto júbilo experimenta! ¡Probad y os convenceréis!

Capítulo cuarto

EL SEGUNDO MATRIMONIO

I

Berlín, 20 de julio de 1855

Respetabilísima señora Vera Pávlovna:
Mi intimidad con el difunto Dmitri Serguéievich Lopujov me hace concebir la esperanza de que se digna usted admitir entre sus amistades a una persona absolutamente desconocida, pero que la tiene a usted en gran estima. En todo caso, me atrevo a esperar que no me tildará de importuno. Al escribirle no hago sino cumplir un deseo del difunto Dmitri Serguéievich. Y las noticias que le doy de él puede usted considerarlas fidedignas en absoluto, porque voy a reproducir sus pensamientos con sus propias palabras, tal como si hablara él mismo. He aquí lo que dijo refiriéndose al asunto cuya aclaración constituye la finalidad de la presente.

“Las ideas causantes del desenlace que estremeció a personas íntimas para mí (según he dicho, transcribo las palabras de Dmitri Serguéievich) fueron madurando en

mi mente poco a poco, y mi intención cambió varias veces hasta adquirir su forma definitiva. La circunstancia que originó estas ideas se me reveló de manera completamente inesperada, sólo en el momento en que ella (Dmitri Serguéievich se refiere a usted) me contó atemorizada el sueño que la horrorizó. Este sueño me pareció importante en extremo. Y, como yo observaba desde fuera sus sentimientos, comprendí al instante que en su vida se iniciaba un episodio llamado a modificar por un tiempo más o menos largo nuestras antiguas relaciones. Pero el hombre pretende a todo trance mantener una situación a la cual se ha adaptado; en lo profundo de nuestro ser yace un conservadurismo del que nos desprendemos tan sólo por necesidad. A juicio mío, en esto radica la explicación de mi primera hipótesis: yo quería pensar, y pensaba, que este episodio sería superado al cabo de algún tiempo, restableciéndose nuestras relaciones anteriores. Ella trató de eludir el propio episodio aproximándose a mí de la manera más estrecha. Esto me entusiasmó, y durante varios días no di por imposible la realización de sus esperanzas. Pronto me convencí, sin embargo, de que era inútil confiar. El motivo de todo residía en mi carácter.

Al hablar así no quiero censurar mi carácter, al que interpreto del siguiente modo:

El tiempo de una persona de vida normal se divide en tres partes: trabajo, distracción y descanso. La distracción, lo mismo que el trabajo, exige descanso. En el trabajo y la distracción, el elemento humano común prevalece sobre las peculiaridades individuales: en el trabajo, nuestra actividad es determinada de manera preponderante por las necesidades racionales exteriores; en la distracción lo es por otras necesidades, también comunes, de la naturaleza humana. El reposo es un elemento en el que el individuo busca restablecer sus fuerzas, debilitadas por una excitación que agota las reservas de materias vitales, un elemento introducido en la vida ya

por el propio individuo, que quiere gobernarse ateniéndose a sus propias particularidades, a su comodidad. En el trabajo y la distracción, las personas son atraídas hacia sus semejantes por una potentísima fuerza general, situada sobre las peculiaridades individuales: en el trabajo, por el interés; en la distracción, por idénticos requerimientos del organismo. En el descanso no sucede igual: no rige la fuerza general que armoniza las peculiaridades individuales. El descanso es la cosa más personal; en él, la naturaleza reclama el mayor espacio posible; el hombre se individualiza al máximo, y su carácter se revela más que nada en su preferencia y predilección por tal o cual clase de reposo.

En cuanto a esto, la gente se divide en dos clases fundamentales. A unos, el reposo les resulta más agradable en compañía de otras personas. Todo el mundo necesita la soledad; mas ellos la necesitan como excepción de una regla que consiste en vivir en compañía de otros. Esta clase es mucho más numerosa que la de los que se sienten a solas mejor que acompañados. La diferencia a que me refiero ha sido notada por la opinión pública, dando origen a dos términos: "persona sociable" y "persona reservada". Yo pertenezco al último grupo; ella, al primero. Ahí se encierra todo el enigma de nuestro caso. Parece evidente que en esto no hay nada malo que pueda inculpárenos a ella o a mí, como tampoco lo hay en que ninguno de los dos tuviéramos fuerza para impedir el motivo de todo. El hombre es impotente ante su propia naturaleza.

A todos nos es bastante difícil comprender lo específico de la naturaleza del prójimo. Cada cual se imagina al resto de los hombres según el carácter propio. Lo que no necesito yo, no lo necesita nadie. Así nos induce a pensar nuestra individualidad. Para que yo me percate de lo contrario, he de tener ante mí ejemplos demasiado brillantes. Y a la inversa: lo que para mí constituye alivio y desahogo, ha de serlo también para los demás. La

naturalidad de este modo de pensar disculpa mi excesiva tardanza en advertir la diferencia entre mi naturaleza y la de ella. Contribuyó a mantener el error otra circunstancia: cuando comenzamos a vivir juntos, ella tenía de mí una opinión demasiado elevada; entre nosotros no había entonces igualdad; me profesaba un respeto excesivo; mi modo de vivir le parecía ejemplar; tomaba por un rasgo humano común lo que no era sino una peculiaridad personal mía, y durante cierto tiempo estuvo entusiasmada con este rasgo. Pero existía también otra causa de más peso aún.

Entre la gente poco desarrollada no se respeta mucho la intangibilidad de la vida interna. Cualquier miembro de la familia, particularmente de los mayores, se entromete sin miramientos en la vida íntima de los demás. Y no se trata sólo de que con esto se violan los secretos de uno: los secretos son joyas más o menos preciadas que nadie olvida de esconder y guardar; además no todos tienen secretos y, por consiguiente, nada tienen que ocultar de sus allegados. Pero cada cual desea que en su mundo interno haya un rincón donde nadie penetre, de igual modo que cada cual aspira a tener una habitación para sí mismo. La gente poco cultivada no repara ni en lo uno ni en lo otro: si usted tiene habitación propia, en ella entra todo el que quiere no por curiosar ni por importunar, sino sencillamente porque no se figura que puede molestarle; cree que sólo en el caso de que usted le tuviera aversión podría no desear que entrase de buenas a primeras; no comprende que puede fastidiar o molestar a una persona que le ve con buenos ojos. La santidad del umbral, que nadie tiene derecho a trasponer contra la voluntad de quien vive tras él, sólo se reconoce entre nosotros en la habitación del cabeza de familia, porque éste puede despachar con viento fresco a quien aparezca ante él sin permiso suyo. Ante los demás aparece cuando se le antoja todo el que sea mayor o igual en la familia. Lo mismo que con la habitación ocurre con

el mundo interno. En él irrumpe cualquiera sin necesidad y hasta sin intención, por cualquier tontería, y las más de las veces con el exclusivo objeto de hurgar en vuestra alma. Una muchacha tiene dos vestidos de diario, uno blanco y otro rosa. ¿Se ha puesto el rosa? Pues ya hay motivo para hurgar en su alma. “¿Te has puesto el vestido rosa, Aniuta? ¿Por qué?” La propia Aniuta no lo sabe; se lo ha puesto porque alguno tenía que ponerse y porque, además, si se hubiera puesto el blanco, el resultado habría sido el mismo. “Porque sí, mamita (o hermanita)”. — “Mejor hubiera sido ponerte el blanco”. ¿Por qué hubiera sido mejor? La que habla con Aniuta no lo sabe. Sencillamente, está hurgando en su alma. “¿Qué te pasa, Aniuta, que te encuentro triste?” Aniuta no está triste ni alegre, pero ¿por qué no preguntar el motivo de una cosa que ni se ve ni existe? “No sé — responde Aniuta—. Creo que no me pasa nada”. — “No, por algo estás triste”. A los dos minutos: “¿No te parece, Aniuta, que debieras sentarte al piano y tocar alguna cosa?” ¿Para qué? No se sabe. Y así, todo el día. El alma viene a convertirse en algo por el estilo de una calle, a la que mira todo el que se sienta junto a la ventana no porque quiera ver algo, pues sabe que no hay nada interesante ni curioso, sino por matar el tedio. Como da igual, ¿por qué no mirar? A la calle, verdaderamente, le da igual; pero a una persona le desagrada que la importunen.

Esta importunidad sin objeto ni sentido puede provocar una reacción harto natural. Apenas la persona interesada tiene ocasión de estar sola, encuentra durante cierto tiempo una satisfacción en la soledad, aunque por naturaleza sea propensa a la sociabilidad y no al aislamiento.

Desde este punto de vista, ella se encontraba antes de la boda en una situación muy difícil: la importunaban y alteraban su paz espiritual no sólo por distraer el ocio, por casualidad o por falta de delicadeza, sino por sistema, sin cesar, a cada instante, con brutalidad y cinismo,

con perversidad y mala intención, hurgando en su alma no sólo sin miramientos, sino con manos ásperas y extraordinariamente sucias. De ahí que la reacción de ella fuese tan violenta.

Por eso, no hay que ser muy severos al enjuiciar mi yerro. Varios meses, quizá un año, estuve sin equivocarme: verdaderamente, ella necesitaba la soledad, que le era grata. Y en este tiempo pude formarme una opinión acerca de su carácter. Su gran necesidad temporal coincidía con mi necesidad constante. ¿Qué tiene, pues, de extraño que yo tomase un fenómeno pasajero por un rasgo permanente de su carácter? ¡Cada cual tiende a juzgar a los demás por sí mismo!

Hubo un error; un error muy grande. No me acuso de él, pero no quiero justificarme. Esto significa que preveo que los demás no serán conmigo tan indulgentes como yo mismo. Para suavizar la censura, añadiré algunas palabras acerca de esta faceta de mi carácter, la cual era bastante extraña para ella — como para la mayor parte de la gente — y, por tanto, se prestará a ser mal interpretada si no media una explicación.

Yo no entiendo el descanso más que a solas. Estar con otros equivale para mí a hacer algo, a trabajar o a divertirme. Únicamente cuando estoy solo me siento a mis anchas. ¿Qué nombre darle a esta inclinación? ¿Cuál es su origen? En unos, el carácter reservado; en otros, la timidez; en éstos, la propensión a la melancolía y al ensimismamiento; en aquéllos, la falta de simpatía por sus semejantes. Creo que en mí no hay nada de eso. Soy franco y sincero, prefiero estar siempre alegre y no caigo en la hipocondría. Me gusta ver a la gente; pero su compañía la asocio al trabajo o a la diversión; es algo que posteriormente requiere descanso, es decir, soledad, según mi criterio. A mi entender, esto constituye en mí un afán especial de independencia y libertad.

La fuerza de la reacción contra la antigua situación familiar, angustiosa sobremedida, obligó a Vera Páv-

lovna a adoptar temporalmente un modo de vivir discordante con su inclinación permanente. El respeto hacia mí la mantuvo en estas condiciones temporales un período más largo de lo natural. Mientras tanto, yo me hice una idea de su carácter, creí que un rasgo pasajero era permanente, me tranquilicé con ello, y ésa es toda la historia. Fue una equivocación por mi parte, pero mi pecado no era grande; y, por lo que atañe a ella, no pecó en absoluto. Sin embargo, ¡cuántos sufrimientos le acarreó mi yerro y qué catástrofe significó para mí!

Cuando el miedo producido por su horrible sueño me reveló sus sentimientos era ya tarde para reparar mi error. Pero, de habérsenos revelado antes, ¿acaso hubiéramos podido conseguir, mediante un esfuerzo continuo sobre nosotros mismos, quedar satisfechos para siempre el uno del otro? No lo sé; creo, sin embargo, que aun en caso de éxito no habríamos obtenido un resultado muy halagüeño. Supongamos que hubiéramos rehecho nuestros caracteres hasta el punto de eliminar todo motivo para que nuestras relaciones nos agobiasen. Pero es que las transformaciones del carácter son positivas tan sólo cuando van orientadas contra algún rasgo negativo, y los rasgos que hubiéramos tenido que modificar en nuestros caracteres no eran malos, ni mucho menos. ¿En qué aventaja la sociabilidad al retraimiento o viceversa? Además, la reforma de un carácter implica violencia, ruptura con lo viejo. Toda ruptura trae consigo bastantes sacrificios y la violencia mata muchas cosas. El resultado que tal vez hubiéramos obtenido (tal vez, y no de seguro) no compensaba semejantes sacrificios. Los dos nos habríamos estropeado en parte, inmolando en mayor o menor grado la lozanía de nuestra vida. ¿Para qué? Tan sólo para conservar determinadas relaciones legales. Otra cosa habría sido si hubiésemos tenido hijos; entonces hubiéramos debido pensar seriamente en la influencia de nuestra separación sobre su suerte: si ésta había de empeorar, hubiera sido preciso realizar los mayores esfuer-

zos para evitarlo. Y el resultado —la alegría de haber hecho lo necesario para garantizar un destino mejor a los seres amados— compensaría todos nuestros afanes. Pero, no siendo así, ¿qué objeto razonable tendría esto?

Por eso, en la situación nuestra, mi equivocación surtió un efecto yo diría que hasta positivo. Gracias a ella tuvimos que sufrir menos los dos. Acarreó muchas amarguras, pero sin ella, probablemente, hubieran sido más, y los resultados, menos satisfactorios”.

He transcrito palabras de Dmitri Serguéievich. Por la perseverancia con que él examinaba esta faceta del asunto, observará usted fácilmente que, según afirmaba él, veía en ella algo violento, desfavorable para sí mismo. Dmitri Serguéievich añadió: “Presiento, que pese a todo, no me darán completamente la razón quienes analicen este asunto sin una predisposición favorable hacia mí. Pero estoy seguro de la simpatía de ella. Me juzgará mejor que pudiera hacerlo yo mismo. Y yo considero que llevo plena razón. Ese es mi criterio respecto a la época anterior a su sueño”. Ahora paso a comunicarle sus sentimientos e intenciones a partir del momento en que el sueño de usted le reveló el estado insatisfactorio de las relaciones entre ustedes.

“He dicho (prosiguió Dmitri Serguéievich) que al oír sus primeras palabras respecto al horrible sueño comprendí la inevitabilidad de algún episodio poco en consonancia con nuestras relaciones anteriores. Yo esperaba que dicho episodio tuviera una fuerza considerable, pues, dadas la energía de su carácter y la exacerbación de su descontento, muy fuerte ya a causa del mucho tiempo que llevaba oculto, otra cosa era imposible. No obstante, mi espera tuvo al principio la forma más leve y favorable para mí. Yo razonaba así: durante cierto tiempo se apasionará por alguien; al pasar un par de años retornará a mí; soy buena persona, y ocasiones de unirse con un hombre como yo se presentan muy pocas (hablo de mí tal y como pienso; no tengo la hipócrita costumbre de

rebajar mis méritos). Una vez satisfecho, su amor perderá parte de su fogosidad; ella comprenderá que, aunque la vida conmigo satisface en menor grado un aspecto de su naturaleza, es, en líneas generales, más fácil y más libre que con otro; y todo volverá a sus antiguos cauces. Aleccionado por la experiencia, seré más atento con ella; me tomará más respeto y afecto que antes, y entre nosotros reinará una armonía mayor aún.

Pero (aunque la explicación de este asunto es muy delicada para mí, tengo que abordarla), ¿cómo me imaginaba yo la perspectiva del restablecimiento de nuestras relaciones? ¿Me alegraba? Por supuesto. Pero ¿me limitaba a alegrarme? No. Me parecía que tomaba sobre mí una carga; una carga agradable, muy agradable, mas una carga al fin y al cabo. "La amo profundamente y realizaría esfuerzos improbables para adaptarme a ella lo mejor posible. Esto me producirá contento, pero mi vida quedará coartada". Esta composición de lugar me hice cuando me sosegué después de las primeras impresiones. Y comprobé que no me engañaba. Ella me lo hizo ver cuando quiso que yo procurase conservar su amor. El mes en que traté de cumplir este deseo fue el más difícil de mi vida. No me produjo ningún sufrimiento; esta palabra no cuadra aquí y sería absurda; desde el punto de vista de las sensaciones positivas, no experimenté más que satisfacciones al afanarme por cumplir sus deseos. Pero me aburría. Así se explica el fracaso de su intento de seguir amándome: yo me aburría tratando de servirla.

A primera vista puede parecer extraño que no me aburriese durante las innumerables veladas que consagraba a los estudiantes, los cuales, ni que decir tiene, no me importaban mucho, y que me cansase tanto dedicar unas cuantas tardes a una mujer a quien amaba más que a mí mismo y en aras de la cual habría ofrendado la vida y sufrido todos los martirios. Esto puede parecer extraño, pero se lo parecerá tan sólo a quien desconozca la esencia de mis relaciones con la gente joven a la que consa-

graba tanto tiempo. En primer lugar, yo no tenía ninguna relación personal con aquellos jóvenes; sentado con ellos, no veía personas ante mí; veía únicamente varios tipos abstractos que intercambiaban ideas. Mis charlas con ellos se diferenciaban muy poco de meditaciones a solas; con ellos no estaba ocupada más que una parte de mi ser, la que exige menos descanso: la mente. Todo el resto dormía. Además, la conversación tenía una finalidad práctica y provechosa: la de contribuir al desarrollo del intelecto, de la nobleza y de la energía de mis jóvenes contertulios. Era un trabajo, pero tan liviano, que servía para restablecer las fuerzas gastadas en otros, un trabajo reconfortante y nada fatigoso; no obstante, era un trabajo; por eso, mi persona no aspiraba aquí a obtener lo que era lícito esperar del descanso. Yo buscaba utilidad y no sosiego; entregaba al sueño todo mi ser, excepto la mente; y la mente actuaba sin ninguna relación personal hacia los hombres con quienes yo hablaba; por eso se sentía tan a sus anchas como si estuviera sola. Puede decirse que estas conversaciones no me sacaban de mi aislamiento. No había en ellas nada semejante a los actos en que participa la persona entera.

Sé lo delicado que es pronunciar la palabra "aburrimiento". Sin embargo, la rectitud me impide ocultarla. Pese a todo mi amor por Vera Pávlovna, sentí un alivio al convencerme más tarde de que entre nosotros sería imposible reanudar las anteriores relaciones. Empecé a persuadirme de esto hacia la época en que ella comenzó a observar que me costaba cumplir su deseo. El porvenir se me presentó entonces en una nueva forma, lisonjera para mí; al ver que nos era imposible mantener las relaciones antiguas, comencé a pensar —y otra vez me veo obligado a emplear una expresión delicada— en la manera de librarme cuanto antes de una situación que me aburría. He ahí el secreto de algo que se le antojaría magnánimo a quien fuera propenso a cegarse de gratitud ante las apariencias o no estuviese tan cerca como para

pénétrar en lo más profundo de las intenciones. Sí, querían sólo salir de una situación embarazosa. Como no quiero negar hipócritamente mis cualidades positivas, no negaré que uno de los motivos que me impulsaban era el deseo de hacerle bien a ella. Mas éste era el segundo motivo, muy fuerte, por cierto, pero mucho más débil que el primero y principal: el afán de evadirme del aburrimiento, afán que fue el verdadero motor de todo. Bajo su influencia comencé a observar atentamente el modo de vivir de Vera Pávlovna, y no me fue difícil comprobar que en el cambio de sensaciones producido por la modificación de su género de vida desempeñaban el papel principal la aparición y el alejamiento de Alexandr Matvéievich. Esto me hizo pensar también en él. Adiviné la causa de su extraño proceder, en el cual no había reparado antes; y a partir de entonces, mis ideas adquirieron un nuevo aspecto, más halagüeño para mí, como ya he dicho. Al comprobar que los síntomas de Vera Pávlovna no eran los de quien busca el amor, sino los del amor mismo, todavía no comprendido por ella, que el objeto de este sentimiento era un hombre completamente digno y capaz de sustituirme ante ella, y que también él la amaba con fervor, me alegré mucho. No niego, por otra parte, que la primera impresión fue dura: todo cambio trascendental lleva aparejado cierto dolor. Comprendí que, en rigor, no podía considerarme ya necesario para ella; pero estaba acostumbrado a considerarme necesario y, a decir verdad, me agradaba; por consiguiente, la pérdida de estas relaciones había de tener por fuerza una parte amarga. Sin embargo, esta parte predominó muy poco tiempo, tan sólo al principio, sobre la otra, que me llenaba de satisfacción. Yo estaba ya seguro de que ella sería feliz y no me preocupaba por su suerte, lo cual me producía gran contento. No obstante, sería erróneo pensar que en ello residía mi mayor satisfacción; el sentimiento personal volvía a ser mucho más importante: vi que iba liberándome totalmente de aquella imposición. Mis pa-

labras no han de interpretarse como que el celibato me parece más libre o más fácil que la vida en familia. No; si el marido y la mujer no necesitan forzarse a sí mismos para agradarse mutuamente, si están satisfechos el uno del otro sin tener que violentar su ánimo, si el uno contenta al otro sin pensar siquiera en ello, se sienten más a gusto cuanto más estrechas son sus relaciones. Pero las nuestras no eran así. De ahí que la separación significase la liberación para mí.

De lo dicho se infiere que yo actuaba en interés propio cuando decidí no oponerme a su felicidad. Este acto tenía aspectos nobles, pero su fuerza motriz fue mi anhelo de mejorar de situación. Por eso tuve aliento de sobra para actuar correctamente a mi modo de ver, para no ir de un lado a otro, para no armar demasiado barullo ni ocasionar disgustos al prójimo o hacer traición a mis obligaciones. Esto resulta fácil cuando las obligaciones coinciden con un afán propio.

Me fui a Riazán. Al cabo de cierto tiempo me llamó ella, diciendo que mi presencia no la molestaría ya. Llegué y vi que, pese a todo, la molestaba. A mi entender, era por dos motivos. La angustiaba ver a un hombre al que, según ella, debía mucho. En esto se equivocaba: no me debía nada, ya que mis actos redundaban en mi provecho mucho más que en el suyo. Pero ella pensaba de otro modo y me estaba extraordinariamente agradecida. Este es un sentimiento abrumador; hay en él una parte grata, pero ésta prevalece tan sólo cuando el amor no es demasiado fuerte. El otro motivo requiere también una explicación un tanto delicada, mas hay que decir lo que se piensa. Creo que este motivo consiste en que a ella le disgustaba la anormalidad de su situación ante la sociedad; le era violento que la sociedad no reconociera formalmente su derecho a ocupar el lugar anhelado. Así, pues, noté que la agobiaba tenerme junto a ella. No oculto que en este nuevo descubrimiento había una cosa mucho más penosa para mí que todas las vicisi-

tudes experimentadas anteriormente. Yo seguía teniendo profundísimo afecto; deseaba continuar siendo persona allegada a ella y esperaba que así sería. Al notar que no debía ser así lo sentí en el alma. Y en este punto quedaba descartada toda recompensa a mi dolor. Puedo afirmar que mi decisión al respecto, mi última decisión, fue dictada exclusivamente por el cariño que ella me inspiraba, por el deseo de hacerle bien, por consideraciones nada egoístas. En cambio, jamás mis relaciones con ella, ni siquiera en los mejores tiempos, me depararon tanta satisfacción interna como esta resolución. Yo actuaba ya bajo la influencia de lo que puedo llamar generosidad o, hablando más propiamente, cálculo generoso, en el que la ley general de la naturaleza humana opera por sí sola, sin pedir su concurso a las peculiaridades individuales. Y conocí el supremo deleite de sentir que obraba con nobleza, es decir, como debe obrar todo el mundo, no Iván o Piotr, sino todos, sin distinción de nombres. ¡Qué placer tan inmenso el de sentirse sencillamente hombre, no Iván ni Piotr, sino hombre y nada más! Es una sensación demasiado intensa; las naturalezas corrientes como la mía no pueden resistir con demasiada frecuencia la exaltación hasta este sentimiento, pero dichoso el que lo ha experimentado alguna vez.

Huelga explicar aquellos actos míos que constituirían el colmo de la locura en el trato con otra gente, pero que estaban harto justificados por ser quien era la persona a quien yo cedía mi puesto. Mientras estuve en Riazán, Vera Pávlovna y Alexandr Matvéievich no se dijeron una palabra; mientras yo maduraba mi última decisión, tampoco hablé con él ni con ella. Pero conocía bien a Alexandr Matvéievich; sin preguntarle nada, podía adivinar lo que pensaba”.

Como dije antes, reproduzco las palabras de Dmitri Serguéievich con exactitud literal.

Soy absolutamente extraño para usted. Pero la correspondencia que con usted trato de entablar cumplen-

do el deseo del difunto Dmitri Serguéievich tiene un carácter tan íntimo, que probablemente le interesará saber que su extraño comunicante conoce a la perfección la vida interna del difunto Dmitri Serguéievich. Soy un antiguo estudiante de medicina. No puedo decirle más de mí. En los últimos años viví en Petersburgo. Hace unos días se me ocurrió venir al extranjero para buscarme la vida de otro modo. Salí de Petersburgo al día siguiente de conocer usted la muerte de Dmitri Serguéievich. Por una circunstancia especial, carecía de documentos y hube de recurrir a un pasaporte ajeno que me proporcionó una persona conocida suya y mía. Me hizo este favor a condición de que por el camino cumpliera algunos encargos. Cuando tenga ocasión de ver al señor Rajmétov, sírvase decirle que todo lo que se me encargó lo he cumplido al pie de la letra. De momento creo que recorreré Alemania para conocer sus costumbres. Dispongo de varios centenares de rublos y tengo ganas de distraerme. Cuando el ocio me canse, buscaré alguna ocupación. ¿Cuál? No importa. ¿Dónde? Donde sea. Soy libre como un pajarillo y puedo permitirme el mismo descuido que él. Esta situación me llena de júbilo.

Es muy posible que desee usted contestarme. Pero no sé dónde estaré dentro de una semana: quizá en Italia; tal vez en Inglaterra; acaso en Praga. Puedo vivir a mi antojo y no sé a dónde me llevará la fantasía. Por eso, escribame a: *Berlin, Friedrichstrasse, 20, Agentur von H. Schweigler*, con sobre interior en el que pondrá usted tan sólo el número 12345, con el cual estoy registrado en la oficina de la Agencia Schweigler, que debe enviarme la carta.

Reciba usted, respetabilísima señora, el testimonio de la profunda consideración de una persona completamente ajena, pero que le profesa una lealtad sin límites y que se llamará

Un antiguo estudiante de medicina”.

“Respetabilísimo señor Alexandr Matvéievich:
Cumpliendo un deseo del difunto Dmitri Serguéievich, debo comunicarle que para él la mejor solución era que su puesto fuese ocupado por usted. Las condiciones que originaron esta situación fueron creándose a lo largo de tres años, durante los cuales usted apenas le visitó; por consiguiente, surgieron sin intervención de usted y fueron producto exclusivo de la divergencia de caracteres entre dos personas a quienes luego trató usted de aproximar, sin conseguirlo. En tales circunstancias, era inevitable el desenlace a que se llegó. Evidentemente, Dmitri Serguéievich no podía atribuírselo a usted. Por supuesto, la explicación es obvia; pero él me encomendó que se le diese, ante todo para guardar las formas. De uno u otro modo, alguien había de ocupar el puesto que no podía ocupar él y del cual se posesionó otra persona precisamente en virtud de esta imposibilidad. Según el difunto Dmitri Serguéievich, el mejor desenlace para todos consistía en que fuese usted quien ocupase dicho lugar. Le estrecha la mano

Un antiguo estudiante de medicina”.

— Pues yo sé...

¿Qué es esto? Una voz conocida... Miro y, en efecto, es el lector perspicaz, expulsado vergonzosamente hace poco por su ignorancia supina en asuntos de arte! Ya vuelve a la carga con su anterior perspicacia. ¡Ya viene otra vez diciendo que sabe algo!

— Yo sé quién ha escrito eso...

Pero yo agarro lo primero que se me viene a la mano —una servilleta, porque, después de copiar la carta del ex estudiante, me he puesto a desayunar— y le tapo la boca con ella, diciendo: “¿Lo sabes? Bueno, pues ¡a callar! ¿A qué viene pregonarlo por toda la ciudad?”

“Respetable señor:

Podrá usted imaginarse la alegría que me produjo su carta. Se la agradezco en el alma. Su intimidad con el difunto Dmitri Serguéievich me autoriza a considerarle amigo mío. Permítame, pues, que le dé este título. El carácter de Dmitri Serguéievich aparece en cada una de las palabras transmitidas por usted. Siempre busca los motivos más recónditos para explicar sus acciones y se complace en adaptarlos a su teoría del egoísmo, costumbre, por otra parte, común a todo nuestro círculo. Mi Alexandr también es aficionado a analizarse desde este punto de vista. ¡Si oyera usted cómo explica su actitud hacia Dmitri Serguéievich y hacia mí durante tres años! Según dice, se guiaba en todos sus pasos por el cálculo egoísta, por el interés propio. Incluso yo hace tiempo que he adquirido la misma costumbre. Mas ella nos domina a Alexandr y a mí un poco menos que a Dmitri Serguéievich. Los dos coincidimos plenamente con él, pero él se dejaba llevar por la costumbre en mayor medida. Cualquiera que nos oyese diría que los tres somos los egoístas más grandes que ha visto el mundo. ¿Será verdad que hasta ahora no ha habido egoístas como nosotros? Parece que es cierto.

Pero, además de esta condición, común a los tres, las palabras de Dmitri Serguéievich denotan otra, propia ya de él mismo. El objetivo evidente de sus explicaciones consiste en tranquilizarme. No es que sus palabras no sean totalmente sinceras, pues jamás hubiera dicho lo que no pensara, pero él destaca sobre todo aquella parte de la verdad que puede contribuir a calmarme. Amigo mío, estoy muy agradecida por ello, pero también soy egoísta y respondo que no valía la pena de que él se preocupara tanto por tranquilizarme. Nosotros mismos nos justificamos mejor que puedan hacerlo los demás. Y, a decir

verdad, no me creo culpable ante él. Es más, no me considero obligada a guardarle gratitud. Estimo su generosidad en lo que vale. ¡Cuánto la estimo! Pero sé que fue generoso consigo mismo y no conmigo, de igual manera que si yo no le engaÑé no fue en atención a él, sino a mí misma, ni tampoco porque engañarlo hubiera sido hacerle una injusticia, sino porque me sabía mal.

He dicho que no me culpo, como tampoco se culpa él. Pero igual que él, siento la necesidad de justificarme. Según las palabras de Dmitri Serguéievich (palabras acertadísimas), esto significa: Presiento que nadie como yo misma será capaz de preservarme de la censura por algunos de mis actos. No quiero justificarme en aquellos aspectos en que se justifica él y, a la inversa, deseo justificarme en aquella parte en que él no lo necesita. Sé que nadie me creará culpable de nada de lo sucedido antes de mi sueño. Pero luego, ¿no fui yo la causante de que el asunto tomase un giro tan melodramático y acabase una catástrofe tan aparatosa? Cuando mi sueño nos reveló por primera vez nuestra situación a Dmitri Serguéievich y a mí, ¿no debí adoptar una actitud mucho más sencilla ante un cambio de relaciones inevitable ya? La misma tarde del día en que murió Dmitri Serguéievich sostuve una larga conversación con el inexorable Rajmétov. ¡Qué hombre tan afable y bondadoso! Me dijo cosas horribles de Dmitri Serguéievich. Pero si las repetimos con un tono de amistad hacia éste, en vez del acento duro y hostil en que aquél las pronunció, resultarán justas. Sospecho que Dmitri Serguéievich sabía lo que iba a decirme Rajmétov, y que lo había tenido en cuenta. Entonces me era muy necesario oír aquellos conceptos, verdadero calmante para mí; y sea quien fuere el que organizó la conversación, se lo agradezco muchísimo, amigo mío. Pese a todo, el propio Rajmétov tuvo que reconocer que, en la segunda mitad de nuestro asunto, Dmitri Serguéievich se portó magníficamente. Rajmétov le inculpaba tan sólo la primera mitad, en la que Dmitri

Serguéievich siente la necesidad de justificarse. Yo quiero justificarme por la segunda, aunque nadie me cree culpable. Pero en todos nosotros —me refiero al círculo de nuestras amistades— hay un fiscal más riguroso que el propio Rajmétov: nuestra razón.

Comprendo, amigo mío, que habría sido mejor para todos si yo hubiese observado una actitud más simple en este suceso y no le hubiera atribuido una significación demasiado trágica. Según el criterio de Dmitri Serguéievich, hay que decir más: si yo hubiera observado tal actitud, no hubiera provocado un final tan desastroso y duro para él, al que le condujo solamente mi excesiva inquietud. Comprendo que así debiera parecerle, aunque él no le encargara a usted que me transmitiera esto. Su afecto por mí es tanto más valioso cuanto que, aun pensando así, permaneció intacto. Pero, oiga usted, amigo mío: ese criterio no es del todo justo; es injusto por completo. No fue por un error de mi parte ni por mi excesiva inquietud por lo que Dmitri Serguéievich tuvo que sufrir lo que él llama muy doloroso. Cierto que si yo no hubiera concedido demasiada trascendencia al cambio de relaciones, no habría sido necesario el viaje a Riazán; pero él dice que este viaje no se le hizo angustioso. Por consiguiente, mi inquietud no encerraba todavía una gran desgracia. Lo que agobiaba a Dmitri Serguéievich era únicamente la necesidad de perecer. El explica la inevitabilidad de su resolución alegando dos motivos: yo sufría a causa de mi excesiva gratitud hacia él y por no poder entablar con Alexandr las relaciones que las conveniencias sociales exigían. En efecto, no estaba del todo tranquila, y mi situación me abrumaba hasta que Dmitri Serguéievich murió, pero él no ha acertado la verdadera razón. Cree que su presencia me abatía por el peso insoportable de mi gratitud, y esto no corresponde exactamente a la realidad. El hombre es muy propenso a buscar atenuantes para él. Y cuando Dmitri Serguéievich concibió la necesidad de la muerte, hacía tiempo que el motivo en cues-

ción no existía: iba ya para largo que mi agradecimiento hacia él se había reducido a los límites de una moderación que convierte la gratitud en sentimiento placentero. Y la verdad es que sólo este motivo guardaba relación con mi anterior inquietud ante nuestro asunto. El otro motivo que aduce Dmitri Serguéievich —el deseo de dar a mis relaciones con Alexandr estado oficial— no dependía para nada de mi criterio, sino de los convencionalismos de la sociedad. Frente a ella, yo hubiera sido impotente. Mas Dmitri Serguéievich se equivoca de medio a medio pensando que su presencia me abrumaba por este motivo. No. Incluso sin necesidad de que él muriese habría resultado fácil eliminar la causa si hubiera sido preciso y si con ello me hubiese bastado. Si el marido vive con la mujer, esto es suficiente para que la sociedad no la critique a ella, sean cuales fueren sus relaciones con otro hombre. Lo cual representa ya un gran paso. Muchos ejemplos nos muestran que, gracias a la generosidad del marido, las cosas se arreglan de esa manera, y en todos estos casos, la sociedad deja en paz a la esposa. Ahora creo que, para todos los demás, éste es el mejor modo de arreglar asuntos como el nuestro. Dmitri Serguéievich me lo había propuesto. Yo, obcecada, lo rechacé. No sé lo que habría sucedido si lo hubiera aceptado. De haber podido conformarme con que la sociedad me dejara tranquila, no se escandalizara y cerrase los ojos ante mis relaciones con Alexandr, el procedimiento que me proponía Dmitri Serguéievich hubiera sido eficaz, y él no habría tenido que decidirse a morir. Entonces, claro, no habría existido motivo alguno para que yo deseara que mis relaciones con Alexandr estuviesen formalizadas oficialmente. Pero estimo que tal arreglo, satisfactorio en la mayoría de los casos semejantes, no hubiera representado una solución para nosotros. En nuestro caso se daba la rara coincidencia de que las tres personas interesadas eran iguales. Si Dmitri Serguéievich hubiera notado en Alexandr una superioridad de intelecto, de

instrucción o de carácter, si al ceder su puesto a Alexandr yo hubiera cedido a una fuerza moral superior, si su renuncia no hubiera sido voluntaria, sino, sencillamente, la retirada del débil ante el fuerte, ¡oh, entonces no habría razón alguna para que me angustiase! De igual modo, si yo hubiera aventajado mucho a Dmitri Serguéievich en cuanto a inteligencia y carácter; si, antes de desarrollarse mis sentimientos hacia Alexandr, Dmitri Serguéievich hubiera sido un individuo como el retratado tan certeramente en la anécdota (¿recuerdas, amigo mío, cómo nos reíamos?: dos señores se encuentran en el foyer de la Opera; charlan, simpatizan y deciden entablar amistad. “Soy el teniente tal” —se presenta el uno. “Y yo, el marido de la señora Tedesco”²⁰ —dice el otro), si Dmitri Serguéievich, repito, hubiera sido “el marido de la señora Tedesco”, ¡oh!, entonces, naturalmente, no hubiera habido ninguna necesidad de que muriera; se habría sometido y resignado y, si era generoso, no habría visto en su resignación ningún oprobio. Y todo hubiera marchado como sobre ruedas. Pero su actitud respecto a Alexandr y a mí distaba mucho de ser ésta. No era inferior en un ápice a ninguno de los dos. Lo sabíamos nosotros, y lo sabía él. Su retirada no fue fruto de la debilidad. ¡De ningún modo! Obedeció simplemente a su libre albedrío. ¿Verdad que sí, amigo mío? No puede usted negarlo. Por eso, ¿qué situación era la mía? Ahí reside la esencia de la cuestión. Vi que dependía de su buena voluntad; por eso me anonadaba mi situación; y por eso, Dmitri Serguéievich creyó necesario adoptar la noble resolución de morir. Sí, amigo mío: la causa de mi sentimiento, que fue el que le indujo a esto, era mucho más profunda de lo que él dice en su carta de usted. El agradecimiento no tenía ya una magnitud agobiante. Por el procedimiento que me sugirió Dmitri Serguéievich hubiera sido muy fácil satisfacer los convencionalismos de la sociedad, los cuales, dicho sea de paso, no llegaban hasta mí por vivir en un círculo reducido, exento de convencionalismos en

absoluto. Pero yo hubiera quedado supeditada a Dmitri Serguéievich; mi situación estaría a merced de su buena voluntad y carecería de independencia; por eso la consideraba insostenible. Juzgue usted ahora: ¿podía ser eliminado este motivo porque yo enfocase de tal o cual modo los cambios producidos en nuestras relaciones? Lo importante aquí no estribaba en mi opinión, sino en que Dmitri Serguéievich era un hombre independiente, que sólo obraba por su buena voluntad, ¡por su buena voluntad! Amigo mío, usted conoce y aprueba mi actitud: no quiero depender de la buena voluntad de nadie, aunque se trate de la persona más fiel a mí o más respetada por mí, en la que yo tenga tanta confianza como en mí misma y de la que yo sepa positivamente que está dispuesta en todo momento a hacer de buena gana lo que yo necesite y que se preocupa por mi felicidad no menos que yo misma. No, amigo, no quiero, y sé que usted aprueba mi actitud.

!!!
Mas ¿a qué viene todo esto, a qué conduce este análisis, el cual pone al desnudo los más recónditos orígenes de sentimientos que nadie habría podido descubrir? Igual que Dmitri Serguéievich, hago esta confesión en beneficio propio, a fin de que sea posible decir: "No tengo la culpa. El asunto dependía de un hecho que no estaba en mis manos". Hablo así porque a Dmitri Serguéievich le complacían los razonamientos de este género. Quiero ganarme la estimación de usted, amigo mío.

Pero basta. Ha sido usted tan amable, que no ha vacilado en perder varias horas escribiendo su larga (¡y cuán preciada!) carta. De ello deduzco —¡con qué diplomacia escribo los mismos giros que empleaba Dmitri Serguéievich y que usa usted!—, sí, *de ello*, y sólo de ello, deduzco que le interesa conocer lo que me sucedió después de que Dmitri Serguéievich se despidió de mí cuando partió hacia Moscú para regresar y morir. Al volver de Riazán me notó abatida, cosa que no se hizo ostensible hasta que él regresó. Mientras vivió en Riazán, si he de

ser franca, no pensé en él tanto como usted supone juzgando por lo que Dmitri Serguéievich vio al volver. Pero cuando salió para Moscú, me percaté de que había concebido algún propósito extraordinario. Se veía que estaba liquidando sus asuntos en Petersburgo, que llevaba alrededor de una semana esperando a darles fin para irse, y después, ¿cómo no iba a suceder aquello? Los últimos días se le notaba la tristeza en la cara, en aquella cara que tan bien sabía ocultar los secretos. Yo presentía que se preparaba algo decisivo e irreparable. ¡Y cuando se subió al vagón me invadió una congoja tan grande, tan grande! Estuve triste al día siguiente; en la mañana del tercer día me levanté más triste aún; y de pronto, Masha me da la carta. Ya sabe usted qué momento más torturante fue para mí, qué hora más torturante, qué día más torturante. Por eso, amigo mío, ahora conozco mejor la fuerza de mi afecto hacia Dmitri Serguéievich. Yo misma no me imaginaba que fuera tan intenso. Sí, amigo, ahora conozco su profundidad. También la conoce usted, puesto que, sin duda alguna, sabrá que entonces decidí separarme de Alexandr. Me pasé el día pensando que mi vida estaba destruida, envenenada para siempre. Conoce usted, asimismo, mi júbilo al ver la esquila de mi buen amigo, la cual modificó por completo mis pensamientos (¿ve usted qué prudentes son mis expresiones?, debe estar satisfecho de mí, amigo mío). Lo conoce usted porque Rajmétov fue a acompañarle después de despedirme en la estación. Dmitri Serguéievich y Rajmétov llevaban razón al decir que debía marcharme de Petersburgo a fin de dar más veracidad a una impresión, para lograr la cual Dmitri Serguéievich no vaciló en condenarme a horribles sufrimientos durante todo un día (¡cómo le agradezco esta crueldad!). También llevaban razón al aconsejar a Alexandr que no me visitara ni me acompañase. Pero entonces no tuve ya necesidad de llegar hasta Moscú; bastaba con alejarme de Petersburgo. Me detuve en Nóvgorod. Pasados unos días, llegó Ale;

xandr con los documentos de la muerte de Dmitri Ser-
guéievich, nos casamos una semana después, y vivimos
cosa de un mes en Chúdovo, junto al ferrocarril, para
que Alexandr pudiera ir fácilmente a su hospital tres o
cuatro veces por semana. Ayer regresamos a Petersbur-
go; ahí tiene el motivo de que haya tardado tanto en res-
ponderle: su carta estaba en el cajón de Masha, que casi
se había olvidado de ella. Y usted, sabe Dios la de cosas
que habrá pensado a causa de mi tardanza en contestar.

Le abraza su amiga

Vera Kirsánova".

"Te envío un apretón de manos, querido. Pero haz el
favor de no escribir cumplidos, por lo menos para mí, si
no quieres que mi corazón derrame todo un raudal de en-
comios de tu generosidad, cosa aborrecible para ti a más
no poder. ¿Sabes lo que quiero decirte? ¿No crees que
escribiéndonos tan sólo unas líneas damos muestra los
dos de poseer una dosis de estupidez más que regular?
Esto parece demostrar que nos da cierto reparo al uno
ante el otro. En mí sería explicable, pero en ti, ¿a qué
se debe? Espero que la próxima vez hablaremos ya de-
sembarazadamente y te mandaré un montón de noticias
de por aquí. Tuyo

Alexandr Kirsánov".

III

Estas cartas, sinceras por completo, eran, ciertamen-
te, un tanto unilaterales, según señaló Vera Pávlovna.
Ambos comunicantes, por supuesto, trataban de dismi-
nuir la magnitud de las penosas conmociones experimen-
tadas por cada uno (¡qué pícaros!). De ellos, y de otros
como ellos, oí frecuentemente tales cosas, que me echaba
a reír en medio de sus patéticas afirmaciones de que ha-

bían pasado por aquellos trances sin sufrir la menor con-
trariedad; de por sí se entiende que me reía cuando estas
afirmaciones se hacían a solas con un extraño como yo;
pero cuando se decían en mi presencia a la persona que
debía oírlas yo asentía, dando a entender que, en efecto,
se había tratado de una pequeñez. ¡Qué divertidas son
las personas de bien! Yo siempre me he reído de todas las
que conocí.

Son divertidas hasta el absurdo. Una buena prueba de
ello la tenemos en estas cartas. Yo estoy ya acostum-
brado, en cierto modo, a cosas por el estilo en virtud de
mi amistad con tales señoras y señores. Pero, ¿cuál será
la reacción de un profano, aún no estropeado? ¿Qué pen-
saré, por ejemplo, el lector perspicaz?

El lector perspicaz ha conseguido ya quitarse la ser-
villeta de la boca y reniega, moviendo la cabeza:

— ¡Es una inmoralidad!

— ¡Bravo! ¡Has dado en el clavo! —lo animo yo—.
Alégrame con alguna palabreja más.

— Y el autor es también un inmoral —sentencia el
lector perspicaz—. ¡Hay qué ver las cosas que aprueba!

— No, amiguito, te equivocas. Hay aquí muchas co-
sas que no apruebo. Es más: a decir verdad, no apruebo
nada. Todo es demasiado complejo y solemne. La vida
resulta mucho más sencilla.

— ¿De manera que tú eres todavía más inmoral? —me
pregunta el lector perspicaz con los ojos desencajados de
sorpresa al ver hasta qué extremo de inimaginable in-
moralidad ha caído el género humano en mi persona.

— Mucho más —respondo yo, no sé si en serio o bur-
lándome del lector perspicaz.

La correspondencia duró tres o cuatro meses: pun-
tualmente por parte de los Kirsánov; con descuido y par-
quedad por parte de su corresponsal, quien, después, dejó
de contestar; estaba claro que sólo quería comunicar a
Vera Pávlovna y a su marido las ideas de Lopujov —ex-
puestas en la primera y larga carta— y que, una vez

cumplido este deber, consideró inútil proseguir la correspondencia. Cuando los Kirsánov no tuvieron respuesta a dos o tres cartas, lo comprendieron así y dejaron de escribir.

IV

Vera Pávlovna descansa en el blando diván, esperando a que su marido venga del hospital a comer. Hoy no ha estado muy atareada preparando postres en la cocina; quería tenderse cuanto antes a reposar porque había trabajado toda la mañana. Hace ya mucho que tiene diariamente tantas ocupaciones como hoy, y aún seguirá teniéndolas durante bastante tiempo: está organizando un segundo taller en otro extremo de la ciudad. Vera Pávlovna Lopujova vivía en Vasílievski Ostrov; Vera Pávlovna Kirsánova habita en la calle Sérguievskaja porque su marido necesitaba tener el domicilio lo más cerca posible de Viborgskaia Storoná. Mertsálova se ha comprometido magníficamente con el taller de Vasílievski Ostrov. No es de extrañar, pues lo conocía muy bien antes de ocuparse de él. Cuando Vera Pávlovna regresó a Petersburgo comprobó que su presencia sería necesaria, si acaso, muy de tarde en tarde y para poco rato; y si continúa yendo casi a diario es tan sólo por su apego al taller y por el cariño que en él encuentra. Quizá sus visitas no sean del todo inútiles durante cierto período, ya que Mertsálova siente a veces la necesidad de consultar con ella; pero esto le lleva poco tiempo, y Mertsálova adquirirá pronto tanta experiencia, que dejará de necesitarla. Incluso en los primeros momentos de su vuelta a Petersburgo, Vera Pávlovna era en el taller de Vasílievski Ostrov una visitante grata más que una persona necesaria. ¿A qué dedicarse? La cosa no ofrecía duda: había que fundar otro taller en las inmediaciones de su nueva casa, al otro lado de Petersburgo.

El nuevo taller está montándose en una travesía que

va de la calle Basséinaia a la Sérguievskaja. La labor de organización es mucho más fácil que en el anterior. Las cinco muchachas que constituyen el núcleo de la plantilla han pasado del primer taller, donde sus puestos han sido ocupados por otras nuevas. El resto del personal se ha seleccionado entre jóvenes conocidas de las costureras del primer taller. Y esto significa que ya están hechos más de la mitad de los preparativos. La finalidad y el régimen de la empresa son bien conocidos de todos los miembros que la componen; las nuevas muchachas propusieron desde el primer momento que se establecieran inmediatamente las normas implantadas con tanta lentitud en el otro taller. ¡Oh!, la organización avanza ahora con rapidez diez veces mayor que entonces, y el trabajo preparatorio es tres veces menor. Pese a todo, no deja de ser mucho, y Vera Pávlovna está cansada hoy, como lo estaba ayer, anteayer y dos meses atrás. Todavía habrá de cansarse unos dos meses, aunque ya hace más de medio año que se casó por segunda vez. Pero es natural: la luna de miel duró mucho. Sin embargo, Vera Pávlovna se ha puesto ya a trabajar.

Sí, hoy ha trabajado de firme. Está descansando, y piensa en muchas cosas, sobre todo en el presente: ¡Es tan agradable y venturoso, tan plétórico de vida, que apenas queda tiempo para recordar! Los recuerdos llegarán más tarde, mucho más tarde, no dentro de diez ni de veinte años, sino después; de momento no han llegado aún, y tardarán en llegar. Sin embargo, incluso ahora afluyen, aunque rara vez, a su mente. Y hoy la persigue el más frecuente de estos raros recuerdos:

V

- ¡Me voy contigo, querido!
- ¿Cómo vas a irte sin ningún equipaje?
- Pues ya que no quieres llevarme hoy, me iré mañana.

— Piénsalo bien. Espera carta mía. Llegará mañana mismo.

Vera Pávlovna regresó a su casa. ¿Qué sensación la embargó mientras volvía con Masha? ¿Qué sintió y pensó durante el largo camino que va de la estación de Moscú a la avenida Sredni? Ella misma no lo sabía, pues el rápido curso de los acontecimientos la estremeció hasta lo más profundo de su ser. Aún no había pasado un día; hacía tan sólo veintidós horas que él encontró la carta de ella en su habitación, y ya se había ido. ¡Qué rápido y qué inesperado! A las dos de la madrugada, ella no presentía nada aún; Dmitri Serguéievich esperó a que, desfallecida por las inquietudes de aquella mañana, no pudiera resistir mucho al sueño: entró, pronunció unas cuantas palabras, casi todas las cuales fueron un incomprendible preámbulo para lo que quería decir, y lo que quería decir lo dijo en una frase muy breve: "Hace tiempo que no he visto a mis viejos. Voy a verlos. ¡Qué contentos se van a poner!" Se marchó inmediatamente. Ella lo siguió corriendo, a pesar de que él, cuando entró, le hizo prometerle que no le seguiría. "Masha, ¿dónde está, dónde está?" Masha, ocupada en recoger el servicio de té después de la visita de los amigos, respondió: "Dmitri Serguéievich se ha ido. Al salir me dijo que iba a dar un paseo". Y Vera Pávlovna tuvo que acostarse. ¿Cómo pudo conciliar el sueño? ¡Qué extraño! Pero es que ella ignoraba que todo sucedería aquella misma mañana, que ya apuntaba; él había dicho que tendría tiempo de hablar de todo; y apenas despertó ella, era ya la hora de irse a la estación. Todo esto pasó, raudo, ante sus ojos como si no hubiera sucedido con ella misma, como si alguien se lo estuviera contando apresuradamente. Sólo al volver de la estación se hizo cargo de las circunstancias y comenzó a pensar: ¿Qué va a ser de mí?

Iría a Riazán. Iría sin falta. No había otro remedio. Pero ¿y la carta prometida por él? ¿Qué diría? No, ¿qué necesidad había de esperarla para decidirse? Ella sabía

lo que diría la carta. Mas habría que aguardar a recibirla para tomar una decisión. Sin embargo, ¿para qué demorarlo? Saldría inmediatamente. Sí, saldría. Lo pensó una hora, dos, tres, cuatro. Pero Masha estaba hambrienta y la llamaba a comer por tercera vez. Más que llamarla, se lo ordenaba. Bah, también era una distracción. "Tengo muerta de hambre a la pobre Masha" —pensó Vera Pávlovna, y añadió en voz alta: "¿Por qué me ha esperado usted? Podía haber comido sin esperarme". — "¡No faltaba más, Vera Pávlovna!" Tornó a pensar una hora, dos horas: "Iré. Me iré mañana mismo. Esperaré la carta porque me lo ha pedido. Pero me iré, diga lo que diga. Sé muy bien lo que dirá". Así estuvo cavilando dos horas. A sus pensamientos vinieron a añadirse insistentemente seis palabras: "El no quiere que yo vaya". Estas palabras fueron adueñándose más y más de su cerebro; ya declinaba el sol, y ellas seguían, tenaces, en la mente de Vera Pávlovna. De pronto, poco antes de que la incansable Masha volviera a entrar exigiéndole que tomase un poco de té, de las seis palabras salieron otras cuatro: "Tampoco yo quiero ir". ¡Qué oportuna fue la entrada de Masha! Ahuyentó a las cuatro intrusas.

Mas la bienhechora Masha no las ahuyentó por mucho tiempo. Al principio, tenían miedo de presentarse y enviaron en su lugar una refutación de sí mismas: "Pero debo ir". Lo hicieron con el exclusivo objeto de regresar ellas amparándose en la refutación. En un instante volvieron a aparecer las seis palabras primeras: "El no quiere que yo vaya", las cuales se convirtieron acto continuo en las cuatro siguientes: "Tampoco yo quiero ir". Así estuvo pensando media hora, al cabo de la cual, los seis primeros vocablos y los cuatro siguientes comenzaron ya a rehacer a su antojo los anteriores, los principales: a la palabra inicial y esencial: "Iré", vinieron a añadirse dos signos que, aunque la dejaron intacta, le dieron un sentido muy distinto: "¿Iré?" Así se forman las palabras. Pero Masha vuelve a hablar: "Le he dado un ru-

blo, Vera Pávlovna. Aquí dice que si nos entregan la carta antes de las nueve, demos un rublo a quien la traiga, y si después, cincuenta kopeks. La ha traído un empleado del ferrocarril que ha llegado en el tren de la tarde. Dice que ha hecho lo que prometió y que para llegar antes ha tomado un coche en la estación". ¡Era la carta de él! Vera Pávlovna conocía su contenido: "No vengas". Sin embargo, iría, no haría caso de lo escrito, desobedecería el consejo, iría, iría. Aunque no, la carta decía algo que obligaba a obedecer: "Voy a Riazán, pero no directamente. Por el camino necesito resolver numerosos asuntos de la fábrica. En Moscú estaré alrededor de una semana, pues tengo muchas cosas que hacer: antes de llegar allí debo detenerme en dos ciudades y, pasado Moscú, en otros tres puntos, después de lo cual seguiré hasta Riazán. ¿Cuánto tiempo permaneceré en cada localidad y cuándo llegaré a cada una? Es imposible determinararlo aunque sólo sea porque, entre otras cosas, debo hacerme cargo del dinero recaudado por nuestros representantes comerciales. Y tú sabes, querida amiga (sí, así decía la carta: "querida amiga"; lo decía varias veces para darme a entender que seguía apreciándome, que no me guardaba rencor —recordó Vera Pávlovna—. Entonces besé estas dos palabras: "querida amiga"), tú sabes que para cobrar hay que esperar a veces varios días donde sólo pensabas detenerte unas cuantas horas. Por eso, no sé cuándo llegaré a Riazán; desde luego, no será muy pronto". Vera Pávlovna recordaba esta carta casi palabra por palabra. ¿Qué significaba? Significaba que él se desentendía de ella, impidiéndole estar a su lado. ¿Qué partido tomar? Las antiguas palabras: "Debo irme con él", se transformaron en: "No debo verle a él", y el último "él" no era ya el mismo en quien pensaba antes. Estas palabras desplazaron a todas las anteriores. Vera Pávlovna pensó una hora, pensó dos: "No debo verle a él". Pero ¿cómo y cuándo se cambiaron las palabras? Lo cierto es que se convirtieron en otras: "¿Será

posible que me entre deseo de verle? No"; y cuando comenzó a dormirse, habían sufrido otra modificación: "¿Será posible que le vea?" Ahora bien, ¿dónde estaba la respuesta? ¿Cuándo había desaparecido? Raro sería que las palabras no experimentaran algún otro cambio. Efectivamente, ahora decían: "¿Será posible que no le vea?" Y al amanecer, cuando se durmió, siguió pensando lo mismo: "¿Será posible que no le vea?"

Bien entrada la mañana, cuando despertó Vera Pávlovna, en su mente luchaban tan sólo tres palabras contra dos: "No le veré" y "Le veré". Así pasó la mañana entera. La lucha la hizo olvidarse de todo; las tres palabras pugnaban por vencer a las dos, atenazándolas y repitiendo: "No le veré". Y las dos se desprendían asegurando: "Le veré". Todo, todo se olvidó en medio de los esfuerzos de las tres palabras por someter a las dos. Ya las sometían y, para que no pudieran escaparse, llamaron a otra más: "No, no le veré; no, no le veré". Ahora entre las cuatro sujetaban a las dos palabras rebeldes, incapaces de evadirse. "No, no le veré; no, no le veré"... "No, no le veré". Pero, ¿qué hacía Vera Pávlovna? Ya tenía puesto el sombrero y miró instintivamente al espejo para cerciorarse de si estaba bien peinada, pero allí vio que tenía puesto el sombrero. Y de las cuatro palabras que tanto arraigaron en su cerebro quedaba sólo la primera, a la que habían venido a añadirse otras dos: "No hay remedio". No había remedio, no. "Masha, no me espere a comer. No comeré en casa".

—Alexandr Matvéievich no ha vuelto del hospital —dijo inmutable Stepán, y era natural que hablase con tranquilidad y flemma: la aparición de Vera Pávlovna no tenía para él nada de extraño, pues hasta hacía poco era asidua visitante de la casa. "Ya me lo figuraba —respondió ella—. Me sentaré a esperarlo. Cuando llegue, no le diga que estoy aquí". Tomó una revista y vio que podía leer: desde que se convenció de que "no había remedio", es decir, desde que adoptó su determinación, se sentía

muy tranquila. Ciertamente, leyó poco o nada; examinó el aposento y se puso a arreglarlo como si fuera su dueña; no hizo casi ningún arreglo, pero ¡qué satisfacción poder leer y ocuparse de los quehaceres domésticos! Observó que el cenicero estaba lleno, que había que arreglar el tapete de la mesa y poner la silla en su sitio. Vera Pávlovna pensaba: "No hay remedio. Comienza una nueva vida". Estuvo pensando alrededor de dos horas: "Comienza una vida nueva. ¡Qué sorpresa tan grata le causará! Comienza una vida nueva. ¡Qué felices somos!" Sonó el timbre. Vera Pávlovna se coloreó levemente y sonrió. Oyó pasos que se acercaban y vio abrirse la puerta. "¡Vera Pávlovna!" —Kirsánov se tambaleó y se apoyó en el picaporte; pero ella corrió hacia él y le abrazó: "¡Querido, querido! ¡Qué generoso es él! ¡Cuánto te quiero! No podía vivir sin ti". ¿Y qué sucedió después? ¿Cómo atravesaron la habitación? Ella no se acuerda. Recuerda tan sólo que corrió hacia él y que lo besó, pero ni ella ni él saben cómo atravesaron la habitación; recuerdan únicamente el momento en que pasaban junto a los sillones y a la mesa, pero ¿cómo se apartaron de la puerta...? Durante varios segundos, aquel beso les produjo vértigo, y sus ojos se nublaron... "¡Vérochka, ángel mío!" — "No podía vivir sin ti, Sasha. ¡Cuánto tiempo me has amado en silencio! ¡Qué noble eres! ¡Y qué noble es él, Sasha!" — "Cuéntame cómo ha sucedido todo esto". — "Le dije que no podía vivir sin ti. Al día siguiente, ayer, se marchó. Quise seguirle; estuve todo el día pensando que me iría tras él; y hoy, ya ves: llevo mucho tiempo sentada aquí". — "Pero ¿cómo has adelgazado en estas dos semanas, Vérochka! ¡Qué manos más pálidas!" Kirsánov le besó las manos. "Sí, amado mío, ha sido una lucha muy dura. Ahora puedo apreciar lo mucho que sufriste para no turbar mi tranquilidad. ¿Cómo pudiste dominarte tanto, que yo no observé nada? ¡Cuánto has debido sufrir!" — "Sí, Vérochka, ha sido una época difícil" —Kirsánov no dejaba de mirarle las manos y de besárselas. De pron-

to Vera Pávlovna se echó a reír: "¡Ay, qué descuidada soy! Tú vendrás cansado, Sasha, tendrás hambre". Escapándose de sus brazos, echó a correr. "¿A dónde vas, Vérochka?" Pero ella no respondió. Estaba ya en la cocina, diciendo presurosa y alegre a Stepán: "Sirva usted la comida cuanto antes, para dos personas. ¡Pronto! ¿Dónde están los platos y los cubiertos? Yo misma pondré la mesa. Usted traiga la comida. Alexandr se cansa tanto en el hospital... Hay que darle de comer en seguida". Vera Pávlovna llevó los platos, sobre los cuales tintineaban los cuchillos, los tenedores y las cucharas. "¡Ja, ja, ja! Dos novios que en su primera entrevista amorosa se preocupan, ante todo, de comer. ¡Ja, ja, ja!" Kirsánov se echó a reír y empezó a ayudarlo a poner la mesa; por más que se afanaba, lo único que hacía era estorbar, porque no cesaba de besarle las manos. "¡Ah, Vérochka, qué pálidas tienes las manos!" —repetía mientras se las besaba. Los dos reían entre beso y beso. "Pero en la mesa tienes que estarte quietecito, Sasha" —le advirtió ella. Stepán sirvió la sopa. Mientras comían, Vera Pávlovna refirió a Kirsánov los pormenores del asunto. "¡Ja, ja, ja, qué manera de comer tenemos los enamorados! Bueno, es que ayer no probé bocado". Entró Stepán con el último plato. "Stepán, por culpa mía se queda usted en ayunas, ¿no es así?" — "Así es, Vera Pávlovna. Tendré que comprar algo en la tienda". — "No importa, Stepán. De ahora en adelante sepa que tendrá que guisar para dos personas además de usted. Sasha, ¿dónde tienes la caja de los puros? Dámela". Ella misma cortó la punta a un habano y lo encendió: "Fuma, querido, mientras voy a hacer el café. ¿O quieres té? Amado mío, debemos comer mejor. Stepán y tú os habéis preocupado muy poco de esto". Vera Pávlovna regresó a los cinco minutos seguida de Stepán, que traía el servicio de té; y al volver vio apagado el cigarro de Alexandr: "¡Ja, ja, ja, se te ha ido el santo al cielo no estando yo!" Kirsánov sonrió. "Fuma" —le dijo ella, encendiéndole de nuevo el cigarro.

Al recordar ahora todo esto, Vera Pávlovna sonríe: “¡Qué prosaico! En la primera entrevista de amor, la so- pa; el primer beso nos produjo vértigo, y nos pusimos a comer. ¡Vaya una escena amorosa! ¡Es divertidísimo! Pero cómo refulgían sus ojos! Cierta que ahora le brillan igual. ¡Y cuántas lágrimas tuyas cayeron sobre mis manos, tan pálidas entonces! Ahora ya no son así. Verdaderamente, las tengo bonitas; él lleva razón”. Vera Pávlovna contempla sus manos, las coloca sobre sus rodillas, cuyos contornos destacan bajo la ligera bata, y vuelve a pensar: “Lleva razón”. Sonríe, levanta lentamente la mano hacia el pecho, la aprieta contra él y piensa: “Lleva razón”.

“¡Oh, para qué recuerdo esto! —sigue pensando Vera Pávlovna con una sonrisa—. Aquella entrevista fue originalísima: comida, besos, risas de los dos y lágrimas derramadas al ver la palidez de mis manos. Me senté para servir el té: “Stepán, ¿tienen ustedes nata? ¿Puede encontrarse por aquí cerca nata de buena calidad? Pero no, no hay tiempo y de fijo que será imposible hallarla. ¡Qué se le va a hacer! Ahora bien, mañana lo arreglaremos. Fuma, querido, siempre te olvidas de fumar”.

Aún no habían terminado de tomar el té cuando sonó un horrible campanillazo y penetraron en la habitación dos estudiantes que, en su precipitación, ni siquiera la vieron a ella. “¡Un sujeto interesante, Alexandr Matvéievich —exclamó uno jadeando—. Acaban de traerlo. Una complicación extraordinariamente rara”. Sólo Dios sabe el término latino que empleó para denominar la enfermedad del interesante sujeto. “Es curiosísimo, Alexandr Matvéievich, y se requiere asistencia urgente; no hay tiempo que perder; hasta hemos venido en coche”. — “¡Aprisa, querido, aprisa!” —dijo ella. Únicamente entonces, los estudiantes repararon en Vera Pávlovna, se inclinaron respetuosamente y acto seguido se llevaron a su profesor. Este había permanecido en su casa tan poco

tiempo, que ni siquiera se había quitado la guerrera, y ella lo apremió para que saliese cuanto antes. “¿Irás directamente a mi casa?” —le preguntó al despedirse. — “Sí”. Por la noche le esperó impaciente. A las diez no había vuelto aún. Dieron las once: era de suponer que no regresaría. ¿Por qué tardaba tanto? Vera Pávlovna no se alarmaba lo más mínimo: a Sasha no había podido pasarle nada; pero ¡cuánto tiempo lo retenía el interesante sujeto! ¿Y qué habría sido del pobre hombre? ¿Habría logrado salvarlo Sasha? Sí, Sasha le dedicó mucho tiempo. Regresó a las nueve de la mañana del siguiente día, después de estar en el hospital hasta las cuatro de la madrugada: “Era un caso muy difícil e interesante, Vé-rochka”. — “¿Se ha salvado el enfermo?” — “Sí”. — “¿Cómo te has levantado tan temprano?” — “No me he acostado”. — “¿Que no te has acostado? ¿Para llegar pronto aquí no has dormido en toda la noche? ¡Habrás visto! Vete a casa y duerme hasta la hora de comer. Que cuando yo llegue no te encuentre despierto”. A los dos minutos, Kirsánov se había ido ya.

Estas fueron sus dos primeras entrevistas de amor. Pero la segunda comida transcurrió con normalidad; se contaron ordenadamente sus vidas respectivas; no fue como el día anterior, que sólo Dios sabe lo que hablaron. Esta vez rieron, y estuvieron tristes, y se condolieron mutuamente; a cada cual se le antojaba que el otro había sufrido más... Semana y media después alquilaron una casita en Kámenni Ostrov y se mudaron a ella.

VI

Vera Pávlovna no recuerda muy a menudo el pasado de su actual amor. El presente está tan lleno de vida, que le queda poco tiempo para evocar nada. Pero cuando el pasado le viene a la memoria, algunas veces —al principio sólo algunas veces, y luego con más frecuencia—

cada recuerdo le causa una contrariedad que al comienzo es leve, efímera e incierta. ¿Quién o qué la disgusta? Y lo ve claro: está disgustada consigo misma. ¿Por qué? Ahora comprende ya qué rasgo de su carácter la contraría: su desmedido orgullo. Pero ¿es que el descontento consigo misma se refiere tan sólo al pasado? Al principio era así, mas ahora advierte que ya se extiende hasta el presente. ¡Y qué matiz tan extraño percibió en este sentimiento cuando empezó a revelársele con más claridad! Parecía que no era ella, Vera Pávlovna Kirsánova, quien se disgustaba personalmente, sino que en ella se traslucía el malestar de una masa de millones, y que no se trataba de un descontento suyo con su propia persona, sino que ésta compendiaba el descontento de millones de seres consigo mismos. ¿Quiénes eran aquellos millones de seres? ¿Por qué estaban insatisfechos de sí mismos? Si ella hubiera seguido viviendo casi siempre sola y pensando sola, es probable que no lo hubiera esclarecido tan pronto; pero ahora estaba constantemente con su marido, pensaban juntos, y en ninguno de los pensamientos de ella faltaba él. Esto le ayudó mucho a explicarse su sentimiento. Kirsánov, de por sí, se mostró incapaz en absoluto de descifrar el enigma; mientras el sentimiento fue oscuro para Vera Pávlovna, para él fue más oscuro: hasta se le hacía difícil comprender la posibilidad de un descontento que no ensombreciese para nada el contento personal ni tuviese relación alguna con asuntos de índole privada. Esto constituía para él una rareza cien veces más inexplicable que para ella. Pero a Vera Pávlovna le ayudó sobremanera pensar siempre en su marido, estar siempre con él, mirarlo, meditar en su compañía. Comenzó a notar que cuando la asaltaba el descontento, éste llevaba siempre aparejada una comparación: Vera Pávlovna se comparaba a sí misma con su marido. Y de este parangón salió la luz: "Hay diferencia, una diferencia lamentable". Ya estaba todo claro.

— Sasha, ¡qué simpático es NN! —dijo Vera Pávlovna mientras comían; y pronunció el apellido del oficial por cuyo intermedio quería entablar amistad con Tamberlick en su horrible sueño—. Me ha traído un poema nuevo que tardará en imprimirse. ¿Te parece que nos pongamos a leerlo después de comer? Te he estado esperando; no hago nada sin ti, Sasha. Tengo muchas ganas de leerlo.

— ¿De qué poema se trata?

— Ya lo oirás. Veremos si es un acierto del autor. NN dice que él —me refiero al poeta— está satisfecho en cierto modo.

Acomodáronse en la habitación de ella, y Vera Pávlovna comenzó a leer;

*De bote en bote traigo la arquilla,
llevo brocados, llevo percal;
¿no te dan pena, linda chiquilla,
los hombros mozos de este zagal?*

— Ahora noto —dijo Kirsánov después de oír varias decenas de versos— que empieza a cultivar un nuevo género, pero se percibe el estilo del poeta. ¿Verdad que es Negrásov? Te agradezco mucho que me hayas esperado. —No faltaba más! —respondió Vera Pávlovna. Y leyeron dos veces el pequeño poema que, gracias a su amistad con un conocido del autor, llegó a sus manos unos tres años antes de publicarse.

— Pero ¿sabes qué versos me han causado más impresión? —dijo Vera Pávlovna cuando hubieron leído varias veces algunos pasajes—. No son de la parte principal y, sin embargo, me gustan mucho. Cuando Katia esperaba el regreso de su novio sentía una profunda nostalgia:

*Lloraría sin consuelo
si de penar tiempo hubiera;
pero le agobian quehaceres
y ha de acabar cien faenas.*

*Aunque a veces no podía
aguantar más la mozueta,
bajo la hoz caen las mieses,
bajo el dalle cae la yerba.
Con las fuerzas de su alma
trilla temprano en la era
y hasta avanzada la noche
seca el lino en la pradera... 21*

Estos versos no son los más importantes del episodio en que figuran; sólo representan un prelude del sueño de la encantadora Katia, ilusionada por la idea de vivir con Vania; pero son los más afines a mis pensamientos.

— Verdaderamente, esta escena es una de las mejores del poema, pero los versos en cuestión no ocupan en ella el lugar más destacado. Si tanto te agradan, supongo que habrán coincidido con tus pensamientos. ¿Qué pensamientos son éstos?

— Verás, Sasha. Tú y yo hemos comentado en más de una ocasión que la mujer tiene una estructura tal vez más perfecta que la del hombre y que, por consiguiente, quizá lo desplace a segundo plano en la vida intelectual cuando sea abolido el predominio de la fuerza bruta. Los dos hemos deducido esta hipótesis observando la vida: hay muchas más mujeres que hombres inteligentes por naturaleza. Ambos pensamos lo mismo, y tú lo has confirmado con diversos ejemplos de la anatomía y de la fisiología.

— ¡Cómo insultas a los hombres! Además, Vérochka, todo eso lo dices tú mucho más a menudo que yo, y esto me ofende. Menos mal que la época que precedimos los dos está muy lejos. A no ser así, renegaría de mi opinión para no pasar a segundo plano. Por lo demás, Vérochka, se trata solamente de una hipótesis; la ciencia no dispone aún de datos para resolver esta cuestión de manera definitiva.

— Claro que sí, querido. Siempre nos ha extrañado que los hechos de la historia contradigan una conclusión que, según las observaciones efectuadas sobre la vida y

la estructura del organismo, es más que verosímil. La mujer ha desempeñado hasta ahora un papel tan insignificante en la vida intelectual porque el dominio de la violencia la ha venido privando de los medios de desarrollo y hasta del deseo de desarrollarse. La explicación es de fundamento. Pero he aquí otro hecho: por la magnitud de su fuerza física, el organismo de la mujer es muy inferior y, sin embargo, tiene más resistencia, ¿verdad?

— Este problema ofrece muchas menos dudas que el de la magnitud natural de las fuerzas intelectuales. Sí, el organismo de la mujer es más resistente a los elementos destructores materiales, al clima, al tiempo, a la mala alimentación. Hasta hoy, la medicina y la fisiología han dedicado pocos esfuerzos a analizar minuciosamente este hecho. Pero la estadística ha dado una respuesta general incontrovertible: el promedio de vida de la mujer supera al de los hombres. De donde se infiere que el organismo femenino es más fuerte.

— Cosa tanto más evidente si se tiene en cuenta que el régimen de vida de la mujer es mucho menos sano.

— Hay otro argumento que hace más rotunda esta conclusión. Nos lo proporciona la fisiología. La mujer alcanza su plena madurez antes que el hombre. En nuestro clima y en nuestra raza, la mujer crece, aproximadamente, hasta los veinte años, y el hombre, hasta los veinticinco. Supongamos, también aproximadamente, que el número de mujeres que viven hasta los setenta años es —en proporción— igual al número de hombres que alcanza los sesenta y cinco. Si tomamos en consideración la diferencia de los plazos de desarrollo, la superior fortaleza del organismo femenino será mucho más evidente de lo que supone el estadista que no tiene en cuenta dicha diferencia. Setenta dividido por veinte da tres y medio. Dividiendo sesenta y cinco por veinticinco, ¿cuál será el resultado? Poco más de dos y medio: dos enteros y seis décimas. Quiere decirse que la mujer, por naturaleza,

vive tres plazos y medio de su desarrollo pleno mientras el hombre vive dos y medio o poco más. Esta proporción denota la resistencia del organismo.

— La diferencia es mayor de lo que yo había leído.

— Sí, pero hay que tener presente que no he hecho más que poner un ejemplo, tomando cifras redondas, de memoria. No obstante, el carácter de la conclusión es el que he indicado. La estadística ha puesto de relieve que el organismo femenino es más fuerte. Tú has leído tan sólo las deducciones de la tabla del promedio de vida. Pero si a los datos estadísticos agregamos los datos fisiológicos, se obtiene una diferencia mucho mayor.

— Pues verás, Sasha, lo que pensaba hace tiempo y en lo que ahora me reafirmo. Creía yo que, puesto que el organismo femenino resistía mejor la acción destructora de los elementos materiales, era natural que la mujer soportase con más facilidad y firmeza las conmociones espirituales. Pero, en realidad, no es eso lo que nos dicen los hechos.

— Sí, quizá llesves razón. Se sobreentiende que, de momento, esto no es más que una hipótesis, pues el problema no está estudiado aún ni se han recogido datos especiales al respecto. Pero, evidentemente, tu deducción parte de un hecho tan indiscutible ya, que casi descarta la duda. La fortaleza del organismo guarda una relación estrechísima con la de los nervios. Es de suponer que los nervios de las mujeres sean más elásticos y de una estructura más sólida; y siendo así, deben resistir mejor las angustias y las conmociones. Mas en la realidad vemos muchos ejemplos de lo contrario. La mujer se atormenta a menudo con cosas que el hombre soporta bien. Aún no se han estudiado como es debido los motivos determinantes de que, en nuestra situación histórica, observemos fenómenos contrarios a los que cabe esperar, dada la propia estructura del organismo. Pero uno de estos motivos es evidente: gravita sobre todos los fenómenos históricos y sobre todos los aspectos de nuestra

vida actual; es la fuerza del prejuicio, la mala costumbre, la ilusión falsa, el temor ficticio. Si el hombre piensa: "No puedo", acaba por no poder, en realidad. A fuerza de decir a las mujeres: "Sois débiles", ellas se sienten débiles y lo son. Tú conoces casos de personas completamente sanas que se extenuaron hasta el último extremo y murieron sólo de pensar que habían de consumirse y morir. Pero hay ejemplos que afectan a masas, a pueblos enteros, a toda la humanidad. Uno de los más notables nos lo ofrece la historia de las guerras. En la Edad Media, la infantería estaba segura de que no podía hacer frente a la caballería; y, en efecto, no podía resistirla. Unos centenares de jinetes dispersaban ejércitos enteros de infantes como si fueran rebaños de ovejas. Todo ello hasta el momento en que apareció en el continente la infantería inglesa, compuesta de labradores activos e independientes que no eran timonatos ni solían retroceder sin batirse. Apenas llegaron a Francia estos hombres, nada dispuestos a admitir de antemano que debían huir ante las tropas de a caballo, las vencieron en todas las batallas, aunque fueran muy superiores en número. Ya conoces las famosas derrotas de ejércitos franceses de caballería por escasos contingentes de infantería inglesa en Cressy, en Poitiers y en Agincourt. La misma historia se repitió cuando los infantes suizos se convencieron de que no tenían por qué considerarse inferiores a la caballería feudal: la caballería austriaca, primero, y después la borgoñesa, más numerosa, comenzaron a ser vencidas en cada encuentro; luego probaron a batirse con ellos las fuerzas de a caballo de otros Estados, y todas ellas fueron deshechas. Entonces se generalizó la idea de que las tropas de a pie eran más fuertes que la caballería. Pero durante siglos enteros, la infantería fue mucho más débil tan sólo porque así se consideraba.

— Sí, Sasha, es cierto. Somos débiles porque así nos consideramos. Pero entiendo que existe otra causa. Quiero hablar de ti y de mí. Dime, querido, ¿cambié

mucho durante aquellas dos semanas que no me viste? Tú estabas entonces demasiado nervioso. Pudo parecerse que había cambiado más de lo que era en realidad. ¿O, verdaderamente, el cambio había sido muy grande? ¿No te acuerdas?

— Es verdad que adelgazaste mucho y que estabas muy pálida.

— ¿Lo ves, querido? Ahora acabo de comprender lo que subleva mi orgullo. Tú me amabas profundamente. ¿Por qué, pues, la lucha no se reflejó en ti con síntomas tan visibles? Nadie te vio palidecer o adelgazar durante los meses que estuviste separado de mí: ¿cómo pudiste resistirlo todo con tanta facilidad?

— Ya comprendo por qué te han gustado tanto los versos en que se dice que Katia disipó su nostalgia con el trabajo. Quieres saber si he experimentado en mí mismo la certeza de esta observación. Sí, es completamente justa. Sobrellevé bastante bien la lucha porque no tenía tiempo de pensar demasiado en ella. Mas en cuanto me asaltaba, sufría muchísimo. La necesidad cotidiana me obligaba a olvidarla la mayor parte del tiempo: tenía que cuidar enfermos y preparar lecciones, y mientras me dedicaba a esto me abstraía de otros pensamientos, involuntariamente incluso. Los raros días en que me quedaban muchas horas libres, sentía que las fuerzas me abandonaban. Creo que si hubiera dado rienda suelta a mis pensamientos durante una semana, me habría vuelto loco.

— Es cierto todo lo que dices; y en los últimos tiempos comprendí que en eso residía el secreto de la diferencia entre tú y yo. Quien tiene una ocupación ineludible e impostergable es incomparablemente más firme.

— Pero tú tenías entonces muchos quehaceres, y ahora también.

— ¡Ay, Sasha! ¿Acaso son ocupaciones perentorias? Me dedico a ellas cuando quiero y el tiempo que quiero. Si se me antoja, puedo atenderlas menos o no atenderlas

en absoluto. Para dedicarse a ellas en medio de una alteración espiritual se requiere una voluntad extraordinaria, única fuerza capaz de obligarnos a atenderlas. Yo no tengo el acicate de la necesidad. En las faenas de la casa, por ejemplo, invierto mucho tiempo; pero las nueve décimas partes es por mi propio capricho. ¿Acaso si tuviera una sirvienta hacendosa no me sucedería casi lo mismo, aunque trabajase mucho menos? ¿Y acaso se gana gran cosa invirtiendo mucho más tiempo para obtener una mejora tan pequeña? La necesidad de esto no tiene, tampoco, otro motivo que mi deseo. Cuando se goza de tranquilidad espiritual, puede una dedicarse a estas cosas; cuando se tiene el espíritu trastornado, hay que abandonarlas porque se puede pasar sin ellas. Lo más fútil se sacrifica siempre a lo más importante. Apenas los sentimientos sufren una conmoción fuerte, alejan toda idea acerca de estas cosas. Tengo clases, las cuales son ya un asunto algo más importante, y no puedo dejarlas por un simple antojo. Pero, sin embargo, no me llenan. Les presto la atención debida tan sólo cuando quiero; si durante una lección pienso poco en ella no transcurre mucho peor, pues mi labor pedagógica es demasiado sencilla y no posee la fuerza necesaria para absorber el pensamiento. Además, ¿vivo, acaso, de las lecciones? ¿Depende de ellas mi situación y me reportan los principales medios para llevar la vida que llevo? No; estos medios me los proporcionaba el trabajo de Dmitri, y ahora, el tuyo. Las clases halagan mi sentimiento de independencia y no son inútiles. Pero no representan para mí una necesidad vital. Probé entonces a desterrar los pensamientos que me atormentaban, ocupándome del taller mucho más que de ordinario. Sin embargo, lo hice también a costa de un esfuerzo de voluntad, pues comprendía que mi presencia allí era necesaria sólo por una hora u hora y media y que si permanecía más tiempo, me ocupaba de una tarea artificial, útil, pero no indispensable para la causa. Por otra parte, ¿es que la propia causa podía ser

 un sostén para personas corrientes como yo? Los Rajmétov son gente de tipo especial: se funden con la causa común de tal modo, que ésta se convierte para ellos en una necesidad que colma su existencia y hasta reemplaza su vida privada. Para nosotros, Sasha, esto es inconcebible. No somos águilas, como él. Necesitamos la vida propia. ¿Acaso el taller constituye mi vida? No es una empresa mía, sino ajena. Si la atiendo no es por mi interés, sino por el interés de otros y, quizá, por mis ideas. Pero ¿es que, tal vez, quienes, como nosotros, no son águilas, prestan atención a los demás cuando ellos mismos atraviesan trances amargos? ¿Acaso se ocupan de las ideas cuando los martirizan sus sentimientos? No; necesito una ocupación propia de la que dependa mi existencia; una empresa que sea para mí misma, para mi modo de vivir, para mis medios de vida y para mi destino en general más importante que todas mis pasiones. Sólo una ocupación de tal género puede servir de apoyo en la lucha contra la pasión y, lejos de ser desplazada por ésta, puede ahogarla. Sólo ella da fuerza y reposo. Una ocupación así deseo yo.

— Cierta, amiga mía, cierto —exclamó entusiasmado Kirsánov besando a su mujer, cuyos ojos refulgían, excitados—. ¡Mira que no haber caído yo en una cosa tan sencilla! ¡No haberme dado cuenta! Vérochka, nadie puede pensar por uno mismo. Quien aspire a ser feliz, piense en sí mismo y preocúpese de su propia suerte, pues nadie lo hará mejor que él. ¡Quererte como yo te quiero y no darme cuenta hasta que tú me lo has dicho! Pero —continuó Kirsánov, riéndose ya y besando sin cesar a su esposa—, ¿por qué ves ahora esta necesidad? ¿Piensas enamorarte de alguien, Vérochka?

Vera Pávlovna soltó una carcajada, y la risa impidió a ambos hablar durante un buen rato.

— Ahora estamos seguros los dos —dijo, por fin, ella—. Ahora sé, como probablemente sabes tú, que ni contigo ni conmigo puede suceder nada semejante. Pero,

hablando en serio, ¿sabes lo que me parece ahora, querido? Si bien es cierto que mi amor a Dmitri no era todavía el de una mujer formada, tampoco él me quería en el sentido que nosotros atribuimos a esta palabra. Su sentimiento por mí era una mezcla de profundísimo afecto hacia la amiga y de momentáneos arrebatos de pasión hacia la mujer; por mí, como persona, sentía amistad, pero sus arrebatos pasionales buscaban tan sólo a la hembra. No, aquello no era amor. ¿Acaso pensaba mucho en mí? No, pensar en mí no le seducía gran cosa. Ni de su parte ni de la mía hubo nunca amor verdadero.

— Eres injusta con él, Vérochka.

— Te equivocas, Sasha, es tal como lo digo. Hablando entre nosotros no hay por qué elogiarlo, pues bien sabemos los dos el concepto tan elevado que tenemos de él; sabemos también que, por mucho que él afirme que no sufrió nada, sufrió mucho; tal vez tú mismo digas que te fue fácil luchar contra tu pasión; todo eso está muy bien y no es fingido; pero afirmaciones tan categóricas no deben entenderse literalmente. Comprendo muy bien, amigo mío, lo que sufriste... Para que veas si lo comprendo bien...

— ¡Vérochka, que me ahogas! ¡Di que, además de la fuerza de tu sentimiento, querías demostrar la de tus brazos! ¡Qué potencia tienes! ¡Cómo no vas a tenerla con un pecho así!...

— ¡Sasha querido!

VIII

— Sasha, no me dejaste terminar —comenzó diciendo Vera Pávlovna cuando, dos horas después, estaban sentados tomando el té.

— ¿Que no te dejé terminar? ¿Tengo yo la culpa?

— Pues claro.

— ¿Quién empezó a retozar?

— ¿Y no te da vergüenza?

— ¿De qué?

— De que fuese yo la que empezara. ¡Comprometer de esta manera, con tu flema, a una mujer tímida!

— ¿De veras? Pues yo creía que hablabas de la igualdad. Y la igualdad significa igualdad de iniciativa.

— ¡Ja, ja, ja! ¡Qué expresión más fina! Pero ¿te atreves a acusarme de inconsecuencia? ¿Es que no procuro yo tener igualdad de iniciativa? Bueno, pues ahora quiero tomar la iniciativa de continuar una conversación seria que hemos olvidado.

— Tómala, pero me niego a seguirte. Yo tomo la iniciativa de seguir olvidando. Dame la mano.

— Sasha, mira que es preciso que terminemos de hablar.

— Mañana será otro día. Ahora, como verás, me interesa mucho analizar esta mano.

IX

— Sasha, hace falta que terminemos la conversación de ayer. Es necesario, porque me dispongo a irme contigo y conviene que sepas para qué —dijo Vera Pávlovna por la mañana.

— ¿Conmigo? ¿Vienes conmigo?

— Naturalmente. Me preguntaste para qué necesitaba una ocupación de la que dependiera en serio toda mi vida, a la que tuviese tanto aprecio como tú a la tuya, que fuera tan indispensable y me exigiera tanta atención como la tuya te exige a ti. Querido mío, la necesito porque soy muy orgullosa. Hace tiempo que me agobia y avergüenza recordar que la lucha contra mi sentimiento se reflejó tanto en mí y se me hizo tan insoportable. Ya sabes que no me refiero a que fuese dura, pues también lo era para ti; todo depende de la fuerza del sentimiento, y lamentar ahora la dureza de la lucha equivaldría a lamentar la intensidad de aquél. No me refiero a eso. Pero

¿por qué, en la lucha contra esta fuerza, no tuve un apoyo firme como el que tenías tú? Quiero tenerlo. Esto me ha sugerido una idea. He aquí la verdadera necesidad: deseo igualarme a ti en todo. Eso es lo principal. He encontrado una ocupación. Cuando ayer nos despedimos pensé en ella largo rato. Se me había ocurrido por la mañana, estando sola; ayer mismo quería haber consultado con una persona tan buena como tú, pero defraudaste mi confianza en tu formalidad. Ahora es ya tarde para consultar, porque estoy decidida. Sasha, te espera un buen ajetreo conmigo. ¡Qué contentos nos pondremos si soy capaz de hacer lo que he pensado!

Sí, Vera Pávlovna acababa de idear una ocupación en la que no podía pensar antes: la mano de su Alexandr estaba constantemente junto a la suya, y por eso le era fácil avanzar. Lopujov se limitaba a no ponerle impedimentos, igual que ella a él. Decir esto sería decir poco, muy poco; ella estuvo siempre segura de que cada vez que necesitase el brazo de él, hubiera podido disponer no sólo de su brazo, sino incluso de su cabeza; Lopujov no hubiera vacilado en arriesgarla por ella, como no se hubiera mostrado remiso en tenderle la mano. Es decir, en los casos trascendentales, en los momentos críticos, su mano hubiera sido tan diligente y segura como la de Kirsánov, y bien lo demostró con su boda, sacrificando por Vera Pávlovna todas sus ilusiones científicas y no vacilando en arrostrar el peligro del hambre. Ciertamente; tratándose de un caso importante, su mano estaba presta; pero, como regla general, se hallaba muy lejos de su esposa. Vera Pávlovna organizaba su taller; de haber sido necesaria la ayuda de Lopujov, éste la hubiera prestado gustoso. Pero, ¿por qué no hacía apenas nada, limitándose a no estorbar, a animarla y a alegrarse? El tenía su vida, y ella la suya. Ahora habían cambiado las cosas. Kirsánov no esperaba los requerimientos de Vera Pávlovna para participar en todo cuanto ella emprendía. Se interesaba por la vida cotidiana de su esposa tanto

como ella misma y como Vera Pávlovna por la de él. Las relaciones eran muy distintas que con el primer marido; por eso se sentía impulsada a actuar con nuevas energías, y por eso comenzaron a germinar en ella y a adquirir forma práctica ideas que antes sólo conocía teóricamente y que, en esencia, no le llegaban al alma. Nadie piensa con seriedad en nada irrealizable.

De este género eran los pensamientos que comenzaron a adueñarse de la mente de Vera Pávlovna y a servir de motivos para su actividad.

X

“Formalmente, tenemos cerrados casi todos los caminos de la vida civil. En la práctica se nos vedan incluso muchas —casi la totalidad— de aquellas actividades sociales para cuyo ejercicio no se nos ponen cortapisas formales. De todas las esferas de la existencia se nos ha reducido al estrecho círculo de la vida familiar. Ser miembros de la familia y nada más. ¿Qué otras ocupaciones se nos ofrecen? Casi solamente una, la de institutriz, y tal vez dar algunas lecciones que no quieran quitarnos los hombres. En este único camino falta espacio para todas; nos estorbamos las unas a las otras porque somos demasiadas; el oficio apenas puede darnos algo de independencia porque somos demasiadas las que ofrecemos nuestros servicios; ninguna de nosotras es necesaria porque somos demasiadas. ¿Qué importa a nadie una institutriz? Anuncie usted que necesita una, y acudirán decenas y hasta centenares para disputarse el puesto.

Mientras las mujeres no procuren marchar por muchos caminos, carecerán de independencia. Cierto que abrir un sendero nuevo cuesta trabajo. Pero mi situación al respecto es particularmente favorable, y me avergonzaría de no aprovecharla. No estamos preparadas para trabajos serios; ignoro hasta qué punto será necesario

disponer de un guía para prepararse; pero sé que, sea cual fuere el grado en que precise su ayuda diaria, tengo el preceptor aquí, conmigo. Y esto no representará una carga para él. Le será tan grato como a mí.

La costumbre nos cierra caminos independientes que la ley no nos cierra. Yo puedo penetrar en cualquiera de estos caminos si me decido a arrostrar el primer embate de los convencionalismos. Hay un camino que está mucho más cerca de mí que los demás. Alexandr es médico. Me dedica todo su tiempo libre. Con un marido así me será fácil probar a hacerme médica.

Tendría suma importancia que, por fin, apareciesen mujeres de esta profesión. ¡Qué útiles serían para todas las demás! A la mujer le resulta mucho más fácil hablar con una mujer que con un hombre. ¡Cuántos sufrimientos, cuántas muertes y cuántos infortunios se evitarían! Hay que intentar”.

XI

Vera Pávlovna terminó su conversación con su marido poniéndose el sombrero y yéndose con él al hospital a probar sus nervios: ¿podría ver la sangre, estaría en condiciones de estudiar anatomía? La situación de Kir-sánov en el hospital hizo que la prueba no tropezase con ningún obstáculo.

Desde el punto de vista poético, ya he comprometido mucho a Vera Pávlovna sin el menor reparo. No he ocultado, por ejemplo, que come todos los días —y, además, con apetito—, que desayuna y cena. Pero he llegado a un momento en que, pese a la descarada bajeza de mis conceptos, me invade la timidez y pienso: “¿No hubiera sido mejor silenciar esto? ¿Qué podrá pensarse de una mujer capaz de practicar la medicina?” ¡Qué nervios tan bastos y qué alma tan dura debe tener! ¡No es una mujer, sino un carnicero! Mas, al considerar que no presento a mis

personajes como ideales de perfección, me tranquilizo: que cada cual juzgue como quiera y considere tosca la naturaleza de Vera Pávlovna, ¿qué me importa a mí? Si es tosca, que lo sea.

Por eso digo serenamente que encontró una gran diferencia entre la ociosa contemplación de las cosas y el trabajo activo en ellas, para su propio bien y para el de sus semejantes.

Recuerdo lo que me asusté cuando me despertó el gran alboroto provocado por el primer incendio que vi, teniendo doce años. El cielo parecía arder. Sobre la población —una gran ciudad de provincia— volaban pavesas; todo eran ruidos horribles, carreras y gritos. Yo temblaba como un azogado. Por fortuna, aprovechando el desconcierto reinante en mi casa, logré escaparme y llegar al lugar del incendio. El fuego llameaba a lo largo del malecón (o sea, de la orilla, porque ¡valiente malecón había allí!). En la ribera había mucha leña y madera, que chiquillos como yo iban retirando de las casas en llamas. Me uní a ellos. ¿Qué había sido de mi miedo? Trabajé con enorme ahinco hasta que nos dijeron: “Basta; ya no hay peligro”. Y a partir de entonces abrigo el convencimiento de que quien tenga temor a un incendio lo mejor que puede hacer para quitárselo es acercarse a él y ponerse a trabajar.

Quien trabaja no se asusta jamás ni siente repulsión o asco.

Vera Pávlovna se dedicó, pues, a la medicina. Y en esta profesión, nueva entre nosotros, fue una de las primeras mujeres que conocí. Consagrada a tal ocupación, comenzó a sentirse otra persona. La confortaba una idea: “Dentro de varios años podré andar, verdaderamente, por mi propio pie”. Gran idea. No hay felicidad completa sin independencia completa. ¡Pobres mujeres, qué pocas de vosotras gozáis esta felicidad!

XII

Pasa un año; pasará otro y otro después del casamiento con Kirsánov, y los días de Vera Pávlovna transcurrirán como los de ahora —al año de casados— o como desde el momento mismo en que contrajeron matrimonio. Correrán muchos años, y los días de ella seguirán el mismo curso si no acontece algo extraordinario: ¿quién sabe lo que nos depara el futuro? Pero hasta el momento de escribirse estas líneas no ha sucedido nada de particular, y los días de Vera Pávlovna se deslizan como entonces, al año o a los dos años de casarse con Kirsánov.

Después de la comprometedora decisión de Vera Pávlovna, que se creyó capaz de consagrarse a la medicina, se me hace más fácil hablar de lo demás, pues nada podrá comprometerla tan terriblemente ante la opinión del público. Y he de declarar que ahora, habitando en la calle Sérguiévskaia, como antes, cuando vivía en Vasílievski Ostrov, el desayuno, la comida y la cena constituyen tres partes esenciales de la vida de Vera Pávlovna: sigue ateniéndose al antipoético uso de desayunar, comer y cenar, considerándolo agradable. En general, conserva todas sus costumbres antipoéticas, antielegantes y de mal tono.

Muchas otras cosas han permanecido inalterables en esta época tranquila, manteniéndose tal como fueron en la época tranquila precedente. Las habitaciones continúan divididas en neutrales y no neutrales, perdura la regla de no entrar el uno en la habitación del otro sin el permiso correspondiente; se observa la norma de no repetir una pregunta después de recibir la respuesta: “No me preguntes eso”; y sigue en pie, asimismo, la de olvidar por completo la pregunta hecha apenas se recibe tal contestación. Todo esto pervive porque subsiste el convencimiento de que si valiera la pena responder, no habría necesidad de preguntar, y sin pregunta alguna, todo

se diría a su tiempo, de donde se infiere que lo que no se ha dicho no tiene interés. En esta época tranquila, todo permanece igual que en la época tranquila anterior. Sólo que ahora todo ha cambiado un poco; o, quizá, ni siquiera haya cambiado, pero nada es exactamente igual que antes; e incluso la vida es distinta.

Por ejemplo, las habitaciones neutrales y no neutrales siguen rigurosamente delimitadas, pero el permiso para entrar en las no neutrales ha sido fijado para siempre, señalándose determinadas horas. Todo ello se debe a que los esposos pasan en las habitaciones no neutrales dos terceras partes del tiempo libre. Han tomado por costumbre desayunar en la habitación de ella y cenar en la de él. La cena se celebra sin ceremonia alguna: el criado —Stepán— lleva a la habitación de Alexandr el samovar, la vajilla y los cubiertos, y ahí se acaba todo. En cambio, para el desayuno han establecido un ritual muy particular: Stepán coloca el samovar y el servicio en la habitación neutral más cercana a la de Vera Pávlovna y se lo anuncia a Alexandr Matvéievich si lo encuentra en su gabinete. Pero ¿y si no lo encuentra? Si no lo encuentra, no tiene por qué anunciar nada: ellos mismos recordarán que es hora de desayunar. Tienen establecida la regla de que por la mañana Kirsánov entre sin pedir permiso en el aposento de su esposa. Quienquiera que sepa cómo se levanta Vera Pávlovna comprenderá que no puede arreglárselas sin su marido.

Al despertarse, permanece tendida en su abrigado lecho; tiene pereza de levantarse. Piensa y no piensa; dormita y no dormita. Piensa en algo referente al día de hoy o a los inmediatos, a su casa, al taller, a los amigos, a sus planes para la jornada. Esto, naturalmente, dista mucho del sueño. Pero existen, además, tres objetos de sus desvelos: a los tres años de la boda, apareció Mitia, al que ella tiene ahora en brazos y al que han dado este nombre en honor de su amigo Dmitri; los otros dos pensamientos que la embargan son Sasha y la obra em-

prendida, que le da la total independencia. Pudiera decirse que Sasha no constituye un pensamiento aparte, porque se halla presente en todos los de Vera Pávlovna, en toda su vida. Ahora bien, ¿qué nombre dar a este pensamiento perenne cuando es único dueño y señor de su mente, cosa que ocurre durante mucho tiempo? ¿Es un pensamiento o un sueño? ¿Duerme Vera Pávlovna o no duerme? Tiene los ojos entreabiertos y las mejillas ligeramente sonrosadas: por su color parece dormir... Si está adormilada. Muchas veces, el tiempo vuela de tal modo, que Vera Pávlovna no consigue levantarse y tomar el baño (está montado con todas las comodidades y ha costado no pocos esfuerzos: hubo que tender tuberías desde el grifo del agua y desde la caldera de la cocina; todo este lujo requiere mucha leña, pero ahora pueden permitírsele); y muy a menudo tiene tiempo de bañarse y de tumbarse otra vez a descansar hasta la llegada de Sasha; pero frecuentemente —quizá con más frecuencia aún— se pone a pensar o se queda traspuesta, y antes de que se decida a tomar el baño aparece el marido.

¡Qué delicia bañarse todos los días! Al principio, el agua está muy caliente; después, Vera Pávlovna cierra el grifo del agua caliente y abre el desagüe, dejando correr el caño frío; y el agua de la bañera va refrescándose poquito a poco. ¡Qué bien! Hay veces que se pasa en el baño media hora e incluso una, sin querer salir de él.

Se baña y se viste sola, sin la sirvienta. Y es mucho mejor. Bueno, se las arregla sola cuando se levanta antes de que llegue el marido. Pero ¿y si tarda en levantarse? En tales casos no hay manera de librarse —por otra parte, ¿para qué?— de que Sasha haga las veces de doncella. ¡Qué gracia tiene! Y puede que ni siquiera el contacto de la mano de la cantante intrusa haga aparecer en el imaginado diario las palabras: “¡Da coraje incluso!” En uno u otro caso, Kirsánov ha tomado a su cargo la tarea de servir el desayuno.

Era imposible que sucediese de otro modo. Sasha llevaba razón al decir que había que organizarlo así, porque es una verdadera delicia tomar en la cama el té, es decir, la nata recalentada con una pequeña adición de té cargadísimo. Sasha sale a recoger la vajilla y los cubiertos—esto es más frecuente que cuando entra ya con ellos—y sirve el desayuno. Ella sigue deleitándose en la cama y, después de desayunar, permanece un rato semitendida, pero no en el lecho, sino en un diván que, a más de ser muy ancho, tiene la suprema virtud de ser blando como un colchón de plumas. En él se queda hasta las diez o las once, cuando el marido debe marcharse al hospital, o a las clínicas, o a la academia; pero, apurada la última taza de té, Sasha enciende un cigarro, y uno de los dos esposos recuerda al otro: “A trabajar”, o “Basta, basta, hay que empezar el trabajo”. ¿Qué trabajo? Pues ¿qué trabajo va a ser? Vera Pávlovna tiene que estudiar las lecciones o preparar los deberes. Sasha es su asesor en los estudios de medicina, pero su ayuda es todavía más valiosa en la preparación de las asignaturas de bachillerato de que ella tendrá que examinarse y que le resultan demasiado aburridas cuando las estudia sola. ¡Qué horribles son las matemáticas! Quizá sea más fastidioso todavía el latín. Sin embargo, no hay más remedio que apechar con ello. Por otra parte, no es tan pesado: en los exámenes que se efectúan en la Academia de Medicina para suplir el bachillerato no se exige gran cosa. No me atrevo a afirmar que Vera Pávlovna aprenderá alguna vez tanto latín como para traducir aunque sean dos líneas de Cornelio Nepote, pero ya entiende las frases que aparecen en los libros de medicina, porque esto es necesario y no le resulta muy difícil. En fin, basta ya. Veo que estoy comprometiendo a Vera Pávlovna irremisiblemente. Sin duda, el lector perspi...

DIGRESION ACERCA DE LA PEDANTERIA

— ¡Qué pedantería! ¡Esta mujer es pedante hasta dejárselo de sobra! ¡No puedo aguantar a los pedantes! ¡Son sordos y fastidiosos! —exclama el lector perspicaz con vehemencia, aunque no sin gravedad.

¡Hay que ver la mutua afición que nos tenemos el lector perspicaz y yo! Me llenó de improperios una vez, lo eché dos veces con cajas destempladas y, sin embargo, no podemos dejar de cambiar nuestros pensamientos más recónditos! ¡Impulsos secretos del corazón, qué se le va a hacer!

— ¡Oh, clarividente lector! —le respondo—. Llevas razón; el pedante es, sin duda alguna, estúpido, tedioso e insufrible. Lo has adivinado. Mas no has adivinado *quién es* el pedante. Ahora lo verás como en un espejo. El pedante, con absurda afectación, habla, engreído, de materias literarias o científicas de las que no sabe ni jota; y no habla de ellas porque le interesen, sino por hacer gala de su inteligencia (de la que la naturaleza le ha privado), de sus altos afanes (tiene tantos como la silla en que se sienta) y de su instrucción (no superior a la de un papagayo). ¿Sabes de quién es esa carota grosera y esa figura relamida que ves en el espejo? Pues es la tuya, amiguete. Por larga que te dejes la barba o por bien que te la afeites, eres, indudable e indiscutiblemente, un auténtico pedante. Por eso te despedí dos veces con viento fresco: porque no puedo aguantar a los pedantes que, entre los hombres, son diez veces más numerosos que entre las mujeres.

Y quien se dedica a alguna cosa con un fin práctico es sencillamente eso: una persona empeñada en un asunto, sea éste cual fuere y lleve la persona ropa de hombre o de mujer.

La digresión, tan provechosa para el lector perspicaz, acerca de la pedantería (o sea, de él) me ha hecho suspender el relato de cómo transcurre ahora el día de Vera Pávlovna. ¿Qué entendemos al decir "ahora"? Cualquier momento a partir del día en que se mudó a la calle Sér-guievskaja. Sin embargo, ¿para qué proseguir la descripción? No nos quedará sino decir, en líneas generales, que el cambio introducido en las tardes de Vera Pávlovna por la reanudación de sus relaciones con Kirsánov en Vasilievski Ostrov ha adquirido ahora su máximo desarrollo; que los Kirsánov constituyen el centro de una respetable cantidad de familias jóvenes, bien avenidas y felices como la suya e idénticas por su ideología; que la música, el canto, la ópera, la poesía, los paseos y el baile ocupan todas las tardes libres de cada una de estas familias, pues a diario se celebran en casa de una de ellas o en alguna otra parte veladas y fiestas a las que asiste la mitad del círculo de sus amistades, y los Kirsánov, como los demás, pasan la mitad de las tardes en medio de este ruido. En esto no hay por qué detenerse, se comprende de por sí. Mas hay una cosa que, por desgracia, debe explicársele a mucha gente demasiado en detalle, a fin de que la comprenda. Quien no lo sepa por experiencia propia, habrá leído, al menos, la gran diferencia que encuentra una muchacha o un muchacho entre una velada cualquiera y una velada en compañía de la persona a quien ama, entre asistir a una función de ópera y asistir teniendo al lado a la persona amada. Hay una diferencia muy grande, como es notorio. Pero lo que saben muy pocos es que la sensación de gozo que a todos trasmite el amor no debe, en rigor, ser un fenómeno momentáneo en la vida del hombre; que esta brillante luz de la existencia no debe iluminar tan sólo el período de búsqueda, de aspiración o, llamémoslo así, de galanteo; que este período equivale a la aurora que, aunque sugestiva y

hermosa, no pasa de ser la precursora de un día en el que habrá mil veces más luz y calor, los cuales aumentarán sin cesar, sobre todo el calor, que sigue apretando durante mucho tiempo incluso después de mediodía. Antes, cuando se unían los enamorados, la poesía del amor se marchitaba pronto. Ahora, entre las personas llamadas "gente nueva" no sucede así. Cuanto más tiempo viven juntas, unidas por el amor, tanto más las ilumina y apasiona la poesía de este sublime sentimiento, hasta que llega el crepúsculo de su vida, época en que el cuidado de los hijos les preocupa sobremanera. Entonces, un afán mucho más dulce viene a prevalecer sobre el contento personal, que hasta ese momento crece sin interrupción. Lo que entre la gente antigua duraba meses efímeros, entre la nueva dura luengos años.

¿Por qué? Eso es ya un secreto, y estoy dispuesto a revelároslo: un secreto magnífico; vale la pena aprovecharse de él, y no es nada difícil. Basta con tener buen corazón, un alma pura, un concepto moderno de los derechos del hombre y el debido respeto a la libertad de la persona con quien uno vive. A eso se reduce todo el secreto. Mira a tu mujer como la mirabas cuando era tu novia y recuerda que a cada momento tiene derecho a decirte: "Estoy descontenta de ti. Apártate de mi vera". Considérala así, y a los nueve años de casados seguirá inspirándote el mismo sentimiento poético que en su época de novia. No, te infundirá un sentimiento más poético, más ideal en el buen sentido de la palabra. Proclama su libertad tan abierta, formal e incondicionalmente como reconoces la libertad de tus amigos para profesarte amistad o no profesártela; si así lo haces, a los diez o a los veinte años de matrimonio serás para ella tan atrayente como durante vuestro noviazgo. Así vive la gente nueva. Una existencia envidiable. Precisamente por eso, el uno es fiel al otro y se aman a los diez años de la boda con más pasión y poesía que el día en que se casaron; y a lo largo de estos diez años, ninguno de los

dos ha dado al otro un beso hipócrita ni le ha dirigido una palabra falsa. "La mentira no salía de sus labios" —se dice de alguien en no sé qué libro. "Su corazón no conoce el fingimiento" —se dice no sé de quién en otra obra, puede que en la misma. Leyendo tales cosas exclama uno: "¡Qué nivel moral tan admirable se atribuye a esta persona!" Al escribir el libro, sus autores pensaban: "Presentaremos a un hombre que suscite la admiración general". Quien escribió el libro no preveía y quien lo lee no comprende que los hombres nuevos no admiten en el número de sus amistades a nadie cuya alma no sea idéntica a la de ellos, que a la gente nueva no le faltan amigos ni sus amigos le parecen otra cosa que gente nueva, buena, pero muy sencilla.

→ Lástima que hasta hoy día por cada hombre nuevo haya una docena, si no más, de gente antediluviana. Cosa natural, por otra parte: a un mundo antediluviano, una población antediluviana.

XV

— Llevamos viviendo juntos tres años (antes decían uno, luego dos, y después dirán cuatro, etcétera), y parecemos amantes que se ven de tarde en tarde y a escondidas. ¿De dónde han sacado, Sasha, que el amor decrece cuando nadie impide a los enamorados pertenecer enteramente el uno al otro? Quien esto dijo no conocía el amor verdadero, sino el egoísmo erótico o la fantasía erótica. El amor genuino comienza precisamente con la vida conjunta.

— ¿No será en mí en quien lo observas?

— Lo que observo en ti es mucho más curioso. Dentro de tres años olvidarás la medicina; y dentro de otros tres no sabrás ya ni leer. De todos tus sentidos no te quedará más que el de la vista, pero terminarás no viendo nada más que a mí.

Estas conversaciones no son largas ni frecuentes entre ellos, pero tampoco son muy raras.

"Cada año es más fuerte".

"Ya sabrás lo que se dice de los fumadores de opio: su pasión aumenta de año en año y, lejos de menguar, va acrecentándose en aquel que ha experimentado una vez el placer que proporciona".

"Y todas las pasiones fuertes son lo mismo: cuanto más tiempo pasa, más se desarrollan".

"¡Saciedad! La pasión no conoce la saciedad; conoce tan sólo la satisfacción por unas cuantas horas".

"Sólo la fantasía vacua conoce la saciedad; el corazón, no; no la conoce el hombre vivo y real, sino el iluso estropeado, que se ha ido de la vida al sueño".

"¿Acaso mi apetito disminuye y mi gusto se estraga porque yo, lejos de pasar hambre, coma bien todos los días? Al contrario: mi buena mesa depura mi gusto. Y perderé el apetito al mismo tiempo que la vida. Sin él es imposible vivir". (Esto es ya materialismo grosero, señalo yo con el asenso del lector perspicaz.)

"¿Es que, por ley de la naturaleza humana, el afecto decrece y no se incrementa con el tiempo? ¿Cuándo es más estrecha y sugestiva la amistad, a la semana, al año o a los veinte años de iniciada? Lo que se necesita es que los amigos sean buenos, que, efectivamente, sirvan para ser amigos entre sí".

Estos coloquios se repiten, pero no son frecuentes, sino breves y raros. Verdaderamente, ¿cómo van a hablar de esto mucho y a menudo?

Pero éstos son más frecuentes y prolongados:

— Sasha, ¡qué ayuda tan valiosa representa para mí tu amor! El me hace independiente; dejo de depender de todo, incluso de ti. Y a ti, ¿qué te ha dado mi cariño?

— Tanto como a ti el mío. Esta excitación nerviosa permanente, intensa y sana no puede por menos de desarrollar el sistema nervioso. (Materialismo grosero, vol-

vemos a señalar el lector perspicaz y yo.) Por eso, el amor acrecienta mis fuerzas intelectuales y espirituales.

— Sí, Sasha, todos lo dicen; mi testimonio no vale, porque mis ojos son ciegos, pero todo el mundo lo ve: tus ojos se vuelven más claros, y tu vista, más aguda y penetrante.

— Vérochka, ¿debo o no debo alabarme en tu presencia? Somos un solo ser; y esto ha de reflejarse también en los ojos. Mi cerebro se ha fortalecido mucho. Cuando hago deducciones de lo que observo y resumo los hechos, termino en una hora lo que antes me costaba varias. Y puedo abarcar con la imaginación muchas más cosas que antes. Las conclusiones me salen más amplias y completas. De haber en mí un embrión de genialidad, el amor me transformaría en un gran genio; si por naturaleza tuviera fuerza para crear algo científicamente nuevo, este sentimiento me haría capaz de recrear la ciencia. Pero nací para bracero; mi destino era el del humilde y oscuro trabajador dedicado a resolver minúsculos problemas de poca monta. Así era yo sin ti. Ahora, bien lo sabes, las cosas han cambiado: mis colegas empiezan a exigirme más; me creen apto para rehacer del principio al fin una gran rama de la ciencia, toda la teoría de las funciones del sistema nervioso. Y me siento capaz de no defraudar estas esperanzas. A los veinticuatro años, el criterio del hombre es más nuevo y más osado que a los veintinueve (posteriormente, Kirsánov decía: a los treinta, a los treinta y dos, etc.), pero en mí se opera el fenómeno contrario. Y me siento crecer todavía, mientras que sin ti hace tiempo que me hubiera estancado. En los tres años que precedieron a nuestro casamiento no crecí nada. Tú me has devuelto la lozanía de la primera juventud, el vigor para ir mucho más allá del lugar en que me detuve y en el que me habría quedado a no ser por ti. ¿Acaso es poca cosa la energía del trabajo, Vérochka? La excitación de las fuerzas repercute también en él cuando toda la vida sigue esta dirección. Tú sabes la energía que tras-

miten al cerebro el café o un vaso de vino. Lo que ellos dan a otros por una hora —tras la cual viene un decaimiento proporcional a esta excitación externa y efímera—, lo tengo yo siempre: mis nervios se hallan continuamente en estado de enérgica vitalidad. (Otra vez aparece el materialismo grosero, señalamos, etc.)

Estas conversaciones son más frecuentes y largas:

“Quien no sabe hasta qué punto el amor excita todas las fuerzas del hombre, no conoce el verdadero amor”.

“El amor consiste en contribuir a la superación y en ayudar a superarse”.

“A quien carece de medios para la acción, el amor se los facilita. Al que los tiene, le da fuerzas para aprovecharlos”.

“Sólo ama aquel que ayuda a la mujer amada a elevarse hasta alcanzar su independencia”.

“Sólo ama aquel cuya mente se esclarece y cuyos brazos se vigorizan con el amor”.

Y estas conversaciones son también muy frecuentes:

— Querido mío, estoy leyendo las obras de Boccaccio (¡Qué inmoralidad! —exclamamos el lector perspicaz y yo—: ¡una mujer leyendo a Boccaccio! Únicamente nosotros tenemos derecho a ello. Y yo, por mi cuenta, hago notar lo siguiente: en cinco minutos, una mujer oirá del lector perspicaz más procacidades —sutilísimas, por cierto— que en todas las obras de Boccaccio y, a no dudarlo, no oirá de sus labios ni uno solo de los claros, lozanos y puros pensamientos que tanto abundan en el famoso escritor italiano). Bien decías que su talento era enorme. Por la profundidad y la sutileza del análisis psicológico, creo que algunos de sus cuentos merecen un lugar junto a los mejores dramas de Shakespeare.

— ¿Y qué te parecen los cuentos cómicos, en los que habla con tanto desembarazo?

— Algunos son divertidos, pero, en general, producen tedio, como toda farsa demasiado grosera.

— Eso hay que perdonárselo, pues vivió hace quinientos años. Lo que a nosotros se nos antoja picaresco o soez en demasia, no se consideraba así entonces.

— También muchas de nuestras costumbres y nuestro tono en general parecerán groseros y soeces mucho antes de quinientos años. Pero esto es lo de menos. Me refiero a los magníficos cuentos en que describe seriamente un amor apasionado y profundo. En ellos es donde mejor se manifiesta su vasto ingenio. Pero verás lo que quería decirte, Sasha: a juzgar por la brillante descripción que hace Boccaccio, puede afirmarse que entonces desconocían la dulzura que el amor tiene en nuestros días; el amor no debía haber alcanzado la fuerza de hoy, aunque se dice que aquélla fue la época en que más culto se le rindió. Creo que es imposible: ¡ellos no gozaban de él con la intensidad de ahora ni aun con la mitad! Sus sentimientos eran demasiado superficiales, y su goce, demasiado débil y pasajero.

“La intensidad de la sensación es proporcional a su profundidad en el organismo. Cuando tiene como origen un motivo exclusivamente externo, es momentánea y sólo abarca un aspecto de la vida del hombre. Quien bebe por la única razón de que le ofrecen un vaso, entiende poco de vino, y éste le proporciona un placer ínfimo. El goce es ya mucho mayor cuando tiene sus raíces en la imaginación, cuando la imaginación busca objeto y motivo de deleite. En tales casos, la sangre bulle con mucha más fuerza y ya se nota en ella cierto calor, que produce una impresión de dulzura mucho más intensa. No obstante, es mucho más débil que cuando las relaciones vinculadas al placer dimanen del propio fondo de la vida moral. La excitación inunda todo el sistema nervioso, haciéndolo vibrar largamente y con extraordinaria fuerza. El calor satura todo el pecho: no se trata ya tan sólo de las palpitaciones del corazón aceleradas por la fantasía, no. El pecho entero siente singular frescura y alivio, como si hubiese cambiado la atmósfera que se res-

pira, como si el aire se hubiera hecho mucho más puro y rico en oxígeno. Es una sensación similar a la de un cálido y soleado día, algo parecido al placer que se experimenta calentándose al sol, pero la enorme diferencia consiste en que la frescura y el calor se desarrollan en los propios nervios y son asimilados directamente por éstos sin que los elementos intermedios debiliten en modo alguno su fuerza acariciadora”.

“Estoy muy satisfecha de haber abandonado a tiempo esta nociva costumbre. Es indiscutible que la circulación de la sangre no debe ser frenada por ningún obstáculo. Ahora bien, ¿qué tiene de sorprendente que, después de esto, el color de la piel se haya hecho más delicado? Así debía suceder. ¡Y qué pequeñeces son, pero cómo estropean la pierna! La media debe sostenerse por sí misma, ligeramente. Ahora la línea es correcta, y la señal de las ligas ha desaparecido.

Esto, en cambio, no desaparece tan pronto, a pesar de que sólo usé corsé tres años y dejé de usarlo ya antes de empezar mi vida actual. Pero es que nuestros vestidos oprimen el talle incluso sin corsé. No obstante, ¿verdad que también esto pasará, lo mismo que pasó lo de la pierna? Ya va atenuándose un poco y desaparecerá. ¡Cuánto me alegro! ¡Qué forma tan incómoda tiene nuestra ropa! Hace tiempo debíamos haber comprendido que las griegas eran mucho más inteligentes: el vestido debe ser holgado desde los hombros, por el estilo del que usaban ellas. ¡Cómo deforma la figura el corte de nuestro vestido! Pero voy recobrando esta línea. ¡Cuánto me alegro!”

— ¡Qué hermosa estás, Vérochka!

— ¡Qué feliz soy, Sasha!

*Su voz es dulce
Como un riachuelo,
Como su risa
Como sus besos²².*

*Apaga pronto, amor mio,
tus dulces besos,
que sin ellos, a tu lado,
hierve la sangre en el cuerpo,
que sin ellos, a tu lado,
arde el rubor en la cara,
intranquilo late el pecho
y las pupilas relucen
como estrellas en el cielo²³.*

XVI

CUARTO SUEÑO DE VERA PAVLOVNA

Y sueña Vera Pávlovna:

Una voz conocida — ¡oh, qué conocida es ahora! —
resuena a lo lejos y va acercándose más y más:

*Wie herrlich leuchtet
Mir die Natur!
Wie glänzt die Sonne!
Wie lacht die Flur!²⁴*

Y Vera Pávlovna ve que todo es así, todo...

Resplandecen las mieses con áureas fulguraciones. El campo está cubierto de flores. Cientos, miles de ellas se abren en los arbustos que acordonan el campo. Verdea y susurra el bosque que se yergue más allá, salpicado también de flores. El trigal, el prado, los arbustos y las flores que llenan el bosque emanan fragante perfume. Los pajarillos revolotean de rama en rama, y miles de voces salen del follaje a la vez que el aroma. Tras las mieses, tras el prado, tras los arbustos y el bosque, se divisan nuevos trigales que también despiden resplandores de oro, floridos prados, arbustos en floración que se extienden hasta los lejanos y boscosos montes iluminados por el sol. Aquí y allá sobre sus cúspides, claras nubes argénteas, doradas, purpúreas y translúcidas matizan ligeramente, con la refracción de sus colores, el brillante azul del horizonte. Ha salido el sol; la naturaleza se alegra y levanta el ánimo, vierte en los corazones luz y calor,

aroma y cánticos, amor y contento. Vuela un himno de júbilo y ternura, de amor y bonanza, que sale del alma: “¡Oh, tierra! ¡Oh, dulzura! ¡Oh, amor! ¡Oh, amor dorado, bello como las nubes de la aurora sobre las cimas de aquellas montañas!”

*O Erd! O Sonne!
O Glück! O Lust!
O Lieb! O Liebe!
So goldenschön,
Wie Morgenwolken
Auf jenen Höh'n²⁵.*

— ¿Me conoces ahora? ¿Sabes que soy hermosa? Pero todavía no me conoces tú ni me conoce ninguno de vosotros en toda mi belleza. Mira y escucha lo que fue, lo que es y lo que será:

*Wohl perlet im Glase der purpurne Wein,
Wohl glänzen die Augen der Gäste...²⁶*

Al pie de un monte, en la linde de un bosque, entre los floridos, altos y espesos arbustos de las avenidas, se yergue un palacio.

— Vamos allí.

Van volando.

Un suntuoso festín. Burbujea el vino en las copas; relumbran los ojos de los comensales. Ruido y cuchicheos, risas y manos que se entrelazan a hurtadillas, y de vez en cuando, un beso fugaz y silencioso. “¡Una canción, una canción! ¡Sin cantar no es completa la alegría!” Y se levanta un poeta. Su frente y su pensamiento aparecen iluminados por la inspiración: la naturaleza le confía sus secretos, la historia le revela su sentido, y la vida de milenios pasa por su cantar en una sucesión de cuadros.

I

Suenan las palabras del poeta, y surge un cuadro.

Tiendas de nómadas. En derredor pacen ovejas, caballos y camellos. A lo lejos se ven olivos e higueras. Más

allá todavía, junto a la línea del horizonte, al Noroeste una doble cadena de altas montañas. Las cumbres están cubiertas de nieve; las faldas, de cedros. Pero más esbeltos que los cedros son los pastores; más esbeltas que las palmeras son sus mujeres. Viven despreocupados en medio del ocio y del regalo. No se dedican más que al amor, y todos sus días transcurren entre caricias y cánticos amorosos.

— No —dice la blanca beldad—, estos cánticos no se refieren a mí, porque entonces yo no existía. Esta mujer era esclava. Donde falta la igualdad no estoy yo. Esta reina se llamaba Astarté²⁷. Mírala.

Una mujer esplendente. Lleva en las piernas y en las manos pesadas ajorcas de oro; un collar de gruesas perlas y corales con engaste del precioso metal adornan su cuello; tiene la cabellera humedecida con mirra; su cara trasluce voluptuosidad y servilismo; sus ojos, lujuria e insensatez.

“Obedece a tu señor. Endulza sus momentos de ocio entre una correría y otra. Debes amarlo porque te ha comprado, y si no lo amas, te dará muerte” —conmina a una mujer que yace ante ella.

— Ya ves que no soy yo —dice la hermosa.

2

Tornan a resonar las inspiradas palabras del poeta. Surge otro cuadro.

Una ciudad. En lontananza, al Norte y al Este, montes; al Este y al Sur, igualmente lejos, el mar; y al Oeste, cerca, también el mar. Divina ciudad. Sus casas no son grandes ni suntuosas por fuera. Pero ¡cuántos templos maravillosos! Los más están en una colina a la que conduce una escalinata con puertas de asombrosa magnificencia y hermosura. Toda la colina aparece llena de templos y edificios públicos, cada uno de los cuales bastaría ahora para engrandecer la belleza y la gloria

de la capital más soberbia. Hay en los templos y en la ciudad entera miles de estatuas, una sola de las cuales sería suficiente para convertir el museo donde se hallase en el primero del mundo. ¡Y qué hermoso es el pueblo, que llena plazas y calles! Todos estos muchachos, todas estas doncellas y mujeres jóvenes pudieran servir de modelo para una escultura. La gente, que vive una existencia radiante y bella, es diligente, viva y alegre. Las casas no son lujosas en su exterior, pero ¡cuánta elegancia encierran, y qué bien saben disfrutar de la vida quienes las habitan! Cada mueble y cada objeto producen admiración. Y toda esta gente, tan magnífica y tan amante de la hermosura, vive para el amor, para servir a la belleza. Un desterrado regresa a la ciudad que derrocó su poder; vuelve para mandar; todos lo saben; ¿por qué, pues, no se levanta una sola mano contra él? Una mujer, bella entre tantas beldades, lo acompaña en su carroza, mostrándose al pueblo, pidiéndole que lo acepte y diciéndole que ella lo protege. Subyugado por la hermosura de la desconocida, el pueblo entrega el poder a Pisístrato, amante de ella. He aquí el tribunal. Los jueces son ancianos adustos; que se divierta el pueblo; ellos ignoran la diversión. El aerópago tiene fama por su severísimo rigor y por su ecuanimidad invariable: los dioses y las diosas acuden a someter sus pleitos a la consideración de él. Ahora debe comparecer una mujer a la que todos acusan de horribles delitos. La destructora de Atenas debe morir; cada uno de los jueces lo ha decidido así en su fuero interno; se presenta Aspasia²⁸, la acusada, y todos ellos caen a sus pies diciendo: “¡Tú no puedes ser juzgada! ¡Eres demasiado hermosa!” ¿No es éste el reino de la belleza? ¿No es el reino del amor?

— No —dice la luminosa beldad—. Yo entonces no existía. Ellos adoraban a la mujer, pero no la reconocían su igual. La idolatraban tan sólo como fuente de placer, sin atribuirle todavía ninguna dignidad humana. Donde

falta el respeto a la mujer como ser humano, no estoy yo. Esta reina se llamaba Afrodita. Aquí la tienes.

La reina no luce adorno alguno. Es tan hermosa, que los admiradores no quieren que vaya vestida para evitar que el divino cuerpo se oculte a sus embelesados ojos.

¿Qué dice Afrodita a la mujer, casi tan maravillosa como ella, que echa incienso en su altar?

“Sé fuente de placer para el hombre. Es tu señor. No vives para ti, sino para él”.

Sus ojos no llevan retratado más que el placer físico. Tiene el continente altivo y el rostro orgulloso, pero su orgullo es el de la belleza corporal. ¿Qué vida había de arrastrar la mujer durante su reinado? El hombre la encerraba en el serrallo a fin de que nadie más que él, su señor, pudiera contemplar una belleza que le pertenecía. Las mujeres eran cautivas. Algunas se llamaban libres, pero vendían su hermosura, traficaban con su libertad. No, no eran libres. Esta reina vivía en la semiesclavitud. Donde se carece de libertad, falta la dicha, y no estoy yo.

3

Oyense nuevamente las palabras del poeta. Surge otro cuadro.

Un castillo y, junto a él, un anfiteatro ocupado por un público magnificante. En el redondel, dos caballeros. En un balcón del castillo hay una doncella con un pañuelo: es el galardón que otorgará al vencedor con el derecho a besarle la mano. Los caballeros se batían en fiera pelea. Ha ganado Toggenburg: “Caballero, os amo como hermana. No me pidáis otra clase de amor. Los latidos de mi corazón no se aceleran cuando vos venís ni cuando os vais”. “Mi suerte está decidida” —exclama él, y se embarca rumbo a Palestina. La fama de sus hazañas se extiende por toda la cristiandad. Pero él no puede vivir sin ver a la dama de sus pensamientos. Las batallas

no le han hecho olvidarla. Regresa. “No llaméis, caballero; está en un convento”. El caballero se hace una choza, por cuyos ventanucos, sin ser visto, puede verla a ella abrir la ventana de su celda cuando amanece. Y toda la existencia del cuitado se reduce a esperar el momento en que ella, hermosa como un sol, se asome a la ventana; no tiene otro afán que ver a la reina de su corazón; es su único anhelo hasta que se le extingue la vida; e incluso al extinguírsele, permanece sentado junto al ventanuco de su cabaña, pensando: “¿Volveré a verla aunque sólo sea una vez?”²⁹.

— No se trata de mí, ni mucho menos —dice la luminosa beldad—. La amaba hasta que conseguía tocarla. Apenas se casaban, ella se convertía en esclava; tenía que temblar ante el esposo, que la recluía y dejaba de amarla. El marido se iba de caza, se marchaba a la guerra, se entregaba a los placeres con sus amigos, violaba a sus vasallas y cometía otros excesos, mientras la esposa quedaba en el olvido, cautiva, despreciada. El hombre de entonces cesaba de amar a la mujer que tocaba. No, entonces no existía yo. La otra reina se llamaba “Inocencia”. Veámosla.

Tímida, ruborosa, delicada, bella, más bella que Astarté y aun que la propia Afrodita, está, sin embargo, pensativa, triste, transida de dolor. Ante ella se arrodillan y le ofrecen coronas de rosas. Ella dice: “Mi alma sufre angustias de muerte. Una espada me ha atravesado el corazón. Sufrid también vosotras, que sois desdichadas. La tierra es un valle de lágrimas”.

— No, no, yo no existía entonces —exclama la radiante beldad.

4

No, aquellas diosas no se parecían a mí. Todas ellas siguen reinando aún, pero sus reinos se derrumban. El nacimiento de cada una de ellas marcaba el comienzo

de la destrucción del reino de la anterior. Yo nací cuando empezó a caer el de la última. Y desde entonces los reinos de todas han ido desmoronándose rápidamente, y desaparecerán. Antes, la última en surgir no podía reemplazar a las anteriores, que subsistían junto a ella. Yo las eliminaré a todas; desaparecerán, y quedaré como única reina del mundo. Pero ellas tenían, necesariamente, que reinar antes que yo; sin su reinado habría sido imposible el advenimiento del mío.

La gente vivía como los animales. Dejó de vivir así cuando el hombre comenzó a apreciar la belleza de la mujer. Pero ésta es más débil que aquél; y el hombre era rudo; todo se resolvía entonces por la fuerza; el hombre se apropió de la mujer, cuya hermosura había aprendido a valorar. Ella pasó a ser propiedad de él, un objeto de él. Ese fue el reinado de Astarté.

Cuando el hombre se ilustró, dio más valor a la belleza femenina, a la que rindió culto. Pero la conciencia de la mujer no había despertado aún. El varón apreciaba tan sólo la hermosura de la hembra. Ella sabía pensar únicamente lo que de él oía; sólo él era persona; ella no. Y la mujer seguía creyéndose una hermosa joya perteneciente al hombre, sin llegar a considerarse un ser humano. Ese fue el reinado de Afrodita.

Mas nació en la mujer la idea de que también ella era persona. ¡Qué angustia debió embargarla cuando comenzó a tener conciencia de su dignidad humana, irrecognocida hasta entonces! El hombre no deseaba todavía más compañera que la esclava. Y ella protestaba: "¡No quiero ser tu compañera!" Entonces, el deseo hacia al hombre implorar y someterse, olvidando que no consideraba persona a la mujer. Amaba a la doncella inaccesible, intocable y casta. Mas tan pronto como ésta oía su plegaria, apenas él la tocaba, ¡ay de ella! Quedaba prisionera en unas manos más fuertes que las suyas. Y él, grosero, la convertía en una esclava, zahiriéndola con su desprecio. ¡Ay de ella! Ese fue el reinado de la inocencia.

Pero pasaron los siglos. Mi hermana —tú la conoces; es la que se te aparecía antes que yo— realizó su obra. Siempre, antes que nadie, fue como deben ser las personas; y siempre trabajó sin desmayar. Por más que su tarea fuese dura y sus avances lentos, seguía laborando y acrecentando su marcha. El hombre comenzó a entrar en razón; la mujer fue teniendo cada vez mayor conciencia de su igualdad como persona; y llegó el momento en que nací yo.

Fue hace poco, muy poco. ¿Sabes quién notó primero mi nacimiento y se lo anunció a los demás? Rousseau en su Nueva Eloisa. Por ella tuvo la gente la primera noticia de mí.

A partir de entonces se ensancha mi reino. Aún no gobierno a muchos súbditos, pero su número va en aumento, y tú presientes ya la época en que reinaré sobre toda la tierra. Sólo entonces notará el mundo mi belleza. De momento, aquellos que reconocen mi poder no pueden someterse a toda mi voluntad. Están rodeados de una masa que me es hostil y que los martirizaría, haciéndoles la vida imposible si conocieran y ejecutarán todos mis deseos. Aspiro a la dicha, no exijo sacrificios y les digo: "No hagáis cosas por las que os atormentarían; reconocedme hasta donde podáis sin perjuicio para vosotros".

— Pero yo, ¿puedo conocerte del todo?

— Sí, tú puedes. Tu situación es sobremanera ventajosa. Nada tienes que temer. Puedes hacer lo que se te antoje. Y si conoces enteramente mi voluntad, ella no te exigirá nada que vaya en tu daño. No necesitarás desear ni desearás ninguna cosa por la que te mortificarían quienes no me conocen. Ahora estás satisfecha por completo de lo que posees. En nada ni en nadie más piensas ni pensarás. Puedo revelarme plenamente a ti.

— Pues dime tu nombre, como me has dicho el de las otras reinas. Hasta ahora no has declarado el tuyo.

— ¿Quieres que te diga cómo me llamo? Mírame y oírme.

— Mírame y óyeme. ¿Reconoces mi voz? ¿Reconoces mi cara? ¿La has visto?

No, Vera Pávlovna no la ha visto nunca. ¿Cómo le pareció que la veía? Hace ya un año que habla con él, que él la mira y la besa; ella ve a menudo a la radiante beldad, que no se oculta de Vera Pávlovna, como ella no se oculta de él. La beldad se le muestra toda.

— No, no te he visto, no he visto tu cara. Te me presentabas, y yo te veía, pero estabas circundada de un nimbo resplandeciente que me impedía verte. Notaba tan sólo que eras la más hermosa de todas. Oía tu voz, pero la distinguía únicamente como la más armoniosa de las voces.

— Mira, pues. En este instante, para ti, disminuyo el resplandor de mi aureola, y mi voz sonará sin su habitual encanto. Para complacerte dejaré de ser reina por un minuto. ¿Me has visto? ¿Me has oído? ¿Me has reconocido? Basta; ya soy otra vez reina, y para siempre.

Vuelve a circundarla el brillo de la aureola, y su voz recobra el acento embriagador. Pero ¿serían, verdaderamente, aquella cara y aquella voz las que vio y oyó Vera Pávlovna en el minuto durante el cual la reina dejó de serlo para permitir que la reconociese?

— Sí — afirma la reina—. ¿No querías saber quién soy? Pues ya lo sabes. Deseabas conocer mi nombre; no tengo nombre separado de mi ser, y mi nombre es el tuyo. Has visto quién soy. No hay nada por encima de la persona; no hay nada superior a la mujer. Soy la que soy, la amante y la amada.

Vera Pávlovna se ha visto a sí misma. A sí misma, pero convertida en diosa. El rostro de la diosa era el suyo propio, tan lejos de ser perfecto; su rostro, al que superan en belleza muchos de los que ve ella todos los días; su semblante aureolado por la luz del amor, más her-

moso que todos los paradigmas que nos han legado los escultores de la antigüedad y los eximios maestros de la gran época de la pintura. Sí, es ella misma, sólo que iluminada por el amor; ella, a la que aventajan cientos de rostros de Petersburgo, ciudad tan pobre en bellezas; ella, más hermosa que la Afrodita del Louvre y que todas las beldades hasta ahora conocidas.

— En el espejo te ves tal como eres sin mí; cuando yo te acompaño te ves tal como te ve quien te ama. En su imaginación, yo me fundo contigo, y nadie le parece más bonita que tú. Para él, todos los ideales se oscurecen ante ti. ¿No es verdad?

— ¡Oh, sí, lo es!

Ya sabes quién soy. Adivina ahora la que soy...

Llevo en mí la sensualidad que representaba Astarté, precursora de todas las reinas que le sucedimos. Llevo en mí el culto a la belleza que representaba Afrodita. Llevo en mí la veneración a la pureza que representaba la Inocencia.

Pero en mí todo es distinto que en ellas, más completo, más elevado, más intenso. Reúno lo que poseía la Inocencia con lo que había en Astarté y en Afrodita. Y la unión de todas estas fuerzas, que se realiza en mí, vigoriza a cada una de ellas. Mas lo que yo tengo y no tenía ninguna de las reinas anteriores es lo que da a estas fuerzas más poderío y encanto. Lo nuevo que hay en mí, lo que me diferencia de las otras reinas, es la igualdad de los amantes como personas. Y este elemento nuevo hace que todo sea en mí mucho más hermoso que en ellas.

Quando el hombre reconoce la igualdad de la mujer, deja de considerarla un objeto de su pertenencia. Entonces ella lo ama, como él a ella, exclusivamente por su voluntad, pues él no tiene sobre ella ningún derecho,

como tampoco lo tiene ella sobre él. De ahí que yo represente la libertad.

En virtud de la igualdad de derechos y de la libertad, aquellos elementos míos que también fueron patrimonio de las reinas anteriores adquieren un carácter nuevo, un encanto supremo, desconocido hasta que yo nací y ante el cual no vale nada lo anterior.

Antes de mi aparición no se conocía el goce pleno del sentimiento, porque sin la libre pasión de los dos amantes ninguno alcanza la embriaguez ansiada. No se conocía el goce pleno de la contemplación de la belleza, porque si la belleza no se revela por libre albedrío su contemplación no satisface. Sin el libre afán, el goce y la admiración palidecen, mientras que en mí alcanzan un esplendor singular.

Mi virtud es más inmaculada que la de aquella "Inocencia" que preceptuaba tan sólo la pureza del cuerpo. Mi pureza es de corazón. Soy libre porque no hay en mí engaño ni ficción: no pronuncio una palabra contraria a mis sentimientos ni doy un beso que no vaya saturado de simpatía.

Pero las cualidades nuevas que poseo, lo que da mayor realce a lo que había en las reinas anteriores, constituye de por sí un encanto superior a todo. El señor se cohibe ante el criado, y el criado ante el señor; sólo con sus iguales es totalmente libre la persona. Se aburre con los inferiores y sólo con sus iguales se siente alegre por completo. Esa es la razón de que tampoco el hombre conociera la felicidad total del amor antes de mi aparición. Lo que sentía entonces no puede ser llamado felicidad, sino embriaguez momentánea. ¿Y la mujer? ¡Qué digna de lástima era! No pasaba de ser una sierva esclavizada: llena siempre de miedo, tenía muy poca idea del sentimiento amoroso: temor excluye amor.

Por eso, si quieres expresar en una palabra lo que yo soy, debes decir que soy la igualdad. Sin ella, el goce corporal y el culto a la belleza resultan aburridos, sombríos,

repulsivos; sin ella no hay pureza de corazón, sino engaño con la pureza del cuerpo. De ella procede mi libertad, sin la cual no existiría yo.

Te he dicho todo cuanto tú puedes decir a los demás, todo lo que soy ahora. Pero mi reino es todavía reducido; aún debo preservar a mis adeptos contra la calumnia de los que me desconocen, y no puedo expresar enteramente mi voluntad a todos. La expresaré cuando mi reino abarque a la humanidad toda, cuando todos los humanos sean bellos de cuerpo y puros de corazón. Entonces les revelaré toda mi belleza. Pero tú tienes mucha suerte: no te turbo ni te perjudico al decirte lo que seré cuando los dignos de reconocermé por reina suya sean todos, y no unos cuantos, como hasta ahora. A ti sola te descubriré los secretos de mi porvenir. Jura que no los revelarás y escucha.

7

.....

8

— ¡Oh, amor mío, ya conozco toda tu voluntad! Ya sé que se realizará, pero ¿cómo? ¿De qué manera vivirá entonces la gente?

— Yo sola no puedo contártelo todo. Necesito que me ayude mi hermana mayor, la que se te aparecía hace tiempo. Es señora y servidora mía. No puedo ser sino lo que ella me haga; pero ella trabaja para mí. Hermana, ven en mi auxilio.

Aparece la hermana de sus hermanas, la novia de sus novios.

— Salud te deseo, hermana —dice a la reina—. ¿También estás tú aquí, hermana? —se dirige a Vera Pávlovna—. ¿Quieres ver cómo vivirá la gente cuando mi discípula, la reina, gobierne sobre todos? Míralo.

Un enorme edificio, tan enorme que tal vez no haya más que unos cuantos en las mayores capitales —aunque hoy día no existe ni uno—, se alza entre trigales y prados, jardines y bosques. Los trigales son como los de ahora, sólo que muy tupidos y abundantes. ¿Será, verdaderamente, trigo? ¿Quién ha visto espigas semejantes? ¿Quién ha visto granos así? Sólo en un invernadero podrían obtenerse ahora espigas de grano tan grueso. Los campos son iguales que los nuestros, pero las flores que se ven en ellos no se dan ahora más que en los invernaderos. ¿Cómo crecen al aire libre los huertos frutales, los limoneros y los naranjos, los albaricoqueros y melocotoneros? ¡Ah!, están circundados de columnas: los han descubierto durante el verano; es un invernadero que se descubre durante la temporada estival. Los bosques son como los nuestros: robles y tilos, arces y olmos. Sí, son iguales que los de ahora; están muy bien cuidados; no hay en ellos ni un solo árbol enfermo, pero siguen siendo como los actuales. Son los únicos que no han cambiado. Ahora bien, ¿qué es este edificio y qué arquitectura tiene? Ahora no existe nada semejante; aunque sí, hay ya un conato: el palacio de la colina de Sudenham*: hierro y cristal, sólo hierro y cristal. No, no sólo eso: de hierro y vidrio es la envoltura del edificio, sus paredes exteriores; pero dentro hay ya una verdadera casa, una casa inmensa. El edificio de hierro y cristal le sirve de fundamento a su alrededor amplias galerías por todos los pisos. ¡Qué ingrátida es la arquitectura de la casa interna y qué reducidos los entrepaños! Los ventanales, enormes, se elevan desde la planta baja hasta el techo. Los muros de piedra parecen un sistema de pilastras construídas para servir de marco a los ventanales que dan a la galería. Mas ¿qué suelos y qué techos hay allí? ¿De qué son

* En Sudenham (parte septentrional de Londres) se construyó en 1851, con motivo de una exposición mundial, un palacio de cristal y hierro en el que había un invernadero con plantas raras del Sur.

las puertas y los marcos de las ventanas? ¿De plata? ¿De platino? Casi todo el mobiliario es igual; los muebles de madera representan un capricho, un elemento de variedad. Pero ¿de qué está hecho el resto, de qué son los techos y suelos? “Prueba a mover este sillón” —dice la reina mayor. Los muebles, metálicos, pesan menos que los de nogal. ¿Y de qué metal son? ¡Ah! ya caigo. Sasha me enseñó una vez una plaquita ligera como el cristal, y ahora se hacen de ese material pendientes y broches. Sasha dijo que, tarde o temprano, el aluminio sustituiría a la madera y acaso a la piedra. Pero ¡qué riquezas hay aquí! Aluminio por todas partes; los espacios entre ventanas están cubiertos, sin excepción, por enormes espejos; ¡y qué alfombras! En esta sala está descubierta la mitad del suelo, y se ve que es de aluminio. “Fíjate, aquí es mate para que no resbale, pues en esta parte juegan los niños y, con ellos, los mayores. En esta sala tampoco hay alfombras porque se destina a baile”. Y por doquier se ven árboles y flores meridionales. Toda la casa es un enorme invernadero.

¿Quién vive en esta morada, más soberbia que cualquier palacio? “Vive mucha gente, muchísima. Ven y la veremos”. Se asoman al balcón que sobresale del último piso de la galería: ¿cómo no lo vio antes Vera Pávlovna? “Por los trigales están diseminados grupos de personas: hombres y mujeres, viejos, jóvenes y niños. Pero la mayoría la componen jóvenes; hay pocos ancianos y menos ancianas todavía; los niños son más, sin llegar a ser muy numerosos. Más de la mitad de ellos se han quedado haciendo las labores domésticas, que les gustan mucho. Con ellos hay varias viejas. Los ancianos y ancianas son tan pocos porque la gente tarda en envejecer, ya que la vida sana y tranquila la conserva lozana”. Los que trabajan en los trigales cantan. ¿A qué faena se dedican? ¡Ah!, están recogiendo el grano. ¡Cómo les cunde! ¡Pero cómo no les va a cundir y cómo no van a cantar si las máquinas lo hacen casi todo, siegan, atan

las gavillas y las acarrear, no quedando apenas para los hombres otra tarea que la de dirigir los mecanismos! El día es ¡Con qué comodidad han organizado su labor! El día es caluroso, pero a ellos no les afecta: sobre el lugar en que trabajan han tendido un enorme toldo que se traslada al mismo tiempo que ellos. ¡Qué bien se resguardan del sol! ¡Cómo no van a avanzar, a trabajar alegremente y a cantar! En esas condiciones, yo misma me pondría a segar. Las canciones se suceden unas a otras; son desconocidas, nuevas; pero ahora cantan una nuestra, que yo sé:

*Viviremos como reyes,
éstos son amigos nuestros,
todo cuanto tu alma pida
lo conseguiré con ellos³⁰.*

Pero el trabajo ha terminado; todos se encaminan al edificio. “Volvamos a la sala, y veámosles comer” —dice la hermana mayor. Entran en la más espaciosa de las enormes salas. La mitad está ocupada por mesas. ¡Qué de ellas hay! ¿Cuánta gente va a comer? Mil personas, si no más. “Pero aquí no están todas. Quien quiere, come en su casa”. La comida la han preparado las viejas, los viejos y los niños que no salieron al campo. “Guisar y hacer las faenas domésticas es una tarea demasiado liviana para los restantes —dice la hermana mayor—. De ella deben encargarse quienes no pueden hacer otra cosa todavía o quienes no pueden ya”. La vajilla y los cubiertos son magníficos: todo de aluminio y cristal. En el centro de las anchas mesas se alzan jarrones con flores. Los platos están ya puestos. Entran los trabajadores, y se sientan a comer ellos y los que han preparado la comida. ¿Quién ha de servir la mesa? “¿Cuándo? ¿Para qué? —dice la hermana mayor—. En total son cinco o seis platos. Los platos calientes están en lugares donde no se enfrían. Miralos allí; se conservan en recipientes con agua hirviendo. Tú vives bien y te gustan los buenos manjares. ¿Comes a menudo así?” — “Unas cuantas

veces al año”. — “Pues ellos, a diario. Quien lo desea come mejor, y se le hace cuenta aparte; pero quien no quiere nada extraordinario paga lo que los demás. Y en todo se procede igual: lo que no se sale de lo corriente no requiere cuentas especiales; mas por cada cosa especial o por cada capricho hay que pagar”.

“Pero ¿esos somos nosotros? ¿Esa es nuestra tierra? He oído una de nuestras canciones. Hablan en ruso”. — “Sí. Allí cerca fluye un río. Es el Oka. Y la gente que ves somos nosotros, pues quien va contigo soy yo, una rusa”. — “¿Y todo esto lo has hecho tú?”. — “Todo se ha hecho para mí; yo he exhortado a hacerlo y animo a perfeccionarlo. Pero quien lo hace es ella, mi hermana mayor. Ella trabaja y yo no hago más que disfrutar”. — “¿Y todo el mundo vivirá así?” — “Todo el mundo —afirma la hermana mayor—. Todos gozarán de una primavera y de un verano eternos, de una alegría perpetua. Pero no te hemos mostrado más que el fin de aquella mitad del día que me corresponde a mí —el trabajo— y el comienzo de la mitad que corresponde a mi hermana. Volveremos a ver a esta gente por la tarde, dentro de dos meses”.

9

Se han marchitado las flores. Las hojas de los árboles empiezan a caer. El cuadro se entristece. “¿Ves esto? —dice la hermana menor—. Su contemplación aburriría. Vivir aquí sería fastidioso, y yo no quiero que así ocurra”. — “Las salas están vacías: en los campos y en los huertos tampoco hay nadie —interviene la hermana mayor—. Lo he dispuesto así por voluntad de mi hermana, la reina”. — “¿De veras que el palacio ha quedado vacío?” — “Sí, pero aquí hace frío y hay humedad. ¿Para qué seguir en un sitio como éste? De dos mil personas, han quedado diez o veinte individuos originales,

a los que les ha parecido una novedad agradable permanecer esta vez aquí, en apartada soledad, a fin de ver el otoño norteño. Dentro de poco, ya en pleno invierno, vendrán continuamente pequeños grupos de aficionados a las distracciones invernales, que pasarán aquí unos cuantos días”.

“Pero ¿dónde están ahora?” — “Allí donde hace calor y la vida resulta grata —dice la hermana mayor—. Durante el verano, cuando hay aquí trabajo en abundancia y el clima es benigno, vienen numerosos huéspedes del Sur. Acabamos de ver una casa cuyos moradores eran todos como vosotros; pero la mayoría de ellas se han construido para los forasteros; en otras habitan juntos los anfitriones y los invitados de muchas nacionalidades. Cada uno elige la compañía que le gusta. Mas, si bien durante el verano recibís a una multitud de huéspedes que os ayudan en el trabajo, pasáis en el Sur los siete u ocho peores meses de vuestro año, yéndose cada cual adonde más le place. Hay, sin embargo, en el Sur, un lugar preferido por la mayoría de vosotros. Se llama Nueva Rusia”. — “¿El sitio en que están Odesa y Jersón?” — “Eso era en tus tiempos. Ahora mira dónde se encuentra la Nueva Rusia”.

Montañas cubiertas de jardines; entre ellas, estrechos valles y dilatadas llanuras. “Estos montes fueron peñas desnudas —dice la hermana mayor—. Ahora los cubre una gruesa capa de tierra, y entre los jardines crecen bosques de árboles altísimos. Abajo, en las húmedas cañadas, hay plantaciones de café; más arriba, datileros e higueras; los viñedos están mezclados con las plantaciones de caña de azúcar; entre las gramíneas hay trigo, pero predomina el arroz”. — “¿Qué tierra es ésta?” — “Subamos un poco más arriba por un minuto, y verás sus fronteras”. En el lejano Nordeste, dos ríos confluyen al Este del lugar desde donde mira Vera Pávlovna; más allá, en dirección Sudeste, se divisa una ancha y profunda bahía. La tierra penetra hacia el Sur, ensanchándose

más y más entre esta bahía y otra, larga y estrecha, que forma el límite occidental de la primera. Entre la estrecha bahía de Occidente y el mar, que se extiende, muy lejos, al Noroeste, hay un estrecho istmo. “Estamos en medio de un desierto” —dice Vera Pávlovna asombrada. “Sí, en medio de un antiguo desierto; pero ahora, como ves, toda la región que empieza en el Norte, desde aquel gran río del Nordeste, ha sido convertida ya en tierras feracísimas, en lo que fue antaño. Y ha vuelto a ser aquella franja costera, de la que se decía en la antigüedad que “manaba leche y miel”. Como observarás, no estamos muy lejos del límite meridional de la zona cultivada; la región montañosa de la península sigue siendo una estepa arenosa y yerma como era en tus tiempos la península entera. Los rusos vais alejando año tras año la frontera del desierto en dirección Sur. En otros países trabajan otros pueblos: todos tienen espacio suficiente, y mucho que hacer, y abundancia. Sí; toda la zona que va desde el gran río del Nordeste en dirección Sur hasta la mitad de la península verdea y florece; en toda ella se ven, como en el Norte, enormes edificios a tres o cuatro verstas el uno del otro; semejan innumerables y colosales escaques en un inmenso tablero”. — “Descendamos a uno de ellos” —dice la hermana mayor.

Una casa tan enorme como la anterior, hecta de cristal, pero con columnas blancas. “Son de aluminio —explica la hermana mayor— porque hace mucho calor, y lo blanco se recalienta menos al sol. Esto cuesta algo más que el hierro, pero resulta más apropiado para este clima”. Además, han ideado lo siguiente: en derredor del palacio de cristal, a buena distancia de él, se yerguen hileras de altísimos y finos postes, sobre los cuales, cubriendo todo el palacio y media versta a su alrededor, se extiende un toldo blanco. “Lo rocían con agua sin cesar —dice la hermana mayor—. ¿Ves? De cada poste se eleva, por encima del toldo, una fuentecilla, cuyo chorro se dispersa como una lluvia. Por eso hace fresco aquí. La

gente cambia la temperatura según su deseo". — "¿Y cómo se arreglan los que prefieren el calor y el brillante sol de estos parajes?" — "Fíjate en aquellos pabellones y tiendas que se divisan a lo lejos. Cada cual puede vivir como más le guste. Esa es mi misión. Precisamente para eso trabajo". — "Quiere decirse que siguen existiendo las ciudades para quienes las prefieren". — "Los que las prefieren no son muchos. Quedan menos ciudades que antes; y las que subsisten, situadas junto a los puertos importantes y junto a otros centros de comunicaciones, tienen como objeto casi exclusivo el de fomentar las relaciones entre las personas y facilitar el transporte de mercancías. Pero estas ciudades son más grandes y soberbias que las anteriores. Todos van a ellas para distraerse unos días; gran parte de sus habitantes cambia sin cesar, pues son muchos los que van allí a trabajar por poco tiempo". — "Pero ¿hay quien desea vivir en ellas de manera permanente?" — "Hay quien vive como vivís vosotros en Petersburgo, París o Londres. ¿Qué le importa a nadie ni quién puede impedirlo? Que cada cual se arregle como quiera. Mas la inmensa mayoría, noventa y nueve personas de cada cien, viven como te mostramos mi hermana y yo, porque les agrada y les conviene más. Pero entra en el palacio; la tarde está muy avanzada, y es hora de ver a la gente".

"No, antes quisiera saber cómo ha sido posible esto". — "¿Qué?" — "Que el desierto estéril se haya transformado en tierra fertilísima, donde casi todos nosotros pasamos dos terceras partes del año". — "¿Que cómo ha sido posible? Pues qué, ¿tan difícil es? No se hizo en un año ni en diez, sino poco a poco. Los habitantes de estos parajes tienen muchas máquinas potentes. Con ellas trajeron del Nordeste, de las orillas del gran río, y del Noroeste, de la costa del dilatado mar, arcilla para aglutinar la arena, abrieron canales y construyeron sistemas de riego; surgió vegetación y se humedeció más el aire. Avanzaron paso a paso, varias verstas al año y a veces

una sola. Siempre camino del Sur, igual que ahora. ¿Qué hay de particular en ello? Estos hombres tienen más luces y han comenzado a aprovechar fuerzas y recursos enormes que antes gastaban sin beneficio y aun con perjuicio para sí. Mi labor y mis enseñanzas no son estériles. Fue difícil que la gente comprendiese lo que le convenía: ¡en tu tiempo era tan salvaje, grosera, cruel e insensata! Pero yo la iba instruyendo; y cuando empezó a comprender, todo fue ya fácil. No exijo nada del otro mundo, bien lo sabes. Tú haces algo por mi causa, para mí. ¿Está mal, acaso?" — "No". — "Claro que no. Recuerda tu taller. ¿Es que disponías de muchos medios? ¿Teníais, quizá, más que otras?" — "¡No, qué íbamos a tener!" — "Y, sin embargo, tus costureras disfrutaban ahora de comodidades diez veces mayores y de alegrías veinte veces mayores, y experimentan contrariedades cien veces menores que otras que tienen los mismos recursos de que disponíais vosotras. Tú misma has demostrado que incluso en tu época puede vivir muy bien la gente. Lo que hace falta es raciocinio, saber organizarse y emplear los recursos del modo más conveniente". — "Cierto, cierto. Yo lo sé". — "Pues ven un momento a ver cómo vivirá la gente poco después de que comprenda lo que comprendes tú desde hace tiempo".

10

Entran en la casa. Vuelve a presentarse ante sus ojos una sala inmensa, soberbia. La velada está en su apogeo; han pasado tres horas desde que se puso el sol: es el momento de mayor alegría. ¡Qué iluminación hay en la sala! ¿De dónde le viene tanta luz? Por ninguna parte se ven candelabros ni arañas. ¡Ah, ya está! En la cúpula hay una gran lumbrera de cristal mate por la que se filtra la luz. Evidentemente, así debe ser: una luz como la del sol, blanca, brillante y suave. Es luz eléctrica, sin duda. Hay en la sala cerca de mil personas, pero pudiera haber

el triple. "Y cuando vienen huéspedes —dice la blanca beldad— hay más". — "¿Acaso éste no es un baile de gala, sino una velada corriente?" — "Pues claro". — "En el mundo de ahora equivaldría a un sarao real. ¡Qué sumptuosos atavíos llevan las mujeres! No cabe duda que son otros tiempos. Lo da a entender hasta la forma de la ropa. Algunas damas van vestidas como nosotras, pero se nota que lo han hecho en broma, para distinguirse. Sí, juegan y se ríen de su indumentaria. Otras llevan vestidos distintos, muy diversos, de diferentes estilos orientales y meridionales, todos ellos más elegantes que los nuestros. Pero predomina uno muy vaporoso y holgado, semejante al que usaban las griegas en la época más refinada de Atenas. También los de los hombres son largos y amplios, sin entallar, como mantos o túnicas; se nota que es la ropa de casa y de diario, mas ¡qué sombría y qué hermosa es, con qué sutileza y elegancia dibuja las formas, cómo realza la gracia de los movimientos! ¡Y qué orquesta toca! ¡Más de cien músicos! ¡Pero lo que más llama la atención es el coro!" — "Sí, en vuestros tiempos no había en toda Europa ni diez voces tan buenas como el centenar que encontrarás en esta sala. En las demás hay tantas como aquí. El modo de vivir ha cambiado: la vida es sana y hermosa a un tiempo. Por eso han mejorado los pechos y las voces" —dice la reina luminosa. Pero los componentes del coro y de la orquesta cambian sin cesar. Salen unos, y otros los remplazan; los que salen van a bailar, y los que los sustituyen han estado bailando.

Esta velada es corriente y habitual: todas las tardes, la gente se divierte y baila como hoy. Pero, ¿he visto yo alguna vez una alegría semejante? ¡Claro, cómo no van a sentir una alegría desconocida para nosotros! Per la mañana trabajaron. Quien no trabaja bastante no prepara sus nervios para percibir el contento en toda su plenitud. Incluso ahora, la diversión de la gente humilde —cuando consigue divertirse— es más gozosa, viva y

sana que la nuestra; mas la gente humilde posee escasos medios de divertirse, mientras que aquí hay más de los que tenemos nosotros mismos. Y otra cosa: el solaz de nuestra gente humilde es alterado por el recuerdo de sus incomodidades y privaciones, de sus infortunios y sufrimientos, por el presagio de que lo mismo le espera en el futuro; es una breve hora de olvido de la miseria y de la amargura. ¿Y acaso las miserias y las amarguras pueden olvidarse por completo? ¿Es que la arena del desierto no lo sepulta todo? ¿Tal vez los miasmas de un pantano no contaminan hasta el pequeño espacio de tierra buena y de aire puro comprendido entre el desierto y el pantano? Aquí, en cambio, no existe ni el recuerdo ni el temor de la miseria o de la amargura. No hay más recuerdo que el del trabajo libre y voluntario, el del contento, el bien y el placer. Y esto mismo es lo que promete el porvenir. ¡No cabe comparación! Por otra parte, los nervios de nuestros trabajadores, aunque son fuertes —de ahí que puedan resistir una alegría muy continuada—, son toscos, poco sensibles. Aquí, los nervios de la gente son fuertes como los de nuestros trabajadores y, al mismo tiempo, tan desarrollados y sensibles como los nuestros. La propensión a la alegría, el deseo de ella, intenso y sano como no se da entre nosotros, sino sólo entre quienes gozan de una salud envidiable y realizan un trabajo físico, se compagina en estos seres con la finísima sensibilidad nuestra; poseen todo nuestro desarrollo moral y la pujanza física de nuestros vigorosos trabajadores. Ni que decir tiene que su alegría, sus placeres y sus pasiones resultan más vivos e intensos, más amplios y dulces que los nuestros. ¡Felices ellos!

No, ahora no se conoce aún la auténtica alegría porque la vida y la gente no ha llegado a ser la que se necesita para ello. ¡Sólo seres así pueden sentir la alegría completa y conocer todo el júbilo del placer! ¡Cómo florecen de salud y fuerza, qué esbeltos y airosos son, qué rasgos tan enérgicos y expresivos los suyos! Hombres y

mujeres son igualmente hermosos y disfrutan una vida libre, una vida de trabajo y placer. ¡Felices, felices ellos!

En la enorme sala se divierte ruidosamente la mitad. ¿Dónde están los otros? “¿Que dónde están? —dice la blanca beldad—. Están en todas partes. Unos, en el teatro, haciendo de actores, de músicos o de espectadores, según sus gustos; otros se han dispersado por las salas de conferencias, por los museos y por las bibliotecas; éstos pasean por los senderos del jardín; aquéllos se hallan en sus habitaciones, descansando a solas o con sus hijos; pero la mayoría... la mayoría es un secreto mío. Has visto en la sala cómo arden las mejillas, cómo refulgen los ojos; has visto a la gente salir y volver. Cuando salí era yo quien los llevaba. El aposento de cada uno y de cada una es mi albergue. En él, mis secretos son inviolables. Los cortinajes de las puertas y las suntuosas alfombras amortiguan el sonido. Reinan allí el silencio y el misterio. Cuando regresaban era yo quien los traía del reino de mis secretos al de la distracción. Aquí reino yo.

Aquí reino yo, el amor. ¡Aquí todo es para mí! El trabajo constituye una preparación de fuerzas y de sentimientos lozanos para recibirme; la alegría es la preparación para venir a mí y también el recreo después de estar conmigo. Yo soy aquí la finalidad de la vida. Yo soy aquí la vida toda”.

II

“En mi hermana, la reina, se encierra la suprema felicidad de la existencia —dice la hermana mayor—. Pero aquí ves felicidades de todo género, según la que cada cual necesita. Aquí viven todos como les parece mejor, y todos tienen libertad plena, libre albedrío”.

“Lo que acabamos de mostrarte no alcanzará pronto su total desarrollo, llegando a ser lo que has visto aquí. Sucederánse muchas generaciones antes de que se realice

per completo lo que presentes. Aunque no, no tendrán que pasar muchas generaciones: mi labor avanza ahora con rapidez, con mayor rapidez cada año; sin embargo, tú no entrarás en el reinado pleno de mi hermana. Pero por lo menos lo has visto, conoces el futuro: es radiante y hermoso. Anúnciasele a todos: El futuro es radiante y hermoso. ¡Amadlo, aspirad a él, trabajad por él, aproximadlo, trasladad de él al presente todo cuanto podáis! Vuestra vida será tanto más luminosa y grata, tanto más rica en alegrías y placeres, cuantos más elementos del futuro seáis capaces de trasplantar a ella. ¡Aspirad a él, trabajad por él, aproximadlo, trasladad de él al presente todo cuanto podáis!”

XVII

Al cabo de un año, el nuevo taller estaba ya perfectamente organizado. El primero y el segundo mantenían estrechas relaciones y se transferían los encargos cuando al uno se le acumulaba demasiado trabajo y el otro estaba en condiciones de ayudarle. Tenían cuenta corriente y, unificando sus fuerzas, disponían ya de medios bastantes para abrir una tienda en la avenida Nevski. Hasta lograr este objetivo, Vera Pávlovna y Mertsálova hubieron de realizar no pocos esfuerzos. Aunque las dos colectividades estaban muy bien avenidas, aunque eran frecuentes las visitas del personal de un taller al del otro y aunque a menudo organizaban excursiones colectivas al campo, la idea de unificar la economía de las dos empresas era tan nueva, que fue necesario explicarla mucho y durante largo tiempo. Sin embargo, la conveniencia de tener una tienda en la avenida Nevski era evidente y, después de varios meses de trámites para fundir las dos contadurías, Vera Pávlovna y Mertsálova consiguieron su propósito. En la arteria central de la ciudad apareció un nuevo rótulo: *Au bon travail. Magasin de Nou-*

veautés. Abierta la tienda, los negocios marcharon mejor aún, produciendo cada vez mayores beneficios. Hablando entre ellas, Vera Pávlovna y Mertsálova soñaban ya con que dentro de un par de años no habría dos talleres, sino cuatro o cinco, los cuales se convertirían pronto en diez y en veinte.

Unos tres meses después de abrirse la tienda, llegó a casa de Kirsánov un colega de profesión, más desconocido que conocido, quien le habló de diversos casos clínicos y, principalmente, de los asombrosos resultados de su método de tratamiento, consistente en colocar en el pecho y en el vientre del enfermo dos bolsitas de hielo largas y estrechas, envuelta cada una en cuatro servilletas. Y, para terminar, dijo que un amigo suyo quería ser presentado a Kirsánov.

Accedió éste. La persona en cuestión resultó agradable. Entre muchas otras cosas, hablaron del establecimiento. Kirsánov le explicó que había sido abierto con fines comerciales. Comentaron largamente el texto del rótulo, discutiendo el acierto de la palabra *travail*. Kirsánov dijo que *travail* significa trabajo, y *Au bon travail*, tienda que trabaja bien. Estuvieron considerando si no hubiera sido mejor poner un apellido en lugar de semejante divisa³¹. Kirsánov arguyó que un apellido ruso como el de su mujer no servía para reclamo comercial. Y, por último, se le ocurrió lo siguiente: su esposa se llamaba Vera; traducido al francés, resultaba *foi* (fe); ¿no habría estado bien poner *A la bonne foi* en lugar de *Au bon travail*? Además de ser muy inocente, el rótulo *A la bonne foi* (La buena fe) llevaría en sí el nombre de la dueña. Discutieron y encontraron aceptable esta variante. Kirsánov supo guiar la conversación por buen camino y regresó a casa muy satisfecho.

Pero después de esto, Mertsálova y Vera Pávlovna cortaron bastante las alas a su fantasía y trataron no ya de seguir avanzando, sino de no retroceder.

Así, pues, al enfriarse un poco los excesivos entusias-

mos de ambas, los talleres y la tienda continuaron existiendo sin agrandarse, pero ya era bastante para las dos que las empresas pudieran subsistir. El nuevo amigo de Kirsánov siguió frecuentándolo, con gran satisfacción por parte de éste. Sin novedades dignas de mención, transcurrieron otros dos años o quizá más.

XVIII

CARTA DE KATERINA VASILIEVNA POLOZOVA

San Petersburgo, 17 de agosto de 1860.

“Querida Polina:

Me ha gustado mucho una cosa absolutamente nueva, de cuya existencia me enteré hace poco y a la que me dedico ahora con tanto celo, que quiero describirtela. Estoy segura de que te interesará también, pero lo principal consiste en que quizá tú misma puedas consagrarte a una obra parecida. ¡Es tan agradable, amiga mía!

Lo que quiero describirte es un taller de costura o, dicho con más propiedad, dos talleres montados sobre el mismo principio por una mujer a la que conocí hace tan sólo dos semanas, pero con la que he trabado estrecha amistad. Ahora le ayudo con la condición de que después me ayude ella a organizar un taller de este género. Se llama Vera Pávlovna Kirsánova; es joven, bondadosa, alegre. Me satisface del todo, o sea, se parece a ti más que a tu Katia, tan mansita. Es una señora diligente y vivaz. Al enterarme por casualidad de la existencia de su taller — me hablaron sólo de uno — me fui a verla sin recomendaciones ni pretextos, diciéndole que su taller me interesaba. Congeniamos desde el primer momento, tanto más cuanto que su marido resultó ser el doctor Kirsánov que hace cinco años me prestó un gran servicio, ¿te acuerdas?

Hablamos cosa de media hora. Al convencerse de mis simpatías por su obra, Vera Pávlovna me llevó al taller

del que se preocupa ella misma (el otro, constituido antes, funciona bajo la dirección de una joven amiga suya, excelente señora también). Te relataré las impresiones de mi primera visita: fueron para mí una novedad sorprendente, y las trasladé en seguida a mi diario, que había dejado de escribir hace algún tiempo, pero que he reanudado ahora en virtud de una circunstancia especial de la que tal vez te informaré dentro de poco. Me alegro mucho de haber anotado mis impresiones, porque se me habrían olvidado muchas cosas que entonces me admiraron y que hoy, a las dos semanas, me parecen naturalísimas, hasta el punto de creer que no podrían ser de otro modo. Sin embargo, cuanto más naturales van pareciéndome, más me aficiono a ellas, porque la obra es magnífica. De manera que, Polina, comienzo a copiar los apuntes de mi diario, completándolos con pormenores que conocí posteriormente.

¿Qué crees que vi en el taller de costura? Nos detuvimos a la entrada. Vera Pávlovna me condujo por una escalera de muy buen aspecto: una de esas escaleras en las que suele haber algún ujier. Subimos al tercer piso. Mi guía llamó, y me encontré en una sala espaciosa donde había un piano de cola y muebles muy presentables. Dicho de otro modo, parecía que hubiéramos entrado en casa de una familia con cuatro o cinco mil rublos de ingresos al año. “¿Este es el taller? ¿Y ésta, una de las habitaciones de las costureras?” — “Sí, el recibidor y la sala de reuniones. Vamos a los cuartos de las muchachas: ahora están ocupadas en los locales de trabajo, y no las molestaremos”. Sigue leyendo y te enterarás de lo que vi en las habitaciones y de lo que me explicó Vera Pávlovna.

El taller ocupa tres apartamentos que dan a un rellano y de los que se ha hecho un solo local abriendo puertas que los comunican. Antes se arrendaban por 700, 550 y 425 rublos anuales: 1.675 en total. Pero como las costureras los han alquilado juntos por cinco años, el amo de la casa los ha cedido por 1.250 rublos anuales. Consta

el taller de veintiuna habitaciones. Dos son muy grandes, con cuatro ventanas. Una de ellas sirve de recibidor; la otra, de comedor. En otras dos, también muy grandes, se trabaja, y las restantes son viviendas. Recorrimos seis o siete dormitorios (hablo de mi primera visita). El mobiliario es de buena calidad: caoba o nogal. En todos los cuartos hay grandes espejos. Vi muchos sillones y divanes finamente trabajados. Los muebles, distintos en diversas habitaciones, son casi todos de ocasión y costaron poco. Los aposentos parecen domicilios de funcionarios de mediana categoría, viejos jefes de sección o jóvenes jefes de negociado. En los cuartos más espaciosos viven tres muchachas (hay uno en que viven incluso cuatro), y en los restantes, dos.

Pasamos a los locales de trabajo, y las chicas que vi allí dedicadas a su tarea me parecieron también vestidas como hijas, hermanas o esposas de funcionarios de la categoría que te he dicho. Unas llevaban trajes de seda barata; otras, de lana o de percal. Sus rostros tenían esa suave delicadeza que sólo se observa en quien vive bien. Ya puedes imaginarte el asombro que me causó. En las habitaciones de trabajo permanecimos largo rato, y trabé conocimiento con algunas de las costureras. Vera Pávlovna les dio a conocer el propósito de mi visita. Su grado de instrucción es distinto. Unas hablan ya con un lenguaje culto, conocen la literatura como cualquier señorita distinguida, tienen nociones bastante profundas acerca de la historia, de los países extranjeros y de todo cuanto constituye la esfera de conocimientos generales de una joven de nuestra sociedad. Noté que dos de ellas han leído mucho. Las que ingresaron en el taller poco tiempo antes son menos instruidas, pero ya se puede hablar con todas ellas como con muchachas de cierta ilustración. El grado de conocimientos de cada una depende del tiempo que lleva en el taller.

Vera Pávlovna, ocupada en sus quehaceres, se acercaba de vez en cuando a mí, y yo pasé el tiempo con-

versando con las muchachas hasta la hora de comer. La comida suele constar de tres platos. Cuando yo estuve sirvieron sopa de arroz, pescado hervido y carne de ternera. Como postre pusieron té y café. Fue todo tan sabroso, que comí muy a gusto y no tendría gran inconveniente en alimentarme siempre así.

Y eso que, como tú sabes, mi padre tiene todavía un buen cocinero.

Esta fue la impresión de mi primera visita. Me dijeron que me llevaban a un taller donde vivían y trabajaban costureras, que me mostrarían habitaciones de costureras, que iba a hablar con costureras y a comer con costureras. Y en lugar de esto, visité un local con apartamentos de gente nada pobre, vi muchachas semejantes a hijas de funcionarios de mediano rango o de terratenientes modestos y comí una comida, si no opípara, muy sabrosa. ¿Qué explicación tiene esto? ¿Cómo ha sido posible lograrlo?

Cuando retornamos a casa de Vera Pávlovna, ella y su esposo me explicaron que en todo ello no hay nada de extraordinario. Y Kirsánov me hizo una pequeña cuenta en un trozo de papel que conservo entre las hojas de mi diario. Después te la recopiaré. Pero antes, permíteme unas palabras.

En vez de pobreza, abundancia; en vez de suciedad, no sólo limpieza, sino incluso cierto lujo en las habitaciones; en vez de ignorancia, bastante instrucción. Todo tiene dos causas: la primera consiste en que van aumentando los ingresos de las costureras; la segunda, en que ahorran mucho en sus gastos.

Tú misma comprenderás el motivo de que ganen más. Trabajan por cuenta propia, son dueñas de sus empresas y por eso perciben aquella parte de los beneficios que quedaría en el bolsillo del ama de la tienda. Pero hay más: como trabajan para sí mismas y por cuenta propia, aprovechan mejor el material y el tiempo; la labor cunde más y requiere menos gastos.

Se sobreentiende que también economizan mucho en la vida diaria. Lo compran todo al por mayor y pagan al contado, lo cual les sale más barato que adquiriendo las cosas al por menor y a crédito. Escogen los artículos muy meticulosamente. De ahí que les resulten no sólo más baratos, sino mejores que los que compra la gente pobre.

Además, muchos gastos se reducen extraordinariamente o se suprimen. Suponte lo que se estropea el calzado y la ropa yendo todos los días a la tienda, a dos o tres verstas de distancia. Te pondré un ejemplo insignificante, pero muy ilustrativo a este respecto. No llevando paraguas, la lluvia causa considerable deterioro a la ropa. Oye ahora lo que me ha dicho Vera Pávlovna. Un paraguas corriente, de lienzo, cuesta dos rublos. En el taller viven veinticinco costureras. De comprar un paraguas para cada una, habría que invertir en ello cincuenta rublos; y la que careciera de él perdería más de dos rublos en ropa. Pero viven juntas. Cada una sale de casa cuando le conviene. Por eso no suele suceder que salgan muchas cuando el tiempo es malo. Han considerado que les basta y aun les sobra con cinco paraguas para todas. Los han adquirido buenos, de seda, a cinco rublos cada uno. Por consiguiente, vienen a resultar veinticinco rublos, o sea, a rublo por costurera. Como verás, todas usan paraguas de buena calidad y, no obstante, gastan sólo la mitad. Lo mismo sucede con un sinnúmero de menudencias que, juntas, tienen importancia. E igual con la casa y con la alimentación. La comida a que hice referencia costó, en total, cinco rublos con cincuenta kopeks (o cinco setenta y cinco con el pan, pero sin el té o el café). Y se sentaron a la mesa treinta y siete personas, sin contarlos a mí, que era invitada, ni a Vera Pávlovna, aunque es cierto que entre ellas había varios niños. Cinco rublos setenta y cinco kopeks para treinta y siete personas representan menos de dieciséis kopeks por cabeza; no llega a cinco rublos al mes. Y Vera Pávlovna asegura que, comiendo individualmente, una persona no puede ad-

quirir con esta suma mucho más que el pan y las porquerías que se venden en los tenduchos. En un bodegón, una comida como ésa (sólo que no tan limpia) vale, según me dijo Vera Pávlovna, cuarenta kopeks, pues las de treinta son mucho peores. Y es que, claro, el bodegonero que guisa para veinte personas o aun menos, tiene que mantenerse y pagar casa y gente de servicio. En el taller no hay apenas gastos de este género o, si los hay, son mucho menores. Todos los gastos de cocina se reducen al salario de dos viejas, parientas de dos costureras. Ahora comprenderás el cálculo que Kirsánov me hizo cuando estuve en su casa por primera vez. Después de escribirlo me dijo:

— Por supuesto, no puedo presentar cifras exactas, difíciles de encontrar porque, como usted sabrá, en cada casa comercial, en cada tienda y en cada taller es diferente la proporción entre los diversos capítulos del presupuesto, de igual modo que cada familia tiene una norma para sus economías y observa una proporción determinada entre sus distintos gastos. Cito estos datos tan sólo como ejemplo; pero a fin de que el cálculo sea más convincente, rebajo las ventajas reales de nuestro sistema respecto a todas las empresas comerciales y a casi todos los negocios pequeños y pobres.

— En cualquier empresa comercial —prosiguió Kirsánov—, los ingresos procedentes de la venta de artículos tienen tres destinos principales: el pago de los salarios a los obreros, los restantes gastos de la empresa —local, luz, materiales— y la ganancia del dueño. Supongamos que el ingreso se divide así: salarios, la mitad del total; gastos diversos, una cuarta parte, y beneficio, la cuarta parte restante. Quiere decirse que si los trabajadores, en conjunto, ganan cien rublos, se destinan cincuenta a los gastos, y otros tantos quedan en manos del amo. Veamos la ventaja que tienen los obreros con nuestro sistema. —Kirsánov se puso a leer el papelito con las cifras:

Perciben su salario equivalente a	100 rublos .
Como ellos mismos son los dueños, reciben también la ganancia del propietario .	50 rublos
Tienen los locales de trabajo en el propio apartamento en que viven, y por eso les salen más baratos. Además economizan material. Esto constituye un gran ahorro: yo creo que la mitad, pero pondremos solamente una tercera parte. Así, pues, de los cincuenta rublos que habrían de invertirse en material economizan aún	16.67 rub.
Total	166.67 rub.

— Ya hemos llegado a la conclusión de que nuestros obreros ganan 166 rublos con 67 kopeks, mientras que con el otro sistema ganarían sólo cien. Pero sus ingresos son mayores. Como trabajan en beneficio propio, ponen un afán especial y dan más rendimiento. En el mismo tiempo que se invertía en hacer cinco artículos de mala gana —en nuestro caso, cinco prendas de vestir—, se hacen ahora seis. La proporción está muy por debajo de la realidad, pero la tomaremos por buena. Quiere decirse que mientras otra empresa gana cinco rublos, la nuestra gana seis.

La rapidez y el celo en el trabajo acrecientan los beneficios en una quinta parte. La quinta parte de 166.67 rublos son	33.33 rub.
33.33. Añadiendo	166.67 ..
a los anteriores	200 rublos
resultan	200 rublos

— Por eso, los nuestros ganan el doble que los otros —continuó Kirsánov—. Examinemos ahora cómo invierten estos ingresos. Poseen dos veces más recursos y los emplean con gran ventaja porque todo se adquiere al por mayor. Supongamos que esto da una ganancia suplementaria de un tercio y que los artículos que costarían tres rublos comprándolos al detall, salen por dos. Pero la ventaja real es mucho mayor. Tomemos por ejemplo el

apartamento: alquilándolo individualmente, en cada una de sus diecisiete habitaciones de dos ventanas vivirían tres o cuatro personas. Admitamos que fueran cincuenta y cinco en total; en cada una de las dos habitaciones de tres ventanas habría seis personas, y en las dos de cuatro ventanas, a nueve por habitación. Doce y dieciocho suman treinta que, añadidas a las cincuenta y cinco de los cuartos pequeños, arrojan un total de ochenta y cinco personas para todo el apartamento. Cada una de ellas pagaría tres rublos con cincuenta kopeks al mes, lo que supone 42 rublos anuales. Así, pues, los pequeños propietarios de inmuebles que alquilan las viviendas *por rincones* cobran 42 rublos al año por inquilino. Multiplicados por 85, dan 3.570. El personal de nuestro taller tiene todo el apartamento por 1.250, casi la tercera parte más barato. Lo mismo sucede con muchas cosas y aproximadamente lo mismo con casi todas. Seguro que me quedaría corto si evaluara el ahorro en la mitad, pero lo dejo en la tercera parte. Sin embargo, no lo he dicho todo aún. Con su régimen de vida, nuestras trabajadoras pueden suprimir muchos gastos o reducirlos. Vérochka le ha puesto el ejemplo del calzado y la ropa. Supongamos que el número de prendas adquiridas se reduce en una cuarta parte, que en lugar de cuatro pares de calzado se compran tres o que tres vestidos duran tanto como durarían cuatro, proporción todavía demasiado baja. Pero vea lo que resulta de ella:

Los artículos se adquieren un tercio más baratos. Es decir, por 3 prendas se pagan 2 rublos, y no 3. Pero, en nuestras condiciones, 3 prendas satisfacen necesidades que, con otro régimen, requerirían no menos de 4. Esto significa que nuestras costureras obtienen por sus 200 rublos artículos cuya adquisición exigiría por lo menos 300 en otras condiciones y que, con el sistema nuestro, estos artículos les proporcionan comodidades que con el otro régimen de vida supondrían un gasto no inferior a 400 rublos.

— Compare la vida de una familia que gaste anualmente mil rublos con la de otra que gaste cuatro mil. ¿Verdad que la diferencia será enorme? —agregó Kirsánov—. Pues nuestro sistema proporciona una ventaja igual a esa diferencia, si no mayor: se gana el doble y se gasta la mitad. ¿Qué tiene, pues, de sorprendente, que la vida de nuestras costureras le haya parecido muy distinta de la que suelen llevar las personas de este oficio en las condiciones imperantes hoy?

Ese es el milagro que he visto, amiga Polina, y ésa es su sencilla explicación. Ahora estoy ya tan acostumbrada a él, que se me hace extraño haberme sorprendido entonces y no haber esperado encontrarlo todo tal como lo encontré. Escíbeme y dime si tienes posibilidad de dedicarte a la misma obra para la que yo me preparo: la organización de un taller de costura o de otra especialidad basado en iguales principios. ¡Es tan agradable, Polina!

Tuya.

K. Pólozova.

P. D. Se me ha olvidado por completo hablar del otro taller, pero habrá que dejarlo para la próxima vez. Ahora te diré tan sólo que el primero se ha desarrollado más y que, por tal razón, aventaja en todo al que te he descrito. Hay entre los dos muchas diferencias de detalle, porque todo se adapta a las circunstancias”.

Capítulo quinto

NUEVOS PERSONAJES

Y

DESENLACE

I

En la carta transcrita, Pólozova decía a su amiga que estaba muy en deuda con el marido de Vera Pávlovna. Para aclarar el sentido de estas palabras habrá que explicar qué clase de hombre era su padre.

Capitán o primer teniente de caballería retirado, dilapidó en orgías y diversiones, según la costumbre de antaño, una finca bastante grande heredada de sus padres. Después sentó la cabeza y pidió el retiro para rehacer su hacienda. Reuniendo los últimos restos, vio que le quedaban unos diez mil rublos. Con ellos se dedicó al comercio de pan al por menor, tomó pequeñas contratas de todo género, se metió en todo negocio rentable que estuviera al alcance de su bolsillo y al cabo de diez años se encontró con un capital bastante regular. Con su re-

putación de hombre sesudo y experto, su rango y el prestigio de que su apellido gozaba en aquellos parajes, podía escoger la novia que quisiera entre las hijas de los comerciantes de las dos provincias que abarcaban sus negocios; y su elección no pudo ser más acertada: la novia llevó al matrimonio una dote de medio millón de rublos. El tenía entonces alrededor de cincuenta años. (Sucedió esto más de cuatro lustros antes del momento en que vemos a su hija entablar amistad con Vera Pávlovna.) Después de añadir a su antiguo caudal un complemento tan considerable, el padre emprendió negocios de alto vuelo, y diez años más tarde era millonario. Falleció su esposa que, habituada a la vida de provincia, le había impedido marcharse a Petersburgo. Pólozov se trasladó a la capital, prosperó más aún, y diez años después se le atribuían de tres a cuatro millones. Le hacían la corte doncellas y viudas, jóvenes y viejas, pero él no quiso casarse en segundas nupcias, en parte porque seguía fiel a la memoria de su esposa y, más que nada, por no dar madrastra a Katia*, a la que amaba sobre todas las cosas.

Pólozov iba enriqueciéndose más y más. Podría haber acumulado no ya tres ni cuatro, sino hasta diez millones, si se hubiera hecho concesionario, pero tenía repulsión a las concesiones y sólo consideraba negocios honrados las contratas o el comercio. Sus cofrades, los millonarios, se reían, no sin razón, de tales sutilezas. Y él, pese a estar equivocado, se mantenía en sus trece: "Soy comerciante y no quiero enriquecerme robando". Pero un año o año y medio antes de que su hija conociese a Vera Pávlovna se averiguó sin lugar a dudas que, en el fondo, su comercio se diferenciaba poco de las concesiones, aunque a él se le antojara tan distinto. Pólozov tenía una enorme contrata, no sabemos si de lienzo, de víveres o de cuero. Como cada año iba haciéndose más

* Diminutivo de Katerina.

tozudo e impertinente a causa de la edad, de su continua suerte y del creciente respeto que inspiraba, discutió con una persona influyente, se acaloró, la insultó, y el asunto comenzó a tomar un cariz desfavorable. Al cabo de una semana le dijeron: "Sométete". "No quiero" —respondió él. "Mira que puede costarte caro". — "Bueno, pero no me someto". Al mes le repitieron la intimación, él contestó de igual manera y, como cabía suponer, no claudicó, pero salió perdiendo: las mercancías que suministró fueron desechadas. Además, se descubrieron no sé si errores o fraudes; evaporáronse sus tres o cuatro millones, y a los sesenta años se vio Pólozov en la miseria. Vamos, en la miseria en comparación con esplendores recientes; pero vivía bien. Le quedaba cierta participación en el capital de una fábrica de estearina; y, sin perder los ánimos, se hizo administrador de ella con un buen sueldo. Por otra parte, se habían salvado milagrosamente varias decenas de miles de rublos. De haberle quedado semejante suma quince años antes, o incluso diez, le hubiera bastado para volver a elevarse bastante. Pero a los sesenta años y pico se le hacía difícil la subida, y Pólozov estimó que ya era tarde y que le faltaban fuerzas. Ahora no pensaba sino en organizar cuanto antes la venta de la fábrica, cuyas acciones apenas producían nada y cuyos asuntos y crédito no tenían arreglo. Llevaba razón y supo convencer a los demás accionistas principales de que la rápida venta era el único medio de salvar el dinero comprometido en las acciones. Otra cosa que le preocupaba era casar a su hija. Pero lo esencial consistía en vender la fábrica, convirtiendo todo el dinero en bonos al cinco por ciento —que entonces se habían puesto de moda—, y esperar la muerte tranquilamente, recordando las grandezas pasadas, cuya desaparición soportó animoso, sin perder su optimismo ni su entereza.

II

Quería entrañablemente a Katia y no dejaba que las ultraaristocráticas institutrices amaestrasen demasiado a la muchacha. "Son estupideces" —decía refiriéndose a la tuesura del talle, al refinamiento de los modales y a otras cosas por el estilo. Y cuando Katia cumplió quince años, el padre coincidió con ella en que podría arreglárselas sin inglesa y sin francesa. La joven respiró a sus anchas: tenía plena libertad en su casa. La libertad significaba entonces para ella que no le impidiesen leer y soñar. Sólo tenía dos o tres amigas íntimas, y el número de sus pretendientes era incalculable, pues se trataba nada menos que de la hija de Pólozov: ¡cualquier cosa, cuatro millones!

Sin embargo, Katia leía y soñaba, desesperando a los pretendientes. Tenía ya diecisiete años: leía, soñaba y no se enamoraba. Pero de pronto comenzó a adelgazar y a palidecer, hasta el punto de tener que guardar cama.

III

Aunque Kirsánov no ejercía prácticamente la profesión, no se consideraba con derecho a negarse a participar en las consultas de médicos. Y por aquella época —cosa de un año después de obtener el título de profesor y un año antes de casarse con Vera Pávlovna— los próceres de la medicina de Petersburgo comenzaron a invitarle a las consultas con mucha frecuencia. Los motivos eran dos: vino a confirmarse que, en efecto, existía en el mundo un tal Claude Bernard, que habitaba en París. Uno de los próceres, que fue allí con no se sabe qué misión científica, vio a Claude Bernard, al propio Claude Bernard en persona, el auténtico; se le presentó mencionando su rango, su título, sus condecoraciones y los nombres de sus clientes más ilustres; y Claude Bernard, después de oírlo media hora, contestó: "Para es-

tudiar los progresos de la medicina no había necesidad de venir a París; no tenía por qué salir de Petersburgo". El prohombre interpretó estas palabras como un elogio a su pericia y, de regreso en Petersburgo, pronunciaba el nombre de Claude Bernard diez veces al día como mínimo, añadiéndole cinco veces por lo menos: "Mi docto amigo" o "Mi famoso colega en la ciencia". ¿Cómo podían, pues, no llamar a Kirsánov a las consultas? Imposible. Y el segundo motivo era ya de más peso: todos los próceres veían que Kirsánov no les hacía la competencia; lejos de hacérsela, no visitaba enfermos aunque se lo suplicasen. Es notorio que muchos médicos de fuste, cuando ven que a algún enfermo se le acerca inevitablemente el estirón y, por un maligno capricho de la fortuna, no pueden desprenderse del paciente mandándolo a un balneario o a algún otro sitio del extranjero, procuran endosárselo a un colega y están dispuestos a gratificarle con tal de que lo acepte. Rara vez se avenía Kirsánov a hacerse cargo de un enfermo, aunque se lo pidiera un ilustre galeno presto a escurrir el bulto. En tales casos, solía recomendar a los amigos que ejercían la profesión, quedándose tan sólo con algunos casos interesantes desde el punto de vista científico. ¿Cómo no invitar a las consultas de médicos a un colega que, además de no ser un competidor, era conocido de Claude Bernard?

El millonario Pólozov tenía como médico de cabecera a una de las lumbreras más eminentes, y cuando Katerina Vasilievna enfermó de gravedad, en las consultas se reunían durante mucho tiempo únicamente los conspícuos de la medicina. Por último, la dolencia adquirió tal cariz, que las lumbreras decidieron invitar a Kirsánov. En verdad, el asunto era difícil para ellos: la paciente no tenía enfermedad alguna, pero se iba consumiendo más y más. Había que hallar un diagnóstico. El médico de cabecera dictaminó *atrophia nervorum*, es decir, atrofia de los nervios. Ignoro si existirá en el mundo semejante dolencia, pero si existe, se sobreentiende que

ha de ser incurable. Y si, pese a su incurabilidad, había que someterla a tratamiento, que la tratase Kirsánov o alguno de sus amigos, aquellos mozalbetes desenfados.

Celebróse, pues, la consulta con asistencia de Kirsánov. Reconocieron a la enferma y le hicieron mil preguntas. La joven respondió de buena gana, muy serenamente. Pero a las primeras palabras, Kirsánov guardó silencio y se dedicó a observar cómo la auscultaban e interrogaban los prohombres. Cuando éstos atormentaron a la paciente tanto como exigía el decoro en tales casos, preguntaron a Kirsánov, fatigados ya: "¿Qué opina usted, Alexandr Matvéievich?", a lo que respondió él: "No he estudiado debidamente a la enferma. Me quedo aquí, porque se trata de un caso interesante. Si se requiere nueva consulta, ya se lo diré a Karl Fiódorovich" (o sea, al médico de cabecera, resplandeciente de júbilo al verse libre de aquel caso de *atrophia nervorum*).

Una vez que todos se marcharon, Kirsánov se sentó junto al lecho. La enferma sonrió, irónica.

— Es una lástima que no nos conozcamos — comenzó él—. El médico necesita confianza, y tal vez yo consiga merecer la de usted. Esos señores no comprenden su enfermedad. Aquí se precisa cierta capacidad de adivinación. Auscultarla a usted o recetarle pócimas no tiene objeto. Cabe tan sólo una cosa: conocer su situación y discurrir juntos si algo puede hacerse. ¿Piensa usted ayudarme a ello?

La enferma guardó silencio.

— ¿Se niega usted a hablar conmigo?

Ella siguió sin pronunciar palabra.

— Quizá desee usted, incluso, que me vaya. No le pido más que diez minutos. Si, pasados éstos, sigue considerando inútil mi presencia aquí, me marcharé. ¿Sabe usted que su único trastorno es la tristeza? ¿Sabe que, si su estado moral se prolonga, dentro de dos o tres semanas, o quizá antes, será imposible salvarla? ¿Sabe

hacer que me tome antipatía; pero, pese a todo, usted se dirá: "Este hombre habla como piensa, no finge, no trata de engañarme". Y con ello aumentará su confianza hacia mí. ¿Verdad que hablo con el corazón en la mano?

La joven no sabía si afirmar o negar.

— ¡Qué raro es usted, doctor! —pronunció finalmente.

— No, no soy raro. Lo que sucede es que no soy un engañador. Le he dicho sin rodeos lo que pienso. Mas se trata únicamente de una suposición mía. Tal vez esté equivocado. Deme oportunidad de cerciorarme. Dígame quién es el elegido de su corazón. Entonces —pero sólo en el caso de que usted me lo permita— hablaré de él con su padre.

— ¿Y qué piensa decirle?

— ¿El lo conoce bien?

— Sí.

— En tal caso, le diré que acceda a que se case usted con una condición: que la boda no se celebre ahora, sino dentro de dos o tres meses, para que tenga usted tiempo de pensar serenamente si su padre lleva o no lleva razón.

— El no accederá.

— Accederá, sin duda. Y si no, le ayudaré a usted, según lo prometido.

Kirsánov habló largamente, y, a la postre, logró que ella le confesase el nombre de la persona amada y le permitiese hablar con su padre. Pero la conversación con el viejo fue mucho más difícil que con ella. Pólozov se extrañó sobremanera al saber que la consunción de su hija tenía como origen un amor sin esperanzas. Y se sorprendió mucho más al oír el nombre del causante del mal. "Prefiero su muerte antes que consentir tal casamiento. Eso será menos penoso para ella y para mí" —dijo con firmeza. El arreglo era todavía más difícil, porque Kirsánov, oyendo los argumentos de Pólozov, se convenció de que la razón estaba de parte del anciano y no de su hija.

Los pretendientes asediaban por centenares a la heredera de la enorme fortuna. Pero la gente que acudía a los banquetes y a las veladas de Pólozov eran esos individuos de catadura muy dudosa y de elegancia más dudosa aún que llenan los salones de los ricachos que, como Pólozov, se han elevado por encima de su esfera, más o menos decente y nada aristocrática, y no tienen ni parientes ni conocidos en la auténtica alta sociedad, más o menos decente también. Estos señores se convierten en mantenedores de tunos y pisaverdes que son indecentes hasta por su aspecto, no hablando ya de sus prendas morales. De ahí que Katerina Vasilievna se interesase tanto cuando entre sus pretendientes apareció un verdadero hombre del gran mundo, un hombre fino en toda la extensión de la palabra. ¡Qué modales tan distinguidos! ¡Y cuánto más interesante y amena era su conversación que la de los demás! El padre advirtió pronto la preferencia de su hija y, como persona práctica, enérgica y firme, le comunicó sus inquietudes: "Katia, hija mía —le dijo—: Solovtsov te corteja. Cuidado. Es un mal sujeto, un hombre sin alma. Te haría tan desgraciada, que prefiero verte muerta antes que casada con él: sería mejor para ti y para mí". Katerina Vasilievna quería a su padre y respetaba su criterio. Como jamás había sufrido ninguna imposición de él, sabía que hablaba guiado por el amor paterno. Además —y eso era propio de su carácter—, ella anteponía los deseos de las personas que la amaban a los caprichos personales. Era uno de esos seres que siempre dicen a sus parientes: "Haré lo que ustedes quieran". Así se explica que respondiese al padre: "Solovtsov me gusta, pero ya que usted cree que debo apartarme de él, le obedeceré". Por supuesto, si Katerina Vasilievna hubiese amado, no hubiera hecho lo que se le pedía, ni tampoco hubiera dicho esto, pues detestaba la mentira. Pero su afecto a Solovtsov era todavía muy débil, casi

inexistente. Hasta entonces, Solovtsov no tenía sobre los demás otra ventaja que la amenidad. La joven se mostró fría con él; y quizá todo se hubiese arreglado felizmente si el padre, impulsivo, no hubiera exagerado la nota; la exageró muy poco, pero lo suficiente para que el astuto Solovtsov se aprovechase, adoptando el papel de víctima. Había que encontrar un pretexto para ello. En cierta ocasión, Pólozov le tiró unas puntadas. Solovtsov, con aire de dignidad ofendida y de pena, se despidió y dejó de frecuentar la casa. Una semana después, Katerina Vasilievna recibió de él una esquila apasionada y comedido por ella, que para ser feliz le bastaría verla de vez en cuando, aunque no le hablase, que él sacrificaba incluso esta felicidad y, no obstante, era feliz y desdichado, etcétera, etcétera. No pedía nada, ni siquiera respuesta. Las cartas de este género se sucedieron unas a otras hasta que, por fin, surtieron efecto.

Pero no inmediatamente. En los primeros tiempos del alejamiento de Solovtsov, Katerina Vasilievna no parecía triste ni pensativa. Además, ya antes lo trataba con frialdad y había acogido con gran serenidad el consejo del padre respecto al pretendiente. Por eso, cuando, pasados dos meses, la embargó la melancolía, ¿cómo iba Pólozov a imaginarse que el causante de todo era Solovtsov, del que ya se había olvidado por completo? “Te encuentro triste, Katia”. — “Pues no me pasa nada. Me siento bien”. A la vuelta de una o dos semanas, la pregunta del anciano había cambiado un poco: “¿No estás enferma, Katia?” — “No, no me pasa nada”. Dos semanas más tarde, el viejo decía ya: “Hay que ponerte en cura”. Katia se sometió a tratamiento, y su padre se tranquilizó totalmente porque el doctor no hallaba sino un poco de debilidad y cierto agotamiento, atribuyéndolo a la fatigosa vida que Katerina Vasilievna había llevado aquel invierno: veladas diarias hasta las dos o las tres de la madrugada, y frecuentemente hasta las cinco. Y

aunque el médico afirmaba que el agotamiento pasaría, iba aumentando.

¿Por qué Katerina Vasilievna no dijo nada a su padre? Porque estaba convencida de que sería inútil: el anciano le había hablado con firmeza y no era amigo de lanzar las palabras al viento; tampoco emitía sobre las personas juicios que no estuvieran muy arraigados en él; y nunca hubiera permitido que su hija se casase con un individuo al que consideraba un malvado.

Entretanto, Katerina Vasilievna soñaba, y soñaba leyendo las prudentes y desesperadas cartas de Solovtsov; y al medio año se encontró a dos pasos de la tisis. Ni una sola palabra de ella dio a entender al padre que le cabía cierta culpa en el origen de la enfermedad. La hija se mostraba con él tan cariñosa como siempre. “¿Estás descontenta de alguna cosa?” — “No, papá”. — “¿Te ha disgustado algo?” — “No, papá”. Y era evidente que no; estaba decaída de ánimo, pero era a causa de la debilidad, de la dolencia. También el médico atribuía tal decaimiento a la enfermedad. Pero ¿de dónde procedía ésta? Mientras el doctor la consideró un mal pasajero, se limitó a censurar los bailes y los corsés, mas cuando vio el peligro que amenazaba, se sacó del magín la “atrofia de los nervios”: *atrophia nervorum*.

V

Si bien los próceres de la medicina convinieron en que *mademoiselle* Pólozova padecía *atrophia nervorum* provocada por un género de vida agotador al que se unía la tendencia a la abstracción y al ensimismamiento, Kirjánov no tuvo ni que reconocer a la paciente para advertir que su decaimiento era de origen espiritual. Antes de la consulta, el médico de cabecera le informó de las relaciones de la enferma, comunicándole que entre el padre y la hija no había disgustos, pues se llevaban muy bien; sin embargo, el padre ignoraba la causa del mal, porque

la desconocía hasta el médico de cabecera. El hecho de que la muchacha hubiese ocultado tanto tiempo su trastorno, sin dar a Pólozov ocasión de adivinar el motivo, era prueba de un carácter fuerte, el cual se manifestó también en el tono sereno de sus respuestas durante la consulta. Además, ella no denotaba la menor irritación y sobrellevaba su suerte estoicamente. Kirsánov vio que la joven merecía que se ocupase de ella por si en algo podía ayudarle. Le pareció necesario intervenir. Naturalmente, la cosa se aclararía alguna vez sin necesidad de su ayuda, pero ¿no sería tarde? La tuberculosis iba acercándose, y si llegaba serían inútiles todos los cuidados.

Por eso se pasó dos horas tratando de persuadir a la enferma hasta que venció su desconfianza, se puso al corriente del asunto y obtuvo permiso para hablar con el padre.

Pólozov se asombró lo indecible cuando Kirsánov le dijo que su hija estaba enferma por el amor de Solovtsov. ¿Cómo era posible esto, si Katia había acogido tan impasiblemente el consejo de romper con él y lo trató con tanta indiferencia, que el pretendiente dejó de frecuentar su casa? ¿Cómo, pues, se moría de amor por él? ¿Y acaso era posible morir de amor? Tanta pasión se le antojaba inverosímil a una persona habituada a la vida de los negocios y a enjuiciarlo todo con el razonamiento frío. Kirsánov conversó largamente con Pólozov, que no cesaba de repetir: "Todo es fantasía de una chicuela, que sufrirá un poco y se olvidará del asunto". Kirsánov se esforzó por explicarle, y por fin le hizo comprender, que precisamente por tratarse de una chica no se olvidaba y se moriría. Pólozov terminó persuadiéndose de ello, pero en lugar de ceder, descargó un puñetazo en la mesa y sentenció con energía: "Si se muere, que se muera. Peor será que se haga una desgraciada. Su muerte constituirá un alivio para ella y para mí". O sea, lo mismo que había declarado a su hija medio año antes. Katerina Vasilievna llevaba razón al decir que era inútil hablar con él.

— ¿Por qué se obstina usted de esa manera? Creo de buena gana que Solovtsov es un infame, pero ¿acaso es tan malo como para que la vida con él sea peor que la muerte?

— Sí, señor. Se trata de un desalmado. Katia es una muchacha excelente y delicada, y él, un sujeto perverso y repugnante. —Y Pólozov hizo tal descripción del pretendiente, que Kirsánov no halló nada que objetar. Verdaderamente, ¿cómo no iba a darle la razón si Solovtsov era aquel Jean que después de la función de ópera cenó con Storéshnikov, Serge y Julie? En efecto, mucho más le valiera a cualquier muchacha morir antes que casarse con un tipo así, capaz de enlodar, de podrir y de corromper con su vileza a toda mujer decente. La muerte era mejor.

Kirsánov quedó pensativo unos minutos.

— No —objetó por fin—. No debo dejarme llevar por usted. La cosa no ofrece peligro precisamente por tratarse de un sujeto tan malvado. Ella no podrá por menos de convencerse. Dele tiempo para observarlo con tranquilidad. —Y expuso minuciosamente a Pólozov un plan del que había hablado a su hija tan sólo como conjetura, tal vez desacertada, y según el cual, la propia joven renunciaría al hombre amado si, en realidad, era un infame. Kirsánov estaba ya convencido por completo del éxito de su empresa porque acababa de conocer la catadura moral de Solovtsov.

— No voy a explicarle a usted que el matrimonio, si se le considera serenamente, no reviste una trascendencia tan grande —siguió diciendo—. Cuando la esposa es desdichada, ¿qué motivo hay para que no se separe del marido? Usted cree inadmisibles la separación; su hija está educada en los mismos principios; para ustedes dos, esto representa una desgracia irreparable, y antes de que ella consiga reeducarse, se martirizará con ese hombre y sufrirá una muerte peor que la provocada por la tisis. Pero conviene enfocar el asunto desde otro punto

de vista. ¿Por qué no tiene confianza en la prudencia de su hija, que no es una loca? Confíe en el raciocinio, pero permítale actuar libremente, y jamás le traicionará si lleva razón. Usted mismo tiene la culpa por haber puesto trabas al raciocinio de su hija; quíteselas y este mismo raciocinio la traerá al lado de usted, ya que la razón está de su parte. La pasión es ciega cuando encuentra obstáculos; elimínelos, y su hija volverá a razonar como es debido. Dele la libertad de amar o no amar, y ella verá si ese hombre merece su cariño. Cuando sea su novio varios meses, ella misma lo rechazará.

Esta manera de abordar las cosas era demasiado nueva para Pólozov. Respondió bruscamente que no creía en tales estupideces, que conocía la vida demasiado bien y que había visto infinidad de ejemplos de la insensatez de la gente para confiar en su raciocinio y mucho menos en el de una chica de diecisiete años. En vano opuso Kirsánov que las insensateces se cometen tan sólo en acaloramientos momentáneos o cuando el hombre, carente de libertad, se irrita al encontrar resistencia. Aquellos conceptos representaban un verdadero galimatías para Pólozov. "Es una muchacha sin luces. Sería absurdo abandonar a una niña como ella a su propia suerte. Prefiero que se muera" —insistía, sin que fuese posible disuadirlo.

No obstante, por profundo que sea el error de un hombre, se desvanece si otra persona de más cultura e instrucción se empeña en sacarlo de él. Cierto, pero ¿cuánto tiempo requeriría la labor persuasiva? Evidentemente la conversación transcrita surtiría también sus efectos; aunque de momento no pareciera haber influido para nada en Pólozov, el viejo comenzaría a meditar las palabras de Kirsánov y acabaría por ceder si continuaba conversando con él. Pero Pólozov blasonaba de experto, se tenía por infalible, era empecinado y testarudo. Y si bien las palabras podían convencerlo, no sería muy pronto. Mas toda dilación encerraba peligros; una demora larga trae-

ría seguramente consecuencias funestas; y la demora larga era inevitable si la lucha por persuadirlo había de llevarse con paciencia y método.

Se requería un medio radical. Ciertamente, era arriesgado, pero representaba tan sólo un riesgo, mientras que, de no aplicar este medio, la muerte sería segura. Por otra parte, el riesgo no era tan grande como pudiera antojársele a una persona que no estuviese tan convencida como Kirsánov de lo certero de su interpretación de las leyes de la existencia. El riesgo no era grande, aunque sí serio. Sólo un número de la lotería estaba condenado a perder. Pocas eran las probabilidades de que saliese, pero ¿y si salía? Quien juega una carta, no debe pestañear cuando sale la contraria. Kirsánov veía el sereno y callado estoicismo de la muchacha y confiaba en ella. Sin embargo, ¿tenía derecho a hacerla correr aquel peligro? Indudablemente. Hasta entonces, de cien posibilidades había sólo una de que se salvase y más de la mitad de que muriese pronto. Por el contrario, en la empresa que proponía Kirsánov, tan sólo una entre mil posibilidades era adversa. Katerina Vasílievna debía, pues, jugar a aquella lotería, quizá más pavorosa que otras por su rapidez, pero mucho menos peligrosa en realidad.

— Bueno —dijo Kirsánov—; ya que no quiere usted curarla por los procedimientos a su alcance, la trataré yo con los míos. Mañana convoco otra consulta.

Regresó a la habitación de la enferma, le comunicó que su padre se había mostrado más irreductible de lo que él esperaba y le propuso que obrase contra la voluntad del padre de la manera más decidida.

— No, no hay remedio —dijo ella apesadumbrada.

— ¿Está usted segura?

— Sí, señor.

— ¿Está dispuesta a afrontar la muerte?

— Sí.

— ¿Y si me decido a ponerla en peligro de morir? Hasta ahora hablé de esto de pasada, para granjearme la confianza de usted, demostrando mi disposición a ayudarle en todo cuanto fuese necesario. Ahora hablo con entera responsabilidad: ¿qué le parece si me veo en el trance de tener que darle un veneno?

— Sé desde hace tiempo que mi muerte es inevitable y que me quedan pocos días de vida.

— ¿Y si se lo traigo mañana por la mañana?

— Tanto mejor —respondió ella sin inmutarse.

— Cuando no queda más remedio que amenazar con el suicidio, este recurso surte efecto casi siempre. Si uno dice: “Cede o muero”, suelen ceder. Pero, ¿sabe?, no conviene jugar con este gran principio ni ponerse en ridículo: si no ceden, hay que morir.

Y Kirsánov le expuso un plan del que sus últimas palabras dan una idea bastante completa.

VI

Huelga decir que, en otras ocasiones, a Kirsánov no se le hubiera ocurrido apelar a un procedimiento tan arriesgado. Hubiese sido mucho más sencillo que la muchacha se marchara del hogar paterno y que se casase con quien quisiera. Mas el asunto se complicaba a causa de la mentalidad de Katerina Vasilievna y de las cualidades del hombre a quien amaba. Fiel a su criterio de que el lazo matrimonial es indisoluble, ella habría permanecido junto a un malvado aunque se hubiese convenido de que la vida con él era un calvario. Unirla a él era peor que matarla. De ahí que la alternativa fuese darle la muerte o la ocasión de recapacitar.

Al día siguiente se celebró una consulta de las eminencias más relevantes de la medicina, de los cinco médicos más ilustres. No había más remedio: ¿de qué otro modo podía Kirsánov influir sobre Pólozov? Convenía que en presencia suya se dictase un veredicto inapelable.

Kirsánov tomó la palabra; sus colegas le oyeron con grave continente y asintieron con más gravedad todavía: era imposible obrar de otro modo, pues, como recordarán ustedes, había en el mundo un tal Claude Bernard, residente en París, y además, Kirsánov decía tales cosas, que, ¡diablo con aquellos mozalbetes!, ni se los entendía. ¿Cómo no iban a asentir?

Kirsánov dijo que, después de reconocer minuciosamente a la enferma, coincidía en un todo con la opinión de Karl Fiódorovich: la dolencia era incurable, y la agonia sería un tormento. Cada hora que viviese aquella joven equivaldría a una hora de sufrimientos. Considerándolo así, estimaba que la consulta, por pura humanidad, debía prescribir el cese de las torturas de la paciente, administrándole una dosis de morfina que la sumiera en un sueño del que no despertara. Con este preámbulo, llevó a los presentes a reconocer de nuevo a la muchacha a fin de que aprobasen o rechazasen su punto de vista. Los médicos la reconocieron, pusieron ojos de asombro al oír el torrente de palabras incomprensibles que pronunciaba Kirsánov, regresaron a la otra sala, lejos de la habitación de la enferma, y recomendaron acabar con sus padecimientos mediante una dosis mortal de morfina.

Una vez aprobado el dictamen, Kirsánov llamó a un criado y le ordenó que avisara al dueño de la casa. Entró Pólozov, y el más imponente de aquellos sabios varones le comunicó la decisión de la consulta con palabras entre tristes y solemnes y en tono majestuoso y lúgubre.

A Pólozov le hizo el efecto de una bomba. Son cosas muy distintas esperar la muerte de un ser querido que, aunque próxima, no se sabe si es inminente ni segura, y oír que dentro de media hora la persona amada no estará entre los vivos. Kirsánov miraba a Pólozov con inquisitiva atención. Estaba seguro del efecto que le produciría la noticia, pues el momento era crucial. El anciano, anonadado, guardó silencio un par de minutos y exclamó después: “¡No! ¡Se muere por mi testarudez!

¡Todo lo acepto! ¿Sanará Katia?" — "Sin ninguna duda"
—contestó Kirsánov.

Los próceres se habrían enojado mucho si hubieran tenido tiempo de enojarse, es decir, de cruzar sus miradas y cerciorarse de que todos habían sido meros juguetes en manos de aquel chiquillo, pero Kirsánov no dio a ninguno tiempo de pensar: "¿Cómo me miran los demás?" Ordenó a un criado que se llevase al abatido Pólozov y agradeció a sus colegas la perspicacia con que habían adivinado su intención, comprendiendo que el motivo de la enfermedad era el sufrimiento moral y que urgía asustar al testarudo padre, quien, a no ser por esto, habría acarreado la muerte a su hija. Los eminentes galenos se marcharon, satisfecho cada cual de que su ciencia y su perspicacia hubieran sido reconocidas ante los otros.

Después de darles certificado de doctos, Kirsánov fue a anunciar a la enferma el arreglo. Al oír sus primeras palabras, la muchacha le asió la mano, y él tuvo que realizar un gran esfuerzo para evitar que se la besara. "Pero tardaré en permitir a su padre que venga a comunicarle a usted lo acordado —dijo Kirsánov—. Antes tendrá que oír toda una conferencia mía acerca de cómo debe conducirse". Y le expuso los conceptos que pensaba inculcar a su padre, asegurando que no lo dejaría en paz hasta que consiguiera metérselos en la cabeza.

Estremecido por el efecto de la consulta, el viejo se había suavizado mucho y no miraba ya a Kirsánov con los mismos ojos que el día anterior, sino con los que miró María Alexiéevna a Lopujov cuando lo vio en sueños convertido en concesionario. El día anterior, a Pólozov le parecía muy natural este razonamiento: "Tengo más edad y más experiencia que tú, y no hay en el mundo nadie que me aventaje en inteligencia. Tanto mayor razón para que no te haga caso, mocosito desarrapado. Gracias a mi buena cabeza he juntado dos millones (verdaderamente, eran dos, y no cuatro, como se decía); reúne tú otro tanto

y después habla". Pero ahora pensaba: "¡Qué vuelta le ha dado a todo este oso! ¡Menuda maña tiene!" Y cuanto más hablaba con Kirsánov, con tanta más insistencia se le venía a la memoria, como complemento para el oso, un viejo recuerdo de su vida de húsar: el domador de caballos Zajárchenko iba a lomos de "Gromobói" (entre las señoritas y, en parte, entre los caballeros, militares y civiles, estaban todavía en boga las baladas de Zhukovski), y el corcel bailaba con el jinete a cuestras y con el bello desgarrado y lleno de sangre. A Pólozov le dio un poco de miedo la respuesta de Kirsánov a su primera pregunta.

— ¿De veras que le habría dado usted una dosis mortal? —inquirió.

— ¡Vaya que sí, qué duda cabe! —contestó Kirsánov con frialdad imperturbable.

"¡Habrás bandido! Habla como hablaría un cocinero acerca de una gallina degollada" —pensó Pólozov y añadió en voz alta:

— ¿Hubiera usted tenido ese valor?

— Pues no faltaba más. ¡Vaya un trapo que sería si no lo tuviera!

— ¡Es usted terrible! —repitió Pólozov varias veces.

— Usted no ha visto todavía hombres terribles —replicó Kirsánov con una sonrisa condescendiente, y dijo para sus adentros: "Si te enseñase a Rajmétov..."

— Pero ¿cómo se las ha ingeniado usted para embaucar a todos esos médicos?

— ¡No es tan difícil embaucar a gente como ésa! —repuso Kirsánov con una ligera mueca.

Y a Pólozov se le representó la figura de Zajárchenko diciendo al capitán Volínov: "¿Ese caballo de orejas caídas han traído para que yo lo dome, mi capitán? Vergüenza me da montarme en él".

Después de contener el torrente de preguntas de Pólozov, Kirsánov comenzó a dictarle las reglas de conducta a que debía atenerse:

— Recuerde usted que las personas sólo pueden razonar cuando nadie las molesta, que no se acaloran cuando no las irritan y que no se aferran a sus caprichos cuando no se les quitan. Y se les permite comprobar si son buenos o no. Si Solovtsov es tan malo como usted lo pinta —y yo le creo—, su propia hija se dará cuenta de ello; pero se dará cuenta solamente cuando usted no le ponga obstáculos ni alimente en ella la idea de que intriga contra él y de que quiere indisponerlos. Una sola palabra de usted contra Solovtsov estropeará el asunto por dos semanas, y varias palabras, para siempre. Debe mantenerse completamente al margen.

El consejo fue acompañado de los siguientes razonamientos:

— ¿Es fácil obligar a usted a hacer lo que no quiere? Pues ya ve: yo le he obligado. Por consiguiente, tengo idea de cómo deben hacerse las cosas. Créame, pues: hay que proceder como le aconsejo. Sé muy bien lo que digo. Obedézcame.

A hombres como Pólozov no se les puede tratar más que con audacia, pisándoles el terreno. Pólozov claudicó y prometió conducirse como se le pedía. Pero, aun convencido de que Kirsánov llevaba razón y de que debía hacerle caso, no acertaba a comprender qué clase de hombre era aquél: estaba a un tiempo de parte suya y de la de Katia; y le obligaba a someterse a su hija para que ésta cambiase de parecer. ¿Cómo se compaginaba lo uno y lo otro?

— De un modo muy sencillo —le explicó Kirsánov—. Quiero que no le impida usted recobrar el buen juicio. Y nada más.

Pólozov escribió a Solovtsov una nota, pidiéndole que fuese a verle para tratar un asunto importantísimo. Por

la tarde llegó Solovtsov, tuvo una explicación delicada, pero muy digna, con el anciano y fue declarado novio de la hija, fijándose la boda para dentro de tres meses.

VII

Kirsánov no podía abandonar la obra emprendida: tenía que ayudar a Katerina Vasilievna a curar cuanto antes su ceguera y, más aún, tenía que vigilar al padre para que se mantuviera fiel al principio de la no ingerencia. Sin embargo, estimó inoportuno aparecer por la casa de Pólozov en los días subsiguientes a la crisis. Katerina Vasilievna se hallaba todavía, naturalmente, en estado de obcecación; y si él veía que Solovtsov era un malvado (cosa inevitable), su tácita desaprobación del novio, no hablando ya del caso en que expresara su criterio francamente, acrecentaría la obcecación de ella. Kirsánov se presentó al cabo de semana y media; y llegó por la mañana a fin de no encontrar a Solovtsov, pues para entrevistarse con él quería obtener el previo consentimiento de la novia. Halló a la enferma muy repuesta. Aunque delgada y pálida todavía, se encontraba completamente sana, pese a que el famoso médico de cabecera le recetaba infinitos brebajes (Kirsánov le había devuelto a la paciente, diciendo a ésta: "La dejo al cuidado de él; ninguno de los mejunjes que le recete podrá ya hacerle daño"). Katerina Vasilievna recibió a Kirsánov entusiasmada, pero lo miró con ojos de sorpresa cuando anunció el objeto de su llegada:

— ¡Me ha salvado usted la vida, y todavía pide permiso para venir a vernos!

— Pero mi visita en presencia de él podría parecer a usted una tentativa de inmiscuirse en sus relaciones sin su consentimiento. Ya conoce usted mi norma de conducta: no favorecer a nadie en nada sin la conformidad del interesado.

Kirsánov regresó por la tarde a los dos o tres días y vio que el novio era tal y como lo pintara Pólozov. Comprobó también que el anciano, aleccionado, cumplía lo que acordaron y no molestaba a su hija. Kirsánov pasó allí la tarde sin que una sola palabra o un gesto suyos revelasen su opinión acerca del novio. Y al despedirse de Katerina Vasílievna tampoco dio a entender la impresión que había sacado de él.

Esto bastó para despertar en la muchacha la curiosidad y la duda. Al día siguiente la asaltaba a cada instante una idea: "Kirsánov no dijo de él ni palabra. Si le hubiera producido buena impresión, me lo habría dicho. ¿Será posible que no le haya gustado? ¿Qué podrá haberle disgustado en él?" Por la tarde, cuando llegó el novio, Katerina Vasílievna observó atentamente sus modales y meditó sus palabras. Preguntóse a sí misma para qué lo hacía. Y se respondió que para demostrarse a sí misma que Kirsánov no debía ni podía haber encontrado defectos en su prometido. Efectivamente, se convenció de ello, pero la necesidad de demostrarse a sí misma que el hombre amado era intachable, suponía ya el camino para encontrar pronto las máculas.

Días después volvió Kirsánov y tampoco dijo una palabra del novio. Katerina Vasílievna fue incapaz de contenerse esta vez y le preguntó al finalizar la velada:

— ¿Qué opinión le merece? ¿Por qué calla usted?

— No sé si le agrada escuchar mi opinión ni si la tendrá usted por objetiva.

— ¿No le gusta?

Kirsánov no contestó.

— ¿No le gusta? —repitió ella la pregunta.

— No he dicho eso.

— Pero se nota. ¿Por qué no le gusta?

— Esperaré hasta que la causa de que no me guste sea evidente.

A la tarde siguiente, Katerina Vasílievna observó a Solovtsov con más atención todavía. "A mí me parece

bueno —pensó—. Kirsánov se equivoca. Pero ¿por qué no puedo descubrir en él lo que no le gusta a Kirsánov?" Contrariada por su poca perspicacia, se dijo: "¿Tan ingenua soy?" Su amor propio acababa de excitarse, tomando el rumbo más peligroso para el novio.

Cuando Kirsánov se presentó, pasados unos días, consideró oportuno actuar con más audacia. Hasta entonces había rehuído hablar con Solovtsov para no inquietar a Katerina Vasílievna con una intromisión prematura. Esta vez tomó asiento en el mismo grupo que ella y Solovtsov, procurando tocar temas que pusieran de manifiesto el carácter del novio al intervenir en la conversación. Se habló de la riqueza, y a Katerina Vasílievna le pareció que su prometido se interesaba demasiado por el dinero; se habló de las mujeres, y creyó notar que Solovtsov tenía de ellas una opinión demasiado ligera; se habló de la vida conyugal, y se esforzó en vano por desterrar la impresión de que tal vez para una mujer fuese demasiado fría y difícil la vida con un marido como aquél.

Se produjo la crisis. Katerina Vasílievna tardó en dormir y lloró mucho, recriminándose a sí misma por pensar mal de su novio. "No, no es un pedazo de hielo. No desprecia a las mujeres. Es a mí a quien quiere y no a mi riqueza". Si estas objeciones hubieran ido dirigidas a otra persona, habrían anidado en su mente. Pero eran réplicas a sus propios pensamientos. Y nadie resiste mucho tiempo a una verdad hallada por sí mismo, a una verdad que es hija propia y en la que no cabe sospechar malicia alguna. A la tarde siguiente, Katerina Vasílievna estuvo sondeando a Solovtsov como lo sondeara Kirsánov la tarde anterior. Aunque se afirmaba a sí misma que sólo quería convencerse de lo erróneo de su opinión sobre él, se notaba ya presa de la desconfianza hacia su novio. Y también tardó en dormirse, mas su disgusto era ya contra Solovtsov: ¿por qué en lugar de desvanecer las dudas de ella las había confirmado con sus palabras? Estaba igualmente contrariada consigo misma; pero en

su contrariedad se percibía ya nitidamente un reproche: "¿Cómo he podido estar tan ciega?"

Nada tiene, pues, de extraño, que a los dos o tres días sintiera miedo al pensar: "Si me he equivocado con él, pronto perderé la posibilidad de enmendar mi error". Cuando Kirsánov volvió a visitarla, notó que podía hablar francamente con ella.

— Usted me pidió mi opinión sobre Solovtsov —le dijo—. Pero la mía no tiene tanta importancia como la suya. ¿Qué piensa usted de él?

Ahora fue ella la que guardó silencio.

— No osaré repetir mi pregunta —añadió Kirsánov y, dando otro giro a la conversación, se apartó de la joven al poco rato.

Pero media hora después se aproximó ella a él:

— Aconséjeme. Ya ve lo imprecisos que son mis pensamientos.

— ¿Qué necesidad tiene usted del consejo de nadie sabiendo lo que procede hacer cuando los pensamientos son imprecisos?

— ¿Esperar a que dejen de serlo?

— Usted lo sabe mejor que nadie.

— Aplazaré la boda.

— ¿Por qué no aplazarla si cree que es lo mejor?

— Pero ¿cómo le sentará a él?

— Cuando usted vea como le sienta, vuelva a pensar lo que más convenga.

— Pero se me hace violento decírselo.

— Siendo así, pídale a su padre que lo haga él.

— No quiero que nadie dé la cara por mí. Yo misma se lo diré.

— Si se siente con fuerzas, es lo mejor, sin duda alguna.

Tanta lentitud hubiera sido impropio con otras personas; con Vera Pávlovna, por ejemplo. Pero cada temperamento tiene sus peculiaridades: un hombre im-

pulsivo se irrita por la lentitud sistemática, mientras que un individuo tranquilo se indigna por la rudeza brusca.

El éxito de la explicación de Katerina Vasílievna con su novio rebasó todas las esperanzas de Kirsánov, quien temía que Solovtsov supiera contenerse en los límites de la discreción y dar largas al asunto con docilidad y ruegos sumisos. Pero no: pese a toda su sangre fría, Solovtsov fue incapaz de reprimirse al ver que se le iba de las manos una riqueza tan enorme, y con ello perdió las pocas probabilidades de éxito que le quedaban. Se desató en furiosas quejas contra Pólozov, afirmando que intrigaba contra él, y dirigió acerbos reproches a Katerina Vasílievna, diciéndole que se sometía demasiado a su padre, que le tenía miedo y que obraba al dictado de él. Todo ello a pesar de que Pólozov desconocía aún la decisión de su hija de aplazar la boda. Katerina Vasílievna se sentía en libertad completa por parte de su padre, y las censuras dirigidas a éste la disgustaron por ser injustas y la ofendieron porque Solovtsov la acusaba a ella de falta de voluntad y de carácter:

— ¿De manera que usted me cree un juguete en manos ajenas? —preguntó.

— Sí— respondió él irritado.

— ¡Yo me disponía a morir sin pensar en mi padre, y usted ni se da cuenta! Desde este momento hemos terminado —dijo Katerina Vasílievna y salió de la habitación.

VIII

Después de este incidente, Katerina Vasílievna estuvo triste mucho tiempo. Pero su tristeza, originada por el suceso en cuestión, no guardaba ya relación con él. Hay caracteres para los cuales el hecho particular como tal reviste poco interés y sirve tan sólo para suscitar ideas generales que influyen sobre ellos con intensidad mucho mayor. Si estos seres poseen una inteligencia privile-

giada, se convierten en renovadores de las ideas generales, y en el pasado llegaron a ser grandes filósofos. Kant, Fichte y Hegel no estudiaron ningún problema particular, pues esto les resultaba aburrido. Lo dicho, por supuesto, se refiere tan sólo a los hombres, porque las mujeres no poseen una inteligencia privilegiada; según los conceptos de hoy, la naturaleza se la ha negado, como ha negado una tez suave a los herreros, una figura esbelta a los sastres y un olfato fino a los zapateros. Todo es obra de la naturaleza. De ahí que no haya mujeres de gran talento. Las personas de muy poca inteligencia y de tal carácter son flemáticas hasta la insensibilidad. Y las de inteligencia corriente suelen ser propensas a ensimismarse, a vivir plácidamente y a soñar, lo cual no significa que sean fantaseadoras: muchas de ellas tienen poca imaginación; son positivas, pero amantes de la meditación tranquila.

Katerina Vasílievna se enamoró de Solóvtsov leyendo sus cartas; moría a causa de un amor basado únicamente en sus sueños. De esto se infiere ya que por aquel entonces la embargaba un romanticismo muy acentuado. Y la ruidosa vida de la gente mezquina que llenaba la casa de Pólozov no invitaba en absoluto al idealismo exaltado. Por consiguiente, esta particularidad tenía como origen la propia naturaleza de Katerina Vasílievna. Hacía tiempo que la molestaba el ruido; quería leer y soñar; ahora comenzaba a molestarla hasta la riqueza, y no sólo el ruido derivado de ella. Este sentimiento no debe inducirnos a considerarla una naturaleza extraordinaria: es un sentimiento común a todas las mujeres ricas, recatadas y apacibles; y si en Katerina Vasílievna se desarrolló antes de lo ordinario fue a causa de la severa lección recibida.

“¿En quién puedo confiar? ¿En qué puedo confiar?” —se preguntaba después de lo sucedido con Solovtsov. Y vio que no podía confiar en nadie ni en nada. La riqueza de su padre atraía a los codiciosos, a los astutos

y a los engañadores de toda la ciudad. Katerina Vasílievna se encontraba rodeada de egoístas, falsarios y aduladores; cada palabra que le decían estaba inspirada por los millones de su padre.

Sus ideas iban adquiriendo seriedad. Comenzó a interesarse por el problema general de la riqueza, que tanto la molestaba, y de la pobreza, que tanto atormentaba a otros. El padre le daba bastante dinero para sus pequeños gastos; y ella, como toda mujer bondadosa, ayudaba a los pobres. Pero a fuerza de leer y pensar llegó a la conclusión de que su ayuda era mucho menos útil de lo que debiera ser. Observó que la engañaban con harta frecuencia los pobres fingidos o perversos; que a las personas dignas de asistencia y capaces de aprovecharla con acierto, aquel dinero tampoco les proporcionaba casi nunca una utilidad duradera: las sacaba temporalmente de un aprieto, pero a los seis meses o al año volvían a verse en el mismo apuro. Y la joven comenzó a pensar: “¿Para qué hace falta esta riqueza que tanto estropea a la gente? ¿Por qué la pobreza es compañera inseparable de los pobres? ¿Y por qué hay tantos pobres no menos insensatos y malvados que los ricos?”

Era una soñadora, pero sus sueños tenían un carácter tan plácido como su naturaleza, tan poco brillo como ella misma. Su poetisa favorita era George Sand, pero no se creía ni Lélia, ni Indiana, ni Cavalcanti, ni aun Consuelo; imaginativamente se convertía en Jeanne y, ante todo, en Geneviève, su heroína predilecta. Iba por el campo recogiendo flores que habían de ser modelo para su trabajo; encontraba a Andrés y, ¡qué momentos tan apacibles! Notaban que se querían: éstos eran los sueños de ella. Sabía que no pasaban de ser sueños, pero gustaba de soñar en la envidiable suerte de miss Nightingale, la muchacha humilde y modesta de la que nadie sabía ni podía saber sino que era la favorita de toda Inglaterra. ¿Era joven, rica, pobre, feliz o desdichada? De esto nadie hablaba; nadie pensaba en ello; todos ben-

decían a la muchacha que fue ángel consolador en los hospitales ingleses de Crimea y de Escútari y que, al terminar la guerra, volvió a su patria con cientos de hombres salvados por ella y continuó cuidando a los enfermos... Estos eran los sueños cuya realización hubiera deseado Katerina Vasílievna. Su fantasía no la llevaba más allá de Geneviève y de miss Nightingale. ¿Puede afirmarse que tuviera fantasía? ¿Y puede dársele el nombre de soñadora?

¿Podía no aburrirse una Geneviève en la ruidosa y ruin compañía de tunos y pisaverdes, o una miss Nightingale en medio del lujo ocioso? Por eso, la ruina de su padre alegró a Katerina Vasílievna más que la entristeció. Le dio lástima ver a aquel hombre, robusto y relativamente joven todavía, convertirse en un anciano; se apenó también al ver reducirse tanto sus posibilidades de ayudar al prójimo; la ofendió ver por primera vez el desdén de quienes antes se deshacían en cumplidos y doblaban el espinazo ante su padre y ella. Pero la satisfacción que aquella patulea ramplona, enojosa y repulsiva los hubiera abandonado, dejando de amargarle a ella la vida y de indignarla con su falsía y su bajeza. ¡Qué libre se sentía ahora! Concibió incluso esperanzas de felicidad: "Si alguien me corteja ahora —pensaba—, será por amor a mí y no a los millones de mi padre".

IX

Pólozov quería vender la fábrica de estearina de la que era accionista y administrador. A los seis meses y pico de incesantes búsquedas, encontró comprador. Sus tarjetas de visita llevaban el nombre de *Charles Beaumont*, pero no se pronunciaba *Sharl Bomón* como hubiera supuesto quien se guiase por las reglas francesas, sino *Charls Biumont*, porque el comprador representaba la casa londinense Hodcherson, Loter y Cía., que comerciaba en tocino y estearina. La fábrica no podía seguir ade-

lante a causa de la deplorable situación financiera y administrativa de la sociedad anónima; pero en manos de una compañía fuerte produciría grandes beneficios: invirtiendo en ella de quinientos a seiscientos mil rublos, su renta anual podría llegar a cien mil. El representante, hombre recto, inspeccionó atentamente la fábrica y revisó sus libros antes de recomendar la compra a la compañía. Luego se iniciaron las negociaciones de venta, las cuales duraron una enormidad de tiempo a causa de la propia índole de nuestras sociedades anónimas, capaces de aburrir hasta a los griegos, que tuvieron paciencia para mantener diez años el asedio de Troya. Entretanto, Pólozov se mostraba muy atento con Beaumont, guiándose por su vieja norma de tratar bien a la gente necesaria, y lo invitaba a comer muy a menudo. El representante rehuía toda atención y rechazó las invitaciones durante largo tiempo; pero una vez, fatigado y hambriento después de una larga discusión con los directores de la sociedad, accedió a ir a comer con Pólozov, cuyo domicilio estaba en la misma escalera.

X

Charles Beaumont, como cualquier Charles, John, James o William, no era propicio a la intimidación ni a las efusiones. Pero cuando se lo pedían, contaba su vida con bastante puntualidad aunque no en detalle. Su familia —decía— era oriunda del Canadá, donde casi la mitad de la población descende de los colonizadores franceses. De ellos procedía también él; por eso, su nombre se escribía a la manera francesa, y sus facciones eran más semejantes a las de un francés que a las de un inglés o un yanqui. Pero su abuelo, que vivía en los alrededores de Quebec, se trasladó a Nueva York. Su padre, a la sazón un niño, creció y se hizo hombre en los Estados Unidos. Por aquel entonces, a un ricacho, innovador de la agricultura, residente en la costa sur de Crimea, se le ocurrió plantar

algodón en el lugar que ocupaban los viñedos y pidió que le enviasen un administrador de Norteamérica. Le mandaron a James Beaumont, oriundo del Canadá y vecino de Nueva York, es decir, a una persona que había visto las plantaciones de algodón por lo menos a tanta distancia como usted, lector, y yo hemos visto el monte Ararat desde nuestro Petersburgo o nuestro Kursk. Al ricacho le sucedió lo que siempre les sucede a los innovadores de este género. Cierto que nada se perdía con que el administrador desconociese en absoluto el cultivo del algodón, porque cultivar esta planta en Crimea es lo mismo que plantar viñedos en Petersburgo; pero el americano fue despedido y se marchó a la provincia de Tambov, donde se hizo vinatero y pasó casi toda su vida. Allí nació su hijo Charles y murió su esposa poco después. Ya sexagenario, se le ocurrió regresar a América con un poco de dinero ahorrado para la vejez. Charles tenía entonces veinte años. Cuando murió su padre, decidió volver a Rusia: nacido y criado en la provincia de Tambov, se consideraba ruso. En Nueva York, donde vivía con su padre, prestaba servicio como escribiente en una empresa comercial. Al morir su padre, Charles pasó a las oficinas de la casa londinense Hodcheson, Loter y Cía., la cual, según sus noticias, mantenía relaciones con Petersburgo. Y una vez acreditado en el empleo, expresó el deseo de trabajar en Rusia, diciendo que conocía este país como su propia patria. Se sobreentiende que tener en Rusia un empleo de tales cualidades era de suma conveniencia para la empresa. Charles fue enviado a la oficina de Londres para pasar un período de prueba, y medio año antes de que lo veamos comiendo en casa de Pólozov, llegó a Petersburgo como representante de la compañía para el comercio de tocino y estearina, con un sueldo de quinientas libras. Nacido y criado hasta los veinte años en la provincia de Tambov, donde el único americano o inglés en veinte, cincuenta o quizá cien verstas a la redonda era su padre, que se pasaba el día

entero en las bodegas, Charles Beaumont hablaba en ruso como un nativo. Y su inglés, aunque bueno, era el de una persona que, ya mayor, ha vivido varios años en un país de habla inglesa.

XI

Beaumont se encontró sentado a la mesa con el viejo Pólozov y con su hija, una rubia muy linda y algo pensativa.

— ¿Quién iba a decirme que las acciones de la fábrica iban a tener valor para mí? —dijo el anciano—. Un golpe como éste resulta mucho más duro cuando se es viejo. Menos mal que Katia ha sufrido con resignación que yo haya destrozado su fortuna, la cual fue siempre más suya que mía, pues su madre tenía un capital respetable, y yo no. Aunque también es cierto que de cada rublo hice veinte y, por tanto, nuestra riqueza procedía más de mi trabajo que de la herencia. ¡Cuánto trabajé! ¡Y cuánta maña necesité para ello!

El viejo siguió divagando largamente en el mismo tono autoelogioso. Todo lo había acumulado con su sudor, con su sangre y, lo que era principal, con su inteligencia. Para terminar repitió el preámbulo: aquel golpe había sido muy difícil de resistir; y si, además, Katia hubiera soportado mal la ruina, él quizás se hubiera vuelto loco, pero la hija, lejos de lamentarse, le daba ánimos.

Tal vez por la costumbre americana de no ver nada de particular en un enriquecimiento rápido o en una ruina fulminante, o quizás por su propio carácter, Beaumont no pareció muy inclinado a admirar la magnífica inteligencia de quien supo amasar tres o cuatro millones ni a lamentar una ruina tras de la cual quedaban aún recursos para tener un buen cocinero. Pero como era de rigor hacer algún comentario a la larga peroración de Pólozov, dijo:

— Cierta, es un gran alivio que la familia permanezca unida en la desgracia.

— Me parece notar en sus palabras cierta duda, Karl Yákovlevich. ¿Cree usted que Katia está triste porque lamenta la riqueza perdida? Pues no, hace mal en pensar eso de ella. Nuestra amargura es otra: nos hemos desengañado de la gente —dijo Pólozov medio en broma medio en serio, como suelen hablar los viejos expertos comentando las buenas, pero ingenuas ideas de los niños.

Katerina Vasílievna enrojeció. La desagradaba que se hablase de sus sentimientos. Pero, además del amor paterno, a Pólozov lo impulsaba una circunstancia independiente de su voluntad: cuando no se tiene otro tema y en la habitación hay un gato o un perro, se habla de ellos; y si no los hay, se habla de los hijos. El tiempo es el tercero y último grado de la falta de recursos.

— No, papá, no busque motivos tan elevados para explicar mi tristeza: bien sabe usted que mi carácter no es alegre. Y me aburro.

— No ser alegre depende del deseo de cada cual —observó Beaumont—, pero, a mi juicio, aburrirse es imperdonable. El aburrimiento está de moda entre nuestros hermanos, los ingleses, mas los americanos lo desconocemos. Nuestros muchos quehaceres no nos dejan tiempo de aburrirnos. A mi parecer, al pueblo ruso debiera sucederle igual, pues tiene sobradas ocupaciones; pero, en realidad, noto en los rusos exactamente lo contrario: son muy propensos a la hipocondría. Tanto, que los propios ingleses están lejos de poder compararse con ellos. La sociedad inglesa, que en toda Europa, Rusia inclusive, pasa por ser la más tediosa del mundo, aventaja a la rusa en locuacidad, viveza y alegría tanto como la francesa la aventaja a ella. ¡Y los viajeros rusos les hablan a ustedes del aburrimiento de la sociedad inglesa! No comprendo cómo miran para ver la paja en ojo ajeno y no la viga en el propio.

— Es explicable que los rusos caigan en la hipocondría —respondió Katerina Vasílievna—. ¿Qué otra cosa tienen que hacer? Faltos de ocupación, se cruzan de brazos. Indíqueme una tarea interesante, y probablemente dejaré de aburrirme.

— ¿Quiere usted tener una tarea? ¡Oh, por eso que no quede! Alrededor de usted hay una ignorancia turca y una indolencia japonesa. Perdóne usted que hable así de su patria, pero yo mismo he nacido y me he criado en ella y la creo mía; de ahí que no ande con ceremonias. Parafraseando a un poeta ruso, diré que odio su patria porque la amo como propia. Ahora bien, en ella hay mucho que hacer.

— Sí, pero ¿qué puede hacer uno solo, y menos todavía, una sola?

— Tú ya haces algo, Katia —dijo Pólozov—. Voy a revelar a usted su secreto, Karl Yákovlevich. Para matar el aburrimiento se dedica a enseñar a varias niñas. Diariamente vienen sus alumnas, y ella les dedica desde las diez hasta la una, y a veces más.

Beaumont miró a Katerina Vasílievna con respeto:

— Esa es ya una cosa al estilo nuestro, al estilo americano. Naturalmente, al decir *americano* me refiero a los Estados del Norte, a los Estados libres, porque los del Sur son casi iguales que México o el Brasil. (Beaumont era un ferviente abolicionista.) Obra usted al estilo americano, pero, en tal caso, ¿por qué se aburre?

— ¿Acaso es una ocupación seria, mister Beaumont? A mi parecer no es más que un pasatiempo; quizá me equivoque; tal vez me llame usted materialista...

— ¿Espera usted que le haga semejante reproche una persona de una nación que no tiene más fin ni más ideas que el dólar, según afirma todo el mundo?

— Usted bromea, pero temo seriamente manifestarle mi opinión porque puede parecerle idéntica a la que predicen los oscurantistas: la inutilidad de la ilustración.

“¡Vaya, vaya! —pensó Beaumont—. ¿Será posible que haya llegado hasta tal punto? La cosa va cobrando interés”.

— Yo mismo soy oscurantista —repuso—. Estoy por los negros analfabetos y contra sus civilizados dueños de los Estados del Sur. Perdona que me haya dejado llevar por el odio. Pero siento gran deseo de conocer su opinión.

— Es harto prosaica, mister Beaumont, pero ha sido la vida la que me ha llevado a ella. Mi obra se me antoja demasiado unilateral, y creo que su dirección no es la que deben seguir las inquietudes de las personas interesadas en servir al pueblo. Yo pienso así: dad pan a la gente, y ella misma aprenderá a leer. Hay que comenzar por el pan, pues lo contrario equivale a perder el tiempo.

— ¿Por qué, entonces, no empieza usted por donde debe? —preguntó Beaumont algo animado ya—. Es perfectamente factible, y yo conozco ejemplos en América.

— Ya se lo he dicho: ¿qué puedo hacer yo sola? No sé por dónde empezar. Y aunque lo supiera, ¿de qué posibilidades dispongo? Una muchacha está maniatada siempre. Mi independencia se reduce a mi habitación. Pero ¿qué puedo yo hacer entre cuatro paredes? Poner el libro sobre la mesa y enseñar a leer a unas chicas. ¿A dónde puedo ir sola? ¿Con quién puedo verme a solas? ¿Qué empresa puedo acometer sola?

— A lo que veo, me estás tildando de déspota, Katia —protestó el padre—. Desde que me diste aquella lección, no lo he sido nunca.

— Papá, no me saque los colores recordando tales cosas. Yo era entonces una chiquilla. No digo eso. Usted es bueno y no coarta mi libertad. Quien la coarta es la sociedad. ¿Verdad, mister Beaumont, que las muchachas de América no son tan esclavas?

— Cierto, de eso podemos enorgullecernos. Evidentemente, tampoco en nuestro país están las cosas como

debieran. Pero, sin embargo, no hay comparación con Europa. Todo lo que les cuentan de la libertad de la mujer en América es verdad.

— Papá, ¿qué te parece si nos fuéramos a América cuando mister Beaumont te compre la fábrica? —preguntó en son de broma Katerina Vasiliévna—. Algo podría hacer allí. ¡Oh, qué a gusto me sentiría!

— También en Petersburgo pudiera hacer algo —sugirió Beaumont.

— Dígame qué.

El huésped vaciló dos o tres segundos. “¿Por qué habré venido y a través de quién podría conocerla mejor?” —pensó.

— ¿No lo sabe usted? —dijo después—. Se están llevando a cabo experimentos para aplicar los principios concebidos últimamente por la ciencia económica. ¿Tiene noticia de ellos?

— Sí, señor. Algo he leído. Deben ser de mucho interés y utilidad. ¿Podría yo tomar parte en esos experimentos? ¿Dónde se realizan?

— Su iniciadora ha sido la señora Kirsánova.

— ¿Kirsánova? ¿No es la esposa de un médico?

— ¿Lo conoce usted? ¿Y cómo se explica que él no le haya dicho nada?

— Lo conocí hace mucho tiempo, cuando aún era soltero. Yo estaba entonces enferma. El me visitó unas cuantas veces y me salvó la vida. ¡Qué hombre más admirable! ¿Su esposa se parece a él?

¿Cómo se ingeniaría para entablar conocimiento con Kirsánova? ¿Podría presentarla Beaumont? No, porque los Kirsánov ni siquiera habían oído mentar el nombre del americano. Pero, ¿a qué tanto cavilar? No necesitaba presentación alguna: de seguro que Kirsánova se alegraría de tener simpatizantes. Su dirección podrían facilitársela en el lugar de trabajo del doctor Kirsánov.

De este modo conoció Pólozova a Vera Pávlovna. Fue a verla a la mañana siguiente. Y Beaumont mostró tal interés por el resultado de la entrevista, que se presentó por la tarde para saber si a la muchacha le habían gustado su nueva conocida y la obra patrocinada por ella.

Katerina Vasilievna estaba muy animada. No le quedaban ni rastros de tristeza: en lugar de melancolía, júbilo. Aunque se lo había referido todo a su padre, no le bastaba con una vez. Y llena de entusiasmo, volvió a contárselo a Beaumont con mil pormenores interminables. ¡Sí, su corazón estaba satisfecho! ¡Había encontrado una ocupación de interés! Beaumont la escuchaba atentamente, pero ¿qué manera de escucharla era aquella? La joven le reprochó casi encolerizada:

— Mister Beaumont, está usted decepcionándose. ¿Tan poca impresión le causa mi relato, que no le parece más que interesante?

— Katerina Vasilievna, no olvide que todo eso lo he visto en América. Me llaman la atención algunos detalles, pero la obra, en su conjunto, me es bastante conocida. Para mí sólo pueden representar una novedad de interés las personas que llevan adelante esta empresa, nueva en Rusia. ¿Qué puede usted decirme de *madame* Kirsánova?

— ¿De *madame* Kirsánova? Ni que decir tiene que me ha gustado extraordinariamente. ¡Me lo explicó todo con tanto cariño!...

— Eso ya me lo ha dicho usted.

— ¿Qué más quiere, pues? ¿Qué puedo añadir? ¿Cree que, a la vista de tales cosas, iba a fijarme en ella?

— Es verdad. Comprendo que no se repare en las personas cuando la obra emprendida es tan apasionante. Sin embargo, ¿recuerda algo más de *madame* Kirsánova?

Katerina Vasilievna trató de reunir todos sus recuerdos de Vera Pávlovna, pero lo único que supo reproducir

fue la primera impresión. Describió con trazos muy vivos su aspecto, su manera de hablar y todo aquello que salta a la vista al primer encuentro con una persona. Pero aparte de esto apenas le quedaba en la memoria nada que concerniese a Vera Pávlovna personalmente: todo era el taller, el taller, el taller y las explicaciones de Kirsánova sobre él. Katerina Vasilievna tenía bien grabadas estas explicaciones, pero de la propia Vera Pávlovna no recordaba sino las primeras palabras que pronunció durante la entrevista.

— Esta vez se han venido por tierra mis esperanzas de que me contase usted muchas cosas de *madame* Kirsánova, pero no crea que la dejaré tranquila: dentro de unos días volveré a preguntarle por ella.

— Si tanto le interesa, ¿por qué no procura que le presenten?

— Me agradaría, y tal vez lo haga alguna vez. Pero antes debo conocer más antecedentes de ella —Beaumont se detuvo un instante—. He estado pensando en pedirle a usted que si alguna vez pronuncia mi nombre en presencia de ellos no se le ocurra decir que me he interesado por Vera Pávlovna o que deseo ser presentado en su casa.

— Esto comienza a tener visos de enigma, mister Beaumont —observó Katerina Vasilievna seriamente—. Quiere usted saber de ellos por mi mediación y pretende permanecer oculto.

— Es cierto, Katerina Vasilievna. No sé cómo explicárselo, pero temo entablar relaciones con los Kirsánov.

— Pues es extraño, mister Beaumont.

— No lo niego. Le diré más: temo desagradarles. No han oído nunca mi nombre, pero puedo haber tenido choques con alguno de sus allegados o con ellos mismos. Para el caso es igual. Dicho de otro modo, debo cerciorarme de si les gustará o no les gustará conocerme.

— ¡Qué raro es todo eso, mister Beaumont!

— Katerina Vasilievna, soy un hombre de bien. Créame que jamás osaría comprometerla a usted. Es la

segunda vez que nos vemos, pero ya le tengo gran respeto.

— Yo también veo que es usted una persona decente, mister Beaumont, pero...

— Si tiene de mí esa opinión, me permitirá que frecuente su casa para que cuando esté usted suficientemente segura de mi buena intención pueda volver a preguntarle por los Kirsánov. O acaso sea mejor que usted misma me hable de ellos cuando le parezca que puede satisfacer el ruego que le hago ahora y que jamás repetiré. ¿Me lo permite?

— Como usted quiera, mister Beaumont —accedió Katerina Vasilievna con un leve encogimiento de hombros—. Pero convendrá usted en que...

Y tampoco esta vez quiso terminar de expresar su pensamiento.

— ¿En que he despertado en usted cierta desconfianza? Lo creo. Pero esperaré a que se le pase.

XIII

Beaumont comenzó a visitar muy a menudo a los Pólozov. “No es mal partido —pensaba el viejo—. Cierto que, en otros tiempos, Katia hubiera podido encontrar un marido de más fuste. Pero tampoco entonces era interesada ni egoísta. Y ahora es imposible imaginarse nada mejor”.

En efecto, Beaumont era un buen partido. Decía que pensaba quedarse para siempre en Rusia por considerarla su patria. Sabía abrirse paso: salido de la nada, a los treinta años ocupaba ya una posición envidiable. De haber sido ruso, Pólozov hubiera querido que procediese de familia noble, pero este requisito no era indispensable para los extranjeros, sobre todo para los franceses y menos aún para los americanos, pues en América, uno que hoy era gañán o aprendiz de zapatero se convertía mañana en general y pasado mañana en Presidente de la República, pasando luego a ser oficinista o abogado. Los

americanos constituían un pueblo especial para el que las prendas más preciadas eran el dinero y la inteligencia. “Me parece muy bien —seguía pensando Pólozov—. Yo mismo estoy cortado por ese patrón. Me dediqué al comercio y me casé con la hija de un mercader. El dinero está por encima de todo; y la inteligencia también, porque sin ella no hay modo de hacer dinero. Este Beaumont puede hacerlo, pues va por buen camino: después de comprar la fábrica le nombrarán administrador de ella; y luego, la compañía le dará participación en el capital. Las compañías de su país no son como las de Rusia. También él manejará millones...”

Era muy probable que Pólozov no viese realizado el sueño de que su yerno llegara a millonario por la vía comercial, como tampoco se realizó el sueño de María Alexéievna de que su primer yerno se hiciera concesionario. No obstante, Beaumont era un buen partido para Katerina Vasilievna.

Sin embargo, ¿no se equivocaba Pólozov dando al americano por futuro yerno suyo? Si tenía alguna duda, pronto se desvaneció cuando Beaumont, dos semanas después de la primera visita a su casa, le anunció que tal vez la compra de la fábrica se aplazase unos días, pues se esperaba que llegara mister Loter. (Bien vistas las cosas, no cabía suponer que esto implicara ningún aplazamiento, ya que, con toda seguridad, las partes interesadas no habrían llegado a un acuerdo definitivo antes de una semana, y mister Loter estaría en Petersburgo dentro de cuatro días.)

— Antes de entablar relaciones personales con usted, yo quería cerrar el trato por mí mismo —dijo Beaumont—. Ahora me es violento a causa de nuestra amistad. Para evitar suspicacias, escribí a la compañía, haciéndole saber que durante las negociaciones había trabado amistad con el administrador de la fábrica, dueño al mismo tiempo de casi todo el capital en acciones, y pidiendo que la compañía enviase a alguien para firmar

el contrato, a fin de no hacerlo yo mismo. Por eso viene mister Loter.

La decisión era prudente y juiciosa. Y al mismo tiempo denotaba la intención de Beaumont de casarse con Katia: una simple amistad no hubiera sido motivo suficiente para adoptar semejante medida de precaución.

XIV

Durante las dos o tres visitas siguientes, Beaumont halló un recibimiento bastante frío por parte de Katerina Vasílievna. La joven recelaba un poco de aquel casi desconocido que de manera tan misteriosa se interesaba por una familia a la que decía no conocer y a la que tenía ser presentado porque no estaba seguro de agradarle. Pero, si bien al principio de estas visitas Katerina Vasílievna acogía con recelo al huésped, pronto se enfrascaba en animada conversación con él. Hasta que conoció a Beaumont y a Kirsánov nunca había visto gente igual. ¡Era tanto el interés del americano por las cosas que a ella la apasionaban y, además, la comprendía tan bien! Ni siquiera con sus amigas hablaba Katerina Vasílievna con tanta franqueza. Dicho sea de paso, no tenía más amiga íntima que Polina, la cual llevaba mucho tiempo casada con un fabricante moscovita, en cuya compañía se había trasladado a Moscú.

En los primeros tiempos, Beaumont no parecía visitar la casa con el objeto de ver a Katerina Vasílievna, sino para tener noticias de Kirsánova a través de ella. Mas ya al comienzo, a partir del momento en que hablaron del tedio y del modo de evitarlo, se puso de manifiesto el respeto y la simpatía del americano por la joven. En la segunda visita, a Beaumont le agradó sobremanera la alegría de Katerina Vasílievna por haber encontrado una ocupación. Ahora, cada vez que se veían era más evidente para ella el afecto de él. Pronto se estableció entre ambos una amistad sincera y cálida, y una semana

después, Katerina Vasílievna le habló de los Kirsánov: estaba segura de que aquel hombre no podía abrigar ningún pensamiento innoble.

También es cierto que cuando ella empezó a hablar de los Kirsánov, Beaumont la interrumpió:

— ¿Para qué tan pronto? Me conoce usted muy poco.

— No, me basta, mister Beaumont. Comprendo que si no quiso usted explicarme lo que me pareció extraño en su deseo, tal vez no tuviese derecho a hacerlo. Hay tantos enigmas en el mundo. . .

Y él dijo:

— Como ve usted, ya no tengo la impaciencia de antes por saber de ellos lo que me interesa.

XV

La animación de Katerina Vasílievna no decrecía. Por el contrario, pasó a ser cosa habitual y corriente en ella: se la veía siempre optimista y radiante. Y, a su parecer, era precisamente aquella animación la que más seducía a Beaumont. Se notaba en seguida que él había pensado mucho en ella. Después de oír a Katerina Vasílievna hablar por tercera o cuarta vez de los Kirsánov, dijo:

— Ya sé cuanto necesito. Muchas gracias.

— Pero ¿qué es lo que sabe usted? Sólo le he dicho que se aman y que son muy felices.

— Pues no necesito más. Por otra parte, siempre lo he sabido.

Y la conversación tomó otro giro.

Como es de suponer, lo primero que pensó Katerina Vasílievna cuando Beaumont le hizo la primera pregunta sobre Kirsánova, fue que estaba enamorado de Vera Pávlovna. Ahora, en cambio, veía claramente que no. A juzgar por anteriores observaciones, había llegado a creer que Beaumont era incapaz de enamorarse. “Puede que esté enamorado —pensaba ahora—. Pero si ama a alguien, es a mí”.

¿Se querían? Empecemos por ella. Hubo una ocasión en que se mostró solícita con Beaumont; pero ¡qué deslace tuvo! No fue el que era de esperar. Beaumont visitaba a los Pólozov diariamente: por más o menos tiempo, pero sin falta; por eso pensaba el viejo que quería pedir la mano de su hija. No había otro motivo para abrigar tales esperanzas. Pero una tarde no se presentó Beaumont.

— ¿Qué le habrá pasado, papá? —inquirió la muchacha.

— No tengo ni idea. Probablemente le habrá faltado tiempo.

Pasó la segunda tarde sin que Beaumont apareciera. A la mañana siguiente, Katerina Vasílievna se dispuso a salir.

— ¿A donde vas, Katia?

— A un asunto, papá.

Fue a casa de Beaumont. Lo encontró leyendo, envuelto en un batín de casa con mangas muy anchas. Cuando se abrió la puerta, Beaumont alzó la cabeza.

— ¿Es usted, Katerina Vasílievna? Me alegro mucho y le agradezco infinito que haya venido —dijo en un tono como el que pudiera haber empleado para recibir a su padre; aunque no, su acento era mucho más afable.

— ¿Qué le pasa, mister Beaumont, que lleva tanto tiempo sin venir a vernos? Me ha hecho preocuparme por usted y, al mismo tiempo, aburrirme.

— No es nada de particular, Katerina Vasílievna. Ya ve que estoy sano. ¿Quiere tomar un poco de té? Es lo que yo me dispongo a hacer.

— Bueno. Pero ¿por qué no ha venido tantos días?

— Piotr, traiga otro vaso. Ya ve que estoy bien; por consiguiente, la cosa no tiene importancia. Estuve en la fábrica con mister Loter y, explicándole no recuerdo qué cosa, cometí la imprudencia de poner el brazo

sobre una hélice que me arañó el brazo a través de la manga. Por eso, ni anteayer ni ayer pude ponerme la chaqueta.

— Muéstremelo, porque de lo contrario creeré que no es un arañazo, sino una herida grave.

— ¿Cómo puede ser grave si nuevo libremente los dos brazos?

Entró el criado con un vaso para Katerina Vasílievna.

— En fin, mírelo —prosiguió Beaumont, remangándose hasta el codo—. Piotr, limpie este cenicero y deme la cigarrera, que está en la mesa del gabinete. Como verá usted, carece de importancia. No he tenido que ponerme más que un emplasto.

— Sí, pero lo tiene hinchado y rojo.

— Ayer estaba mucho peor, y mañana habrá pasado todo. No quería presentarme a usted como un héroe herido.

Piotr volvió con el cenicero limpio, le entregó la cigarrera y se marchó.

— Bien podía haber escrito.

— Sí, pero verá: hace tres días pensé que podría ponerme la chaqueta anteayer; anteayer pensé que ayer, y ayer, que hoy. Creía que no era cosa de intranquilizarles.

— Y lo que consiguió fue intranquilizarnos más. No está bien, mister Beaumont. ¿Cuándo se arregla lo de la compra?

— Dentro de unos días, seguramente. Pero es la propia sociedad la que pone obstáculos, y no mister Loter ni yo.

— ¿Qué estaba usted leyendo?

— Una nueva novela de Tchackeray. ¡Con el talento que tiene, y hay que ver el mamotreto que ha escrito! Es porque se le han agotado las ideas³².

— He leído esta obra. Lleva usted razón.

Lamentaron la decadencia de Tchackeray y hablaron una media hora de cosas por el estilo.

— Dispéñseme, pero ya es hora de que me vaya a casa de Vera Pávlovna. ¿Cuándo piensa usted presentarse a los Kirsánov? Son magníficas personas.

— Alguna vez me animaré y le pediré a usted que me presente. Le agradezco en el alma que haya venido a verme. ¿Es de usted ese coche?

— Sí, señor.

— Su padre no va nunca en él. Y el caballo es bueno.

— Al parecer, sí. No entiendo de eso.

— Es formidable, caballero. Vale alrededor de trescientos cincuenta rublos —intervino el cochero.

— ¿Y cuántos años tiene?

— Seis, caballero.

— Vamos, Zajar. Adiós, míster Beaumont. ¿Vendrá usted hoy?

— Lo dudo. Si no voy, iré mañana sin falta.

XVII

¿Qué les parece a ustedes esta visita? No hablo ya de que ninguna muchacha con decoro se permite obrar de tal manera; pero si se lo permite, no cabe duda de que las consecuencias son muy otras. Si el proceder de Katerina Vasílievna es contrario a la moral, el contenido, por así decirlo, de este paso inmoral es todavía más opuesto a las normas generales de las relaciones entre hombres y mujeres. ¿Cabe dudar que Katerina Vasílievna y Beaumont no tenían sangre en las venas, y si la tenían era sangre de horchata? Al espíritu de esta entrevista correspondía el trato que ella le daba en su casa.

— Estoy cansada de hablar, míster Beaumont —decía cuando él tardaba en marcharse—. Quédese con papá, que yo me voy a descansar. —Y se retiraba.

A veces, él respondía:

— Quédese un cuarto de hora, Katerina Vasílievna.

En tales casos, ella accedía. Pero las más de las ocasiones Beaumont contestaba:

— Buenas noches, Katerina Vasílievna.

¿Qué gente era aquélla? Eso quisiera yo saber. ¿No serían simplemente buenas personas a las que nadie impediría verse cuando y cuanto quisieran y casarse apenas se les ocurriese y que, por consiguiente, no tenían motivo para hacer locuras? Pero, sin embargo, me asombra la frialdad con que se tratan, y no me avergüenzo tanto por ellos cuanto por mí mismo: ¿será posible que mi destino como novelista consista en comprometer a mis personajes, mujeres y hombres, ante la gente educada? Unos comen y beben; otros no hacen locuras sin motivo: ¿qué gente más prosaica!

XVIII

Mientras tanto, Pólozov abrigaba la creencia de que las cosas iban camino del matrimonio: ¡camino del matrimonio tratándose como se trataban los presuntos novios! ¿Es que el viejo no había oído las conversaciones de los dos? Ciertamente su hija y su hipotético yerno no estaban siempre delante de él y que en la mayoría de los casos se hallaban en otra habitación, mas no por ello cambiaba el contenido de sus pláticas, las cuales hubieran quitado al mejor conocedor del corazón humano toda esperanza de ver casados a Katerina Vasílievna y a Beaumont. Y no es que no tocasen el tema de los sentimientos. Aunque muy poco, hablaban de este tema como de tantos otros; pero lo principal no era que hablasen poco, sino lo que decían y el tono que empleaban: el tono era indignante por su serenidad; y el contenido, horrible por su extrema discordancia con todo cuanto solemos oír. Sirva de botón de muestra la conversación sostenida una semana después de la visita que Beaumont “agradeció infinito” a Katerina Vasílievna y a los dos meses después de conocerse. La fábrica estaba ya vendida. Míster Loter se disponía a marcharse al día siguiente (y se marchó; no esperen ustedes que el inglés origine ninguna

catástrofe; como conviene a un negociante, realizó la operación, comunicó a Beaumont que la compañía lo designaba administrador de la fábrica con un sueldo de mil libras, según era de esperar, y nada más. Juzguen ustedes, ¿que necesidad tenía él de inmiscuirse en asuntos ajenos a los negocios?). Los accionistas, y entre ellos Pólozov, debían cobrar al día siguiente la mitad de la suma al contado y la otra mitad en letras de cambio a tres meses vista (y cobraron; no esperen ustedes ninguna catástrofe tampoco en lo tocante a esto: la casa Hodcherson, Loter y Cia. era muy respetable). Pólozov, muy satisfecho, sentado junto a la mesa del recibidor, revisaba los billetes de Banco y en parte oía el diálogo de su hija y de Beaumont cuando los dos cruzaban por allí: iban paseando por las cuatro habitaciones que daban a la calle.

— Si una mujer o una muchacha ve su libertad coartada por los prejuicios —decía Beaumont sin intercalar ya anglicismos y americanismos como le sucedía antes—, también el hombre (siempre que sea una persona recta) sufre mucho por tal causa: ¿cómo casarse con una muchacha que desconoce las relaciones que traerá consigo su aceptación de la propuesta de casamiento y que, por consiguiente, ignora si le gustará la vida diaria con un hombre del carácter de su novio?

— Pero, mister Beaumont, si las relaciones entre los dos eran corrientes incluso antes de que él hiciera tal propuesta, esto constituye ya para ambos cierta garantía de que quedarán satisfechos el uno del otro.

— Cierta garantía, sí. Mas, no obstante, sería mucho mejor que la prueba fuese más completa y multilateral. La mujer desconoce el carácter de las relaciones que va a contraer. Por tal razón, el casamiento representa para ella un riesgo temible. Pero, en virtud de ello, también lo representa para el hombre con quien se casa, si se trata de una persona decente. En líneas generales, él puede hacerse una idea de si quedará contento del matrimonio,

porque conoce de cerca a mujeres de distinto carácter y sabe cuál le conviene más. Ella, no.

— Pero ella puede observar la vida y los caracteres en el seno de su familia y de las familias conocidas. Y puede pensar mucho.

— Todo eso es magnífico, pero insuficiente. Nada puede suplir a la experiencia propia.

— ¿Qué quiere usted, que sólo se casen las viudas? —preguntó riéndose Katerina Vasilievna.

— Una expresión muy acertada: sólo las viudas. A las solteras debería prohibírseles casarse.

— Es verdad —dijo Katerina Vasilievna con seriedad.

Al principio, Pólozov se horrorizaba oyendo semejantes conversaciones o los fragmentos del diálogo que llegaban a sus oídos. Pero ahora, acostumbrado ya, pensaba: “¡Bah!, yo tampoco tengo prejuicios. ¿No me dediqué al comercio y me casé con la hija de un comerciante?”

Al día siguiente, este pasaje de la conversación —la cual no versó tan sólo sobre este tema concreto, sino sobre otros muchos— continuó del siguiente modo:

— Usted me refirió la historia de su enamoramiento de Solovtsov. Pero ¿qué era aquello? Era. . .

— Si no tiene usted inconveniente, sentémonos. Estoy cansada de andar.

— Bueno. Era un sentimiento pueril, sin ninguna garantía. No sirve sino para bromear recordándolo o para apesadumbrarse, si usted quiere, porque el asunto tiene también un lado triste. Usted se salvó únicamente gracias a un caso extraordinario y raro: porque cayó en manos de Alexandr.

— ¿De quién?

— Matvéievich Kirsánov —añadió Beaumont el patronímico y el apellido como si no se hubiera detenido en el nombre—. A no ser por Kirsánov, hubiera sido usted víctima de la tisis o de un bribón. De esto podían sacarse conclusiones muy fundamentales sobre lo pernicioso de la situación que ocupaba usted en la sociedad. Usted las

sacó. Y esto, con ser magnífico, no ha surtido otro efecto que hacerla a usted más juiciosa y más buena, pero no le ha dado la menor experiencia para saber qué clase de marido necesita. Lo único que ha aprendido es que su esposo no debe ser un canalla, sino un hombre de bien. Estupendo. Pero ¿acaso a todas las mujeres decentes les basta con que el hombre elegido sea honrado aunque tenga el carácter que tenga? Se necesita un conocimiento más exacto de los caracteres y de las relaciones, es decir, una experiencia muy distinta. Ayer convinimos en que, según expresión suya, no debieran casarse más que las viudas. ¿Qué clase de viuda es usted?

Beaumont hablaba con cierto descontento, y sus últimas palabras traslucieron un pesar evidente.

— Es verdad —respondió Katerina Vasílievna un tanto abatida—. Pero yo no podría engañar.

— Ni sabría, pues no es posible fingir experiencia cuando se carece de ella.

— Usted dice y repite que las muchachas no tenemos suficientes medios para hacer una elección acertada. En general, es una verdad incontrovertible. Pero hay casos excepcionales en que no se necesita semejante experiencia para escoger atinadamente. Si la mujer no es muy joven puede ya conocer a fondo su carácter. Yo, por ejemplo, conozco el mío y veo que no cambiará. Tengo veintidós años. Sé lo que preciso para ser feliz: vivir tranquila y que nadie me lo impida. Eso y nada más.

— Es verdad. Se nota.

— ¿Y acaso es tan difícil advertir si el carácter de tal o cual persona reúne o no las cualidades imprescindibles para ello? Unas cuantas conversaciones bastan para darse cuenta.

— Cierto, pero usted misma ha dicho que ésta es la excepción, y no la regla.

— Por supuesto, la regla es muy otra. Pero, mister Beaumont, en las condiciones de nuestra vida, con nuestros conceptos y nuestra moral, no es deseable que una

joven conozca aquellas relaciones cotidianas sin cuyo conocimiento, según decimos, la mujer corre el riesgo de elegir mal la mayoría de las veces. En las circunstancias actuales, su situación no tiene salida. Sean cuales fueren las relaciones que entable, no pueden proporcionarle experiencia casi nunca. De ellas no cabe esperar utilidad alguna, pero, en cambio, encierran un peligro enorme. La muchacha puede, fácilmente, envilecerse y acostumbrarse al disimulo, pues tendrá que engañar a los parientes y a la sociedad, obrando a espaldas de ellos; y de aquí al engaño verdaderamente envilecedor no hay más que un paso. Es incluso muy posible que ella se habitúe a considerar la vida con demasiada ligereza. Pero aun cuando esto no suceda, aun cuando continúe siendo buena, su corazón quedará destrozado. Y el conocimiento de las relaciones cotidianas apenas le reportará ninguna utilidad, porque, pese a todo, dichas relaciones, tan peligrosas para su carácter o tan torturantes para su corazón, no son corrientes, sino extraordinarias. Como verá usted, no se debe aconsejar tal cosa en las circunstancias en que vivimos.

— Naturalmente, Katerina Vasílievna. Pero por eso es mala nuestra vida.

— Desde luego. Ahí coincidimos.

¿Qué significa esto? No hablando ya de la diabólica discordancia de tales conceptos con las ideas generales, ¿qué sentido tienen en las relaciones personales? El hombre dice: “No estoy seguro de si será usted buena esposa para mí”. Y la mujer responde: “Tenga la bondad de pedir mi mano”. ¡Qué desenfado tan asombroso! O quizá lo que el hombre dice sea: “Está fuera de duda que seré feliz con usted. Pero ándese con cautela incluso al elegirme a mí. Aunque ya me ha elegido, le ruego que vuelva a pensarlo una y otra vez. Es un asunto demasiado trascendental. La amo fervorosamente, mas no confíe en mí sin hacer un análisis tan minucioso como se-vero”. Y tal vez lo que la muchacha contesta sea: “Ami-

go, ya veo que piensa usted en mí, y no en sí mismo. Dice usted verdad: somos unas desgraciadas; nos engañan; nos llevan con los ojos vendados para que nos extravíemos. Pero no tema por mí. *Usted a mí* no me engaña. Mi dicha es segura. Estoy tan tranquila por mí como usted por sí mismo”.

— Lo que me asombra es que en semejantes condiciones haya matrimonios felices —continuó Beaumont la conversación al día siguiente mientras paseaban a lo largo de las habitaciones, en una de las cuales estaba Pólozov.

— Habla usted en un tono que parece lamentar la existencia de tales matrimonios —respondió, risueña, Katerina Vasilievna, que ahora suele reír con risa poco ruidosa, pero jovial.

— Verdaderamente, los matrimonios felices pueden suscitar pensamientos tristes. Si las mujeres, pese a los escasos medios de que disponen para hacerse idea de sus necesidades y del carácter de los hombres, saben elegir acertadamente con bastante frecuencia, ¿cuán sagaz y sensato no será el entendimiento femenino? ¿Qué inteligencia más vasta, más profunda y más despejada ha otorgado la naturaleza a la mujer! Y este talento es desaprovechado por la sociedad, que lo rechaza, lo oprime y lo ahoga, mientras que si actuase y no fuese repelido y sofocado, la historia de la humanidad avanzaría con rapidez diez veces mayor.

— Es usted un panegirista de las mujeres, mister Beaumont. ¿No puede hallar una explicación más sencilla para el fenómeno a que nos referimos? ¿No será obra de la casualidad?

— ¿De la casualidad? A ella podrá usted atribuir todos los casos que quiera; pero cuando éstos son tan numerosos, ¿sabe?, debe haber, además de la casualidad, que explica una parte de ellos, otro motivo general, del que dependen los restantes. Y no cabe suponer otro motivo de orden general que la explicación mía: la sensatez de

la elección se debe al poder y a la sagacidad del entendimiento.

— Es usted una verdadera mistress Becher-Stowe para las mujeres. Esta señora se esfuerza por demostrar que los negros son la raza más inteligente y que en cualidades intelectuales aventajan a los blancos.

— Usted habla en broma, y yo no, ni mucho menos.

— ¿Se enfada usted porque no me inclino ante la mujer? Acepte como excusa la imposibilidad de arrodillarme ante mí misma.

— Sigue usted con sus bromas, y yo sigo enojándome.

— Pero no conmigo, ¿verdad? No tengo ninguna culpa de que las mujeres y las muchachas no puedan hacer lo que, según usted, debieran. Ahora bien, si así lo desea, le expondré seriamente mi opinión, mas no sobre el problema femenino, pues no quiero ser juez y parte, sino acerca de usted, mister Beaumont. Usted, una persona tan comedida, se acalora al hablar de esto. ¿Qué deducción se infiere? Que debe tener motivos íntimos para ello. Tal vez haya sido víctima de una elección desafortunada hecha por alguna muchacha inexperta, como usted dice.

— Tal vez yo, o tal vez algún allegado mío. Piense usted, Katerina Vasilievna. Y eso se lo diré cuando me conteste. Le pediré la respuesta dentro de tres días.

— La respuesta a una pregunta que no me ha hecho. ¿Acaso lo conozco a usted tan poco para tener que pensar tres días? —Katerina Vasilievna se detuvo, le puso la mano en el cuello, le bajó suavemente la cabeza y le dio un beso en la frente.

De acuerdo con todos los precedentes, e incluso por pura cortesía, Beaumont debía haberla abrazado y besado en los labios. Mas no lo hizo. Se limitó a apretarle la mano:

— Muy bien, Katerina Vasilievna; pero, no obstante, piense.

Y prosiguieron su paseo.

— ¿Y quién le ha dicho a usted, Charlie, que no he pensado en esto mucho más de tres días? —repuso ella sin soltar la mano de Beaumont.

— Es cierto, lo he notado. Pero ahora le revelaré un secreto. Vámonos a aquella habitación para que no nos oigan.

En aquel instante pasaban junto al viejo. Pólozov vio que iban del brazo (cosa insólita), y pensó: "Le ha pedido relaciones y ella ha aceptado. El asunto marcha".

— Cuénteme su secreto, Charlie. Desde aquí papá no nos oirá.

— Mi temor por usted, Katerina Vasilievna, parece ridículo. Naturalmente, todo temor está descartado. Pero cuando le cuente lo que yo mismo presencié comprenderá por qué la prevengo con tal insistencia. Doy por seguro que usted y yo viviremos felices. Pero ¡ella me causaba tanta pena! ¡Sufrió tanto y estuvo tanto tiempo privada de la vida que le correspondía! Daba mucha lástima. Lo vi con mis propios ojos. ¿Dónde fue? No importa: en Nueva York, en Boston o en Filadelfia. Era una mujer magnífica y consideraba a su marido una bellísima persona. Se profesaban extraordinario afecto. Y, a pesar de todo, ella tuvo que sufrir mucho. El hubiera dado la vida por acrecentar en lo más mínimo la felicidad de ella. No obstante, era imposible que ella fuese feliz con él. Menos mal que la cosa se arregló. Pero la mujer padeció lo indudable. No se lo había dicho a usted porque hasta ahora no tengo su respuesta.

— ¿Podía habérmelo dicho alguien que no fuese usted?

— Quizá.

— ¿Quizá ella misma?

— Quizá.

— ¿Todavía no te he respondido?

— No.

— Pero ¿te figuras cuál es la respuesta?

— Sí —dijo Beaumont. Y comenzó una de esas escenas que son habituales entre novio y novia.

XIX

A las tres de la tarde del día siguiente, Katerina Vasilievna fue a casa de Vera Pávlovna:

— Me caso pasado mañana —le anunció al entrar—. Y esta tarde le traeré a mi novio.

— De fijo que será Beaumont, el que hace tanto tiempo le tiene sorbido el seso.

— ¿A mí? ¿Sorbido el seso? Pero si hemos procedido con tanto sigilo y sensatez...

— Creo de buena gana que, hablando con él, todo haya sido sigilo y sensatez. Pero hablando conmigo, no.

— ¿De veras? Pues sí que tiene gracia. Y lo más curioso es que mi novio quiere mucho a ustedes dos, pero a usted, Vera Pávlovna, mucho más que a Alexandr Matvéievich.

— ¿Qué tiene de particular? Si usted le ha hablado de mí con una milésima parte del entusiasmo con que me ha hablado a mí de él...

— ¿Cree usted que sólo la conoce a través de mí? Ahí está la cosa: que no la conoce por mediación mía, sino personalmente y, además, mucho mejor que yo.

— ¡Qué dice! ¿Cómo es eso?

— ¿Cómo? Ahora lo sabrá. Desde su llegada a Petersburgo tenía vivísimos deseos de verla a usted; pero le pareció oportuno aplazar su presentación hasta que pudiera visitarla no solo, sino en compañía de su novia o de su esposa, creyendo que a usted le agradaría más así. Como ve, nuestra boda es el fruto de su deseo de conocerla.

— ¡Casarse con usted para conocerme a mí!

— ¿Y quién ha dicho que se casa conmigo por usted? ¡Oh, no! Ni que decir tiene que no nos casamos por amor

a usted. Pero ¿acaso sabía él que yo existía, o viceversa, ante de su llegada a Petersburgo? Y si él no hubiera venido, ¿cómo nos habríamos conocido? Ahora bien, si vino a Petersburgo fue para verla a usted. ¿Cómo no se ha dado cuenta?

— Usted me dijo que él habla en ruso mejor que en inglés, ¿es cierto? —inquirió, nerviosa, Vera Pávlovna.

— En ruso, como yo; y en inglés, también como yo.

— ¡Amiga, Katia, qué alegría! —Vera Pávlovna se arrojó a su cuello para abrazarla—. ¡Sasha, Sasha, ven corriendo!

— ¿Qué pasa, Vérochka? Buenas tardes, Katerina Va...

No llegó a pronunciar todo el nombre porque la visitante se lo impidió con un beso.

— Te besa porque hoy es como Pascua, Sasha. Katia anuncia una resurrección.

— Pero, bueno, ¿de qué se trata?

— Siéntate y ella te lo dirá, porque yo misma no sé nada a ciencia cierta. ¡Basta ya de besarse en presencia mía! Habla, Katia.

XX

Como es de suponer, el encuentro de la tarde fue mucho más ruidoso. Cuando se restableció la calma, Beaumont, a petición de sus nuevos amigos, refirió su vida, a partir del momento de la llegada a los Estados Unidos. “Apenas llegué —dijo— me preocupé de naturalizarme lo más pronto posible. Para ello necesitaba adherirme a alguien. Pero ¿a quién? Por supuesto, me uní a los abolicionistas. Escribí varios artículos en *Tribune* sobre la influencia del régimen de servidumbre en toda la estructura social de Rusia. Fue un nuevo argumento de bastante peso que los abolicionistas aprovecharon contra la esclavitud en los Estados del Sur, y ello me valió que me hicieran ciudadano de Massachusetts. A poco de

llegar me coloqué, con ayuda de ellos, en las oficinas de una de las pocas grandes casas comerciales de su partido en Nueva York”. Y después siguió la historia que ya conocemos. Por consiguiente, al menos esta parte de la biografía de Beaumont no ofrece dudas.

XXI

Aquella misma tarde, los dos matrimonios acordaron mudarse a apartamentos contiguos. Mientras encontraban casa a propósito, los Beaumont se quedaron a vivir en la fábrica, donde se acondicionó un apartamento para el administrador. Este alejamiento de la ciudad podía compararse al viaje de novios, excelente costumbre inglesa que va extendiéndose por toda Europa.

Al mes y medio hallaron dos confortables apartamentos vecinos, instalándose en uno los Kirsánov y en otro los Beaumont. El viejo Pólozov prefirió quedarse en el de la fábrica, cuya amplitud le recordaba, si bien en menor grado, su anterior magnificencia. Decidió también quedarse porque en tres o cuatro verstas a la redonda no había persona más honorable que él. Imposible describir las muestras de respeto que le daban los encargados y maestros de su fábrica y de las fábricas de los alrededores, los artesanos y todos los que ocupaban en la sociedad, sobre poco más o menos, la misma posición que los encargados fabriles; y apenas podría medirse la satisfacción con que, patriarcalmente, acogía estos homenajes, prueba inequívoca de que se le reconocía primer personaje de la comarca. El yerno y la hija iban casi todas las mañanas a la fábrica. En ella, que hacía las veces de casa de campo, pasaban (y pasan) el verano. Y el resto del tiempo, el viejo, además de las visitas matinales de su hija y de su yerno (que continuaba siendo norteamericano), tenía el placer de recibir semanalmente, e incluso con más frecuencia, a huéspedes que llegaban a pasar la velada con Katerina Vasílievna y con su ma-

ruido: unas veces, los Kirsánov y algunos jóvenes, y otras, un grupo mayor. La fábrica solía ser el objetivo de frecuentes jiras de los círculos de Kirsánov y Beaumont. A Pólozov le agradaban sobremanera aquellas invasiones de invitados. ¿Cómo no iban a agradaarle si le proporcionaban la oportunidad de representar el papel de anfitrión, no exento de cierta gravedad patriarcal?

XXII

Cada uno de los dos matrimonios vive a su manera y de acuerdo con sus gustos. Como regla general, en un apartamento hay más ruido que en otro. Los Kirsánov y los Beaumont se tratan como parientes. Algunos días se ven hasta diez veces, pero cada vez un minuto o dos; y otros días, en cambio, una de las dos mitades permanece vacía casi todo el tiempo porque sus moradores están en el apartamento vecino: ya en el de los Beaumont, ya en el de los Kirsánov. Lo mismo sucede cuando reciben visitas: unas veces, las puertas que unen las dos viviendas permanecen cerradas, porque las que conducen de la sala de una al recibidor de la otra no se abren nunca, y sólo la que comunica las habitaciones de Vera Pávlovna y de Katerina Vasílievna se halla siempre abierta. Así, pues, las puertas que unen los recibidores quedan cerradas algunas veces. Sucede esto cuando los invitados no son muy numerosos. Pero si hay mucha gente, estas puertas se abren, y es difícil determinar en casa de quién se celebra la velada. Ni siquiera las dueñas lo saben a ciencia cierta. Tal vez pudiera hacerse esta distinción: los jóvenes son más comedidos cuando están en el apartamento de Katerina Vasílievna y más bulliciosos en el de Vera Pávlovna. Pero como a ellos no se les puede considerar invitados, sino gente de la casa, Vera Pávlovna no se anda con cumplidos y los echa a las habitaciones de los Beaumont: "Ya me tienen ustedes harta, caballeros. Váyanse con Katia, que nunca se cansa de aguan-

tarles. ¿Por qué en sus habitaciones se portan ustedes mejor que en mi casa? ¿No soy yo mayor que ella?" — "Bueno, pues nos vamos. A ella la queremos más que a usted". — "Katia, ¿por qué te quieren a ti más?" — "Porque les regaña menos". — "Es verdad. Katerina Vasílievna nos trata como a personas formales, y por eso nos portamos con ella como gente seria". Resultó muy amena una ocurrencia que se había repetido a menudo durante el invierno anterior, cuando se reunían tan sólo gente joven y las personas más íntimas: juntando los pianos de los dos apartamentos, los jóvenes se dividían, por sorteo, en dos mitades; Vera Pávlovna y Katerina Vasílievna se sentaban a un piano cada una, frente a frente; cada coro se colocaba tras de su *prima donna*, y los dos se ponían a cantar a un tiempo: el de Vera Pávlovna, *La donna è mobile*, y el de Katerina Vasílievna, *Despreciado hace tiempo por ti*; o bien, el primero interpretaba alguna canción de Beranger, y el segundo, el *Canto a Eriómushka*³³. Durante el invierno actual practican otro juego: Vera Pávlovna y Katerina Vasílievna han rehecho y su manera la *Discusión de los antiguos filósofos griegos sobre la belleza*³⁴, y la parodia empieza así: Katerina Vasílievna, levantando los ojos hacia el cielo y suspirando lánguidamente, exclama: "¡Divino Schiller, encanto de mi alma!" Y Vera Pávlovna objeta con gravedad: "Pero las botas de lona de la tienda de Korolióv no son menos bellas". Así diciendo, muestra el pie. Quien se ría mientras dura el juego tiene que ponerse en un rincón. Al final sólo quedan dos o tres oyentes de un total de diez o doce. Pero lo que más gracia hace a todos es cuando logran mandar al rincón a Beaumont.

¿Qué otra cosa hay digna de mención? Los talleres siguen funcionando y estrechando sus relaciones. Hace tiempo que Katerina Vasílievna ha montado el tercero; sustituye de vez en cuando a Vera Pávlovna en la dirección del suyo, y pronto tendrá que remplazarla del todo, porque este año Kirsánova —dispénsenla ustedes— debe li-

cenciarse en Medicina, después de lo cual no tendrá tiempo para ocuparse del taller de costura. "Es una lástima que estos talleres no puedan desarrollarse. ¡Cómo prosperarían!" —se lamenta Kirsánova algunas veces. Katerina Vasílievna no contesta, pero sus ojos adquieren una expresión de ira. "¡Qué fogosa eres, Katia. Eres peor que yo! —dice Vera Pávlovna— Menos mal que tu padre posee algunos bienes". — "Sí, Vérochka, es una suerte. Así puedo estar más tranquila por mi hijo". (Luego tiene un hijo.) "En fin, Katia, me has hecho pensar en no sé qué cosas. Pero creo que viviremos tranquilos, ¿no es verdad?" Katerina Vasílievna no contesta. "Katia, di que sí, dilo por mí..." —insiste Vera Pávlovna. Katerina Vasílievna sonríe: "Eso no depende de mi sí ni de mi no. Mas para satisfacción tuya, te digo: Sí, viviremos tranquilos"³⁶.

En efecto, nada altera su tranquilidad. Viven en paz y armonía, sosegada y ruidosamente a la vez. Su existencia es alegre y provechosa. Pero de lo dicho no se infiere que mi relato termine aquí. Los cuatro son jóvenes y diligentes. Y si bien es cierto que su vida ha entrado en una época de bonanza y placidez, de prosperidad duradera, no por eso deja de ser interesante. Ni mucho menos. Aún me quedan por contar muchas cosas de ellos, y juro que mi relato será mucho más sugestivo que hasta ahora.

XXIII

Vivían alegres y unidos; trabajaban, descansaban, gozaban de la existencia y miraban al porvenir no sin preocupaciones, pero sí con la firme y hondísima convicción de que cuanto más tiempo pasara tanto mejor vivirían. Así transcurrieron tres años; el invierno del tercero tocaba a su fin, la nieve había comenzado a derretirse, y Vera Pávlovna se preguntaba: "¿Hará algún día más de frío para organizar otra excursión invernal?" Nadie

podía responderle. Pasaban los días, continuaba el deshielo, y la posibilidad de realizar la jira iba disminuyendo. Pero, ¡por fin!, cuando ya había perdido la esperanza, nevó copiosamente, y la temperatura tibia se trocó en una helada leve y placentera. El cielo estaba despejado; la tarde prometía ser espléndida. ¡A la jira, a la jiral! ¡Pronto, no hay tiempo de recoger a muchos! La excursión será poco numerosa, sin invitados.

Por la tarde salieron dos trineos. Sobre uno de los dos resonaban risas y bromas; pero el otro rebasaba todos los límites imaginables: apenas salió de la ciudad, los que lo montaban comenzaron a cantar a voz en grito. ¡Y hay que ver lo que cantaron!

.....
*Por la puerta nueva
Salió la muchacha,
Por la puerta de arce,
La que está enrejada:
— "Es muy severo mi padre
Conmigo, porque no quiere
Que pasee con los mozos
Ni que tarde a casa llegue.
Pero yo no le hago caso
y entretengo a mi muchacho"...*
.....

¡Vaya una canción! Mas ¿acaso era esto sólo? Tan pronto marchaban despacio, retrasándose un cuarto de versta del otro trineo —cuyos ocupantes iban también alegres, pero no alborotaban— como emprendían repentinamente el galope, adelantándolo entre gritos y exclamaciones y tirándoles bolas de nieve a los viajeros. Después de sufrir dos o tres ataques de este género, los agredidos decidieron defenderse: dejaron pasar a los agresores y recogieron puñados de nieve sin ser vistos; aprovechando un momento en que los traviesos atenuaron el paso, los adelantaron sin infundir la menor sospecha de que se habían provisto de armas; y cuando el trineo belicoso volvió a avanzar hacia ellos en medio de un fuerte

griterio y alboroto, se aprestaron a repelerlo y a darle la gran sorpresa. Pero ¿qué veían? El otro trineo viró hacia la derecha, atravesando como si tal cosa la cuneta, y siguió corriendo a una distancia de cinco toesas. “Ella se ha dado cuenta y ha tomado las riendas. Miradla: va en pie y guiando —dijo alguien en el trineo pacífico—. ¡Hay que alcanzarlos y desquitarnos!” Siguió una carrera atropellada. ¿Les darían alcance? “¡Los alcanzamos!” —gritaron los perseguidores llenos de júbilo. “¡No, se nos escapan!” —dijeron después con desaliento. “¡Los alcanzamos!” —volvieron a exclamar con redoblada alegría. “¡Nos alcanzan!” —gritaron alarmados los del trineo alborotador. “¡No, no nos alcanzan!” —exclamaron luego con entusiasmo. ¿Los alcanzarían?

En el trineo pacífico iban los Kirsánov y los Beaumont y en el otro, cuatro jóvenes y una dama que era la que incitaba a sus acompañantes a hacer travesuras.

— Buenas tardes, *mesdames y messieurs* —dijo ella desde la terracilla de la entrada de la fábrica—. Nos alegramos mucho de volver a verles. Señores, ayuden a las damas a descender de los trineos —agregó dirigiéndose a los cuatro jóvenes.

Apresuráronse a entrar en el interior. ¡La helada los había puesto rojos a todos!

— Buenas tardes, viejito. Pues no es tan viejo, ni mucho menos, Katerina Vasílievna. ¿No decía usted que era un anciano? Todavía será capaz de cortejarme. ¿Me hará usted la corte, amable viejo? —dijo la dama del trineo bullicioso.

— Sí, señora —respondió Pólozov enternecido porque ella le acariciaba afablemente el plateado cabello.

— Hijos, ¿le permitís que me haga la corte?

— Se lo permitimos —contestó uno de los jóvenes.

— ¡No, no! —exclamaron los otros tres.

— Pero ¿por qué la dama iba vestida de negro? ¿Era luto o capricho?

— Estoy fatigadísima —dijo, y se dejó caer en un diván que ocupaba toda una pared de la sala—. ¡Hijos, traed más cojines! Pero no sólo para mí. Creo que las otras damas estarán también cansadas.

— Cierto, nos han dejado ustedes rendidas —asintió Katerina Vasílievna.

— ¡Cómo me he molido persiguiéndoles por los baches! —añadió Vera Pávlovna.

— Menos mal que hasta la fábrica no quedaba más que una versta —dijo Katerina Vasílievna.

Las dos se desplomaron jadeantes en el diván.

— ¡Qué poca experiencia tienen ustedes! Se ve que no han galopado mucho en trineo. Si se hubieran puesto en pie, los baches no les habrían hecho mucho daño.

— Incluso nosotros estamos bastante cansados —intervino Kirsánov hablando por él y por Beaumont. Ambos se sentaron junto a sus esposas. El primero abrazó a Vera Pávlovna, y el segundo tomó entre sus manos la de Katerina Vasílievna. ¡Idílico cuadro! ¡Qué alegría ver matrimonios felices! El rostro de la dama enlutada se ensombreció un instante; no lo advirtió más que uno de sus jóvenes acompañantes, el cual se retiró hacia una ventana y se puso a contemplar los arabescos levemente dibujados por la helada en los cristales.

— *Mesdames*, las historias de ustedes tienen gran interés, pero no he oído nada en detalle; sé tan sólo que son emotivas y curiosas, con una terminación feliz. Eso me gusta. ¿Y dónde está el viejito?

— Preparando unos bocadillos. Es una ocupación de su agrado —respondió Katerina Vasílievna.

— Bueno, en ese caso, que siga. Ahora hagan el favor de contármelo todo en pocas palabras. Me gusta la brevedad.

— Yo pienso ser muy breve —dijo Vera Pávlovna—. Comencemos por mí. Cuando les llegue la ocasión a los demás, que hable cada cual. Pero la prevengo a usted: al final de mi historia hay secretos.

— Al llegar a este punto despacharemos a estos señores. ¿O hace falta despacharlos ya?

— No, de momento pueden escuchar.

Vera Pávlovna comenzó a referir su historia.

— ¡Ja, ja, ja! ¡Qué simpática es esa Julie! ¡Cuánto me gusta! ¡Se arrodilla, blasfema y hace mil locuras! ¡Qué graciosa!

— ¡Magnífico, Vera Pávlovna! “¡Me tiraré por la ventana!” ¡Magnífico, señores! —La dama enlutada comenzó a tocar palmas y, como si obedecieran una orden, los jóvenes rompieron en aplausos ensordecedores, gritando: “¡Bravo!”, “¡Hurra!”

— ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa? —preguntó asustada Katerina Vasílievna a los dos o tres minutos.

— Nada, no tiene importancia. Denme un poco de agua. No se molesten, ya la trae Mosolov. Muchas gracias, Mosolov —dijo ella cogiendo el vaso de agua traído por aquel de sus acompañantes que anteriormente se retiró hacia la ventana—. ¿Ven ustedes qué bien enseñado lo tengo? Todo lo sabe de antemano. Ya se me ha pasado del todo. Haga el favor de seguir. La escucho.

— No, no; estoy fatigada —dijo al cabo de unos cinco minutos, levantándose tranquilamente del diván—. Necesito descansar, dormir una hora u hora y media. Como ustedes ven, me voy sin cumplidos. Mosolov, vamos a buscar al viejo. El me proporcionará sitio donde dormir.

— Permítame: ¿por qué no puedo llevarla yo? —ofrecióse Katerina Vasílievna.

— No, no se moleste.

— ¿Nos abandona usted? —inquirió uno de los jóvenes adoptando un aire trágico—. Si lo hubiéramos supuesto habríamos traído puñales y así tendríamos con qué darnos muerte.

— Cuando sirvan la mesa, nos mataremos con los tenedores —dijo otro con el júbilo de quien ha encontrado inesperadamente una solución salvadora.

— ¡Oh, no! No quiero que perezca prematuramente la esperanza de la patria —pronunció la dama enlutada con la misma solemnidad—. Consolaos, hijos míos. Mosolov, ponga sobre la mesa el cojín más pequeño.

Mosolov hizo lo que se le ordenaba. La dama enlutada, de pie junto a la mesa en posición majestuosa, colocó lentamente la mano sobre el cojín.

Los jóvenes se la besaron.

Katerina Vasílievna condujo al dormitorio a la fatigada dama.

— ¡Pobrecilla! —exclamaron a una los que iban en el trineo pacífico.

— ¡Excelente mujer! —dijeron tres jóvenes.

— ¡Vaya que sí! —asintió muy ufano Mosolov.

— ¿Hace mucho que la conoces?

— Alrededor de tres años.

— ¿Y a su marido, lo conoces bien?

— Muy bien. No se preocupen —añadió, dirigiéndose a los del trineo tranquilo—. No tiene más que cansancio.

Vera Pávlovna cambió una mirada de incredulidad con su marido y con Beaumont y movió la cabeza dubitativamente.

— ¿Cansancio? ¡No crea que nos engaña! —objetó Kirsánov.

— De veras que sí. Cansancio y nada más. Apenas duerma un poco se le pasará todo —aseguró Mosolov en tono de tranquilizadora indiferencia.

Diez minutos más tarde regresó Katerina Vasílievna.

— ¿Qué tal? —preguntaron seis voces. La única que no resonó fue la de Mosolov.

— Se acostó y se adormiló. De fijo que ya está durmiendo.

— Lo que yo les dije. No es nada de particular —insistió Mosolov.

— A pesar de todo, ¡qué lástima da! —exclamó Katerina Vasilievna. Delante de ella debemos separarnos. Yo me juntaré contigo, Vérochka, y Charlie con Sasha.

— Bueno, pero lo ocurrido no debe cohibirnos lo más mínimo —dijo Mosolov—. Podemos cantar, bailar y gritar: ella tiene un sueño muy profundo.

Si estaba durmiendo y si la cosa carecía de importancia, ¿qué iban a hacer? La turbación producida durante un cuarto de hora por la dama enlutada fue desapareciendo hasta que se olvidó casi totalmente. Mientras ella dormía, la tertulia tomó el giro de todas las reuniones de su género, y la alegría terminó por imponerse.

Sin embargo, no se impuso del todo. Por lo menos, las damas se miraron cinco o seis veces muy alarmadas. Inadvertidamente para los demás, Vera Pávlovna musitó dos veces al oído de su esposo: “¿Y si a mí me pasara lo mismo, Sasha?” La primera vez, Kirsánov no supo qué decir, y la segunda repuso: “No, Vérochka, no puede sucederte nada”. — “¿Que no? ¿Estás seguro?” — “Sí”. —Katerina Vasilievna también dijo dos veces a hurtadillas a su marido: “No podrá pasarme a mí lo mismo, Charlie?” La primera vez, Beaumont se limitó a sonreír, pero su sonrisa no fue alegre ni tranquilizadora. La segunda vez también halló la respuesta: “Probablemente no. Seguro que no”.

Estos episodios fueron efímeros y, además, se desarrollaron tan sólo al principio: a la media hora, la alegría imperaba por completo: charla, juegos, canciones. Según Mosolov, la dama enlutada dormía profundamente. En efecto, era imposible molestarla: el dormitorio en que se había acostado estaba muy lejos de la sala, al otro lado del apartamento. Para llegar hasta allí había que atravesar tres habitaciones, un pasillo, una escalera y una alcoba.

La velada tomó, pues, un giro magnífico. Los jóvenes, ya todos, ya algunos, tan pronto se unían a los mayores como se apartaban. Beaumont se retiró con ellos dos veces, y Vera Pávlovna los separó de él otras tantas, interrumpiendo la seria conversación en que se habían enfrascado.

Charlaron mucho, mucho; y hubo un momento en que toda la tertulia trató temas serios, pero este momento no fue muy prolongado.

Todos los presentes se habían sentado juntos.

— Pero ¿qué resultado da todo esto? ¿Bueno o malo? —preguntó el joven que solía adoptar una postura trágica.

— Más malo que bueno —respondió Vera Pávlovna.

— ¿Por qué, Vérochka? —interesóse Katerina Vasilievna.

— En todo caso, es inevitable —aseguró Beaumont.

— Inevitable —confirmó Kirsánov.

— Si es magníficamente malo, quiere decirse que es magnífico —concluyó el que había hecho la pregunta.

Sus tres compañeros asintieron con la cabeza y exclamaron: “¡Bravo, Nikitin!”

Los jóvenes se habían sentado aparte.

— Yo no lo conocí³⁶. Según parece, tú sí, ¿verdad, Nikitin? —preguntó Mosolov.

— Yo era entonces un chiquillo. Lo vi unas cuantas veces.

— Y según tus recuerdos, ¿es cierto lo que dicen? ¿No hablan cegados por la amistad?

— No.

— ¿Nadie lo ha visto desde entonces?

— No. Aunque, por otra parte, Beaumont estaba entonces en América.

— ¡Pues es verdad! Karl Yákovlevich, tenga la bondad de decirnos una cosa: ¿no vio en América al ruso de que hablaban?

— No.

— Pues ya va siendo hora de que vuelva.

— Cierto.

— ¡Qué idea se me ha ocurrido! —exclamó Nikitin—. Haría una magnífica pareja con ella.

— Señoras —los interrumpió Vera Pávlovna acercándose—. Alguno de ustedes debe venir a cantar conmigo. ¡Oh, nada menos que dos se ofrecen! Tanto mejor.

Quedaron solos Mosolov y Nikitin.

— Puedo mostrarte una cosa muy original —dijo el primero—. ¿Crees que está durmiendo?

— No.

— Pues no lo digas. Podrás decírselo a ella cuando tengas más confianza; a ella y a nadie más. No le gustaría.

Las ventanas del apartamento eran bajas.

— De seguro que está en aquella habitación donde hay luz. —Mosolov miró—. Aquella misma. ¿La ves?

La dama estaba sentada en un sillón junto a una mesa en la que tenía apoyado el codo izquierdo, sosteniéndose la cabeza con la mano, que le ocultaba la sien y parte del cabello. La mano derecha descansaba sobre la mesa, y sus dedos subían y bajaban maquinalmente como si llevaran el compás de una tonada. El rostro tenía una expresión pensativa y triste, pero, sobre todo, severa; sus cejas se unían y se separaban una y otra vez.

— ¿Y siempre es igual, Mosolov?

— Ya lo ves. Pero vámonos, que podemos resfriarnos. Ya llevamos aquí un cuarto de hora.

— ¡Qué insensible eres! —dijo Nikitin mirando fijamente a su camarada cuando pasaron junto al reverbero del recibidor.

— Todo lo hace la costumbre, amigo. A ti te pasa eso por ser la primera vez.

La cena estaba servida.

— No debe ser malo este vodka —dijo Nikitin tomándose una copa—. ¡Qué fuerte! ¡Abrasa las entrañas!

— ¡Ay, aguantas menos que una chiquilla! ¡Mira qué colorados se te han puesto los ojos! —le reprochó Mosolov.

Todos se pusieron a avergonzar a Nikitin. “Es que se me ha atragantado, pero no crean que no soy capaz de beber” —trató él de justificar su debilidad. Alguien preguntó si era muy tarde. El reloj no marcaba más que las once. Podían, pues, charlar media hora más.

A la media hora, Katerina Vasilievna fue a despertar a la dama enlutada, que la recibió junto a la puerta de la habitación, despreczándose como quien ha echado un buen sueño.

— ¿Ha dormido bien?

— Muy bien.

— ¿Y qué tal se siente?

— Como nueva. Ya le dije que era cosa de nada: estaba un poco fatigada por las travesuras que había hecho. Ahora seré más formal.

Pero no, no consiguió serlo. A los cinco minutos ya estaba hechizando a Pólozov, dando órdenes a los jóvenes o marcando con dos tenedores sobre la mesa el compás de una marcha o de algo por el estilo. Pero al mismo tiempo metía prisa a todos para que se preparasen a regresar; y los demás, muy alegres al verla reanimada, no se apresuraban.

— ¿Están listos los trineos? —preguntó levantándose de la mesa.

— No, se acaba de dar orden de enganchar los caballos.

— ¡Qué fastidio! Pero ya que es así, cántenos algo, Vera Pávlovna: me han dicho que tiene usted buena voz.

Vera Pávlovna interpretó una romanza.

— Le pediré que cante a menudo —dijo la dama enlutada.

— ¡Ahora usted, ahora usted! —le pidieron todos.

Ella no se hizo de rogar. Sentóse al piano y dijo:

— Bueno, les prevengo que no sé cantar. Pero no me importa. Ahora bien, *mesdames* y *messieurs*: no canto para ustedes, sino para mis hijos. Hijos míos, no os riáis de vuestra madre. —Conforme hablaba, iba tomando acordes—. Hijos, no se os ocurra reiros, porque voy a cantar con sentimiento.

Y procurando dar a su voz la mayor estridencia, cantó:

Gime el azul...

Ante lo inesperado de la salida, los jóvenes soltaron la carcajada; también se rieron los demás; y ni siquiera la cantante pudo contener la risa, pero al fin consiguió sofocarla y continuó con voz más estridente aún:

... palomito;

Gime y llora noche y día,

Pues su entrañable amigüi...³⁷

Al llegar a esta palabra le tembló la voz y se le cortó. “No me sale, y me alegro de ello —dijo—. Esto no me debe salir. Me saldrá otra cosa mejor. Hijos míos, escuchad los consejos de vuestra madre: no os enamoréis y sabed que no debéis casaros”. Dicho esto, cantó con fuerte voz de contralto:

Bellas mujeres encierra el aúl;

Brillan sus ojos como astros de luz.

Dulce es amarlas; botín codiciable:

Pero...

este “pero” es estúpido, hijos.

Pero ser libres es más envidiable.

No, no es por eso la objeción —esta objeción resulta tonta—, sino por lo que vosotros sabéis:

No te cases, buen zagal,

Hazme caso a mí.

520

Lo que sigue es pura sandez, hijos; y tal vez esto también lo sea. Podéis enamoraros y casaros, sólo que escogiendo bien y sin engañar. Sin engañar, hijos. Os cantaré cómo me casé yo. Es una romanza vieja, pero yo misma soy una anciana. Estaba sentada en el balcón de nuestro castillo de Dalton (tened en cuenta que soy escocesa, rubia como el sol), cerca de un bosque y del río Bringal. Mi novio se acercó al balcón. Vino a escondidas: era pobre y yo rica, hija de un barón, de un lord. Pero le amaba con toda mi alma y le canté:

¡Qué hermoso es el Bringal, con sus orillas

Flanqueadas de rocas y de bosques!

Allí tiene mi amado su guarida,

porque sabía que de día se ocultaba y que diariamente cambiaba de escondite,

Más bella que el hogar de mis mayores.

Dicho sea de paso, la casa paterna no era, verdaderamente, muy atractiva. Le canté, pues, que me iba con él. ¿Qué pensáis que me contestó?

Si pretendes ser mía, doncella hermosa,

Si quieres olvidar tu nombre y casta

porque yo era de ilustre abolengo,

Has de saber adivinar primero

La suerte que el destino me depara.

“¿Eres cazador?” —le pregunté—. “No”. — “¿Cazador furtivo?” — “Casi lo has acertado” —dijo él—.

Tal es la vida nuestra, que debemos

Los hijos de las sombras

porque ustedes y yo, *mesdames* y *messieurs*, somos muy malos,

Olvidar lo que somos

Olvidar lo que fuimos hasta ahora,

cantó él. “Hace tiempo que lo he adivinado —repliqué—. Eres un bandolero”. Y dije la verdad. ¿Qué creen ustedes que me respondió, señores? “Soy mal novio para ti”:

521

*Doncella, yo no soy un buen amigo.
Habitante de bosques y espesuras.*

Efectivamente. Era un habitante de los bosques, y por eso me pidió que no me fuese con él:

Difícil ha de ser siempre mi vida,

porque en las agrestes selvas abundan las fieras:

Y mi fin, sin ventura.

Esto no era cierto, hijos. Su fin no había de ser desventurado, aunque así lo creyéramos él y yo. Sin embargo, insistí:

*¡Qué hermoso es el Bringal, con sus orillas
Flanqueadas de rocas y de bosques!
Allí tiene mi amado su guarida,
Más bella que el hogar de mis mayores.*

— Así sucedieron las cosas, hijos míos. Por consiguiente, no tenía derecho a arrepentirme, pues se me había prevenido antes de dar aquel paso. Así hay que casarse y amar; hijos: sin engaño. Y escogiendo bien:

*La luna se eleva
Tranquila y serena
Y el joven guerrero
Marcha a la pelea.
Cargó el guerrero el fusil
Y la moza dijo así:
"Mi amado, no dudes,
Cree en tu destino".*

Las muchachas como ésta merecen ser amadas; con ellas vale la pena de casarse.

("Sasha, olvida lo que te dije y escúchala" —susurra una, apretando la mano que tiene entre las suyas. "¿Por qué no te habré dicho esto? Ahora te lo diré" —susurra otra.)

— Os permito y aun os recomiendo que améis a muchachas de tales cualidades, hijos:

*Mi amado, no dudes,
Cree en tu destino.*

Me he puesto muy alegre en vuestra compañía; y donde hay alegría se requerirá beber:

*Echa miel y vino
Mi mesonerita,*

miel, porque no es posible alterar la letra de la canción. ¿Ha quedado champán? ¿Sí? ¡Estupendo! ¡Descorchedlo!

*Echa miel y vino,
Mi mesonerita,
Para que se alegre
Esta cabecita.*

¿Quién es la mesonera? Yo:

*Y tiene la mesonera
Las cejas curvas y negras.*

Saltó de su asiento, se pasó la mano por las cejas y taconeó en el suelo:

— ¡Ya están llenas las copas! *Mesdames y messieurs*, viejo, hijos: ¡tomadlas para que se alegren vuestras cabezas!

— ¡Por la mesonera! ¡Por la mesonera!

— Muchas gracias. Bebo a mi salud. —Y volviendo a sentarse al piano, cantó:

Disípese la pena

y se disipará,

*Y en este nuevo corazón
Anide la satisfacción.*

Así será; no cabe duda:

*Se esconde el miedo ya, cual la tiniebla
Se oculta ante la luz que engendra el día;
El perfume, el calor, la luz se esfuerzan
Por vencer a la sombra oscura y fría.
Mientras el mal olor se desvanece
El perfume de rosas crece y crece...*

Capítulo sexto

CAMBIO DE DECORACION³⁸

¡Al Pasaje! —ordenó la dama enlutada, que ahora no vestía ya de luto: llevaba un hermoso vestido rosa, sombrero de igual color, mantilla blanca y un ramo de flores. En el asiento delantero del coche iban Moşolov y Nikitin; en el pescante, otro joven, y junto a la dama, un hombre de unos treinta años. ¿Qué edad tenía la dama? ¿Tendría, verdaderamente, veinticinco años, como afirmaba ella, y no veinte? Bueno, si quería aparentar ser más vieja, era cosa suya.

— Sí, querido, he esperado el día de hoy más de dos años. Cuando conocí a este muchacho —la señora indicó con los ojos a Nikitin— no hacía más que presentirlo, pero no puedo afirmar que lo esperaba. Entonces no tenía más que esperanza, pero pronto nació en mí la seguridad.

— ¡Cómo, cómo! —exclama el lector, y no sólo el lector perspicaz, sino cualquier lector, cuya estupefacción va aumentando a medida que piensa en lo que lee—. ¿Esto sucede a los dos años y pico de haber conocido ella a Nikitin?

— Sí —respondo yo.

— Pero si lo conoció el mismo día que a los Kirsánov y a los Beaumont, en la jira celebrada a fines del invierno pasado. . .

— Exactamente —respondo yo.

— ¿Qué es esto, pues? ¿Comienza usted a hablar de 1865?³⁸

— Sí.

— Pero ¿es posible?

— ¿Por qué no, si yo lo sé?

— Bah, ¿quién le va a hacer caso?

— ¿Es que usted no quiere oírme?

— ¿Por quién me ha tomado? Claro que no.

— Bueno, si no quiere ahora, tendré que aplazar la continuación de mi relato hasta que usted desee escucharlo. Espero que será bastante pronto.

4 de abril de 1863.

NOTAS

1. Olga Sokrátovna Chernishévskaja, esposa del autor (1833-1918). — 3.

2. *Ça ira*: Canción popular de la época de la revolución francesa de 1789. — 11.

3. El poema *La troika* (1847), del relevante poeta ruso Nikolái Nekrásov, gozaba de gran popularidad entre la juventud democrática. — 39.

4. Vera Pávlovna repite una idea expresada por Chernishevski en múltiples ocasiones: la de que la literatura de la década del 50 del siglo pasado, tanto rusa como extranjera, adolecía del defecto de no plantear prácticamente el problema del camino hacia la sociedad socialista. — 90.

5. Alusión a la fuga a Inglaterra del rey de Francia Luis Felipe y del canciller austríaco Metternich durante la revolución de 1848. — 98.

6. Se trata del libro *La destinée sociale (El destino social)* del socialista utópico francés V. Considerand. En esta obra, aparecida en 1838, se desarrolla la teoría de las libres asociaciones de trabajo como base de la futura sociedad socialista. Las asociaciones de trabajo se dividen en *series*, que ejecutan determinadas labores. En el cuarto sueño de Vera Pávlovna, Chernishevski expone su interpretación poética de esta sociedad. — 101.

7. *Saxo Grammatico*: Historiador danés del siglo XII. Su *Historia de Dinamarca* contiene numerosas leyendas y consejos populares en las que se inspiraron dramaturgos de épocas posteriores. Chernishevski se refiere al siguiente episodio de la obra de Saxo: Deseando cerciorarse de si Hamlet está verdaderamente

loco, lo citan a una entrevista en el bosque con la doncella a quien ama. Pero Hamlet, advertido por unos amigos, engaña a sus adversarios. — 103.

8. La conversación de Vera Pávlovna y Lopujov reproduce las ideas de uno de los principales artículos filosóficos escritos por Chernishevski: *El principio antropológico en la filosofía* (1860), consagrado a explicar y fundamentar la llamada "teoría del egoísmo racional".

Chernishevski consideraba que los actos del individuo debían tener como base necesidades reales, sanas y normales —es decir, racionales— de la naturaleza humana, rechazando la moral idealista y religiosa, que predicaba la renuncia a los afanes materiales del hombre y la sofocación de la personalidad humana. Lejos de admitir la renuncia a la personalidad del hombre, Chernishevski propugnaba un desarrollo racional de la misma que condujera a estimar como propios los intereses de los demás. — 104.

9. Chernishevski alude a los liberales, que ocultaban su hostilidad al pueblo enmascarándose con "ideas magníficas". — 111.

10. En 1861 y 1862, toda la prensa, lo mismo la conservadora que la "liberal", se unió contra Chernishevski. Sus enemigos trataron de presentarlo como "... un monstruo que todo lo devora, algo así como Marat". Esta campaña periodística, que sirvió de preparación psicológica para la detención de Chernishevski y durante la cual sus adversarios recurrieron incluso a la delación política, es la que recuerda Chernishevski al hablar de la "inteligencia" y de "carácter" de los partidarios de las ideas magníficas. — 114.

11. El libro *Crónica de lo visto por un montañés*, falsificación literaria del siglo XVIII, que se difundió en Francia en los años de 1830, y la novela *Aventuras amorosas del caballero Faublas*, de Louver de Couvrais, escritor francés del siglo XVIII, hablaban de la licenciosa vida de los palaciegos y de la aristocracia. — 181.

12. Durante las décadas de 1840 a 1860, el pensamiento avanzado ruso se dedicó a estudiar con pasión el problema del progreso histórico. Chernishevski propugnaba ardorosamente la fe en el progreso, en la marcha progresiva de la historia. Y expuso su criterio en el artículo *Las causas de la caída de Roma*, escrito en 1861. — 186.

13. De los deseos reales y fantásticos habla Chernishevski en el artículo *El principio antropológico en la filosofía*, donde la unidad de la naturaleza y del hombre es considerada como la base real de todos los actos y afanes de aquél. — 186.

14. *Quodum*, es decir, *Quod erat demonstrandum* (Lo que se trataba de demostrar): Término de la filosofía medieval. Así termina, por ejemplo, la exposición de todos los teoremas de la *Ética* de Spinoza, filósofo materialista muy estimado por Chernishevski. — 189.

15. La conversación sobre los albinos y el mal gusto de quienes prefieren los animales blancos, que luego pasa a tratar de Beecher-Stowe y de su libro *La cabaña del tío Tom*, es una crítica velada de Chernishevski contra la propaganda de la desigualdad racial. — 252.

16. *Howard* (1727-1790): sherif inglés, conocido por su labor filantrópica. — 252.

17. En esta obra de Newton, el enjuiciamiento sereno de muchos fenómenos de la historia sagrada alterna con el misticismo. — 306.

18. *Shuválov*: Estadista ruso, hombre de confianza de la emperatriz Isabel Petrovna.

Conde Minij: Después del golpe de Estado palatino que elevó al trono a Isabel Petrovna en 1741, el conde Míniij fue desterrado como adicto a Ana Yoánnovna, la emperatriz derrocada.

Rumiántsev (1725-1796): Militar ruso.

En la batalla de Nowy (1799), las tropas rusas, mandadas por Suvórov, derrotaron al ejército francés.

En *Tilsit* se firmó el Tratado de Paz entre Rusia y Francia (1807)

Speranski fue destituido en 1811 del cargo de Secretario de Estado a instancias de la aristocracia, descontenta de sus proyectos de reformas administrativas. — 308.

19. Se refiere a Ludwig Feuerbach. — 326.

20. *Tedesco*: Conocida cantante de ópera italiana. En 1859 actuó en Petersburgo. — 375.

21. Versos del poema de Nekrásov *Los buhoneros* (1861), muy popular entonces. Aquí hay una inexactitud premeditada: Vera Pávlovna lee los versos en 1859. — 392.

22. *Goethe* (1774-1832). Canción de Margarita, de *Fausto*. — 417.

23. Pasaje del poema *Yo le amé* (1841), del poeta ruso Koltsov. — 418.

24. Todo es bonanza
En derredor:
El prado ríe,
Fulgura el sol.

Goethe. *Canción de mayo* (1771). — 418.

25. ¡Oh, sol, oh, mundo!
¡Oh, risa, oh, luz!
Con áureos rayos
Brilla el amor
Como la aurora
Sobre el alcor.

Goethe. *Canción de mayo*. — 419.

26. ¡Cómo bulle el vino purpúreo en la copa!
¡Cual brillan los ojos de todos!

Schiller. *Cuatro siglos* (1802).

El poema de Schiller constituye un intento de interpretar poéticamente la sucesión de las épocas históricas. Sin embargo, en la obra de Schiller, la última época es la civilización de su tiempo. El poeta alemán no habla del porvenir. Para Chernishevski, no obstante, el cambio de épocas en la historia del mundo no representa sino el preludio de la sociedad socialista. — 419.

27. *Astarté*: Diosa del amor y de la fertilidad en la antigua Siria. — 420.

28. *Aspasia*: Cortesana griega, famosa por su belleza e inteligencia. Se la consideró causante de las guerras del Peloponeso, que provocaron la caída de Atenas. — 421.

29. Aquí se expone el argumento de la balada de Schiller *El caballero Toggenburg* (1797) — 423.

30. El poema *La fuga* (1839), de Koltsov, al que pertenecen estos versos, era uno de los preferidos de Chernishevski. — 432.

31. En el manuscrito de *¿Qué hacer?* se explicaba mucho más detalladamente la necesidad de cambiar el nombre de la tienda. Uno de los conocidos de Kirsánov era un alto funcionario del Departamento de Policía; y el cambio de nombre se debió a que en la palabra *travail* (trabajo) se percibía una alusión a la famosa consigna con que se batieron los proletarios de París en junio de 1848: *Droit de travail* (Derecho al trabajo). — 442.

32. Por lo visto, se trata de la novela de Thackeray *Los de Virginia* (1857). — 495.

33. A las romanzas y arias que gozaban de popularidad entre la juventud democrática de la década del 60 se contraponen aquí las canciones de Nekrásov *Despreciado hace mucho por ti* (1855) y la *Canción de Eriómushka* (1858). — 509.

34. La *Discusión de los antiguos filósofos griegos sobre la belleza*, de Kozmá Prutkov, publicada en 1854, ridiculiza la teoría del arte por el arte. — 509.

35. Vera Pávlovna y Katerina Vasilievna aluden a la posibilidad de arrestos y persecuciones por su labor revolucionaria y propagandística. — 510.

36. Se trata de Rajmétov. — 517.

37. Toda la escena alegórica de la excursión va acompañada de canciones y romanzas elegidas de modo que concuerden con el estado de ánimo de "la dama enlutada", es decir, de Olga Sokrátovna Chernishévskaja. En ellas se habla de la separación de dos seres que se aman y de su esperanza de unirse pronto (Chernishevski escribió esta obra recluso en la fortaleza de Pedro y Pablo). La romanza *Gime el azul palomito* (1792), de Dmitriev; la canción circasiana de Selim, del poema de Lérmontov *Izmail-bey* (1832); la poesía de Walter Scott *¿Qué hermoso es el Bringallt!*, y la canción popular ucraniana de la mesonerita dan un ambiente lírico a esta escena, que termina con la poesía de Nekrásov *Año Nuevo* (1852) y con las *Estancias* del poeta inglés Tomás Hood. El traductor de estas últimas, Mijáilov, se hallaba entonces deportado en Siberia por haber difundido la proclama *A la joven generación*. Reproduciendo estos versos en *¿Qué hacer?*, Chernishevski expresó su simpatía al amigo y correligionario. — 520.

38. La acción de este capítulo transcurre en 1865, o sea, cuando, a juicio de Chernishevski, debía producirse la revolución democrática en Rusia. El "hombre de unos treinta años" era Chernishevski, a quien la revolución había de traer la libertad. En el Pasaje de la avenida Nevski solían celebrarse entonces toda clase de conferencias y controversias públicas. Por eso iban allí Chernishevski y sus amigos. — 524.

INDICE

	<i>Pág.</i>
I. Un imbécil	7
II. La primera consecuencia del estúpido asunto	10
III. Prólogo	15
<i>Capítulo primero.</i> LA VIDA DE VERA PAVLOVNA EN CASA DE SUS PADRES	19
<i>Capítulo segundo.</i> EL PRIMER AMOR Y EL MATRI- MONIO	70
<i>Capítulo tercero.</i> EL MATRIMONIO Y EL SEGUNDO AMOR	174
<i>Capítulo cuarto.</i> EL SEGUNDO MATRIMONIO . . .	356
<i>Capítulo quinto.</i> NUEVOS PERSONAJES Y DESEN- LACE	452
<i>Capítulo sexto.</i> CAMBIO DE DECORACION	524